

Emilio o la educación

Jean Jacques Rousseau



Jean-Jacques Rousseau

Emilio o La Educación

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-159-6

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019

PREFACIO DEL AUTOR

Esta colección de reflexiones y observaciones sin orden y casi sin enlace, fue comenzada por complacer a una buena madre que sabe pensar^[1]. Primeramente sólo proyecté una memoria de pocas páginas; mas el asunto me arrastró, a pesar mío, y la memoria se fue haciendo poco a poco una especie de volumen, grande sin duda por lo que contiene, pequeño por la materia de que trata. Vacilé mucho tiempo entre si lo publicaría o no; trabajando en él he visto que no basta haber escrito algunos folletos para saber, componer un libro. Después de algunos esfuerzos inútiles para hacerlo mejor, tengo que dejar mi obra como está, porque entiendo que es preciso atraer la atención pública hacia estos asuntos, y aunque mis ideas sean malas, con tal de que inspiren otras mejores no habré perdido el tiempo. Un hombre que desde su retiro, sin encomiadores ni partidarios que los defiendan ofrece sus impresos al público, sin saber siquiera lo que de ellos se piensa o lo que de ellos se dice, no puede temer, que puesto caso de equivocarse vayan a pasar sus errores sin examen.

Poco diré de la importancia que tiene una educación buena. Tampoco me detendré a demostrar que la usada hoy es mala : mil lo han demostrado ya, y no he de pararme a llenar un libro de cosas que todo el mundo sabe. Únicamente observaré que desde hace infinito tiempo no hay más que una voz contra la práctica establecida, sin que a nadie se le ocurra proponer otra que sea mejor. La literatura y el saber de nuestro siglo más tienden a destruir que a edificar. Censúrase con tono de maestro; mas para proponer se debe tomar otro tono, y esto ya complace menos a la elevación, filosófica a pesar de tantos escritos que, según dicen, sólo tienen por objeto la utilidad pública, todavía sigue olvidado el arte de formar a los hombres, que es la primera de todas las utilidades. Mi tema

era por completo nuevo, aun después del libro de Locke[2]; mucho temo que siga siéndolo también después del libro mío.

No es conocida, en modo alguno, la infancia; con las ideas falsas que se tienen acerca de ella, cuanto más se adelanta más considerable es el extravío. Los de mayor prudencia se atienen a lo que necesitan saber los hombres, sin tener en cuenta lo que pueden aprender los niños. Buscan siempre al hombre en el niño, sin considerar lo que éste es antes de ser hombre. He aquí el estudio a que me he aplicado con preferencia, para que, aun suponiendo mi método enteramente falso, se obtenga siempre beneficio de mis observaciones. Puedo haber visto mal aquello que es necesario hacer, pero me parece que he visto bien el objeto sobre que debe obrarse. Comenzad, pues por estudiar mejor vuestros alumnos; seguramente no los conocéis. Si leéis este libro con ese propósito, tengo para mí que ha de seros útil.

Lo que sin duda sorprenderá más el lector es la parte que pudiéramos llamar sistemática, que en este caso no es otra cosa sino el mismo desarrollo de la naturaleza. Probablemente me atacarán por esto, y acaso no dejen de tener razón. Pensarán que más bien que un libro acerca de la educación leen las fantasías de un visionario sobre ese mismo asunto. ¿Cómo evitarlo? No escribo yo sobre las ideas de otro sino sobre las mías. No veo como los demás hombres: hace tiempo que me lo han censurado. Mas ¿depende de mí el adquirir otra vista o el impresionarme con otras ideas? No. De mí depende el no abandonarme a mi modo de sentir, el no crearme más sabio que todo el mundo; de mí depende no el cambio de sentimiento, sino la desconfianza del mío; he aquí lo que puedo hacer y lo que hago. Si alguna vez tomo el tono afirmativo, no es para imponerme al lector; es para hablarle como pienso. ¿ Por qué he de proponer en tono de duda lo que para mí no es dudoso? Yo digo exactamente cuanto pasa en mi espíritu.

Al exponer con libertad mi pensamiento, tan lejos estoy de suponerle autorizado, que siempre le acompaño de mis razones, conforme a las cuales debe juzgáseme. Pero aunque no quiera obstinarme en la defensa de mis ideas, pienso hallarme obligado a proponerlas. Las máximas acerca de las cuales tengo una opinión contraria a la opinión de los demás, no son materia indiferente: de

su verdad o de su falsedad depende la dicha o la desgracia del género humano.

Proponed lo que es factible, me dicen a cada momento. Es lo mismo que si me dijeran : proponed que se haga lo que ahora se hace o, por lo menos, algo bueno compaginable con lo malo existente. En ciertas materias eso es menos práctico que lo por mí propuesto: con esa alianza se echa a perder el bien y no se cura el mal. Más quisiera seguir en todo la práctica establecida que tomar a medias una buena: habría en ello menos contradicción con la naturaleza humana que no puede encaminarse a la vez a dos fines opuestos. Padres y madres, es factible aquello que vosotros queréis hacer. ¿Tengo que responder yo de vuestra voluntad?

En toda clase de proyectos deben considerarse dos cosas: primero, la bondad absoluta del proyecto; después, la facilidad de ejecución.

Con respecto a lo primero, para que el proyecto sea admisible y practicable en sí mismo, basta con que su bondad se halle en la naturaleza de la cosa. Aquí, por ejemplo, basta que la educación propuesta sea conveniente para el hombre y esté bien adaptada al corazón humano.

La segunda consideración depende de relaciones determinadas en ciertas situaciones; relaciones accidentales a la cosa que, por consiguiente no son necesarias y pueden variar al infinito. Así, tal educación puede ser practicable en Suiza y no serlo en Francia; tal otra puede serlo en la clase media; tal otra en las grandes. La mayor o menor facilidad de la educación depende de mil circunstancias que sólo pueden determinarse por una aplicación particular del método a uno u otro país, en una u otra condición. Pero estas aplicaciones particulares no son esenciales en mi tema y no entran en mi plan. Otros podrán ocuparse en ello, si gustan, y cada uno para el estado que tenga presente a su atención. Me basta con que pueda hacerse lo que yo propongo, donde quiera que nazcan hombres, y con que luego de hacer de ellos lo que yo propongo se haya logrado lo mejor para ellos mismos y para los demás. Si no satisfago esas condiciones, mal hago, sin duda; pero si las lleno, mal se haría con pedirme otra cosa, porque yo no prometo más que esto.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019

LIBRO PRIMERO

Todo está bien al salir de manos del autor de la naturaleza; todo degenera en manos del hombre. Fuerza éste a una tierra para que de las producciones de otra; a un árbol para que sustente frutos de tronco ajeno; mezcla y confunde los climas, los elementos y las estaciones; estropea su perro, su caballo, su esclavo; todo lo trastorna, todo lo desfigura; la deformidad, los monstruos le agradan; nada le place tal como fue formado por la naturaleza; nada, ni aun el hombre, que necesita adiestrarle a su antojo como a los árboles de su jardín. Peor fuera si lo contrario sucediese, porque el género humano no consiente quedarse a medio modelar. En el actual estado de cosas, el más desfigurado de todos los mortales sería el que desde su cuna le dejaran abandonado a sí propio; en éste las preocupaciones, la autoridad, el ejemplo, todas las instituciones sociales en que vivimos sumidos, sofocarían su natural manera sin sustituir otra cosa; semejante al arbolillo nacido en mitad de un camino, que muere en breve sacudido por los caminantes, doblegado en todas direcciones.

A ti me dirijo, madre amorosa y prudente, que has sabido apartarte de la senda trillada y preservar el naciente arbolillo del choque de las humanas opiniones[3].

Cultiva y riega el tierno renuevo antes que muera; así sus sazonados frutos serán un día tus delicias. Levanta al punto un coto en torno del alma de tu hijo; señale otro en buen hora el circuito, pero tú sola debes alzar la valla.

A las plantas las endereza el cultivo, y a los hombres la educación. Si naciera el hombre ya grande y robusto, de nada le servirían sus fuerzas y estatura hasta que aprendiera a valerse de ellas, y le serían perjudiciales porque retraerían a los demás de asistirle[4]: abandonado entonces a sí propio, se moriría de necesidad, antes de que conocieran los otros su miseria. Nos

quejamos del estado de la infancia y no miramos que hubiera perecido el linaje humano si hubiera comenzado el hombre por ser adulto.

Nacemos débiles y necesitamos fuerzas; desprovistos nacemos de todo y necesitamos asistencia; nacemos sin luces y necesitamos de inteligencia. Todo cuanto nos falta al nacer, y cuanto necesitamos siendo adultos, se nos da por la educación.

La educación es efecto de la naturaleza, de los hombres o de las cosas. La de la naturaleza es el desarrollo interno de nuestras facultades y nuestros órganos; la educación de los hombres es el uso que nos enseñan éstos a hacer de este desarrollo; y lo que nuestra experiencia propia nos da a conocer acerca de los objetos cuya impresión recibimos, es la educación de las cosas.

Así, cada uno de nosotros recibe lecciones de estos tres maestros. Nunca saldrá bien educado, ni se hallará en armonía consigo mismo, el discípulo que tome de ellos lecciones contradictorias; sólo se encamina a sus fines y vive en consecuencia aquel que vea conspirar todas a un mismo fin y versarse en los mismos puntos; éste solo estará bien educado.

De estas tres educaciones distintas, la de la naturaleza no pende de nosotros, y la de las cosas sólo en parte está en nuestra mano. La única de que somos verdaderamente dueños es la de los hombres, y esto mismo todavía es una suposición; porque ¿quién puede esperar que ha de dirigir por completo los razonamientos y las acciones de todos cuantos a un niño se acercan?

Por lo mismo que es la educación un arte, casi es imposible su logro, puesto que de nadie pende el concurso de causas indispensables para él. Todo cuanto puede conseguirse a fuerza de diligencia es acercarse más o menos al propósito; pero se necesita suerte para conseguirlo.

¿Qué propósito es este? El mismo que se propone la naturaleza; esto lo hemos probado ya. Una vez que para su recíproca perfección es necesario que concurren las tres educaciones, hemos de dirigir las otras dos a aquella en que ningún poder tenemos. Pero, como acaso tiene la voz de naturaleza una significación sobrado vaga, conviene que procuremos fijarla.

Se nos dice que la naturaleza no es otra cosa que el hábito[5]. ¿Qué significa esto? ¿No hay hábitos contraídos por fuerza y que nunca sofocan la naturaleza? Tal es, por ejemplo el de las plantas, en que se ha impedido la dirección vertical. Así que la planta queda libre, si bien conserva la inclinación que la han precisado a que tome, no por eso varía la primitiva dirección de la savia , y si continúa la vegetación, otra vez se torna en vertical su crecimiento. Lo mismo sucede con las inclinaciones de los hombres. Mientras que permanecen en un mismo estado, pueden conservar las que resultan de la costumbre y menos naturales son; pero luego que varía la situación, se gasta la costumbre y vuelve lo natural. La educación, ciertamente, no es otra cosa que un hábito. ¿Pues no hay personas que se olvidan de su educación y la pierden, mientras que otras la conservan? ¿De dónde proviene esta diferencia? Si ceñimos el nombre de naturaleza a los hábitos conformes a ella, podemos excusar este galimatías.

Nacemos sensibles, y desde nuestro nacimiento excitan en nosotros diversas impresiones los objetos; que nos rodean. Luego que tenemos, por decirlo así, la conciencia de nuestras sensaciones, aspiramos a poseer o evitar los objetos que las producen, primero, según que son aquellas gustosas o desagradables; luego, según la conformidad o discrepancia que entre nosotros y dichos objetos hallamos; y finalmente, según el juicio, que acerca de la idea de felicidad o perfección que nos ofrece la razón formamos por dichas sensaciones. Estas disposiciones de simpatía o antipatía, crecen y se fortifican a medida que aumentan nuestra sensibilidad y nuestra inteligencia; pero tenidas a raya por nuestros hábitos, las alteran, más o menos nuestras opiniones. Antes de que se alteren, constituyen lo que llamo yo en nosotros naturaleza.

Deberíamos por tanto referirlo todo a estas disposiciones primitivas, y así podría ser en efecto si nuestras tres educaciones sólo fueran distintas; pero ¿qué hemos de hacer cuando son opuestas y cuando en vez de educar a uno para sí propio, le quieren educar para los demás? La armonía es imposible entonces; y precisados a oponernos a la naturaleza o a las instituciones

sociales, es forzoso escoger entre formar a un hombre o a un ciudadano, no pudiendo ser uno mismo a la vez ambas cosas.

Toda sociedad parcial, cuando es íntima y bien unida, se aparta de la grande. Todo patriota es duro con los extranjeros; no son más que hombres; nada valen ante sus ojos[6]. Este inconveniente es inevitable, pero de poca importancia. Lo esencial es ser bueno con las gentes con quienes, se vive. En país ajeno, eran los espartanos ambiciosos, avaros, inicuos; pero reinaban dentro de sus muros el desinterés, la equidad y la concordia. Desconfiemos de aquellos cosmopolitas, que en sus libros van a buscar en apartados climas obligaciones que no se dignan cumplir en torno de ellos. Filósofo hay que se aficiona a los tártaros para excusarse de querer bien a sus vecinos.

El hombre de la naturaleza lo es todo para sí; es la unidad numérica, el entero absoluto, que sólo se relaciona consigo mismo, mientras que el hombre civilizado es la unidad fraccionaria que determina el denominador y cuyo valor expresa su relación con el entero, que es el cuerpo social. Las instituciones sociales buenas, son las que mejor saben borrar la naturaleza del hombre, privarle de su existencia absoluta, dándole una relativa, y trasladar el yo, la *personalidad*, a la común unidad; de manera, que cada particular ya no se crea un entero, sino parte de la unidad, y sea sensible únicamente en el todo. Un ciudadano de Roma no era Cayo ni Lucio, era un romano, y aun amaba a su patria exclusivamente por ser la suya. Por cartaginés se reputaba Régulo, como peculio que era de sus amos, y en calidad de extranjero se resistía a tomar asiento en el senado romano; fue preciso que se lo mandara un cartaginés. Se indignó de que se le quisiera salvar la vida. Venció y volvióse triunfante a morir en horribles tormentos. Me parece que esto no tiene gran relación con los hombres que conocemos.

Presentóse el lacedemonio Pedaretes para ser admitido al Consejo de los trescientos, y desechado, se volvió a su casa, muy contento de que se hallaran en Esparta trescientos hombres de más mérito que él. Supongo que esta demostración fuese sincera, y no hay motivo para no creerla tal; este es el ciudadano.

Tenía una espartana cinco hijos en el ejército, y aguardaba noticias de la batalla. Llega un ilota, y se las pregunta asustada : «

Tus cinco hijos han muerto. - Vil esclavo, ¿ te pregunto yo eso? - Hemos alcanzado la victoria. » Corre al templo la madre a dar gracias a los dioses. Esta es la ciudadana.

Quien en el orden civil desea conservar la primacía a los afectos naturales, no sabe lo que quiere. Siempre en contradicción consigo mismo, fluctuando siempre entre sus inclinaciones y sus obligaciones, nunca será hombre ni ciudadano, nunca útil, ni para si ni para los demás; será uno de los hombres del día, un francés, un inglés, un burgués; en una palabra, nada.

Para ser algo, para ser uno propio y siempre el mismo, es necesario estar siempre determinado acerca del partido que se he de tomar, tomarle resueltamente y seguirle con tesón. Espero que se me presente tal portento, para saber si es hombre o ciudadano, o cómo hace para ser una cosa y otra.

De estos objetos, necesariamente opuestos, proceden dos formas contrarias de institución; una pública y común; otra particular y doméstica.

Quien se quiera formar idea de la educación pública, lea *La República* de Platón, que no es una obra de política, como piensan los que sólo por los títulos juzgan de los libros, sino el más excelente tratado de educación que se haya escrito.

Cuando quieren hablar de un país fantástico, citan por lo común la institución de Platón. Mucho más fantástica me parecería la de Licurgo, si nos la hubiera éste dejado solamente en un escrito. Platón se ciñó a purificar el corazón humano; Licurgo lo desnaturalizó.

Hoy no existe la institución pública, ni puede existir, porque donde ya no hay patria, no puede haber ciudadanos. Ambas palabras, *patria* y *ciudadano*, se deben borrar de los idiomas modernos. Yo bien sé cuál es la razón; pero no quiero decirla; nada importa a mi asunto.

No tengo por instituciones públicas esos risibles establecimientos que llaman colegios[7]. Tampoco tengo en cuenta la educación del mundo, porque como ésta se propone dos fines contrarios, ninguno, consigue, y sólo es buena para hacer dobles a los hombres, que con apariencia de referirlo siempre, todo a los demás, nada refieren que

no sea a sí propios. Mas como estas muestras son comunes a todo el mundo, a nadie engañan y son trabajo perdido.

Nace de estas contradicciones la que en nosotros mismos experimentamos sin cesar. Arrastrados por la naturaleza y los hombres en sendas contrarias, forzados a distribuir nuestra actividad entre estas impulsiones distintas, tomamos una dirección compuesta que ni a una ni a otra resolución nos lleva. De tal modo combatidos, fluctuantes durante la carrera de la vida, la concluimos sin haber podido ponernos de acuerdo con nosotros mismos y sin haber sido buenos para nosotros ni para los demás.

Quédanos en fin, la educación doméstica o la de la naturaleza. Pero ¿qué aprovechará a los demás, un hombre educado únicamente para él? Si los dos objetos que nos proponemos pudieran reunirse en uno solo, quitando las contradicciones del hombre removeríamos un grande estorbo para su felicidad. Para juzgar de ello seria necesario ver al hombre ya formado, haber observado sus inclinaciones, visto sus progresos y seguido su marcha; en una palabra, sería preciso conocer al hombre natural. Creo que se habrán dado algunos pasos en esta investigación luego de leído este escrito.

Para formar este hombre extraño, ¿qué tenemos que hacer? Mucho sin duda; impedir que se haga cosa alguna. Cuando sólo se trata de navegar contra el viento, se bordea; pero si está alborotado el mar y se quiere permanecer en el sitio, es preciso echar el ancla. Cuida, joven piloto, de que no se te escape el cable, arrastre el ancla y derive el navío antes de que lo adviertas.

En el orden social en que están todos los puestos señalados, debe ser cada uno educado para el suyo. Si un particular formado para su puesto sale de él, ya no vale para nada. Sólo es útil la educación en cuanto se conforma la fortuna con la vocación de los padres; en cualquiera otro caso es perjudicial para el alumno, aunque no sea más que por las preocupaciones que le sugiere. En Egipto, donde estaban los hijos obligados a seguir la profesión de sus padres, tenía a lo menos la educación un fin determinado; pero entre nosotros, donde sólo las jerarquías subsisten, y pasan los hombres sin cesar de una a otra, nadie sabe si cuando educa a su hijo para su estado, trabaja contra él mismo.

Como en el estado natural todos los hombres son iguales, su común vocación es el estado de hombre; y quien hubiere sido bien criado para éste, no puede desempeñar mal los que con él se relacionan. Poco me importa que destinen a mi discípulo para el ejército, para la iglesia, o para el foro; antes de la vocación de sus padres, le llama la naturaleza a la vida humana. El oficio que quiero enseñarle es el vivir. Convengo en que cuando salga de mis manos, no será ni magistrado, ni militar, ni sacerdote; será primeramente hombre, todo cuanto debe ser un hombre y sabrá serlo, si fuere necesario, tan bien como el que más; en balde la fortuna le mudará de lugar, que siempre él se encontrará en el suyo. *Occupavi te, fortuna, alque cepi; omnesque aditus tuos interclusi, ut ad me aspirare non posses*[8].

El verdadero estudio nuestro es el de la condición humana. Aquel de nosotros que mejor sabe sobrellevar los bienes y males de esta vida, es, a mi parecer, el más educado; de donde se infiere que no tanto ,en preceptos como en ejercicios consiste la verdadera educación. Desde que empezamos a vivir, empieza nuestra instrucción; nuestra educación empieza cuando empezamos nosotros; la nodriza es nuestro primer preceptor. Por eso la palabra *educación* tenía antiguamente un significado que ya se ha perdido; quería decir alimento. *Educil obstetrix*, dice Varrón; *educat nutrix, instituit pedagogus, docet magister*. [9]Educación, institución e instrucción, son por tanto tres cosas tan distintas en su objeto, como nodriza, ayo y maestro. Pero se confunden estas distinciones; y para que el niño vaya bien encaminado, no debe tener más que un guía.

Conviene, pues, generalizar nuestras miras, considerando en nuestro alumno el hombre abstracto, el hombre expuesto a todos los azares de la vida humana. Si naciesen los hombres incorporados al suelo de un país, si durase todo el año una misma estación, si estuviera cada uno tan pegado con su fortuna que ésta no pudiese variar, sería buena bajo ciertos respectos la práctica establecida; educado un niño para su estado, y no habiendo nunca de salir de él, no podría verse expuesto a los inconvenientes de otro distinto. Pero considerando la inestabilidad de las cosas humanas, atendido el espíritu inquieto y mal contentadizo de este siglo, que a cada

generación todo lo trastorna, ¿puede, imaginarse método más desatinado que el de educar a un niño como si nunca hubiese de salir de su habitación y hubiera de vivir siempre rodeado de su gente? Si da este desgraciado un solo paso en la tierra, si baja un escalón solo, está perdido. No es eso enseñarle a sufrir el dolor, sino ejercitarle a que lo sienta.

Los padres sólo piensan en conservará su niño; eso no basta : debieran enseñarle a conservarse cuando sea hombre, a soportar los embates de la mala suerte, a arrastrar la opulencia y la miseria, a vivir, si es necesario, en los hielos de Islandia o en la abrasada roca de Malta. Inútil es tomar precauciones para que no muera; al cabo tiene que morir; y aun cuando no sea su muerte un resultado de vuestros cuidados, todavía serán éstos improcedentes. No tanto se trata de estorbar que muera, cuanto de hacer que viva, Vivir no es respirar, es obrar, hacer uso de nuestros órganos, nuestros sentidos, nuestras facultades, de todas las partes de nosotros mismos que nos dan el intimo convencimiento de nuestra existencia. No es aquel que más ha vivido el que más años cuenta, sino el que más ha disfrutado de la vida. Tal fue enterrado a los cien años, que ya era cadáver desde su nacimiento. Más le hubiera valido morir en su juventud, si a lo menos hubiera vivido hasta entonces.

Toda nuestra sabiduría consiste en preocupaciones serviles; todos nuestros usos no son otra caso que sujeción, incomodidades y violencia. El hombre civilizado nace, vive y muere en esclavitud; al nacer le cosen en una envoltura; cuando muere, le clavan dentro de un ataúd; y mientras que tiene figura humana, le encadenan nuestras instituciones.

Dícese que algunas parteras pretenden dar mejor configuración a la cabeza de los niños recién nacidos, apretándosela, ¡y se lo permiten! Tan mal están nuestras cabezas, según las formó el autor de la naturaleza, que nos las modelan por fuera las parteras y los filósofos por dentro. Los caribes son mitad más felices que nosotros.

«Apenas ha salido el niño del vientre de su madre, y apenas disfruta de la facultad de mover y entender sus miembros, cuando se le ponen nuevas ligaduras. Le fajan, le acuestan con la cabeza fija, estiradas las piernas y colgando los brazos; le envuelven con vendas y fajas de todo género, que no le dejan mudar de situación;

feliz es si no le han apretado de manera que le estorben la respiración y si han tenido la precaución de acostarle de lado para que puedan salirle por la boca las aguas que debe arrojar, puesto que no le queda medio de volver la cabeza de lado, para facilitar la salida[10]. »

El niño recién nacido necesita extender y mover sus miembros para sacarlos del entorpecimiento en que han estado tanto tiempo recogidos en un envoltorio. Los estiran, es cierto, pero les impiden el movimiento; sujetan hasta la cabeza con capillos; parece que tienen miedo de que den señales de vida.

De esta suerte el impulso de las partes internas de un cuerpo que busca crecimiento, encuentra un obstáculo insuperable a los movimientos que requiere. Hace el niño continuos e inútiles esfuerzos, que apuran sus fuerzas o retardan sus progresos. Menos estrecho, menos ligado, menos comprimido se hallaba en el vientre de su madre que en sus pañales; no veo lo que ha ganado con nacer.

La inacción y el aprieto en que retienen los miembros de un niño, no pueden menos de perjudicar a la circulación de la sangre y los humores, de estorbar que se fortalezca o crezca la criatura y de alterar su constitución. En los países donde no toman tan extravagantes precauciones, son los hombres todos altos, robustos y bien proporcionados. Los países en que se fajan los niños abundan en jorobados, cojos, patizambos, gafos, raquíticos y contrahechos de todos géneros. Por temor de que se desfiguren los cuerpos con la libertad de los movimientos, se apresuran a desfigurarlos, poniéndoles en prensa, y de buena gana los harían tullidos, para impedir que se estropeasen.

¿Cómo no ha de influir tan cruel violencia en su índole y en su temperamento? Su primer sentimiento es de dolor y martirio; sólo estorbos encuentran para todos los movimientos que necesitan; más desventurados que un criminal con grillos y esposas, hacen esfuerzos inútiles, se enfurecen y gritan. Decís que sus voces primeras son llantos. Yo lo creo; desde que nacen los atormentáis; las primeras dádivas que de vosotros reciben son cadenas y el primer trato que experimentan es de tormento. No quedándoles libre otra cosa que la voz, ¿cómo no se han de servir de ella para

quejarse? Gritan por el daño que les hacéis; más que ellos gritaríais si así estuvierais agarrotados.

¿De dónde proviene tan irracional costumbre? De otro uso inhumano. Desde que desdeñando las madres su primera obligación no han querido criar a sus hijos, ha sido indispensable ponerles en mano de mujeres mercenarias, que viéndose por tal modo madres de hijos ajenos, de quienes no les hablada la naturaleza, sólo han pensado en ahorrarse trabajo. Hubiera sido forzoso hallarse en continua vigilancia por el niño libre; pero bien atado se le echa en un rincón sin cuidarse de sus gritos. Con tal que no haya pruebas de la negligencia de la nodriza, con tal que no se rompa al niño un brazo ni una pierna, ¿qué importa que se muera o que se quede enfermo mientras viva? A costa de su cuerpo se conservan sus miembros, y de cualquier cosa que suceda no tendrá culpa la nodriza.

Estas dulces madres, que desprendiéndose de sus hijos se entregan alegremente a las diversiones y pasatiempos de las ciudades, ¿saben acaso qué trato recibe en la aldea su hijo entre pañales? a la menor prisa le cuelgan de un clavo, como un lío de ropa; y así crucificado, permanece el infeliz mientras que la nodriza cumple sus quehaceres. Todos cuantos se han hallado en esta situación tenían amorotado el rostro; oprimido con violencia el pecho, no dejaba circular la sangre que se arrebatada a la cabeza; y creían que el paciente estaba muy tranquilo porque no tenía fuerza para gritar. Ignoro cuántas horas puede permanecer en tal estado un niño sin perder la vida; pero dudo que pueda resistir muchas. He aquí, según creo, una de las mayores utilidades del fajado.

Dícese que dejando a los niños libres pueden tomar posturas malas y hacer movimientos que perjudiquen a la buena conformación de sus miembros. Este es uno de tantos vanos raciocinios de nuestra equivocada sabiduría, que nunca se ha confirmado por la experiencia. De los muchísimos niños que en pueblos más sensatos que nosotros se crían con toda la libertad de sus miembros, no se ve que uno solo se hiera ni se estropee; no pueden imprimir a sus movimientos la fuerza suficiente para que sean peligrosos, y cuando toman una postura violenta, el dolor les advierte en breve que la cambien.

Todavía no hemos pensado en fajar los perros y los gatos: ¿vemos que les redunde algún inconveniente de esta negligencia? Los niños son más pesados, cierto; pero también son a proporción más débiles. Apenas se pueden mover, ¿cómo se han de estropear?. Si se les tiende de espaldas, se morirían en esta postura, como el galápago, sin poderse volver nunca.

No contentas con haber dejado de amamantar a sus hijos, dejan las mujeres de querer concebirlos; consecuencia muy natural. Tan pronto como es gravoso el estado de madre, se halla modo para librarse de él por completo: quieren hacer una obra inútil, para volver sin cesar a ella, y se torna en perjuicio de la especie el atractivo dado para la multiplicación. Añadida esta costumbre a las demás causas de despoblación, nos indica la próxima suerte de Europa. Las ciencias, las artes, la filosofía y las costumbres que ésta engendra no tardarán en convertirá Europa en un desierto; la poblarán fieras, y con esto no habrá cambiado mucho la clase de sus habitantes.

Algunas veces he presenciado yo la artería de mujeres jóvenes que suelen fingir deseo de criar ellas a sus hijos; ya saben hacer de modo que se las inste a dejar ese capricho, mediando los maridos, los médicos y, especialmente, las madres. Un marido que se atreviese a consentir que su mujer amamante a su hijo, es hombre perdido, y le tildarán como a un asesino que quiere deshacerse de ella. Maridos prudentes hay que sacrifican el amor paterno en aras de la paz. Gracias a que se hallan en los lugares mujeres más continentes que las vuestras: mayores tenéis que darlas, si el tiempo que éstas así ganan, no lo emplean con hombres ajenos.

No es dudoso el deber de las mujeres; pero se discute si, supuesto el desprecio que de él hacen, es igual para los niños que los amamante una u otra.

Esta cuestión, de que son jueces los médicos, la tengo yo por resuelta a satisfacción de las mujeres^[11]; y yo por mí, pienso también que vale más que mame el niño la leche de una nodriza sana, que la de una madre achacosa, si hubiese que temer nuevos males, de la misma sangre que le ha formado.

Sin embargo, ¿debe mirarse esta cuestión solamente bajo el aspecto físico? ¿Necesita menos el niño del cuidado de una madre

que de su pecho? Otras mujeres, y hasta animales, le podrán dar la leche que le niega ésta; pero la solicitud maternal nada la supe. La que cría el hijo ajeno en vez del suyo es mala madre: ¿cómo ha de ser buena nodriza? Podrá llegar a serlo, pero será poco a poco; será preciso que el hábito corrija la naturaleza; y en tanto, el niño, mal cuidado, tendrá lugar para morirse cien veces antes que su nodriza le tome cariño de madre.

De esta misma última ventaja procede un inconveniente que bastaría por sí solo para quitar a toda mujer sensible el ánimo de dar a su hijo a que le críe otra, que es el de ceder parte del derecho de madre, o más bien de enajenarle; el de ver que su hijo quiere a otra mujer tanto como a ella, y más; el de contemplar que el cariño que a su propia madre adoptiva, es justicia; porque, ¿no debo yo el afecto de hijo a aquella que tuvo conmigo los afanes de madre?

El modo como se remedia este inconveniente, es inspirando a los niños el desprecio de sus nodrizas y tratando a éstas como meras criadas. Cuando han, concluido su servicio, las quitan la criatura o las despiden; y a fuerza de desaires, la privan de que venga a ver a su hijo de leche, que al cabo de algunos años ni le ve ni la conoce. Engañase la madre que piensa que puede ser sustituida, y que con su crueldad resarce su negligencia; y en vez de criar un hijo tierno, forma un hijo de leche despiadado, le enseña a ser ingrato y le induce a que abandone un día a la que le dio la vida, como a la que le alimentó con la leche de sus pechos.

¡Cuánto insistiría yo en este punto, si me desalentara menos tener que repetir en balde útiles consejos!. Esto tiene conexión con muchas más cosas de lo que se cree. ¿Queréis tornar a cada uno hacia sus primeros deberes? Comenzad por las madres y quedaréis asombrados de los cambios producidos. De esta primera depravación procede sucesivamente lo demás; se altera el orden moral; en todos los pechos se extingue el buen natural; pierde el aspecto de vida lo interior de las casas; el tierno espectáculo de una naciente familia, ya no inspira apego a los maridos, ni atenciones a los extraños; es menos respetada la madre cuyos hijos no se van; no hay residencia en las familias; no estrecha la costumbre los vínculos de la sangre; no hay padres, ni madres, ni hijos, ni hermanos, ni hermanas; apenas se conocen todos, ¿cómo se han

de querer? Sólo en si piensa cada uno. Cuando la casa propia es un yermo triste, fuerza es irse a divertir a otra parte.

Pero que las madres se dignen criar a sus hijos, y las costumbres se reformarán en todos los pechos; se repoblará el Estado; este primer punto, este punto único lo reunirá todo. El más eficaz antídoto contra las malas costumbres, es el atractivo de la vida doméstica; se torna grata la impertinencia de los niños, que se cree importuna, haciendo que el padre y la madre se necesiten más, se quieran más uno a otro y estrechen entre ambos el lazo conyugal. Cuando es viva y animada la familia, son las tareas domésticas la ocupación más cara para la mujer y el desahogo más suave del marido. Así, enmendado este abuso, sólo resultaría en breve una general reforma, y en breve recuperaría la naturaleza sus derechos todos. Tornen una vez las mujeres a ser madres, y tornarán también los hombres a ser padres y esposos.

¡Superfluos razonamientos! Ni aun el hastio de los deleites mundanos atrae nunca a éstos. Dejaron las mujeres de ser madres, y nunca más lo serán ni querrán serlo. Aun cuando quisieran, apenas si podrían; hoy que se halla establecido el uso contrario, tendría cada una que pelear contra la oposición de todas sus conocidas, coligadas contra un ejemplo que las unas no han dado y que no quieren seguir las otras.

No obstante, todavía se encuentran algunas pocas mujeres jóvenes de buena índole, que atreviéndose a arrostrar en este punto el imperio de la moda y los clamores de su sexo, desempeñan con virtuosa valentía esta obligación tan suave que les impuso la naturaleza. ¡Ojalá se aumente el número con el atractivo de los bienes destinados a las que lo cumplen! Fundándome en consecuencias que presenta el más obvio raciocinio, y en observaciones que nunca he visto desmentidas, me atrevo a prometer a estas dignas madres un sólido y constante cariño de sus esposos, una verdadera ternura filial de sus hijos, la estimación y el respeto del público, partos felices sin azares ni malas resultas, una salud robusta y duradera, la satisfacción, en fin, de verse un día imitadas de sus hijas y citadas como dechado de las ajenas.

Sin madre no hay hijo; son recíprocas las obligaciones entre ambos, y si se desempeñan mal por una parte, serán desatendidas

por la otra. El niño debe amar a su madre antes de saber que debe hacerlo. Si no esfuerzan la costumbre y los cuidados la voz de la sangre, fallece ésta en los primeros años y muere el corazón, por decirlo así, antes que haya nacido. Desde los primeros pasos, pues, ya nos apartamos de la naturaleza.

Por una senda opuesta salen también de ella las madres, que en vez de desatender los cuidados maternales los toman con exceso, haciendo de sus hijos sus ídolos, acrecentando y propagando su flaqueza por impedir que la sientan, y con la esperanza de sustraerlos de las leyes de la naturaleza, apartan de ellos todo choque penoso, sin hacerse cargo de cuántos accidentes y peligros acumulan para lo futuro sobre su cabeza por algunas pocas incomodidades de que por un instante los preservan, y cuán inhumana precaución es dilatar la flaqueza de la infancia bajo las fatigas de los hombres formados. Para hacer Tetis a su hijo invulnerable, dice la fábula que le sumió en las aguas de la laguna Estigia; alegoría tan hermosa como clara. Lo contrario hacen las crueles madres de que hablo; preparan a sus hijos a padecer, a fuerza de sumirlos en la molicie, y abren sus poros a todo género de achaques, de que no podrán menos de adolecer cuando sean adultos[12].

Observemos la naturaleza, y sigamos la senda que nos señala. La naturaleza ejercita sin cesar a los niños, endurece su temperamento con todo género de pruebas y les enseña muy pronto qué es pena y dolor. Los dientes que les nacen les causan calenturas; violentos cólicos les dan convulsiones; los ahogan porfiadas toses; los atormentan las lombrices; la plétora les pudre la sangre; fermentan en ella varias, levaduras, y ocasionan peligrosas erupciones. Casi toda la edad primera es enfermedad y peligro; la mitad de los niños que nacen perecen antes de lleguen al octavo año. Hechas las pruebas, ha ganado fuerzas el niño; y tan pronto como puede usar de la vida, tiene más vigor el principio de ella.

Tal es la regla de la naturaleza. ¿ Por qué oponerse a ella? ¿ Quién no ve que pensando corregirla se destruye su obra y pone obstáculo a la eficacia de sus afanes? Hacer en lo exterior lo que ejecuta ella en lo interior, dicen que es redoblar el peligro, mientras que por el contrario es hacer burla de él y extenuarle. Enseña la

experiencia que mueren todavía más niños criados con delicadeza que de los otros. Con tal que no se exceda el alcance de sus fuerzas, menos se arriesga con ejercitarlas que con no ponerlas a prueba. Ejercítadlos por tanto a sufrir golpes que tendrán que aguantar un día; endureced sus cuerpos a la inclemencia de las estaciones, de los climas y los elementos, al hambre, a la sed, a la fatiga; bañadlos en las aguas estigias. Antes que el cuerpo haya contraído hábitos, se les dan sin riesgo los que se quieren; pero una vez que ha tomado consistencia, toda alteración se hace peligrosa. Sufrirá, un niño variaciones que no aguantarla un hombre: blandas y flexibles las fibras del primero, tornan sin dificultad la forma que se les da; más endurecidas las del hombre, no sin violencia pierden el doblez que han recibido. Así que es posible hacer robusto a un niño, sin exponer su salud y su vida; y aun cuando corriese algún riesgo, no se debería vacilar. Una vez que estos riesgos son inseparables de la vida humana, ¿qué mejor cosa podemos hacer que arrostrarlos en la época en que menos inconvenientes presentan?

Es más estimable un niño, cuanto más adelantado en edad. Al precio de su vida junta el de las tareas que ha costado, y con la pérdida de su existencia une en él la idea de la muerte. Por tanto, vigilando sobre su conservación, debe pensarse particularmente en el tiempo venidero y armarle contra los males de la edad juvenil antes que a ella llegue; porque si crece el valor de la vida hasta la edad en que es útil, ¿no es locura preservar de algunos males la infancia para aumentarlos en la edad de la razón? ¿ Son esas las lecciones del maestro?

Destino del hombre es el padecer en todo tiempo, y hasta el cuidado de su conservación está unido con la pena. ¡Feliz él, que sólo conoce en su infancia los males físicos; males mucho menos crueles, mucho menos dolorosos que los otros, y que con mucha menos frecuencia nos obligan a renunciar a la vida! Nadie se mata por dolores de gota; sólo los del ánimo engendran la desesperación. Compadecemos la suerte de la infancia, mientras que debiéramos llorar sobre la nuestra. Nuestros más graves males vienen de nosotros.

Grita el niño al nacer, y su primera infancia se va toda en llantos. Tan pronto le bailan y le acarician para acallarle, como se le

amenaza o castiga para imponerle silencio. o hacemos lo que él quiere o exigimos de él lo que queremos; o nos sujetamos a sus antojos, o le sujetamos a los nuestros, no hay medio; o ha de dictar leyes o ha obedecerlas. De esa suerte son sus primeras ideas las del imperio y servidumbre. Antes de saber hablar, ya manda; antes de poder obrar, ya obedece; y a veces le castigan antes que pueda conocer sus yerros, o por, mejor decir, antes que los pueda cometer. Así es como se infunden pronto en su joven corazón las pasiones que luego se imputan a la naturaleza, y después de haberse afanado en hacerle malo, se quejan de que lo sea.

De esta manera, un niño seis o siete años en manos de mujeres, víctima de los caprichos de ellas y del suyo propio; y después que le han hecho que aprenda esto y lo otro, es decir, después de haber abrumado su memoria con palabras que no puede comprender, o con cosas que para nada le sirven; después de haber sofocado su índole natural con las pasiones que en él se han sembrado, entregan este ser ficticio en manos de un preceptor que acaba de desarrollar los gérmenes artificiales que ya encuentra formados, y le instruye en todo, menos en conocerse, menos en dar frutos de sí propio, menos en saber vivir y labrar su felicidad. Finalmente, cuando este niño esclavo y tirano, lleno de ciencia y falto de razón, tan flaco de cuerpo como de espíritu, es lanzado al mundo, descubriendo su ineptitud, su soberbia y sus vicios todos, hace que se compadezca la humana miseria y perversidad. Es una equivocación, porque ese es el hombre de nuestros desvaríos; muy distinta forma tiene el de la naturaleza.

Si queréis que conserve su forma original, conservádsela desde el punto en que viene al mundo. Apoderaos de él así que nazca y no le soltéis hasta que sea hombre; sin eso nunca lograréis nada. Así como es la madre la verdadera nodriza, el verdadero preceptor es el padre. Pónganse ambos de acuerdo tanto en el orden de las funciones como en su sistema, y pase el niño de las manos de la una a las del otro. Más bien le educará un padre juicioso y de cortos alcances, que el maestro más hábil del mundo, porque mejor suple el celo al talento que el talento al celo.

Pero los quehaceres, los asuntos, las obligaciones... ¡Ah, las obligaciones! Sin duda que la de padre es la postrera[13]. No hay

por qué admirarse de que un hombre, cuya mujer no se ha dignado criar a sus pechos el fruto de su unión, se desdeñe de educarle. No hay pintura que más embelese que la de la familia; pero un rasgo sólo mal trazado desfigura todos los demás. Si a la madre le falta salud para ser nodriza, al padre le sobrarán asuntos para ser preceptor. Desviados, dispersados los hijos en pensiones, en conventos, en colegios, pondrán en otra parte el cariño de la casa paterna, o, por mejor decir, volverán a ella con el hábito de no tener apego a nada. Apenas se conocerán los hermanos y las hermanas. Cuando estén todos reunidos de ceremonia, podrán ser muy corteses entre sí, y se tratarán como extraños. Así que no hay intimidad entre los parientes, así que la sociedad de la familia no es el consuelo de la vida, es fuerza recurrir a las malas costumbres para suplirle. ¿Dónde hay hombre tan necio que no vea el encadenamiento de todo esto?

Cuando un padre engendra y mantiene a sus hijos, no hace más que la tercera parte de su misión. Debe a su especie hombres; debe a la sociedad hombres sociables, y debe ciudadanos al Estado. Todo hombre que puede satisfacer esta triple deuda y no lo hace, es culpable, y más culpable acaso cuando la paga a medias. Quien no puede desempeñar las funciones de padre no tiene derecho a serlo. No hay pobreza, trabajos, ni respetos humanos que le dispensen de mantener a sus hijos y educarlos por sí mismo. Puedes creermelo, lector; a cualquiera que tenga entrañas y desatienda tan sacrosantos deberes, le pronostico que derramará largo tiempo amargas lágrimas sobre su yerro y que nunca encontrará consuelo.

Pero ¿qué hace ese rico, ese padre de familia, tan atareado y precisado, según dice, a dejar abandonados a sus hijos? Paga a otro para que desempeñe afanes que le son gravosos. ¡Alma mezquina! ¿Crees que con dinero das a tu hijo otro padre? Pues le engañas, que ni siquiera le das un maestro; ese es un sirviente y presto formará otro como él.

Mucho hay escrito acerca de las dotes de un buen ayo; la primera que yo requeriría, y esta sola supone otras muchas, es que no fuese un hombre vendible. Profesiones hay tan nobles que no es posible ejercitarlas por dinero, sin mostrarse indigno de su ejercicio; así es la del guerrero, así es la del institutor. ¿Pues quién ha de

educar a mi hijo? - Ya te lo he dicho; tú propio. - Yo no puedo. - ¡No puedes!... Pues granjéate un amigo; no veo ningún otro medio.

¡Un ayo! ¡Qué sublime alma!... Verdad es que para formar a un hombre es necesario o ser padre, o más que hombre. Esta es la función que confiáis tranquilamente a un asalariado.

Cuanto más reflexiona uno, más dificultades nuevas se le presentan. Sería necesario que hubiese sido educado el ayo para el alumno, los criados para el amo; que todos cuantos a él se acercan hubieran recibido las impresiones que le deben comunicar; y de educación en educación fuera necesario subir hasta no sé dónde. ¿Cómo es posible que un niño sea bien educado por uno que lo fue mal?

¿No es posible hallar este raro mortal? Lo ignoro. ¿Quién sabe en estos tiempos de envilecimiento, hasta qué grado de virtud se puede todavía encumbrar el alma humana? Pero supongamos que hemos hallado este portento. Contemplando lo que debe hacer, veremos lo que debe ser. De antemano se me figura que un padre que conociese todo cuanto vale un buen ayo, se resolvería a no buscarle, porque más trabajo le costaría encontrarle que llegar a serlo él propio. ¿Quiere adquirirse un amigo? Eduque a su hijo para que lo sea, y se excusa de buscarle en otra parte, ya la naturaleza ha hecho la mitad de la obra.

Uno, de quien no sé más que su jerarquía, me propuso que educara a su hijo. Sin duda fue mucha honra para mí; pero lejos de quejarse de mi negativa, debe alabar mi prudencia. Si hubiera admitido su oferta y errado en mi método, la educación habría resultado mala; al acertar con él sería peor; su hijo, hubiera renegado del título de príncipe.

Estoy tan convencido de lo grandes que son las obligaciones de un preceptor, y conozco tanto mi incapacidad, que nunca admitiré semejante cargo, sea quien fuere el que con él me brinde; y hasta el interés de la amistad fuera para mí nuevo motivo de negarme a él. Creo que después de leído este libro, pocos habrá que piensen en hacerme tal oferta, y ruego a los que pudieran pensarlo, que no se tomen ese inútil trabajo. En otro tiempo hice una prueba suficiente de esta profesión, que me basta para estar cierto de que no soy apto para ella, y aun cuando por mi talento fuera idóneo, me

dispensaría de ella mi estado. He creído que debía esta declaración pública a los que al parecer no me estiman lo bastante para creermelo fundado y sincero en mis determinaciones.

Sin capacidad para desempeñar la más útil tarea, me atreveré a lo menos a probar la más fácil; a ejemplo de otros muchos, no pondré manos a la obra, sino a la pluma, y en vez de hacer lo que conviene, me esforzaré a decirlo.

Ya sé que en las empresas de esta especie, el autor, a sus anchas siempre en sistemas que no se ve obligado a practicar, da sin trabajo muchos excelentes preceptos de imposible ejecución, y que, por no descender a menudencias y a ejemplos, aun lo practicable que enseña no se puede poner en planta por no haber mostrado la aplicación. Por eso me he decidido a tomar un alumno imaginario y a suponerme con la edad, la salud, los conocimientos y todo el talento que conviene para desempeñar su educación, conduciéndola desde el instante de su nacimiento hasta aquel en que, ya hombre formado, no necesite más guía que a sí propio. Páreceme útil este método para estorbar que un autor que de sí desconfía, se extravíe en visiones; porque en cuanto se desvía de la práctica ordinaria, no tiene más que probar la suya en su alumno, y en breve conocerá, o lo conocerá el lector, si no él, si sigue los progresos de la infancia y el camino natural del corazón humano.

Esto es lo que he procurado hacer en cuantas dificultades se han presentado. Por no abultar inútilmente el libro, me he ceñido a sentar los principios cuya verdad a todos debe parecer obvia; pero en cuanto a las reglas que podían necesitar pruebas, las he aplicado todas a mi Emilio, o a otros ejemplos, haciendo ver en detalles muy circunstanciados, cómo se podía poner en práctica lo que yo había asentado; este es a lo menos el plan que me he propuesto seguir al lector competente decidir si le he dado cima.

De aquí ha resultado que en un principio he hablado poco de Emilio, porque mis máximas primeras de educación, aunque contrarias a las usadas, son de tan palpable evidencia, que no es fácil que un hombre de razón les niegue asenso. Pero al paso que adelanto, mi alumno, conducido de otra manera que los vuestros, no es ya un niño ordinario y necesita un régimen peculiar para él. Sale entonces con más frecuencia a la escena; y en los últimos tiempos

casi ni un instante le pierdo de vista, hasta que, por más que él diga, no tenga la menor necesidad de mi.

No hablo en este lugar de un buen ayo; las doy por supuestas y supongo también que las poseo yo todas. La lectura de esta obra hará ver con cuánta liberalidad procedo para conmigo.

Observaré solamente, contra el dictamen general que el ayo de un niño debe ser joven y aun tan joven cuanto puede serlo un hombre de juicio. Quisiera hasta que fuera niño, si posible fuese; que pudiera ser compañero de su alumno, y granjearse su confianza, tomando parte en sus diversiones. Hay tan pocas cosas análogas entre la infancia y la edad madura, que nunca se formará apego sólido a tanta distancia. Los niños halagan algunas veces a los viejos, pero nunca los quieren.

Quisiérase que el ayo hubiese ya educado a otro niño. Pero es demasiado; un mismo hombre no puede educar más que a uno; si fuese necesario educar a dos para acertar en la educación del segundo, ¿qué derecho tuvo para encargarse del primer alumno?

Con más experiencia sabría obrar mejor; pero ya no podría. Aquel que ha desempeñado una vez este cargo con el suficiente acierto para conocer todas sus penalidades, no queda con ánimo para volver a acometer la misma empresa; y si ha salido mal la vez primera, no es buen agüero para la segunda.

Convengo en que es muy distinto acompañar a un joven por espacio de cuatro años, que conducirlo por espacio de veinticinco. Vosotros dais un ayo a vuestro hijo ya formado por completo, y yo quiero que le tenga antes de nacer. A vuestro parecer, un ayo puede cambiar de alumno cada lustro; mas el ayo que yo imagino nunca tendrá más que uno. Distinguíis vosotros el preceptor del ayo: otro error. ¿Distinguíis acaso el alumno del discípulo? Una sola ciencia hay que enseñará los niños, que es la de las obligaciones del hombre. Esta ciencia es única; y diga lo que quisiere Jenofonte de la educación de los persas, no es divisible. Por lo demás, yo llamaré mejor ayo que preceptor al maestro de esta ciencia, porque no tanto es su oficio instruir como conducir. No debe dar preceptos, debe hacer que los halle su alumno.

Si con tanto esmero se ha de escoger el ayo, facultad tiene éste para escoger a su alumno, particularmente tratándose de un modelo

que proponer. No puede basarse esta elección sobre el ingenio y carácter del niño, que no se conoce hasta el fin de la obra, y que adopto antes que nazca. Si pudiera escoger, buscaría un entendimiento ordinario, como el que a mi alumno supongo. Sólo los hombres vulgares necesitan ser educados; y sola su educación debe servir de ejemplo para sus semejantes: lo demás se educan a pesar de las contrariedades.

No es indiferente la condición del país para la cultura de los hombres; éstos sólo en los climas templados son todo cuanto pueden ser: en los climas extremados es visible la desventaja. Un hombre no es un árbol plantado en un país para no moverse de él; y el que sale de un extremo para ir al otro, tiene que andar doble camino que quien sale del término medio para llegar al mismo punto que el primero.

Si el habitante de un país templado recorre sucesivamente ambos extremos, todavía saca evidentes ventajas, porque aunque reciba las mismas impresiones que el que va de un extremo a otro, se aparta no obstante la mitad menos de su natural constitución. En Laponia y en Guinea vive un francés; pero no vivirá igualmente ni un negro en Tornea, ni un samoyeda en Benin. También parece que no es tan perfecta la organización del cerebro en ambos extremos. La inteligencia de los europeos no la tienen, los negros ni los lapones. Por eso, si quiero que mi alumno pueda ser habitante de la tierra entera, le escogeré en una zona templada, en Francia, por ejemplo, mejor que en otra parte.

El pobre no necesita educación; la de su estado es forzosa, y no puede tener otra; por el contrario, la que por su estado recibe el rico es la que menos le conviene para sí propio y para la sociedad. La educación natural debe, por otra parte, hacer al hombre apto para todas las condiciones humanas; así menos racional es educar a un rico para que sea, pobre, que a un pobre para que sea rico, porque a proporción del número de ambos estados, más ricos hay que empobrezcan que pobres que se enriquezcan. Escojamos pues, a un rico; estaremos ciertos de haber hecho un hombre más, mientras un pobre puede hacerse hombre por sí solo.

Por la misma razón, no sentiré que Emilio sea de ilustre cuna, que siempre será una víctima sacada de las garras de la

preocupación.

Emilio es huérfano. Nada importa que vivan su padre y su madre; encargado yo de todas sus obligaciones, adquiero sus derechos todos. Debe honrar a sus padres, pero sólo a mí debe obedecer; esta es mi primera, o más bien, mi única condición.

Tengo que añadir esta otra, que no es más que una consecuencia forzosa de la anterior; y es que no nos privarán a uno de otro sin nuestro consentimiento. Esta es cláusula esencial; y aún quisiera yo que de tal modo se tuvieran por inseparables el alumno y el ayo, que siempre el destino de su vida fuera objeto común entre ellos. Así que contemplan, aunque remota, su separación; así que preveen el instante en que han de ser los dos extraños uno para otro, ya lo son, en efecto; cada uno forma su sistema aparte y pensando ambos en la época en que ya no se hallarán juntos, permanecen unidos a disgusto.

Mira el discípulo al maestro como el azote de la niñez; el maestro no considera en el discípulo más que una carga pesada, y sólo ansía verse libre de ella; así de consuno aspiran a librarse uno de otro; y como nunca hay entre ellos verdadero cariño, el uno tendrá poca vigilancia y menos docilidad el otro.

Pero si se miran como obligados a pasar juntos la vida, les importa hacerse amar uno de otro, y por lo mismo se aman en efecto. No se avergüenza el alumno de seguir en su niñez al amigo que ha de tener cuando sea hombre, y el ayo se interesa en los afanes cuyos frutos ha de recoger, siendo todo el mérito que da a su alumno un fondo que pone a interés para su ancianidad.

Este tratado, hecho de antemano, supone un parto feliz, y un niño bien conformado, robusto, y sano. Un padre no puede escoger, ni debe tener preferencias en la familia que le da Dios; todos sus hijos son igualmente suyos; a todos debe la misma solicitud, el mismo cariño. Sean o no defectuosos, sean enfermos o robustos, cada uno de ellos es un depósito, de que debe dar cuenta a la mano de que lo recibió; y el matrimonio es un contrato que se celebra con la naturaleza no menos que entre los cónyuges.

Pero aquel que se impone una obligación a que no le ha sujetado la naturaleza, primero ha de cerciorarse de los medios de desempeñarla; de otro modo, se hace culpable hasta de lo que no

pueda lograr. El que se encarga de un alumno endeble y enfermizo, cambia su cargo de ayo por el de enfermero; malgasta en cuidar de una vida inútil el tiempo que había destinado para aumentar su valor, y se expone a ver a una madre desconsolada, echarle en cara un día la muerte de su hijo, cuya existencia, sin embargo, quizás dilató el maestro.

No me encargaría yo de un niño enfermizo y achacoso aunque hubiese de vivir ochenta años; que no quiero un alumno siempre inútil para sí y para los demás ocupado únicamente en conservarse, y cuyo cuerpo perjudique a la educación del alma. ¿Qué he de hacer yo consagrándole en balde todos mis afanes, si no es doblar la pérdida de la sociedad, y privarla de dos hombres en vez de uno? Encárguese otro, en lugar mío, de este enfermo; consiento en ello y apruebo su caridad, pero ese no es mi talento; yo no sé, de modo alguno, enseñar a vivir a quien sólo piensa en librarse de la muerte.

Es necesario que para obedecer al alma sea vigoroso el cuerpo; un buen sirviente ha de ser robusto. Bien sé que la intemperancia excita las pasiones y al fin extenua el cuerpo; muchas veces las mortificaciones y los ayunos producen el mismo efecto por una razón contraria. Cuanto más débil es el cuerpo, más ordena; cuanto más fuerte, más obedece. En cuerpos afeminados moran todas las pasiones sensuales; y tanto más se irritan aquéllos, cuanto menos pueden satisfacerlas.

Un cuerpo débil debilita el alma. De aquí proviene el imperio de la medicina, arte más perjudicial a los hombres que todas las dolencias que pretende sanar. Yo por mí no sé cuál es la enfermedad que curan los médicos; pero sé que nos las acarrearán funestísimas: la cobardía, la pusilanimidad, la credulidad, el miedo de la muerte; si sanan el cuerpo, matan el ánimo. ¿Qué nos importa que hagan andar cadáveres? Hombres son los que necesitamos, y no vemos que salga ninguno de sus manos.

La medicina está de moda en nuestro país, y tiene que ser así: es la diversión de personas ociosas y desocupadas, que no sabiendo en qué gastar el tiempo, lo emplean en conservarse. Si por desdicha suya hubieran nacido inmortales, serían los más desventurados de los seres; y una vida que nunca temieran perder, no tendría para ellos valor alguno. Esta gente necesita médicos que

los amenacen para adularlos, y que cada día les den el único gusto que son capaces de apreciar: el de no estar muertos.

No es mi ánimo extenderme aquí sobre la vanidad de la medicina: mi objeto es considerarla sólo por su aspecto moral. No obstante, no puedo menos de observar que acerca de su uso hacen los hombres los mismos sofismas que acerca de la investigación de la verdad. Siempre suponen que el que visita a un enfermo le cura, y que el que busca una verdad la encuentra; y no ven que se ha de contrapesar la utilidad de una cura que hace el médico, con la muerte de cien enfermos que mata; y las ventajas del descubrimiento de una verdad, con el daño que hacen los errores que pasan al mismo tiempo. La ciencia que instruye y la medicina que sana, buenas son, sin duda; pero funestísimas la ciencia que engaña y la medicina que mata. Enséñennos a distinguir las; esa es la dificultad. Si supiéramos ignorar la verdad, nunca nos seduciría la mentira; si supiéramos no querernos curar a despecho de la naturaleza, nunca moriríamos a manos del médico; ambas abstinencias serían puestas en razón y evidentemente ganaríamos sujetándonos a ellas. Yo no niego que la medicina sea útil a algunos hombres, pero sí afirmo que es perjudicial al linaje humano.

Me dirán, como se dice siempre, que los yerros pertenecen al médico, pero que en sí misma, la medicina es infalible. Enhorabuena; venga pues ella sin el médico; porque mientras vengan juntos, cien veces más riesgo habrá en los errores del artista, que esperanza de socorro en el arte.

Este arte falaz, más adaptable a los males del ánimo que a los del cuerpo, no es más útil para los unos que para los otros; no tanto nos sana de nuestras dolencias, cuanto nos infunde terror de ellas; no tanto aleja la muerte, cuanto hace que anticipadamente la sintamos; gasta la vida en vez de prolongarla; y aun cuando la prolongase, todavía sería en detrimento de la especie, puesto que nos desprende de la sociedad por los afanes que nos impone, y de nuestras obligaciones por los sustos que nos causa. El conocimiento de los riesgos es lo que nos los hace temibles; quien se creyera invulnerable, de nada tendría miedo a fuerza de armar contra el peligro a Aquiles, le quita el poeta el mérito del valor; cualquiera, en su lugar, habría sido Aquiles.

¿Queréis hallar hombres de verdadero valor? Buscadlos en los países donde no hay médicos, donde se ignoran las consecuencias de las enfermedades y donde se piensa poco en la muerte. El hombre naturalmente sabe padecer con constancia y muere en paz. Los médicos con sus recetas, los filósofos con sus preceptos, los sacerdotes con sus exhortaciones, son los que acobardan su ánimo y hacen que no sepa morir.

Dénme, pues, un alumno que no necesite de todas estas gentes, o no le acepto. No quiero que otros echen a perder mis afanes; deseo educarlo yo solo o no comprometerme a ello. El sabio Locke, que pasó parte de su vida estudiando la medicina, recomienda con eficacia que no se den remedios a los niños, ni por precaución, ni por incomodidades ligeras. Yo iré más adelante; y declaro que no llamando nunca al médico para mí, tampoco le llamaré para mi Emilio, a menos que se halle su vida en peligro inminente, porque entonces no le puede hacer otro daño que matarle.

Bien sé yo que el médico sacará partido de esta tardanza: si muere el niño, será porque le han llamado muy tarde; si se restablece él será quien le haya salvado. Corriente; alábase el médico ; pero, sobre todo, no le llamemos hasta el último extremo.

No sabiendo curarse, ha de saber el niño estar malo arte que suple al otro surte muchas veces mejor efecto; arte de la naturaleza. Cuando está malo el animal, padece sin quejarse y se está quieto; no se ven otros animales achacosos que los hombres. ¡A cuantas gentes, que hubieran resistido la enfermedad y sanado el tiempo sólo, ha quitado la vida la impaciencia, el miedo, la zozobra y más que todo os remedios! Se me dirá que como viven los animales de un modo más conforme a la naturaleza, deben estar menos sujetos que nosotros a dolencias. Enhorabuena; ese modo de vivir es el que yo quiero prescribir a mi alumno; y debe sacar de él las mismas ventajas.

La higiene es la única parte útil de la medicina, y aun la higiene menos es ciencia que virtud. Los dos médicos eficaces del hombre, son la templanza y el trabajo; éste aguza el apetito y aquella le impide los abusos.

Para saber cuál es el régimen que más conviene a la vida y a la salud, basta con saber cuál es el que siguen los pueblos que están

más sanos, son más robustos y viven más tiempo. Las observaciones generales nos hacen ver que el ejercicio de la medicina no procura a los hombres salud más fuerte y vida más dilatada: por lo mismo podemos deducir que no es útil este arte, sino perjudicial, puesto que emplea el tiempo, los hombres y las cosas sin ningún provecho. No solamente es perdido el tiempo que se gasta en conservar la vida para el uso de ella, y es necesario deducirle del útil, que cuando este tiempo se gasta en atormentarnos, es menos que nulo, es negativo; y para calcular equitativamente, se ha de restar éste del tiempo total de vida. Más vive para sí mismo y para los demás el que vive diez años sin médico, que el que ha vivido treinta víctima suya. Habiendo hecho ambas pruebas, me creo con más derecho que nadie para sacar esta consecuencia.

He aquí la razones por las que deseo que mi alumno sea robusto y sano, y los principios para que se mantenga tal. No me pararé a probar extensamente la utilidad de los trabajos manuales y los ejercicios corporales para fortalecer la salud y el temperamento; este punto nadie le disputa; los ejemplos de longevidad los ofrecen casi todos los hombres que más ejercicio han hecho, y que más fatigas y afanes han sufrido[14]. Tampoco me extenderé a detallar la atención que me merecerá esta materia sola; el lector verá que es tan indispensable en mi práctica, que basta penetrar el espíritu de ella para que no sean necesarias otras explicaciones.

Empiezan las necesidades al mismo tiempo que la vida. El recién nacido necesita una nodriza. Bien está; si se presta la madre a cumplir con esta obligación, se le darán por escrito sus instrucciones, utilidad que tiene el inconveniente de dejar al ayo más distante de su alumno. Es de creer, sin embargo, que el interés de la criatura y la estimación de aquel a quien quieren fiar tan precioso depósito, harán que la madre sea dócil a los consejos del maestro; y de seguro que cuanto quiera hacer, lo hará mejor que otra ninguna. Si necesitamos de una nodriza extraña, empecemos escogiéndola bien.

Una de las muchas desgracias de las personas ricas, es que en todo las engañan. ¿Por qué nos admiramos si forman tan errados juicios de los hombres? La riqueza es la que las corrompe, y en

justo castigo son las primeras que reconocen el defecto del único instrumento que saben manejar. En sus casas todo va mal hecho, menos lo que ellas propias hacen; y casi nunca hacen nada. Si se trata de buscar una nodriza, hacen que se la busque el médico. ¿Y qué resulta? Que la mejor es la que más le ha pagado. No consultaré yo a un médico para la de Emilio; tendré buen cuidado de escogerla por mí propio. Sobre este punto no disertaré acaso con tanta erudición como un cirujano; pero ciertamente caminaré con más buena fe, y menos me engañará mi buen celo que su avaricia.

No tiene mucho que averiguar esta elección; sabidas son las reglas; pero creo que debería ponerse alguna mayor atención en el tiempo de la leche, como se hace acerca de la calidad de ella. La leche nueva es toda serosa, y debe ser casi aperitiva para purgarlas reliquias del alhorre que queda espesado en los intestinos del recién nacido. Poco a poco toma la leche consistencia y ofrece un alimento más sólido al niño, ya más fuerte para digerirla. Ciertamente que no sin objeto hace variar la naturaleza en las hembras de todas especies la consistencia de la leche según la edad del recién nacido.

Necesitaría, por tanto, un niño recién nacido, una nodriza recién parida. Bien sé que esto ofrece inconvenientes; pero así que salimos del orden natural, todo tiene sus dificultades para obrar bien. La única salida cómoda es obrar mal; por eso ésta es la que se escoge.

Sería necesario hallar una nodriza tan sana de corazón como de cuerpo; la destemplanza de las pasiones puede alterar su leche tanto como la de los humores; además de que atenerse meramente a lo físico es no ver más que la mitad del objeto. Puede ser buena la leche y mala la nodriza, que un buen carácter es tan esencial como un buen temperamento. Si se escoge una mujer viciosa, no digo que contraerá sus vicios el hijo de leche, digo si, que se resentirá de ellos. ¿No le debe, además de la leche, solicitudes que exige celo, paciencia, blandura y limpieza? Si es glotona y destemplada, en breve se estragará su leche; si es descuidada y colérica ¿cómo dejaremos a merced de ella a un pobre desventurado que no puede defenderse ni quejarse? Nunca, en ningún asunto, pueden ser buenos los malos para cosa buena.

Tanto más importa la acertada elección de la nodriza, cuanto que no debe tener su hijo de leche otra ama que ella, como no ha de tener otro preceptor que su ayo. Este era el uso de los antiguos, menos argumentadores y más sabios que nosotros. Cuando habían dado el pecho a criaturas de su sexo, nunca las desamparaban, y por eso en sus piezas teatrales son nodrizas la mayor parte de las confidentes. Imposible es que un niño, que sucesivamente pasa por tantas manos distintas, salga bien educado. A cada variación hace secretas comparaciones que siempre paran en disminuir su estimación a los que le dirigen y, por consiguiente, la autoridad que sobre él tienen. Si llega una vez a persuadirse de que hay personas adultas que no tienen más razón que las criaturas, todo se ha perdido, y no queda esperanza de buena educación. No debe un niño conocer más superiores que su padre y su madre; y a falta de éstos su nodriza y su ayo, y todavía uno sobra; pero es inevitable esta partición; lo único que para remediarla puede hacerse, es que las personas de ambos sexos que le dirijan, estén de tan buen acuerdo, que con respeto a él no sean más que uno.

Preciso es que la nodriza viva con alguna más comodidad, tome alimentos algo más sustanciosos; pero que no varíe enteramente de método de vida, porque una pronta y total mudanza, aun cuando sea de mal en bien, siempre es peligrosa para la salud; y puesto, que su acostumbrado régimen la ha constituido o la ha mantenido sana y robusta, ¿a qué hacérsele variar?

Las campesinas comen más legumbres y menos carne que las mujeres de las ciudades; este régimen vegetal parece más propicio que contrario para ellas y las criaturas. Cuando tienen hijos de leche, de la ciudad, hacen que coman el cocido, persuadidas de que la sopa y el caldo de carne forman mejor quilo y dan más leche. No soy yo en manera alguna de este parecer, y tengo la experiencia en mi abono, la cual nos dice que los niños criados de este modo, están más sujetos a cólicos y a lombrices que los demás.

Esto no es extraño, puesto que la sustancia animal, cuando se pudre, se llena de gusanos; lo que no sucede con la vegetal. La elaborada aunque en leche, en el cuerpo del animales sustancia vegetal[15]; así lo demuestra el análisis de ella; se aceda con facilidad; y en vez de dar señas ningunas de álcali volátil, como las

dan las sustancias animales, deja, como las plantas, una sal neutra esencial.

La leche de las hembras herbívoras es más dulce y sana que la de las carnívoras; formándose con una sustancia homogénea a la suya, conserva mejor su naturaleza, y está menos sujeta a la putrefacción. Atendiendo a la cantidad, todos saben que los farináceos hacen más sangre que la carne y también deben dar más leche. No puedo creer que un niño que no fuese destetado antes de tiempo, o que lo fuese con alimentos vegetales, y cuya nodriza sólo comiese vegetales, padeciese nunca de lombrices.

Puede ser que los alimentos vegetales den una leche que se acede más pronto, pero estoy muy lejos de mirar la leche aceda como alimento pernicioso; pueblos enteros que no usan otro, viven muy sanos, y todo ese aparato de absorbentes me parece pura charlatanería. Temperamentos hay a que no conviene la leche, y en tal caso ningún absorbente, se la puede hacer digerir; otro la digieren sin absorbentes. Temen algunos la leche cuajada o los requesones, y es un error, porque sabemos que siempre la leche se cuaja en el estómago, y así se convierte en alimento de suficiente solidez para sustentar las criaturas y a los hijuelos de los animales; si no se cuajara, no haría más que pasar, y no los alimentaría[16]. Vano es cortar la leche de mil modos, usar mil absorbentes; todo aquel que come leche, digiere queso, y esto no tiene excepción. Tan apto es el estómago para cuajar la leche, que la cuajada se hace con estómago de recental.

Creo, pues, que en vez de mudar el alimento común de las nodrizas, basta con que se las dé más abundante y más escogido en su género. La comida de vigilia no es cálida por la naturaleza de los alimentos; el modo de sazónarlos es el que los hace perniciosos. Reformad las reglas de vuestra cocina; no tengáis fritos, ni manjares compuestos con manteca enrojecida al fuego; no arriméis a la lumbre la sal, los lactícinos ni la manteca; no sazónéis vuestras legumbres cocidas en agua hasta que se pongan hirviendo encima de la mesa, y la comida de vigilia, lejos de encender la sangre de la nodriza, la dará leche abundante y de excelente calidad[17]. ¿ Sería posible que estando reconocido el régimen vegetal como el mejor

para la criatura, fuese para la nodriza mejor el animal? Esto es una contradicción.

En los primeros años de la vida es cuando ejerce el aire una acción particular en la constitución de los niños; penetrando por todos los poros de su blando y delicado cutis, influye poderosamente en sus nacientes cuerpos, y les deja impresiones que nunca se borran. Por eso no es mi dictamen que se saque a una nodriza de su lugar para encerrarla en una habitación de la ciudad y hacerla criar al niño en casa de sus padres; mejor quiero que vaya a respirar el aire sano del campo que el corrompido de la ciudad, que tome el estado de su nueva madre, que viva en su pobre casa y que le acompañe su ayo. Acuérdesse el lector de que de no es éste un hombre pagado, sino el amigo de su padre. Pero, se me dirá: ¿y si no se halla ese amigo, si no es fácil, llevarse al niño, si ninguno de estos consejos es practicable, ¿qué ha de hacerse? Ya he dicho lo que se hace; para eso no se necesitan consejos.

La vocación de los hombres no es de vivir hacinados en hormigueros, sino desparramados sobre las tierras que han de cultivar. Cuanto más se reúnen, más se estragan. Efecto infalible de la demasiada concurrencia, son tanto las dolencias del cuerpo como los vicios del alma. Entre todos los animales, el hombre es el que menos puede vivir en manada, y hombres hacinados como carneros se morirían todos en poquísimo tiempo. El aliento del hombre es mortal para su semejante, expresión no menos exacta en sentido propio que en metafórico.

La sima del género humano son las ciudades. Al cabo de algunas generaciones perecen o degeneran las castas; es preciso renovarlas, y el campo es el que sufraga a esta renovación. Enviad, pues, a vuestros hijos a que se renueven, por decirlo así, y a que recuperen en medio de los campos el vigor que se pierde en el aire contagioso de los pueblos grandes. Se dan prisa las mujeres embarazadas que están en el campo a volver a la ciudad cuando se les acerca el parto, y deberían hacer todo lo contrario, particularmente las que quieren criar ellas mismas a sus hijos; menos les costaría de lo que imaginan; en una mansión más natural para nuestra especie, los deleites imprescindibles de las

obligaciones naturales, les quitarían pronto la afición a los que se apartan de ellos.

Luego de concluido el parto, se lava al niño con agua tibia, por lo común mezclada con vino. La adición del vino no me parece necesaria: no produciendo la naturaleza cosa ninguna fermentada, no es creíble que para la vida de sus criaturas importe el uso de un líquido artificial.

Por la misma causa tampoco me parece indispensable la precaución de calentar el agua; y efectivamente, muchos pueblos hay que sin otros preparativos lavan en los ríos o en el mar a los niños recién nacidos; pero afeminados los nuestros antes de nacer, por la molicie de los padres, vienen al mundo con un temperamento ya estragado, que al principio no conviene exponer a todas las pruebas que deben restablecerle. Sólo gradualmente pueden ser restituidos a su primitivo vigor. Empecemos conformándonos al uso y apartémonos de él poco a poco. Lávense con frecuencia los niños; su suciedad demuestra esta precisión. Cuando no hacen más que enjuagarlos, les rompen el cutis, pero al paso que tomen fuerza, disminúyase por grados el calor del agua, hasta que al fin los laven en todo tiempo con agua fría, aunque sea helada. Como para que no corran riesgo conviene que sea lenta, insensible y sucesiva esta disminución, podremos servirnos del termómetro para medirla con exactitud.

Establecido ya este uso del baño, no debe interrumpirse, e importa conservarle toda la vida. No sólo le considero como necesario para la limpieza y salud actual, sino también como precaución saludable para hacer más flexible el tejido de las fibras y que cedan sin riesgo ni esfuerzo a los diversos grados de calor y frío. Para esto quisiera yo que en siendo mayor el niño, se acostumbrara poco a poco a bañarse en aguas calientes o frías a todos los grados tolerables. Habituándose de este modo a sufrir los varios temple del agua, que como fluido más denso nos toca por más puntos y nos impresiona más, se haría el hombre casi insensible a las variaciones del aire.[\[18\]](#)

Luego que respira el niño de sus envoltorios, no se permita que le pongan otros donde se halle más comprimido. Fuera capillos, fuera fajas, fuera pañales; mantillas fluctuantes y anchas que dejen

todos sus miembros libres, y que ni sean tan pesadas que le impidan sus movimientos, ni tan calientes que no te dejen sentir las impresiones del aire. Póngasele en una cuna espaciosa[19], bien rellena de lana, donde se pueda mover sin peligro y a su gusto. Cuando ya empiece a tomar fuerza, déjesele que se arrastre por el cuarto; desarrollando y extendiendo así sus miembrecillos, veremos cómo se fortifican de día en día, y al compararle con un niño del mismo tiempo bien fajado, asombrará la diferencia que media entre los adelantos de ambos[20].

Hay que contar con una fuerte oposición de parte de las nodrizas a quienes da menos que hacer el niño bien atado, que cuando tiene que cuidar de él constantemente. Como por otra parte la suciedad es más visible en un traje abierto, es necesario limpiarle con más frecuencia. Finalmente, la costumbre es el argumento que en muchos países nunca se refuta a satisfacción de la plebe.

No se discuta con las nodrizas, porque es trabajo perdido; mándeseles, véase que lo hacen y no se omita nada para facilitar en la práctica las operaciones que se les hayan prescrito. ¿Y por qué no tomar parte en ellas? Comúnmente, cuando se cría un niño, sólo a lo físico se atiende; con tal que viva y no enferme, poco importa lo demás; pero aquí donde empieza con la vida la educación, desde que nace el niño ya es discípulo no del ayo, sino de la naturaleza. El ayo no hace otra cosa que estudiar con este primer maestro, y estorbar que sean perdidos sus afanes. Vigila sobre la criatura, la observa, la sigue, acecha con diligencia el primer albor de su débil entendimiento, como al acercarse el primer cuarto de luna acechan los musulmanes el momento en que nace.

Nacemos con capacidad para aprender, pero sin saber nada ni conocer nada. Ni siquiera la conciencia de su existencia propia tiene el alma encadenada en imperfectos y no bien formados órganos. Son los gritos del niño recién nacido, efectos puramente mecánicos, privados de inteligencia y voluntad.

Supongamos que, cuando nace, el niño tuviera ya la fuerza y la estatura de un adulto, que saliera por decirlo así, armado de punta en blanco del seno de su madre, como salió Palas, del cerebro de Júpiter; sería este hombre-niño un imbécil completo, una máquina, una estatua inmóvil y casi insensible; nada vería, nada oiría, a nadie

conocería, no sabría volver los ojos a lo que necesitase ver; no sólo no distinguiría objeto ninguno fuera de él, sino que tampoco referiría ninguno al órgano del sentido que se le hiciera distinguir; ni estarían los colores en sus ojos, ni estarían los sonidos en sus oídos; no estarían sobre su cuerpo los cuerpos que tocase, ni sabría siquiera que tenía uno; estaría en su cerebro el contacto de sus manos; se reunirían en un solo punto todas sus sensaciones; sólo en el sensorio común existirían; no tendría más que una idea, la del yo; a ésta referiría todas sus sensaciones; y esta idea, o mejor dicho, este modo de sentir, sería lo único en que se diferenciase de cualquier otro niño.

Este hombre formado de repente no sabría tenerse en pie; necesitaría de mucho tiempo para aprender a guardar el equilibrio, acaso no lo intentaría, y veríamos este cuerpo grande, fuerte y robusto, fijo en un lugar como una peña, o arrastrarse por el suelo como los perrillos cachorros.

Sentiría la desazón de las necesidades sin conocerlas ni imaginar medio ninguno de satisfacerlas. Aunque estuviese rodeado de alimentos, no hay comunicación ninguna inmediata entre los músculos del estómago y los de los brazos y piernas que le hiciera dar un paso para arrimarse a ellos, o alargar la mano para cogerlos; y como ya habría tomado su cuerpo todo su incremento, como estarían enteramente desarrollados sus miembros, no tendría la inquietud ni los continuos movimientos de los niños, y pudiera muy bien morir de hambre, antes de moverse para buscar que comer. Por poco que uno haya reflexionado acerca del orden y progresos de nuestros conocimientos, no podrá negar que, con poca diferencia, sea éste el primitivo estado de ignorancia y estupidez natural al hombre, antes de aprender algo de la experiencia o de sus semejantes.

Conócese, por tanto, o puede conocerse, el punto primero de donde sale cada uno de nosotros para llegar al común grado de inteligencia humana; pero ¿quién es el que conoce el otro extremo? Según su ingenio, su gusto, sus necesidades, su talento, su celo, y las ocasiones que de abandonarse a él se presentan, se adelanta más o menos cada uno; pero no sé que haya habido hasta ahora filósofo tan atrevido que dijese: «Este es el término a donde puede

llegar el hombre y del que no puede pasar.» Ignoramos lo que nos permite la naturaleza que seamos; ninguno de nosotros ha medido la distancia que entre un hombre y otro puede mediar. ¿Cuál es el ánimo mezquino que nunca inflamó esta idea, y que en su orgullo no dice alguna vez: ¡A cuántos voy dejando atrás! ¡a cuántos puedo pasar aún! ¿Por qué ha de adelantarse a mí un igual mío?

Repito que la educación del hombre empieza desde que nace; antes de hablar y antes de oír, ya se instruye. Precede la experiencia a las lecciones; y cuando conoce a su nodriza, ya tiene mucho adquirido. Los conocimientos del hombre más rústico nos admirarían, si siguiéramos sus progresos desde el punto que nació hasta aquel en que se halla. Si partiéramos el saber humano en dos partes, una común de todos los hombres, y otra peculiar de los sabios, sería la última muy pequeña, comparada con la primera. Pero no atendemos a las adquisiciones generales, porque se hacen sin pensarlo, antes de la edad de razón; y porque, por otra parte sólo por las diferencias se nota el saber, y como en las ecuaciones algebraicas no se cuentan las cantidades comunes.

Hasta los animales adquieren mucho. Tienen sentidos y es necesario que aprendan a hacer uso de ellos; tienen necesidades y es necesario que aprendan a satisfacerlas; es necesario que aprendan a comer, a andar, a volar. No por eso saben andar los cuadrúpedos que desde que nacen se tienen en pie; en sus primeros pasos se echa de ver que hacen pruebas mal seguras. Los jilgueros que se escapan de las jaulas no saben volar, porque nunca han volado. Todo es motivo de instrucción para los seres animados y sensibles; y si tuvieran las plantas movimiento progresivo, sería necesario que tuviesen sentidos y adquiriesen conocimientos, sin lo cual en breve perecerían las especies.

Las primeras sensaciones de los niños son puramente afectivas, y sólo se distinguen en ellas placer o dolor. No pudiendo andar ni agarrar, necesitan de mucho tiempo para formarse poco a poco las sensaciones representativas que le muestran los objetos fuera de ellos propios; pero antes que se extiendan estos objetos, que se desvíen, por decirlo así, de sus ojos, y adquieran para ellos figuras y dimensiones, empieza el regreso de sensaciones afectivas a sujetarlos al imperio de la costumbre; se les ve volver sin cesar los

ojos hacia la luz, y si les viene de lado, tomar insensiblemente esta dirección; de manera que es menester tener cuidado de colocarles de cara a la luz, para que no se pongan bizcos, ni se acostumbren a mirar de reojo. También es preciso habituarlos cuanto antes a la oscuridad; si no, lloran y gritan así que no ven luz. El alimento y el sueño medidos con demasiada exactitud les vienen a ser necesarios al cabo de los mismos intervalos, y en breve no proviene el deseo de la necesidad sino del hábito, o más bien éste añade otra necesidad a la natural; cosa que es preciso evitar.

La única costumbre que se debe dejar que tome el niño, es el de no contraer ninguna; no llevarle más en un brazo que en otro; no acostumbrarle a presentar una mano más que otra, a servirse más de ella a comer, dormir y hacer tal o tal cosa a la misma hora, a no poder estar solo de día ni de noche. Preparad de antemano el reinado de su libertad y el uso de sus fuerzas, dejando el hábito natural a su cuerpo, y poniéndole en el estado de ser siempre dueño de sí propio y hacer en todo su voluntad así que la tenga.

Tan pronto como empieza a distinguir el niño los objetos, es importante escoger bien los que se le enseñen, Todo lo nuevo interesa naturalmente al hombre. Se siente tan débil que tiene miedo de todo cuanto no conoce; este miedo desaparece por el hábito de ver objetos nuevos sin recibir daño. Los niños criados en casas limpias donde no se consienten telarañas tienen miedo de las arañas, y muchas veces le conservan cuando mayores. Nunca he visto aldeano, sea hombre, mujer o niño, que tenga miedo de las arañas.

¿Qué razón hay para que no empiece la educación antes que hable y oiga el niño, puesto que la elección sola de los objetos que se le presentan es capaz de hacerle cobarde o valiente? Quiero que se habitúe a mirar nuevos seres, animales feos, repugnantes, extraños; pero poco a poco y a alguna distancia hasta que se acostumbre a ellos, y a fuerza de ver que otros los manejan, los maneje al fin el también. Si ha visto sin susto en su infancia sapos, culebras y cangrejos, verá sin horror, cuando sea mayor, cualquier otro animal, porque no hay objetos horrorosos para el que los ve todos los días.

Todos los niños se asustan de las máscaras. Empiezo enseñando a Emilio una careta de forma bonita; después uno se la pone delante de la cara; me echo a reír, todo el mundo se ríe, y, el niño se ríe como los demás. Poco a poco le acostumbro con caretas más feas, y al fin con figuras horribles. Si he seguido bien la graduación, lejos de que le asuste la última, se reirá como de la primera; luego no temo que le metan miedo con máscaras.

En la despedida de Andrómaca y Héctor, cuando, asustado el niño Astinacte con el penacho que tremola en el yelmo de su padre, no le conoce y se arroja dando gritos al cuello de su nodriza, causando a su madre una sonrisa mezclada en llanto, ¿qué debe hacerse para quitarle el miedo? Justamente lo que Héctor hace; poner el yelmo en el suelo y acariciar luego al niño. En un momento más tranquilo no se hubiera contentado con esto; le habría acercado el yelmo, jugado con las plumas, y hécholas tocar al niño; hubiera tomado, en fin, la nodriza el yelmo, y colocándosele riendo en la cabeza, si una mujer se hubiese atrevido a tocar las armas de Héctor.

¿Se trata de acostumbrar a Emilio al ruido de un arma de fuego? Primeramente quemó pólvora en la cazoleta de una pistola, y le divierte esta llamarada instantánea y brillante, esta especie de relámpago; la reitero con más pólvora; poco a poco cargo la pistola con poca pólvora y sin taco, luego con otra mayor carga; al fin le acostumbro a oír los disparos, los cohetes, los cañonazos y las más terribles detonaciones.

He notado que los niños rara vez tienen miedo de los truenos, a menos que sean espantosos y real mente incomoden el órgano del oído; de otra manera no temen hasta que saben que el rayo algunas veces hiere o mata. Cuando empieza a asustarlos la razón, haced que les dé ánimo el hábito. Con una lenta y bien dirigida graduación, el hombre y el niño se hacen intrépidos en todo.

En el principio de la vida, cuando son inactivas la imaginación y la memoria, sólo está atento el niño a lo que hace impresión en sus sentidos; y como estas sensaciones son los primeros materiales de sus conocimientos, presentárselas en orden conveniente es disponer su memoria a que un día se las exhiba en el mismo orden a su entendimiento; pero como solamente atiende a sus

sensaciones, basta primero mostrarle con distinción la conexión de estas mismas sensaciones con los objetos que las causan. Quiere el niño tocarlo todo, manejarlo todo; no nos opongamos a esta inquietud, que a ella ha de deber el más indispensable aprendizaje; por ella aprende a sentir el calor, el frío, la dureza, la blandura, el peso, la ligereza de los cuerpos; a juzgar de su tamaño, su figura, y todas sus cualidades sensibles, mirando, palpando [21], escuchando, especialmente comparando la vista con el tacto, y valuando con los ojos la sensación que en sus dedos se excita.

Sólo por el movimiento sabemos que hay cosas que no son nosotros, y sólo por nuestro propio movimiento adquirimos la idea de la extensión. Porque no tiene el niño esta idea, tiende indistintamente la mano para coger el objeto que tiene cerca como el que está a cien pasos. El esfuerzo que hace nos parece señal de imperio, orden que da al objeto de que se acerque a él o a nosotros de que se le traigamos; y nada de esto es, sino que los mismos objetos que al principio veía en su cerebro, y luego pegados a sus ojos, los ve ahora al cabo de su brazo, y no se figura otra extensión que hasta donde puede alcanzar. Téngase cuidado de pasearle con frecuencia, de llevarle de un sitio a otro, de hacerle conocer la mudanza de lugar, a fin de enseñarle a juzgar de las distancias. Cuando empiece a conocerlas, entonces es necesario mudar de método, y llevarle como se quiera y no como quiera él, porque así que no le engaña el sentido, procede de otra causa su esfuerzo. Este cambio es notable y requiere explicación.

El malestar que producen las necesidades se manifiesta con signos, cuando es necesario socorro ajeno para satisfacerlas. De aquí los gritos de los niños; lloran mucho, y debe ser así. Puesto que son pasivas todas sus sensaciones, cuando son agradables las disfrutan callados; cuando son penosas, lo dicen en su lengua y piden alivio. Mientras que están despiertos, no pueden permanecer en un estado de indiferencia; duermen o sienten dolor o gusto.

Todos nuestros idiomas son obra del arte. Por espacio de mucho tiempo se ha indagado si había alguno natural y común de todos los hombres; sin duda que lo hay, y es el que hablan los niños antes que sepan hablar. No es una lengua articulada, pero si acentuada sonora, inteligible; la práctica de las nuestras nos la ha hecho

abandonar de modo que enteramente nos hemos olvidado de ella. Estudiemos a los niños y con ellos pronto la volveremos a aprender. En esta lengua las nodrizas son maestras; todo cuanto dicen sus hijos de leche lo entienden, les responden, tienen con ellos conversaciones muy seguidas; y aunque pronuncian palabras, son voces absolutamente inútiles, porque no es la significación de la palabra la que ellos entienden, sino el acento que la acompaña.

Al lenguaje de la voz se une el de los ademanes, que no es menos enérgico: éstos no están en las débiles manos de los niños, sino en sus semblantes. Asombra la expresión que ya tienen estas mal formadas fisonomías; de un instante a otro varían sus semblantes con increíble rapidez; vemos en ellos la sonrisa, el deseo, el susto, que nacen y desaparecen como relámpagos; cada vez parece distinta cara. Tienen los músculos del rostro más movibles que los nuestros; en cambio sus ojos opacos casi nada expresan. Este debe ser el género de los signos corporales: en muecas consiste la expresión de las sensaciones; la de los afectos reside en las miradas.

Así como la debilidad y la miseria constituyen el primer estado del hombre, sus primeras voces son quejidos y llantos. El niño siente necesidades y no las puede satisfacer; implora con gritos el socorro, ajeno; si tiene mucho frío o mucho calor, llora; si tiene hambre o sed, llora; si necesita moverse y le dejan quieto, llora; si quiere dormir y le quitan el sueño, llora. Cuanto menos está a disposición suya su modo de ser, con más frecuencia pide que le muden. No tiene más que un idioma, porque sólo conoce una especie única de incomodidad; la imperfección de sus órganos no le permite distinguir la diversidad de impresiones; y todos sus males forman con respecto a él una sola impresión dolorosa.

En estos llantos que pudieran creerse tan poco dignos de nuestra atención, nace la relación primera del hombre con todo cuanto le rodea; aquí se forja el primer eslabón de la dilatada cadena que constituye el orden social.

Cuando llora el niño es que tiene alguna incomodidad, experimenta alguna necesidad que no puede satisfacer; examinamos, averiguamos qué necesidad es esta, damos con ella y la remediamos. Cuando no atinamos a descubrirla, o no podemos

satisfacerla, sigue el llanto, nos importuna; halagamos al niño para que calle, le mecemos, le arrullamos para que se duerma; si no calla, nos enojamos, le amenazamos, y algunas nodrizas de mal genio suelen a veces pegarle. Extrañas lecciones son éstas para el comienzo de la vida.

Nunca se me olvidará uno de estos incómodos llorones a quien pegó su nodriza; callóse al punto y yo creí que se había sobrecogido. Será acaso un alma servil, decía yo entre mi, que nada sin el rigor se alcanza de ella. Me equivocaba; al desventurado le ahogada la rabia, había perdido la respiración; le vi ponerse amoratado. De allí a un instante empezaron los gritos agudos; todas las señales del resentimiento, la desesperación y el furor de esta edad, las daban sus acentos; temí que expirara en esta agitación. Aunque hubiera dudado si la conciencia de lo justo y de lo injusto era innata en el pecho humano, sólo este ejemplo me lo hubiera demostrado. Estoy seguro de que un ascua que por acaso hubiera caído sobre una mano del niño, la hubiera sentido menos que este golpe muy ligero, pero dado con ánimo manifiesto de hacerle daño.

Esta disposición de los niños a enfadarse, despecharse y encolerizarse, exige grandísima atención. Piensa Boerhaave que la mayor parte de sus enfermedades son de la clase de las convulsivas, porque siendo su cabeza en proporción mas abultada, y más extenso que en los adultos el sistema nervioso, éste es más propenso a irritación. Desvíense de ellos con el mayor cuidado los criados que les provocan, les enfadan, los impacientan y que son cien veces más peligroso, y más funestos para ellos que la inclemencia del aire y de las estaciones. Mientras que sólo en las cosas, y nunca en las voluntades, hallen resistencia los niños, no serán iracundos ni coléricos y se conservarán más sanos. Esta es una de las causas porqué los niños de la gente pobre, más libres, más independientes, son en general menos achacosos, menos delicados, más robustos que los que se pretende educar mejor sujetándoles sin cesar; pero siempre hemos de tener presente que hay mucha diferencia de obedecerlos a quitarles sus gustos.

Los primeros llantos de los niños son ruegos; si no se les hace caso, pronto se convierten en órdenes; empiezan haciéndose asistir y acaban haciendo que los sirvan. De esta suerte, de su flaqueza

propia, de donde nace primero la conciencia de su dependencia se origina luego la idea de imperio y dominación; que nuestros servicios, ya empiezan aquí a hacerse distinguir los efectos morales, cuya inmediata causa no se halla en la naturaleza; y, por tanto, se ve que desde esta edad primera importa reconocer la secreta intención que ha dictado el ademán o el grito.

Cuando el niño sin decir nada, alarga con esfuerzo la mano, creyendo alcanzar al objeto porque no aprecia la distancia a que se halla, es un error suyo; pero cuando se lamenta y grita al alargar la mano, ya no se engaña acerca de la distancia, pues manda al objeto que se acerque a él, o a nosotros que le llevemos. En el primer caso, llévesele despacio y a pasos lentos al objeto; en el segundo, no se le den siquiera muestras de haberle entendido; cuanto más grite, menos debe escuchársele. Conviene acostumbrarle desde muy temprano a no mandar ni a los hombres, porque no es su amo, ni a las cosas, porque no le oyen. Por eso, cuando desea algo que ve y quieren dárselo, es mejor llevar el niño al objeto que traer el objeto al niño; de esta práctica saca una consecuencia propia de su edad, y no hay otro modo de sugerírsela.

El abate de Saint-Pierre llamaba a los hombres, niños grandes, y recíprocamente pudiéramos llamar a los niños hombres chicos. Estas proposiciones tienen parte de verdad como sentencias; pero como principios, necesitan aclararse. Cuando Hobbes, calificaba al perverso de niño robusto, decía una cosa enteramente contradictoria. Toda perversidad procede de debilidad; el niño, si es malo, es porque el débil; denle fuerza, y será bueno; el que lo pudiese todo nunca haría mal. Entre todos los atributos de la divinidad omnipotente, aquel sin el que no podemos concebirla es el de la bondad. Todos cuantos pueblos han admitido dos principios, siempre han tenido al malo por inferior al bueno; de otro modo habrían hecho una suposición absurda. Véase más adelante la profesión de fe del presbítero saboyano.

La razón nos enseña por sí sola a conocer lo bueno y lo malo: la conciencia, que hace que amemos lo uno y aborrezcamos lo otro, aunque independiente de la razón, no se puede desenvolver sin ella. Antes de la edad de razón, hacemos bien y mal sin saber si lo que hacemos es bueno o malo; y no hay moralidad en nuestras

acciones, aunque algunas veces la haya en la impresión que en nosotros hacen las acciones de otro relativas a nosotros. Un niño quiere descomponer todo cuanto ve; rompe, hace pedazos lo que puede coger; agarra un pájaro como agarraría una piedra, y le ahoga sin saber lo que hace.

¿En qué consiste esto? Al instante viene la filosofía a señalar como causa nuestros vicios naturales, la soberbia, el espíritu de dominación, el amor propio, la perversidad humana. Acaso añade que la conciencia de su flaqueza incita al niño a que ejecute actos de fuerza y a que se dé a sí propio pruebas de su poder. Pero contemplemos a aquel viejo quebrantado y achacoso, tornado por el círculo de la vida humana a la flaqueza de la infancia; no sólo permanece inmóvil y tranquilo, sino que también quiere que nada se mueva en torno suyo; le turba y desasosiega la menor mudanza y desearía que reinara una calma universal. ¿Cómo ha de producir tan distintos efectos en las dos edades una impotencia misma unida con las mismas pasiones, si no hubiera variado la causa primitiva? ¿Y dónde hallaremos esta diversidad de causas, sino en el estado físico de ambos individuos? El principio activo común de los dos se desenvuelve en el uno y se extingue en el otro; uno se forma, otro se destruye; uno camina a la vida, otro a la muerte. La actividad falleciente se reconcentra en el corazón del anciano; en el del niño es superabundante y rebosa fuera, sintiéndose, por decirlo así, con bastante vida para animar todo cuanto le rodea. No importa que haga o deshaga; bástale cambiar el estado de las cosas, porque todos cambio es acción. Y si parece que tiene más inclinación a destruir, no es por malicia, es porque la acción que forma siempre es lenta, y como la que destruye es más rápida, se aviene mejor con su viveza.

Al mismo tiempo que el autor de la naturaleza da este principio activo a los niños, cuida de que sea poco perjudicial, dejándoles poca fuerza, para que se abandonen a él. Pero así que pueden mirar a las personas que tienen cerca como instrumentos a quienes poner en acción, se sirven de ellos para seguir sus inclinaciones y suplir su propia flaqueza. De este modo se tornan incómodos, tiranos, imperiosos, malos, indómitos; progresos que no proceden de un natural espíritu de dominación, sino que se les infunden; pues

poca experiencia hace falta para conocer cuán agradable es obrar por manos de otro.

Con la edad se cobran fuerzas, y se hace uno menos inquieto, más parado, se contiene más dentro de sí propio; se ponen, por decirlo así, en equilibrio el cuerpo y el alma, y ya la naturaleza nos pide sólo el movimiento necesario para nuestra conservación. Pero no se extingue el deseo de mandar con la necesidad que le dio origen; el amor propio le excita, y le halaga el imperio que el hábito fortifica; así el capricho sucede a la necesidad, y empiezan a echar raíces las preocupaciones y la opinión.

Una vez conocido el principio, vemos con claridad el punto en que se abandona la senda de la naturaleza; sepamos lo que se ha de hacer para no salir de ella.

Lejos de tener los niños fuerzas sobrantes, ni aun tienen la suficientes para todo lo que les pide la naturaleza; por tanto hay que dejarles el uso de todas cuantas les da y de que no pueden abusar. Primera máxima.

Es preciso ayudarles y suplir lo que les falta, ya sea, inteligencia, ya fuerza, en todo cuanto fuere de necesidad física. Segunda máxima.

En la ayuda que se les diere, es necesario limitarse únicamente a la utilidad real, sin conceder nada al capricho o deseo infundado, porque los antojos no los atormentarán cuando no se les hayan dejado adquirir, atendido que no son naturales. Tercera máxima.

Hay que estudiar con atención su lengua y signos pues como en esta edad no saben disimular, distinguiremos en sus deseos lo que se debe inmediatamente a la naturaleza y lo que procede de la opinión.

El espíritu de estas reglas es conceder a los niños más verdadera libertad y menos imperio, permitirles que hagan más por sí propios y exijan menos de los demás. Acostumbrándose así desde muy pequeños a regular sus deseos con sus fuerzas, poco sentirán la privación de lo que no esté en su mano conseguir.

Otra nueva e importantísima razón es dejar los cuerpos y los miembros de los niños enteramente libres, con la única precaución de preservarlos del riesgo de que se caigan y apartar de sus manos todo cuanto puede herirlos.

Indudablemente, una criatura que tiene los brazos y el cuerpo sueltos, llorará menos que otra fajada en sus pañales. Como no conoce otras necesidades que las físicas, sólo llora cuando padece; esto es muy útil, porque se sabe de fijo cuándo necesita socorro, y no debe dilatarse un instante el dársele, sí es posible. Pero si no le podéis aliviar, estaos quietos, sin halagarle para que calle, vuestros cariños no le han de sanar de su dolor; mas él se acordará muy bien de la que ha de hacer para que le acaricien y si sabe ocuparos una vez a su voluntad, ya es vuestro amo y todo se ha perdido.

Menos contrariados en sus movimientos también llorarán menos los niños; menos importunados con sus llantos nos afanaremos menos en hacer que callen; con menos frecuencia amenazados o mimados no serán tan medrosos ni tan tercos y permanecerán más a gusto en su estado natural. No tanto se quiebran los niños porque los dejen llorar, cuanto por el ansia de hacerlos callar; la prueba es que los niños más abandonados están menos expuestos a quebrarse que los otros. Muy lejos estoy de pretender que se descuiden; al contrario, conviene prever sus necesidades y no dejar que sus gritos nos adviertan de ellas; pero tampoco quiero que los cuidados que se tomen con ellos sean mal combinados. ¿Por qué han de dejar de llorar así que ven que con su llanto logran tantas cosas? Instruidos del aprecio que se hace de su silencio, buen cuidado tienen de no prodigarle. Al fin, tanto valor le dan, que no es posible pagárselo; y entonces, al llorar sin fruto, se esfuerzan, se apuran, y se matan.

Los porfiados llantos de un niño que no está sujeto ni enfermo, y a quien nada le falte, son llantos de hábito y obstinación; no son efecto de la naturaleza, sino de la nodriza, que por no saber tolerar su importunidad la multiplica, sin pensar que haciendo que el niño calle hoy, le excita a que mañana llore más. El único medio de sanar o precaver esta costumbre, es no hacer caso del llanto. Nadie quiere tomarse un trabajo inútil, ni aun las criaturas, que únicamente son tenaces en sus tentativas; pero si tenemos más constancia nosotros que terquedad ellas, se cansan y no vuelven a empezar. Así se les ahorran lágrimas y se acostumbran a no verterlas, cuando el dolor no es la causa de ellas.

Por lo demás, cuando lloran por manía o por obstinación el mejor medio de acallarlas es distraerlas con algún objeto vistoso y agradable que haga se olviden de que querían llorar. En esto son aventajadas la mayor parte de las nodrizas, y usado a tiempo es utilísimo; pero importa sobremanera que ni penetre el niño la intención de distraerle, y que se divierta sin creer que piensan en él; sobre este segundo punto están muy torpes las nodrizas.

Suele destetarse a los niños antes de tiempo. La época en que deben ser destetados la indica la salida de los dientes, y ésta por lo común es lenta y dolorosa. Por un instinto maquinal mete entonces el niño en la boca cuanto agarra para mascar. Dícese que esta operación se facilita, dándole por juguete al niño un cuerpo duro, como marfil o un diente de lobo. Lo creo una equivocación. Los cuerpos duros aplicados a las encías, lejos de ablandarlas las tornan callosas, las endurecen y preparan una ruptura más dolorosa y difícil. Tomemos siempre ejemplo del instinto. Vemos que los perritos no ejercitan sus dientes nacientes en pedernales, en hierro o en huesos, sino en madera, en cuero, en trapos, en materias blandas que ceden, y donde hace impresión el diente.

Ya no se sabe tener sencillez en nada, ni aun con los niños. Cascabeles de oro y plata, corales, cristales de facetas, juguetes de todo valor y todas clases : ¡cuánto atavío inútil y pernicioso! Nada de eso. Fuera los cascabeles, fuera los juguetes; ramas de árbol con sus hojas y su fruta; una cabeza de adormidera en donde se oigan sonar los granos; un palo de regaliz que pueda el niño chupar y mascar, le divertirán tanto como todas las cosas magníficas, y no tendrán el inconveniente de acostumbrarle al lujo desde que nace.

Sabido es que la papilla no constituye un alimento muy sano. La leche cocida y la harina cruda engendran mucha saburra y conviene mal a nuestro estómago. La harina está menos cocida en la papilla que en el pan, y además no ha fermentado. Si absolutamente se quiere dar al niño este alimento, conviene tostar antes un poco la harina. En mi tierra hacen así una sopa muy sana y agradable, pero la nata de arroz y la panerela me parecen mejores. También el caldo de carne y la sopa son alimentos que valen poco, y han de usarse lo menos posible. Conviene que los niños se acostumbren cuanto antes a mascar, que es el verdadero modo de facilitar la dentición y

cuando empiezan a tragar, los jugos salivales, mezclados con los alimentos, favorecen la digestión.

Yo les haría que mascasen primero frutas secas, con cáscaras , y les daría, en vez de juguetes, mendrugos delgados y largos de pan duro, o de bizcochos semejantes al pan de Mallorca. A puro ablandarle en la boca se tragarían un poco; insensiblemente les nacerían los dientes, y se encontrarían destetados sin pensar en ello. Comúnmente los hijos de los labradores tienen muy robusto el estómago y no los destetan de otra manera.

Los niños oyen hablar desde que nacen, y no sólo les hablan antes de que entiendan lo que les dicen, sino antes de que puedan repetir las palabras que oyen. Inculto todavía su órgano se adapta con lentitud a la imitación de los sonidos que les dictan y tampoco está probado que estos sonidos hagan en su oído tan distinta impresión como en el nuestro. No me parece mal que divierta la nodriza al niño con coplas y cuentos alegres y muy variados, pero repruebo que sin cesar le atolondre con una multitud de palabras inútiles, de las cuales sólo entiende el tono que las acompaña. Querría que las articulaciones primeras que llegaran a su oído fueran pocas, fáciles, y distintas, que se le repitiesen con frecuencia, y que las palabras que expresan significasen objetos sensibles que fuera posible mostrar en el acto al niño. La malhadada facilidad que adquirimos de contentarnos con palabras que no entendemos, empieza antes de lo que se cree; y el estudiante en el aula escucha la charla de su nodriza. Me parece que sería utilísima instrucción educarle de manera que no comprendiese palabra de ella.

Agólpense las reflexiones en tropel, si uno quiere tratar de la formación de los idiomas, y de los primeros razonamientos de los niños. Sea como fuere, siempre aprenderán a hablar del mismo modo, y en esto todas las especulaciones filosóficas son absolutamente inútiles.

Primeramente, tienen una especie de gramática peculiar a su edad, cuya sintaxis se ajusta a reglas más generales que la nuestra; y si la examináramos atentamente, nos asombraría la exactitud con que siguen ciertas analogías, defectuosísimas si se quiere, pero muy regulares, y que si no están admitidas es por su cacofonía o porque las rechaza el uso. Cierta día oí a un padre reñir

ásperamente a un hijo suyo, porque decía; no *cabemos en la sala*. Es claro que el chico seguía mejor la analogía que nuestras gramáticas, porque si se dice *cabemos*, ¿por qué no se ha de decir *cabemos*[\[22\]](#)? Es pedantería inaguantable y trabajo superfluo ocuparse de enmendará los niños todas estas faltas contra el uso de que ellos mismos se enmiendan con el tiempo. Hablemos siempre con pureza en su presencia, hagamos que con nadie se halle más a gusto que con nosotros y estemos seguros de que insensiblemente nuestro lenguaje será el dechado del suyo, sin que nunca se lo corriamos.

Pero es un abuso mucho más importante y no menos fácil de precaver, el darse sobrada prisa a hacerlos que hablen, como si fuera de temer que no supiesen hablar por sí solos. Precipitación tan imprudente causa un efecto completamente opuesto al que se quiere. Los niños hablan más tarde y con más confusión. El mucho cuidado que se pone en todo cuanto dicen, los dispensa de articular bien; y como apenas se dignan abrir la boca, muchos conservan toda su vida un vicio de pronunciación y un confuso hablar que los hace casi ininteligibles.

He vivido mucho tiempo con aldeanos y nunca he oído tartajear a ninguno, ni a hombres, ni a mujeres, ni a niños. ¿De qué proviene esto? ¿Están acaso sus órganos contruidos de otro modo que los nuestros? No, pero están más bien ejercitados. Enfrente de mi ventana hay un terrado donde se reúnen a jugar los muchachos del pueblo. Aunque bastante distantes de mí, entiendo muy bien todo cuando dicen y apunto a veces excelentes memorias que me sirven para esta obra. Con frecuencia se engaña mi oído acerca de su edad; oigo voces de muchachos de diez años; miro y veo, la estatura y el semblante de niños de tres o cuatro. No he sido yo solo quien he hecho esta experiencia; los de las ciudad que vienen a verme, y que consulto, incurren todos en el mismo error.

Lo que a él da motivo es que hasta que tienen cinco o seis años los niños de las grandes poblaciones, criados en casa y en el regazo del ama, no necesitan más que gruñir entre dientes para que los entiendan. En cuanto mueven los labios, los escuchan con sumo estudio, les dictan palabras qué repiten muy mal, y a fuerza, de

atención, estando siempre a su lado las mismas personas, adivinan más bien lo que han querido decir, que lo que han dicho.

En el campo es muy distinto. Una aldeana no está siempre al lado de su hijo, y éste se ve forzado a decir con mucha claridad y en voz muy alta lo que necesita que le entiendan. En los campos, esparcidos los niños, desviados del padre, de la madre y de las demás criaturas, se ejercitan en hacer de modo que los oigan a mucha distancia, y a medir la fuerza de la voz por el intervalo que los separa de aquellos de quienes quieren ser oídos. De este modo aprende verdaderamente a pronunciar; no tartamudeando algunas vocales al oído de un ama atenta. Así cuando preguntan algo al hijo de un aldeano, puede que la vergüenza le impida responder; pero lo que diga lo dirá claridad, mientras que es necesario que él ama sirva de intérprete al niño de la ciudad, sin lo cual no se entiende una palabra de lo que gruñe entre dientes[23].

A medida que los niños crecen deberían corregirse de este defecto en los colegios y las niñas en los conventos, y efectivamente, unos y otros, hablan en general con más claridad que los que se han criado en casa de sus padres. Mas lo que les impide que adquieran nunca una pronunciación tan clara como la de los aldeanos, es la necesidad de aprender de memoria muchas cosas y recitar en alta voz lo que han aprendido; porque cuando estudian, se habitúan a pronunciar mal y con negligencia. Peor es todavía cuando recitan; buscan con esfuerzo las palabras, prolongan y arrastran las sílabas; ni es posible que cuando vacila la memoria deje de tropezar también la lengua. Así se contraen, se conservan los vicios de pronunciación. Después veremos que Emilio no los contraerá, o, a lo menos, no se los deberá a las mismas causas.

Convengo en que la gente del pueblo y los lugareños incurren en el extremo de que casi siempre hablan más alto de lo que es conveniente, que pronuncian con sobrada aspereza, tienen articulaciones toscas y violentas, y hacen una mala elección de términos, etcétera.

Pero, en primer lugar, me parece este extremo mucho menos vicioso que el otro, porque como la primera ley del que habla es hacer de modo que le entiendan, no ser entendido es el mayor yerro

que pueda cometer. Jactarse de no tener acento, es jactarse de quitar a las frases la gracia y energía. El acento es el alma del razonamiento, el que le da respiración y vida. Menos miente el acento que las palabras; y acaso por eso le temen tanto las personas bien educadas. Del estilo de decirlo todo en un mismo tono ha nacido el de burlarse de otro, sin que lo conozca el burlado. Al acento proscrito se han sustituido maneras de pronunciar ridículas, afectadas, sujetas a la moda, como especialmente se notan en los jóvenes de la corte. Esta afectación en el habla y en las maneras es causa de que en general sea tan repugnante y desagradable para las otras naciones la primera vista de un francés. En vez de acento en el hablar, usa, tonillo; y no es modo de que nadie se incline a su favor.

Todos estos ligeros defectos de lengua que tanto se teme que contraigan los niños, nada significan; se precaven o corrigen con la mayor facilidad; pero los que se les dejan contraer haciendo su hablar confuso, quedo o tímido, criticándole sin cesar el tono y limando todos sus vocablos, nunca se enmiendan. El hombre que aprendiere a hablar sin salir de los tocadores de las señoras, mal se hará entender al frente de un batallón, y poco respeto impondrá al pueblo en un motín. Enseñad, primero, a los niños a que hablen con los hombres; que cuando sea necesario, bien sabrán hablar con las mujeres.

Criados en el campo vuestros hijos con toda la rusticidad campesina, adquirirán voz más sonora, no contraerán el tartamudeo confuso de los niños de la ciudad, ni tampoco se les pegarán las expresiones y el tono del lugar, porque viviendo en su compañía, el maestro desde su nacimiento, y más exclusivamente de día en día, con la corrección de su idioma precaverá o borrará la impresión del de los labradores. Hablará Emilio su lengua con tanta corrección como yo; pero la pronunciará con más claridad y la articulará mucho mejor.

El niño que quiere hablar, sólo debe escuchar las palabras que pueda entender y no decir más que las que pueda articular. Los esfuerzos que hace para ello le excitan a que redoble la misma sílaba, como para ejercitarse en pronunciarla con más claridad. Cuando empieza a balbucear, no nos afanemos mucho en adivinar

lo que quiere decir: pretender que siempre le escuchen, es una especie de imperio, y el niño no debe ejercer ninguno: bástenos darle con prontitud lo necesario; a él le toca darse a entender para pedir lo que no sea. Todavía menos debemos exigir de él que hable: ya sabrá hacerlo sin que se lo digan, cuando conozca lo útil que para él es.

Verdad es que se observa en los que empiezan a hablar muy tarde que nunca lo hacen con tanta claridad como los demás; pero no se les ha quedado entorpecido el órgano por haber empezado a hablar tarde, sino que, al contrario, empiezan tarde porque nacieron con el órgano torpe. Y sin eso, ¿por qué habrían de hablar más tarde que los demás? ¿Tienen acaso menos ocasiones, o les excitan menos a ello? Muy al contrario; la inquietud que ocasiona esta tardanza, luego que la echan de ver, es causa de que se afanen mucho más por hacerlos medio pronunciar que a los que han articulado antes; y este mal entendido afán puede contribuir mucho a que contraigan un hablar confuso, cuando con menos precipitación hubieran podido perfeccionarle en mayor grado.

Los niños a quienes se apresura para que hablen no tienen tiempo de aprender a pronunciar bien, ni de concebir con exactitud lo que les hacen decir; pero sí se les deja ir a su paso, se ejercitan primero en las sílabas de pronunciación más fácil y juntando con ellas poco a poco algunas significaciones, que por sus ademanes entendemos, antes de recibir nuestras palabras nos dan las suyas, y eso hace que no reciban aquellas sin que antes las entiendan. Como nadie les apura para que se sirvan de ellas, empiezan observando bien la significación que les damos, y cuando están completamente ciertos de ella, entonces las admiten.

El mayor daño de la precipitación en hacer hablar a los niños, no es el que las primeras conversaciones que con ellos tengamos y las palabras primeras que digan no sean para ellos de significación alguna, sino que tengan otra distinta que para nosotros, sin que lo conozcamos; de suerte que cuando al parecer nos responden con mucha exactitud, hablan sin entendernos y sin que les entendamos nosotros. Por lo que algunas veces nos causan sus razones, porque les atribuimos ideas que no tienen. Esta falta de atención nuestra al verdadero significado que para los niños tienen las voces de que se

sirven, es, a mi parecer, la causa de sus primeros errores; errores que aun después de curados, influyen en la forme de su inteligencia toda su vida. Más de una ocasión tendré en adelante de aclarar aun esto con ejemplos.

Redúzcase, pues, cuanto fuere posible el vocabulario del niño, Es un inconveniente grandísimo que tenga más voces que ideas y sepa decir más cosas de las que puede pensar. Creo que una de las razones porque los aldeanos tienen más exacto el entendimiento que los vecinos de las ciudades, consiste en la limitación de su diccionario. Tienen pocas ideas, pero las comparan muy bien.

Todos los primeros desarrollos de la infancia se hacen a la vez; casi a un mismo tiempo aprende el niño a hablar, a comer, a andar. Esta es propiamente la época primera de su vida. Antes no es más de lo que era en el vientre de su madre; no tiene idea ni afecto alguno; apenas tiene sensaciones; ni aun siente su propia existencia.

Vivi, et est vit ce nescius ipse suce [24]

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019

LIBRO SEGUNDO

Este es el segundo escalón de la vida, aquel en que, hablando con propiedad, se acaba la infancia, porque no son sinónimas las voces, *infans* y *puer*; la primera se halla subordinada a la otra y significa *el que no habla*; por eso dice Valerio Máximo; *puerum infantem*^[25], *niño infante*. Continuaré, no obstante, usando esta voz como está admitida en nuestra lengua, hasta la edad en que adopta otros nombres.

Cuando los niños empiezan a hablar lloran menos, y es natural, pues sustituyen a un idioma otro. Cuando pueden decir con palabras que padecen, ¿a qué lo han de manifestar con gritos, a menos que sea tan violento el dolor que no se pueda expresar con palabras? Si entonces siguen llorando, es culpa de las personas que tienen a su lado. Tan pronto como haya dicho Emilio una sola vez, *estoy malo*, vivísimos dolores han de ser necesarios para arrancarle lágrimas.

Si es delicado y sensible el niño, y si naturalmente llora por una nada, no le hago caso, y en breve agoto sus lágrimas: mientras llore, no me muevo; así que se calle, acudo. Muy presto será el silencio su modo de llamarme, o cuando más dará un solo grito. Por el efecto sensible de los signos juzgan los niños de su significación, única convención que hay para con ellos; y, aunque se lastime mucho un niño muy raro es que llore si está solo, a menos que espere ser oído.

Si cae, si se hace un chichón, si echa sangre por la nariz, si se corta los dedos, en vez de acudir con ademán de sobresalto, me estaré quieto un rato. El mal está hecho, necesario es que lo aguante; sólo serviría todo mi anhelo para asustarle más y aumentar su sensibilidad; más que el golpe, le asusta, de seguro, el miedo de las resultas de su herida. Esta zozobra se la quitaré yo, porque seguramente valuará el mal que se ha hecho como vea que yo le valúo; si me ve acudir inquieto, consolarle, compadecerle, pensará

que está perdido; mas si ve que conservo mi sosiego, recuperará el suyo y creerá que está sano así que no sienta dolor. En esta edad se toman las primeras lecciones de ánimo esforzado, y padeciendo sin susto dolores leves, se aprende a soportar los fuertes.

Lejos de poner esmero en precaver que Emilio se haga mal, sentirla mucho que no se lo hiciera nunca y creciera sin experimentar el dolor. Padecer es lo primero que debe aprender y lo que más necesitará saber. Aunque sea el niño pequeño y débil, puede tomar sin riesgo tan importantes lecciones. Si cae al suelo no se romperá una pierna; si se pega con un palo, no se romperá un brazo; si coge una navaja por el filo, no apretará mucho y no será muy honda la cortadura. No sé que nunca un niño a quien dejen suelto se haya muerto, estropeado o hecho un mal grave, si no queda expuesto imprudentemente a que caiga de un sitio alto, o solo junto a la lumbre, o que tenga a mano instrumentos peligrosos. ¿Qué diremos de esas colecciones de máquinas que reúnen junto a un niño para armarle de punta en blanco contra el dolor, hasta que en llegando a mayor queda a su arbitrio, sin experiencia ni ánimo, y piensa que es muerto si se pica con un alfiler o se desmaya si ve correr una gota de sangre?

Nuestra pedantesca manía de enseñanza nos mueve a que instruyamos a los niños en todo aquello que mucho mejor aprenderían por sí propios, y a olvidarnos de cuanto nosotros solos les hubiéramos podido enseñar. ¿Hay nada más necio que el trabajo empleado en enseñarlos a andar como si hubiéramos visto, que por descuido de su nodriza no supieran andar cuando mayores? Y, por el contrario, ¡cuántos vemos que andan mal toda su vida por haberlo aprendido mal!

Ni tendrá Emilio chichonera, ni canasta con ruedas, ni carretilla, ni andadores; o, a lo menos, así que sepa poner un pie delante de otro, sólo le sostendremos en los parajes empedrados o enladrillados y no haremos más que pasar de prisa, por ellos[26]. En vez de permitir que se apoltrone en el aire estancado de una habitación, todos los días le llevaremos al medio de un prado a que corra, juegue y se caiga cien veces al día; más vale así; con eso aprenderá antes a levantarse. De muchos golpes resarce el bienestar de la libertad: con frecuencia sacará mi alumno

contusiones; en cambio, siempre estará alegre; si los vuestros rara vez se hacen mal, están siempre disgustados y tristes; dudo que el beneficio esté de su parte.

Otro progreso hace que los niños necesiten quejarse menos el aumento de sus fuerzas. Así que pueden más por sí propios, tienen menos necesidad de recurrir a otros. Con su fuerza se desarrolla el conocimiento que los hace capaces de dirigirla. En este segundo grado es donde empieza verdaderamente la vida individual: entonces se adquiere la conciencia de sí mismo; extiende la memoria el sentir de la identidad a todos los momentos de su existencia, y se torna uno de verdad, él mismo, y capaz de felicidad o desgracia. Por tanto conviene considerarle ya como ser moral.

Aunque poco más o menos se calcula el término de la vida humana, y la probabilidad que cada edad tiene de acercarse a esta meta, no hay cosa más incierta que la duración de la vida de cada hombre, y son poquísimos los que llegan a este término. Al principio de la vida son mayores los riesgos de ella; y quien menos ha vivido, menos esperanza de vivir puede tener. La mitad, cuando más, de los niños que nacen, llegan a la adolescencia, y tal vez no llegue vuestro alumno a la edad de hombre.

¿Qué habrá que pensar, pues, de esa inhumana educación que sacrifica el tiempo presente a un porvenir incierto; que carga a un niño de todo género de cadenas y, empieza haciéndole miserable por prepararle para una época remota no sé qué pretendida felicidad, que tal vez no disfrutará nunca? Aunque yo supusiera fundado en razón el objeto de esta educación, ¿cómo ver, sin indignarse, a unos pobres desventurados, sujetos a un yugo inaguantable y condenados como galeotes a trabajos forzados, sin estar ciertos de que han de sacar fruto de tanto penar? En medio de llantos, de castigos, de amenazas y de esclavitud se va la edad de la alegría. Por su bien atormentan al desdicha sin ver que la muerte es la que llaman y que le va a llegar en mitad de este triste aparato. ¿Quién sabe cuantos niños perecen víctimas de la extravagante discreción de un padre o un maestro? Felices son en huir así de su crueldad, pues el único fruto que sacan de tantos males como les han hecho es morir sin lamentar una vida de la que sólo han conocido los tormentos.

Hombres, sed humanos, tal es vuestro primer deber; sedlo con todos los estados, con todas las edades, con todo cuanto es propio del hombre. ¿Qué saber tendréis fuera de la humanidad? Amad la infancia; favoreced sus juegos; sus deleites, su amable instinto. ¿Quién de vosotros no ha deseado alguna vez volverse a la edad en que la risa no falta de los labios y en que siempre está serena el alma? ¿Por qué queréis estorbar que disfruten los inocentes niños de esos fugaces momentos que tan, rápidos huyen, y de bien tan precioso de que no pueden abusar? ¿Por qué queréis llenar de amargura y de dolores esos años primeros que tan veloces pasarán para ellos y que ya para vosotros no pueden volver? Padres, ¿sabéis acaso en qué instante aguardará la muerte a vuestros hijos? No deis motivo a nuevos llantos, privándolos de los cortos momentos que les dispensa la naturaleza; así que pueden sentir el deleite de la existencia, haced que disfruten de él y que a cualquier hora que Dios los llame no se mueran sin haber gozado de la vida.

¡Qué de voces van a levantarse contra mí! Oigo los clamores de esa falaz sabiduría que sin cesar nos lanza fuera de nosotros, que desdeña al tiempo presente, siempre corriendo, sin tomar aliento en pos del porvenir que huye al paso que nos adelantamos, y que a fuerza de querer trasladarnos a donde no estamos, nos traslada a donde nunca estaremos.

Este es el tiempo, me contestaréis, de corregir las malas inclinaciones del hombre; en la edad de la infancia, en que menos se sienten las penas, conviene multiplicarlas para evitárselas en la de la razón. Pero, ¿quién os dijo, que estuviese en vuestra mano ese arreglo, y que todas esas bellísimas instrucciones con que abrumáis el entendimiento de un niño no le hayan de ser un día más perjudiciales que provechosas? ¿Quién os dijo que le evitabais pesares con los que ahora le causáis? ¿Por qué hacéis mayores daños de los que su estado permite, sin estar ciertos de que sus males presentes le servirán de alivio para los venideros? ¿Cómo me probaréis que esas malas inclinaciones de que queréis curarle no son debidas mucho más a vuestros mal entendidos afanes que a la naturaleza? ¡Desventurada previsión, que hace hoy miserable a un ser con la bien o mal fundada esperanza de hacerle un día feliz! Y si estos razonadores vulgares confunden la licencia con la libertad, y él

niño que hacen feliz con el mimado, enseñémosles que los distinguan.

Para no correr en pos de quimeras, no nos olvidemos tampoco de lo que conviene a nuestra condición. La humanidad tiene su lugar en el orden de las cosas, y el niño el suyo en el orden de la vida humana; es necesario considerar al hombre en el hombre y al niño en el niño. Todo cuanto para su bien podemos hacer es señalar a cada uno su lugar, colocarle en él y coordinar las pasiones humanas según la constitución del hombre: lo demás pende de causas extrañas que no están en nuestra mano.

No sabemos qué cosa sea dicha o desdicha absoluta; todo está mezclado en esta vida; ningún sentimiento tenemos puro, ni permanecemos dos momentos en un mismo estado, que están como en continua marea tanto los movimientos de nuestra alma como las modificaciones de nuestro cuerpo. Comunes son de todos el bien y el mal, pero con distinta medida. El que menos penas padece es el más feliz, y el más miserable el que menos placeres disfruta. Siempre más pesares que alegrías; esa diferencia es común a todos. Así en este mundo la felicidad humana no es otra cosa que un estado negativo que ha de medirse por la menor cantidad de males que se padecen.

Todo sentimiento doloroso es inseparable del deseo, de eximirse de él; toda idea de placer lo es del de disfrutarle; todo deseo supone privación, y todas las privaciones que sentimos son penosas; así nuestra miseria consiste en que no están nuestros deseos en proporción de igualdad con nuestras facultades. La persona cuyas facultades estuviesen al nivel de sus deseos, sería completamente feliz.

Pues ¿en qué consiste la sabiduría humana o la senda de la verdadera felicidad? No precisamente en disminuir nuestros deseos, porque si a nuestro poder no alcanzasen, permanecería inerte parte de nuestras facultades y no gozaríamos todo nuestra ser; ni tampoco en dar ensanche a nuestras facultades, porque si a la par crecieran nuestros deseos, más que ellas, nos tornaríamos más infelices; pero, sí en disminuir el exceso de los deseos sobre las facultades, y en procurar reducir a perfecta igualdad la voluntad con el poder. Sólo en este caso hallándose en acción todas nuestras

fuerzas, permanecerá sereno el ánimo, y se encontrará el hombre bien ordenado.

Así lo ha instituido desde luego la naturaleza que todo lo encamina a lo mejor, y que no le da inmediatamente más deseos que los necesarios para su conservación y las facultades que bastan para satisfacerlos; todas las demás las ha puesto como de reserva en lo interior del alma, para que cuando fuere necesario se vayan desenvolviendo. Sólo en este estado primitivo se encuentra el equilibrio del deseo y la posibilidad de satisfacerle, y no es infeliz el hombre. Al ponerse en acción sus facultades virtuales, se despierta y las precede la imaginación, que es la más activa de todas. Ella es la que nos marca la medida de las cosas posibles, así en lo bueno como en lo malo, y por consiguiente la que excita los deseos y les da pábulo con la esperanza de contentarlos. Mas el objeto, que al principio parecía al alcance de la mano, huye con una velocidad que no podemos seguir; y cuando creernos cogerle se transforma y se presenta a mucha distancia de nosotros. Como hemos perdido de vista el terreno andado, en nada lo estimamos, y se agranda y dilata sin cesar el que nos queda por andar. De este modo quedamos rendidos antes de llegar al término; y cuanto más corremos tras la felicidad, más se aparta de nosotros.

Por el contrario, cuanto más inmediato a su natural condición se ha quedado el hombre, menor es la diferencia de sus facultades y deseos, y por consiguiente está menos distante de ser feliz. Nunca es menos miserable que cuando parece privado de todo por que no se cifra la miseria en la privación de las cosas, sino en la necesidad que se siente de ellas.

El mundo real tiene límites, el imaginario es infinito; no pudiendo dar ensanche al uno, estrechemos el otro, porque solamente de su diferencia nacen todas las penas que nos hacen infelices en realidad. Exceptúense la fuerza, la salud y el buen testimonio de sí propio; todos los demás bienes de la vida consisten en la opinión: exceptúense los dolores corporales y los remordimientos de conciencia; los otros males son todos imaginarios. Dirán que es común este principio, lo confieso; pero no es común su aplicación práctica, y aquí únicamente se trata de ella.

¿Qué quiere significarse cuando se dice que el hombre es débil? La palabra debilidad indica una condición, una cualidad del ser a que se aplica, aunque sea un insecto, un gusano, es un ser fuerte; aquel cuyas necesidades exceden a su fuerza, sea un león, un elefante, un conquistador, un héroe, aunque sea, un dios, es un ser débil. El ángel rebelde que desconoció su naturaleza, era más débil que el venturoso mortal que vive en paz conforme a la suya. Cuando se contenta el hombre con ser lo que es, es muy fuerte, y muy flaco cuando se quiere encumbrar a más altura que la de su humanidad. No os figuréis que explayando vuestras facultades se dilatan vuestras fuerzas; por el contrario, disminuyen si vuestra soberbia se extiende más que ellas. Midamos el radio de nuestra esfera y permanezcamos en el centro, como el insecto en medio de su tela; siempre nos bastaremos para nosotros mismos y no tendremos que lamentar nuestra flaqueza, porque nunca la sentiremos.

Todos los animales tienen justamente las facultades necesarias para conservarse: el hombre sólo las posee superfluas. ¿No es de extrañar que sea este superfluo el instrumento de su miseria? En todo país valen más los brazos de un hombre que su subsistencia. Si tuviera el suficiente juicio para despreciar este sobrante, siempre tendría lo necesario, porque nunca tendría de más. De las necesidades grandes, decía Favorino, nacen grandes bienes, y a veces el modo mejor de adquirir las cosas que nos faltan es privarnos de las que poseemos [27] a fuerza de esforzarnos por aumentar nuestra felicidad, la convertimos en miseria. El hombre que no quisiera otra cosa más que vivir, viviría feliz; por consiguiente sería bueno, porque ¿qué utilidad sacarla de ser malo?

Si fuéramos inmortales, seríamos unos seres muy miserables. Duro es el morir, sin duda; pero es muy suave el esperar que no siempre viviremos y que las penalidades de esta vida ha de terminarlas otra mejor. Si nos ofrecieran la inmortalidad en la tierra ¿habría quien quisiese admitir tan triste dádiva [28]? ¿Qué remedio, qué esperanza, qué consuelo nos quedaría contra los rigores de la suerte y contra las injusticias de los hombres? El ignorante que nada prevé, aprecia en poco el valor de la vida y no le asusta perderla; el hombre ilustrado ve bienes de mayor precio que prefiere a ella. Sólo una mediana ciencia y una sabiduría falsa, prolongando nuestras

miras hasta la muerte, y no más allá, nos la hacen contemplar como el peor de los males. Para el sabio, la necesidad de morir no es más que un motivo para sufrir las penas de la vida; y si no estuviéramos ciertos de perderla un día, se nos haría muy penoso el conservarla.

Todos nuestros males morales consisten en la opinión, excepto uno solo, que es el delito; y este pende de nosotros; nuestros males físicos o se destruyen o nos destruyen; nuestros remedios son el tiempo o la muerte. Pero padecemos tanto más cuanto menos sabemos padecer, y tenemos más afán por sanar de nuestras dolencias que el que necesitaríamos para tolerarlas. Vive según la naturaleza, sé sufrido y despide a los médicos; no evitarás la muerte, pero no la sentirás más que una vez, mientras que con frecuencia ellos la presentan a tu imaginación perturbada, y en vez de dilatar tus días, te priva su arte engañoso de que los goces. Siempre preguntaré en qué ha sido provechoso este arte para los hombres. Verdad es que morirían algunos de los que cura; pero quedarían con vida millones que mata. ¡Hombre sensato, no pongas a un juego en que tantas probabilidades tienes contra ti! ¡Padece, muere o sana; pero sobre todo, vive hasta tu última hora!

Todo es contradicción y locura en las instituciones humanas, más nos esforzamos por conservar la vida, cuanto menos valor va teniendo. Más temen perderla los viejos que los jóvenes; aquellos no quieren que se inutilicen los preparativos que han hecho para gozarla; cruel cosa es morir a los sesenta años sin haber empezado a vivir. Creemos que el hombre tiene un amor muy grande a su conservación, y es así; pero no conocemos que este amor; como nosotros le sentimos, es debido en gran parte a los hombres. El hombre, naturalmente, sólo se afana por conservarse, mientras tiene en su mano los medios para ello; cuando éstos le faltan, se resigna y muere sin apenarse inútilmente. De la naturaleza nos viene la primera ley de la resignación; los salvajes, como los brutos, se agitan poquísimamente contra la muerte, y expiran casi sin quejarse. Destruída esta ley, se forma otra que dicta la razón; mas pocos saben sacarla de ella, y esta resignación artificial nunca es tan total y completa como la primera.

La previsión, la previsión que sin cesar nos saca de nuestros límites, y con frecuencia nos coloca a donde nunca llegaremos, ese

es el verdadero manantial de todas nuestras miserias. ¡Qué manía en un ser tan efímero como el hombre, la de tener siempre fija la vista en un porvenir lejano que rara vez llega, y descuidar lo presente, que es lo cierto! Manía tanto más funesta cuanto que con la edad crece sin cesar, y los viejos, siempre desconfiados, cautos u avaros, más quieren negarse hoy lo necesario, que carecer de lo superfluo dentro de cien años. Así todo nos ata, a todo nos agarramos: a cada uno de nosotros le importan los tiempos, los lugares, los hombres, las cosas, todo cuanto hay, todo cuanto ha de haber; y nuestro individuo no es más que la menor parte de nosotros mismos. Se extiende uno, digámoslo así, por toda la redondez de la tierra, y se hace sensible en toda su dilatada superficie. ¿Qué extraño es que se multipliquen nuestros males en todos los puntos en que pueden herirnos? ¡Cuántos príncipes se desconsuelan por la pérdida de un país que nunca vieron! ¡a cuántos negociantes hasta con tocarlos en las Indias para que alcen el grito en París[29]?

¿Es la naturaleza la que por este medio lleva a los hombres tan lejos de sí mismos? ¿Es ella a que quiere que sepa cada uno su suerte de los demás, y algunas veces que sea el último en saberla; de modo que ha habido hombre que murió feliz o infeliz, sin llegarlo a saber? Veo a un hombre colorado, alegre, robusto, sano; anuncian sus ojos el contento, la satisfacción y trae consigo la imagen de la dicha. Llega una carta del correo; la mira el hombre feliz; es para él; la abre y la lee. Al instante muda de ademán, pierde el color y cae desmayado. Vuelto en sí, llora, se agita, solloza, se arranca los cabellos, el aire resuena con sus clamores, parece acometido de horribles convulsiones. ¡Loco! ¿Qué daño te ha hecho ese papel? ¿Qué miembro te ha roto? ¿Qué delito te ha hecho en ti, para que te pongas en ese estado?

Si la carta se hubiera perdido, si una mano caritativa la hubiera arrojado al fuego, me parece que hubiera sido un problema extraño la suerte de este mortal, dichoso y desdichado a un tiempo. Dirán que su desdicha era real. Enhorabuena; pero no la sentía. Pues ¿a dónde estaba? Su felicidad era imaginaria. Comprendo; la salud, la alegría, la serenidad, el contento de ánimo, no son otra cosa que visiones. Nosotros no existimos ya dónde estamos, que existimos

donde no estamos. ¿Merece la pena de temerse tanto la muerte, siempre que no muera aquello en que vivimos [30]?

¡Hombre! Encierra tu existencia dentro de y no serás desgraciado. Permanece en el lugar que te señaló la naturaleza en la cadena de los seres, nada te podrá forzar a que salgas de él; no des coces contra el duro agujón de la necesidad, y no apures en resistirme unas fuerzas que no te dispensó el cielo para ensanchar o prolongar tu existencia, sino para conservarla como y mientras él quisiese. Tu poderío y tu libertad alcanzan hasta donde rayan tus fuerzas naturales, no más allá: todo lo demás es mera esclavitud, ilusión, apariencia. Hasta la dominación es vil cuando se funda en la opinión, porque pende de las preocupaciones. Para conducirlos a tu albedrío, es menester que te conduzcas por el suyo; si mudan ellas de modo de pensar, fuerza será que mudes tú de modo de obrar. A los que se acercan a ti, les basta saber gobernar las opiniones del pueblo que crees tú que gobiernas, o de los privados que te gobiernan, a ti, o las de tu familia, o las tuyas propias; esos visires, esos cortesanos, esos sacerdotes, eso soldados, esos criados, y hasta los niños, aunque tuvieras el superior ingenio de Temístocles[31], te van a llevar, como si fueras tú también una criatura, en mitad de tus legiones. Hagas lo que quieras, nunca excederá tu autoridad real, de tus facultades reales. Así que es necesario ver por ojos ajenos y querer por voluntad ajena. Mis pueblos son mis vasallos, dices ufano. Está bien. Pero, ¿tú qué eres? Vasallo de tus ministros. Y tus ministros, ¿qué son? Vasallos de tus secretarios, de sus damas, criados de sus criados. Tomadlo todo, usurpadlo todo, desparramad luego el dinero a manos llenas levantad baterías de cañones, alzad horcas, encended hogueras, promulgad leyes, edictos, multiplicad los espías, los soldados, los verdugos, las cárceles, las cadenas. ¡Pobres hombrecillos! ¿Qué vale todo eso? Ni seréis mejor servidos, ni menos robados, ni menos engañados, ni más absolutos. Siempre repetiréis, *queremos* y haréis siempre lo que otros quieran.

El único que hace su voluntad es el que para hacerla no necesita de auxilio ajeno; de donde se infiere que el más apreciable de los bienes no es la autoridad, sino la libertad. El hombre

verdaderamente libre sólo quiere, lo que puede y hace lo que le conviene.

Esta es mi máxima fundamental; trato de aplicarla a la infancia y veremos derivarse de ella todas las reglas de educación.

No solamente ha hecho la sociedad más débil al hombre, quitándole el derecho que tenía en sus propias fuerzas, sino más especialmente haciendo que sean esas insuficientes; por eso sus deseos se multiplican con su flaqueza; y ego es lo que constituye la de la infancia, comparada con la edad adulta. Si el hombre es un ser fuerte, y el niño uno débil, no es porque tenga aquél más fuerza absoluta que éste, sino porque naturalmente puede el primero bastarse a sí propio, y el segundo no. Así el hombre debe tener más voluntades, el niño más voluntariedades, y por voluntariedad entiendo yo todos aquellos deseos que no son verdaderas necesidades y que sólo pueden satisfacerse con auxilio ajeno.

Ya he dicho cual era razón de este estado de flaquezas la naturaleza la ha remediado con el cariño de los padres y las madres; pero este cariño puede tener su exceso y su defecto y sus abusos. Los padres que viven en el estado civil, colocan en él a su hijo antes de tiempo, y aumentando sus necesidades, acrecientan, su flaqueza en vez de disminuirla. También la aumentan exigiendo de él lo que no exigía la naturaleza, sujetando a la voluntad de los padres la poca fuerza que el niño tiene para hacer la suya propia, y convirtiendo por una parte y otra en esclavitud la reciproca dependencia en que les retiene a él su flaqueza y a ellos su cariño.

El sabio conoce que debe permanecer en su puesto; pero el niño que no sabe cuál es el suyo, no se puede mantener en él. En nuestros países halla mil maneras de salirse de su sitio, y no es fácil tarea para los que le gobiernan el retenerle. No debe ser bruto, ni hombre, sino niño; es necesario que reconozca su flaqueza, no que padezca por ella; que dependa, no que obedezca; que pida, no que mande. Sólo a causa de sus necesidades está sujeto a los demás, porque éstos ven mejor que él lo que le conviene, lo que a su conservación puede contribuir o perjudicar. Nadie, ni aun su padre tiene derecho para mandar a un niño lo que no pueda serle de algún provecho.

Antes que las preocupaciones y las leyes sociales alteren nuestra inclinación natural, consiste la felicidad, así de los niños, como de los hombres, en el uso de su libertad; pero está en los primeros limitada por su debilidad. Aquel que hace lo que quiere es feliz si se basta a sí propio, que es el caso del hombre que vive en el estado libertad aparente semejante a la que en el estado social disfrutan los hombres. No pudiendo cada uno de nosotros vivir sin los demás, se torna otra vez miserable y débil. Fuimos criados para ser hombres; las leyes y la sociedad nos han vuelto a sumir en la infancia. Los ricos, los grandes, los reyes, todos son unos niños que viendo con cuánto anhelo alivian su miseria, por esto mismo se envanecen y viven ufanos de la solicitud que no tendrían con ellos si fueran hombres formados.

Importantes son estas consideraciones, y sirven para resolver todas las contradicciones del sistema social. Hay dos especies de dependencias: la de las cosas, que nace de la naturaleza; y la de los hombres, que se debe a la sociedad. Como la dependencia de las cosas carece de toda moralidad, no perjudica a la libertad ni engendra vicios; y como la de los hombres es desordenada[32], los engendra todos, y por su causa se depravan recíprocamente el amo y el criado. Si algún medio hay de remediar esta dolencia de la sociedad, es el sustituir la ley al hombre y en armar las voluntades generales con una fuerza real, mayor que la acción de toda voluntad particular. Si fuera posible que las leyes de las naciones tuvieran, como las de la naturaleza, una inflexibilidad que no pudiera vencer fuerza ninguna humana, tornaría la dependencia de los hombres a ser la de las cosas; en la república se reunirían todos los beneficios del estado, natural con los del civil, y a la libertad que mantiene al hombre exento de vicios, se agregaría la moralidad que le encumbra a la virtud.

Mantened al niño en la única dependencia de las cosas y así habréis seguido el orden de la naturaleza en los progresos de la educación. Nunca presentéis a sus indiscretas voluntariedades obstáculos que no sean físicos, ni castigos que no procedan de sus mismas acciones; sin prohibirle que haga daño, basta con estorbárselo. En vez de los preceptos de la ley, no debe seguir más que las lecciones de la experiencia o de la impotencia. Nada

otorguéis a sus deseos porque lo pida, sino porque lo necesite; ni sepa, cuando obra él, qué cosa es obediencia, ni cuando por él obran, qué cosa es imperio. Reconozca igualmente su libertad en sus acciones que en las vuestras. Suplid la fuerza que le falta, justamente cuanto fuere, necesario para que sea libre, no imperioso; y aspire, recibiendo vuestros servicios hechos con cierto género de desdén, a que llegue el tiempo que pueda no necesitarlos y tenga la honra de servirse a sí propio.

Tiene la naturaleza para fortalecer el cuerpo, y hacer que crezca, medios que nunca deben ser contrariados. No se ha de obligar al niño a que esté quieto cuando quiere andar, ni a que ande cuando quiera estar quieto. Si por culpa nuestra no se ha estragado la voluntad de los niños, nada quieren sin motivo.

Menester es que salten, corran y griten cuando quieran; todos sus movimientos son necesidades de su constitución que procura fortalecerse; pero debemos desconfiar de lo que desean, sin poderlo ejecutar por sí propios y, que han de hacer otros por ellos: entonces se ha de distinguir escrupulosamente la verdadera necesidad, la necesidad natural, de la del antojo que empieza a nacer, o de la que sólo procede de la superabundancia de vida de que ya hablé anteriormente.

Ya he dicho lo que ha de hacerse cuando llora un niño para conseguir alguna cosa: sólo añadiré que así que puede pedir con palabras lo que desea, y para que se lo den más pronto o para vencer una negativa apoya con llantos su solicitud, se le debe negar irremisiblemente. Si la necesidad le ha hecho que hable, debéis conocerlo y al instante hacer lo que pide; pero ceder algo a sus lágrimas es excitarle a que las vierta, enseñarle a que dude de vuestra buena voluntad y a que crea que más puede en vosotros la importunidad que la benevolencia. Si cree que sois débil, será en breve terco; así conviene otorgar siempre a la primera señal lo que no se le quiere negar. Sed pareo en vuestras negativas, pero nunca las revoquéis.

Guardaos con especialidad de enseñar al niño vanas fórmulas de cortesía, que cuando sea necesario le sirvan de palabras mágicas para sujetar a su voluntad a todos cuantos le rodean y conseguir al instante lo que le acomode. En la etiquetera educación

de los ricos no se omite nunca el hacerlos cortésmente imperiosos, prescribiéndoles los términos que han de usar para que nadie se atreva a resistirles; no usan el tono ni las locuciones de quien pide; tanto o más arrogantes cuando ruegan que cuando mandan, porque están más ciertos de que les obedecerán. Al punto se conoce que al decir ellos, *hágame usted el favor*, significa *me da gana*; y *suplico a usted* es igual a *mando a usted*! Cortesía admirable que muda el significado de las palabras, y con la que no se puede hablar, como no sea en estilo imperativo. Yo, que menos temo que Emilio sea descortés que arrogante, más quiero que pida rogando, *haz esto*, que mandado, *te ruego*; lo que me importa no es el término de que se vale, sino la significación que le da.

Un exceso hay de rigor y otro de indulgencia; ambos se han de evitar de igual manera. Si dejáis que padezcan los niños, aventuráis su salud y vida y los hacéis miserables al presente; si los preserváis con sobrado esmero de todo género de disgustos, les preparáis grandes miserias, los hacéis delicados, sobrado sensibles; los sacáis del estado de hombres, al cual, a despecho vuestro, volverán un día. Por no exponerlos a algunos males de la naturaleza, les causáis otros que ésta no les ha dado.

Me diréis que incurro en el caso de aquellos malos padres a quienes afeaba que sacrificasen la felicidad de sus hijos a la consideración de un tiempo remoto, que puede no venir nunca. No es así; porque la libertad que doy a mi alumno le resarce con usura de las leves incomodidades a que dejo que se exponga. Veo a unos tunantillos jugando con la nieve, cárdenos, arrecidos y que apenas pueden menear los dedos; en su mano está el irse a calentar, y no lo hacen; si los obligasen a ello cien veces más sentirían el rigor del mandato, que sienten el del frío. ¿Pues de qué os quejáis? ¿Hago miserable a vuestro hijo, no exponiéndole a otras incomodidades que las que él quiere padecer? Le hago feliz en el instante actual dejándole libre y le preparo a que lo sea en lo venidero armándole contra los males que debe sufrir. Si le diesen a escoger entre ser alumno vuestro o mío, ¿pensáis que vacilase un instante?

¿Se concibe que un ser pueda gozar alguna dicha verdadera fuera de su constitución? ¿No es sacar de ella a un hombre, querer eximirle absolutamente de todos los males de su especie? Si; yo

sostengo que para sentir los bienes grandes, es necesario que conozca los males leves: esa es su naturaleza. Si lo físico va demasiado bien, se corrompe lo moral. Quien no conociese el dolor, no conocerla la ternura de la humanidad, ni la suavidad de la conmiseración; nada le moverla; no sería sociable, sería un monstruo entre sus semejantes.

¿Sabéis cuál es, el medio más seguro de hacer miserable a vuestro hijo? Acostumbrarle a conseguirlo todo, porque como crecen sin cesar sus deseos con la facilidad de satisfacerlos, tarde o temprano os precisará la impotencia, mal que os pese, a venir a una negativa; y no estando acostumbrado, ésta le causará más sufrimiento que la privación de lo mismo que desea. Primero querrá el bastón que lleváis, luego pedirá vuestro reloj, después el pájaro que vuela, la estrella que ve brillar; en fin, todo cuanto vea; y a menos de ser Dios, ¿cómo le habéis de contentar?

El hombre tiene una predisposición natural a mirar como suyo todo cuanto está en su poder. En este sentido es verdadero, hasta cierto punto, el principio de Hobbes; multiplíquense con nuestros deseos los medios de satisfacerlos, y cada uno se hará dueño de todo. Así, el niño a quien basta con querer para alcanzar, se cree árbitro del universo, mira como esclavos suyos a todos los hombres, y cuando al fin se ven en la precisión de negarle algo, él, que cree que todo es posible cuando da órdenes, contempla esta negativa como un acto de rebelión; como se halla en una edad incapaz de razonar, todas las razones que se le dan son meros pretextos; en todo ve mala voluntad; y exasperada su índole con la idea de una pretendida injusticia, toma odio a todo el mundo, y sin agradecer nunca la condescendencia, se indigna contra toda oposición.

¿Cómo pensaré yo que un niño poseído así de la rabia, y devorado de las más irascibles pasiones, pueda ser nunca feliz? ¡Feliz él! Es un déspota; es, a la par, el más vil de los esclavos y la más miserable de las criaturas. Niños he visto educados de esta manera que querían que de un empujón fuera derribada una casa, que les dieran la veleta que ha en lo alto de una torre, que parasen la marcha de un regimiento para oír más tiempo los tambores y que atronaban el aire con sus gritos, sin querer escuchar a nadie, así que tardaban en complacerles. En vano se esforzaban todos en

contentarles, irritándose sus deseos con la facilidad de alcanzarlos; se empeñaban en cosas imposibles, y en todas partes sólo hallaban contradicciones, estorbos, penas y dolor. Riñendo siempre, siempre rabiando, siempre revoltosos, se les iba el día en gritar y lamentarse. ¿Eran unos seres venturosos? Reunidas la debilidad y la dominación, sólo engendran miseria y locura. De dos criaturas mimadas la una golpea la mesa y la otra manda azotar al mar; mucho tendrán que golpear y que azotar antes de vivir contentos.

Si estas ideas de dominio y de tiranía les hacen desgraciados desde su infancia, ¿qué será cuando lleguen a mayores y empiecen a dilatarse y multiplicarse sus relaciones con los demás hombres? Acostumbrados a ver que todo cede en su presencia, ¡cuánto extrañan, al entrar en el mundo, ver que todo se les resiste, y hallarse estrujados con el peso de este universo que pensaban mover a su antojo!

Sus insolentes ademanes, su pueril vanidad, sólo les acarrearán mortificaciones, desdenes y escarnios; beben agravios como agua; pruebas crueles les enseñan bien pronto que no conocen su estado ni sus fuerzas; no pudiéndolo todo, creen que nada pueden. Tanto desusado estorbo los desalienta; tantos desprecios los envilecen; se vuelven cobardes, medrosos, soeces y tanto caen por bajo de sí mismos cuanto por encima se levantaron antes.

Volvamos a la primitiva regla. La naturaleza formó a los niños para que fuesen amados y socorridos; pero ¿los formó acaso para que los acatasen y temiesen? ¿Les dio el ademán imponente, el mirar severo, la voz áspera y amenazadora para que infundieran miedo? Bien comprendo que el rugido de un león espante a los animales, y que tiemblan al ver su terrible melena; pero si hay algún espectáculo indigno, ridículo y odioso a la vez, es el que presenta un cuerpo de magistrados, con su jefe a la cabeza, en traje de ceremonia, postrados ante un niño en mantillas, perorándole en pomposos periodos, y él, en respuesta, llorando y babeando.

Considerando la infancia en si misma, ¿hay en el orbe un ser más flaco, más miserable, más a merced de cuanto le rodea, que más necesite piedad, solicitud y amparo, que un niño? ¿No parece que si tiene tan agradable semblante, y tan cariñoso ademán, es sólo para que todo cuanto a él se acerque tome parte en su

debilidad y anhele por socorrerle? ¿Pues qué cosa hay más repugnante, más contraria al orden, que ver a un niño imperioso y de mala condición, dar órdenes a todos cuantos le cercan y tomar con descaro el tono de amo para aquellos a quienes basta abandonarle para que él perezca?

Por otra parte, ¿quién no ve que la debilidad de la edad primera encadena a los niños de tantas maneras, que es inhumanidad añadir a esta sujeción la de nuestros caprichos, privándole de una libertad tan limitada, de que tan poco puede abusar y de que tan inútil es para él como para nosotros privarle? Si no hay objeto que sea tan digno de mofa como un niño altanero, tampoco lo hay que tanta lástima merezca como un niño medroso. Puesto que con la edad de razón empieza la servidumbre civil, para qué es hacer que a ella preceda la servidumbre privada? Consintamos que haya un instante en la vida exento de este yugo que no nos impuso la naturaleza, y dejemos a la infancia el uso de la libertad natural que, a lo menos por algún tiempo, la desvía de los vicios que se adquieren en la esclavitud. Vengan esos institutores severos, esos padres esclavos de sus hijos; vengan unos y otros con sus frívolas objeciones, y antes de alabar sus métodos, escuchen y aprendan el de la naturaleza.

Vuelvo a la práctica. Ya he dicho que nada debe conseguir vuestro hijo porque lo pide, sino porque lo necesita^[33], y que no debe hacer nada por obediencia, sino sólo por necesidad; de suerte que las voces obedecer y mandar se proscribirán de su diccionario, y más todavía las de obligación y deber; pero las de fuerza, necesidad, impotencia y precisión, deben ocupar mucho lugar. Antes de la edad de razón no es posible tener idea ninguna de los seres morales, ni las relaciones sociales; por tanto se ha de evitar, cuanto fuere posible, el uso de la voces que las expresan, no sea que el niño aplique al punto a estas voces ideas falsas, que luego no sabremos o no podremos destruir. La primera idea falsa que halle entrada en su cabeza, es la semilla del error y el vicio; por tanto, es necesario poner mucha atención en este primer paso. Haced que mientras sólo le muevan las cosas sencillas, todas sus ideas se paren en las sensaciones; haced que por todas partes sólo el mundo físico distinga en torno suyo; de lo contrario, estad cierto de

que no os prestará oído, o que tendrá del mundo moral de que le habláis, nociones fantásticas que no podréis borrar jamás.

Discutir con los niños era la máxima fundamental de Locke, y hoy es la más usada; pero me parece que no es el fruto que de ella se saca lo que debe hacerla muy apreciable, y yo, por mi, no veo cosa más tonta que esos niños con quienes tanto han discurrido. Entre todas las facultades del hombre, la razón, que, por decirlo así, es un compuesto de todas las demás, es la que con más dificultad y lentitud se desenvuelve; ¡y de ella se quieren valer para desenvolver las primeras! La obra maestra de una buena educación es formar un hombre racional; ¡y pretenden educar a un niño por la razón! Eso es empezar por el fin, y querer que la obra sea el instrumento. Sí los niños escuchasen la razón, no necesitarían que los educaran; pero con hablarles desde su edad más tierna una lengua que no entienden, los acostumbran a contentarse con palabras, a censurar todo cuanto les dicen, a tenerse por tan sabios como sus maestros, a hacerse argumentadores y revoltosos; y todo cuanto piensan alcanzar de ellos por motivos de razón, nunca lo alcanzan sino, por los de codicia, miedo o vanidad, que siempre hay precisión de juntar con ellos.

He aquí la fórmula a que poco más o menos se pueden reducir todas las lecciones de moral que se dan y pueden darse a los niños :

EL MAESTRO

No se debe hacer eso.

EL NIÑO

¿Y por qué no se debe hacer?

EL MAESTRO

Porque está mal hecho.

EL NIÑO

¡Mal hecho! ¿ Qué está mal hecho?

EL MAESTRO

Lo que te prohíben.

EL NIÑO

¿Y por qué es malo hacer lo que me prohíben?

EL MAESTRO

Te castigarán por no haber obedecido.

EL NIÑO

Yo lo haré de manera que no lo sepan.

EL MAESTRO

Te acecharán.

EL NIÑO

Me esconderé.

EL MAESTRO

Te lo preguntarán.

EL NIÑO

Mentiré.

EL MAESTRO

No se debe mentir.

EL NIÑO

¿ Por qué no se debe mentir?

EL MAESTRO

Porque está mal hecho, etc.

Este círculo es inevitable: salid de él, y no os entiende el niño. ¿No son utilísimas estas instrucciones? Mucho celebrarla saber con qué se puede sustituir este diálogo; el mismo Locke se hubiera visto apurado. Conocer el bien y el mal, penetrarse de la razón de las obligaciones humanas, no es cosa de niños.

La naturaleza quiere que los niños sean tales antes de llegar a hombres. Si queremos invertir este orden, produciremos frutos precoces que no tendrán madurez ni gusto y que se pudrirán muy presto; tendremos doctores muchachos y viejos niños. Tiene la infancia modos de ver, pensar y sentir, que le son peculiares; no hay mayor desatino que querer imponerles los nuestros; tanto equivale exigir que tenga un niño dos varas de alto, como razón a los diez años. Y efectivamente ¿de qué le serviría a esa edad? La razón es el freno de la fuerza y el niño no necesita ese freno.

Tratando de inculcar a vuestros alumnos la idea de obediencia, a esta pretendida persuasión unís las amenazas y la fuerza, o lo que es peor, las promesas y los halagos; de suerte que, movidos del cebo del interés, o del apremio de la fuerza, fingen que los ha convencido la razón. Bien conocen que les trae utilidad la obediencia y detrimento la rebeldía, así que tienen conocimiento de una o de otra; pero como todo, cuanto les mandáis, es enfadoso para ellos, y siendo por otra parte cosa penosa ejecutar la voluntad ajena, se esconden para hacer la suya, convencidos de que obran bien si queda oculta su inobediencia, pero resueltos a confesar el mal, si los descubren, por temor de otro más grave. Como la razón del deber excede los alcances de esta edad, nadie hay en el mando que se la pueda hacer verdaderamente palpable; pero el temor del castigo, la esperanza del perdón, la importunidad, el aturdimiento en las respuestas, les sacan todas las confesiones que les piden, y creen que los han convencido, cuando no han hecho más que intimidarlos o fastidiarlos.

¿Qué resulta de esto? Primeramente, que imponiéndoles una obligación de que no están convencidos, los exasperáis contra vuestra tiranía y los retraéis de que os tengan cariño; que los enseñáis a que se hagan disimulados, falsos, embusteros, para sonsacar recompensas o evitar castigos, y, finalmente, que acostumbrándolos a encubrir siempre con un motivo aparente otro secreto, vosotros mismos les franqueáis medios para que sin usar os engañen, os impidan que conozcáis su verdadero carácter y os satisfagan con palabras vanas cuando se presente la ocasión. Las leyes, me diréis, aunque obligatorias para la conciencia, usan también de apremio con los adultos. Convengo en ello. Pero esos

hombres, ¿qué son sino unos niños estragados por la educación? Esto justamente es lo que se ha de precaver. Valeos de la fuerza con los niños y de la razón con los hombres; ese es el orden natural: el sabio no necesita leyes.

Tratad a vuestro alumno conforme a su edad; ponedle desde luego en, supuesto, y retenedle en él de manera que no haga tentativas para dejarlo. Entonces será práctico en la lección más importante de la sabiduría, antes de saber lo que es ésta. No le mandéis nunca nada de cuanto, hay en el mundo, absolutamente nada, ni dejéis que imagine siquiera que pretendéis tener sobre él autoridad ninguna; sólo, sí, sepa que es débil y vos sois fuerte: que por su estado y el vuestro os está necesariamente supeditado; sépalo, apréndalo y siéntalo; sienta cuanto antes sobre su altiva cabeza el duro yugo de la necesidad, bajo el cual es fuerza que todo ser finito se rinda; vea necesidad en las cosas, y nunca en el capricho de los hombres[34]; sea el freno que le contenga, la fuerza y no la autoridad. No le prohibáis las cosas de que deba abstenerse, estorbadle que las haga, sin explicación ni racionio; lo que le concedáis, concedédselo a la primera palabra que diga, sin importunidades, sin ruegos, y más que todo sin condiciones. Conceded con gusto y no neguéis sin repugnancia; pero sean irrevocables todas vuestras repulsas, no os doblegue importunidad ninguna; sea el *no* dicho un muro de bronce, contra el cual, apenas haya probado el niño cinco o seis veces sus fuerzas, ya no se empeñará en echarle por tierra.

Por tal modo le haréis sufrido, sereno, resignado, sosegado, aun cuando no haya alcanzado lo que quería porque es natural en el hombre sufrir con paciencia, la necesidad de las cosas, mas no la mala voluntad ajena. Estas palabras, *no hay más*, son una respuesta que nunca enfadó a niño alguno, a menos que sospechase que era mentira. En cuanto a lo demás, aquí no hay medio; es necesario o no exigir de él nada absolutamente, o doblegarle desde el principio a la más entera obediencia. La educación peor es dejarle que fluctúe entre su voluntad y la vuestra y que disputéis sin cesar cuál de los dos ha de ser el amo más quisiera que lo fuera él siempre.

Muy extraño es que desde que se ocupan los hombres en la educación de los niños, no hayan imaginado otros instrumentos para conducirlos, que la emulación, los celos, la envidia, la vanidad, el ansia, el miedo, todas las pasiones más peligrosas, las que más pronto fermentan y las más capaces de corromper al alma, aun antes de que esté formado el cuerpo a cada instrucción precoz que quieren introducir en su cabeza, plantan un vicio en lo interior de su corazón; institutores faltos de juicio piensan de buena fe que lo aciertan, cuando los hacen malos por enseñarles qué cosa es la bondad; y luego nos dicen con magistral gravedad: ese es el hombre. Sí; ese es el hombre que vosotros habéis formado.

Se han experimentado todos los instrumentos menos uno, precisamente el único que puede surtir efecto: la libertad bien aplicada. No conviene que se encargue de educar un niño quien no lo sepa conducir a dondequiera, por solas las leyes de lo posible y lo imposible. Como igualmente ignora la esfera de lo uno y lo otro, se ensancha o se estrecha ésta en torno de él, conforme uno quiere. Con sólo el vínculo de la necesidad, sin que él se disguste, se le encadena, se le empuja o se le contiene; con sólo la fuerza de la cosas, se le torna dócil y manejable, sin dar entrada al germen de vicio alguno, porque cuando ningún efecto producen, no se animan las pasiones.

No deis a vuestro alumno lecciones verbales de ninguna especie; solamente la experiencia debe dárselas; ni le impongáis ningún género de castigo, porque no sabe qué cosa sea cometer culpa; ni le hagáis nunca que pida perdón, porque no puede ofenderos. Privado de toda moralidad en sus acciones, nada puede hacer que sea moralmente malo ni que merezca reprensión o castigo.

Ya veo al lector asustado formar juicio acerca de este niño comparándole con los nuestros, y se engaña. La perpetua sujeción en que tenéis a vuestros alumnos, exalta su vivacidad; cuánto más encogidos están en vuestra presencia, más alborotados son así que se escapan, pues es preciso que se resarzan, cuando puedan, del duro encogimiento en que los retenéis. Más estrago causan en un lugar dos estudiantes de la ciudad, que todos los mozos del pueblo. Encerrad a un señorito y a un lugareño en un cuarto; el primero lo

derribará, lo romperá todo, antes que el otro se mueva de su sitio. ¿Por qué así, si no es porque el uno se da prisa en abusar de un instante de licencia, mientras que el otro, seguro siempre de su libertad, nunca tiene prisa para hacer uso de ella? Y, sin embargo, los hijos de los aldeanos, que muchas veces son objeto de contemplaciones o de violencias, todavía se hallan muy distantes del estado en que quiero yo que se críen.

Sentemos como máxima indudable que siempre son rectos los movimientos primeros de la naturaleza; no hay perversidad original en el pecho humano; no se halla en él un solo vicio que no se pueda decir cómo y por dónde se introdujo. La única pasión natural del hombre es el amor de sí mismo o el amor propio tomado en sentido lato. Este amor propio, en sí, o relativamente a nosotros, es útil y bueno; y como no tiene relación necesaria con otro en este respecto, es naturalmente indiferente: sólo por la aplicación que de él se hace y las relaciones que se le dan, se torna bueno o malo. Hasta que nazca la razón, guía del amor propio, conviene que no haga nada un niño porque le ven o le oyen; en una palabra, nada con respecto a los demás, sino sólo lo que le dicte la naturaleza, y entonces no hará cosa que no sea buena.

No quiero decir con esto que nunca haga estrago, que no se haga mal, que no rompa acaso un mueble rico, si lo encuentra a mano. Pudiera hacer mucho daño sin obrar mal, porque la acción mala pende de la intención de causar daño, y nunca tendrá tal intención. Si una vez sola la tuviese, todo estaría ya perdido y sería mala casi sin remedio.

Hay cosas que son malas a juicio de la avaricia y no lo son razonablemente. Dejando a los niños con entera libertad de ejercitar su atolondramiento, conviene desviar de ellos todo cuanto pudiera hacerle costoso, y no dejarles a la mano cosa ninguna frágil y preciosa. Adórnese su estancia con muebles toscos y sólidos, sin espejos, porcelanas ni efectos de lujo. En cuanto a mi Emilio, que educo en el campo, no habrá en su cuarto nada que le distinga del de un jornalero. ¿De qué sirve adornarle con tanto esmero, cuando tan pocos ratos debe estar en él? Pero me equivoco; él mismo le adornará, y en breve veremos con qué.

Si no obstante vuestras precauciones, llegare el niño a incurrir en algún desorden, a romper algún mueble, no le castigáis por la negligencia vuestra, no le riñáis; no oiga ni una palabra de reprensión; no le dejéis ni columbrar siquiera que os ha dado un sentimiento; portaos exactamente como si se hubiera roto el mueble por acaso; finalmente, creed que no habréis logrado poco, si podéis no decirle nada.

¿Me atreveré a exponer aquí la mayor, la más importante, la más útil regla de toda la educación? Pues no es el ganar tiempo, sino el perderle. Lectores vulgares, perdonadme mis paradojas; preciso es tenerlas cuando se reflexiona; y dígase lo que se quiera, vale más ser hombre de paradojas que de preocupaciones. El intervalo más peligroso de la vida humana es desde el nacimiento hasta la edad de doce años, que es cuando brotan los errores y los vicios, sin que haya todavía instrumento ninguno para destruirlos; y cuando viene el instrumento son tan hondas las raíces, que no es ya tiempo de arrancarlas. Si llegasen los niños de un salto repentino desde el pecho de su madre hasta la edad de la razón, pudiera convenirles la educación que les dan; pero, según el progreso natural, es menester una en todo opuesta. Sería necesario que no se valiesen de su alma hasta que poseyese ésta todas sus facultades, porque es imposible que vea la antorcha que la presentáis cuando está ciego y que la inmensa llanura de las ideas siga una senda que la razón señala con casi imperceptibles rasgos, aun para los ojos más perspicaces.

La primera educación debe ser, pues, meramente negativa. Consiste, no en enseñar la virtud ni la verdad, sino en preservar de vicios el corazón y de errores el ánimo. Sí pudierais no hacer nada, ni dejar hacer nada; si pudierais traer sano y robusto a vuestro alumno hasta la edad de doce años, sin que supiera distinguir su mano derecha de la izquierda, desde vuestras primeras lecciones se abrirían los ojos de su entendimiento a la razón, sin resabios ni preocupaciones; nada habría en él que pudiera oponerse a la eficacia de vuestros afanes. En breve se tornaría en vuestras manos el más sabio de los hombres; y no haciendo nada al principio, haríais un portento de educación.

Haced todo lo contrario de lo que se acostumbra, y casi siempre acertaréis. Como no quieren que el niño sea niño sino que sea

doctor, los padres y los maestros no ven la hora de enmendar, corregir, reprender, acariciar, amenazar, prometer, instruir, hablar en razón. Haced cosa mejor, sed racional y no raciocinéis con vuestro alumno, con especialidad para hacer que apruebe lo que le desagrada, porque traer al retortero la razón en cosas desagradables, concluye por hacérsela fastidiosa y desacreditarla muy pronto en un alma que todavía no es capaz de entenderla. Ejercitad su cuerpo, sus órganos, sus sentidos, sus fuerzas; pero mantened ociosa su alma cuanto más tiempo fuere posible. Temed todos los afectos anteriores al juicio que los valúa. Contened, parad las impresiones quede fuera le vengan; y por estorbar que nazca el mal, no os apresuréis a producir el bien, porque nunca lo es cuando no le alumbraba la razón. Considerad como ventajosas todas las dilaciones, que no es alcanzar poco el adelantar hacia el término sin perder nada; dejad que madure la infancia en los niños. Finalmente, si se hiciere necesaria alguna lección, guardaos de dársela hoy, si podéis dilatarla sin riesgo hasta mañana.

Otra consideración que confirma la utilidad de este método es la del genio particular del niño, que es necesario conocer bien para saber qué régimen moral le conviene. Cada espíritu tiene su forma peculiar, según la cual necesita ser gobernado; y para sacar fruto de los afanes que se toman, importa gobernarle por esta forma y no por otra. Hombre prudente, acecha por mucho tiempo la naturaleza, observa bien a tu alumno antes que le digas una palabra, deja que primero se manifieste con entera libertad el germen de su carácter, no le violentes en cosa ninguna para verle mejor por completo. ¿Piensas que es pérdida para el niño esta época de libertad? Por el contrario, es la mejor empleada, porque así aprendes tú a no perder un punto solo en tiempo más precioso; mientras que si empiezas a obrar antes que sepas lo que es menester hacer, obrarás a la ventura; expuesto a engañarte, tendrás que volver atrás, y te hallarás más lejos de la meta que si te hubieras dado menos prisa a tocarla. No hagas como el avaro, que pierde mucho por no querer perder nada. Sacrifica en la edad primera un tiempo que volverás a ganar con usura en edad más avanzada. El médico prudente no da con atolondramiento sus remedios desde la primera visita, pues antes de recetar estudia el temperamento del doliente; empieza

tarde a curarle, pero le sana; mientras que el que se precipita mucho, le mata.

Pero ¿dónde colocaremos a este niño para educarle así, como un ser insensible, como un autómatas? ¿Le colocaremos en la luna o en una isla desierta? ¿Le apartaremos de todos los humanos? ¿No le ofrecerá continuamente el mundo el espectáculo y el ejemplo de las pasiones? ¿No verá nunca otros niños de su edad? ¿Nos verá a sus parientes, a sus vecinos, a su nodriza, a su ama, a su lacayo, a su mismo ayo, que al cabo no ha de ser un ángel?

Fuerte y sólida es esta objeción. Pero ¿os de dicho yo que fuese fácil empresa la de una educación natural? ¡Oh, hombres! ¿Es culpa mía si habéis hecho dificultoso todo cuanto, es bueno? Conozco estas dificultades, las confieso y acaso son insuperables; pero siempre es cierto que, aplicándose a obviarlas, se remedian hasta cierto punto. Yo señalo la meta a donde debe dirigirse la carrera; no digo que se pueda llegar a ella, pero sí que el que más se acerque sacará más ventajas.

Acordaos de que antes de atreverse a comenzar la empresa de formar un hombre es menester haberse uno mismo hecho hombre; y hallar en sí propio el ejemplo que se debe proponer. Mientras que no tiene todavía conocimiento el niño, hay tiempo para disponer todo cuanto a él se acerca, de manera que no se presenten a sus primeras miradas otros objetos que los que le conviene ver. Hacedos respetar de todo el mundo; empezad haciéndoos querer, para que procure cada uno complaceros. No seréis árbitro del niño, si no lo sois de todo cuanto le rodea; y nunca será esta autoridad suficiente si no va cimentada en la estimación de la virtud. No se trata de agotar el bolsillo y esparcir dinero a manos llenas; nunca he visto que el dinero hiciese bien quisto a nadie. No ha de ser uno avaro ni duro, ni ha de compadecer la miseria que puede aliviar; pero es en balde abrir las arcas si no se abre también el corazón; el de los demás permanecerá cerrado. Vuestro tiempo, vuestra solicitud, vuestro afecto, vos mismo, eso es lo que habéis de dar, porque aunque hagáis más, se echa de ver que vuestro dinero no sois vos. Prendas hay de interés y benevolencia que son más eficaces y realmente más provechosas que todas las dádivas. ¡Cuántos desventurados y enfermos hay que necesitan consuelos más que

limosna! ¡Cuántos oprimidos a quienes sirve de más la protección que el dinero! Poned en paz las personas que se malquistan, precaved los pleitos, amonestad a los hijos de sus obligaciones, a los padres, de la indulgencia; promoved matrimonios felices, estorbad las vejaciones; usad con prodigalidad del crédito de los parientes de vuestro alumno, amparando al débil a quien niegan justicia y que oprime el poderoso. Declaraos firme sustento de los desdichados. Sed justo, humano, benéfico; no hagáis solo limosnas, haced caridad; más alivian las obras de misericordia que el dinero. Amad a los otros y os amarán; servidlos y os servirán; sed hermano suyo y serán hijos vuestros.

Esta es otra razón porqué quiero yo educar a Emilio en el campo, lejos de la canalla de criados, los últimos de los humanos después de sus amos; lejos de las depravadas costumbres de las ciudades, que el pulimentado barniz que les dan hace atractivas y contagiosas para los niños. Los vicios de los campesinos, sin ornato y con toda su selvática rusticidad, más son para avergonzar, que para seducir, cuando no se saca fruto de imitarlos.

En una aldea será el ayo mucho más dueño de los objetos que quiera presentar al niño; su reputación, sus palabras, su ejemplo, tendrán una autoridad que en la ciudad no pudieron tener; como es útil a todo el mundo, todos anhelarán complacerle, hacerse estimar de él y presentarse al discípulo como quisiera en efecto el maestro que fuesen; y si no se enmiendan del vicio, se abstendrán del escándalo, que es todo cuanto necesitamos para nuestro objeto.

No achaquéis a los demás vuestros propios yerros; menos corrompe a los niños el mal que ven, que el que vosotros les enseñáis. Sermoneantes siempre, moralistas siempre y siempre pedantes, por cada idea que les sugerís, creyendo que es buena, les dais otras veinte que nada valen; llenos de lo que tenéis en la cabeza, no veis qué efecto producís en la suya. En todo ese copioso flujo de palabras con que sin cesar los enfadáis, ¿creéis que no haya una que entiendan equivocadamente? ¿Pensáis que no comenten a su modo vuestras difusas explicaciones, y no hallen materia para formar un sistema a su alcance, que, cuando llegue el caso, sepan oponeros?

Escuchad a uno de estos hombrecillos a quienes se acaba de aleccionar; dejadle charlar, hacer preguntas, desbarrar a su sabor y vais a asombraros del extraño giro que a vuestros raciocinios ha dado en su cabeza; todo lo confunde, todo lo trastrueca; os impacienta y os aflige a veces con imprevistos reparos; os fuerza a que calléis o le hagáis callar. ¿Y qué puede pensar de este silencio de un hombre que tanto se perece por hablar? Si una vez alcanza este triunfo, y lo conoce, adiós educación; en este punto todo se acabó; ya no procura instruirse, procura refutaros.

Maestros celosos, sed prudentes, sencillos, circunspectos; no os deis prisa a obrar, sino es para estorbar que otros obren; repítolo sin cesar; diferid, si es posible, una instrucción buena por temor de dar una mala. En esta tierra, que la naturaleza hubiera hecho el primer paraíso del hombre, temed no hagáis el oficio del tentador, queriendo dar a la inocencia el conocimiento del bien y el mal; no pudiendo impedir que se instruya el niño con los ejemplos que vea, ceñid toda vuestra vigilancia a imprimir en su ánimo estos ejemplos con la imagen que le convenga.

Las pasiones impetuosas producen gran efecto en el niño que las presencia, porque tiene señales muy sensibles que le hacen bastante impresión y le fuerzan a fijar la atención en ellas. Especialmente la ira es tan ruidosa en sus arrebatos, que es imposible no conocerla en hallándose cerca. No preguntemos si es esta una ocasión adecuada para un pedagogo de hacer un soberbio discurso. Fuera los discursos; nada de eso, ni una palabra. Dejad hablar al niño: atónito con la escena, dejará de haceros preguntas. La contestación es sencilla y sacada de los mismos objetos que han hecho impresión en sus sentidos. Ve un rostro inflamado, unos ojos que echan fuego, un ademán amenazador; oye gritos, señales todas de que no está el cuerpo en su estado natural. Decidle seriamente, sin afectación ni misterio: ¡Ese pobre hombre está malo, tiene ataque de calentura! Aquí podéis aprovechar la ocasión para darle en pocas palabras idea de las enfermedades y sus efectos; porque también son cosa natural, y uno de los vínculos de la necesidad a que se debe reconocer sujeto.

Acaso en virtud de esta idea, que no es falsa, contraerá desde muy niño cierta repugnancia de entregarse a los excesos de las

pasiones, que mirará como enfermedades. ¿Creéis que semejante noción, dada a tiempo, no produzca más saludables efectos que el más fastidioso sermón de moral? Ved ahora las consecuencias de esta noción para lo venidero: ya estáis autorizado, si alguna vez os veis precisado a ello, a tratar a un niño rabioso como a un niño enfermo; a tenerle a dieta, a asustarle a él mismo con sus nacientes vicios, a hacérselos odiosos, la severidad que acaso, os veréis precisado a usar para curarle. Y si a vos mismo os sucede en algún momento de vivacidad salir de la frialdad y la moderación que con tanto esmero debéis conservar, no procuréis encubrirle vuestro yerro; decidle ingenuamente como una cariñosa queja: Amiguito, me has puesto malo.

Por lo demás, importa que todas las gracias que pueda dictar al niño la sencillez de ideas en que está criado, nunca se anoten en su presencia ni se citen de manera que pueda él saberlo. Una imprudente carcajada puede echar a perder la faena de seis meses y causar un irreparable perjuicio para toda la vida. No me cansaré de repetir bastante, que, para ser árbitro del niño, es preciso serlo de sí propio. Me figuro a mi niño Emilio, en la fuerza de una disputa entre dos vecinas, que se va a la más enfurecida, y la dice en tono de compasión: *Está usted mala; lo siento mucho*. Ciertamente no quedará sin efecto este arranque en los espectadores, y acaso en las actrices. Sin reírme, sin reñirle, sin elogiarle, me le llevo de grado o por fuerza antes que pueda reconocer este efecto, o a lo menos antes que en él piense, y, me doy prisa a distraerle con otros objetos que muy pronto se lo hagan olvidar.

No tengo intención de detenerme en las más pequeñas circunstancias, sino sólo sentar las máximas generales y dar ejemplos en los lances dificultosos. Tengo por imposible que en el seno de la sociedad pueda llegar un niño a la edad de doce años, sin que se le dé alguna idea de las relaciones de hombre a hombre y la moralidad de las acciones humanas. Basta con esmerarse en que no le sean necesarias estas nociones hasta lo más tarde que sea posible; y cuando se hayan hecho inevitables, en ceñirlas a la utilidad presente, sólo para que no se crea dueño de todo, y no haga mal a otro sin escrúpulo y sin saberlo.

Hay caracteres blandos y pacíficos, que se pueden conducir sin peligro hasta muy lejos en su primera inocencia; pero también hay naturales violentos cuya ferocidad se desenvuelve muy temprano y que es necesario apresurarse a hacerlos hombres, para no verse obligados a encadenarlos.

Nuestros primeros deberes son relativos a nosotros; nuestros primitivos afectos se concentran en nosotros mismos, todos nuestros movimientos naturales se refieren primero a nuestra conservación y a nuestro bienestar. El primer sentimiento de la justicia no nos viene de la que debemos, sino de la que nos deben; y por eso es uno de los defectos de las educaciones comunes el hablar siempre de sus obligaciones a los niños y nunca de sus derechos, empezando por decirles lo contrario de lo que necesitan; cosa que ni pueden entender ni les interesa.

Si tuviera, pues, que conducir a uno de estos que acabo de suponer, diría: Un niño nunca acomete a las personas, sino a las cosas[35]; y en breve le enseña la experiencia a respetar a cuantos tienen más fuerza y edad; pero las cosas no se defienden a sí mismas. Por consiguiente, la primera idea que se le ha de dar, no tanto es la de la libertad cuanto, la de la propiedad; y para poder tener esta idea, es menester que tenga alguna cosa propia. Citarle sus vestidos, sus muebles, sus juguetes, es no decirle nada, porque si bien dispone de estas cosas, no sabe por qué ni cómo las posee. Decirle que las tiene porque se las han dado, no es adelantar nada, porque para dar es necesario tener; luego hay una propiedad que antecedió a la suya, y lo que se quiere explicar es el principio de la propiedad, además de que la donación es un convenio, y no puede saber todavía el niño lo que es convenio[36]. Ruégoos, lectores, que notéis en este ejemplo y en otros cien mil, cómo atestando la cabeza de los niños de palabras que no tienen significación ninguna a su alcance, creen sin embargo que les han dado instrucción.

Se trata, pues, de llegar hasta el origen de la propiedad, porque de aquí debe nacer la primera idea de ella. El niño que vive en el campo tomará alguna noción de las faenas rústicas; para esto no se necesitan más que ojos y espacio, y tiene uno y otro. En toda edad, y sobre todo en la suya, quiere el hombre crear, imitar, producir, dar señales de actividad y poderío. Así que vea dos veces cavar una

huerta, sembrar, nacer, crecer las legumbres, y, a querrá ser hortelano.

Conforme a los principios arriba establecidos, no me opongo a su deseo; por el contrario le favorezco, tomo parte en él, trabajo con él, no por hacer su gusto, como él cree, sino por hacer el mío; soy su mozo de huerta; en tanto que él adquiere fuerzas, cavo yo la tierra; toma él posesión sembrando un haba; y ciertamente, más sagrada y respetable es esta posesión que la que de la América meridional tomó Núñez de Balboa en nombre del rey de España, plantado su estandarte en las playas del mar del sur. Venimos a regar todos los días las habas y las vemos nacer muy contentos. Aumento yo este júbilo diciéndole: *esto le pertenece*; y explicándole entonces este término de pertenencia, le hago conocer que ha gastado en este plantío su tiempo, su trabajo, su esfuerzo, finalmente, su persona; que en esta tierra hay una cosa que es parte de él mismo, y que puede reclamar contra cualquiera, como pudiera sacar su brazo de la mano de otro hombre que se le tuviera asido contra su voluntad.

A lo mejor, llega un día corriendo con la regadera en la mano. ¡Oh, espectáculo! ¡Oh, dolor! Todas las habas están arrancadas, toda la tierra removida; ni aun el sitio es conocido. ¡Ah! ¿Qué se ha hecho de mi trabajo, la obra mía, el dulce fruto de mis sudores y afanes? ¿Quién me ha robado mi caudal? ¿Quién me ha cogido mis habas? Este pecho nuevo se levanta en peso; el sentimiento primero de la injusticia vierte en él su amargura acerba; corre de sus ojos un raudal de lágrimas; sin consuelo el niño, llena el viento de gritos y sollozos. Participo yo de su dolor y su indignación; indagamos, nos informamos, hacemos pesquisas; al fin descubrimos que el hortelano ha cometido el daño, y le llamamos.

Pero ahora nos hallamos muy lejos de nuestra cuenta. Sabiendo el hortelano de lo que nos quejamos, empieza a quejarse con más violencia que nosotros. ¡Con que ustedes, señores, son los que me han echado a perder mi trabajo! Había sembrado yo unos melones de Malta, cuyas pepitas me las habían dado como un tesoro; quería regalarles algunos cuando estuvieran maduros, y héteme que por sembrar sus malditas habas, me han arrancado mis melones que ya estaban nacidos, y que nunca conseguiré de nuevo. Me han hecho

ustedes un perjuicio irreparable y se han privado del gusto de comer melones exquisitos.

JUAN-JACOBO

Dispénsenos usted, pobre Roberto; tenía usted, empleado aquí su trabajo, sus faenas. Bien veo que hemos hecho mal en destrozar su obra; pero mandaremos traer otras pepitas de melones de Malta, y no trabajaremos la tierra antes de saber si ha tocado alguno a ella antes que nosotros.

ROBERTO

¡Bah! ¡Si es así!, señores, bien pueden ustedes echarse a dormir, porque ya no hay aquí tierras baldías. Yo trabajo la que benefició mi padre; cada uno hace por su parte lo mismo y todas las tierras que ven ustedes tienen dueño hace mucho tiempo.

EMILIO

Señor Roberto, ¿con que se perderán muchas veces las pepitas de melón?

ROBERTO

Perdone usted, niño, pero no suele suceder así, porque no tenemos muchos señoritos tan atolondrados como usted. Nadie toca al jardín de su vecino y respeta cada uno el trabajo de los demás para que esté seguro el suyo.

EMILIO

Pero yo no tengo huerta.

ROBERTO

¿Qué me importa a mí? Si usted echa a perder la mía no le dejaré que se pase por ella, porque no quiero yo perder mi trabajo.

JUAN-JACOBO

¿No nos podríamos arreglar con el buen Roberto? Que nos dé a mi amiguito y a mí un rincón de su huerta para cultivarle, a condición de que le daremos la mitad de lo que produzca.

ROBERTO

Yo se lo doy a ustedes sin condición. Pero acuérdense de que iré a cavar sus habas si tocan a mis melones.

En este ensayo sobre el modo de inculcar a los niños las nociones primitivas, vemos cómo naturalmente sube la idea de propiedad al derecho del primer ocupante por el trabajo. Esto es claro, franco, sencillo y siempre al alcance del niño. Desde aquí hasta el derecho de propiedad y las permutas, no falta más que un paso, dado el cual no se debe seguir adelante.

También se ve que una explicación que encierro aquí en dos páginas, será acaso negocio de un año en la práctica, porque en la carrera de las ideas morales no es posible adelantar sin suma lentitud, ni está de más el esmero que se ponga en afianzar cada pisada. Rúegoos, jóvenes maestros, que reflexionéis en este ejemplo y os acordéis de que, en todo, vuestras lecciones más deben consistir en acción que en discursos, porque con facilidad se olvidan los niños de lo que han dicho y lo que han oído, pero no de lo que han hecho y les ha sucedido.

Enseñanzas de esta clase deben darse, como he dicho, más pronto o más tarde, según acelera o retarda la necesidad de ella la índole pacífica o revoltosa del alumno; su uso es de una palpable evidencia; pero para no omitir nada importante en las cosas dificultosas, demos todavía otro ejemplo.

Vuestro niño díscolo estropea todo lo que toca; no os enfadéis; desviar de él cuanto pueda echar a perder. ¿Rompe los muebles de su servicio? pues no os deis prisa a darle otros; dejadle que sienta todo el daño de la privación. ¿Rompe los vidrios de sus ventanas?

dejad que le dé el viento de día y de noche, sin curaros de sus resfriados, que vale más que se resfríe que no que sea loco. No es quejéis nunca de las incomodidades que os causa, pero haced de modo que sea él el primero que las sufra. Al cabo hacéis poner los vidrios sin decir nada. ¿Los vuelve a quebrar? pues mudad entonces de método; decidle con sequedad, pero sin enojo: las puertas vidrieras son mías; yo las de hecho poner ahí, y quiero resguardarlas; después le encerráis en un cuarto oscuro sin ventanas a tan extraño proceder grita, alborota; nadie le escucha. Presto se cansa y muda de estilo; se lamenta, solloza; preséntase un criado, y el alborotador, le ruega que le saque de allí. Sin buscar pretextos para hacerlo, le responde el criado: *¡También yo tengo cristales que conservar!*, y se marcha. Al fin, cuando haya pasado el niño algunas horas en su encierro, el tiempo suficiente para sufrir mucho fastidio y que no se le olvide la lección, le sugerirá alguien la idea de que os proponga un convenio en virtud del cual le restituyáis su libertad y no quiebre más vidrios. No desea otra cosa; os mandará a buscar, vendréis luego, hará su propuesta, y la admitiréis al instante diciéndole : Está muy bien pensado; ambos ganaremos en ello; ¿por qué no te ocurrió antes esa idea? Luego, sin exigir protestas ni confirmaciones de su promesa, le daréis un cariñoso abrazo y le llevaréis al punto a su aposento, considerando este convenio como tan inviolable y sagrado cual si se hubiera hecho con solemne juramento. ¿Qué idea creéis que le dé este modo de proceder, de la fe de los convenios y su utilidad? o yo me engaño, o no hay sobre la tierra ni un niño siquiera no estragado ya, que a despecho de esta conducta piense en romper a sabiendas una vidriera. Sígase el encadenamiento de todo esto; cuando hacía el bribonzuelo un agujero para sembrar un haba, no pensaba que habría un calabozo donde no tardaría en encerrarle su ciencia [37].

Henos aquí en el mundo moral, he aquí la puerta abierta al vicio; con las convenciones y las obligaciones nacen la mentira y el engaño. Tan luego como se puede hacer lo que no se debe, querernos ocultar lo que no debimos hacer; así que el interés esfuerza a prometer, otro interés mayor puede hacer violar la promesa; sólo se trata de violarla con impunidad, y el recurso natural es esconderse y mentir. No habiendo podido precaver el

vicio, ya estamos en el caso de castigarle. Estas son las miserias de la vida humana, que empiezan con sus errores.

Ya he dicho lo bastante para dar a entender que nunca se ha de dar a los niños un castigo como castigo, sino que les debe siempre sobrevenir como natural consecuencia de una mala acción. Así no declamáis contra la mentira, no los castigáis precisamente porque han mentado; pero haced que cuando mintieren recaigan en su cabeza todos los malos efectos de la mentira, como el no ser creídos aun cuando hablen verdad, o ser el acusado del mal que no hayan hecho, aun cuando lo nieguen. Pero expliquemos qué cosa es mentir en los niños.

Hay dos especies de mentira: la de hecho, que se refiere a lo pasado; y la de derecho, relativa a lo futuro. Verifícase la primera cuando niega uno que ha hecho lo que hizo, o afirma que ha hecho lo que no hizo, y generalmente, cuando a sabiendas habla contra la verdad de las cosas: la otra consiste en prometer uno lo que no tiene ánimo de cumplir, y en general, en manifestar una intención contraria a la que tiene. Alguna vez pueden ambas mentiras hallarse en una sola[38]; pero aquí las considero sólo en cuanto a sus diferencias.

El que experimenta la necesidad que tiene del socorro de los demás y no cesa de ser objeto de su benevolencia, ningún interés tiene en engañarlos; por el contrario, lo tiene muy evidente en que vean las cosas como son por temor de que se engañen en detrimento suyo. Así es claro que no es natural a los niños la mentira de hecho; pero la necesidad de mentir la produce la ley de la obediencia, porque siendo esta penosa, se excusan en secreto de ella cuanto más pueden; y el interés presente de evitar la reprensión o el castigo, puede más que el remoto de hablar verdad. Pero en la educación libre y natural, ¿por qué ha de mentir vuestro hijo? ¿Qué tiene que ocultaros? Ni le reprendéis, ni le castigáis por nada, ni exigís nada de él. ¿Por qué no os ha de decir todo cuanto haya hecho con tanta ingenuidad como a un camarada suyo? No prevé más peligro en confesárselo a uno que a otro.

Aún es menos natural la mentira de derecho, puesto que las promesas de hacerlo abstenerse son actos convencionales que salen fuera del estado natural y derogan la libertad. Hay más: todas

las obligaciones de los niños son nulas en si, puesto que no pudiendo extender su corta vista más allá de lo presente, no saben lo que hacen cuando se obligan. Obligándose, apenas si puede mentir un niño, porque no pensando sino en salir del apuro en el actual instante, le parece indiferente todo medio que no tiene inmediato efecto, nada promete cuando lo hace para un tiempo futuro, y todavía soñolienta su imaginación no sabe extender su estado a dos épocas distintas. Si pudiese librarse de llevar azotes, o si le dieran un cucurucho de dulces con prometer tirarse al día siguiente por el balcón, al instante lo prometería. Por eso las leyes no tienen en cuenta ninguna de las obligaciones de los niños; y cuando los padres y maestros más severos exigen que con ellas cumplan, es solamente porque se trata de cosas que debería hacer el niño, aun cuando no lo hubiere prometido.

No sabiendo el niño a lo que se obliga cuando contrae una obligación por la promesa, no puede mentir. No es lo mismo cuando falta a una palabra, lo cual también es una especie de mentira retroactiva; porque muy bien se acuerda de que dio esta palabra; lo que no ve es la importancia de cumplirla. Incapaz de pensar en lo futuro, no ve las consecuencias de las cosas; y cuando falta a sus obligaciones, nada hace contra la razón de su edad.

De aquí se deduce que todas las mentiras de los niños son obra de los maestros, y que querer enseñarles a que digan la verdad es querer enseñarles a que mientan.

Con el anhelo que tienen por dictarles reglas, gobernarles, instruirles, nunca encuentran los bastantes instrumentos para conseguirlo; quieren ligar más su alma con infundadas máximas, con preceptos, sin razón, y prefieren que sepan su lección y mientan a que se queden ignorantes y verídicos.

Nosotros, que sólo damos a nuestros alumnos lecciones de práctica, y que más bien queremos que sean buenos que sabios, no exigimos de ellos la verdad, por temor de que la encubran, ni les hacemos que prometan nada que puedan incurrir en la tentación de no cumplir. Si durante mi ausencia se ha cometido algún mal cuyo autor ignoro, me guardaré mucho de acusar de él a Emilio, o de preguntarle: *¿Fuiste tú?*[\[39\]](#). Porque ¿qué otra cosa haría con esto que enseñarle a que lo niegue? Y si por su índole poco flexible me

fuerza a que haga algún convenio con él, dispondré de manera mis medidas que siempre proceda de él la propuesta, nunca de mí; que cuando se haya obligado, siempre tenga un interés sensible y actual en cumplir su palabra; y que si alguna vez faltare a ella, le acarree esta mentira males que vea que salen del orden mismo de las cosas y no de la venganza de su ayo. Pero lejos de ser necesario el recurso de expedientes tan crueles, casi estoy cierto de que Emilio sabrá muy tarde qué cosa es mentir, y de que cuando lo sepa se admirará mucho, no pudiendo comprender para qué pueda ser buena la mentira. Claro es que cuanto más independiente hago su bienestar de la voluntad como del juicio ajeno, más desarraigado de él todo interés de mentir.

Cuando no hay prisa en instruir, tampoco se tiene de exigir, y se toma tiempo para no exigir nada fuera de razón. Entonces se forma el niño, porque no se echa a perder. Pero cuando un preceptor aturdido, que no sabe qué hacerse, le obliga a cada instante a que prometa esto o aquello sin distinción, ni elección, ni medida; fastidiado, abrumado el niño con todas estas promesas, las descuida, se olvida de ellas, las desdeña, en fin, y contemplándolas como cláusulas de un vano formulario, tiene a juguete hacerlas y violarlas. Si queréis que sea fiel en el cumplimiento de su palabra, sed discreto en exigirselas.

Los detalles en que acabo de entrar acerca de la mentira, pueden aplicarse bajo muchos respectos a todas las demás obligaciones, que al paso que se las prescriben a los niños, se las hacen encontrar no sólo aborrecibles, sino también impracticables. Predicándoles en la apariencia la virtud, les hacen amar todos los vicios; y se los inspiran prohibiéndoles que los contraigan. Si los quieren hacer piadosos, los llevan a que se aburran a la iglesia, haciéndoles que sin cesar barbullen oraciones entre dientes, y los fuerzan a que aspiren a la dicha de no tener precisión de encomendarse a Dios. Para inspirarles la caridad, les hacen dar limosna, como si tuviesen los maestros a menos el darla ellos propios. ¡Ah! que no es al niño quien debe dar, sino el maestro; por mucho afecto que a su alumno tenga, no le debe ceder este honor, y debe darle a conocer que de su edad no es todavía acreedor a él. Es la limosna una acción del hombre que sabe el valor de lo que da

y la necesidad que tiene su semejante. El niño que nada de eso conoce, no puede contraer mérito alguno en dar; que da, sin caridad ni beneficencia, casi con vergüenza, fundándose en el ejemplo de que sólo los niños son los que dan limosna, nunca los mayores.

Obsérvese que jamás hacen dar al niño otras cosas que aquellas cuyo valor no conoce; piezas de metal que lleva en el bolsillo y que sólo para eso le sirven. Antes daría un niño cien doblones que un bollo. Dígase a este repartidor pródigo, que dé cosas a que tenga apego, sus juguetes, sus dulces, su merienda, y en breve veremos si le habéis hecho verdaderamente liberal.

Hállase también otro recurso para esto, y es volver al instante al niño lo que ha dado, de suerte que acostumbra a dar todo aquello que sabe que le van a volver. No he visto en los niños más que estas dos especies de generosidad : dar lo que de nada les sirve, o dar lo que están ciertos que les han de restituir. Haced de manera, dice Locke, que por experiencia sé convenzan de que siempre el más liberal sale mejor librado, eso es hacer, al niño liberal en la apariencia, y avaro en la realidad. Añade que así contraerán los niños el hábito de la liberalidad : sí, de una liberalidad usuraria que da uno por sacar ciento. Se ha de atender al hábito del alma, no al de las manos. a esta se parecen todas las demás virtudes que enseñan a los niños. ¡Y por predicarles virtudes tan sólidas, consumen en la tristeza sus primeros años! Cierto que es sapientísima semejante educación.

Maestros, dejaos de puerilidades, sed virtuosos y buenos y grábense vuestros ejemplos en la memoria de los alumnos, en tanto que pueden penetrar en su corazón. En vez de darme prisa a exigir del mío obras de caridad, más quiero hacerlas yo en su presencia y quitarle hasta la facultad de imitarme en esto, como una honra que no compete a su edad, porque importa que no se acostumbre a reputar las obligaciones de los hombres como simples obligaciones de niños. Y si al ver que asisto a los pobres me hace preguntas sobre esto, y hallo que sea tiempo de responderle^[40], le diré : « Amigo mío, esto consiste en que cuando los pobres consintieron en que hubiera ricos, prometieron los ricos mantener a todos aquellos que ni con sus bienes ni con su trabajo se pudieran sustentar.» - «¿ Con que también usted lo prometió? » responderá. -« Sin duda; yo

no soy dueño del caudal que en mis manos tengo, si no es con la condición aneja a su propiedad. »

Luego de oído este discurso (y ya se ha visto cómo se ha poner al niño en estado de entenderte), a otro que a Emilio le daría tentación de imitarme, conduciéndose como hombre rico; en tal caso, estorbaría a lo menos que lo hiciese con ostentación; más quisiera que me robase mi derecho y se escondiese para dar. Fraude propio de su edad, y el único que yo le perdonaría.

Ya sé que las virtudes de imitación son como las de los monos, y que una buena acción hecha, no porque lo es, sino porque la hacen otros, no es moralmente buena. Pero es menester hacer que imiten los niños los actos cuyo hábito queremos que contraigan, pues que en su edad nada todavía siente su corazón, mientras llega tiempo de que por discernimiento y amor del bien puedan hacerlos. Imitador es el hombre; lo es hasta el animal; la propensión a imitar sale de la naturaleza bien ordenada, pero en la sociedad degenera en vicio. Imita el mono al hombre que teme, y no a los animales que desprecia; y cree bueno lo que un ser mejor que él hace. Entre nosotros, por el contrario, nuestros arlequines de todas clases imitan lo hermoso para rebajarlo y ridiculizarlo; íntimamente convencidos de su villanía, se procuran igualar con lo que más que ellos vale; o si se esfuerzan en imitar lo que les parece digno de admiración, en la elección de los objetos se echa de ver el perverso gusto de los imitadores, que más quieren engañar a los otros o hacer elogiar su talento, que tornarse más sabios o mejores. Entre los hombres procede el fundamento de la imitación, del deseo de trasladarse siempre fuera de sí propio; y si salgo airoso con mi empresa, no tendrá por cierto Emilio semejante deseo; así será fuerza que renunciemos al bien aparente que pueda producir.

Profundizad todas las reglas de vuestra educación y las hallaréis todas contrarias de la razón, particularmente en lo que toca a las virtudes y a las costumbres. La única lección de moral que a la infancia conviene, y la que más importa en cualquier edad, es no hacer nunca mal a nadie. El mismo precepto de hacer bien, si a éste no va subordinado, es peligroso, equivocado y contradictorio. ¿Quién hay que no haga bien? Todo el mundo es benéfico; el perverso como los otros, a costa de cien miserables, hace a uno

dichoso, y de aquí provienen todas nuestras calamidades. Las más sublimes virtudes son negativas: también son las más difíciles, porque no llevan consigo ostentación y están más elevadas que el mismo placer, tan dulce para el corazón del hombre, de que se vaya otro contento de nosotros. ¡Oh, cuánto bien hace por necesidad a sus semejantes aquel, si alguno hay entre ellos, que nunca les hace mal! ¡Cuán intrépido ánimo, cuán esforzado carácter necesita para ello! No ratiocinando acerca de esta máxima, y procurando ponerla en práctica, se reconocen cuán grande y penosa cosa es acomodar con él su conducta[41].

Con esto doy algunas breves ideas acerca de las precauciones con que quisiera yo que a los niños se les dieran las instrucciones que a veces no se les pueden negar, sin exponerlos a que hagan daño a los demás o a si propios, y con especialidad a contraer malos hábitos, que luego serían dificultosos de corregir; pero estemos ciertos de que rara vez nos veremos en esta necesidad con niños educados como deben serlo, porque no es posible que se tornen indóciles, malos, embusteros, ansiosos, si no se han plantado en su corazón los vicios que tales los hacen; de suerte que lo que sobre este punto llevo dicho, más que a las reglas se aplica a las excepciones; pero estas excepciones son más comunes a medida que tienen los niños más ocasiones de salir de su estado, y contraer los vicios de los hombres. Los que en el ruido del mundo se educan por precisión, necesitan más precoces instrucciones que los que son educados en la soledad. Así sería preferible esta educación, aun cuando no hiciese más que dar tiempo de madurar a la infancia.

Otro género de excepciones hay contrarias respecto de aquellos que una índole feliz hace superiores a su edad. Así como existen hombres que nunca salen de la infancia, los hay que, por decirlo así, no se paran en ella, y son hombres casi desde que nacen. Es lo malo que esta última excepción es rarísima, difícil cosa atinar con ella, y figurándose cada madre que puede un niño ser un portento, no duda que su hijo lo sea; hacen más: atribuyen a indicios extraordinarios los mismos que el orden acostumbrado denota: la viveza, las prontitudes, el atolondramiento, las ingenuidades graciosas, señales todas características de la edad y que más claro

demuestran que el niño no es más que niño. ¿Qué hay que extrañar que aquel a quien hacen hablar mucho y permiten que diga todo lo que le venga a la cabeza, que no se halla sujeto por consideraciones ni respetos, por acaso tenga alguna feliz ocurrencia? Mucho más extraño sería que no tuviera ninguna, como lo fuera que entre mil mentiras no predijese nunca un astrólogo ninguna verdad. «Tanto mentirán, decía Enrique IV, que al fin darán con la verdad.» El que quiera encontrar dichos agudos, no tiene más que hacer que echarse a decir tonterías. Haga Dios mucho bien a tantas y tantas personas que no tienen otro mérito para ser muy obsequiadas.

Los pensamientos más brillantes se pueden encontrar en el cerebro de los niños; o más bien, los dichos más agudos en su boca, como los diamantes de más subido precio en sus manos, sin que por eso ni los pensamientos ni los diamantes sean suyos; en esta edad no hay propiedad verdadera de ninguna especie. Las cosas que dice un niño no son para él lo que para nosotros, ni les atribuye las mismas ideas: éstas, si algunas tienen, están en su cabeza sin orden ni conexión; nada hay fijo ni seguro en todo cuanto piensa. Examínese ese pretendido portento; en ciertos instantes hallaremos en él un muelle de una actividad extremada, una claridad de entendimiento que hiende las nubes; con más frecuencia parece un entendimiento flojo, lacio, y como cercado de una densa niebla. A veces corre más que nosotros, y a veces se queda parado. En ciertos instantes diríamos: es un ingenio sublime; de allí a un rato: es un tonto; y siempre nos equivocáramos, porque es un niño. Es un aguilucho que corta por un momento el aire y vuelve luego a caer en su nido.

Tratadle, pues, como conviene a su edad, no, obstante las apariencias, y guardaos de apurar sus fuerzas por haber querido darles sobrado ejercicio. Si se calienta este centro nuevo, si veis que empieza a hervir, dejadle fermentar primero libremente, pero no le excitéis nunca, porque no se exhale todo; y cuando se hubieren evaporado los espíritus primeros, comprimid y contened los restantes, hasta que andando los años se convierta todo en calor vivificante y verdadera fuerza. Si no lo hicieréis, perderéis el tiempo y el trabajo, destruiréis lo que habéis construido; y después de

haberlos locamente embriagado con todos esos vapores inflamables, sólo os quedará un residuo, sin fuerza.

De los niños atolondrados se hacen los hombres vulgares; no conozco una observación más general y cierta que esta. No hay cosa más dificultosa que distinguir en la infancia la estupidez real de la aparente y mentida estupidez, que es el preludio de ánimo fuerte. A primera vista parece extraño que tenga ambos extremos tan semejantes signos; pero debe ser así, porque en una edad en que todavía no tiene el hombre idea verdadera ninguna, la diferencia que media entre el que tiene mucho ingenio, y el que no tiene ninguno, consiste en que éste sólo admite ideas falsas y aquel que no halla ninguna verdadera las desecha todas; y se parece al estúpido que no es capaz de nada, en que nada le conviene. La única señal que puede distinguirlos, pende del acaso, el cual suele presentar al último una idea a su alcance, mientras que el primero siempre y en todos casos es el mismo. Catón el menor parecía durante su infancia un imbécil en su casa: era callado y terco; este era el juicio que de él formaban. En la antecámara de Sila fue donde aprendió a conocerle su tío. Si no hubiera entrado en esta antecámara, acaso le hubieran creído un bruto hasta la edad de la razón; si no hubiera vivido César, acaso hubieran tratado de visionario a este mismo Catón que adivinó su funesto ingenio y previó tan de lejos sus proyectos. ¡Oh, cuán expuestos están a engañarse los con tanta precipitación deciden de los niños! Son muchas veces más niños que ellos. En una edad bastante avanzada he visto a un hombre^[42] que me honraba con su amistad, y que su familia y sus amigos le tenían por un entendimiento corto. Esta excelente cabeza se maduraba en silencio, y de repente se manifestó filósofo, y no dudo de que la posteridad le asigne un honroso y eminente lugar entre los que mejor han raciocinado y los más profundos metafísicos de su siglo.

Respetad la infancia y no os apresuréis a juzgarla ni para bien ni para mal. Dejad que se anuncien, se prueben y se confirmen largo tiempo las excepciones, antes que para ellas adoptéis métodos particulares. Dejad que obre largo tiempo la naturaleza, antes de meteros a obrar en su lugar, no sea que impidáis la eficacia de sus operaciones. Decís que conocéis lo que vale el tiempo, y no le

queréis perder, y no echáis de ver que más se pierde usándole mal que no empleándole, y que más lejos está de la sabiduría un niño mal instruido, que uno que no lo está nada. ¡Os asusta el verle consumir sus años primeros en no hacer nada! ¡Cómo! ¿No es nada ser feliz? ¿No es nada saltar, jugar y correr todo el día? En su vida estará tan ocupado. Platón, en su *República*, que por tan austera se tiene, educa a los niños en fiestas, juegos, cánticos y pasatiempos; parece que todo lo tiene hecho, cuando los ha enseñado a divertirse bien; y hablando Séneca de la antigua juventud romana: siempre, dice, estaba en pie, y nada la enseñaban que hubiese de aprender sentada[43]. ¿Perdía algo por eso cuando llegaba a la edad viril? Asísteos poco esta pretendida ociosidad. ¿Qué diríais de uno que por aprovecharse de toda la vida no quisiera dormir?. Diríais: es un insensato; no goza del tiempo que se le quita, y por evitar el sueño corre a la muerte. Pensad que aquí sucede lo mismo, y que es la infancia el sueño de la razón.

La aparente facilidad de aprender es causa de que se pierdan los niños. No vemos que esta misma facilidad es prueba de que nada aprenden. Liso y pulimentado su cerebro, repite como un espejo los objetos que se le presentan; pero nada retiene, nada penetra. El niño repite las palabras, las ideas se reflejan; los que las escuchan las entienden, él es el único que no las entiende.

Aunque la memoria y el raciocinio sean dos facultades esencialmente distintas, no obstante, no se desarrolla verdaderamente la una sin la otra. Antes de la edad de razón no recibe el niño ideas, sino imágenes; y media la diferencia de unas a otras, de que las imágenes no son más que pinturas absolutas de los objetos sensibles, y las ideas, nociones de los objetos determinados por sus relaciones. Una imagen puede existir sola en el alma que se la representa; pero toda idea supone otras. El que imagina, se ciñe a ver; el que concibe, compara. Meramente pasivas son nuestras sensaciones, en vez de que todas nuestras percepciones o ideas proceden de un principio activo que juzga; más adelante demostraremos esto.

Digo, pues, que no siendo los niños capaces de juicio, no tienen verdadera memoria. Retienen sonidos, figuras, sensaciones, rara vez ideas, y más rara vez sus enlaces. Si me objetan que aprenden

algunas nociones elementales de geometría, creen que han probado algo, en contra de mi aserción, y, por el contrario, la comprueban: hacen ver que lejos de saber raciocinar por sí propios, ni siquiera saben retener los raciocinios de los otros; si no sígase a esos géometras chicos en su método, y veréis que sólo han retenido la impresión de la figura y los términos de la demostración. a la más leve objeción nueva no saben qué responder : invertid la figura, y no saben dónde están. Todo su saber se queda en la sensación y no llega al entendimiento; su misma memoria es poco más perfecta que las otras facultades, puesto que casi siempre es menester que vuelvan a aprender cuando son grandes las cosas cuyas palabras aprendieron siendo niños.

Estoy, sin embargo, muy lejos de pensar que no hagan los niños ninguna especie de raciocinio[44]. Veo, por el contrario, que raciocinan muy bien de todo cuanto conocen y tiene relación con su presente y sensible interés. Pero en lo que nos engañamos es acerca de sus conocimientos, atribuyéndoles los que no poseen, y haciendo que raciocinen acerca de lo que no pueden comprender. También nos engañamos cuando queremos que hagan aprecio de consideraciones que en manera alguna los mueven, como la de su interés venidero, de su felicidad cuando sean hombres, de la estimación que cuando sean mayores se granjearán; discursos que, dirigiéndose a seres privados de toda previsión, nada absolutamente significan para ellos. Y todos los estudios a que obligan a estos pobres desventurados, versan sobre asuntos enteramente ajenos de su inteligencia; júzguese qué atención pueden poner en ellos.

Los pedagogos, que con tanto aparato nos exponen las instrucciones que dan a sus discípulos, están imposibilitados para hablar de otra manera; no obstante, por su misma conducta se echa de ver que piensan exactamente como yo. Porque, al cabo, ¿qué es lo que les enseñan? Voces, más voces, y siempre voces. Entre las diversas ciencias que se halagan de enseñarles se guardan muy bien de escoger las que les fueran verdaderamente provechosas, porque serían ciencias de cosas y no harían progresos en ellas, sino en las que al parecer se saben cuando se conocen los términos: blasón, geografía, cronología, lenguas, etc; estudios todos tan

distantes del hombre, y con especialidad del niño, que sería milagro si algo de todo esto pudiera serle útil una sola vez en su vida.

Sorprenderá que mire como una de tantas inutilidades de la educación el estudio de los idiomas; pero téngase presente que sólo hablo aquí de los estudios de la edad primera, y dígase lo que se quiera, creo que hasta los doce o quince años, ningún niño, exceptuando los portentos, ha aprendido, verdaderamente, los idiomas.

Convengo en que si el estudio de las lenguas fuera, sólo el de las palabras, esto es, el de las figuras o de los sonidos que las expresan, pudiera este estudio convenir a los niños; pero mudando las lenguas, los signos, también modifican las ideas que representan. Se forman las cabezas por la lenguas, y los pensamientos se tiñen del color de los idiomas únicamente la razón es general; el raciocinio tiene en cada lengua su forma peculiar: diferencia que en parte pudiera muy bien ser causa o efecto de los caracteres nacionales; y lo que al parecer confirma esta conjetura, es que en todas las naciones del mundo sigue la lengua las vicisitudes de las costumbres, y con ellas se conserva o se altera.

Entre estas diversas formas da el uso una al niño, y es la única que conserva hasta la edad de razón. Para tener dos, sería necesario que supiese comparar ideas. ¿Y cómo las ha de comparar, cuando apenas está en estado de concebirlas? a cada cosa le puede dar mil signos diferentes, pero a cada idea no le puede dar más de una forma; así, no puede aprender a hablar más de una lengua. No obstante, me dicen, aprende muchas; lo niego. He visto algunos de estos portentosos chicos que se figuraban que hablaban cinco o seis lenguas, y los he oído hablar sucesivamente alemán con palabras latinas, con palabras francesas, con palabras italianas; manejaban a la verdad cinco o seis diccionarios, pero nunca hablaban más que alemán. En una palabra, déense a los niños tantos sinónimos cuantos se quieran: se mudarán sus voces, no su lengua, porque nunca sabrán más que una.

Para ocultar su incapacidad en esto, los ejercitan con preferencia en las lenguas muertas, de las cuales no hay jueces que no puedan ser recusados. Como se ha perdido, muchos siglos hace, el uso familiar de estas lenguas, nos ceñimos a imitar lo que hallamos

escrito en los libros; y a eso llaman hablarlas. Siendo ese el latín y el griego de los maestros, apréciase el de los discípulos. Apenas han aprendido de memoria su rudimento, del cual ni una sola palabra entienden, cuando les enseñan primero a poner un discurso castellano en palabras latinas; luego, cuando están más adelantados, a zurcir en prosa frases de Cicerón, y en verso centones de Virgilio. Creen entonces que hablan latín: ¿quién se lo ha de contradecir?

En cualquiera estudio que fuere, nada valen los signos representantes sin la idea de las cosas representadas. No obstante, limitan siempre al niño a estos signos, sin poder hacer nunca que comprenda cosa alguna de las que representan. Cuando piensan que le enseñan a conocer mapas; le enseñan nombres de ciudades, de países, de ríos, que no concibe él que existan en otra parte que en el papel donde se los muestran. Me acuerdo de que vi, no sé donde, una geografía que empezaba así: *¿Qué es el mundo? Un globo de cartón*. Esta precisamente es la geografía de los niños. Asiento como incontestable que, después de dos años de esfera y cosmografía, no hay ni siquiera un niño de diez años, que en virtud de las reglas que le han dado, supiera ir de Madrid a Vallecas[45]. Asiento como incontestable, que no hay una que con un plano del jardín de su padre sepa seguir sus vueltas y revueltas sin extraviarse. Esos son los doctores que saben a punto fijo la situación de Pekín, Ispahán, Méjico, y todos los pueblos de la tierra.

Oigo decir que conviene que se ocupen los niños en estudios que sólo ojos necesitan, y así podría ser si hubiere estudios que sólo ojos necesitaran; pero no sé que haya ninguno.

Por un error todavía más ridículo, les hacen que estudien la historia, imaginándose que está a su alcance, porque no es más que una recopilación de hechos. Mas ¿qué entienden por la palabra *hecho*? ¿Creen que las relaciones que los hechos históricos determinan, son tan fáciles de comprender, que sin trabajo se forme su idea en el espíritu de los niños? ¿Creen que se pueda separar el verdadero conocimiento de los sucesos del de sus causas, del de sus efectos, y que tan pequeño sea el enlace de lo histórico con lo moral, que pueda conocerse uno sin otro? Si en las acciones humanas no veis más que los movimientos externos y meramente

físicos, ¿qué es lo que en la historia aprendéis? Nada absolutamente; y privado este estudio de todo interés, no les causa más gusto que instrucción. Si queréis apreciar estas acciones por sus relaciones morales, tratad de que entiendan vuestros alumnos estas relaciones y veréis entonces si es la historia para su edad.

Lectores, acordaos siempre de que no es quien os habla un sabio ni un filósofo, sino un hombre sencillo, amante de la verdad, sin partido ni sistema: un solitario que como comunica poco con los hombres, tiene menos ocasiones para empaparse en sus preocupaciones y le queda más tiempo para reflexionar acerca de lo que le choca cuando con ellos trata. Mis principios se fundan menos en razones que en hechos, y no creo que pueda hacer cosa mejor que referiros de tiempo en tiempo algún ejemplo de las observaciones que me los han dictado, para ponerlos en estado de juzgar de su verdad.

Fui a pasar algunos días en el campo, en casa de una buena madre de familia, que cuida con mucho esmero de sus hijos y su educación. Una mañana que presenciaba yo las lecciones del mayor, su preceptor, que le había instruido muy bien en la historia antigua, tratando de Alejandro, habló del suceso tan sabido del médico Filipo, del cual han hecho un cuadro, y, ciertamente lo merece^[46]. El preceptor, hombre de mérito, hizo acerca de la intrepidez de Alejandro muchas reflexiones que no me gustaron, pero que por no desacreditarle en el concepto de su alumno, no quise contradecir a la hora de comer, no dejaron, según es costumbre, de hacer charlar mucho al buen chiquillo, que con la viveza natural en su edad y la esperanza de aplauso dijo mil necedades, y entre ellas algunos destellos de agudeza, que eran causa de que se olvidaran de lo demás. Llegó al fin la historia del médico Filipo, que contó con mucho donaire y desenvoltura. Después del acostumbrado tributo de elogios que exigía la madre y el niño esperaba, discurrió la reunión acerca de lo que había dicho. Los más vituperaban la temeridad de Alejandro; algunos, a ejemplo del preceptor, exaltaban su valor y entereza, lo cual me hizo ver que ninguno de los circunstantes sabía en qué se cifraba la hermosura del rasgo a mí me parece, les dije, que si en la acción de Alejandro hubo el menor valor, o la menor entereza, no es otra cosa que una

locura. Reunióse entonces todo el mundo, y convinieron en que fue una locura. Iba a responder y a enardecerme, cuando llegándose a mi oído una mujer que a mi lado estaba, y no había desplegado los labios, en voz baja me dijo : «Cállate, Juan Jacobo, que no te entenderán.» La miré, me chocó, y callé.

Después de comer, sospechando por muchos indicios que mi doctor imberbe no había entendido palabra de la historia que tan bien nos había contado, le cogí por la mano, di con él un paseo por el jardín, y habiéndole hecho preguntas a mi sabor, vi que más que a ninguno le parecía admirable el valor tan decantado de Alejandro. Pero ¿sabéis en qué le cifraba? En el de beberse de un trago un brebaje de mal gusto sin vacilar, sin hacer ascos. El pobre chico, a quien, habían hecho tomar una purga no hacía quince días, y que la había tomado con infinito trabajo, todavía conservaba el mal gusto en la boca; la muerte, el tósigo, no eran, a su entender, otra cosa que sensaciones desagradables, y no concebía él otro veneno que las hojas de sen. Hemos de confesar, no obstante, que había hecho la entereza del héroe mucha impresión en su corazón novel, y que a la primera purga que fuese necesario tomar, estaba resuelto a ser un Alejandro. Sin meterme en explicaciones que evidentemente excedían a su capacidad, le exhorté a llevar adelante tan loable resolución, y me volví, riéndome dentro de mí propio, de los padres y maestro que piensan que enseñan la historia a los niños.

Fácil es hacerlos repetir las palabras de reyes, imperios, guerras, conquistas, levas; pero cuando se tratare de atribuirá estas palabras ideas claras, habrá mucha distancia de la conversación del hortelano Roberto a todas estas explicaciones.

Descontentos algunos lectores con el cállale, Juan Jacobo, veo que preguntarán dónde hallo la sublimidad de la acción de Alejandro. ¡Desventurados! ¿Cómo la habéis de entender, si es necesario que os lo digan? En que Alejandro creía en la virtud, en que creía, a riesgo de su cabeza, a riesgo de su propia vida, en que era capaz su generosa alma de creer en ella. ¡Oh, qué hermosa profesión de fe era la bebida de esta purga! No; nunca mortal hizo una tan sublime. Sí se halla algún Alejandro moderno, muéstrenmele con semejantes rasgos.

Si no hay ciencia de palabras, tampoco hay estudio que a los niños convenga; si no tienen verdaderas ideas, no tienen verdadera memoria, porque no llamo así la que sólo retiene las sensaciones. ¿De qué sirve imprimir en su cabeza un catálogo de signos que para ellos nada representan? ¿No aprenderán los signos cuando aprendan las cosas? ¿Para qué es darles el trabajo inútil de que los aprendan dos veces? Y a vueltas de eso, ¡cuán peligrosas preocupaciones les, empiezan a inspirar, haciendo que tengan por ciencia palabras que carecen de significado para ellos! Desde la primera palabra con que se satisface al niño desde la primera cosa que aprende, porque otro se la dice, sin que él vea para qué sirve, se ha perdido su discernimiento; mucho tiempo tendrá que figurar entre los necios antes de reparar esta pérdida [47]

No; si da la naturaleza al cerebro del niño esa flexibilidad que le hace apto para recibir todo género de impresiones, no es para que en él se impriman nombres de reyes, fechas, términos de blasón, de esfera, de geografía, y todas esas palabras que nada significan para su edad, que en ninguna otra son de provecho y con que abruma su estéril y triste infancia; sino para que todas las ideas que puede concebir y le son útiles, todas las que a su felicidad se refieren y deben darles un día luces acerca de sus obligaciones, se graben desde muy temprano en caracteres indelebles, y le sirvan para que se conduzca, mientras dure su vida, del modo que a su ser y a sus facultades conviene.

La especie de memoria que puede tener un niño no permanece ociosa porque no se estudie en libros; retiene y se acuerda de todo cuanto ve, de todo cuanto oye; guarda dentro de su cabeza un protocolo, de las acciones y los discursos de los hombres; y todo cuanto a él se acerca es el libro con que, sin pensar en ello, continuamente enriquece su memoria hasta tanto que lo pueda aprovechar su razón. En la elección de estos objetos, en la atención de presentarle sin cesar los que, pueda conocer y ocultarle los que deba ignorar, consiste el verdadero arte de cultivar en él esta primera facultad; así se ha de procurar formarle un caudal de conocimientos que le sirvan para su educación en la juventud y para su conducta en todos sus tiempos. Verdad es que este método no forma portentos chicos, ni hace lucir las ayas y los preceptores; pero

forma hombres juiciosos, robustos, de cuerpo y entendimiento sano, que sin haber sido el pasmo de los demás cuando niños, se hacen respetar en siendo mayores.

Emilio nunca aprenderá nada de memoria, ni siquiera fábulas, aunque sean las de Samaniego[48] con todo su mérito; porque las palabras de las fábulas así son fábulas, como las de la historia son la historia. ¿Cómo es posible ser uno tan ciego que llame a la fábula la moral de los niños, sin notar que el apólogo los divierte engañándolos, que seducidos por la mentira no advierten la verdad, que aquello que se hace para que les sea grata la instrucción, les estorba que de ella se aprovechen? Pueden las fábulas instruir a los hombres, pero a los niños es menester decirles la verdad sin disfraz; cuando se la encubren con un velo, no se toman el trabajo de descorrerle.

Hácese que aprendan los niños las fábulas de Samaniego, y ni siquiera hay uno que las entienda: cierto es que peor sería que las entendiesen, porque tan enredada es su moral, y tan poca proporción guarda con su edad, que más que a la virtud los incitaría al vicio. Otras paradojas, me diréis. Sea en buen hora; mas veamos si son verdades.

Afirmo que un niño no entiende las fábulas que le hacen aprender, porque aunque nos empeñemos mucho en hacer que las comprenda, la instrucción que de ella queremos sacar nos precisa a introducir ideas que él no alcanza, y la forma poética que tienen, ayudándole a que las tome de memoria, es causa de que las conciba con más dificultad, de suerte que a costa de la claridad se compra el recreo. Sin hablar de la multitud de fábulas que nada tienen inteligible o provechoso para los niños, y con tan poco discernimiento les hacen que aprendan, porque se hallan reunidas con las demás,[49] ciñámonos a las que parece que hizo el autor para ellos.

De las pocas fábulas que en la colección de Samaniego hay adaptables a los niños, una de las que mejor pueden entender es la de *El cuervo y el zorro*. La moral de esta fábula es común de toda edad; los niños la aprenden con gusto, y es una de las que más bien comprenden; analicémosla, pues, y examinémosla con cuidado.

En la rama de un árbol,
Bien ufano y contento,
Con un queso en el pico
Estaba el señor cuervo.

¿Quién era el que estaba *ufano y contento*? ¿El árbol o el cuervo? ¿Cómo ha de entender el niño esta inversión? Es poética, me dirán; fija la atención en el cuervo, que es el sujeto que debe resaltar. Todas estas razones son para mí; no para el niño, que sólo debe oír frases sencillas, y construcciones fáciles y naturales.

¿Qué quiere decir señor cuervo? ¿De quién es señor un cuervo? ¿Qué significa señor? Este epíteto se le da por burla. Cuando oiga llamar señor a uno, ¿no se figurará que es el cuervo apoderado del queso? Rara vez se equivocará; pero esas no son las lecciones que queréis que tomen vuestros alumnos.

¿Cómo puede un cuervo tener un queso en el pico sin que se le caiga? ¿Comen queso los cuervos? ¿Son esas las lecciones de historia natural que dais a vuestros hijos? No salgáis nunca de la verdad.

Del olor atraído,
Un zorro muy maestro,

¡Qué olor da este queso que desde la rama del árbol penetra hasta la madriguera del zorro! ¿A éste le gusta el queso? Poco estrago harían en los corrales, si no los frecuentaran más que las lecherías.

¡Muy maestro! ¿Qué es lo que el zorro enseña? Bien sé que es maestro y doctor en tretas, y que no puede aplicarse epíteto con más felicidad; pero esto lo sé yo y no lo sabe el niño. Es preciso que le digáis cuál es la índole natural del zorro y cuál la que le atribuyen los fabulistas convencionalmente. ¿Y queréis que os entienda? Menester fuera para ello una poética del apólogo.

Le dijo estas palabras,
a poco más o menos:

¿Con que hablan los zorros? ¿Y su habla la entienden los cuervos? ¿Qué has de responder, discreto preceptor, a esta pregunta tan natural del niño?

Á *poco más o menos* es un ripio que ni para el niño ni para mi tiene disculpa.

Tenga usted buenos días,
Señor cuervo, mi dueño.

¡*Mi dueño!* ¿Qué quiere decir dueño? El que tiene esclavos.
¿Con que el zorro es esclavo del cuervo?

Vaya, que estáis donoso,
Mono, lindo en extremo.

¿Con qué arte gradúa el maulero los elogios! Arte perdido para el niño.

Mono, precedido del verbo *estar*, siempre es un elogio, cuando le antecede *Ser*, suele ser impropio. Para Emilio *estar mono*, cuando sea mayor, siempre lo tendrá a mengua; el niño no lo entenderá.

Yo no gasto lisonjas
Y digo lo que siento.

¿Qué son lisonjas? ¿Hay quien *las gasta*? ¿quien *diga lo que no siente*? ¡Pobre niño, cuántas lecciones de vicios hay que darte, y ninguna necesitabas! La profesión de veracidad del astuto zorro, es nuevo lazo tendido al imprudente y vanidoso cuervo; ¿pero tú, cómo has de apreciar sus artes, o, más bien la habilidad del poeta?

Que si a tu bella traza
Corresponde el gorjeo,
Juro a la diosa Ceres,
Siendo testigo el cielo,
Que tú serás el Fénix
De sus vastos imperios.

¡Qué valentía en la expresión! ¡Qué nobleza! ¡Qué hermosa poesía! ¡Cuántas cosas que el niño no puede apreciar!

¡*Juro!* ¿Qué es jurar? ¡Desventurado de ti, preceptor, si te atreves a explicárselo a un niño de seis años!

¿Qué cosa es una diosa? ¿Hay dioses machos y hembras? ¿Quién es Ceres? ¿Queréis que empiece el niño a cursar mitología? ¿Queréis que a su edad el cielo, la tierra, la naturaleza entera, sean ya teatro de la mentira?

¿Qué pájaro es el Fénix? Nuevas patrañas y nuevas ficciones. ¿Tan estrecho recinto es el de las verdades, que tanta prisa os dais en sacar de él a vuestro alumno?

Al oír un discurso
Tan dulce y halagüeño,
De vanidad llevado,
Quiso cantar el cuervo.

Nueva explicación de lo que es *vanidad*, y de sus efectos, como si no valiera más que Emilio no lo supiera, y como si no fuera esta feliz ignorancia natural consecuencia de nuestra educación.

Abrió su negro pico,
Dejó caer el queso.

Lo extraño es que no se le hubiese caído mucho antes, por más apretado que con su *negro pico* lo tuviese.

El muy astuto zorro,
Después de haberlo preso

Haberle debiera decir, no *haberlo*; Emilio no escucha nunca frases incorrectas de boca de su ayo; por eso su sintaxis es siempre conforme o buenas reglas y sus expresiones son castizas.

Le dijo: Señor bobo,
Pues sin otro alimento
Quedáis con alabanzas

Tan hinchado y repleto,

¿ Con que *bobo* es aquel a quien engañan pícaros? La definición podrá muy bien ser exacta; ¿pero conviene enseñársela a un niño? El cuervo no ha quedado *hinchado y repleto con las alabanzas*, sino hambriento y mohíno. El adulator triunfante afila el puñal del escarnio para clavársele más hondo a la víctima. Si el ayo no le explica toda la perversidad del zorro, perdió la fábula su mérito. Si se la hace comprender, ¡cuán intempestiva y arriesgada lección le da!

Digerid las lisonjas,
Mientras digiero el queso.

¡*Digerir lisonjas!* ¡ *Osada* y feliz metáfora! ¿Y la entiende un niño de siete años?

Este análisis, que tan circunstanciado parece, más lo fuera si hubiéramos seguido todas las ideas de la fábula, reduciéndolas a las sencillas y elementales de que se compone cada una. Pero, ¿quién se figura que necesita de este análisis para que le entiendan los niños? Ninguno de nosotros es tan filósofo que sepa sustituirse a un niño. Vamos ahora a la moral.

¿Es bueno instruir a un niño de seis años en que hay hombres que mienten y adulan porque les conviene? Podríamos cuando más instruirle en que hay chuscos que se divierten con la necia vanidad de los niños, y a solas se ríen de ellos; pero el queso lo echa a perder todo: no tanto los enseñamos a que no le dejen caer del pico, como a que se la hagan caer a otro. Esta es mi segunda paradoja, y no la que menos importa. Obsérvese a los niños cuando aprenden las fábulas, y se verá que al hallarse en estado de hacer aplicación de ellas, casi siempre la hacen contraria de lo que es el ánimo del fabulista; y en vez de enmendarse del defecto de que quiere éste curarlos o preservarlos, se inclinan a amar el vicio con que se saca ventaja de los defectos de los demás. En la fábula que hemos analizado, se burlan los niños del cuervo, y se aficionan todos al zorro; en la de *La cigarra y la hormiga*, creéis que toman ejemplo de aquélla, y de quien le toman es de ésta. Nadie gusta de ser

desairado; siempre escogerán el papel brillante, que es la elección del amor propio, y la más natural. Pero, ¡que horrible lección para la infancia! El más aborrecible de los monstruos fuera un niño despiadado y avariento, que supiera lo que le pedían y lo negara. Todavía más hace la hormiga, que le enseña a escarnecer cuando niega socorro.

En todas las fábulas en que uno de los personajes es el león o el águila, como de ordinario, es el que más brilla, no deja el niño de hacerse león o águila; y si le encargan de alguna partición, instruido por su modelo bien procura tomarlo todo. Mas, cuando derriba el escarabajo los huevos del águila, entonces el niño, no es águila, que es escarabajo, y aprende a tirar pelotas de inmundicia a los que no se atreve a acometer de firme.

En la fábula de *El lobo flaco y el perro grueso*, en vez de la lección que le quieren dar, toma una de licencia. No me olvidaré nunca de que vi llorar mucha a una niña que habían llenado de desconsuelo con esta fábula, exhortándola sin cesar a que fuera dócil. Costó mucho saber la causa de su llanto; al fin se supo. La pobre chica se aburría de estar atada; se sentía pelado el cuello y lloraba porque no era lobo.

De manera que la moral de la primera fábula que hemos citado, es para el niño una lección de baja adulación; la de la segunda una de inhumanidad; la de la tercera de sátira, y la de la cuarta de independencia, Aunque esta postrera sea para mi alumno, superflua, no por eso conviene a los vuestros. ¿Qué fruto aguardáis de vuestros afanes, dándoles preceptos que se contradicen? Pero, acaso por el mismo motivo que yo no quiero admitir las fábulas en mi educación, las conserváis vosotros en los vuestros. En la sociedad son indispensables dos morales distintas; una en palabras y otra en acciones, que en nada se parecen ambas. La primera se encuentra en el catecismo y allí se está la segunda en las fábulas de Samaniego para los niños.

Entendámonos, señor de Samaniego. Yo, por mi, prometo leerlos con gusto y atención, e instruirme con vuestras fábulas, porque espero no me equivocaré acerca del objeto de ellas; pero permitidme no consienta que mi alumno estudie ni una siquiera hasta que me probéis que le conviene aprender cosas de las cuales

ni la cuarta parte entienda; y que en las que pueda comprender no tome el camino opuesto, y en vez de enmendarse huyendo de lo que hace el burlado, quiera imitar al burlador.

Eximiendo así de todos sus deberes a los niños, les quito los instrumentos de su mayor desgracia, que son los libros. El azote de la infancia es la lectura, y casi no sabemos emplearla en otra cosa. De doce años apenas sabrá Emilio qué cosa es un libro. Pero es necesario a lo menos, me dirán, que sepa leer. Convengo en ello; necesario es que sepa leer cuando le sea útil la lectura; pero creo que hasta entonces sólo sirve para fastidiarle.

Si nada debe exigirse de los niños por obediencia, dedúcese que ninguna cosa agradable ni útil pueden aprender, como no conozcan palpablemente el provecho que les acarrea; si no ¿qué motivo les excitaría a aprenderlo? El arte de hablar y oír hablar a los ausentes; el de comunicarles desde lejos sin intermedio nuestros sentimientos, voluntades y deseos, es un arte cuya utilidad se puede hacer palpable a todas las edades. ¿Qué milagro ha convertido tan agradable y útil arte en tormento de la infancia? El haberla violentado a que se aplique a él contra su voluntad y el usarle para cosas que ella no entiende. No se cuida mucho un niño, de perfeccionar el instrumento con que le atormentan: pero haced de modo que éste mismo instrumento sirva para su diversión, y en breve se aplicará a él, aunque sea contra vuestra voluntad.

Tiénese por muy importante el averiguar los mejores métodos de enseñar a leer; se inventan muestras y mapas, y el cuarto de un niño se convierte en imprenta. Locke quiere que aprenda a leer con dados. ¿No es una invención exquisita? ¡Que lástima! Hay un medio más cierto que todos esos y que siempre echan en olvido; el deseo de aprender. Infundid al niño este deseo, dejad los cartones y los dados, que todo método será bueno para él.

El interés actual es el único móvil que conduce con certeza y va lejos. Algunas veces recibe Emilio de su padre su madre, sus parientes, sus amigos, esquelas de convite para una comida, un paseo, una partida de pesca, una feria; las esquelas son cortas, claras, y están muy bien escritas. Es preciso hallar uno que se las lea, y éste no siempre se encuentra a mano, o paga al niño en la misma moneda la falta de condescendencia que éste tuvo con él el

día antes; así se deja pasar la ocasión, la hora. Al fin le leen la esquila; pero ya no es tiempo. ¡Ah, si hubiera sabido leer! Otras se reciben igualmente cortas, ¡y el contenido es tan interesante! Quisiéramos probar a descifrarlas; unas veces hallamos quien nos ayuda; otras no quieren. Con grandes esfuerzos desciframos al fin la mitad de la esquila; se trata de ir mañana a comer requesones... pero no sabemos a dónde, ni con quién... ¡Cuántos esfuerzos hacemos por leer lo demás! No creo que Emilio necesite muestras. ¿Hablaré ahora del escribir? No; que me da vergüenza divertirme en estas pequeñeces en un tratado de educación.

Añadiré una sola palabra, que constituye una máxima importante, y es que, por lo común, alcanza uno con mucha facilidad y prontitud lo que no se da mucha prisa a alcanzar. Casi estoy cierto de que Emilio sabrá leer y escribir perfectamente antes que tenga diez años, precisamente porque me importa poquísimamente que sepa hacerlo antes de los quince; pero más quisiera que nunca supiese leer, que comprar esta ciencia a precio de todo cuanto puede hacerla útil. ¿Para qué le servirá la lectura, cuando le hayan aburrido para siempre de leer? *Id in primis cavere oportebit, ne studia, qui amare nondum potest, oderit, et amaritudinem semel perceptam etiam ultra rudes annos reformidet*^[50].

Cuanto más insisto acerca de mi método inactivo, más reconozco que se esfuerzan las objeciones. Si nada aprende de vos vuestro alumno, aprenderá de los demás. Si con la verdad no precavéis el error, aprenderá mentiras; las preocupaciones que teméis darle, las recibirá de todo cuanto a él se acerca; se introducirán por todos sus sentidos o estragarán su razón aun antes de que se forme; o bien, entorpecido su entendimiento por tan dilatada inacción, se absorberá en la materia. Desacostumbrándole a pensar en su infancia, se le privará de esta facultad para el resto de su vida.

Paréceme que con facilidad pudiera responder a estas objeciones: ¿pero a qué viene dar siempre respuestas? Si responde a las objeciones mi método, por sí mismo, es bueno; si no responde, nada vale. Sigo adelante.

Si conforme al plan que acabo de trazar, seguís reglas directamente opuestas a las establecidas; si en vez de lanzar a

remotas distancias el entendimiento de vuestro alumno; en vez de extraviarle sin cesar en apartados climas; en otros siglos, en los extremos de la tierra, y hasta en los cielos, os aplicáis a retenerle siempre dentro de sí mismo, y a que está atento a lo que inmediatamente le toca, le hallaréis capaz de percepción, de memoria, y hasta de raciocinio; este es el orden de la naturaleza. Al paso que se convierte en activo el ser sensitivo, granjea discernimiento con proporción a sus fuerzas, y sólo con la fuerza sobrante de la que para conservarse necesita, se devuelve en él la facultad especulativa idónea para emplear en todos usos este exceso de fuerza. ¿Queréis cultivar la inteligencia de vuestro alumno? Cultivad las fuerzas que ésta ha de gobernar. Ejercitad continuamente su cuerpo; hacedle robusto y sano, Para hacerle racional y cuerdo; trabaje, obre, corra, grite, esté en movimiento siempre, sea hombre por el vigor y en breve lo será por la razón.

Verdad es que le embruteceríais con este método si estuviéseis siempre dirigiéndole, siempre diciéndole: Vete, vente, quédate, haz esto, no hagas lo otro. Si son siempre conducidos sus brazos por vuestra cabeza, la suya viene a serle inútil. Acordaos de nuestras convenciones; si sois un pedante, inútil es que me leáis.

Error lastimoso es creer que perjudique el ejercicio corporal a las operaciones del ánimo, como si no hubiesen de andar acordes estas dos operaciones, y no debiese dirigir siempre una a otra.

Hay dos clases de hombres, cuyos cuerpos están en continuo ejercicio, y que tan poco unos como otros piensan en cultivar su razón, que son los aldeanos y los salvajes. Los primeros son rústicos, toscos, desmañados; los otros, célebres por su mucha cordura, lo son también por la sutileza de su inteligencia y de sus invenciones; en general no hay ente más torpe que un lugareño, ni más listo que un salvaje. ¿De dónde procede esta diferencia? De que como aquél hace siempre lo que le mandan, o lo que vio hacer a su padre, o lo que ha hecho él desde su niñez, siempre se gula por la práctica; y ocupado sin cesar durante una vida casi maquinal en las mismas faenas, el hábito y la obediencia sustituyen en él a la razón.

Otra cosa es en cuanto al salvaje; no estando apegado a sitio alguno, no teniendo otra ley que su voluntad, se ve precisado a

raciocinar para cada acción de su vida; y sin haber calculado de antemano las consecuencias, ni se mueve, ni da un paso. Así cuanto más se ejercita su cuerpo, más se ilustra su entendimiento; crecen en una su fuerza y su razón y se aumentan una por otra.

Sabio preceptor, veamos cuál de nuestros dos alumnos se parece al salvaje y cuál al campesino. Sujeto en todo el vuestro a una autoridad enseñante, nada hace como no sea por disposición ajena, no se atreve a comer cuando tiene hambre, ni a beber cuando tiene sed, ni a reírse cuando está alegre, ni a llorar cuando está triste, ni a presentar una mano por otra, ni a mover el pie si no se lo prescriben; en breve no se atreverá a respirar sin seguir vuestras reglas. ¿En que queréis que piense, si lo hacéis por él? seguro de vuestra precisión, ¿para que necesita él tenerla? Viendo que os encargáis de su conservación, de su bienestar, se siente desembarazado de este afán; descansa su juicio en el vuestro; todo cuanto no le prohibís, lo hace sin reflexión, sabiendo que en ello, no corre riesgo. ¿Qué necesidad tiene de aprender a prever la lluvia? Bien sabe que vosotros observaréis las nubes. ¿Para qué necesita calcular su paseo? No teme que dejéis pasar la hora de comer. Mientras no le prohibís que coma, come; cuando se lo prohibís, no come, y no escucha el dictamen de su estómago, sino el vuestro. En balde hacéis flexible su cuerpo en la inacción, no por eso haréis más claro su entendimiento; muy al contrario, desacreditáis enteramente la razón en su ánimo, haciéndole gastarla poca que tiene en las cosas que más inútiles le parecen. No viendo nunca para qué sirve, se figura que no es buena para nada. Lo peor que le puede suceder, cuando discurre mal, es que, le reprendan, y tantas veces le sucede esto que ya no hace caso; no le asusta un riesgo tan corriente.

No obstante, halláis en él despejo; lo tiene, en efecto, para charlar con las mujeres, por el estilo de lo que he hablado, ya; pero si llega la ocasión de arriesgar su persona, de resolver en un lance arduo, le veréis cien veces más tonto y más torpe que el hijo del más rústico labrador.

Pero mi alumno, o más bien el alumno de la naturaleza, ejercitado de muy temprano a bastarse a si propio en lo posible, no acostumbra a recurrir a los demás, y menos todavía a hacer alarde de su mucho, saber; en cambio juzga, prevé, raciocina en todo

cuanto tiene relación inmediata con él. No charla, que obra; no sabe una palabra de cuanto sucede en el mundo, pero sabe hacer muy bien cuanto le conviene. Como sin cesar está en movimiento, se ve precisado a observar muchas cosas, a conocer muchos efectos: muy presto adquiere experiencia: aprende las lecciones de la naturaleza, no las de los hombres; y eso, le instruye más, porque en ninguna parte va intención de instruirle. Así se ejercitan al mismo tiempo su espíritu y su cuerpo. Obrando siempre conforme a sus propias ideas y no a las ajenas, consigue dos ventajas: al paso que se hace fuerte y robusto, se hace también racional y, juicioso. Por este medio se alcanza un día lo que creen incompatible, y que han reunido casi todos los grandes hombres; la fuerza del cuerpo y del ánimo; el talento de un sabio y el vigor de un atleta.

Institutor joven, te predico un arte difícil, que es el de dirigir sin preceptos, y hacerlo todo sin hacer nada. Convengo en que este arte no es para tu edad; que no es a propósito para hacer que luzca tu talento ni el aprecio de los padres; pero es el único para conseguir el fin. Nunca lograrás formar sabios, si no formas primero tunantuelos; esta era la educación de los espartanos; en vez de pegar los niños a los libros, los enseñaban a robar lo que habían de comer. ¿Eran por eso toscos los espartanos, cuando mayores? ¿Quién no sabe la energía y el donaire de sus prontitudes? Destinados siempre a vencer a sus enemigos, en todo género de guerra los arrollaban, y los atenienses temían sus dichos tanto como sus golpes.

En las educaciones más esmeradas, manda el maestro y cree que dirige; y quien dirige, en efecto, es el niño, que se vale de lo que exigís de él para alcanzar de vosotros lo que se le antoja y haceros pagar con ocho días de condescendencia una hora de aplicación. a cada instante es necesario entrar en convenios con él. Estos tratados que proponéis a vuestra manera, y él ejecuta a la suya, siempre redundan en beneficio de sus voluntariedades, especialmente si se incurre en la torpeza de estipular, como una condición que ha de redundar en beneficio suyo, lo que está cierto que ha de alcanzar, ora cumpla con la condición que le imponen, ora falte a ella. Por lo común, mucho mejor lee el niño en el alma del maestro, que éste en la del niño; y debe ser así, porque toda cuanta

sagacidad el niño entregado a sí propio hubiera puesto en cuidar de su conservación, la pone ahora en sacar su libertad natural de las cadenas de su tirano, mientras éste, que no tiene tan urgente interés en adivinar lo que el otro piensa, halla algunas veces que le conviene más dejarle con su pereza o su vanidad.

Seguís un camino opuesto al de vuestro alumno; crea él que siempre es el amo, sedlo vosotros de verdad. No hay sujeción tan completa como la que presenta las apariencias de la libertad, porque así está cautiva la voluntad misma. ¿No se halla a merced vuestra un pobre niño que nada sabe, nada conoce? ¿No disponéis, con relación a él, de todo cuanto a él se acerca? ¿No están en vuestra mano, sin que él lo sepa, sus tareas, sus juegos, sus deleites, sus penas, todo? Sin duda no debe hacer más de lo que él quiera; pero sólo lo que quisiereis que haga, debe él querer, no debe dar un paso sin que le hayáis previsto, ni desplegar los labios sin que sepáis lo que va a decir.

Entonces podrá entregarse a los ejercicios corporales que pide su edad, sin embrutecer su entendimiento; entonces, en vez de imaginar tretas para eludir un imperio incómodo, le veréis que únicamente se ocupa en sacar de todo cuanto halle a mano el fruto más provechoso para su bienestar presente; entonces os admirará la sutileza de sus invenciones para apropiarse todos los objetos que puede alcanzar, y disfrutar verdaderamente de las cosas sin el auxilio de la opinión.

Dejándole así dueño de sus voluntades, no fomentaréis sus caprichos. En no haciendo más de lo que quiera, presto, hará sólo aquello que deba hacer; y aunque esté su cuerpo en continuo movimiento, cuando se trate de su interés actual y sensible, veréis desenvolverse toda la razón de que es capaz mucho mejor y de modo más adecuado para él, que en estudios de mera especulación.

De este modo, viendo que no pensáis quitarle su gusto, sin desconfiar de vos, y no teniendo por qué ocultaros nada, ni os engañará ni os mentirá; se manifestará sin rebozo como él es; le podréis estudiar a vuestro gusto y preparar en torno suyo las lecciones que queráis darle, sin que nunca se figure él que las recibe.

Tampoco espiaré vuestras costumbres con celosa curiosidad, ni se complacerá secretamente en cogeros en falta. Gravísimo es este inconveniente que precavemos. Ya he dicho que uno de los primeros afanes de los niños, es descubrir el flaco de los que los dirigen. Esta inclinación conduce a la malicia, pero no proviene de ella; nace de la necesidad de eludir una autoridad que les es enojosa. Procuran sacudir el yugo que les imponen y que los abruma; y los defectos que hallan a sus maestros, les ofrecen para esto medios adecuados. Entre tanto adquieren el hábito de observar los defectos de las personas, y complacerse en encontrarlos. Claro es que hemos cegado un manantial de vicios en el corazón de Emilio, pues como no tiene interés ninguno en encontrar mis defectos, no los buscará, ni le vendrá la idea de indagar los de otros.

Todas estas prácticas parecen difíciles porque no se piensa en ellas pero, en realidad, no lo son. Motivos hay para suponerlos con las luces necesarias para ejercer la profesión que habéis escogido; es de presumir que conocéis el natural progreso del corazón humano, que sabéis estudiar a qué se inclinará la voluntad de vuestro alumno por razón de los objetos que interesen a su edad y cuya revista haréis pasar. Ahora bien; ¿poseer los instrumentos y saber usarlos bien, no es ser dueño de la operación?

Me objetáis los caprichos del niño, y no tenéis razón. Jamás fue el capricho de los niños obra de la naturaleza, si no de una mala disciplina; consiste en que han obedecido o mandado, y ya he repetido que no debía ser ni uno ni otro vuestro alumno. No tendrá más caprichos que los que le hayáis dado; justo es que paguéis la pena de vuestras culpas. Pero, me diréis, ¿cómo se han de remediar éstos? Aun eso es posible con otra conducta y mucha paciencia.

Me encargué durante algún tiempo de un niño acostumbrado no sólo a hacer su voluntad, sino a que la hiciera todo el mundo, por consiguiente voluntarioso en demasía. Desde un principio, para poner a prueba mi condescendencia, se quiso levantar a media noche. Cuando mejor dormía yo, se tira de la cama, coge su ropa y me llama. Me levanto y enciendo luz; él no quería otra cosa; al cabo de un cuarto de hora le da sueño, y vuelve a acostarse muy satisfecho con su prueba. Dos días después la reitera con igual

fruto, y sin la más leve señal de impaciencia por mi parte. Al volverse a acostar me dio un abrazo, y yo le dije con mucho sosiego: «Amiguito, bueno está, pero no vuelvas a hacerlo.» Estas palabras excitaron su curiosidad, y la noche siguiente, deseoso de saber sí me atrevería a desobedecerle, no dejó de levantarse a la hora y llamarme. Preguntéle qué quería. Me dijo que no podía dormir. *Malo es eso*, le repliqué, y me estuve quieto. Rogóme que encendiese luz. ¿Para qué? y seguí quieto. Empezaba a causarle confusión mi estilo lacónico. Fue a tientas a buscar el eslabón y fingió que encendía yesca; yo no podía menos de reírme oyendo los golpes que se daba en los dedos. Convencido al fin de que no podría salirse con la suya, me trajo el pedernal a la cama; yo le dije que para nada le necesitaba y me volví del otro lado. Entonces empezó a correr por el cuarto, gritando, cantando, metiendo mucha bulla, dándose contra los muebles unos golpes que tenía buen cuidado de que no fueran muy fuertes, sin dejar por eso de chillar mucho, esperando asustarme...Nada de esto le aprovechó; pero noté que contando con una fuerte reprimenda o con mi enfado, no sabía qué hacerse al ver mi tranquilidad.

Sin embargo, resuelto a vencer mi paciencia a fuerza de terquedad, siguió en su gresca con tanto fruto, que al fin monté en cólera; y previendo que lo iba a echar a perder todo con mi impertinente arrebató, tomé la determinación siguiente. Levantéme sin decir nada, busqué el eslabón, que no hallé, se lo pido, y me le da, no cabiendo en sí de gozo por haber triunfado de mi. Echo yesca, enciendo luz, agarra de la mano a mi hombrecillo, le llevo con mucho, sosiego a un gabinete, inmediato, cuyas ventanas estaban bien cerradas, y donde no había nada que romper; le dejo en él a oscuras, y cerrando la llave, me vuelvo a acostar sin hablarle palabra. Excuso, decir cuál sería la bulla; contaba con ella, y no hice caso. Al fin cesa; aplico el oído, oigo que se está más quieto y me tranquilizo. Al otro día de mañana entro en el gabinete y encuentro a mi alborotadorcillo tendido en una camilla y durmiendo a pierna suelta, que bien lo debía necesitar después de tanta faena.

No paró en esto el negocio. Supo la madre que había pasado el niño gran parte de la noche fuera de la cama. ¡Jesús, qué desgracia! Todo se perdió en un instante; ya estaba el chico poco menos que

muerto. Viendo éste que era buena ocasión para vengarse, se hizo el enfermo, sin prever que nada iba a sacar. Llamaron al médico. Era éste, por desgracia para la madre, un chusco que procuraba aumentar sus temores para reírse de ellos. Dícame al oído: Déjelo usted por mi cuenta; yo le prometo que por algún tiempo quedará curado el muchacho del antojo de estar malo. Efectivamente, le recetó dieta y no salir del cuarto, y fue encomendado al boticario. Yo sentía ver a esta pobre madre de quien se burlaban todos los de la casa, excepto yo solo, a quien tomó horror, precisamente porque no la engañaba.

Después de muy agrias censuras, me dijo que su hijo era delicado, que era el único heredero de la familia, que era necesario conservarle a cualquier precio, y que no quería que le quitaran su gusto. En esto me hallaba yo de acuerdo con ella; pero la madre llamaba quitar el gusto al chico el no obedecerle en todo. Vi entonces que era necesario tomar la misma marcha con la madre que con el hijo, y le dije con mucha serenidad : «Señora, no sé cómo se educan los herederos, y es más, que tampoco quiero aprenderlo; con que arréglese usted como lo parezca ». Necesitaban de mí algún tiempo más; el padre hizo las paces; escribió la madre al preceptor que se diese prisa a volver; y viendo el niño que no sacaba provecho con interrumpirme el sueño ni con estar malo, se resolvió a dormir y ponerse bueno.

No es posible imaginarse a cuántas manías semejantes había sujetado el tiranuelo a su desgraciado ayo porque se hacía la educación a vista de la madre, la cual no consentía que desobedecieran en nada al heredero. Fuese la hora que fuera, cuando quería salir de casa era necesario estar dispuesto a conducirlo o, más bien, a seguirle, y se esmeraba siempre en escoger la ocasión en que veía más ocupado a un ayo. Quiso usar del mismo imperio conmigo, y vengarse por el día del sosiego en que por fuerza tuvo que dejarme de noche. Me allané a todo sin repugnancia; empecé por poner en claro a sus propios ojos el gusto que tenía en contentarle; después, cuando se trató de sanarle de su manía, tomé otro giro.

Fue preciso, lo primero, que él viera que la culpa era suya, y no hubo dificultad. Sabiendo que los niños sólo piensan en lo presente,

me tomé la fácil ventaja de la previsión : hice que hallara en casa una diversión a que sabía era muy aficionado; y cuando más embebido en ella estaba, le fui a proponer que diéramos un paseo; se negó a ello; insistí, no hizo caso; fue preciso que yo cediese, y notó preciosamente en sí esta señal de sujeción.

Al da siguiente me tocó la vez. Se aburrió, y yo lo había preparado todo para que así sucediese; por el contrario, fingí que estaba muy ocupado. Esto era lo bastante para determinarle. No tardó en venir a quitarme de mi trabajo para que le llevara al instante a paseo; neguéme, y él se empeñó. «No, le dije; pues que tú haces tu voluntad, yo haré la mía; no quiero salir.» «Bien está», replicó con viveza, yo saldré solo. «Como quieras», y me vuelvo a mí faena.

Se viste algo inquieto al ver que le dejo y no le imito. Ya para salir, viene a despedirse; yo me despido de él; procura asustarme, contándome las caminatas que va a hacer; al oírle, hubieran pensado que iba al fin del mundo. Sin alterarme, le deseo buen viaje y crece su desasosiego; afecta, sin embargo, serenidad en el semblante, y al salir dice al lacayo que le siga. Advertido éste, responde que no tiene lugar, y que ocupado por orden mía, primero debe obedecer a mi que a él. De esta vez no sabe el niño dónde está. ¿Cómo ha de concebir que le dejen salir sólo, cuando se cree el ser que importa a todos los demás y piensa que cielo y tierra se interesan en su conservación? No obstante, empieza a reconocer su flaqueza; comprende que se va a encontrar solo, entre gentes que no le conocen; ve de antemano los riesgos que puede correr; sólo su obstinación le sostiene; baja a pasos lentos y muy confuso la escalera. Por fin asoma a la calle, algo consolado del mal que pueda sucederle, con la esperanza de que me lo achaquen a mí.

Aquí le esperaba yo. Estaba todo dispuesto de antemano; y como se trataba de una especie de escena pública, había alcanzado el consentimiento de su padre. Apenas llevaba andados algunos pasos, oye que habla la gente de él. «Vecino, ¡qué bonito niño! ¿a dónde va solo? Se va a perder; voy a decirle que entre en casa. Vecino, no hagáis tal. ¿No veis que es un picarillo que le han echado de casa de sus padres porque no podían hacer carrera de él? No le metamos en casa; dejadle que vaya a donde quiera. Pues con bien vaya y Dios le guíe; pero sentiría que le sucediera alguna

desgracia.» Algo más lejos encuentra unos pilletes casi de su misma edad, que le insultan y hacen burla de él. Cuanto más adelanta, con más estorbos tropieza. Solo y sin amparo, se mira hecho la irrisión de todo el mundo, y no sin extrañarlo ve que sus medias de seda y sus hebillas doradas no hacen que se le respete.

No obstante, uno de mis amigos, a quien él no conocía, y a quien yo había dado el encargo de que no le perdiera de vista, le seguía paso a paso sin que él lo comprendiese, y se llegó a él cuando fue tiempo. Este papel, parecido al del mayordomo del Duque en la ínsula de Sancho, requería un hombre de talento, y mi amigo lo desempeñó a toda mi satisfacción. Sin asustarle mucho ni desalentarle en demasía, tan bien le dio a entender la imprudencia de su conducta, que me le trajo al cabo de media hora blando, confuso, y sin atreverse a alzar la vista.

Para término de su desastrada expedición, precisamente al tiempo que entraba él, salía su padre y le encontró en la escalera. Tuvo que decir de dónde venía y por qué no iba yo con él[51]. Hubiera querido el pobre chico estar siete estados debajo de tierra. Sin pararse en darle una larga reprensión, le dijo su padre con más sequedad de lo que yo esperaba : «Cuando quiera usted salir solo, puede hacerlo; pero como no me conviene tener un tunante en mi casa, si sucede otra vez haga usted cuenta de no volver más.» Yo le recibí sin burlarme de él, sin echarle nada en cara, pero con alguna gravedad; y temiendo sospechase que era juguete cuanto había sucedido, no le quise sacar a paseo aquel día. Al otro, vi con suma satisfacción que pasaba conmigo en ademán de un vencedor por delante de las mismas personas que el día antes se habían burlado de él porque le habían hallado solo. Bien se colige que no me volvería a amenazar con que saldría sin mí.

Por estos y otros medios semejantes conseguí en el poco tiempo que con él estuve, que hiciera todo cuanto yo quería sin mandarle, sin prohibirle nada, sin sermones ni exhortaciones y sin fastidiarlo con lecciones inútiles. Cuando yo hablaba, estaba él satisfecho; pero mi silencio le infundía temor : conocía que algo había hecho mal, ¡siempre sacaba la lección de la misma cosa. Pero volvamos a nuestro asunto.

Estos ejercicios continuos, abandonados de este modo a la sola dirección de la naturaleza, no sólo fortalecen el cuerpo sin embrutecer el alma, sino que, por el contrario, constituyen en nosotros la única especie de razón de que sea capaz la primera edad y que es más necesaria en todas. Nos enseñan a conocer bien el uso de nuestras fuerzas, las relaciones de nuestros cuerpos con los cuerpos que nos rodean, y el uso de los instrumentos naturales que están a nuestra disposición, y convienen a nuestros órganos. ¿Hay necedad semejante a la de un niño educado siempre en casa y sin salir de las faldas de su madre? No sabe qué cosa es peso y resistencia y quiere arrancar un árbol o levantar una roca. La primera vez que salí yo de Ginebra, quería alcanzar a un caballo a galope; tiraba piedras al monte de Saleve, que dista dos leguas : era la burla de todos los niños del lugar, que me miraban como un idiota. A los diez y ocho años se aprende en física qué es palanca y no hay campesino de doce que no sepa servirse de ella mejor que el primer mecánico de la Academia. Aprovechan cien veces más a los estudiantes las lecciones que toman unos con otros en los patios del colegio, que cuanto les enseñan en la clase.

Observad a un gato que por primera vez entra en una habitación : visita, mira, husmea, no está parado un momento, de nada se fía hasta que todo lo ha examinado y reconocido. Lo mismo hace un niño que empieza a andar, y que entra, por decirlo así, en el vasto espacio del mundo. Toda la diferencia consiste en que con la vista común del niño y del gato juntan para observar, el primero las manos que le dio naturaleza, y el segundo el sutil olfato con que le dotó. Bien o mal cultivada esta disposición hace a los niños mañosos o torpes, pesados o listos, atolondrados o prudentes.

Siendo, pues, los primeros movimientos naturales, del hombre los de medirse con todo cuanto le rodea y experimentar en cada objeto que ve todas las cualidades sensibles que pueden tener relación con él, su primer estudio es una especie de física experimental relativa a su propia conservación, y de que le apartan los estudios especulativos, antes de que haya reconocido su sitio en la tierra. Mientras que sus órganos delicados y flexibles se pueden ajustar a los cuerpos en que deben obrar, y puros aún, sus sentidos están exentos e ilusiones, es la ocasión de ejercitar unos y otros en

las funciones que les son peculiares; es tiempo de aprender a conocer las relaciones sensibles que las cosas tienen con nosotros; y como todo cuanto se introduce en el entendimiento humano es una razón sensitiva, que sirve de base a la razón intelectual, así, nuestros primeros maestros de filosofía son nuestros pies, nuestras manos y nuestros ojos. Sustituir con libros a todo esto, no es enseñarnos a raciocinar, sino a valernos de la razón ajena, a creer mucho y no saber nunca nada.

Para ejercitar un arte hay que comenzar por la adquisición de los instrumentos de él; y para poder emplear con utilidad estos instrumentos, es preciso hacerlos tan sólidos que resistan el uso. Así para aprender a pensar es necesario ejercitar nuestros miembros, nuestros sentidos y nuestros órganos, que son los instrumentos de nuestra inteligencia; y para sacar toda la utilidad posible de estos instrumentos, forzoso es que nuestro cuerpo, que nos los suministra, se halle robusto y sano. De suerte que lejos de que se forme sin dependencia del cuerpo la verdadera razón del hombre, la buena constitución corporal es la que hace fáciles y seguras las operaciones del entendimiento.

Al demostrar cómo se ha de emplear la dilatada ociosidad de la infancia, especifico circunstancias que parecerán ridículas. ¡Donosas lecciones, me dirán, que, según vuestra propia crítica, se limitan a enseñar lo que nadie necesita aprender! ¿Para qué es pasar el tiempo en instrucciones que por sí mismas se toman siempre, y que no cuestan afanes ni desvelos? ¿Qué niño de doce años hay que no sepa cuanto queréis enseñar al vuestro, y, además, lo que le han enseñado sus maestros?

Os engañáis, señores; yo enseño a mi alumno un arte muy largo, muy penoso, y que de seguro no saben los vuestros: el arte de ser ignorante; porque la ciencia del que no cree que sabe más de lo que sabe, se ciñe a poquísima cosa. Vosotros dais ciencia: sea en hora buena; yo me ocupo del instrumento que sirve para adquirirla. Dícese que habiendo enseñado un día con mucha pompa los venecianos el tesoro de San Marcos a un embajador de España, la enhorabuena que éste les dio fue decirles, después de haber mirado debajo de la mesa: *Qui non c' è la radice, Aquí no esta la raíz.*

Nunca oigo a un preceptor hacer alarde de lo que sabe su discípulo; sin que me den tentaciones de decirle otro tanto.

Todos cuantos han reflexionado acerca de la manera cómo vivían los antiguos, atribuyen a sus ejercicios gimnásticos aquel vigor de cuerpo y alma que más especialmente los distingue de los modernos. El modo con que Montaigne apoya este dictamen, hace ver cuán penetrado de él estaba; sin cesar le inculca de mil modos. Hablando de la educación de un niño, dice : « Para fortalecerle el alma, es necesario endurecerle los músculos; acostumbándole al trabajo, se acostumbra al dolor; avezándole a la aspereza de los ejercicios, se acostumbra a la dislocación, al dolor y a todos los males. Sólo en punto a ejercitar mucho el cuerpo de los niños están acordes todos: el sabio Locke, el buen Rollin, el erudito Fleuri, el pedante de Crouzas; en todo lo demás disienten mucho. Este es el más cuerdo de sus preceptos, y el que siempre es y será desatendido. Ya he dicho lo suficiente acerca de su importancia; y como no es posible dar en esta materia mejores razones ni reglas más sensatas que las que se encuentran en el libro de Locke, me remitiré a él, tomándome la libertad de añadir a sus observaciones algunas mías.

Todos los miembros de un cuerpo que crece deben estar a su anchura dentro del traje: nada debe apresurar su crecimiento ni su movimiento; nada ha de estar demasiado justo, ni pegado al cuerpo; ninguna ligadura. El traje francés, incómodo e insano para los hombres, es particularmente perjudicial para los niños. Parados en su circulación los humores, y estancados con el sosiego aumentado por la vida inactiva y sedentaria, se corrompen y ocasionan el escorbuto: enfermedad que cada día se propaga más entre nosotros y que apenas conocían los antiguos, porque su modo de vestir y vivir los preservaba de ella. Lejos de remediar este inconveniente, el traje usual le aumenta, y por quitar a los niños algunas ligaduras, les aprieta todo el cuerpo. Lo mejor es que gasten blusa el más tiempo posible, darles luego vestidos muy anchos, y no empeñarse en que lleven el talle ajustado, lo cual sólo sirve para desfigurársele. Sus defectos de cuerpo y alma provienen casi todos de una misma causa : de querer que sean hombres antes de tiempo.

Hay colores alegres y colores tristes : los primeros gustan más a los niños, y también les caen mejor, de suerte que no veo motivo que impida seguir en esto lo que naturalmente les conviene; más tan pronto prefieren un tejido porque es rico, ya está entregado su corazón al lujo, a las veleidades de la opinión; y de seguro no proviene este gusto de ellos mismos. No es posible ponderar cuánto influye en la educación la elección de los vestidos y los motivos para escogerlos. No sólo hay madres ciegas que prometen a sus hijos galas en recompensa, sino que también vemos ayos tan insensatos que amenazan a sus alumnos con ponerles en castigo un traje más tosco y más sencillo. Si no estudias mejor, si no cuidáis más la ropa, os vestirán como a un chico de lugar, que es lo mismo que si les dijese : «Sabed que no es más el hombre que lo que le hace su traje, y que todo vuestro mérito se cifra en el que lleváis.» ¿Qué nos choca que se aproveche la juventud de lecciones tan cuerdas, que sólo estime el adorno, que sólo por el exterior valúe el mérito?

Si tuviera que sanar la cabeza de un niño imbuido de estas ideas, cuidaría de que fuesen sus más ricos vestidos los más incómodos; que estuviese siempre oprimido, siempre violento, siempre sujeto de mil maneras: haría que la alegría y la libertad huyesen de su magnificencia; si quisiera ponerse a jugar con otros niños vestidos con más sencillez, al instante se lo prohibiría. Finalmente, de tal modo le fastidiaría y le hartaría de su boato, de tal manera le haría esclavo de su vestido dorado, que sería el torcedor de su vida y vería con menos susto el calabozo más negro que los preparativos de su engalanamiento. Mientras el niño no se haya hecho esclavo de nuestras preocupaciones, siempre es su primer deseo el estar a su gusto y libre; el traje más cómodo y que menos le sujeta es siempre para él el más precioso. Hay trajes que convienen más para la inacción. Dejando esta a los humores un curso igual y uniforme, debe resguardar el cuerpo de las alteraciones del aire; y haciéndole la otra que pase sin cesar de la agitación al sosiego, y del calor al frío, le debe acostumar a las mismas alteraciones. De aquí se sigue que las personas caseras y sedentarias, se deben arropar bien en todo tiempo, para conservar su cuerpo en un temple uniforme, casi el mismo en toda estación y a todas las horas del día. Por el contrario, siempre deben llevar

vestidos ligeros los que están expuestos al viento, al sol y a la lluvia, los que se mueven mucho y andan la mayor parte del día, para habituarse a todas las alteraciones del aire y grados de temperatura, sin hallarse incómodos. A unos y a otros aconsejaría que no mudasen de traje al cambiar las estaciones, y esta será la práctica constante de mi Emilio, con lo cual no quiero decir que lleve en verano vestido de invierno, como las personas sedentarias, sino que en invierno lleve vestido de verano como las laboriosas.. Este fue el que usó toda su vida Isaac Newton, y vivió ochenta años.

Poco o ningún tocado, en todo tiempo. Los antiguos egipcios llevaban siempre la cabeza descubierta; los persas se la cubrían con abultadas tiaras y hoy todavía se la cubren con espesos turbantes, cuyo uso, según Chardin, es necesario por el aire del país. En otro lugar he anotado[52] la distinción que hizo Herodoto en un campo de batalla entre los cráneos de los egipcios. Y como importa que los huesos de la cabeza se hagan más compactos, menos el cerebro, no sólo contra las heridas, sino contra los resfriados, las fluxiones y todas las impresiones del aire, debéis acostumar a vuestros hijos a que lleven siempre la cabeza descubierta en invierno y verano, de noche y de día. Y si por limpieza, y porque no se les enreden los cabellos, les queréis dar un gorro de noche, que sea un gorro claro y semejante a una redecilla. Bien sé que la mayoría de las madres, más movidas de la observación de Chardin que de mis razones, creerán que en todas partes encuentran el aire de Persia; pero yo no he escogido a mi alumno europeo para hacerle asiático.

En general, se abriga demasiado a los niños, y especialmente durante la primera edad. Más convendría endurecerlos para el frío que para el calor; el mucho frío no los incomoda nunca cuando los dejan expuestos a él desde muy temprano; pero el mucho calor les produce una extenuación inevitable porque el tejido de su cutis, todavía muy tierno, no deja sobrado paso a la transpiración. Por eso se nota que mueren más niños en el mes de agosto que en ningún otro. Además, la comparación de los pueblos del Norte con los del Mediodía prueba que se hace más robusto el que aguanta el exceso del calor. Por tanto, al paso que crezca el niño y se fortalezcan sus fibras, acostumbradle poco a poco a sufrir los rayos del sol y yendo

por grados, le endureceréis sin riesgo para los ardores de la zona tórrida.

En medio de los varoniles y cuerdos preceptos que nos da Locke, incurre en contradicciones que no se debían esperar de pensador tan exacto. Este mismo, que quiere se bañen los niños en verano en agua helada, prohíbe que cuando estén sudando beban agua fría y que se acuesten en el suelo en sitios húmedos[53]. Pero ¿supuesto que quiere que los zapatos de los niños cojan agua en todo tiempo, habrán de cogerla menos cuando tengan calor? ¿Y no se le pueden hacer del cuerpo con relación a los pies, las mismas inducciones que hace él de los pies con relación a las manos, y del cuerpo con relación al rostro? Sí queréis, le diría, que todo el hombre sea rostro, ¿por qué lleváis a mal que yo quiera que sea todo pies?

Para impedir que beban los niños cuando tienen calor, prescribe que los acostumbren a comer un pedazo de pan antes de beber. Muy extraño es que cuando el niño tenga sed, sea menester darle de comer; igual sería darle de beber cuando tenga hambre. Nunca se me persuadirá de que sean tan desarreglados nuestros primeros apetitos, que no los podamos satisfacer sin exponernos a la muerte. Si así fuese, se habría destruido cien veces el linaje humano antes de saber lo que había de hacerse para conservarlo.

Siempre que Emilio tenga sed, quiero que se le dé de beber; pero agua pura, y sin preparación alguna, ni aún la de templarla, aunque esté bañado en sudor, y aunque sea en el rigor de invierno. La única precaución que recomiendo, es distinguir la calidad de las aguas. Si el agua es de río, dádsela al instante como de él sale : si es de fuente, es menester dejarla algún tiempo al aire antes de beberla. En la estación del calor están calientes los ríos; no así las fuentes, que no reciben el contacto del aire; es preciso aguardar a que el agua se ponga a la temperatura de la atmósfera. Pero no es cosa natural ni frecuente el sudar en invierno, sobre todo en campo raso; porque como el aire frío pega sin cesar en el cutis, rechaza dentro el sudor, y estorba que se abran los poros lo suficiente para dejarle paso. Pero no pretendo yo que Emilio haga ejercicio en invierno junto a buen fuego, sino fuera, a la intemperie, en mitad de los hielos. Mientras que se calienta haciendo y tirando pelotas de

nieve, dejémosle que beba cuando tenga sed; siga haciendo ejercicio después de beber y no temamos mal ninguno. Y si por otra causa entra en sudor y tiene sed, beba frío, aun en este tiempo; haced, si por llevarle algo lejos y poco a poco a que busque agua; y con el frío que se supone, se habrá refrescado, cuando llegue, lo suficiente para beber sin riesgo alguno. Sobre todo, tomad estas precauciones, sin que él las eche de ver. Más querría que estuviera algunas veces malo que mirando sin cesar por su salud.

Los niños necesitan dormir mucho, porque hacen un ejercicio violento; uno sirve de correctivo a otro; por eso vemos que necesitan de ambos. La noche se ha hecho para descansar : así lo ha determinado la naturaleza. Es observación constante que, mientras está el sol bajo el horizonte, y el aire caldeado con sus rayos no mantiene en tanta calma nuestros sentidos, es más sosegado y sereno el sueño. Así, ciertamente, el más saludable hábito es el de levantarse y acostarse con el sol. De donde se deduce, que en nuestros climas el hombre y los animales tienen generalmente necesidad. Pero no es tan sencilla, tan natural, tan exenta de azares y revoluciones, la vida social, que debemos acostumar al hombre a esta uniformidad hasta el punto de hacérsela necesaria. Sin duda es preciso sujetarse a reglas; pero poder violarlas sin peligro, cuando lo requiere la necesidad, es la primera de todas las reglas. No afeminéis imprudentemente a vuestro alumno con la continuidad de un apacible sueño nunca interrumpido. Abandonadle primero sin trabas a la ley de la naturaleza: pero no os olvidéis de que en nuestros países debe ser superior a esta ley; que debe poder acostarse a deshora y pasar las noches en pie sin incomodarse, Empezando desde muy niño, yendo siempre poco a poco y por grados, se acostumbra el temperamento a las mismas cosas que le destruyen cuando le sujetan a ellas después de formado.

Importa acostumbrarse cuanto antes a malas camas; es el modo de no encontrar ninguna que lo parezca. En general, la vida dura, luego de acostumbrados a ella, multiplica nuestras sensaciones gratas; la vida muelle prepara una infinidad de sensaciones desagradables. Las personas educadas con sobrada delicadeza no pueden dormir como no sea en lechos de pluma; las que están acostumbradas a acostarse sobre tablas, duermen en cualquier

parte, pues no hay lecho duro para quien se duerme así que se acuesta.

Un mullido lecho donde se entierra uno en pluma, derrite y disuelve, por decirlo así, el cuerpo. Los riñones envueltos con sobrado calor se caldean, de lo que resultan con frecuencia la piedra a otros achaques e infaliblemente una complexión delicada que es causa de todos.

La mejor cama es la que produce mejor sueño, y esa nos la mullimos Emilio y yo todo el día. No necesitamos que vengan esclavos de Persia para hacerla, que cavando la tierra movemos nuestros colchones.

Sé por experiencia que cuando un niño está bueno puede hacérsele dormir o velar, casi según se quiera. Cuando se ha acostado el niño, y fastidia con su charla a la criada, le dice esta : *duérmete*, que es como si le dijera, *ten salud*, cuando está malo. El verdadero modo de hacerle dormir es fastidiarle a él. Hablad tanto que le preciséis a que calle, y presto se dormirá; de algo sirven los sermones; lo mismo es predicarle que mecerle; pero si os servís por la noche de este narcótico, tened cuenta con no serviros de él por el día.

Alguna vez despertaré a Emilio, no tanto por temor de que le haga daño el dormir demasiado, como por acostumbrarle a todo, hasta a que le despierten y que le despierten súbitamente. Por lo demás, muy corto sería mi talento para mi empleo si no supiera enseñarle a que se despertara él solo, y a que se levantara, por decirlo así, a voluntad mía, sin que yo le dijese una palabra.

Si no duerme lo suficiente, le hago entrever para el día siguiente una mañana fastidiosa, y tendrá por ganancia todo cuanto pueda gastar en dormir; si duerme mucho, le anuncio, para cuando se levante, una diversión de su agrado. Si quiero que se despierte a una hora fija, le digo: mañana a las seis vamos a pescar o a pasearnos por tal parte; ¿quieres venir? Dice que si, me ruega que le llame, se lo prometo o no se lo prometo, según conviene; si tarda en levantarse, ya no me halla. Muy raro sería que así no aprendiera a despertarse muy pronto por sí solo.

En cuanto a lo demás, si sucediese por acaso que un niño indolente, tuviera inclinación a encenagarse en la pereza, no

deberíamos dejarle entregado a este vicio, que totalmente le entorpecería, sino administrarle un estimulante que le despertara. Entendamos que no se trata de hacerle obrar por fuerza, sino de moverle por algún apetito que le excite; escogido con discernimiento este apetito en el orden de la naturaleza a un mismo tiempo nos conduce a dos fines.

No hay cosa alguna que con un poco de habilidad no se pueda hacer que guste de ella, y aun con pasión, los niños, sin excitar ni su vanidad, ni su emulación, ni sus celos. Bástanos su viveza y su espíritu de imitación, especialmente su alegría natural, instrumento que sólida asa tiene, y que ningún preceptor ha sabido manejar. En todos los juegos sufren sin quejarse, y riéndose, lo que en un caso formal no sufrirían sin verter raudales de lágrimas. Diversiones son de los salvajes jóvenes las abstinencias prolongadas, los golpes, las quemaduras, toda especie de tormentos; prueba de que hasta el dolor tiene condimento que le quita su amargura; pero no todos los maestros saben preparar este manjar, ni acaso todos los discípulos pueden paladearle sin hacer gestos. Heme aquí otra vez, si no tengo cuidado, extraviado en excepciones.

Sin embargo, lo que ninguna excepción admite es la sujeción del hombre al dolor, a los males de su especie a los desmanes y peligros de la vida, a la muerte, en fin. Cuanto más le familiaricemos con estas ideas, más le sanaremos de la importuna sensibilidad que junta con el mal la impaciencia de aguantarle; más le domesticaremos con las angustias que aún pueden alcanzarle; más le quitaremos como hubiera dicho Montaigne, el aguijón de la extrañeza, y será más invulnerable y dura su alma, siendo su cuerpo la cota de malla que despunte todos los dardos que pudieran herirle en lo vivo. Un solo azar habrá, verdaderamente sensible para él, que es morir; y también, como las inmediaciones de la muerte no son la muerte misma, apenas la sentirá en calidad de tal; no morirá, por decirlo así, estar muerto o vivo, y nada más. De él sí que hubiera podido decir el mismo Montaigne lo que dijo de un rey de Marruecos^[54]: que nadie había vivido tan dentro de la muerte. La constancia y la entereza son, como las demás virtudes, aprendizajes de la infancia; pero no se enseñan a los niños diciéndoles su nombre, sino haciéndosela saborear antes que sepan lo que son.

Mas, a propósito de morir, ¿cómo nos conduciremos con nuestro alumno tocante al riesgo de las viruelas? ¿Se las inocularemos en su primera infancia, o aguardaremos a que se contagie naturalmente? La primera determinación, más conforme con nuestra práctica, exime de peligro la edad en que es más preciosa la vida, a riesgo de la que menos lo es, si puede calificarse de riesgo una inoculación bien administrada.

La segunda es, sin embargo, más conforme a mis principios generales, de dejar obrar en todo a la naturaleza en los cuidados que se complace en tomar sola y que abandona así! que quiere el hombre ayudarla. Siempre está dispuesto el hombre de la naturaleza : dejemos que ella le inocule, que escogerá mejor que nosotros el instante oportuno.

No se infiera de aquí que desapruedo la inoculación, porque el raciocinio en virtud del cual eximo de ella a mi alumno no es aplicable a los vuestros. Si son acometidos de las viruelas, vuestra educación los prepara a que no sanen de ellas; si los dejáis contagiar a la ventura, probable es que perezcan. Veo que cuanto más necesaria es la inoculación en ciertos países, tanto más se resisten a ella; y con facilidad se echa de ver la razón. Apenas me ocuparé de resolver esta cuestión tocante a mí Emilio. Será inoculado o no lo será, según los tiempos, los lugares y las circunstancias, que esto es casi indiferente para él. Si le inoculamos las viruelas, sacaremos la utilidad de prever y conocer de antemano su dolencia, que algo es; pero si naturalmente se contagia, le habremos preservado, del médico, que es más todavía.

Una educación exclusiva que se encamina únicamente a establecer distinción entre los educados y la gente del pueblo, prefiere siempre las instrucciones más costosas a las más comunes, y por eso mismo más útiles. Así todos los jóvenes educados con esmero aprenden a montar a caballo, porque cuesta caro; pero ninguno aprende a nadar, que nada cuesta, porque puede un artesano nadar tan bien como el primero. No obstante, sin haber entrado en un picadero, cualquiera monta a caballo, se tiene firme, y se sirve de él para cuanto necesita; pero dentro del agua el que no nada se ahoga, y ninguno nada sin haber aprendido. Por último, nadie está obligado a montar a caballo so pena de la vida; pero

ninguno está cierto de evitar el peligro de ahogarse, a que tantas veces nos vemos expuestos. Emilio se hallará en el agua como en la tierra. ¡Así pudiera vivir en todos los elementos! Si fuera posible enseñarle a volar haría de él un águila, y una salamandra, si fuera dable endurecerle al fuego.

Témese que un niño se ahogue cuando aprende a nadar; bien se ahogue cuando aprende o por no haber aprendido, siempre será culpa vuestra. La vanidad sola es la que nos hace temerarios; nadie lo es cuando, no le miran. Emilio no lo sería, aunque le contemplase el universo entero. Como el ejercicio, no pende del riesgo, en un canal del huerto de su padre aprendería a atravesar el Helesponto; pero es preciso acostumbrarse con riesgo para enseñarse a perder el miedo; y esta es parte esencial del aprendizaje de que acabo de hablar. En cuanto a lo demás, siempre atento a medir con sus fuerzas el peligro, y a tomar parte en él, no tendré que temer imprudencias cuando arregle el cuidado de su conservación por el que debo a la mía.

Más pequeño que un hombre es un niño; no tiene su razón ni su fuerza; pero oye y ve tan bien como él, o con poquísima diferencia; tiene el paladar tan sensible, aunque no sea tan delicado, y distingue lo mismo que él los olores, aunque no ponga en ellos tanto gusto. Las primeras facultades que en nosotros se forman y perfeccionan, son los sentidos; por tanto, son las primeras que deberían cultivarse y las únicas que se echan en olvido o que más descuidan.

Ejercitar los sentidos, no es solamente hacer uso, de ellos, sino aprender a juzgar bien por ellos; aprender, por decirlo así, a sentir, porque no sabemos palpar, ver ni oír, sino como hemos aprendido.

Hay un ejercicio, meramente natural y mecánico, que sirve para robustecer el cuerpo sin dar ocupación ninguna al juicio; nadar, correr, brincar, hacer bailar una peonza, tirar piedras, todo ello es excelente.

¿Pero no tenemos más que brazos y piernas? ¿No tenemos también ojos y oídos? ¿Son superfluos estos órganos para el uso de los primeros? No ejercitéis exclusivamente las fuerzas, ejercitad al mismo tiempo los sentidos que las dirigen, sacad toda la utilidad

posible de ellos, luego la impresión de un o por la de otro; medid, contad, pesad, comparad.

No empleéis la fuerza antes de calcular la resistencia; haced siempre de manera que preceda al uso de los medios la valuación del efecto. Convenced al niño de que nunca debe hacer esfuerzos insuficientes o superfluos. Si le acostumbráis a que prevea el efecto de todos sus movimientos, y rectifique con la experiencia sus errores, ¿no es claro que cuanto más obre, más ganará en discernimiento?

¿Se trata de mover una masa? Si toma una palanca muy larga, gastará sobrado movimiento; si es muy corta, no tendrá la suficiente fuerza : la experiencia le enseña a escoger precisamente la que necesita. Esta discreción no es superior a su edad. ¿Se trata de llevar una carga? Si quiere cogerla tan pesada como la pueda llevar, y no probarse con otra imposible para él de levantar, ¿no será forzoso que con la vista valúe su peso? ¿Sabe ya comparar masas de igual materia y de distinto volumen? Pues escoja masas de igual volumen y distintas materias, y será menester que aprenda a comparar sus pesos específicos. Yo vi un joven muy bien educado, que no quiso creer, antes de hacer la experiencia, que un cubo lleno de astillas de madera de encina pesase menos que lleno de agua.

No somos igualmente dueños de todos nuestros sentidos. Uno hay, que es el tacto, cuya acción no se suspende nunca mientras estamos despiertos; que está esparcido por toda la superficie de nuestro cuerpo como un vigía atento a darnos aviso de cuanto puede ofendernos. También es el sentido cuya experiencia, de grado o por fuerza, más pronto adquirimos, en virtud de este continuo ejercicio, y por consiguiente, que menos necesitamos cultivar particularmente. No obstante, observamos que los ciegos tienen el tacto más seguro y exquisito que nosotros, porque careciendo del auxilio de la vista, se ven forzados a sacar únicamente del primero de estos sentidos los juicios que nosotros debemos al segundo. ¿Pues porqué no nos ejercitamos en andar como ellos por lo oscuro, en conocer los cuerpos que podemos tocar, en juzgar de los objetos que nos rodean, más breve, en hacer de noche y sin luz todo cuanto hacen ellos de día y sin ojos? Mientras luce el sol, les llevamos ventajas; en la oscuridad son ellos

nuestros guías. Ciegos somos la mitad de la vida, con la diferencia de que los verdaderos ciegos siempre saben conducirse, y nosotros no nos atrevemos a dar un paso en lo más oscuro de la noche. Tenemos luces, me dirán. ¿Y quién os dice que os han de seguir a todas partes cuando las necesitáis? Por mi parte, más quiero que Emilio lleve sus ojos al cabo de sus dedos, que tenerlos en la tienda de un cerero.

Estáis encerrado en un edificio, en la oscuridad de la noche : dad una palmada, y por la resonancia del sitio veréis si es vasto o reducido el recinto, si estáis en medio o en un rincón. a medio pie de una pared, el aire menos ambiente y más reflejado, causa otra sensación en el rostro. No salgáis de un sitio y volveos sucesivamente a todos lados; si hay una puerta abierta, os la inducirá una ligera corriente de aire. ¿Vais en un barco? Por el modo con que os diere el aire, en el rostro, conoceréis no solamente la dirección que lleváis, sino también sí os lleva despacio o aprisa la corriente del río. Sólo de noche pueden hacerse bien estas observaciones y otras mil análogas; por muy atentos que queramos estar a ellas de día claro, siempre nos ayudará o nos distraerá la vista, y se nos irá la idea. No obstante, hasta aquí todavía no nos hemos valido de la mano ni del bastón. ¡Cuántos conocimientos oculares se pueden adquirir por el tacto, aun sin tocar cosa ninguna!

Muchos juegos nocturnos. Este consejo es más importante de lo que parece. Naturalmente asusta la noche a los hombres, y algunas veces a los animales[55], pocas personas se libran de este tributo por medio de la razón, los conocimientos, el talento y el valor. Pensadores he visto yo, espíritus fuertes, filósofos, militares intrépidos de día claro, que de noche temblaban como mujeres si oían menearse una hoja de árbol. Este pavor lo atribuyen a los cuentos de nodriza, y se engañan, porque tiene causa natural. ¿Qué causa es esta? La misma que hace desconfiados los sordos, y supersticioso al vulgo: la ignorancia de las cosas que tenemos cerca y de lo que sucede en torno de nosotros[56]. Puesto que estoy acostumbrado a ver desde lejos los objetos y a prever de antemano sus impresiones, ¿cómo no he de suponer mil seres, mil movimientos que me puedan perjudicar, sin que sea posible resguardarme de ellos, cuando nada veo de lo que tengo cerca?

Aunque sepa que estoy seguro en el sitio en que me hallo, nunca lo sé tan bien como si lo viera por mis ojos; por tanto, siempre tengo un motivo de temor que no tenía de día claro. Ciertamente, sé que un cuerpo extraño rara vez puede obrar en el mío sin anunciarse con algún ruido; por eso, ¡cuán alerta tengo sin cesar el oído! Al menor ruido, cuyo motivo no conozco, me fuerza el interés de mi conservación a que al instante suponga todo cuanto me debe poner en cuidado y, por consiguiente, todo lo que más capaz es de asustarme.

No oigo nada absolutamente. No por eso quedo sosegado; porque al cabo también sin ruido pudieran sobrecogerme. Menester es que suponga las cosas como estaban antes, como deben estar todavía, que vea lo que no veo. Precisado así a poner en ejercicio mi imaginación, en breve ya no soy dueño de ella y sirve para sobresaltarme más de lo que había trabajado para serenarme. Si oigo bulla, oigo ladrones; si nada oigo, veo fantasmas; la vigilancia que me inspira el afán de conservarme, sólo me infunde motivos de temor; todo cuanto me debe tranquilizar sólo existe enteramente diferentes. ¿Qué sirve pensar que nada hay que temer, si entonces nada hay que hacer?

Hallada la causa del mal, por ella misma se indica el remedio. En todas cosas el hábito mata la imaginación; sólo los objetos nuevos la despiertan. En los que vemos todos los días, no es la imaginación la que obra, es la memoria; y esa es la razón del axioma *ab assuetis non fit passio; de las cosas acostumbradas no resulta pasión*; porque las pasiones se encienden únicamente con el fuego de la imaginación. Así, pues, no discutáis con aquel a quien tratéis de curar del miedo a la oscuridad; llevadle con frecuencia a sitios oscuros y estad cierto de que todos los argumentos de la filosofía no valdrán tanto como esta costumbre. A los albañiles no se les va la cabeza al andar por los tejados, y no vemos que conserve miedo a la oscuridad quien se habitúa con ella.

He aquí, pues, otra nueva utilidad de los juegos nocturnos que se añade a la primera; mas para que se aficionen el niño a estos juegos, nunca recomendaré lo bastante la mucha alegría. No hay cosa más triste que las tinieblas; no encerréis a vuestro niño en un calabozo; entre riéndose en la oscuridad; vuélvase a reír antes de

salir de ella; y mientras estuviere el paraje oscuro, que la idea de la diversión que ha dejado, y que al salir volverá a encontrar, le preserve de las fantásticas imágenes que pudieran acometerle.

Hay un término en la vida, pasado el cual, quien adelanta retrocede. Conozco que he pasado ya este término. Vuelvo, por decirlo así, a empezar otra Carrera. El vacío de la edad madura que de mí se ha hecho sentir, me retrata el dulce tiempo de mis primeros años. Haciéndome viejo, me vuelvo niño, y con más gusto recuerdo lo que hacía de diez años, que lo que de treinta. Perdonadme, lectores, si alguna vez saco los ejemplos de mí propio, porque para componer bien este libro, es necesario que lo haga con gusto.

Estaba yo en el campo a pupilo en casa de un ministro protestante llamado el señor Lamercier, y conmigo un primo más rico que yo, a quien trataban como heredero, mientras que, lejos de mi padre, no era yo más que un pobre huérfano. Mi primo Bernardo era miedoso, de noche sobre todo. Tanto me burlaba yo de su miedo que fastidiado de mis bravatas, el señor Lamercier quiso poner a prueba mi buen ánimo. Una noche muy oscura de otoño, me dio la llave del templo, diciéndome que fuera a buscar en el púlpito la Biblia que se había dejado olvidada; y para picar mi amor propio, añadió algunas palabras que me imposibilitaron de rehusar la comisión.

Fuime sin luz, y si la hubiera llevado, peor todavía habría sido; era preciso pasar por el cementerio, y lo atravesé con mucho desnudo, por que mientras he estado a cielo raso, nunca he tenido miedo de noche.

Al abrir la puerta de la iglesia, oí en la bóveda cierto murmullo confuso que me pareció de voces humanas, lo cual empezó a dar al traste con mi pretendida entereza. Abierta la puerta quise entrar; pero apenas hube dado algunos pasos, me detuve. Contemplando la profunda oscuridad que reinaba en este vasto recinto, me sobrecogió un terror que hizo se me erizaran los cabellos; retrocedo, salgo y hecho a correr temblando. En el patio hallé un perro llamado Sultán, cuyas caricias me dieron ánimo. Avergonzado de mi susto me vuelvo atrás, procurando llevar conmigo al perro, que no quiso seguirme. Paso a toda prisa el umbral de la puerta y entro en la iglesia; más apenas estuve dentro cuando me volvió el miedo y con

tal fuerza, que perdí el tino; y aunque sabía muy bien que el púlpito se hallaba a la derecha le busqué mucho tiempo a la izquierda, me enredé entre los bancos, perdí el tino, y no pudiendo dar con el púlpito ni con la puerta, me trastorné todo de un modo indecible. Al fin doy con la puerta, logro salir del templo, Y me desvíó como la vez primera, resuelto a no volver a entrar solo como no fuese de día claro.

Vuelvo a casa. Al ir a entrar oigo al Sr. Lamercier que daba grandes carcajadas. Pienso que son por mí, y con la confusión de verme expuesto a ellas, dudo si abriré la puerta. En este intervalo escucho que a hija del Sr. Lamercier, asustada con mi tardanza, dice a la criada que tome el farol, y al Sr. Lamercier que salga a buscarme, escoltado de mi intrépido primo, al cual no hubieran dejado de atribuir toda la honra de la expedición. En un momento se disipan todos mis sustos, y no me queda otro que el de que me cojan en mi fuga: corro, vuelo al templo; sin equivocarme, sin andar a tientas, llego al púlpito, subo, agarro la Biblia, bajo de un salto, en otros tres estoy fuera del templo, olvidándome hasta de cerrar la puerta; entro en el cuarto sin respiración, tiro la Biblia sobre el bufete, azorado, pero palpitando de gozo por haberme adelantado al socorro que me preparaban.

Me preguntarán si cito este rasgo como un modelo que debe seguirse, y como ejemplo de la alegría que exijo en esta especie de ejercicio. No; lo cito como prueba de que no hay cosa que más haga cobrar ánimo al que está asustado con las sombras de la noche, que oír en un aposento inmediato una reunión reírse y conversar tranquilamente. Quisiera yo que en vez de divertirse el ayo solo con su alumno, se juntasen por las noches muchos chicos de buen humor; que no los hiciesen ir separados al principio, sino muchos juntos, y que ninguno se aventurase enteramente solo, sin estar cierto de antemano de que no se asustaría mucho.

No hay cosa más útil y agradable que semejantes juegos, si se ordenan con un poco de habilidad. Haría en una gran sala una especie de laberinto con mesas, taburetes, sillas y biombos. En las vueltas y revueltas de este laberinto colocaría, en medio de ocho o diez cajas de trampa, otra caja casi semejante, bien atestada de confites; designaría en términos claros, pero sucintos, el sitio preciso

en que se encuentra la caja buena; daría la indicación suficiente para que la distinguieran personas más atentas y menos atolondradas que criaturas[57]; luego, después de haber sorteado los contrincantes, los enviaría a buscar uno tras de otro, hasta que se encontrase la caja buena; lo cual cuidaría yo de hacer más difícil a proporción de su habilidad.

Figuraos un pequeño Hércules que llega con su caja en la mano, ufano de su expedición. Se pone la caja encima de la mesa y se abre con toda ceremonia. Desde aquí oigo las carcajadas y la algazara de la alegre cuadrilla, cuando en vez de los dulces que se esperaban, se encuentran con un abejorro, un escarabajo, un carbón, una bellota, un nabo, u otra cosa así, muy bien puesta encima de una cama de helecho o de algodón. Otras veces, en un cuarto acabado de blanquear, se colgará cerca de la pared algún juguete, algún dijecillo que se trate de que le cojan sin tocar a la pared. Apenas entre el que le traiga, cuando por poco que haya faltado a la condición, el ala del sombrero, la punta del zapato, la falda o la manga del vestido manchados de blanco, nos indicarán su poca maña. Con esto basta y aun sobra de juegos. Si hay que decíroslo todo, no me sigáis leyendo.

¡Cuántas ventajas saca de noche a los demás un hombre educado así! Acostumbrados sus pies a pisar firme en las tinieblas; ejercitadas sus manos en aplicarse con facilidad a todos los cuerpos inmediatos, sin dificultad le conducirán en la oscuridad más densa. Llena su imaginación de los juegos nocturnos de su niñez, con dificultad se retratará objetos temibles. Si cree oír carcajadas, serán para él las de los niños sus antiguos camaradas, no las de los duendes : si se representa una reunión no será un aquelarre de brujas, sino el aposento de su ayo. Como la noche sólo le recuerda ideas alegres, nunca será para él horrorosa, y en vez de temerla la amaré. ¿Se trata de una expedición militar? Dispuesto estará a cualquier hora, lo mismo solo que con su tropa. Entrará en el campo de Saúl, lo recorrerá todo sin extraviarse, llegará sin ser visto. ¿Es necesario robar los caballos de Reso? Dirigíos a él sin recelo. Entre hombres educados de otra manera, con dificultad hallaréis un Ulises.

Algunas personas he visto que, dando sustos a los niños, los quieren acostumbrar a que pierdan el miedo de noche. Este método es malísimo; produce un efecto diametralmente opuesto al que se desea; y sólo sirve para hacerlos más medrosos cada día. Ni la razón ni el hábito pueden serenarnos acerca de la idea de un peligro actual, cuyo grado y especie no, conocemos, ni sobre el temor a sorpresas que ya hemos experimentado. Sin embargo, ¿cómo nos cercioraremos de que nuestro alumno no estará expuesto nunca a semejantes azares? Me parece que el mejor consejo que podemos darle para precaverlos es el siguiente : «En este caso, le diría yo a mi Emilio, te hallas tú en el de una justa defensa, porque no te permite tu agresor que sepas si quiere hacerte daño o sólo meterte miedo; y como se ha puesto en paraje ventajoso, ni aun la fuga es refugio segura para ti. Así, coge con denuedo al que te acometa de noche, hombre o animal, nada importa; apriétale, ténle asido con toda tu fuerza; si forcejea por desasirse, sacúdele, no andes corto en tus golpes; y diga o haga lo que quisiere, no le sueltes hasta que sepas lo que es; es presumible que entonces te enseñe la explicación que no había mucho que temer, porque este modo de tratar a los graciosos les debe naturalmente escarmentar de volver a hacerlo.» Aunque sea el tacto entre todos nuestros sentidos el que más continuamente ejercitamos no obstante permanecen sus juicios, como ya he dicho, más imperfectos y toscos que los de ningún otro, porque de continuo mezclamos con su uso el de la vista, y alcanzando los ojos al objeto antes que la mano, el alma juzga casi siempre sin esta. En cambio los juicios más seguros son los del tacto, precisamente porque son los más limitados; pues como no se extienden más allá que a donde pueden alcanzar nuestras manos, ratifican el apresuramiento de los demás sentidos, que se lanzan sobre objetos que apenas perciben, mientras que todo lo que percibe el tacto lo percibe bien. Añádase que juntando, cuando nos acomoda, la fuerza de los músculos con la acción de los nervios, por una sensación simultánea unimos, con el juicio del temple, del tamaño y la figura, el del peso y la solidez. De esta suerte, al mismo tiempo que el tacto es entre todos los sentidos el que mejor nos instruye de la impresión que en nuestro cuerpo pueden hacer los extraños, también es el que con más frecuencia

nos sirve y el que más inmediatamente nos da los conocimientos necesarios para nuestra conservación.

Puesto que el tacto ejercitado suple la vista, ¿por qué no ha de poder también suplir al oído hasta cierto punto, una vez que los sonidos excitan en los cuerpos sonoros conmociones sensibles al tacto? Poniendo una mano en la caja de un violonchelo, podemos, sin el auxilio de los ojos ni los oídos, por sólo el modo de vibrar y estremecerse la madera, distinguir si el tono del instrumento es grave o agudo, si procede de la prima o del bordón. Ejercítense el sentido en estas diferencias, y no dudo que con el tiempo llegaría a ser tan sensible que se pudiese comprender un trozo de música por el tacto. Esta supuesto, claro es que con facilidad pudiéramos hablar a los sordos en música, porque como los tonos y los tiempos no son menos aptos para combinaciones regulares que las articulaciones y las voces, pueden tomarse igualmente por elementos del discurso.

Hay ejercicios que embotan el sentido del tacto, haciéndole más obtuso; por el contrario, otros te aguzan y tornan más exquisito y delicado. Uniendo, los primeros mucho movimiento y fuerza a la continua impresión de los cuerpos duros, ponen áspero y calloso el cutis, quitándole el sentimiento natural; los segundos varían este mismo sentimiento con un ligero y frecuente tacto, de suerte que atenta el alma a impresiones repetidas, con frecuencia adquiere facilidad en discernir todas sus modificaciones. En los instrumentos de música es palpable esta diferencia: la pulsación dura y que lastima del violonchelo, del contrabajo y aun del violín, hace los dedos más flexibles, pero encallece las yemas. La pulsación suave del piano[58] hace tan flexibles los dedos y al mismo tiempo, más sensibles las yemas: en esto es preferible.

Conviene que se endurezca el cutis a las impresiones del aire, y que pueda arrostrar sus alteraciones, porque es el que defiende todo lo demás. Fuera de esto, no querría que aplicada la mano con demasiada fuerza a las mismas faenas, se llegara a endurecer, ni encallecido su cutis perdiese aquel tacto exquisito que da a conocer cuáles son los cuerpos por donde la pasamos, y según la especie de contacto hace a veces que, en la oscuridad nos estremecemos de diversos modos.

¿Por qué ha de ser preciso que lleve siempre mi alumno una piel de toro bajo las plantas de los pies? ¿Qué mal habría en que la suya propia pudiera servirle de suela si fuera necesario? Claro es que en esta parte la delicadeza del cutis nunca servirá de nada, y muchas veces puede ser perjudicial. Cuando despertando los ginebrinos a media noche en lo más rudo del invierno se encontraron con el enemigo dentro de la ciudad, más pronto hallaron sus fusiles que sus zapatos. Si ninguno de ellos hubiera podido andar descalzo, ¿quién sabe si Ginebra hubiera sido tomada?

Armemos siempre al hombre contra los azares imprevistos. Ande Emilio por la mañana en todo tiempo descalzo de pie y pierna por el aposento, por la escalera, por el jardín; lejos de reñir, le imitaré, sin tener más cuidado que el de apartar los vidrios. Pronto hablaré de los trabajos y juegos manuales. En cuanto a lo demás, aprenda a ejecutar todos los pasos que favorezcan las evoluciones del cuerpo, a llevar en todas las posturas una planta desembarazada y sólida; sepa saltar adelante, a lo alto, trepar por un árbol, escalar una tapia, guarde siempre su equilibrio, vayan todos sus movimientos y ademanes ordenados por las leyes ponderales, mucho tiempo antes de que venga la estática a explicárselos. Por el modo con que apoye su pie en tierra, y descanse el cuerpo sobre la pierna, debe conocer si su postura es buena o mala. Un andar seguro siempre tiene gracia, y las más firmes posturas son también las más elegantes. Si fuera yo maestro de baile, no haría todas las monerías de Marcel [\[59\]](#), que son buenas para la tierra donde él las hace; pero en vez de enseñar eternamente a pernear a mi alumno, le llevaría al pie de un peñasco; allí le diría la postura que se ha de tomar, cómo se ha de llevar la cabeza y el cuerpo, qué movimiento se ha de hacer, de qué modo se ha de poner unas veces el pie y otras la mano para seguir con ligereza los senderos escarpados, ásperos y rudos, y lanzarse de punta en punta, subiendo unas veces y bajando otras. Mejor le haría émulo de un gamo que bailarín de la ópera.

Cuanto concentra el tacto sus operaciones en torno del hombre, tanto extiende la vista las suyas lejos de él, y esto es lo que las hace engañosas ; de una mirada abraza el hombre la mitad de su horizonte. En la multitud de sensaciones simultáneas y juicios que estas excitan, ¿cómo se ha de equivocar en ninguno? Por tanto, la

vista es el más.. defectuoso de nuestro sentidos, precisamente porque se extiende más y porque dejándose muy atrás a los otros, son prontas y vastas sus operaciones para que puedan ellos rectificarlas. Hay más: las ilusiones mismas de la perspectiva nos son necesarias para llegar a conocer la extensión y comparar sus partes. Sin las falsas apariencias nada veríamos lejos; sin las gradaciones de luz y tamaño, no podríamos apreciar distancia alguna, o, más bien, no la habría para nosotros. Si en dos árboles iguales nos pareciese el que dista cien pasos de nosotros tan alto y tan claro como el que está diez, los creeríamos uno al lado de otro. Si distinguiésemos todas las dimensiones de los objetos con su medida verdadera, no veríamos espacio ninguno y todo nos parecería encima.

Para juzgar del tamaño de los objetos y de su distancia, sólo tiene el sentido de la vista una medida, que es la apertura del ángulo que forman en nuestros ojos; y como ésta es un efecto simple de una causa compuesta, el juicio que en nosotros provoca deja indeterminada cada causa particular, y es necesariamente defectuoso. Porque, ¿cómo he de distinguir a simple vista si el ángulo bajo que veo un objeto más pequeño que otro, es porque efectivamente el objeto es más chico, o porque está más distante?

Por consiguiente, hay que seguir aquí un método inverso al anterior; doblar la sensación en vez de simplificarla, o verificarla siempre por otra; sujetar el órgano visual al táctil, y reprimir, por decirlo así, la impetuosidad del primer sentido por el paso tardo y regulado del segundo. Por no acomodarnos a esta práctica, son inexactísimas nuestras medidas por valuación, No tenemos exactitud en la, ojeada para fallar de las alturas, las longitudes, las profundidades y las distancias; y la prueba de que no es tanto culpa del sentido como de su uso, es que los ingenieros, los agrimensores, los arquitectos, los albañiles, los pintores, tienen generalmente la ojeada mucho más segura que nosotros, y aprecian con más ajuste las medidas de extensión, porque adquiriendo en esto por su oficio la experiencia que nosotros no procuramos adquirir, rectifican el error del ángulo por las apariencias que le acompañan y determinan con más exactitud a sus ojos la relación de ambas causas de este ángulo.

Es fácil obtener siempre de los niños todo cuanto da movimiento al cuerpo sin violentarle. Mil medios hay de interesarlos a que midan, conozcan y valúen las distancias. Allí hay un cerezo muy alto; ¿qué haremos para coger cerezas? ¿Es buena para eso la escalera del pajar? Allí hay un arroyo muy ancho; ¿cómo le atravesaremos? ¿Alcanzará a las dos orillas una de las tablas del patio? Quisiéramos pescar desde nuestra ventana en los fosos de la quinta; ¿cuántas brazas ha de tener nuestro cordel? Querría hacer un columpio entre estos dos árboles; ¿nos bastará con una cuerda de dos metros? Me dicen que en la otra casa tendrá nuestro aposento veinticinco pies cuadrados; ¿crees que nos convenga? ¿será mayor que este? Tenemos mucha hambre; allí hay dos lugares; ¿a cuál de los dos llegaremos antes para comer? etc.

Tratábase de ejercitar en correr a un niño indolente y perezoso, que no tenía inclinación a éste ni a ningún otro ejercicio, aunque le destinaban al estado militar; se había persuadido, no sé cómo, de que un hombre de su clase nada debía hacer ni saber y que su nobleza le debía servir de brazos, de piernas, y de toda clase de mérito. Apenas la habilidad del mismo Chirón hubiera bastado para hacer del tal niño un Aquiles de pies ligeros. Aumentaba la dificultad, el que yo no quería mandar nada absolutamente, habiendo desterrado de mis derechos las exhortaciones, las promesas, las amenazas, la emulación y el deseo de lucirse, ¿cómo le había de inspirar el del correr sin decirle nada? Correr yo mismo, hubiera sido medio poco seguro, y expuesto a inconvenientes; tratábase también, por otra parte, de sacar de este ejercicio algún objeto de instrucción para él, con el fin de acostumbrar las operaciones del cuerpo y del juicio a que siempre fuesen acordes. Resolví, pues, hacer lo que sigue.

Cuando iba con él a paseo por las tardes, metía algunas veces en el bolsillo dos pasteles de cierta clase que a él le gustaban mucho; nos comíamos cada uno el suyo en el paseo^[60] y nos volvíamos muy satisfechos. Un día observó que yo llevaba tres pasteles; él solo hubiera podido comerse seis sin esfuerzo; engulle muy presto el suyo y me pide el tercero. No, le respondí; yo también lo comería de buena gana, o lo partiríamos; pero mejor quiero verlo ganar al que más corra de aquellos muchachos que allí están.

Llaméles, enseñéles la golosina y propúseles la condición; no deseaban otra cosa. Se colocó el pastel encima da una ancha piedra, que nos sirvió de meta; señalóse la carrera; fuimos a sentarnos; dada la señal, parten los muchachos; el vencedor cogió el bollo y se lo comió sin vacilar en presencia de los espectadores y del vencido.

Esta diversión valía más que el pastel; pero no prendió al principio ni surtió efecto ninguno. No me cansé ni me di prisa, que la educación de los niños es un oficio en que hay precisión de saber desperdiciar tiempo para ganarle. Continuamos en nuestros paseos; unas veces tomábamos tres pasteles, otras cuatro, y de cuando en cuando había uno o dos para los corredores. Si no era muy grande el premio, tampoco los contendientes eran ambiciosos : el que le ganaba era elogiado, felicitado; todo se hacía con aparato. Para dar motivo a las revoluciones y aumentar el interés, señalaba carrera más larga y admitía a muchos competidores. Apenas entraban en la liza, formaban corro para verlos todos cuantos pasaban; los animaban con aclamaciones, con gritos, con palmoteos; vi alguna vez a mi hombrecito dar saltos en su asiento, levantarse, gritar cuando iba uno a alcanzar o a dejar atrás a otro eran para él los juegos olímpicos.

Sin embargo, los corredores solían usar de tretas, se detenían mutuamente o se tiraban al suelo, o tiraba piedras uno al pasar otro. Esto me obligó a separarlos y a hacerlos salir de distintos puntos, aunque igualmente distantes de la meta; en breve se verá el motivo de esta previsión, porque debo circunstanciar muy por menudo este importante asunto.

Aburrido de ver que siempre se comían los demás aquellos pasteles que a él tanto le gustaban, llegó al fin a imaginar que para algo podía servir el correr bien, y viendo que también él tenía dos piernas, empezó a probar a hurtadillas. Guardéme yo de darle a entender que sabía su ejercicio, pero bien vi que había salido con mi estratagema. Cuando se creyó con fuerza suficiente (y antes que él penetré yo su designio), comenzó a importunarme para que le diera el pastel que quedaba; se lo niego; porfía él; y con ademán de despecho me dice : «Bien está; póngalo usted encima de la piedra, señale el campo y lo veremos.» «Vaya, dije, sonriéndome, ¡como

que un caballero ha de saber correr! Harás más gana y no sacarás con qué satisfacerla.» Picado con mi burla, tanto se esfuerza que gana el premio, si bien es verdad que yo señalé una carrera corta y tuve cuidado de no admitir al que más corría. Dado este primer paso, bien se entiende que me fue fácil continuar. En breve tomó tanta afición a este ejercicio, que sin premio ninguno estaba casi cierto de vencer en la carrera a los otros, por largo que el espacio fuese.

Conseguida esta ventaja, resultó otra en que yo no había pensado. Cuando ganaba pocas veces el premio, se lo comía casi siempre solo, como hacían sus contrincantes; pero cuando se hubo acostumbrado a la victoria, se hizo generoso, y muchas veces partía con los vencidos. Esto me obligó a hacer una observación moral y me enseñó cuál fuese el verdadero principio de la generosidad.

Seguí marcando en distintos sitios el punto de donde cada uno debía empezará un mismo tiempo su carrera, y sin que él pensara en ello, hice desiguales las distancias; de suerte que como tenía uno más camino que andar que otro para llegar a la misma meta, el agravio era visible; pero aunque dejaba a mi discípulo que escogiese, no sabía aprovecharse de esta ventaja. Sin atenderá la distancia, siempre escogía el camino más llano; de suerte que como fácilmente preveía yo su elección, era casi árbitro de hacer que perdiera o ganara la torta según quería, y esto tenía más de un fin. No obstante, como mi ánimo era que conociese la diferencia, procuraba hacérsela notar; pero, aunque indolente cuando estaba en sosiego, era tan arrebatado en sus juegos, y tanto se fiaba, que me costó un trabajo indecible el hacer que conociera que no jugaba limpio. Conseguilo al fin a pesar de su atolondramiento, y se me quejó. Díjele yo : «¿Qué quejas son esas? En un regalo que quiero hacer, ¿no soy árbitro de las condiciones? ¿Quién te manda que corras? ¿Te he prometido señalar distancias iguales? ¿No puedes escoger? Escoge la más corta, que nadie te lo estorba. Pues, ¿cómo no adviertes que tú eres el privilegiado y que esa desigualdad de que te quejas es toda en beneficio tuyo, si sabes sacar partido de ella? » Esto era claro; lo entendió y para escoger fue preciso examinar de más cerca. Primero, quiso contar los pasos; pero la medida de los pasos de un niño es defectuosa y lenta; y

además empecé yo a multiplicar las carreras en un mismo día; y convertida entonces la afición en una especie de pasión, sentía perder en medir las lizas el tiempo que podía emplearse en correrlas. Mal se adapta la viveza de la infancia con estas dilaciones: ejercitóse por tanto a ver mejor, a valuar la distancia. Poco me costó entonces mantener esta afición y darle pábulo. Finalmente, con pocos meses de pruebas y errores enmendados, de tal modo se formó el compás visual, que cuando le figuraba yo una torta fija en un objeto distante, tenía casi tan infalible la ojeada como la cadena de un agrimensor.

Como entre todos los sentidos la vista es aquel cuyos juicios menos pueden separarse del alma, para aprenderá ver es necesario comparar mucho tiempo la vista con el tacto, a fin de acostumbrar al primero de estos dos sentidos a que nos dé cuenta fiel de las formas y de las distancias; sin el tacto y sin el movimiento progresivo, los ojos más perspicaces del mundo no pudieran darnos idea alguna de la extensión. Para una ostra el universo entero no debe ser más que un punto; y ninguna otra cosa le parecería aunque la animase un espíritu humano. Sólo a fuerza de andar, palpar, numerar y medir las dimensiones, aprendemos a valuarlas; pero, si midiésemos siempre, descansando el sentido en el instrumento, nunca se afinaría. Tampoco es necesario que pase un niño repentinamente desde la medida a la valuación; primero es menester que comparando por partes lo que en junto no puede comparar, a alícuotas exactas sustituya alícuotas por valuación, y que en vez de aplicar la medida con la mano, se acostumbre a aplicarla con la vista sola. No obstante quisiera yo que verificara sus primeras operaciones con medidas reales, para que enmendase sus errores, o si en el sentido le quedase alguna falsa apariencia, que aprendiese a rectificarla con un juicio más acertado.

Hay medidas naturales que son casi las mismas en todas partes; los pasos de un hombre, el alcance de sus brazos, su estatura. Cuando valúa el niño lo alto de un piso, puede servirle de metro su ayo; si estima la altura de una torre, compárela con las casas; si quiere saber las leguas de distancia cuente las horas de camino, y, sobre todo, no hagamos nada de esto por él, hágalo él mismo.

No podría juzgarse bien acerca de la extensión y tamaño de los cuerpos, sin aprender al mismo tiempo a conocer sus figuras y aun a imitarlas, porque, en verdad, está imitación pende absolutamente de las leyes de la perspectiva, y no es posible valorar la extensión por sus apariencias, sin formarse alguna noción de estas leyes. Los niños, grandes imitadores todos prueban a dibujar; yo quisiera que el mío cultivara este arte, no precisamente por el arte en sí, sino para ajustar la vista y hacer flexible la mano; que en general poquísimo importa que sepa este o el otro ejercicio, con tal que adquiera la perspicacia del sentido y el hábito del cuerpo, que se logra con ese ejercicio. Muy bien guardaré de tomarle un maestro de dibujo, que sólo imitaciones le dé a imitar, y sólo dibujos le haga dibujar ; quiero que no tenga otro maestro que la naturaleza, ni otro modelo que objetos; que tenga presente el original mismo, no el papel que le representa; que copie una casa de una casa, un árbol de un árbol, un hombre de un hombre, para que así se acostumbre a observar bien los cuerpos y sus apariencias, no a creer que mentiras e imitaciones convencionales son imitaciones verdaderas. Aún le disuadiré de que bosqueje nada de memoria sin tener delante los objetos, hasta que a fuerza de observaciones se imprima bien en su imaginación la forma exacta de ellos, no sea que pierda el conocimiento de las proporciones y la afición a las bellezas naturales, sustituyendo a la verdad de las cosas figuras extravagantes y ridículas.

Comprendo que de este modo pintorrearé, antes de hacer nada que represente algo; que tardará mucho en adquirir la elegancia de los contornos, y el rasguear ligero de los dibujantes, y que acaso nunca discernirá los efectos pintorescos y el gusto acendrado del dibujo; pero, en cambio, contraerá ciertamente ojeada más justa, mano más firme, conocimiento de las verdaderas relaciones de tamaño y los cuerpos naturales, y experiencia más pronta de figura que median entre los animales, las plantas y la perspectiva. Esto es lo que yo deseo conseguir, siendo mi ánimo menos que sepa imitar que conocer los objetos; quiero que me haga ver una hoja de acanto y que dibuje bien el follaje de un chapitel.

Por lo demás, tanto en este como en los otros ejercicios, no pretendo yo que se divierta mi alumno solo; para que le sea más

grato, entraré sin cesar a la parte con él. No quiero que tenga otro émulo que yo, pero lo seré sin riesgo; esto hará interesantes nuestras tareas, sin excitar celos entre los dos. Tomaré el lápiz, a ejemplo suyo, y lo usaré al principio con tan poco acierto como él. Aunque fuese un Apeles, me haré un pintamonas. Empezaré dibujando un hombre como los que dibujan los muchachos en la pared; una barra cada brazo, otra cada pierna, y los dedos más gruesos que los brazos. Mucho tiempo después vendremos a notar el uno o el otro esta desproporción; obsevaremos que la pierna tiene espesor, pero no el mismo en toda ella; que el brazo tiene longitud determinada con relación al cuerpo, etc. En estos adelantos, iré, cuando más, al igual suyo, o me adelantaré a él tan poco, que siempre le será fácil alcanzarme, y muchas veces dejarme atrás. Buscaremos colores y pinceles; procuraremos imitar el colorido de los objetos, su apariencia y su figura; iluminaremos, pintaremos, embadurnaremos; pero en todos nuestros chafarrinones nunca cesaremos de estar al acecho de la naturaleza, ni haremos nada que no sea a presencia del maestro.

No encontrábamos adornos para nuestro aposento; ya los tenemos. Coloco marcos en nuestros dibujos, con cristales para que nadie los toque, y viendo que permanecen en el estado en que los hemos puesto, que tenga cada uno interés en no descuidar los suyos. Los coloco por orden en torno del cuarto; cada dibujo repetido veinte y treinta veces, y manifestando a cada ejemplar los adelantos del autor, desde el punto en que la casa no es más que un cuadro casi uniforme hasta aquel en que están representados con la verdad más exacta su fachada, su perfil, sus proporciones y sus sombras. Estas gradaciones no pueden menos de ofrecernos cuadros interesantes para nosotros, curiosos para los demás, y de excitar continuamente nuestra emulación. A los primeros, a los más toscos de estos dibujos, les pongo marcos muy brillantes y dorados que les den realce; pero cuando es ya más exacta la imitación, y realmente bueno el dibujo, no le pongo más que un marco negro muy sencillo, pues no necesita más adorno que el propio, y fuera lástima que el ribete se llevara la atención que merece el objeto. De suerte que cada uno de nosotros anhela merecer la honra del marco sencillo; y cuando quiera el uno despreciar el dibujo del otro, le

condenará al marco dorado. Algún día se harán acaso proverbiales entre nosotros estos marcos dorados, y nos asombraremos de que haya tantos que se hagan justicia haciéndoselos poner.

Ya he dicho que la geometría no está al alcance de los niños; pero es por culpa nuestra. No conocemos que nuestro método no es el suyo, y que lo que para nosotros es el arte de discurrir, para ellos es el de ver. En vez de darles nuestro método, mejor haríamos en tomar el suyo, porque nuestro modo de aprendería geometría tanto es asunto de imaginación como de raciocinio. Cuando está enunciada la proposición, es necesario imaginar la demostración, esto es, hallar de qué proposición ya sabida debe ser consecuencia, y entre todas las que pueden sacarse de la misma proposición, escoger precisamente aquella de que se trata.

De este modo, el raciocinador más exacto, como no sea inventivo, se quedará parado. ¿Pero qué sucede? Que en vez de hacer que hallemos las demostraciones, nos las dictan; que en vez de enseñarnos a raciocinar, raciocina el maestro por nosotros y sólo ejercita nuestra memoria.

Haced figuras exactas, combinadlas, ponedlas una encima de otra, examinad sus relaciones ; hallaréis toda la geometría elemental, yendo de observación de problemas, sin que se trate de definiciones, ni de problemas, ni de ninguna otra forma demostrativa como no sea la mera superposición. Por mi parte, no pretendo enseñar la geometría a Emilio; él ha de ser quien a mí me la enseñe, yo indagaré las relaciones, y él las hallará, porque las indagaré de modo que se las haga hallar. Por ejemplo, en vez de servirme de un compás para trazar un círculo, lo trazaré con una punta al cabo de un hilo que, gire sobre un eje. Luego, cuando quiera yo comparar unos radios con otros, Emilio se burlará de mí, y me hará ver que, tendido siempre un mismo hilo, no puede haber trazado distancias desiguales.

Si quiero medir un ángulo de sesenta grados, describo desde el vértice de este ángulo, no un arco, sino un círculo entero, porque con los niños no se ha de suplir nada. Encuentro que la porción del círculo comprendida entre los dos lados del ángulo es la sexta parte del círculo. Luego, desde el mismo vértice, describo otro círculo mayor, y hallo que también este segundo arco es la sexta parte de

su círculo. Describo un tercer círculo concéntrico, con el cual repito la misma prueba, y la continúo con nuevos círculos, hasta que asombrado Emilio de mi estupidez me advierta que cada arco, grande o pequeño, comprendido en el mismo ángulo, ha de ser siempre la sexta parte de su círculo, etc. Muy presto llegaremos al uso del semicírculo graduado.

Para probar que los ángulos formados por oblicuas son iguales a dos rectos, describen un círculo; yo, por el contrario, haré de manera que Emilio note primero esto en el círculo, y le digo luego: Si quitásemos el círculo y dejásemos las líneas rectas, ¿mudarían de tamaño los ángulos?

Se descuida la exactitud de las figuras; se supone y se aplican a la demostración. Entre nosotros, por el contrario, nunca se tratará de demostración; nuestro más importante asunto será tirar un cuadrado muy perfecto, trazar un círculo muy redondo. Para comprobar la exactitud de la figura, la examinaremos por todas sus propiedades sensibles, y esto nos dará motivo a descubrir cada día otras nuevas. Doblaremos por el diámetro los dos semicírculos, y por la diagonal las dos mitades del cuadrado; compararemos nuestras dos figuras, para ver aquella cuyos lados se adaptan con más puntualidad, y, por consiguiente, está mejor hecha; discutiremos si debe existir siempre esta igualdad de partición en los paralelogramos, los trapecios, etc. Alguna vez probaremos a adivinar el resultado de la experiencia antes de hacerla, procuraremos encontrar razones, etc.

La geometría no es para mi alumno otra cosa que el arte de usar bien la regla y el compás, y no la ha de confundir con el dibujo, en el que nunca empleará ninguno de estos dos instrumentos. Se encerrarán bajo llave la regla y el compás; pocas veces permitiré que los use, y por poco tiempo, para que no se acostumbre a embadurnar papel; pero podremos alguna vez llevar nuestras figuras al paseo, y hablaremos de lo que hayamos hecho o queramos hacer.

Nunca me olvidaré de haber visto en Turín un Joven a quien siendo niño hablan enseñado las relaciones de los contornos y las superficies, dándole cada día a escoger hostias isoperímetras de todas las figuras geométricas. El golosuelo había apurado el arte de Arquímedes por hallar la que más tenía que comer.

Cuando un niño juega al volante, ejercita la vista y el brazo; cuando pega con la correa a una peonza, aumenta su fuerza sirviéndose de ella, pero nada aprende. Algunas veces he preguntado por qué no ejercitaban a los niños en los mismos juegos de destreza que a los hombres: en la pala, el mallo, el billar, el arco, la pelota de viento, los instrumentos de música; y me han respondido que de estos juegos unos excedían sus fuerzas, y para los demás no estaban bastante formados sus miembros y órganos. No me parecen fundadas estas razones; aunque no tenga un niño la estatura de un hombre, no deja de vestir un traje de la misma hechura. No quiero decir que juegue con nuestras mismas bolas en un billar de tres pies de alto, que vaya a hacer partidas a los juegos de pelota, ni que pongan en su mano delicada una fuerte pala, sino que juegue en una sala cuyas vidrieras se resguarden con alambres, que al principio se sirva de pelotas blandas, que sus primeras palas sean de madera, luego de pergamino y al fin de cuerda de vihuela, más tirantes a proporción de sus adelantamientos. Preferís el volante porque cansa menos y no tiene peligro; hacéis mal, por dos motivos: El volante es juego de mujeres; pero todas huyen de una pelota en movimiento, que su blanco cutis no debe acostumbrarse a cardenales ni son contusiones las que han de estamparse en su rostro. Pero nosotros, destinados a ser vigorosos, ¿creemos llegar a serlo sin trabajo? ¿De qué defensa seremos capaces, si no se nos acomete nunca? Siempre se juegan con descuido los juegos en que sin riesgos puede uno ser desmañado ; pero nada desentumece tanto los brazos como tener que cubrir la cabeza, ni aguza tanto la vista como tener que guardar los ojos. Lanzarse de un extremo de la sala a otro, juzgar del bote de una pelota todavía en el aire, volverla con mano firme y vigorosa; estos juegos que también sientan al hombre, todavía sirven más para formarle.

Dicen que son muy blandas las fibras del niño. Tienen menos empuje, pero son más flexibles; su brazo es débil, pero al fin es un brazo, y guardando la proporción, debe hacerse con él todo lo que se hace con otra semejante máquina. Los niños carecen de habilidad de manos; por eso deseo yo que la adquieran; un hombre que no tuviera más ejercicio que ellos, tampoco la tendría; hasta

después de habernos servido de nuestros órganos, o podemos conocer su uso. Sólo con una dilatada experiencia aprendemos a sacar ventaja de nosotros mismos, y esta experiencia es el verdadero estudio a que no podemos aplicarnos demasiado pronto.

Todo cuanto se hace, se puede hacer; ahora bien, no hay cosa más común que ver niños listos y mañosos, cuyos miembros son tan ágiles como puedan ser los de un hombre. En casi todas las ferias los vemos que ejecutan equilibrios, que andan sobre las manos, que saltan y bailan en la maroma. ¡Por espacio de cuántos años han atraído concurrencia a la comedia italiana las compañías de niños! ¿Quién no ha oído hablar en Italia y Alemania de la compañía pantomímica del célebre Nicolini? ¿Ha notado nadie alguna vez en estos niños movimientos menos desenvueltos, posturas menos graciosas, oído menos fino, baile menos ligero que en los bailarines consumados[61]? Aunque tengan abultados, cortos y poco movibles los dedos, ¿quita eso que sepan escribir y dibujar muchos niños de una edad en que apenas saben otros coger el lápiz ni la pluma? Todavía recuerdan en París a una inglesita que de diez años ejecutaba cosas portentosas en el clave. Yo he visto a un hijo de un magistrado, niño de ocho años, que se ponía encima de la mesa, a los postres, como una figura de ramillete, y que tocaba un violín de tamaño proporcionado al suyo, y asombraba con su ejecución a los mismos artistas.

Todos estos ejemplos, y otros mil, prueban que la falta de aptitud supuesta en los niños para nuestros ejercicios es imaginaria, y si vemos que algunos no los desempeñan, consiste en que nunca se han ejercitado en ellos.

Acaso se me dirá que incurro yo aquí, con relación al cuerpo, en el defecto del cultivo prematuro que condeno en los niños con relación al entendimiento. Es mucha la diferencia; porque uno de estos progresos es aparente, y el otro es real. He probado que el entendimiento que al parecer tienen no le tienen, en vez de que cuando parece que hacen lo hacen. Debemos por otra parte reflexionar en que todo esto no es o no debe ser más que juego, dirección fácil y voluntaria de variar sus pasatiempos para que les sean más gratos, sin que nunca los convierta en faena la violencia. Porque, al fin, ¿en qué se han divertir, que no pueda yo convertirlo

en materia de instrucción? Y aun cuando no pudiese, con tal que se diviertan sin inconveniente y se pase el tiempo, no importan por ahora los adelantos en nada; en vez de que cuando es necesario aprender precisamente una cosa, hágase lo que se haga, nunca es posible conseguirlo sin violencia, sin enfado y sin aburrirse.

Lo que ya he dicho acerca de los dos sentidos, cuyo uso es más continuo e importante, puede servir de ejemplo para el modo de ejercitar los otros. Lo mismo se aplica a la vista y el tacto a los cuerpos quietos que a los que se mueven; pero como sólo la ondulación del aire puede mover el sentido del oído, los cuerpos en movimiento son los únicos que hacen ruido o suenan; y si todo estuviese quieto nunca oiríamos nada. De noche, pues, cuando sólo nos movemos si nos parece, no debemos temer otros cuerpos que los que se mueven, y nos importa estar con el oído alerta, para poder juzgar por la sensación que éste nos trasmite, si el cuerpo que la causa es grande o chico, si está cerca o lejos y si es débil o fuerte su pulsación. Las sacudidas del aire están sujetas a repercusiones que le reflejan, que repiten la sensación formando ecos y que hacen que se oiga el cuerpo ruidoso o sonoro en otro sitio que donde se halla. Si aplicamos el oído al suelo en un llano o en un valle, oímos las voces de los hombres o las pisadas de los caballos desde mucho más lejos que cuando estamos en pie.

Así como hemos comparado la vista con el tacto, será bueno comparar la vista con el oído, y saber cuál de las dos impresiones, saliendo a la par del mismo cuerpo, llegará antes a su órgano. Cuando ve uno el fogonazo de un cañón, todavía se puede resguardar del tiro; pero así que oye el ruido, ya no es tiempo; está encima la bala. Podemos juzgar de la distancia a que se halla una tormenta, por el intervalo que media entre el relámpago y el trueno. Haced de modo que el niño conozca todas estas experiencias, que haga las que estén a su alcance y que las otras las encuentre por inducción; pero más quiero cien veces que no las sepa, si es necesario decírselas.

Tenemos un órgano que corresponde al oído, el de la voz; pero no tenemos ninguno que corresponda a la vista, ni repetimos los colores como los sonidos. Nuevo medio de cultivar aquel sentido, ejercitando el órgano activo y el pasivo uno por otro.

El hombre tiene tres clases de voz, a saber, la voz hablada o articulada, la voz cantada o melodiosa, y la voz patética o acentuada, que es el idioma de las pasiones y que anima el canto y la palabra. Estas tres especies de voz las tiene el niño como el hombre; pero no las sabe amalgamar entre sí, se ríe como nosotros, grita, se queja, clama, gime, pero no sabe mezclar estas inflexiones con las otras dos voces. La música perfecta es la que mejor reúne las tres voces. Los niños son incapaces de esta música y su canto nunca tiene alma. Del mismo modo, en la voz hablada su idioma no tiene acento; gritan, mas no acentúan; y así como en sus razonamientos hay poca energía, hay poco acento en su voz. Nuestro alumno tendrá el habla todavía más llana y más sencilla, porque no habiéndose despertado aún sus pasiones, el idioma de éstas no se unirá con el suyo. No le vayáis a dar papeles de comedia o tragedia para que los represente, ni a enseñarles, como dicen, a declamar; tendrá sobrado juicio para comprender que es imposible dar tono a cosas que no puede entender y expresión a afectos que nunca experimentó.

Enseñadle a que hable lisa y llanamente, a que articule bien, a que pronuncie con tersura y sin afectación, a que conozca y siga el acento gramatical y la prosodia, a que siempre alce la voz lo suficiente para que le oigan, pero no más recio, que es el defecto ordinario de los niños educados en colegios; en ningún caso debe haber nada superfluo.

Del mismo modo, en el canto haced justa, igual, flexible y sonora su voz, y sensible a la medida y a la armonía su oído; nada más. La música imitativa y teatral no es para su edad; no quisiera que cantase ni aun palabras; y si las quisiera cantar, procuraría componer yo canciones *ex professo* para él; que fuesen interesantes para su edad y tan sencillas como sus ideas.

Bien se comprende que dándome tan poca prisa en que aprenda a leer lo escrito, menos me la daré a enseñarle a leer la música. Desviemos de su cerebro toda atención sobrado penosa y no nos aceleremos a fijar su entendimiento en signos de convención. Confieso que esto presenta alguna dificultad aparente, porque aunque a primera vista parezca que no es más necesario el conocer las notas para saber cantar, que el conocer las letras para saber

hablar, hay, sin embargo, la diferencia de que cuando cantamos no enunciamos sino las ajenas, y para enunciarlas, preciso es que sepamos leerlas.

Mas, primeramente, en lugar de leerlas puede oír las, que un canto se expresa con más precisión todavía al pido que a los ojos. Además, para saber bien la música, no basta repetirla, es preciso componerla; lo uno se debe aprender con lo otro, sin lo cual nunca se sabe bien. Ejercitad a vuestro pequeño músico en que haga primero frases muy regulares y muy cadentes, en que luego las ligue entre si con una modulación muy sencilla; finalmente, en que note sus distintas relaciones con una puntuación correcta; lo cual se hace con una buena elección de cadencias y pausas. Sobre todo, nunca un canto extravagante, patético, ni expresivo: siempre, melodía cantable y sencilla, que derive de las cuerdas esenciales del tono y que de tal manera marque el bajo, que le sienta y le acompañe el niño sin dificultad: porque, para formarse el oído y la voz, no se debe cantar más que al piano[62].

Para señalar mejor los sonidos, los articulamos, cuando pronunciamos; de aquí ha venido el uso de solfear con ciertas sílabas. Para distinguir los grados, hay que dar nombres a estos grados y a sus varios términos fijos; de donde proceden los nombres de los intervalos, y también las letras del alfabeto con que señalan las teclas del piano y las notas de la escala C y A, designan sonidos fijos, invariables, que siempre los dan las mismas teclas. Otra cosa son *do* y *la* : *do*, constantemente, es la tónica de un modo mayor o la mediana de un modo menor; *la*, constantemente, es la tónica de un modo menor, o la sexta nota de un modo mayor. Así, las letras señalan los términos inmutables de las relaciones de nuestro sistema musical, y las sílabas señalan los términos homólogos de las relaciones semejantes en diversos tonos; las letras indican las teclas del teclado, y las sílabas los grados del modo. Los músicos franceses han embrollado de extraña manera estas distinciones, confundiendo el sentido de las sílabas con el de las letras, y doblando inútilmente los signos de las teclas, sin haber dejado ninguno para expresar las cuerdas de los tonos, de suerte que para ellos *do* y C son siempre una misma cosa ; y no es tal ni debe ser, porque, entonces, ¿para qué sirve C? Por eso, su modo de solfear

es excesivamente difícil, sin ser provechoso para nada y sin dar ninguna idea clara al entendimiento; pues por este método, las dos sílabas *do* y *mi*, por ejemplo, pueden igualmente significar una tercera mayor, menor, superflua o diminuta. ¿Por qué extraña facilidad acontece que en el país en que se escriben más hermosos libros sobre la música, sea donde con más trabajo se aprende?

Sigamos con nuestro alumno práctica más sencilla y clara; no haya para él más de dos modos, cuyas relaciones siempre sean las mismas, indicadas siempre con las mismas sílabas. Ya sea que cante o toque un instrumento, sepa establecer su modo en cada uno de los doce tonos que pueden servir de base, y ora module en *C*, en *D*, en *G*, etc., sea siempre la final *do* o la según el modo. De esta manera siempre os entenderá; las relaciones esenciales de la manera de ajustarse cuando cante o toque, las tendrá siempre presentes, será más limpia su ejecución y más rápidos sus progresos. No hay cosa tan extravagante como lo que llaman los franceses solfeo natural, que es desviar las ideas propias de la cosa, para sustituir otras ajenas que no hacen más que descarriar. Lo más natural es solfear por transposición, cuando está el modo transportado. Pero sobra de música; enseñadla como queráis, con tal que nunca sea más que un pasatiempo.

Ya estamos advertidos del estado de los Cuerpos extraños con relación al nuestro, de su peso, figura, solidez, tamaño, distancia, temple, quietud y movimiento. Estamos enterados de cuáles son los que nos conviene acercar o desviar; de lo que hemos de hacer para vencer su resistencia u oponerles una que nos preserve de que nos hagan mal; pero no basta con esto: nuestro cuerpo se extenúa sin cesar, y sin cesar necesita renovarse. Aunque tengamos la facultad de convertir cuerpos en nuestra propia sustancia, no es indiferente la elección, que no todo es alimento para el hombre, y entre las sustancias que pueden serlo, unas le convienen más y otras menos, según la constitución de su especie, el clima en que vive, su particular temperamento y el régimen de vida que le prescribe su estado.

Nos moriríamos de hambre o envenenados, si para escoger los alimentos que nos convienen hubiéramos de esperar que nos hubiese enseñado la experiencia a conocerlos y elegirlos; pero la

suma bondad, que del deleite de los seres sensibles hizo el instrumento de su conservación, nos advierte de lo que a nuestro estómago conviene, por lo que agrada a nuestro paladar. Naturalmente no hay para el hombre médico más seguro que su propio apetito; y observándole en su primitivo estado, no dudo que los alimentos que más gratos le parecían entonces fuesen también los más sanos.

Hay más. No sólo proveyó el Autor de las cosas; a las necesidades que nos dio, sino también a las que nosotros mismos nos buscamos; y para que siempre vayan juntos el deseo y la necesidad, hace que nuestros gustos cambien y se alteren con nuestro modo de vivir. Cuanto más nos apartamos del estado de la naturaleza, más perdemos nuestros gustos naturales, o, mejor dicho, el hábito nos forma una segunda naturaleza, con que sustituimos completamente a la primera.

De aquí se deduce que los gustos más naturales deben ser también los más sencillos, porque son los que con más facilidad se transforman; mientras que irritándose y complicándose esos gustos, gracias a nuestros caprichos, toman una forma que ya no cambia. El hombre que no es todavía de país ninguno, se acostumbrará sin dificultad a los estilos de cualquiera país que fuere; pero el hombre de un país no se vuelve nunca de otro.

Esto me parece exacto bajo todos conceptos, y todavía más aplicándolo al sentido del gusto. La leche es nuestro primer alimento; sólo por grados nos acostumbramos a los sabores fuertes; al principio nos repugnan. Frutas, legumbres, hierbas, y en fin, algunas carnes asadas sin condimento y sin sal, componían los banquetes de los primeros hombres[63]; la primera vez que un salvaje bebe vino, hace una mueca y lo echa; y aun entre nosotros, el que ha vivido hasta los veinte años sin gustar licores fermentados, no puede después acostumbrarse a ellos; todos seríamos abstemios si no nos hubieran dado vino en nuestros primeros años. En fin, son nuestros gustos más universales cuanto más sencillos; lo que suele repugnar son los manjares compuestos. ¿Hemos visto a nadie tener asco del agua y del pan? Esta es la regla de la naturaleza y también será la nuestra. Conservemos al niño su primitivo gusto lo más posible; sea sencillo y común su alimento, no se familiarice su

paladar sino con sabores poco pronunciados y no se forme un gusto exclusivo.

No examino aquí si tal modo de vivir es más o menos sano porque no le considero bajo este aspecto. Me basta, para preferirle, saber que es el más conforme a la naturaleza, y el que con mayor facilidad puede acomodarse a cualquiera otro. Los que dicen que es preciso acostumbrar a los niños al alimento que han de usar cuando hombres, me parece que discurren mal. ¿Por qué ha de ser el mismo su alimento, cuando su método de vida es tan distinto?

Un hombre extenuado del trabajo, los cuidados y las penas, necesita alimentos nutritivos que le repongan; un niño que viene de jugar, y cuyo cuerpo está creciendo, necesita de un alimento abundante que le suministre mucho quilo. Por otra parte, el hombre hecho tiene ya estado, empleo y domicilio; ¿pero quién puede estar cierto de los que guarda la fortuna, al niño? En nada le hornos de dar forma tan, determinada que le cueste mucho mudarla cuando fuere preciso. No hagamos que se muera de hambre en otro país, sino lleva detrás a un cocinero francés, ni que diga un día que sólo en Francia saben comer. ¡Valiente elogio!, entre paréntesis. Yo diría lo contrario de los franceses, que no saben comer, puesto que tanto arte necesitan para que les agraden los platos.

Entre nuestras varias sensaciones, las del gusto son las que generalmente nos hacen más impresión; por esto tenemos más interés en juzgar con acierto de las sustancias que han de hacer parte de la nuestra, que de las que no hacen más que acercarse a ella. Mil cosas hay indiferentes para el tacto, para el oído y para la vista; pero casi nada es indiferente para el gusto.

Además, la actividad de este sentido toda es física y material; es el único que nada dice a la imaginación, o por lo menos aquel en cuyas sensaciones tiene menos parte, al paso que la imaginación y la imitación mezclan con frecuencia la moral con la impresión de los demás. Por eso, en general, los corazones tiernos y voluptuosos, y los caracteres afectuosos y verdaderamente sensibles, se agitan con facilidad por los otros sentidos, y éste no los conmueve. Pero de eso mismo que parece sea inferior el gusto a los demás, y más despreciable la inclinación que a él nos entrega, deduzco yo que el medio que más conviene para gobernar a los niños es conducirlos

por la boca. El móvil de la gula es preferible al de la vanidad, porque la primera es un apetito de la naturaleza, que pende inmediatamente del sentido, y, la segunda, es obra de la opinión, sujeta al capricho de los hombres y a todo género de abusos. La gula es la pasión de la infancia; pero no resiste a ninguna otra; a la menor rivalidad desaparece. ¡Ah! creedme; harto pronto cesará el niño de pensar en lo que coma, y si está empleado su corazón, no le ocupará mucho su paladar. Cuando sea hombre, mil impetuosos afectos disiparán la gula y no harán más que inflamar la vanidad; porque sola esta pasión se aprovecha de todas las demás, y al fin acaba con ellas. Algunas veces he examinado las personas que hacían mucho caso de los buenos bocados, que así que despertaban pensaban en lo que habían de comer aquel día, y describían con más puntualidad un banquete, que Polibio una batalla; y he visto que todos esos pretendidos hombres eran niños de cuarenta años sin vigor ni consistencia, *fruges consumere nali, nacidos para comer los frutos*[64].

La gula es el vicio de los corazones que no tienen sustancia. Toda el alma de un glotón está en su paladar; sólo fue nacido para comer; en su estúpida incapacidad, sólo en la mesa está a gusto y sólo de los platos sabe juzgar; dejémosle este cargo sin envidiársele, que vale más que otro para nosotros y para él.

Temer que se arraigue la gula en un niño capaz de algo, es precaución de un corto entendimiento. La infancia sólo piensa en lo que come; la adolescencia no se ocupa de eso, todo es bueno y tiene otras atenciones. No quisiera, sin embargo, que hiciéramos imprudente uso de tan mezquino resorte, y que a la honra de hacer una buena acción le diéramos por premio un buen plato. Pero una vez que en la infancia todo debe ser juegos y alegres pasatiempos, no veo por qué motivo a ejercicios meramente corporales no se les haya de dar premio material y sensible. Si un niño mallorquín, viendo una cesta colgada de un árbol, la derriba con la honda, ¿no es justo que se aproveche de ella y que repare con un buen almuerzo la fuerza que ha gastado en ganarle[65]? Si un niño espartano, arrostrando el riesgo de cien azotes, se mete con astucia en una cocina, roba una vulpeja viva, se la lleva envuelta en la ropa, y arañado, mordido, desgarrado por no sufrir la afrenta de que le

cojan, se deja despedazar las entrañas sin arquear las cejas, sin dar un ay, ¿no es justo que al fin se aproveche de su presa y que se la coma después que ella le ha comido? Nunca debe ser recompensa una buena comida; ¿pero porqué no ha de ser alguna vez del afán que por ganarla se ha tomado? No mira Emilio la torta que he puesto encima de la piedra como premio de haber corrido bien; pero sabe que el único medio de alcanzarla es llegar a ella antes que ninguno.

No sé contradicen con esto las máximas que dejo, sentadas sobre la sencillez de los manjares, porque halagando el apetito de los niños sólo se trata de satisfacerle, no en excitar su glotonería; y esto se consigue con las cosas más ordinarias del mundo, si no se trata de afinarles el gusto. Su continuo apetito excitado por la necesidad de crecer, es condimento seguro que para ellos equivale a otros muchos. Frutas , queso, algún bollo un poco más delicado que el pan común, y, sobre todo, el arte de distribuirlo con sobriedad, basta para llevar ejércitos de niños al fin del mundo, sin inspirarles afición a los sabores vivos ni exponerse a empalagarles el gusto.

Una prueba entre las que demuestran que el gusto, a la carne no es natural en el hombre, se halla en la indiferencia con que miran los niños este manjar, y la preferencia que todos ellos dan a otros alimentos como los lacticinios, la pastelería, la fruta, etc. Importa mucho conservar esta afición primitiva y no hacer carnívoros a los niños, si no por su salud, por su carácter; porque, expliquen como quieran la experiencia, lo cierto es, que, generalmente hablando, los que mucha carne comen son más crueles y feroces que los otros hombres; observación que es de todos tiempos y países. Bien notoria es la inhumanidad inglesa[66]. Por el contrario, los gauros son los más pacíficos de los hombres[67]. Todos los salvajes son crueles, y sus costumbres no los incitan a que lo sean; esta crueldad, proviene de sus alimentos: van a la guerra como a la caza, y tratan a los hombres como si fueran osos. Aun en Inglaterra no son oídos como testigos las carniceros ni los cirujanos[68]. Los perversos atroces se endurecen para los homicidios bebiendo sangre. Homero pinta a los cíclopes que comían carne, como hombres horrorosos, y a los lotófagos como pueblo tan amable, que

en cuanto se había probado su trato, se olvidaba el huésped de su país por vivir con ellos.

«Me preguntas, decía Plutarco[69], por qué se abstenía Pitágoras de comer carne de las alimañas; pero preguntote yo qué ánimo de hombre tuvo el primero que acercó a su boca una carne manida, que con el diente quebrantó los huesos de un bruto expirado, que hizo que le sirvieran plato de cuerpos muertos, de cadáveres, y que tragó en su vientre miembros que un instante atrás mugían, balaban, andaban y veían. ¿Cómo pudo su diestra ahondar un hierro en el corazón de un ser sensible? ¿Cómo pudieron soportar sus ojos una muerte? ¿Cómo pudo ver sangrar, desollar, desmembrar un pobre animal indefenso? ¿Cómo pudo contemplar el jadear de las carnes? ¿Cómo no le hizo el olor levantar el estómago? ¿Cómo no sintió repugnancia y asco? ¿Cómo no le embargó el horror, cuando vino a manejar la podre de las heridas y a limpiar la negra y cuajada sangre que las cubría?

«Por tierra arrastran pieles desolladas;
«Mugen al fuego carnes espetadas,
«Devorólas el hombre estremecido
«Y oyó dentro del vientre su gemido.

«Esto fue lo que de imaginar y de sentir hubo la vez primera que venció la naturaleza para celebrar este horrible banquete, la vez primera que tuvo hambre de una alimaña viva, que quiso comer de un animal que todavía pacía, y que dijo cómo había de degollar, de despedazar, de cocer la oveja que le lamía las manos. De los que empezaron estos crueles banquetes, no de los que los dejan, hay por qué pasmarse; aunque aquellos primeros pudieran justificar su inhumanidad con disculpas que a la nuestra faltan y que, faltándonos, cien veces más inhumanos que ellos nos hacen.

«Mortales amados de los dioses, nos dirían aquellos primeros hombres, comparad los tiempos, ved cuán felices sois vosotros y cuánto nosotros éramos miserables. La tierra recién formada, el aire u cargado de vapores, todavía no eran dóciles al orden de las estaciones; mal segura la corriente de los ríos, por todas partes sus riberas arrasaban; estanques y lagos y hondos marjales las tres

cuartas partes de la superficie del orbe inundaban, y el otro cuarto le ocupaban riscos y estériles selvas. No daba de sí la tierra ninguna sazónada fruta; no teníamos aperos de labor ningunos, no sabíamos el arte de servirnos de ellos : y para quien a nada habla sembrado, jamás llegaba el tiempo de la cosecha. Así de continuo nos acosaba el hambre. El invierno, nuestros manjares ordinarios eran el helecho y las cortezas de los árboles. Algunas verdes raíces de brezo y de grama eran nuestro regalo; y cuando podían hallar los hombres algún fabuco, algunas bellotas o nueces, bailaban de gozo en torno de un roble o de una haya, al son de alguna rústica cantinela, apellidando madre y nodriza suya la tierra; éstas eran sus fiestas, estos sus únicos juegos; todo lo demás de la vida humana sólo era dolor, penalidad y miseria.

«Finalmente, cuando yerma y desnuda la tierra ninguna cosa nos ofrecía, precisados a agraviar la naturaleza por conservarnos, nos comimos a los compañeros de nuestra miseria más antes que perecer con ellos. Empero a vosotros, hombres crueles, ¿qué nos fuerza a derramar sangre? Ved la afluencia de bienes que os cerca, cuántos frutos os produce la tierra, cuántas riquezas os dan los campos y las viñas, qué de animales os brindan con su leche para alimentaros, y con su vello para abrigaros. ¿Qué más les pedís? ¿Qué furia os incita a cometer tantas muertes, hartos de bienes y manando en víveres? ¿Por qué mentís contra nuestra madre, acusándola de que no puede alimentaros? ¿Por qué pecáis contra Ceres, inventora de las sacras leyes, y contra el gracioso Baco, con solador de los mortales, como si sus pródigos dones no bastasen para la conservación del linaje humano? ¿Cómo tenéis ánimo para mezclar en vuestras mesas huesos con sus suaves frutos, y para comer con la leche la sangre de los animales que os la dieron? Las panteras y los leones, que llamáis vosotros fieras, siguen por fuerza su instinto, y por vivir matan a los otros brutos. Empero vosotros, cien veces más que ellos fieros, resistís sin necesidad a vuestro instinto por abandonaros a vuestras crueles delicias. No son los animales que coméis los que a los demás se comen; no los coméis esos animales carniceros, que los imitáis; sólo de inocentes y mansos brutos tenéis hambre, de los que no hacen mal a nadie, de

los que con vosotros se amistan, de los que os sirven, y devoráis en pago de sus servicios.

«¡Oh, matador contra la naturaleza! Si te empeñas en sustentar que te crió ésta para devorar a tus semejantes, a seres de carne y hueso, que como, tú sienten y viven, ahoga el horror. que a tan espantosos banquetes te inspira; mata tú propio» a los animales, digo con tus manos mismas, sin hierro, sin cuchilla; destrózalos con tus uñas, como, hacen los leones y los osos; muerde ese toro, hazle pedazos, ahonda en su piel tus garras; cómete a ese cordero vivo, devora sus carnes humeantes, bébete con su alma su sangre. ¡Te estremeces! ¡No te atreves a sentir que entre tus dientes palpita una carne viva! ¡Hombre compasivo, que empiezas matando el animal, y luego te lo comes, para hacer que dos veces muera! No basta con eso; todavía te repugna la carne muerta, no la pueden llevar tus entrañas; fuerza es transformarla al fuego, cocerla, asarla, sazonarla con drogas que la disfracen; necesitas de pasteleros, de cocineros, de hombres que te quiten el horror de la muerte, y te atavíen cuerpos muertos, para que, engañado el sentido del gusto con estos disfraces, no deseche lo que le horroriza, y paladee con deleite cadáveres cuyo aspecto ni aun los ojos hubieran podido sufrir.»

Aunque este trozo sea ajeno de mi asunto, no he podido resistir a la tentación de copiarle, y creo que pocos lectores lo lleven a mal.

Por lo demás, sea cual fuere el régimen que adoptaréis para los niños, con tal que solamente los acostumbréis a manjares comunes y sencillos, dejadlos que coman, que corran y que jueguen cuanto quieran, y estad ciertos de que nunca comerán de sobra ni estarán ahítos; pero si los tenéis hambrientos la mitad del tiempo y hallan medio de burlar vuestra vigilancia, se resarcirán con todo su poder y comerán hasta hartarse. Si nuestra gula no tiene tasa, consiste en que la queremos dar otras reglas que las de la naturaleza. Siempre arreglando, prescribiendo, añadiendo y quitando, todo lo hacemos con la balanza en la mano; pero esta balanza no va a medida de nuestra estómago sino de nuestro capricho. Vengo a mis ejemplos: en casa de los aldeanos, el arca del pan y la despensa de la fruta nunca se cierran; y ni hombres ni niños saben qué son indigestiones.

No obstante, si aconteciese que un niño comiera con demasía, lo cual con mi método no creo posible, tan fácil es entretenerle con pasatiempos de su gusto, que lograríamos su mayor abstinencia sin que él lo advirtiera. ¿Cómo se les pasan por alto a todos los institutores tan fáciles y eficaces medios? Refiere Herodoto[70], que acosados los lidios de una cruel carestía, imaginaron inventar los juegos y otros pasatiempos con los cuales engañaban divertidos el hambre, y pasaban los días enteros sin pensar en comer[71]. Quizás han leído cien veces este pasaje vuestros eruditos institutores, sin ocurrirles la aplicación que de él se puede hacer a los niños. Me dirá acaso alguno, que el niño no deja de buena gana la comida por ir a estudiar su lección; tiene razón, no pensaba yo que esto fuera un entretenimiento.

El olfato es respecto del sentido del gusto lo que la vista respecto del tacto; que le precede y le advierte del modo que le ha de mover tal o cual sustancia, y lo dispone a que la busque o la evite, según la impresión que de antemano recibe de ella el olfato. He oído decir que en los salvajes no hacían los olores la misma impresión que en nosotros, y juzgaban de un modo diferente de los que eran buenos y malos. Puede ser. En sí mismos los olores son sensaciones débiles, que mueven más la imaginación que el sentido, y que menos impresión hacen por lo que dan que por lo que prometen. Esto supuesto, siendo por su modo de vivir tan diferentes los gustos de los unos de los de los otros, deben ser causa de que formen juicios muy opuestos sobre los sabores y, por consiguiente, sobre los olores que los anuncian. Con tanto gusto debe un tártaro oler un cuarto hediondo de caballo muerto, como un cazador nuestro una perdiz medio podrida.

Nuestras sensaciones ociosas, como es, por ejemplo la de la fragancia de las flores de un jardín, no pueden experimentarse por hombres que andan demasiado para encontrar diversión en pasearse o que no trabajan lo suficiente para hallar deleite en el descanso. Gentes que siempre tienen hambre, poco gusto pueden hallar en aromas que no anuncian cosa de comer.

El olfato es sentido propio de la imaginación. Como entona con fuerza los nervios, debe agitar ,mucho el cerebro; por eso aviva por un instante el temperamento y al cabo le consume. En el amor

causa efectos muy conocidos; no es el suave aroma de un tocador tan débil red como se cree, y no sé si dar el parabién o compadecer al hombre poco, sensible, a quien nunca hizo palpitar el olor de las flores que lleva su amada en el seno.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019

Así no debe ser muy activo el olfato en la edad primera, en que la imaginación, animada todavía por pocas pasiones, es poco susceptible de emoción y aun no hay la suficiente experiencia para prever con un sentido lo que otro nos promete. Esta consecuencia se confirma enteramente por la observación; y es cierto que en la mayor parte de los niños es todavía obtuso y casi rudo este sentido, no porque no sea en ellos tan exquisita la sensación como en los hombres, y acaso más, sino porque no uniéndola con ella ninguna otra idea, no se mueven fácilmente a sentir pena ni dolor, y ni los atormenta ni los halaga como a nosotros. Creo que sin salir del mismo sistema, ni recurrir a la anatomía comparada de ambos sexos, hallaríamos con facilidad la razón por qué las mujeres sienten en general los olores con más viveza que los hombres.

Dícese que los salvajes del Canadá adquieren desde niños tal sutileza de olfato, que aunque tienen perros, no se sirven de ellos para cazar y hacen ellos mismos de perros. Comprendo en efecto, que si enseñásemos a los niños a descubrir por el olfato su comida, como descubre el perro la caza, acaso conseguiríamos perfeccionarles este sentido hasta el mismo punto; pero, en realidad, no veo que puedan ellos aplicarlo a cosas de mucha utilidad, como no sea para darles a conocer sus relaciones con el gusto ; y la naturaleza ha cuidado de precisarnos a que nos enteremos de estas relaciones. La acción de este último sentido la ha hecha inseparable de la del otro, colocando cerca sus órganos y poniendo en la boca una comunicación inmediata entre ambos, de suerte que nada gustamos sin olerlo. Quisiera, sin embargo, que no se alterasen estas relaciones naturales para engañar a un niño, cubriendo, por ejemplo, con un grato aroma lo desabrido de una purga, porque entonces es harto grande la discordancia de los dos sentidos para que se pueda engañar; y como el sentido más activo absorbe el efecto del otro, no toma la purga con menos asco: éste se extiende a todas las sensaciones que al mismo tiempo le impresionan; y cuando se le presenta la más débil, le acuerda luego su imaginación la otra; un suavísimo aroma se torna para él en un olor repugnante, y así aumentan nuestras imprudentes precauciones la suma de las sensaciones desagradables a costa de las gratas.

Aún me falta hablar en los siguientes libros de la cultura de una especie de sexto sentido, llamado sentido común, no tanto porque es común a todos los hombres, cuanto porque resulta del uso bien arreglado de los demás sentidos, y porque nos da a conocer la naturaleza de las cosas por el conjunto de todas sus apariencias. Por consiguiente, este sentido no tiene órgano peculiar; sólo reside en el cerebro, y sus sensaciones que son meramente internas, se llaman percepciones o ideas. Por el número de estas ideas se mide la extensión de nuestros conocimientos; su limpieza y su claridad constituyen el entendimiento, y el arte de compararlas entre si es lo que llamamos la razón humana. De suerte que lo que llamaba yo razón sensitiva o pueril, consiste en formar ideas simples por el conjunto de muchas sensaciones; y lo que llamo razón intelectual o humana, en formar ideas complejas por el conjunto de muchas ideas simples.

Suponiendo, pues, que mi método sea el de la naturaleza, y que no me he equivocado en la aplicación, hemos traído a nuestro alumno, atravesando el país de las sensaciones, hasta la última frontera de la razón pueril; el primer paso que vamos a dar más allá, debe ser un paso de hombre. Pero antes de empeñarnos en, esta nueva carrera, demos una ojeada a la que acabamos de andar. Cada edad y cada estado de la vida tiene su perfección conveniente, su especie de madurez peculiar. Muchas veces hemos oído hablar de un hombre formado; contemplemos a un niño formado, espectáculo que será más nuevo y acaso no menos grato para nosotros.

Es tan pobre y limitada la existencia de los seres finitos, que cuando sólo vemos lo que existe, nunca nos conmovemos. Las ficciones son las que adornan los objetos reales, y si la imaginación no añade su embeleso a lo que hace impresión en nosotros el estéril gusto que se goza, ciñéndose al órgano, deja siempre frío el corazón. Ornada con los tesoros del otoño, la tierra hace alarde de una riqueza que asombra la vista; pero no enardece aquella admiración que es nacida más de la reflexión que del sentimiento. En la primavera, casi yermas las campiñas con nada se cubren todavía, no dan sombra los bosques, no hace más que apuntarla verdura y a su aspecto se inflama el corazón. Al ver cuál renace la naturaleza, nosotros mismos nos sentimos reanimar; rodéanos la

imagen del deleite, y las compañeras del contento, las suaves lágrimas, prontas siempre a unirse con todo afecto, delicioso, ya asoman a nuestros párpados; pero en balde es tan bullicioso, tan vivo y tan grato el aspecto de la vendimia; siempre lo contemplamos con ojos enjutos.

¿Por qué esta diferencia? Pues consiste en que con el espectáculo de la primavera reúne la imaginación al de las estaciones que han de seguirla; a esas yermas tiernas que distingue la vista, agrega las flores las frutas, las sombras y a veces los misterios que estas pueden cubrir. En un mismo punto reúne tiempos que han de sucederse, y menos mira los objetos como han de ser que como desea, porque de ella pende el escogerlos. En el otoño, al contrario, no tiene que ver sino lo que existe. Si queremos llegar a la primavera, nos detiene el invierno, y helada la imaginación entre la nieve y las escarchas, fallece.

Tal es el origen del encanto que sentimos al contemplar una hermosa infancia con preferencia a la perfección de la madura edad. ¿Cuándo disfrutamos de un gusto verdadero en ver a un hombre? Cuando la memoria de sus acciones hace que retrocedamos sobre su vida, rejuveneciéndole, por decirlo así, a nuestros ojos. Si nos vemos reducidos a contemplarle como él es, o a suponerle cual en su vejez ha de ser, disipa todo nuestro gusto la idea de la naturaleza decadente; que ninguno hay en ver caminar a un hombre a pasos acelerados hacia la tumba, y todo afea la imagen de la muerte.

Mas, cuando me figuro un niño de diez o doce años, sano, robusto, bien formado para su edad, no excita en mí una idea que no sea grata para el presente y para lo venidero: véole ferviente, vivo, animado, sin roedora solicitud, sin penosa y dilatada precisión, empapado todo en su ser actual y gozando una plenitud de vida que parece quiere extenderse fuera de él. Me le figuro en otra edad ejercitando al sentido, el entendimiento, las fuerzas que en él se desarrollan de día en día; le contemplo niño, y me contenta; imagínole hombre, y me contenta más; su ardiente sangre inflama, al parecer, la mía; creo que vivo con su vida y me rejuvenece su viveza.

Da la hora, ¡y qué cambio! Empañanse al instante sus ojos, huye su alegría; adiós gustos, adiós juegos y retozo. Un hombre severo y

enojado le coge de la mano, le dice con gravedad: vamos, niño, y se le lleva. En el cuarto donde entran, veo libros. ¡Libros! ¡Qué tristes muebles para su, edad! Déjase llevar el pobre niño, echa una desconsolada mirada a cuanto le rodea, calla, y parte con los ojos arrasados de lágrimas que no se atreve a verter y preñado el pecho de sollozos que no puede exhalar.

¡Oh, tú, que no tienes que temer semejante cosa, tú para quien ningún tiempo del a vida lo es de aburrimiento y violencia, tú que ves, llegar sin zozobra el día, y sin impaciencia la noche, y que cuentas por tus contentos las horas con tu presencia, de la partida de ese desdichado, ven!... Ya llega, y cuando se acerca siento una impresión de gozo que él participa. Su amigo, su camarada, el compañero de sus juegos es quien le llama; cuando me ve, está seguro de que no pasará mucho rato sin encontrar distracción; nunca dependemos uno de otro, pero siempre estamos de acuerdo y con nadie nos hallamos tan bien como juntos.

En su semblante, en su ademán, en su aspecto, se anuncian la alegría y el desembarazo; brilla en su rostro la salud; sus firmes pasos le dan un aspecto de vigor; delicado su color, sin ser empalagoso, nada tiene de afeminada molicie; ya le han estampado el aire y el sol el honroso cuño de su sexo; aunque todavía no afinados sus músculos ya empieza a señalar algunas líneas de su naciente fisonomía; si aún no, anima sus ojos el calor del sentimiento, tienen a lo menos toda su nativa serenidad, pues no los han enturbiado largas tristezas de su edad, la entereza de la independencia, la experiencia de multiplicados ejercicios. Tiene la presencia despejada y libre, no insolente y vana; su rostro, que nunca se pegó a los libros, no cae sobre el pecho, y no es necesario decirle: *alza la cabeza*, pues todavía no se la hicieron bajar la vergüenza ni el miedo.

Hagámosle sitio en medio de la reunión; examinadle, señores, preguntadle, no temáis su impertinencia, su charlar, ni sus imprudentes preguntas. No tengáis recelo de que se apodere de vosotros, ni pretenda que os ocupéis de él solo y no podáis quitárosle de encima.

Tampoco esperéis de él floridas razones ni que os diga lo que yo le haya dictado; no esperéis otra cosa que la verdad ingenua y

sencilla, sin adornos y sin vanidad. Lo malo que haya, o lo que pensare, os lo dirá con tanta franqueza como lo bueno, sin pensar de ningún modo en el efecto que haga en vosotros lo que dijere; y hablará con todo el candor de su edad primera.

Gusta el presagiar bien de los niños, y causa sentimiento el flujo de necesidades que casi siempre viene a desbaratar las esperanzas que quisiéramos fundar en. alguna feliz ocurrencia que por casualidad les viene a la boca. Si rara vez da el mío esperanzas semejantes, nunca ocasionará este sentimiento, porque nunca dice palabras inútiles, ni se abandona a una charla que sabe nadie ha de escuchar. Sus ideas son limitadas, pero rectas; si nada sabe de memoria, sabe mucho por experiencia; si no lee tan bien coma otro niño en nuestros libros, lee mejor en el de la naturaleza; su entendimiento no está en su lengua, sino en su cabeza; tiene menos memoria que discernimiento; no sabe hablar más que un idioma, pero entiendo lo que dice; y si no habla tan bien como los demás, en cambio obra mejor.

No sabe lo que es rutina, estilo, hábito; lo que ayer hizo no influye en lo que hace hoy^[72]; nunca sigue formulario, ni se sujeta a la autoridad o al ejemplo; ni obra o habla sino como le acomoda. No aguardéis por tanto de él razonamientos estudiados, ni afectados modales, sino únicamente la expresión fiel de sus ideas, y la conducta que nace de sus inclinaciones.

Hallaréis en él un corto número de nociones morales que se refieren a su actual estado; pero ninguna acerca del estado relativo de los hombres; ¿y para qué le servirían, puesto que un niño no es todavía miembro activo de la sociedad? Habladle de libertad, de propiedad y aún de convención : hasta ahí puede saber; sabe por qué no debe hacer daño a otro, para que no se lo hagan a él; por qué lo suyo es suyo, y por qué lo ajeno no es suyo; en saliendo de esto, ya no sabe más. Habladle de obligación, de obediencia; no comprende lo que queréis decir; mandadle algo, no os entenderá; pero decidle : si me haces tal favor, te lo agradeceré cuando se ofrezca, y al punto se dará prisa a complaceros, porque lo que más desea es ensanchar su dominio y granjearse con vos derechos que sabe son inviolables. Acaso no siente ocupar lugar, hacer de hombre, y ser tenido en algo; pero si este último motivo le incita, ya

se ha salido de la naturaleza, porque no habéis cerrado bien de antemano todos los portillos de la vanidad.

Por su parte, si necesita de algún auxilio, se le pedirá indistintamente al primero que encuentre; al rey lo mismo que a su lacayo: hasta ahora todos los hombres son iguales para él. Por la manera de rogaros, veis que reconoce que no le debéis nada; sabe que lo que solicita es gracia. También sabe que la humanidad inclina a otorgarla. Sencillas y lacónicas son sus expresiones; su voz, su mirar, su semblante, indican un ser tan acostumbrado a que le concedan lo que pide, como a que se lo nieguen; que ni tiene la rastrera y servil sumisión de un esclavo, ni el acento imperioso de un amo, sino una confianza modesta en su semejante, la noble y tierna blandura de un ser libre, pero sensible y débil, que implora la asistencia de otro ser libre, pero fuerte y benéfico. Si le otorgáis lo que pide, no os dará las gracias, pero conocerá que ha contraído una deuda. Si se lo negáis, no se quejará, ni insistirá, que sabe sería inútil; no dirá me lo han negado; dirá, no podía ser; y nadie se enoja contra la necesidad bien conocida.

Dejadle solo, en libertad, y ved lo que hace sin decirle nada; contemplad lo que haga, y del modo que lo hace. No necesitando convencerle de que es libre, nunca hace nada por atolondramiento y sólo por hacer un acto de potencia en él mismo. ¿No sabe que siempre es árbitro de sí propio? Es ligero, ágil, listo; tienen sus movimientos toda la viveza de su edad, pero ni uno deja de ir encaminado a un fin. Nunca acometerá nada que exceda sus fuerzas, porque las tiene bien experimentadas, y las conoce; siempre serán sus medios apropiados a sus deseos, y rara vez obrará sin estar cierto de conseguir lo que pretende. Sus ojos tendrán, atención y discernimiento: no hará preguntas necias a los demás acerca de cuanto ve; pero examinará por sí propio y se afanará por averiguar lo que desee saber antes de preguntarlo. Si cae en una dificultad imprevista, se turbará menos que otro; si hay peligro, también, se asustará menos. Como aun está parada su imaginación, y nada hemos hecho para avivarla, no ve más de lo que hay; sólo valúa los riesgos en lo que son, y conserva siempre su presencia de ánimo. La necesidad le oprime con sobrada frecuencia

para que intente sustraerse de ella; como desde que nació va unido a su yugo, está acostumbrado a él y dispuesto a todo.

Distráigase o trabaje, ambas cosas son para él indiferentes; sus juegos son sus quehaceres, no ve distinción ninguna. En todo cuanto hace pone un interés que causa risa y una libertad que gusta, manifestando a una la forma de su inteligencia y la esfera de sus conocimientos. ¿No es un espectáculo peculiar de esta edad, espectáculo que embelesa y conmueve, ver a un lindo niño, alegres y vivos los ojos, sereno y contento el semblante, risueña y desembarazada la fisonomía, hacer jugando las cosas más serias, o profundamente ocupado en los más frívolos pasatiempos?

Ahora, ¿queréis juzgarle por comparación? Juntadle con otros niños y dejadle obrar; veréis en breve cuál está más verdaderamente formado, cuál se acerca más a la perfección de su edad. De los niños de la ciudad ninguno es más hábil ni tan fuerte como él. A los lugareños de su edad los iguala en fuerza y los aventaja en destreza. Todo cuanto está al alcance de la infancia, lo juzga, lo discurre, y lo prevé mejor que todos ellos. ¿Se trata de obrar, correr, saltar, mover cuerpos, levantar masas, valuar distancias, inventar juegos, ganar premios? Diríamos que tiene la naturaleza a sus órdenes según la facilidad con que todo lo vence. Su destino es guiar, gobernar a sus iguales: el talento y la experiencia le valen el derecho. y la autoridad. Dadle el traje y nombre que os acomode; poco importa; en todas partes tendrá la primacía, en todas será caudillo de los demás, que reconocerán su superioridad; sin querer mandar, será el árbitro y le obedecerán sin creer que lo hacen.

Ha llegado a la madurez de la infancia, ha vivido vida de niño, no ha comprado su perfección a costa de su felicidad; por el contrario, una ha contribuido a otra. Al adquirir la plenitud de la razón de su edad ha sido venturoso y libre en cuanto lo permitía su constitución. Si la hoz fatal viene a segar en él la flor de nuestras esperanzas, no lloraremos a un mismo tiempo su vida y su muerte, no exasperaremos nuestro dolor con la memoria del que le hayamos causado; diremos: «a lo menos gozó de su infancia; nada de cuanto le había dado la naturaleza dejamos que perdiese.»

El gran inconveniente de esta primera educación es que sólo la aprecian los hombres perspicaces, y que un niño educado, con tanto esmero sería reputado por un niño educado del vulgo. Más piensa un preceptor en su interés que en el de su discípulo, y así se aplica a demostrar que no pierde el tiempo y que el dinero, que le dan es bien ganado; le educa de modo que se pueda lucir cuando quiera; no importa que sea inútil lo que enseña, con tal que se vea con facilidad. Sin tino ni discernimiento acumula fárrago en su memoria. Cuando se trata de examinar al niño, le hacen que deslíe su género; le enseña, quedan satisfechos, vuelve a liar su fardo, y se marcha. No es tan rico mi alumno, ni tiene fardo que desliar, ni otra cosa que enseñar que a sí propio. No obstante, un niño, así como un hombre, no se ve en un momento. ¿Cuál es el observador que a la primera ojeada sepa distinguir los rasgos que le caracterizan? Sí, los hay, pero pocos, y de cien mil padres, apenas se hallará uno de esta especie.

Las preguntas multiplicadas con exceso fastidian y aburren a todo el mundo, y con más razón a los niños. Al cabo de pocos minutos se cansa su atención, no escuchan lo que les dice un preguntón, y responden a la ventura. Este modo de examinarlos es vano y pedante; a veces una palabra cogida al vuelo retrata mejor su inteligencia y sentido que pudiera hacerse con largas razones; pero es preciso cuidar de que esta palabra no sea dictada por otro ni casual. Hay que tener mucho discernimiento para apreciar el de un niño.

Oí contar al difunto lord Hyde, que al volver de Italia un amigo suyo, después de tres años de ausencia quiso examinar los adelantos de su hijo, que tenía nueve o diez años. Fuése un día a pasear con él y su ayo a un llano donde se estaban divirtiendo unos estudiantes en echar cometas al aire. El padre, al pasar, preguntó a su hijo : *¿Dónde está la cometa cuya sombra vemos?* Sin pararse ni alzar la cabeza, contestó el niño: *en la carretera.* Y efectivamente, añadía lord Hyde, la carretera estaba entre nosotros y el sol. Así que oyó su padre esta respuesta abrazó al niño. y concluyendo su examen, se fue sin añadir palabra. Al siguiente día envió al ayo la escritura de una pensión vitalicia, además de su sueldo.

¡Qué hombre este padre, y qué hijo podía prometerse[73]! La pregunta era en todo propia de la edad del niño, y la contestación de este sencillísima. Pero nótese la claridad de discernimiento pueril que supone. Así amansaba el alumno de Aristóteles aquel célebre caballo que no había podido domar picador ninguno.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019

LIBRO TERCERO

Aunque hasta llegar a la adolescencia el curso de la vida es época de flaqueza, hay un punto durante esta primera edad, en que habiendo dejado atrás el progreso de las necesidades al de las fuerzas, aunque el animal que cree es débil todavía en sentido absoluto, es fuerte en el relativo. Como aún no están desenvueltas todas sus necesidades, son más que suficientes sus actuales fuerzas para satisfacer las que tiene. Como hombre, sería muy débil ; como niño es muy fuerte.

¿De dónde procede la debilidad del hombre? De la desigualdad entre su fuerza y sus deseos; nuestras pasiones son las que nos hacen débiles, porque serían necesarias para contenerlas más fuerzas que las que nos concedió naturaleza; tanto da disminuir los deseos, como aumentar las fuerzas; al que puede más de lo que desea, le sobran; en verdad, es un ser fortísimo. Este es el tercer estado de la niñez, y de él voy, pues, a tratar. Sigo llamándola niñez, porque me falta un término exacto para expresarla, acercándose esta edad a la de la adolescencia, sin ser aún la de la pubertad.

A los doce o trece años se desarrollan las fuerzas del niño con mayor rapidez que sus necesidades. Todavía no se ha hecho sentir de él la más violenta y terrible de todas; hasta el mismo órgano permanece imperfecto, y para salir de su imperfección, parece esperar a que le apremie la voluntad. Poco sensible a las inclemencias del aire y las estaciones, las arrostra sin temor; su calor naciente le sirve de abrigo; su apetito de condimento; todo alimento es bueno para su edad; si tiene sueño, se tiende en el suelo y duerme; en todas partes encuentra cuanto necesita; no le acosa ninguna necesidad imaginaria; nada puede con él la opinión; sus deseos no alcanzan más allá de sus brazos y no sólo se puede bastar a sí propio, sino que tiene más fuerza de la necesaria: esta es la única época de la vida en que ha de hallarse en este caso.

Presiento la objeción. No se dirá que el niño tiene más necesidades de las que yo supongo; pero si se negará que posee la fuerza que le atribuyo, sin atender a que hablo de mi alumno y no de esos muñecos ambulantes que viajan de un cuarto a otro, que cavan una maceta y llevan cargas de cartón. Diránme que hasta la virilidad no se manifiesta la fuerza viril; que lo único que a los músculos puede dar la consistencia, la actividad, el tono y el empuje, de donde resulta la verdadera fuerza, es la elaboración de los espíritus vitales en los vasos propios, y su difusión por todo el cuerpo. Esa es la filosofía de gabinete, pero yo apelo a la experiencia. En vuestras campiñas veo muchachos grandes que cavan, binan, llevan el arado, cargan toneles de vino y conducen la carreta tan bien como su padre, los tendríamos por hombres si no los vendiera la voz. Aun en nuestras ciudades hay chicos aprendices de herrero, de cerrajero, de herrador, que casi son tan robustos como sus maestros, y que no tendrían mucha menos habilidad si los hubieran ejercitado a tiempo. Si hay diferencia, y convengo en que la hay, repito que no es tanta, ni con mucho, como la de los deseos fogosos de un hombre a los limitados de un niño. Además de que aquí no tanto se trata de fuerzas físicas, cuanto de la fuerza y capacidad del entendimiento que las suple o las dirige.

Este intervalo en que el individuo puede más de lo que desea, si bien no es la época de su mayor fuerza absoluta, es, como he dicho, la de su mayor fuerza relativa. Es el tiempo más hermoso de la vida, que se va para no volver; tiempo muy breve y que, por lo tanto, como en adelante veremos, importa mucho emplearlo bien.

¿Qué hará, pues, con este sobrante de facultades y fuerzas que ahora tiene de más y que le hará falta en otra edad? Procurará emplearlo en tareas que, pueda aprovechar cuando fuere necesario; sembrará, por decirlo así, en lo venidero lo superfluo de su estado actual; hará el niño robusto provisiones para apropiarse verdaderamente este sobrante, lo pondrá en sus brazos, en su cabeza, dentro de sí propio. Ya es llegado el tiempo de trabajar, de instruirse, de estudiar ; y nótese que no soy yo quien arbitrariamente hago esta elección, que es la naturaleza quien la indica.

La inteligencia humana tiene límites; y no solamente un hombre no puede saberlo todo, sino que ni siquiera puede saber por

completo aquello poco que saben los demás hombres. Puesto que toda proposición contradictoria de una falsa es verdadera, tan inagotable es el número de las verdades como el de los errores. Hay, por tanto, una elección que hacer en las cosas que deben enseñarse y en el tiempo que conviene aprenderlas. Entre los conocimientos que podemos adquirir, unos son falsos, otros inútiles, y otros sirven para enorgullecer al que los posee. El corto número de los que realmente contribuyen a nuestro bienestar es el único que merece las investigaciones de un sabio, y, por consiguiente, de un niño que queremos lo sea. No se trata de saberlo todo, sino de saber únicamente lo que es útil.

De éste pequeño número se quitarán también las verdades para cuya inteligencia se requiere un entendimiento ya hecho, las que suponen el conocimiento de las relaciones del hombre, que no puede adquirir el niño, y las que, aunque ciertas en si, predisponen un alma sin experiencia a que forme ideas falsas sobre otras materias.

Ya estamos reducidos a un círculo muy estrecho con relación a la existencia de las cosas; ¡pero cuán inmensa esfera forma aún este círculo para la capacidad de la inteligencia de un niño! Tinieblas del entendimiento humano, ¿qué temeraria mano fue osada a levantar vuestro velo? ¡Qué de abismos veo abrir por vuestras vanas ciencias en torno de este desgraciado joven! ¡Oh, tú, que vas a guiarle por estos peligrosos senderos, y que vas a descender ante sus ojos la sagrada cortina de la naturaleza, tiembla; asegúrate bien antes de su cabeza y de la tuya, teme no sea que al uno o al otro se os vaya, y acaso a entrambos. Teme los adornos engañosos de la mentira o que te embriague el incienso de la soberbia! ¡Acuérdate, acuérdate sin cesar de que nunca fue pernicioso la ignorancia, que sólo el error es funesto y que no nos extraviamos por no saber, sino por imaginarnos que sabemos.

Sus progresos en la geometría pudieran servir de prueba y medida cierta para el desarrollo de su inteligencia; pero tan pronto como puede discernir lo que es útil de lo que no lo es, conviene usar de muchos cuidados y arte para traerle a estudios especulativos. Si se quiere, por ejemplo, que busque una media proporcional entre dos líneas, hágase de manera que necesite hallar un cuadrado igual

a un rectángulo dado; si se tratase de dos medias proporcionales, sería menester primero hacer que le interesara el problema de la duplicación del cubo, etc.. De este modo nos vamos acercando por grados a las nociones morales que distinguen el bien del mal. Hasta aquí no hemos conocido otra ley que la de la necesidad; ahora tenemos en cuenta lo que es útil, en breve llegaremos a lo que es decente y bueno.

El mismo instinto anima las diversas facultades del hombre; a la actividad del cuerpo, que procura desarrollarse, se sigue la del espíritu, que procura instruirse. Primero los niños sólo son bulliciosos, luego son curiosos, y bien dirigida esta curiosidad es el móvil de la edad a que hemos llegado. Distingamos siempre las inclinaciones que proceden de la naturaleza, de las que se originan en la opinión. Hay un ardor de saber que sólo se funda en el deseo de ser tenido por sabio y otro que nace de una curiosidad natural del hombre respecto de cuanto puede interesarle de cerca o de lejos. El deseo innato del bienestar, y la imposibilidad de satisfacer con plenitud este deseo, son causa de que sin cesar aspire a nuevos medios de contribuir a ello. Este es el primer principio de la curiosidad; principio natural del corazón humano, pero que sólo se desarrolla en proporción de nuestras pasiones y nuestras luces. Supóngase un filósofo relegado en una isla desierta con instrumentos y libros, seguro de pasar solo en ella lo restante de su vida; no se cuidará más del sistema del mundo, de las leyes de la atracción, ni el cálculo diferencial; acaso ya no abrirá un libro, pero no se descuidará en visitar hasta el último rincón de su isla, por dilatada que sea. Por tanto, descartemos también de nuestros primeros estudios los conocimientos que naturalmente no son del agrado del hombre, y ciñámonos a los que nos hace desear el instinto.

La isla del género humano, es la tierra; el objeto que más impresión hace en nuestros ojos, es el sol. Tan pronto como empezamos a desviarnos de nosotros, sobre una y otro deben versar nuestras primeras observaciones. Por eso la filosofía de casi todos los pueblos salvajes se funda únicamente en divisiones imaginarias de la tierra y en la divinidad del sol.

¡Qué salto!, dirán acaso. Hace un momento que sólo nos ocupábamos en lo que nos toca y rodea inmediatamente; de pronto ya estamos corriendo el globo y no parando hasta el fin del mundo. Este salto es efecto del progreso de nuestras fuerzas y de la propensión de nuestro espíritu. En el estado de insuficiencia y flaqueza, nos reconcentra dentro de nosotros el afán de conservarnos; en el estado de poderío y fuerza, nos saca fuera el anhelo de explayar nuestro ser y nos empuja lo más lejos posible ; pero como no conocemos aún el mundo intelectual, no se adelanta nuestro pensamiento más allá que nuestros ojos, ni nuestro entendimiento se extiende a más del espacio que mide.

Transformemos en ideas nuestras sensaciones, pero no saltemos de repente de los objetos sensibles a los intelectuales, que por los primeros hemos de llegar a los últimos. Sean siempre los sentidos los guías del espíritu en sus primeras operaciones. No consultemos otro libro que el mundo, ni otra instrucción que los hechos. El niño que lee no piensa, no hace más que leer; no se instruye, sólo aprende palabras.

Haced que vuestro alumno se halle atento a los fenómenos de la naturaleza, y en breve le haréis curioso; pero si queréis sostener su curiosidad, no os déis prisa a satisfacerla. Poned a su alcance las cuestiones y dejad que él las resuelva. No sepa nada porque se lo hayáis dicho, sino porque lo haya comprendido él mismo; invente la ciencia y no la aprenda. Si en su entendimiento sustituís una vez sola la autoridad a la razón, no discurrirá más y jugará con él la opinión ajena.

Queréis enseñar la geografía a ese niño, y le vais a buscar globos, esferas y mapas; ¡cuánta máquina! ¿Para qué todas esas representaciones? ¿Por qué no comenzáis enseñándole el objeto mismo, para que, a lo menos, sepa de lo que se trata?

Una tarde serena vamos a pasearnos por un sitio a propósito, donde bien descubierta el horizonte deja ver de lleno el sol en su ocaso, y observamos los objetos que hacen que se reconozca el sitio por donde se ha puesto. Al día siguiente volvemos a tomar el fresco al mismo sitio, antes de que salga el sol. Le vemos anunciarse de lejos con las flechas de fuego que delante de él lanza. Auméntase el incendio, aparece todo el oriente inflamado; su

brillo hace esperar el astro mucho tiempo antes que se descubra; a cada instante creemos que le vamos a ver; vémosle, en fin. Destella como un relámpago un punto brillante, y al instante llena el espacio todo; desvanécese el velo de la tinieblas, y cae ; reconoce el hombre su mansión y la halla hermosa. Durante la noche ha cobrado nuevo vigor la verdura; el naciente día que la alumbró, los rayos primeros que la doran, la enseñan cubierta de luciente aljófara, de rocío, que reflejan los colores y la luz. El coro reunido de las aves saluda con sus conciertos al padre de la vida; en este momento ni una está callada: débil aún su trinar, es más lento y más blando que lo demás del día, pues se resienten de lo soñoliento de su apacible despertar. El conjunto de todos estos objetos deja en el pecho una impresión de serenidad que penetra hasta el alma. Media hora hay entonces de embeleso a que ningún hombre resiste; que espectáculo tan bello, tan magnífico, tan delicioso, a todos conmueve.

Lleno del entusiasmo que experimenta, quiere el maestro comunicársele a su discípulo y cree que le mueve participándole las sensaciones que a él le han conmovido. ¡Disparate! En el corazón del hombre es donde reside la vida del espectáculo de la naturaleza y para verle es preciso sentirle. Distingue el niño los objetos, mas no puede conocer las relaciones que los estrechan ni oír la dulce armonía de su concierto. Requíérese una experiencia que no ha adquirido, son necesarios afectos que no ha experimentado,, para sentir la impresión que resulta de todas estas sensaciones juntas. Si no ha andado mucho tiempo por áridas llanuras, si no han tostado sus plantas ardientes arenales, si nunca le sofocó la abrasada reverberación de las peñas heridas del sol, ¿cómo ha de recrearle el fresco de una hermosa madrugada? ¿Cómo han de hechizar sus sentidos el aroma de las flores, el encanto de la verdura, las húmedas perlas del rocío, la muelle y tierna alfombra del césped? ¿Qué emoción regalada le ha de causar el gorjear de los pajarillos, si aún no conoce los acentos del deleite y el amor? ¿Cómo ha de enajenarle el nacimiento de día tan sereno, si aún no le sabe pintar su imaginación los gustos con que puede llenarle? ¿Cómo, en fin, le ha de enternecer la hermosura del espectáculo de la naturaleza, si no sabe qué mano la adornó tan primorosamente?

No expliquéis al niño cosas que no puede entender: lejos las descripciones, la elocuencia, las figuras y la poesía. Ahora no se trata de sentimiento ni gusto; seguid siendo claro, sencillo y tranquilo: harto pronto vendrá tiempo de que le habléis en otro estilo.

Educado conforme al espíritu de nuestras máximas, acostumbrado a sacar de sí propio todos sus instrumentos, y a no recurrir nunca a otro sino después de haber reconocido su insuficiencia, a cada objeto nuevo que ve le examina mucho tiempo sin decir nada. Es pensativo, no preguntón. Ceñíos a presentarle en ocasión oportuna los objetos; luego, cuando veáis bastante ocupada su curiosidad, hacedle alguna pregunta lacónica que le dirija a la solución.

En el caso presente, luego de haber contemplado el sol naciente, después que le hayáis hecho reparar los montes que se vean hacia el oriente, y los demás objetos inmediatos, y que haya podido charlar a su sabor sobre todo, guardáis un rato de silencio, como si reflexionárais sobre algo muy importante, y decidle luego: Estoy pensando en que ayer por la tarde se puso el sol por allí, y esta madrugada ha salido por aquí. ¿Cómo puede ser eso? No digáis más; si os hace preguntas, no respondáis a ellas; hablad de otra cosa. Dejadle que piense él, y estad seguro de que lo hará.

Para que un niño se acostumbre a estar atento, y para que le haga mucha impresión una verdad sensible, es necesario que le cause algunos días de inquietud antes, que dé con ella. Si no la concibe lo bastante de este modo, hay medio de hacérsela todavía más palpable, y es invertir la cuestión; pues que si no sabe cómo va el sol de su ocaso a su nacimiento sabe el menos cómo va de su nacimiento a su ocaso, porque sus ojos solos se lo enseñan. Aclarad, pues, la primera cuestión con la otra: o es vuestro alumno absolutamente estúpido, o no podrá menos de comprender analogía tan clara. Esta será su primera lección de cosmografía.

Como siempre procedemos lentamente de idea sensible en idea sensible, como nos familiarizamos mucho tiempo con una misma antes que pasemos a otra, y, finalmente, como nunca obligamos a nuestro alumno a que esté atento, mucho habrá que andar desde esta primera lección hasta conocer el curso del sol y la figura de la tierra; mas como todos los movimientos aparentes de los cuerpos

celestes se basan en el mismo principio, y la primera observación conduce a todas las demás observaciones, menos cuesta, aunque sea necesario más tiempo, llegar desde una revolución diurna al cálculo de los eclipses, que entender bien la causa de la sucesión del día y la noche.

Puesto que gira el sol en derredor del mundo, describirá un círculo, y todo círculo debe tener un centro, ya eso lo sabemos. Este centro no podremos verle, porque está en lo interior de la tierra; pero en su superficie podemos señalar dos puntos opuestos que le correspondan. Un asador que pase por los tres puntos y se prolongue hasta el cielo por una y otra parte, será el eje del mundo y del movimiento diurno del sol. Una perinola redonda que ruede, representará el cielo rodando sobre su eje; las dos puntos de la perinola son los dos polos . el niño tendrá mucha satisfacción en conocer el uno; muéstróselo en la cola de la osa menor. Ya tenemos diversión para las estrellas, y de aquí nace la primera afición de conocer los planetas y observar las constelaciones.

Hemos visto salir el sol por San Juan; vamos también a verle salir por Navidad o cualquier otro día sereno de invierno, porque ya es sabido que no tenemos pereza y que no nos arredra el frío. Tengo cuidado de hacer esta segunda observación en el mismo sitio en que hicimos la primera; y mediante alguna habilidad para hacer que en ello se fije, no deja uno de nosotros dos de decir: ¡Ah, ah, cosa rara! ¡el sol ya no sale en el mismo sitio! Aquí están nuestros antiguos sitios; y ahora ha salido por allí, etc. Luego hay un oriente de verano y otro de invierno, etc... Maestro joven, ya estás en el camino. Deben bastaros estos ejemplos para enseñar con mucha claridad la esfera, representando el mundo con el mundo, y el sol con el sol.

Por regla general, nunca sustituyáis a la cosa con el signo, a menos que no podáis hacerla ver; porque el signo absorbe la atención del niño y le hace olvidar la cosa representada.

La esfera armilar me parece una máquina mal compuesta y ejecutada con malas proporciones aquella confusión de círculos y las extrañas figuras que en ellos graban, le dan aspecto de magia, que asusta la inteligencia de los chicos. La tierra es muy pequeña y los círculos muy grandes; algunos, como los coluros, son

absolutamente inútiles; cada círculo es más ancho que la tierra; el espesor del cartón les da una forma sólida, que hace que se miren como masas circulares realmente existentes; y cuando decís al niño que todos estos círculos son imaginarios ni sabe lo que ve ni entiende cosa alguna.

No sabemos nunca colocarnos en el lugar de los niños, ni acomodarnos a sus ideas, sino que les atribuimos las nuestras; y siguiendo siempre nuestros propios raciocinios, con verdades bien eslabonadas, sólo amontonamos en sus cabezas extravagancias y errores.

Dispútase acerca de la preferencia entre el análisis o la síntesis para estudiar las ciencias. No siempre hay necesidad de escoger; posible es a veces resolver y componer en una misma investigación, guiando al niño por el método de enseñanza, cuando cree él que no hace más que analizar. Empleando entonces de consuno uno y otra, se servirían de prueba recíprocamente. Saliendo a la par de los dos puntos opuestos, sin pensar que anda el mismo camino, extrañará mucho encontrarse y no podrá menos de serle muy grata esta extrañeza. Quisiera, por ejemplo, tomar la geografía por ambos extremos y unir con el estudio de las revoluciones del globo la medida de sus partes, empezando por el sitio de su habitación. Mientras que estudia el niño la esfera y se traslada así a los cielos, traedle a la división de la tierra, y enseñadle primero su propia morada.

Sus dos primeros puntos de geografía serán el pueblo donde vive y la casa de campo de su padre; luego los lugares intermedios, después los ríos de las inmediaciones y, al fin, el aspecto del sol y el modo de orientarse. Este es el punto de reunión. Haga él mismo el mapa de todo esto, mapa muy sencillo, y formado primero con dos solos objetos, a los cuales va añadiendo poco a poco los demás, al paso que va sabiendo o valuando su distancia y su posición. Ya se ven las ventajas que le hemos proporcionado con ponerle un compás en los ojos.

A pesar de esto, será necesario sin duda guiarle algo, aunque poco, y sin que lo eche de ver. Si se engaña, dejadle, no enmendéis sus yerros; esperad, sin decir palabra, que se halle en estado de verlos y enmendarlos por sí propio; o, cuando más, en hallando

ocasión propicia, suscitar alguna operación que se los haga ver. Si nunca se engañara, no aprendería tan bien. En cuanto a lo demás, no tratamos de que sepa con puntualidad la topografía del país, sino el modo de instruirse en ella; poco importa que tenga o no los mapas en la cabeza, con tal que entienda bien lo que representan y tenga ideas claras del arte que sirve para levantarlos. Notad la diferencia del saber de vuestros alumnos a la ignorancia del mío. Aquéllos saben los mapas y éste los hace. Ya tenemos nuevos adornos para su aposento.

Acordaos siempre de que no es el espíritu de mi sistema enseñar muchas cosas al niño, sino el no dejar nunca que se introduzcan en su cerebro otras ideas que las justas y claras. Aun cuando nada sepa, poco me importa, con tal que no se engañe; y si planto verdades en su cabeza, es sólo por preservarle de los errores que en su lugar aprendería. Con lentos pasos vienen la razón y el discernimiento; pero las preocupaciones acuden en tropel, y es necesario preservarle de ellas. Mas si consideráis la ciencia en sí misma, os metéis en un mar sin fondo ni orillas, lleno todo de bajíos; y nunca llegaréis a puerto de salvamento. Cuando veo a un hombre que se deja arrastrar del amor a los conocimientos, y corre de uno a otro sin saber parar, se me figura que veo a un muchacho cogiendo conchas a la orilla del mar, y cargando con ellas; luego con la codicia de más que ve, tira aquellas, y coge otras, hasta que abrumado con el mucho peso, y no sabiendo donde escoger, al fin las arroja todas, y se vuelve con las manos vacías.

Durante la edad primera hubo tiempo sobrado y sólo procurábamos perderle, por no emplearle mal. Ahora es todo lo contrario; no tenemos el suficiente para hacer todo cuanto sería útil. Mirad que se acercan las pasiones, y así que llamen a la puerta, vuestro alumno sólo en ellas pondrá toda su atención. La edad serena de la inteligencia es tan breve, huye con tanta rapidez, y hay que emplearla en tantas cosas indispensables, que es locura intentar que baste para hacer sabio a un niño. No se trata de enseñarle las ciencias, sino de inspirarle la afición a ellas y darle métodos para que las aprenda cuando se desarrollen mejor esas aficiones. He aquí, ciertamente, el principio fundamental de toda buena educación.

He aquí también el tiempo de acostumbrarle poco a poco a que ponga continua atención en el mismo objeto; pero nunca debe ser esta efecto de la violencia, sino siempre del gusto o del deseo; es necesario además tener mucha cuenta con que no le incomode, y llegue a aburrirle. Estad siempre alerta, y suceda lo que quiera dejadlo antes que se fastidie; porque nunca importa tanto que aprenda, como que no haga cosa ninguna contra su voluntad.

Si os hace preguntas, contestad lo suficiente para entretener su curiosidad, no para dejarla satisfecha; pero, con especialidad, cuando veáis que en vez de proponer cuestiones para instruirse se echa a divagar y a incomodaros con preguntas necias, callaos al punto, seguro de que entonces no trata de la cuestión, sino de sujetaros a sus interrogatorios. Menos cuenta se ha de tener con las palabras que dice, que con el motivo que se las dicta. Esta advertencia, no tan necesaria hasta aquí, empieza a ser de la mayor importancia en cuanto el niño comienza a discurrir.

Hay un encadenamiento de verdades generales, por virtud del cual todas las ciencias penden de principios comunes de todas, y sucesivamente se desarrollan; este encadenamiento es el método de los filósofos. De este no tratamos aquí. Otro hay enteramente distinto, en el cual cada objeto particular viene eslabonado con otro anterior y trae detrás de sí al que sigue. Este orden, que mantiene siempre con una continua curiosidad la atención que todos los estudios. requieren, es el que sigue la mayor parte de los hombres y el que conviene con especialidad a los, niños. Cuando nos orientamos para levantar nuestros mapas, fue preciso trazar meridianas. Dos puntos de intersección entre las sombras iguales de la mañana y la tarde, son una excelente meridiana para un astrónomo de trece años. Pero estas meridianas se borran; se necesita tiempo para trazarlas; obligan a trabajar siempre en un mismo sitio; tanta solicitud y tanta sujeción le aburrirían al fin. Ya lo hemos previsto y remediado de antemano.

Ya estoy de nuevo en mis largos y minuciosos detalles. Ya oigo, lectores, vuestras murmuraciones, y las arrosto, que no quiero sacrificar a vuestra impaciencia la parte más útil de este libro. Tomad la resolución que os parezca acerca de mis prolijidades, que yo tengo tomada la mía acerca de vuestras quejas.

Desde mucho tiempo antes habíamos notado mi alumno y yo que el ámbar, el vidrio, la cera, y otros varios cuerpos frotados atraían las pajillas, y que otros no las atraían. Por casualidad encontramos uno que tiene una virtud aún más extraña, que es atraer a alguna distancia, y sin que le froten, las limaduras y otros pedacillos de hierro. ¡Cuánto tiempo no divierte esta cualidad, sin poder descubrir en ella otra cosa! Por fin encontramos que se comunica al hierro mismo, tocado al imán de cierta manera. Un día vamos a la feria[74] y un jugador de manos atrae con un mendrugo de pan un pato de cera que nada en un barreño de agua. Extrañándolo mucho, no decimos, sin embargo, que es un hechicero, porque no sabemos qué cosa es un hechicero. Tocando sin cesar efectos cuyas causas ignoramos no nos apresuramos a decidir de nada, y estamos quietos hasta que hallamos ocasión para salir de nuestra ignorancia.

De vuelta a casa, a fuerza de hablar del pato de la plaza, se nos pone en la cabeza imitarle: cogemos una aguja fuerte, bien tocada a la piedra imán, la rodeamos con cera blanca, a que damos lo mejor posible la figura de un pato, de manera que el cuerpo le atraviese la aguja y la cabeza de ésta haga el pico. Ponemos en agua el pato, aproximamos al pico una llave, y con un júbilo que no es difícil comprender, vemos que nuestro pato sigue la llave, precisamente lo mismo que el de la plaza seguía el mendrugo de pan. Observar en qué dirección se queda el pato en el agua cuando le dejan quieto, es cosa que podremos hacer otro día. Por ahora queremos ocuparnos enteramente de nuestro objeto.

Aquella misma tarde volvemos a la plaza con pan preparado en nuestros bolsillos; y tan pronto como el jugador de mano hizo su habilidad, mi doctorcillo, que ya no se podía contener, le dice que aquello es fácil y que también él lo hace. Cógenle la palabra saca al instante de su bolsillo el pan donde está metido el pedazo de hierro; al acercarse a la mesa, le late el corazón; presenta el pan casi temblado; viene el ánade y le sigue. Con el palmoteo y las aclamaciones del corro se le va la cabeza, no está en sí. Confuso el jugador de manos, viene, no obstante, a abrazarle y a darle el parabién, rogándole que le honre al otro día con su presencia, y añadiendo que juntará más gente, para que aplaudan su habilidad.

Ufano mi pequeño naturalista, quiere charlar; pero le tapo la boca, y me le llevo colmado de elogios.

Hasta el otro día cuenta el niño los minutos con una visible impaciencia. Invita a cuantos encuentra; quisiera que presenciase su gloria todo el linaje ha mano; aguarda la hora con ansia, sale antes que sea tiempo, vuela al sitio y ya está formado el corro. Al entrar en él, se ensancha su corazón novel. Antes se han de hacer otros juegos; el jugador de manos se esmera y ejecuta mil lindezas; el niño nada de ello ve; se afana, suda, apenas alienta; pasa el tiempo manejando en la faltriquera el mendrugo de pan, temblándole la mano con la impaciencia. Al fin llega su vez, y el maestro le anuncia al público con mucha pompa. Se acerca con alguna vergüenza, saca su pan... ¡Oh vicisitud de las cosas humanas! El pato, tan manso la víspera, está hoy hurraño; en vez de presentarle el pico, le vuelve la cola, y se va; huye del pan y de la mano que se lo presenta con tanta diligencia como antes le seguía. Después de mil pruebas inútiles burladas siempre, se queja el niño de que le han engañado, de que han sustituido otro pato al de la víspera y reta al jugador de manos a que le atraiga.

Sin responderle, coge el titiritero un mendrugo de pan, se le presenta al pato, y al instante viene a la mano que le retira. Agarra el niño el mismo mendrugo pero lejos de aprovechar más que antes, ve que el pato hace burla de él, y que da vueltas en derredor del barreño; por fin se va lleno de confusión y sin atreverse a probar de nuevo, no sea que se burlen de él otra vez.

El jugador toma entonces el mendrugo de pan que había traído el niño, y se sirve de él con tan buen resultado como del suyo; saca el hierro delante de todo el mundo, otras risotadas a costa nuestra; luego con este pan, sacado el hierro, atrae como antes el pato. Lo mismo hace con otro mendrugo, cortado a presencia de toda la gente por tercera mano; otro tanto hace con su guante, con la yema del dedo; por fin, se pone en mitad del corro, y con el tono enfático que es propio de estas gentes, declara que no será menos obediente a su voz que a su ademán; háblale, y obedece el pato; dícele que vaya a mano derecha, y va a la derecha; que vuelva, y vuelve; que dé una vuelta y la da; tan pronto como la orden es el movimiento. Los reiterados aplausos son otras tantas afrentas para

nosotros. Nos escapamos sin ser vistos y nos encerramos en nuestro cuarto, sin ir a contar nuestras victorias a todo el mundo, como habíamos proyectado.

Al día siguiente por la mañana, llaman a la puerta; abro, y me encuentro con el hombre de los cubiletes, que se queja con mucha moderación de nuestra conducta. ¿Qué nos había hecho para que quisiéramos desacreditar sus juegos y quitarle que ganara el pan? ¿Qué milagro es saber atraer un ánade de cera, para que se quiera comprar esta honra a costa de la subsistencia de un hombre de bien? « A fe mía, señores, que si tuviera yo otro talento para poder vivir, poco alarde haría de éste. Podían ustedes conocer que un hombre que pasa su vida ejercitándose en esta pobre industria, sabe más de esto que ustedes que sólo se ocupan en ella algunos ratos. Si al principio no les enseñé mis artes magistrales, consiste en que no conviene darse prisa a demostrar lo que uno sabe; tengo buen cuidado de reservar mis mejores habilidades para un caso dado, y después de ésta me quedan otras muchas con que parar a jóvenes indiscretos. En cuanto a lo demás, vengo de muy buena gana a decir a ustedes el secreto que tanto les ha dado que hacer, rogándoles no abusen de él en perjuicio mío y que otra vez sean más circunspectos. »

Entonces nos enseña su máquina; y con la mayor sorpresa vemos que no consiste más que en un grande y fuerte imán, que movía sin ser visto un niño escondido debajo de la mesa.

Recoge el hombre su máquina, y después de haberle nosotros dado las gracias y pedídle perdón, queremos hacerle un regalo que él rehusa. «No, señores, no estoy tan satisfecho con ustedes que quiera admitir sus dádivas; los dejo reconocidos mal de su grado, y esa es mi única venganza. Sepan ustedes que en todas las condiciones se halla generosidad; yo llevo dinero por mis habilidades, pero no por mis lecciones.»

Al salir, me dirige a mí en voz alta, y con particularidad una reprensión. «Disculpo, me dice, sin dificultad a este niño, que ha pecado solamente por ignorancia; pero usted caballero, que debía conocer su culpa, ¿por qué se la dejó cometer? Una vez que viven ustedes juntos, el de más edad debe al otro sus solicitudes y consejos; la experiencia de usted es la autoridad que le debe

conducir. Cuando sea hombre y se arrepienta de los yerros de su mocedad, le echará a usted la culpa de todos aquellos de que no le haya advertido[75].»

Se va y nos deja muy confusos. Me afeo mi blandura; prometo al niño que otra vez la sacrificaré a su interés y que le advertiré de sus yerros antes que los cometa; porque se acerca el tiempo de que van a mudar nuestras relaciones y a suceder la severidad del maestro a la condescendencia del camarada; esta mudanza debe venir por grados; es menester preverlo todo y desde muy lejos.

Al día siguiente, volvemos a la feria a ver la habilidad cuyo secreto sabemos. Nos arrimamos con un profundo respeto a nuestro Sócrates titiritero; apenas nos atrevemos a alzar los ojos hasta él nos hace mil cortesías y nos coloca con una distinción que es para nosotros nuevo bochorno. Hace sus habilidades como acostumbra; pero se divierte, y se recrea mucho tiempo en la del ánade, mirándonos varias veces en ademan irónico. Todo lo sabemos y no alentamos. Si se atreviese mi alumno a abrir siquiera la boca, sería un niño que merecería ser hecho pedazos.

Todos los detalles de este ejemplo importan más de lo que parece. ¡Cuántas Lecciones en una sola! ¡Cuántas mortificaciones trae consigo el primer movimiento de vanidad! Maestro joven, acechad con cuidado este movimiento. Sí lográis hacer que de él nazcan desaires y desgracias[76], estad cierto de que en mucho tiempo no se suscitará el segundo. ¡Cuánto preparativo! diréis; cierto, y todo ello tan sólo para hacer una brújula que le sirva de meridiana.

Habiendo aprendido ya que el imán obra a través de los demás cuerpos, nos damos prisa a fabricar una máquina semejante a la que hemos visto: una mesa agujereada, encima un barreño muy llano, y con algunas líneas de agua, un pato hecho con mayor esmero, etc. Atentos en torno del barreño, notamos por fin que cuando el pato se halla quieto conserva siempre la misma dirección con corta diferencia. Seguimos la experiencia, examinamos esta dirección; vemos que es de sur a norte; no se necesita más, ya está hallada nuestra brújula, o, lo que es igual, ya estamos en la física.

Hay distintos climas en la tierra y diversas temperaturas en estos climas. Varían las estaciones de un modo más sensible a medida

que se acerca uno al polo; todos los cuerpos se comprimen con el frío se dilatan con el calor; este efecto es más sensible en los licores espirituosos: de aquí viene el termómetro. El viento da en el rostro; luego el aire es un cuerpo, un fluido que se siente, aunque no se pueda hacer visible. Meted un vaso boca abajo en el agua, y no se llenará, a menos que dejéis salida al aire; luego el aire es un fluido resistente. Empujad con más fuerza el vaso, y entrará el agua en una parte del espacio que ocupa el aire, sin poder llenar totalmente este espacio; luego el aire es compresible hasta cierto punto. Una pelota llena de aire bota mejor que llena de cualquiera otra materia; luego el aire es un cuerpo elástico. Si tendido en el baño levantáis horizontalmente el brazo hasta sacarle del agua, le sentiréis cargado de un peso terrible; luego el aire es un cuerpo pesado. Poniéndole en equilibrio con otros fluidos, puede medirse su peso; de aquí el barómetro, el sifón, la escopeta de viento, la máquina neumática. Con experiencias no menos toscas se encuentran todas las leyes de la estática y la hidrostática. No quiero para nada de esto que entre en un gabinete de física experimental; no me gusta todo ese aparato de instrumentos y máquinas. El aspecto científico acaba con la ciencia. O asustan todas máquinas a un niño, o le distraen y le quitan sus figuras la atención que debiera poner en sus efectos.

Quiero que nosotros mismos hagamos todas nuestras máquinas, y no he de comenzar haciendo el instrumento antes que la experiencia; quiero que después de haber entrevisto la experiencia, como por casualidad, inventemos poco a poco el instrumento que ha de verificarla. Quiero que no sean tan justos y perfectos nuestros instrumentos y que tengamos ideas más exactas de lo que deben ser y de las operaciones que de ellos tienen que resultar. Por primera lección de estática, en vez de ir a buscar balanzas, atraveso un palo sobre el respaldo de una silla, mido la longitud de las dos partes del palo en equilibrio, por una y otro lado, pongo pesos diferentes, unas veces iguales y otras desiguales, y tirando o empujando el palo lo que fuere necesario, descubro al fin que resulta el equilibrio de la proporción recíproca entre la cantidad de los pesos y la longitud de las palancas. Ya está mi pequeño físico apto para rectificar balanzas antes haber visto ninguna.

No hay duda de que se adquieren nociones más claras y seguras de las cosas que aprende uno por sí propio, que de las que se saben por enseñanza de otro, y además de que no se acostumbra la razón a sujetarse ciegamente a la autoridad, se vuelve uno más ingenioso para hallar relaciones, ligar ideas, inventar instrumentos, que cuando, adoptándolo todo como nos lo dan, dejamos que nuestro espíritu caiga en la desidia, como el cuerpo de un hombre que, siempre vestido, calzado, servido por sus criados y arrastrado por sus caballos, pierde al cabo la fuerza para el uso de sus miembros. Alabábase Boileau de que había enseñado a Racine a versificar con dificultad. Con tantos admirables métodos para abreviar el estudio de las ciencias, necesitaríamos quien nos diera uno para aprenderlas con trabajo.

La ventaja más sensible de estas lentas y laboriosas investigaciones es que en medio de los estudios especulativos, mantienen la actividad del cuerpo y la agilidad de los miembros, y sin cesar conforman las manos para las faenas y usos que aprovechan al hombre. Tantos instrumentos inventados para que nos guíen en nuestras experiencias y suplan la exactitud de los sentidos, hacen que no nos cuidemos de ejercitar estos. El grafómetro nos ahorra que valuemos la magnitud de los ángulos; los ojos que median con exactitud las distancias, se fían de la cadena que las mide en vez de ellos; la romana exime de juzgar con la mano el peso que por ella se conoce. Cuanto más ingeniosas son nuestras herramientas, más torpes y rudos se tornan nuestros sentidos; y a puro amontonar máquinas en derredor, ninguna hallamos dentro de nosotros.

Pero si ponemos en la fabricación de estas máquinas toda la habilidad que las sustituía, sí en hacerlas empleamos la sagacidad que necesitábamos para no usarlas, ganamos sin pérdida ninguna; agregamos el arte a la naturaleza, y, sin ser menos hábiles, nos hacemos más ingeniosos. En vez de sujetar a un niño encima de los libros, ocupándole en un obrador, trabajan sus manos en beneficio de su entendimiento; se hace filósofo, cuando piensa que no es más que un operario. Finalmente, acarrea este ejercicio otras utilidades de que hablaré más adelante, y veremos de qué modo es posible

encumbrarse a las verdaderas funciones del hombre desde los juguetes de la filosofía.

Ya he dicho que no convienen a los niños, ni aun cuando rayan en la adolescencia, los conocimientos meramente especulativos; pero sin sumirlos en las honduras de la física sistemática, haced de modo que se liguén todas sus experiencias una a otra por algún género de deducción, para que, con auxilio de este encadenamiento las puedan colocar con orden en su espíritu y acordarse de ellas cuando fuere necesario; porque es muy dificultoso que hechos y aun racionios aislados se queden mucho tiempo en la memoria, cuando falta asidero para traerlos a ella.

Para la investigación de las leyes de la naturaleza, comenzad siempre por los fenómenos más sensibles y más comunes y acostumbtrad a vuestro alumno a que crea que estos fenómenos son hechos y no razones. Cojo una piedra, finjo que la deajo en el aire, abro la mano, y cae la piedra. Veo a Emilio muy atento y le pregunto : ¿ Por qué se ha caído esta piedra?

¿Qué niño quedará parado por esta pregunta? Ninguno, ni aun Emilio, si no he puesto mucho esmero en prepararle a que no sepa responder a ella.

Dirán todos que cae la piedra porque es pesada. ¿Y qué es lo pesado? Lo que cae. ¿Luego la piedra se cae porque se cae? Aquí se detiene de veras mi pequeño filósofo. Esta será su primera lección de física sistemática; y ya sea que le aproveche o no para esta ciencia, siempre será una lección de sano juicio.

Al paso que el niño crece en inteligencia, nos obligan otros motivos importantes a escoger con más escrupulosidad sus ocupaciones. Luego que llega a conocerse a sí propio lo bastante para entender en qué consiste su bienestar; luego que adquiere relaciones suficientes para conocer por ellas lo que le conviene y lo que no, ya entonces está en condiciones de conocer la diferencia que hay del trabajo a la diversión y de mirar ésta como un desahogo de aquél. Ya pueden formar parte de sus estudios objetos realmente útiles y convencerse de que debe poner en ellos aplicación más constante que la que ponía en meros pasatiempos. Desde temprano enseña al hombre la ley de la necesidad, que cada instante renace, a que haga lo que no es de su agrado, para precaver lo que le sería

más penoso. Para esto sirve la previsión; y de esta previsión, bien o mal arreglada, nace la sabiduría y la miseria humana.

Todo hombre quiere ser feliz; mas para conseguirlo, debemos saber qué es la felicidad. Tan sencilla es la del hombre natural como su vida; se funda en no padecer y la constituyen la salud, la libertad y lo necesario. Otra es la felicidad del hombre moral; pero aquí no tratamos de ésta. Nunca repetiré lo bastante que sólo los objetos meramente físicos pueden interesar a los niños; especialmente a los que no ha hecho despertar la vanidad, y de antemano no han sido estragados con la ponzoña de la opinión.

Cuando precaven sus necesidades antes de sentir las, ya está muy adelantada su inteligencia, y empiezan a conocer el valor del tiempo. Entonces importa acostumarlos a que encaminen su empleo a objetos útiles, pero de utilidad palpable para su edad y que alcancen sus luces. No se les debe presentar tan pronto todo aquello que tiene conexión con el orden moral y con el uso de la sociedad, porque no son capaces de entenderlo. Necedad es exigir de ellos que se apliquen a cosas que vagamente les dicen son para su bien, sin que sepan qué bien es éste, y que les aseguran les han de aprovechar cuando sean hombres, sin que ningún interés tengan por ahora en ese pretendido provecho que no pueden comprender.

No haga nada el niño porque así se lo digan : sólo es bueno para él lo que por tal reconoce. Si le lanzáis siempre más allá de sus luces, os figuráis que tenéis previsión, y os falta por completo. Por armarle con algunos vanos instrumentos de que acaso no hará nunca uso, le quitáis el instrumento más universal del hombre, que es la sana razón; le acostumbráis a que siempre se deje guiar, a que nunca sea más que una máquina en manos ajenas. Queréis que sea dócil cuando chico; eso es querer que sea crédulo y burlado cuando hombre. Sin cesar le decís: «Todo cuanto exijo de ti es en beneficio tuyo; pero no eres capaz de conocerlo ¿Qué me importa a mi que lo hagas o no? Para ti solo te afanas. » Con esas buenas razones que ahora le decís para que adquiera discreción, le disponéis a que se deje alucinar un día por las que le diga un iluso, un alquimista, un truhán, un pícaro o un loco de cualquier género, para que caiga en sus lazos o dé en su locura.

Es conveniente que un hombre sepa muchas cosas cuya utilidad no puede comprender un niño; pero ¿se necesita o es posible siquiera que aprenda un niño todo cuanto importa que sepa el hombre? Procurad enseñar a un niño todo lo que es útil para su edad, y veréis que sobra con eso para llenar su tiempo. ¿Por qué queréis, en detrimento de los estudios que hoy día le convienen, aplicarle a los de una edad a que es incierto haya de llegar? Pero, me diréis: ¿será tiempo de aprender lo que debe saberse cuando llegue el caso de hacer uso de ello? No lo sé; pero sí sé que no es posible aprenderlo antes, porque la experiencia y el sentimiento son nuestros verdaderos maestros, y nunca el hombre conoce lo que le conviene fuera de las relaciones en que él se ha encontrado. Sabe el niño que ha de llegar a ser hombre; todas las ideas que del estado de hombre puede formarse son para él motivos de instrucción; pero acerca de las ideas de este estado, que exceden a su capacidad, debe, permanecer en absoluta ignorancia. Todo mi libro no es más que la prueba no interrumpida de este principio de educación.

Tan pronto hemos conseguido dar a nuestro alumno una idea de la palabra *útil*, tenemos ya otro fuerte asidero para conducirlo. Esta voz le hace mucha impresión porque para él sólo tiene un significado relativo a su edad y ve claramente la relación de ella con su actual bienestar a vuestros hijos no les hace mella esta voz, porque no os habéis esmerado en darles una idea de ella que no excediese a su capacidad y porque encargándose otros de proporcionarles cuanto es útil, nunca necesitan pensar en ello ni saben qué cosa sea la utilidad.

¿Para qué sirve eso? Esta será en lo sucesivo la palabra sagrada, la expresión que entre él y yo ha de terminar todas las acciones de nuestra vida; la pregunta con que infaliblemente rebatiré yo todas las tuyas y que pondrá freno a esa multitud de necias y fastidiosas preguntas con que los fatigan sin fruto a cuantos tienen cerca, menos por sacar provecho, que por ejercitar en ellos algún género de imperio. Aquel a quien enseñan como la lección más importante, que nada quiera saber que no sea útil, pregunta como Sócrates y no propone cuestión ninguna sin darse primero a si propio la cuenta que antes de resolverla sabe que van a pedirle.

Ved qué poderoso instrumento pongo en vuestras manos para emplearle en vuestro alumno. Como no sabe la razón de nada, le tenéis ya casi reducido a silencio cuando queráis; y, por el contrario, ¡qué ventaja sacaréis de vuestros conocimientos y experiencias para hacerle ver la utilidad de cuanto le propongáis! Porque, no equivocaros, hacerle esta pregunta es enseñarle a que él también os la haga; y debéis contar con que para todo aquello que en adelante le propongáis, no dejará de preguntaros a ejemplo vuestro : *¿Para qué sirve eso?*

Quizás este sea el lazo que con mayor dificultad evita un ayo. Si, a la cuestión del niño, procurando solamente salir del paso, dáis una razón siquiera que no sea él capaz de entender, al ver que discurrís según vuestras ideas, y no según las suyas, creará que lo que le decís sirve para vuestra edad, y no para la de él; cesará de fiarse de vos y todo se ha perdido. ¿Cuál es, sin embargo, el maestro que se quiera quedar corto y confesar a su alumno que no tiene razón? Todos llevan por regla el no confesar sus yerros, aun cuando los cometan; yo, al contrario, llevaría la de confesar aun los que no hubiese cometido, cuando no pudiera poner a su alcance mis razones; así, no desconfiando de mi conducta, nunca le sería sospechosa y conservaría más crédito con él, atribuyéndome culpas no cometidas, que el que logran los maestros ocultando las que realmente cometen.

Pensad bien, primeramente, que rara vez debéis proponerle lo que él ha de aprender; a él toca desearlo, indagarlo, hallarlo; a vos ponerlo a su alcance, hacer con habilidad que nazca! este deseo y darle medios para que le satisfaga. De aquí se infiere que hayan de ser vuestras preguntas poco frecuentes, pero escogidas; y como él os propondrá muchas más que vos a él, siempre estaréis menos en descubierto, y con más frecuencia en caso de decirle : *¿ Para qué puede ser útil el saber lo que me preguntas?*

Además, como poco importa que aprenda una cosa con preferencia a otra, con tal que conciba bien lo que aprende, cuando no podáis darle acerca de lo que le decís una explicación que sea buena para él, no le déis ninguna. Decidle sin reparo: «No tengo respuesta buena que darte; no tenía yo razón, dejemos eso.» Si era realmente inoportuna vuestra instrucción, no hay inconveniente

ninguno en abandonarla totalmente; si no lo era, con un poco de esmero, en breve hallaréis ocasión para hacer palpable su utilidad.

No me gustan las explicaciones con largos razonamientos: los niños atienden poco a ellas, y menos las retienen en la cabeza. Cosas, cosas. No me cansaré de repetir que damos mucho valor a las palabras; y con nuestra educación parlanchina, parlanchines es lo que formamos.

Supongamos que mientras estoy estudiando con mi alumno el curso del sol y la manera de orientarse, me interrumpe de pronto preguntándome para qué sirve todo eso. ¡Qué elocuente razonamiento le voy a hacer! ¡Cómo me aprovecho de la ocasión de que aprenda una porción de cosas en la respuesta a su pregunta, especialmente si hay quien se halle presente a nuestra conferencia[77]! Le hablaré de la utilidad de los viajes, de los beneficios que del comercio redundan, de las producciones peculiares de cada clima, de las varias costumbres de los pueblos, del uso del calendario, de la computación del regreso de las estaciones para la agricultura, del arte de la navegación, del modo de dirigirse en el mar y seguir con puntualidad su camino sin saber uno dónde está; mezclaré en mi explicación la política, la historia natural, la astronomía y hasta la moral y el derecho de gentes; de modo que mi alumno conciba una alta idea de todas estas ciencias y mucho deseo de aprenderlas. Cuando todo esto le haya, dicho, habré hecho alarde de verdadero pedante, y él no habrá comprendido ni siquiera una palabra. Buenas ganas le quedarían de preguntarme como antes, para qué es bueno el orientarse; pero no se atreve, porque no me enfade; más cuenta le tiene fingir que entiende lo que le han obligado que escuche. Así se hacen las brillantes educaciones.

Pero educado más a lo rústico, nuestro Emilio, a quien con tanto trabajo hemos hecho de tan dura penetración, nada de todo eso escucha. a la primer palabra que no entiende, se escapa, empieza a brincar por el cuarto y me deja que perore solo. Busquemos solución más tosca, que mi aparato científico nada vale para él.

Observábamos la posición del bosque al norte de Montmorency, cuando me interrumpió con su impertinente pregunta: *¿Para qué sirve eso?* Tienes razón, le dije, pensaremos en ello más despacio, y

si hallamos que para nada sirve este estudio, nunca trataremos de él, pues no nos falta en qué entretener útilmente el tiempo.» Nos ocupamos en otra cosa] y no se vuelve a hablar de geografía en todo lo demás de la tarde.

Al siguiente día, por la mañana, le propongo un paseo antes de almorzar; no desea él otra cosa; siempre están dispuestos los chicos para correr, y éste tiene buenas piernas. Trepamos al bosque, atravesamos prados, nos extraviamos, no sabemos dónde nos hallamos, y tratándose de volver, no podemos dar con el camino. Pásase el tiempo, arrecia el calor, tenemos hambre; agujiamos, vamos vagando acá y allá y sólo encontramos bosques, barbechos y llanos, sin señal ninguna por donde podamos venir en conocimiento del sitio en que estamos. Bien sofocados, muy molidos y muy hambrientos, con todas nuestras carreras no hacemos otra cosa que descarriarnos más y más. Al fin nos sentamos a descansar y a deliberar. Emilio, que supongo yo educado como otro niño cualquiera, no delibera, que llora, y no sabe que estamos a las puertas de Montmorency y que sólo un tallar nos le esconde; pero para él este tallar es una densa selva, porque un hombre de su estatura entre zarras está como enterrado.

Pasados unos instantes de silencio, le digo con ademán inquieto: «Querido Emilio, ¿qué haremos para salir de aquí?»

EMILIO, *sudando, y llorando a lágrima viva.*

Yo no lo sé. Estoy cansado; tengo hambre y sed; no puedo más.

JUAN JACOBO

¿Crees que estoy yo en mejor estado? ¿Piensas que quedaría por llorar, si pudiera almorzar lágrimas? No se trata de llorar, sino de conocer el sitio. Veamos tu reloj: ¿Qué hora es?

EMILIO

Son las doce, y no me he desayunado.

JUAN JACOBO

Verdad es, las doce son, y no me he desayunado

EMILIO

¡Oh, qué hambre debe usted tener!

JUAN JACOBO

Lo peor es que la comida no me vendrá a buscar aquí. Son las doce: justamente la hora en que ayer observábamos desde Montmorency la posición del bosque, ¿Si pudiéramos observar del mismo modo desde el bosque la posición de Montmorency?...

EMILIO

Sí; pero ayer veíamos el bosque, y desde aquí no vemos el pueblo.

JUAN JACOBO

Eso es lo malo... Si pudiéramos sin verle encontrar su posición...

EMILIO

¡Ah, querido amigo mío!

JUAN JACOBO

¿No decíamos que estaba el bosque?...

EMILIO

Al norte de Montmorency.

JUAN JACOBO

¿Por consiguiente, Montmorency estará?...

EMILIO

Al mediodía del bosque.

JUAN JACOBO

Un modo tenemos para hallar el norte a las doce del día.

EMILIO

Sí, por la dirección de la sombra.

JUAN JACOBO

Pero ¿ y el mediodía?

EMILIO

¿Cómo lo haremos?

JUAN JACOBO

El mediodía es la parte opuesta del norte.

EMILIO

Cierto, no hay más que seguir la dirección contraria a la sombra. ¡Ah! Este es el mediodía, este es el mediodía; seguro que hacia aquí está Montmorency; vamos hacia esta parte.

JUAN JACOBO

Puede que tengas razón; tomemos esa senda que atraviesa el bosque.

EMILIO, *dando palmadas, y un grito de alborozo:*

¡Ah! ya veo el pueblo; ahí está frente a nosotros; todo él se ve. Vamos a almorzar, vamos a comer, corramos; para algo es buena la astronomía.

Contad con que si no dice esta última frase no dejará de pensarla, y nada importa, con tal que no sea yo quien la diga. Pero estad cierto de que no olvidará en su vida la lección de este día en vez de que si no hubiera yo hecho más que figurarle todo esto en su cuarto, al día siguiente no hubiera recordado palabra de mis razones. Es preciso hablar en cuanto sea dable con acciones; y decir sólo lo que no se puede hacer.

No rebajaré al lector hasta el punto de presentarle un ejemplo de cada especie de estudios; pero de cualquier cosa que se trate, nunca puedo exhortar la bastante al ayo a que mida bien su prueba con la capacidad del alumno; porque, vuelvo a repetirlo, no es lo malo que no entienda, sino que crea que entiende.

Me acuerdo de que una vez quise aficionar a un niño a la química, y después de haberle enseñado, varias precipitaciones metálicas, le explicaba cómo, se hacía la tinta, diciendo que su color

negro procedía de un hierro muy dividido, desprendido del vitriolo y precipitado por un licor alcalino. En mitad de mi docta explicación, me paró el traidorzuelo con mi pregunta que le había enseñado, y me quedé atascado.

Habiéndolo pensado un rato, tomé mi determinación. Envié a buscar vino a la bodega de la casa, y otro barato a la taberna. Puse en un frasquito, disolución de álcali fijo, luego, teniendo delante, un vaso de cada uno de los distintos vinos[78], le hablé así: «Muchos géneros se falsifican para hacer que parezcan mejores de lo que son. Estas falsificaciones engañan la vista y el gusto; pero son perjudiciales, y con su hermosa apariencia hacen la cosa falsificada peor de lo que antes era.

«Se falsifican con especialidad las bebidas, y más que todas los vinos, porque es más difícil de conocer el engaño y aprovecha más al engañadar.

«La falsificación de los vinos ásperos o acedos se hace con almártaga, que es una preparación del plomo. Unido el plomo con los ácidos forma una sal muy dulce que corrige la aspereza del vino, pero que es veneno para los que le beben. Por tanto, es importante, antes de beber un vino sospechoso, saber si está o no almartagado. Para descubrirlo, discurro yo de esta manera :

«El vino no solo contiene alcohol, como se ve por el aguardiente que de él se saca, sino que, además, contiene ácido, como se puede conocer por el vinagre y el tártaro que de él también salen.

«El ácido tiene afinidad con las sustancias metálicas, y uniéndose con ellas por disolución, forma una sal compuesta, como el moho, por ejemplo, que no es otra cosa que un hierro disuelto por el ácido contenido en el aire o en el agua, y también el cardenillo, que es el cobre en disolución por el vinagre.

«Mas este ácido tiene todavía mayor afinidad con las sustancias alcalinas que con las metálicas; de suerte que, interviniendo las primeras en las sales compuestas, se ve forzado el ácido a soltar el metal a que estaba unido, para combinarse con el álcali.

«Entonces, desprendida la sustancia metálica del ácido en que estaba disuelta, se precipita, y pone turbio el licor.

Por consiguiente, si uno de estos dos vinos está almartagado, la almártaga la tiene disuelta el ácido; echando dentro un licor alcalino,

forzará éste al ácido a que suelte su presa para combinarse con él; y el plomo, que ya no quedará en disolución se volverá a manifestar, enturbiará el licor y al fin se precipitará en el fondo del vaso.

«Si no hay plomo[79], ni metal ninguno en el vino, se combinará pacíficamente el álcali con el ácido[80]; quedará todo disuelto y no habrá precipitado.»

A continuación derramé sucesivamente gotas de mi licor alcalino en ambos vasos: el del vino de casa permaneció claro y diáfano, el otro se enturbió al instante; y al cabo de una hora vimos claramente el plomo precipitado en el fondo del vaso.

«Este es, continué, el vino natural y puro, que se puede beber, y este otro el falsificado, que es un veneno. Por los mismos conocimientos, cuya utilidad me preguntabas, se descubre esto: el que sabe cómo se hace la tinta, también sabe conocer los vinos adulterados.»

Muy contento estaba yo con mi ejemplo, y, sin embargo, noté que no le había hecho impresión al niño. Necesité algún tiempo para ver que había hecho yo una tontería; porque, además de la imposibilidad de que un niño de doce años pudiera seguir mi explicación, no cabía en su entendimiento la utilidad de esta experiencia; porque habiendo probado los dos vinos y gustándole ambos no aplicaba idea ninguna a la palabra *falsificación*, que tan bien creía yo haberle explicado. Tampoco las otras *perjudicial* y *veneno*, tenían para él significado alguno; y en este punto se hallaba en el mismo caso que el historiador del médico Filipo, que es el de todos los niños.

Las relaciones de los efectos con las causas, cuya conexión no vemos, los bienes y males de que no tenemos idea ninguna, las necesidades que nunca hemos sentido, son cosas nulas para nosotros; imposible es que nos inclinen a que hagamos nada que se refiera a ellas. De quince años mira uno la felicidad de un sabio, como de treinta la bienaventuranza de los predestinados. Quien no conciba bien una y otra, poco hará por ganarlas; y aun cuando las conciba, se afanará muy poco quien no las desee, ni crea que le convienen. Fácil es convencer a un niño de que es útil lo que quieren enseñarle; pero nada importa convencerle, si no logramos

persuadirle. En balde hace la serena razón que aprobemos o vituperemos; solamente la pasión nos hace obrar; ¿ y cómo nos hemos de apasionar por intereses que no son los nuestros todavía?

No mostréis nunca al niño nada que no alcance él a ver: mientras que casi es ajena de él la humanidad, y no podéis subirle al estado de hombre, bajad el hombre al estado de niño. Disponedle para lo que puede serle útil en otra edad, pero no le habléis de cosas cuya actual utilidad no vea. En cuanto a lo demás, no hagáis nunca comparaciones con otros niños; no tenga rivales ni contrincantes, ni aun para correr, así que empieza a discurrir; pues prefiero que nunca aprenda si ha de aprender por celos o vanidad. Señalaré cada año los progresos que haga; y los compararé con los que hiciere el año siguiente; le diré: «Tantos dedos has crecido; es el foso que saltabas, la carga que llevabas; hasta aquella distancia tirabas una piedra; ese espacio corrías sin descansar, etc.; veamos lo que ahora haces. » Así le excito sin darle celos de nadie. Se querrá vencer, y debe hacerlo; no veo inconveniente ninguno en que sea émulo de sí propio.

Aborrezco los libros porque sólo enseñan a hablar de lo que uno no sabe. Dicen que grabó Hermes en columnas los elementos de las ciencias para que no pudiera un diluvio borrar sus descubrimientos. Si los hubiera estampado bien en las cabezas de los hombres, la tradición los hubiera conservado. Los monumentos donde con caracteres más duraderos se graban los conocimientos humanos, son los cerebros bien dispuestos.

¿Acaso no habría modo de aproximar todas las lecciones desparramadas en tantos libros, de reunir las en un objeto común, que pudiera ser fácil verle, interesante seguirle y servir de estimulante aun en esta edad? Si es posible inventar una situación en que de un modo sensible se manifiesten al espíritu de un niño las necesidades naturales del hombre, y con la misma facilidad se desarrollen sucesivamente los medios de remediar estas mismas necesidades, el primer ejercicio que se debe dar a su imaginación es la pintura viva y natural de este estado.

¡Filósofo ardiente, ya veo inflamarse la vuestra! No os afanáis, que esta situación está hallada y descrita, y sin haceros agravio, mucho mejor que vos mismo la describierais, a lo menos con más

sencillez y verdad. Puesto que absolutamente necesitamos libros, uno hay, que para mi gusto es el tratado más feliz de educación natural. Este será el primer libro que lea mi Emilio; él solo compondrá por mucho tiempo toda su biblioteca y siempre ocupará en ella un lugar distinguido. Será el texto al cual servirán de mero comentario todas nuestras conferencias acerca de las ciencias naturales, y él servirá de prueba del estado de nuestro discernimiento durante nuestros progresos; y mientras no se estrague nuestro gusto, siempre nos agradará su lectura. ¿Pues qué maravilloso libro es ese? ¿Es Aristóteles? ¿Es Plinio? ¿Es Buffon? No; que es Robinsón Crusoe.

Robinsón Crusoe, solo en su isla, privado del auxilio de sus semejantes y de los instrumentos de todas las artes, procurándose, no obstante, su alimento y conservación, y logrando hasta una especie de bienestar, es un objeto que a cualquiera edad interesa y que hay mil medios de hacerle grato a los niños. Así realizamos la isla desierta que al principio me sirvió de comparación. Convengo en que no es el estado del hombre social, ni es verosímil que haya de ser el de Emilio; mas por este estado debe apreciar todos los demás. El medio más cierto de colocarse en esfera superior a las preocupaciones, y coordinar sus juicios según las verdaderas relaciones de las cosas, es suponerse un hombre aislado y juzgar de todo como debe juzgar este mismo hombre con relación a su propia utilidad.

Separando de esta novela todo su fárrago, empezándola por el naufragio de Robinsón cerca de su isla, y concluyéndola con el arribo del navío que viene a sacarle de ella, será en junto la diversión y la instrucción de Emilio durante la época de que aquí tratamos. Quiero que pierda la cabeza ocupándose sin cesar en su fortaleza, en sus cabras, en sus plantíos; que aprenda circunstanciadamente, no en libros sino en las cosas, todo cuanto en caso semejante ha de saberse, que se figure que él mismo es Robinsón; que se contemple vestido de pieles, con una disforme gorra, un enorme sable, y todo el estrambótico atavío de la figura, menos el quitasol que no necesita. Quiero que le afanen las medidas que hubiera de tomar si llegase a faltarle esto o lo otro; que examine la conducta de su héroe; que averigüe si éste no ha omitido

nada, si no podía hacer cosa mejor, que note con atención sus yerros y los aproveche para no incurrir en ellos en igual caso; porque no dudéis de que formará el proyecto de ir a hacer un establecimiento semejante; que estas son las torres de viento de esta venturosa edad en que no se conoce otra dicha que lo necesario y la libertad.

¡Cuántos recursos ofrece esta locura a un hombre hábil, que sólo se la ha sugerido para aprovecharse de ella! Ansioso el niño por formar un almacén para su isla, aprenderá con más ardor que pueda enseñarle el maestro. Todo cuanto es útil querrá saberlo, y no querrá saber otra cosa: ya no necesitaréis guiarle, que os veréis precisados a contenerle. Pero que a ella ciñe su felicidad; porque se va acercando el día en que si todavía quiere vivir en ella, no querrá vivir solo; y el Ealvaje compañero de Robinsón, Domingo, que ya ahora le interesa poco, no pueda bastarle.

El ejercicio de las artes naturales, para las cuales puede ser suficiente un hombre solo, conduce a la investigación de las artes industriales, que necesitan del concurso de mucho. Salvajes y solitarios pueden ejercitar las primeras; las otras solamente nacen en la sociedad, haciéndola indispensable. Mientras únicamente se conoce la necesidad física, cada hombre se basta a sí propio; la introducción de lo superfluo precisa a dividir y distribuir el trabajo, porque si bien es verdad que un hombre que trabaja solo no gana más que la subsistencia de un hombre, ciento que trabajen de acuerdo ganarán para que subsistan doscientos. Por tanto, si una parte de los hombres vive sin trabajar, es necesario que el concurso de brazos de los que trabajan supla por la ociosidad de aquéllos.

Vuestro mayor cuidado será el apartar del espíritu de vuestro alumno todas las nociones de las relaciones sociales que excedan de su capacidad; pero cuando por el encadenamiento de sus conocimientos os veáis precisados a manifestarle la dependencia recíproca de los hombres, en vez de mostrársela por su aspecto moral, llamad primero toda su atención hacia la industria y las artes mecánicas, que hacen que sean útiles unos a otros. Paseadle de obrador en obrador y no consintáis nunca que vea operación ninguna sin poner él manos a la obra; ni que salga del taller sin saber a fondo la razón de cuanto en él se hace, o, a lo menos, de

cuanto haya observado. Para esto trabajad vos mismo, dadle ejemplo: para que él se haga maestro, haceos aprendiz, y estad cierto de que más aprenderá con una hora de trabajo, que con un día de explicaciones.

Hay una estimación pública que se aplica a las diversas artes en razón inversa de su utilidad real. Mídese directamente esta estimación por su misma inutilidad, y debe ser así. Las artes más útiles son las que menos ganan, porque se proporciona el número de operarios con la necesidad de los hombres, y porque el trabajo necesario para todo el mundo permanece forzosamente a un precio que puede pagar el pobre. Por el contrario, esos que no se llaman artesanos, sino artistas, como trabajan únicamente para los ociosos y los ricos, ponen a sus bujerías precio arbitrario; y consistiendo sólo en la estimación el mérito de estos vanos artefactos, hasta su subido precio es parte de él y se estiman en proporción de lo que cuestan. No es debido a su uso el caso que de ellos hacen los ricos, sino a que no puede pagarlos el pobre. *Nolo habere bona, nisi quibus populus inviderit*[\[81\]](#).

¿Qué será de vuestros alumnos si les dejáis que adopten esta necia preocupación, si vos mismo la favorecéis, si ven, por ejemplo, que entráis con más atenciones en la tienda de un platero que en la de un cerrajero? ¿Qué juicio han de formar del verdadero mérito de las artes y del exacto de las cosas, si en todas partes ven el precio de capricho en contradicción con el que resulta de la utilidad real, y que cuanto más cuesta una cosa, menos vale? En cuanto dejéis que se introduzcan estas ideas en su cabeza, abandonad lo restante de su educación; mal que os pese, serán educados como todo el mundo, y habréis perdido catorce años de afanes.

Emilio, que piensa en amueblar su isla, tiene otro modo de ver. Mucho más aprecio hubiera hecho Robinsón de la tienda de un herrero que de todos los dijes de un diamantista; el primero le hubiera parecido un hombre muy respetable, no así el segundo.

«Mi hijo está destinado a vivir en el mundo, y no ha de vivir con sabios, sino con locos: así es necesario que conozca sus locuras, una vez que los hombres quieren ser guiados por ellas. Bueno será el conocimiento real de las cosas, pero más vale todavía el de los hombres y sus juicios: porque siendo en la sociedad humana el

hombre el mayor instrumento del hombre, el más sabio es el que mejor se vale de este instrumento. ¿Qué sirve dar a los niños idea de un orden imaginario opuesto en todo al que han de hallar establecido, y por el cual será fuerza que se arreglen? Dadles primero lecciones para que sean sabios, y luego se las daréis para que conozcan en qué son locos los demás.»

Conformándose con estas especiosas máximas, se afana la falsa prudencia de los padres en hacer esclavos a sus hijos de las preocupaciones de que los mantienen, y la irrisión de la turba insensata, cuando piensan que la hacen instrumento de las pasiones de ellos. ¡Cuántas cosas es necesario conocer antes de llegar al conocimiento del hombre! El hombre es el último estudio del sabio, ¡y pretendéis que sea el primero de un niño! Antes de instruirle en nuestro modo de sentir, enseñadle primero a que le aprecie. ¿Es conocer una locura el reputarla a razón? Para ser sabio es preciso discernir lo que no es conforme con la sabiduría. ¿Cómo ha de conocer vuestro hijo a los hombres, si no sabe juzgar sus juicios, ni distinguir sus errores? Es malo saber lo que aquellos piensan, ignorando si en su pensar aciertan o yerran. Por tanto, enseñadle primero lo que son las cosas en sí mismas y luego le enseñaréis lo que son a nuestra vista ; así sabrá comparar la opinión con la verdad y elevarse sobre la esfera del vulgo, porque no conoce las preocupaciones quien las adopta, ni conduce al pueblo el que se le parece. Pero si empezáis instruyéndole en la opinión pública, antes de enseñarlo a que la estime en lo que vale, estad cierto de que por mucho que os afanéis la hará suya y nunca la extirparéis en él. De aquí colijo que para conseguir que tenga razón sana, es preciso formar bien sus juicios en vez de dictarle los nuestros.

Ya veis que hasta aquí no he hablado de los hombres a mi alumno, que hubiera tenido razón sobrada para entenderme; aún no son para él bastante palpables sus relaciones con su especie, para juzgar por sí de los demás. No conoce otro ser humano que a sí propio, y está aún muy lejos de conocerse; pero si forma pocos juicios acerca de su persona, al menos son exactos. No sabe cuál es el puesto de los demás; pero ve el suyo, y se tiene firme en él. En vez de las leyes sociales que no puede conocer, le hemos

aprisionado con las cadenas de la necesidad. Todavía casi no es más que un ser físico; sigamos tratándole como tal.

Debe apreciar todos los cuerpos de la naturaleza y todos los oficios de los hombres, por la relación sensible que tienen con su utilidad, seguridad, conservación y bienestar. El hierro debe ser a sus ojos mucho más apreciable que el oro, y el vidrio más que el diamante, del mismo modo estima más a un albañil o a un zapatero que a todos los diamantistas de Europa; particularmente un pastelero es para él sujeto importantísimo y daría toda la Academia de la Historia por un confitero. Los plateros, los grabadores, los doradores y los bordadores, son a su parecer holgazanes que pasan el tiempo en juegos absolutamente inútiles, y tampoco hace mucho caso de la relojería. El venturoso niño disfruta del tiempo sin ser su esclavo, le aprovecha y no sabe lo que vale; la calina de las pasiones que le hace siempre igual su sucesión, le sirve de instrumento para medirle cuando lo necesita[82]. Cuando supuse que tenía un reloj, y le hice llorar, me fingía un Emilio vulgar para ser útil y que me entendiesen; porque en cuanto al verdadero, niño tan distinto de los demás, para nada serviría de ejemplo.

Hay otro orden no menos natural y más conforme a razón todavía, en virtud del cual se consideran las artes según las relaciones de necesidad que las estrechan, colocando en primer lugar las más independientes y en el último las que penden de mayor número de otras. Este orden, que presenta importantes consideraciones acerca del de la sociedad general, es parecido al anterior y sujeto al mismo trastorno en la estimación de los hombres; de suerte que se emplean las materias primeras en oficios que no dan honra ni casi provecho, y que cuanto más manos han mudado, más honra tiene y crece el valor de la mano de obra. No examino aquí si es cierto que sea mayor la industria y merezca más recompensa en las minuciosas artes que dan a estas materias la última forma, que en el primer trabajo que las convierte en usuales a los hombres; digo sólo que en cada cosa, el arte cuyo uso es más general y más indispensable, es sin disputa el que más estimación merece; y que la industria que menos artes auxiliares necesita, también es acreedora a más aprecio que las que emplean muchas, porque es más libre y más independiente. Tales son las verdaderas

reglas de la valuación de las artes y la industria; todo lo demás es arbitrario y pende de la opinión.

La primera y más respetable de todas las artes es la agricultura; en segunda lugar colocaría yo la herrería; la carpintería en tercero, etc. El niño a quien no hayan seducido las preocupaciones vulgares, precisamente pensará así. ¡Cuántas importantes reflexiones sacará nuestro Emilio sobre este punto de su Robinsón! ¿Qué pensará cuando vea que sólo subdividiéndose y multiplicando hasta lo infinito los instrumentos de unas y otras, se perfeccionan las artes? Dirá: Todas estas gentes son neciamente ingeniosas; pensaríase que tienen miedo de que les sirvan para algo sus dedos y sus brazos, según la multitud de instrumentos que inventan para no usarlos. Para ejercitar un arte sola, se han sujetado a otras mil; y cada artífice necesita una ciudad entera. En cuanto a mi camarada y yo, nuestro ingenio le empleamos en nuestra maña, y nos hacemos herramientas que a todas partes podemos llevar. Todos esos sujetos tan afanos con su talento en una capital, nada sabrían en nuestra isla y serían a su vez aprendices nuestros.

Lectores, no os detengáis sólo en el ejercicio del cuerpo y la habilidad de manos de nuestro alumno ; pero considerad qué dirección damos a su pueril curiosidad; contemplad qué cabeza le vamos formando. En cuanto vea, en cuanto haga, lo querrá conocer todo y saber la razón de ello; de un instrumento en otro siempre querrá subir al primero; nada admitirá por suposición; se negaría a aprender lo que requiriese un conocimiento anterior que no tuviese; si ve hacer un muelle, querrá saber cómo se sacó el acero de la mina; si ve juntar las piezas de un arca, querrá saber cómo se cortó el árbol; si trabaja él, a cada herramienta que maneje no dejará de decirse: «Si no tuviese yo esta herramienta, ¿cómo haría para fabricar una semejante, o para no necesitarla?»

Por lo demás, un error difícil de evitar en las ocupaciones a que tiene pasión el maestro, es que siempre supone la misma afición al niño. Cuando la diversión del trabajo os arrastre, tened cuenta no se aburra él sin atreverse a manifestároslo. El niño debe estar todo entero a lo que haga; pero vos debéis estar todo entero al niño; observarle, acecharle sin intermisión y sin que lo eche de ver, prever de antemano todos sus sentimientos, y precaver los que no debe

tener; ocuparle, en fin, de manera, que no sólo reconozca que es útil, sino que se complazca en ello en fuerza de entender bien para qué es bueno lo que hace.

La sociedad de las artes consiste en cambios de industria, la del comercio en cambios de cosas, la de bancos en cambios de signos y dinero; todas estas ideas, lo mismo que las nociones elementales de ellas son cosas que ya tenemos adquiridas. Los cimientos de todo esto los pusimos desde la edad primera, con ayuda del hortelano Roberto. Ahora no queda más que generalizar estas ideas y extenderlas a otros ejemplos para hacer que comprenda el tráfico en sí mismo, haciéndosele sensible con las noticias de historia natural, que sobre las producciones peculiares de cada país se rozan con las noticias de artes y ciencias que atañen a la navegación; finalmente, con la mayor o menor dificultad del transporte, según la distancia de los sitios y según la situación de las tierras, mares, ríos, etc.

Ninguna sociedad puede existir sin cambio, ni sin medida común ningún cambio, ni sin igualdad ninguna medida común. De suerte que la ley primera de toda sociedad es una igualdad de convención, sea en los hombres, sea en las cosas.

La igualdad convencional, muy distinta entre los hombres de la igualdad natural, hace necesario el derecho positivo, esto es, el gobierno y las leyes. Los conocimientos políticos de un niño han de ser claros y limitados ; del gobierno en general sólo debe conocer lo que tiene conexión con el derecho de propiedad, de que ya posee alguna idea.

La igualdad convencional entre las cosas, llevó a inventar la moneda, porque ésta no es más que un término de comparación del valor de las cosas de distinta especie; y en este sentido, la moneda es el verdadero vínculo de la sociedad; pero todo puede ser moneda; en otro tiempo lo era el ganado; las conchas lo son todavía en muchos pueblos; el hierro era moneda en Esparta, el cuero lo ha sido en Grecia, y la plata y el oro lo son en nuestros países.

Los metales, como de más transporte, fueron generalmente escogidos por términos medios de todos los cambios; y estos metales fueron convertidos en moneda por ahorrarse la medida o el peso a cada cambio; porque el sello de la moneda no es otra cosa

que un testimonio de que una pieza de tal manera sellada pesa tanto, y sólo el rey tiene derecho a acuñar moneda, puesto que sólo él puede exigir que todo un pueblo dé crédito a su autoridad.

Explicado así el uso: de esta invención, la entiende el menos avisado. Difícil es comparar inmediatamente cosas de distinta naturaleza; por ejemplo, paño con trigo; pero hallada una común medida, es decir, la moneda, fácil es que el fabricante y el labrador prefieran el valor de las cosas que quieren permutar, a esta común medida. Si tal cantidad de paño vale tal suma de dinero y tal cantidad de trigo vale también la misma suma de dinero, infiérese que el mercader que recibe este trigo por su paño hace una permuta igual. Así por la moneda se hacen conmensurables y se pueden comparar los bienes de distintas especies.

No vayáis más adelante, ni os metáis a explicar los efectos morales de esta institución. En toda cosa importa explicar bien el uso, antes de hacer ver el abuso. Si pretendierais hacer ver a los niños cómo hacen los signos que se descuiden las cosas, cómo han nacido de la moneda todas las fantasías de la opinión, cómo los países ricos en dinero deben ser pobres en todo, trataríais a estos niños no sólo como filósofos, sino como sabios, y querríais que entendieran lo que muy pocos filósofos han concebido.

¡En qué abundancia de objetos interesantes puede girar la curiosidad de un alumno, sin dejar nunca las relaciones reales y materiales que se encuentran en la esfera de su capacidad, ni consentir que en su espíritu se suscite siquiera una idea que no puede él concebir! Cífrase el arte del maestro, no en recargar sus observaciones de menudencias, que con nada se relacionen, sino en aproximarle sin cesar a los grandes enlaces que debe conocer un día, para formar recto juicio sobre el buen y mal orden de la sociedad civil. Es necesario saber amalgamar las conversaciones con que se entretiene al niño, con la forma que a su espíritu se ha dado. Cuestión hay que apenas pudiera llamar la atención de otro, y que va a desvelar a Emilio por espacio de seis meses.

Vamos a comer a una casa opulenta; hallamos los preparativos de un banquete, mucha gente, muchos platos, muchos lacayos, un elegante y exquisito servicio. Todo este aparato de fiesta y deleite excita no sé qué embriaguez que da al traste con la cabeza de quien

no está acostumbrado a él. Preveo el efecto de todo esto en mi alumno. Mientras se prolonga el festín, se suceden los servicios y se escuchan mil estrepitosos dichos; me arrimo a él, y le digo al oído: «¿Por cuántas manos calculas que haya pasado todo cuanto ves sobre la mesa antes de llegar aquí? » ¡Qué multitud de ideas despierto en su cerebro con estas pocas palabras! Al instante se disiparon todos los vapores del delirio. Piensa, reflexiona, calcula, se inquieta. Mientras que alegres los filósofos con el vino y acaso con sus vecinas, chochean y hacen los niños, está él filosofando solo en un rincón: me hace preguntas; no le quiero contestar, y le digo que otra vez le responderé; se impacienta, se olvida de comer y beber, no ve la hora de levantarse de la mesa para hacerme preguntas a su sabor. ¡Qué objeto para su curiosidad! ¡Qué texto para su instrucción! Con un entendimiento sano que nada ha podido estragar todavía ¿qué ha de pensar del lujo, cuando contemple que se han puesto a contribución todas las regiones del orbe, que acaso veinte millones de manos han trabajado mucho tiempo y ha costado la vida a miles de hombres, todo por presentarle a mediodía con aparato lo que va por la noche a depositar en su retrete?

Acechad con cuidado las conclusiones ocultas que en su interior saca de todas estas observaciones. Si le habéis guardado menos bien de lo que yo supongo, puede tener la tentación de dar otro giro a sus reflexiones y de creerse un personaje importante en el mundo, viendo que tantos afanes cuesta guisarle su comida. Si prevéis este raciocinio, con facilidad le podéis prevenir antes que se le ocurra, o, por lo menos, borrar al instante la impresión que en él haya hecho. No sabiendo apropiarse todavía las cosas de otro modo que por el goce material, no puede juzgar de la conveniencia o discrepancia que con él tienen, como no sea por relaciones sensibles. La comparación de una sencilla y rústica comida, preparada por el ejercicio, sazónada por el hambre, la libertad y la alegría, con tan magnífico festín, tan medido a compás, hastiará para darle a entender que no trayéndote ningún beneficio real el banquete, y sacando tan satisfecho el estómago de la mesa del labriego como de la del banquero, lo mismo hay en una que en otra que pueda llamar suyo verdaderamente.

Imaginémonos lo que en caso semejante podrá decirle su ayo: «Acuérdate bien de estas dos comidas y resuelve dentro de ti en cuál te has hallado con más gusto, en cuál has notado más alegría, en cuál comieron los convidados con más apetito, bebieron con más júbilo y de mejor gana y se rieron más de veras; cuál duró más tiempo sin pesadumbre y sin que fuese necesario renovarla con otros servicios. Mira, no obstante, la diferencia; ese pan moreno que tan sabroso hallas, procede del trigo cogido por el labrador; su vino grueso y negro, pero sano y refrigerante, es de su propio viñedo; la mantelería está tejida con su cáñamo que hilaron en invierno su mujer, sus hijas y su criada; ningunas otras manos que las de su familia han hecho los preparativos de su mesa; el inmediato molino y el vecino mercado son para él los linderos del universo. ¿En qué disfrutaste realmente de todo cuanto abastecieron a la otra mesa las tierras remotas y la mano de los hombres? Si todo eso no hace que se coma mejor, ¿qué has ganado con esa abundancia? ¿Qué había allí que fuese para ti? Si hubieras sido el amo de casa, podrías añadir, más extraño hubiera sido todo para ti; porque el afán de hacer alarde de tu gozo a los ojos de los demás, habría acabado de quitártelo: tú hubieras tenido el cuidado, ellos el gusto.»

Muy hermoso puede ser este discurso; pero nada vale para Emilio a cuyo alcance no está, y a quien nadie dicta sus reflexiones. Habladle con más sencillez, decidle una mañana, después de estas dos pruebas: «¿a dónde iremos a comer hoy? ¿En derredor de aquel monte de plata, que tapa las tres cuartas partes de la mesa, y aquellos cuadros de flores de papel, que sirven a los postres encima de espejos, en medio de aquellas mujeres con tanto encaje, que te tratan como un muñeco, y quieren que hayas dicho lo que no sabes; o a aquel lugar dos leguas de aquí, en casa de aquella buena gente, que con tanto agasajo nos recibe, y tan buena nata nos da?» No es dudosa la elección de Emilio, que ni es vanidoso ni hablador, ni puede aguantar la sujeción, y que no gusta de nuestros exquisitos platos, pero que siempre está dispuesto a correr por el campo, y le gustan mucho la buena fruta, las buenas legumbres, la buena nata y la buena gente[83]. En el camino nos ocurre naturalmente la reflexión de que la multitud de hombres que trabajan para esos

grandes banquetes, o pierden su afán o no se cuidan mucho de nuestro deleite.

Mis ejemplos, buenos tal vez para un individuo, serán malos para otros mil. Si se entiende el espíritu de cada uno, se sabrán variar según fuere necesario: esta elección pende del talento peculiar del niño, en las ocasiones que presentamos de manifestar sus disposiciones naturales. Nadie imaginará que en tres o cuatro años que hemos de pasar, sea posible dar al niño, por mucha capacidad que tenga, una idea de todas las artes y ciencias naturales, suficiente para que las aprenda un día por sí sólo; pero haciendo que pasen a su vista todos los objetos que le importa conocer, le damos ocasión para desarrollar su gusto y su talento, y dar los primeros pasos hacia el objeto a que éste le encamina, indicándonos la senda que se le ha de allanar para auxiliará la naturaleza.

Otra ventaja que se obtiene de escalonar así conocimientos adecuados, aunque cortos, consiste en que de este modo se los indicamos por sus conexiones y sus relaciones, y para su estimación los colocamos todos en su lugar, precaviendo así la preocupación tan común en la mayor parte de los hombres, de apreciar sólo los estudios que han cultivado y no hacer caso de los demás. Quien ve bien el orden del todo, ve el sitio en que debe estar cada parte; quien ve bien una parte sola y la conoce a fondo, puede ser un hombre científico: el primero tiene sana razón, y ya os acordáis de que no tanto nos proponemos adquirir ciencia como sano juicio.

Sea como fuere, es independiente de mis ejemplos; se funda en la medida de las facultades del hombre en sus distintas edades y en la elección de las ocupaciones que convienen a estas facultades. Creo que con facilidad se encontraría otro método que produjera mejores efectos al parecer; pero si no fuese tan adaptable a la especie, a la edad y al sexo, dudo que se obtuvieran de él los mismos resultados.

Al comenzar este segundo período, nos hemos aprovechado de la superabundancia de nuestras fuerzas respecto a nuestras necesidades, para salir fuera de nosotros; nos hemos lanzado a los cielos, hemos medido la tierra, hemos reconocido las leyes de la

naturaleza; en una palabra, hemos andado la isla entera: ahora tornamos a nosotros y nos acercamos insensiblemente a nuestra morada. Fortuna es que a la vuelta no encontramos aún encastillado el enemigo que nos está amenazando y que se prepara a enseñorearse de ella.

¿Qué nos queda por hacer habiendo ya observado todo cuanto nos rodea? Convertir en nuestro uso todo aquello que podemos apropiarnos y hacer que redunde nuestra curiosidad en provecho de nuestro bienestar. Hasta aquí hemos hecho provisión de todo género de instrumentos, sin saber de cuáles necesitaríamos. Acaso los inútiles para nosotros podrán servir para otros, y acaso recíprocamente tendremos nosotros necesidad de los de ellos. De esta suerte, a todos nos tendrán cuenta estas permutas; mas para hacerlas es menester conocer nuestras mutuas necesidades; que sepa cada uno lo que tienen los demás para su uso y lo que en cambio puede él ofrecerles. Supongamos diez hombres, cada uno de los cuales tiene necesidad de diez especies. Menester es que para lo que cada uno necesita se aplique a diez clases de tarea; pero teniendo en cuenta la diferencia de inclinaciones y habilidades, al uno le saldrá menos bien esta faena, aquella al otro. Idóneos todos para cosas diferentes, harán unas mismas y estarán mal servidos. Formemos una sociedad de estos diez hombres y aplíquese cada uno por sí y por los otros nueve al género de ocupación que mejor le convenga; perfeccionar a cada uno la suya con un continuo ejercicio y sucederá que, muy bien provistos los diez, les quedará todavía sobrante para otros. Este es el principio, aparente de todas nuestras instituciones. No es del caso examinar aquí las consecuencias: esto ya lo he hecho en otro escrito^[84].

Conforme a este principio, un hombre que se quisiera mirar como un ser aislado, sin conexión con nada y bastante para sí propio, no podría menos de ser miserable. Ni aun subsistir le sería posible, porque hallando cubierta la tierra entera del *tuyo* y el *mío*, y no teniendo otra cosa suya que su cuerpo, ¿de dónde había de sacar lo que necesitase? Con salir del estado de naturaleza, obligamos a nuestros semejantes a que también le abandonen: nadie puede permanecer en él contra la voluntad de los demás; y fuera realmente dejarle el querer permanecer en él, sin poder vivir:

porque la primera ley de la naturaleza es el cuidado de la propia conservación.

De este modo se forman poco a poco en el espíritu de un niño ideas de las relaciones sociales, aun antes que realmente pueda ser miembro activo de la sociedad. Bien ve Emilio que para adquirir instrumentos para su uso también los necesita que sirven para el de los demás, y por los cuales pueda obtener en cambio las cosas que tiene menester, y que a ellos pertenecen. Con facilidad le traigo a que conozca la necesidad de estas permutas, y a que se ponga en estado de aprovecharse de ellas.

«*Excelentísimo señor, es menester que yo viva*, decía un desventurado autor satírico al ministro que le afeaba la infamia de su oficio. *No veo qué necesidad* haya, le respondía sin inmutarse el potentado.» Esta respuesta, excelente en boca de un ministro, hubiera sido inhumana y falsa en la de cualquiera otro. Menester es que viva todo hombre. Este argumento a que cada uno da más o menos fuerza, a proporción que más o menos humanidad tiene, me parece que no admite réplica para el que le hace con respecto a sí propio. Puesto que la más violenta de cuantas aversiones nos inspira la naturaleza, es la de morir, infiérese que se lo ha permitido todo aquel a que no tiene ningún otro medio posible de vivir. Los principios por los cuales aprende el hombre virtuoso a menospreciar la vida, sacrificándola a su obligación, están muy remotos de esta primitiva sencillez; ¡felices los pueblos en que se puede ser bueno sin esfuerzo y justo sin virtud! Si hay en el mundo un país tan miserable en que no pueda uno vivir sin obrar mal, y los ciudadanos sean bribones por necesidad, no se debe en él ahorcar al malhechor, sino a quien le obliga a que lo sea.

Tan pronto como sepa Emilio qué cosa es la vida, será mi primera diligencia enseñarle a que la conserve. Hasta aquí no he distinguido los estados, las jerarquías y las fortunas; y poco más los distinguiré en adelante, porque el hombre es uno mismo en todos los estados; porque el rico no tiene mayor capacidad de estómago que el pobre, ni digiere mejor; porque el amo no tiene más largos ni más fuertes los brazos que su criado; porque un grande no es mayor que un plebeyo, y en fin, porque siendo en todas unas mismas las necesidades naturales, los medios de satisfacerlas

deben ser iguales en todos. Adaptad al hombre la educación del hombre, no a lo que no es él. ¿No véis que con trabajar en formarle exclusivamente para un estado, le hacéis inútil para cualquier otro, y si a la fortuna le place, os habréis afanado sólo en hacerle desgraciado? ¿Qué cosa hay más ridícula que un gran señor pareciendo que en su miseria conserva las preocupaciones de su nacimiento? ¿Qué cosa más vil que un rico que ha empobrecido y que acordándose del desprecio que se deba a la pobreza, siente que ha quedado el postrero de los humanos?

El único recurso del primero es el oficio de bribón público; el del otro, el de criado rastrero, con este lindo mote: *Menester es que yo viva*.

Confiáis en el orden actual de la sociedad, sin reflexionar que está sujeto a inevitables revoluciones, y no os es dado prever ni precaver la que puede tocarles a vuestros hijos. Hácese pequeño el grande; pobre el rico; vasallo el monarca. ¿Tan raros son los golpes de la fortuna, que os podáis mirar como exento de ellos? Vamos acercándonos al estado de crisis y al siglo de las revoluciones[85]. ¿Quién puede responderos de lo que seréis entonces? Todo cuanto han hecho los hombres, los hombres lo pueden destruir ; no hay otros caracteres indelebles que los que estampa la naturaleza, y no hace la naturaleza príncipes, ni ricos, ni grandes señores. ¿Pues qué hará en la decadencia ese noble que habéis educado tan solo para la grandeza? ¿Qué hará en la pobreza ese banquero que sólo con oro sabe vivir? ¿Qué hará, privado de todo, ese opulento imbécil que ni de si mismo sabe usar y coloca su propio ser en lo que es ajeno de él? ¡Venturoso el que sabe dejar el estado que se deja y permanecer hombre a despecho de la suerte! Alaben cuanto quieran a ese rey vencido que se quiere sepultar como un frenético bajo las ruinas de su trono; yo le desprecio: veo que existe solamente por su corona y que, en absoluto, no es nada, si no es rey; pero el que la pierde y vive sin ella, es entonces superior a ella. De la jerarquía de rey, que un cobarde, un perverso, un loco puede ocupar como otro cualquiera, asciende al estado de hombre, que tan pocos hombres saben desempeñar. Triunfa entonces de la fortuna, la arrostra; todo se lo debe a si solo, y cuando nada le queda que mostrar más que él mismo, no es nulo, que es algo. Sí, prefiero cien

veces al rey de Siracusa de maestro de escuela en Corinto, y al rey de Macedonia escribano en Roma, que a un malhadado Tarquino, que no sabe qué hacerse si no reina; que al heredero del poseedor de tres reinos, burla de cualquiera que se atreve a denotar su miseria, errando de corte en corte, mendigando auxilios en todas partes y en todas encontrando desaires, por no saber hacer otra cosa que un oficio que ya no está en su mano.

El hombre y el ciudadano, quien quiera que sea, no tiene otro caudal que dar a la sociedad que a si propio; todos los demás bienes suyos están en ella sin su voluntad; y cuando es un hombre rico, o no disfruta él de su riqueza, o también la disfruta el público con él. En el primer caso roba a los demás aquello de que se priva, y en el segundo no les da nada; de suerte que le queda por pagar la deuda social toda entera, mientras que sólo con su caudal la satisface. Pero mi padre, cuando la ganó, sirvió a la sociedad... Enhorabuena; pagó su deuda, mas no la vuestra. Más debéis a los otros que si hubierais nacido sin caudal, una vez que nacisteis favorecido. No es justo que lo que un hombre ha hecho por la sociedad, exima a otro de lo que la debe; porque como cada uno se debe todo entero, ninguno puede pagar más que por sí; ningún padre puede dejar por herencia a su hijo el derecho de ser inútil a sus semejantes, y eso es lo que, según decís, hace, dejándole sus riquezas, que son remuneración y prueba de su trabajo. El que come en la ociosidad aquello que por si propio no ha ganado, lo roba; y el acreedor del Estado, a quien éste paga no haciendo nada, poco se diferencia a mis ojos de un ladrón que vive a costa de los caminantes. Fuera de la sociedad, el hombre aislado, que a nadie debe nada, tiene derecho para vivir como se le antoja; pero en la sociedad, donde necesariamente vive a costa de los demás, les debe en trabajo lo que vale su manutención; esto no sufre excepciones., Así, el trabajar es obligación indispensable del hombre social. Rico o pobre, fuerte o débil, todo ciudadano ocioso es un bribón.

Entre todas las ocupaciones que pueden proporcionar al hombre su subsistencia, la que más le acerca al estado de naturaleza, es el trabajo manual; y entre las condiciones todas, la del artesano es la más independiente del hombre y de la fortuna. Un artesano sólo

pende de su trabajo; es libre y tan libre cuanto esclavo es el labrador, atado a su campo cuya cosecha se halla a discreción ajena: el enemigo, el príncipe, un poderoso vecino, se la pueden quitar; por él le hacen sufrir mil vejaciones; pero si un en país cualquiera molestan a un artesano, en breve hace la maleta, se lleva sus brazos, y se va. No obstante, la agricultura es el primer oficio del hombre, el más honroso, el más útil y, por consiguiente, el más noble que puede ejercitar. No le digo a Emilio que aprenda la agricultura, porque la sabe. Está familiarizado con todas las faenas rústicas, ha empezado por ellas y no las deja nunca de la mano. Le digo únicamente: «Cultiva la heredad de tus padres; pero, si pierdes esta heredad, o no la tienes, ¿qué has de hacer? Aprende un oficio.»

¡A mi hijo un oficio! ¡Artesano mi hijo! Señor, ¿eso se le ocurre? Más acertado, señora, que vuestra idea, puesto que le queréis reducir a que nunca pueda ser más que un milord, un marqués, un príncipe, y yo le quiero dar un cargo que nunca pueda perder, que en todos tiempos le honre; quiero enaltecerle al estado de hombre; decid lo que queráis, menos iguales tendrá a título de tal, que por todos los que de vos heredare.

La letra mata, y el espíritu vivifica. No tanto se trata de aprender un oficio por saberle, cuanto por vencer las preocupaciones que le desprecian. Nunca os veréis precisado a trabajar para vivir. Eso es la peor. Pero no importa; no trabajéis por necesidad, trabajad por gloria: bajad al estado de artesano para subir a más alto grado que el vuestro. Para sujetar a vos la fortuna y las cosas, haceos primero independiente de ellas; y para dominar por la opinión, dominadla a ella antes.

Acordaos de que no pido una profesión, sino un oficio, oficio verdadero, arte meramente mecánico, en que más que la cabeza trabajen las manos, con el que nadie haga caudal, pero que ponga a cualquiera en estado de no necesitarle. En casas donde no había que temer el riesgo, de que falte para comer, he visto yo padres cuya previsión llega hasta dar a, sus hijos conocimientos de que, en todo caso, puedan echar mano para mantenerse. Creen estos padres que han adelantado mucho, y no es así; porque los recursos que piensan procurar a sus hijos penden de la misma fortuna contra

la cual quieren prevenirse; de manera que con todos sus lucidos talentos, si el que los tiene no se encuentra en circunstancias propicias, se morirá de hambre, como si ninguno tuviese.

Supuesto que de amaños y de intrigas se trata, tanto da usarlos para mantenerse en la abundancia como para recuperar desde el seno de la miseria con qué reponerse en su primer estado. Si cultiváis artes que dan una utilidad proporcionada a la fama del artista; si os hacéis apto para empleos que sólo se consiguen por valimiento, ¿de qué os servirá todo eso cuando aburrido con justicia del mundo, desdeñéis los medios sin los cuales no es posible hacerse lugar? Habéis estudiado la política y los intereses de los príncipes ; bien está; pero ¿qué habéis de hacer con esos conocimientos si no sabéis introducirlos con los ministros, con las damas de la corte, con los jefes de oficina, si no dáis en el modo de gustarles, si no encuentran todos en vos el bribón que les conviene?

Sois pintor o arquitecto: enhorabuena; pero es necesario que sea conocida vuestra habilidad. ¿Quién os ha de encargarse un cuadro, si no sois de la Academia, si no tenéis protección, aunque sea para llenar un rincón de su antesala? Soltad esa regla y ese pincel, alquilad un coche y andad de puerta en puerta, que así se adquiere celebridad; pero antes habéis de saber que en todas esas ilustres puertas hay porteros o conserjes que sólo por señas comprenden, y tienen los oídos en las manos. ¿Queréis enseñar lo que, habéis aprendido, y ser maestro de geografía. de matemáticas, de lenguas o de música y dibujo? Para eso necesitáis discípulos, y, por consiguiente, apologistas. No perdáis de vista que más vale ser charlatán que hábil, y que si no sabéis otro oficio que el vuestro, nunca seréis otra cosa que un ignorante.

Ved pues, cuán poca solidez tienen todos esos brillantes recursos, y de cuántos más necesitáis para sacar de ellos utilidad. Y luego, ¿qué os haréis en ese torpe aplebeyamiento? Sin instruiros, os envilecen los reveses de la fortuna; traído más que nunca al retortero por la opinión pública, ¿cómo os habéis de levantar sobre las preocupaciones que son árbitros de vuestra suerte? ¿Cómo despreciar los vicios y la bajeza que necesitáis para subsistir? Sólo de las riquezas dependíais, ahora dependéis de los ricos; habéis empeorado de esclavitud, echándole de sobrecarga la miseria. Sois

pobre sin ser libre, que es el estado peor en que pueda caer el hombre.

Pero, si en vez de recurrir a esos sublimes conocimientos destinados para ser alimentos del alma y no del cuerpo, echáis mano, si hay necesidad, de vuestros brazos y del uso que de ellos sabéis hacer, desaparecen todas las dificultades y es inútil toda artería; cesan de ser estorbo para vivir la probidad y el honor: no necesitáis ser embustero y cobarde en presencia de los grandes; en la de los bribones flexible y rastrero; complaciente vil de todo el mundo, prestamista o ladronzuelo, que es casi lo mismo en aquel que nada tiene; no os mueve la opinión ajena; no tenéis que hacer la corte a nadie, ni necio que adular, ni portero que ablandar, ni cortesana que pagar y tributarle incienso, que es peor todavía. Que los tunantes manejen en buen hora los negocios de interés; poco os importa, que no ha de impedirlos eso que en vuestra vida oscura seáis hombre de bien y ganéis el pan. Entráis en la primera tienda del oficio que habéis aprendido: «Maestro, necesito obra. - Camarada, poneos ahí y trabajad. » Antes que sea hora de comer, ya habéis ganado la comida; si sois sobrio y diligente, antes que pasen ocho días, tendréis con qué vivir otros ocho; habréis vivido libre, sano, sincero, laborioso y justo. No pierde el tiempo quien así le aprovecha.

Quiero absolutamente que aprenda Emilio un oficio. Oficio honroso a lo menos, me diréis. ¿Qué significa esa palabra? ¿No es honroso todo oficio útil al público? No quiero que sea bordador, ni dorador, ni limpiabotas, como el caballero Locke; no quiero que sea músico, ni comediante, ni compositor de libros[86]. Menos estas profesiones y las demás que se les parecen, siga la que quiera, que no pretendo sujetarle en nada. Más quiero que sea zapatero que poeta; más quiero que empiedre los caminos reales, que no que haga flores de porcelana. Sin embargo, me diréis, los corchetes, los espías, los verdugos, son sujetos útiles. Del Gobierno pende que no lo sean pero sea así; yo no he dicho bien: no basta con escoger un oficio útil, también es preciso que no requiera en las personas que le ejerciten propiedades de corazón odiosas y no compatibles con la humanidad. Volviendo, por tanto, a la primera expresión, tomemos

un oficio honroso, pero nunca olvidemos que no hay honra sin utilidad.

Un famoso autor de este siglo^[87], cuyos libros están llenos de vastos proyectos y mezquinas ideas, había hecho, como todos los sacerdotes de su comunión, voto de no tener mujer propia; pero siendo más escrupulosa que los demás acerca del adulterio, dicen que, se resolvió a tener en casa criadas lindas, con las cuales resarcía lo mejor que podía el agravio que con esta temeraria promesa había hecho a su especie, a la naturaleza y al Estado. Reputaba obligación del ciudadano el dar otros a la patria, y con el tributo que en este género le pagaba, poblaba la clase de artesanos. Así que tenían edad para ello estos niños, les hacía aprender a todos el oficio que más les agradaba, excluyendo sólo las profesiones ociosas, fútiles o expuestas a la moda, como la de fabricar pelucas, por ejemplo, que nunca es necesaria, y puede llegar a ser inútil de un día a otro, si no es que se cansa la naturaleza de darnos pelo.

He aquí el espíritu que debe guiarnos en la elección del oficio de Emilio, o más bien, no nos incumbe hacer esta elección a nosotros, sino a él; porque las máximas en que está imbuido, habiendo arraigado en él un natural desprecio a las cosas sin valor, no le dejarán gastar su tiempo en faenas inútiles, y en las cosas no conocerá otro valor que el de su utilidad real; así, necesita un oficio que pudiera servir a Robinsón en su isla.

Si tiene un niño especial ingenio para un arte, se saca la ventaja de ver saltar la primera chispa, y de estudiar su afición, sus inclinaciones y su gusto, haciendo que pase revista a las producciones del arte y la naturaleza, avivando su curiosidad y siguiéndole a donde ésta le lleva. Pero es error frecuente, de que debéis precaveros, atribuir el efecto de la ocasión a fuego del ingenio, y confundir con una inclinación irresistible a tal o cual arte, aquel espíritu imitativo común del hombre y del mono, y que maquinalmente los incita a que hagan lo que ven hacer, sin saber para lo que sirve. Lleno está el mundo de artesanos, especialmente de artistas, que no tienen particular talento para el arte que profesan, y a que los aplicaron desde su primera edad, o a impulso de que así les convenía, o dejándose alucinar de un aparente fervor

que del mismo modo hubieran tenido para otro cualquier arte, si le hubiesen visto practicado. Aquel oye un tambor y se reputa general; este ve levantar una casa, y quiere ser arquitecto. El oficio que ve hacer atrae a cada uno, mientras vea que tiene estimación.

Conocí a un lacayo que, viendo pintar y dibujar a su amo, se le antojó ser pintor y dibujante. Al punto que hubo formado esta resolución, tomó el lapicero, que no dejó hasta coger el pincel, el cual no dejará en su vida. Sin lecciones ni reglas se puso a dibujar todo cuanto a la mano hallaba. Tres años enteros pasó pegado a sus mamarrachos, sin desprenderse de ellos un punto como no fuera para cosas de su servicio, y sin desalentarse con el poco adelanto que su corta habilidad le permitía. Le he visto por espacio de seis meses, de un verano muy caluroso, en una antesalilla, al mediodía, sentado o más bien clavado todo el día en una silla, delante de un globo, dibujar este globo, volverle a dibujar, empezar y volver a empezar sin interrupción hasta que hubo representado la curvatura de la esfera con la suficiente propiedad para quedar satisfecho con su trabajo. Al fin, con el valimiento de su amo y guiado por un artista, ha logrado dejar la librea y sustentarse con su pincel.

La perseverancia suple hasta cierto término a la habilidad: este término le ha alcanzado y nunca irá más adelante. Son dignas de elogio la emulación y la constancia de este honrado mozo, y siempre le estimarán por su aplicación, su fidelidad y sus buenas costumbres; pero nunca pintará otra cosa que muestras de tienda.

¿Quién no se hubiera engañado con su fervor y no le hubiera tenido por señal de ingenio? Mucha diferencia hay de apasionarse por una ocupación a ser apto para ella. Más sagaces observaciones de lo que se piensan son necesarias para conocer la verdadera habilidad y gusto de un niño, que más que sus disposiciones manifiesta sus deseos, y que siempre juzgamos por estos, porque no sabemos estudiar aquellas. Quisiera que nos diese un escritor de juicio recto un tratado del arte de observar a los niños, arte que tanto importaría conocer, y del cual ni siquiera los elementos saben los maestros ni los padres.

Pero tal vez damos aquí demasiada importancia a la elección de un oficio. Puesto que solamente se trata de un trabajo manual, nada

quiere decir esta elección para Emilio y ya tenemos más de la mitad del aprendizaje con los ejercicios en que hasta aquí te hemos ocupado. ¿Qué queréis que haga? Dispuesto está para todo; ya sabe manejar la pala y el azadón; sabe servirse del martillo, del torno, del cepillo, de la lima, y está familiarizado con las herramientas de todos los oficios. No se trata más que de adquirir en alguna de estas herramientas tan pronta y fácil práctica, que iguale a los mejores oficiales que las usen; y en este punto les saca a todos la imponderable ventaja de tener ágil el cuerpo y flexibles los miembros, para tomar sin dificultad todo género de posturas y prolongar sin esfuerzo toda especie de movimientos. Tiene, además, justos y bien ejercitados sus órganos, y ya conoce toda la mecánica de las artes. Sólo le falta la costumbre para trabajar tan bien como el maestro, y la costumbre se adquiere con el tiempo. ¿En cuál de los oficios, cuya elección tenemos que hacer, empleará el tiempo suficiente para hacerse práctico en él?

Dad al hombre un oficio que convenga a su sexo, y al joven uno que convenga a su edad; ni lo agrada ni le conviene toda profesión casera y sedentaria, que afemina el cuerpo y le torna débil. Nunca aspiré naturalmente un joven a ser sastre; y es necesario arte para inclinar a este oficio mujeril al sexo para el cual no fue destinado[88]. No pueden unas mismas manos manejar la aguja y la espada. Si fuera yo soberano, sólo a las mujeres y a los cojos precisados a ocuparse como ellas, permitiría la costura y los oficios que con la aguja se hacen. Suponiendo necesarios los eunucos, hallo que es desvarío de los orientales el hacerlos. ¿Por qué no se contentan con los que ha hecho la naturaleza, con esa muchedumbre de hombres cobardes cuyo corazón ha castrado, y que les sobrarían para lo que necesitan? Todo hombre flaco, delicado, medroso, fue condenado por la naturaleza y destinado a vivir con las mujeres o al modo de ellas; ejercite, pues, alguno de los oficios que las son peculiares; y si son absolutamente necesarios verdaderos eunucos, redúzcanse a este estado los hombres que deshonoran su sexo, empleándose en ministerios que no les convienen. Su elección indica el error de la naturaleza; pues enmendad este error.

Prohibo, a mi alumno los oficios insanos, pero no los penosos, ni tampoco los peligrosos, que ejercitan a la par el ánimo y la fuerza, y

son peculiares sólo de los hombres; las mujeres no los pretenden. ¿Cómo no tienen aquéllos vergüenza de introducirse en los que son de la jurisdicción de otro sexo?

Luctantur paucæ, comedunt coliphia paucæ.
Vos lanara trahitis, calathisque peracta refertis
Vellera[89]...

En Italia no se ven mujeres en las tiendas; y no puede imaginarse cosa más triste que la visita de las calles de este país, para los que están acostumbrados a las de Inglaterra y Francia. Cuando veía yo a mercaderes modistas que vendían a las damas cintas, blondas y felpilla, me parecían muy ridículos estos delicados arreos en manos toscas, que mejor soplarían la fragua y machacarían en el yunque. Decía yo que en aquel país deberían, por represalias, las mujeres establecer tiendas de armeros y espaderos. ¡Eh! que haga y venda cada uno las armas de su sexo, pues para conocerlas es preciso manejarlas.

Joven, imprime a tus trabajos la mano del hombre; aprende a manejar el hacha y la sierra, a cuadrar una viga, a subir a un tejado, a poner un techo, a afianzar las maestras y las soleras; y grita luego a tu hermana para que te venga a ayudar en tu tarea, así como te decía ella que trabajases tú en su punto de encaje.

Esto que digo es demasiado para mis agradables contemporáneos, bien lo veo; pero me dejo a veces llevar de la fuerza de las deducciones. Si un hombre, sea quien fuere, tiene vergüenza de trabajar en público armado de una azuela y un mandil de cuero por delante, sólo veo en él un esclavo de la opinión dispuesto a avergonzarse de sus buenas obras, así que ridiculicen al hombre de bien. Cedamos, no obstante, a la preocupación de los padres todo cuanto no puede perjudicar todas las profesiones útiles, para honrarlas todas; basta con no tener ninguna por inferior a nosotros. Cuando nos dan a escoger y nada nos determina por otra parte, ¿por qué no hemos de atenderá la decencia, a la inclinación, al agrado entre profesiones de la misma jerarquía? Útiles son los trabajos de los metales, y acaso los más útiles de todos; no obstante, sin especial razón que a o melle mueva, no haré a vuestro

hijo herrador, cerrajero, ni herrero; no quisiera verle en la fragua con la figura de un cíclope. Tampoco le haré albañil, y mucho menos zapatero. Menester es que se ejerzan todos los oficios; pero quien puede escoger, ha de tener en cuenta la limpieza, porque en este punto no hay opinión, que los sentidos solos deciden. Finalmente, tampoco quisiera aquellas estúpidas profesiones, cuyos operarios sin industria y casi autómatas, siempre ejercitan sus manos en un mismo trabajo; tejedores, fabricantes de medias, aserradores de piedra; ¿para qué vale emplear en semejantes oficios a hombres que discurren, si son máquinas que mueven a otras?

Bien examinado todo, el oficio que más quisiera yo que agradase a mí alumno, sería el de ebanista, el cual es limpio, útil, se puede ejercitar dentro de casa, mantiene en suficiente movimiento el cuerpo, requiere industria y habilidad en el artífice, y no están excluidos, en la forma de las obras que determina la utilidad, el gusto y la elegancia. Y si el talento, de vuestro alumno tuviese una predilección particular a las ciencias especulativas, no desaprobaba yo que le dieseis un oficio conforme a sus inclinaciones; que aprendiese, por ejemplo, a fabricar instrumentos de matemáticas, lentes, telescopios, etc.

Cuando Emilio aprenda su oficio, quiero yo aprenderlo con él, porque estoy convencido de que nunca aprenderá bien lo que no aprendamos juntos. Así nos pondremos ambos en aprendizaje y no pretenderemos que nos traten como caballeros, sino como verdaderos aprendices que no lo son por vía de chanza ¿y por qué no lo hemos de ser de veras? Carpintero era el Zar Pedro en el astillero, y tambor en sus propias tropas. ¿Pensáis que este príncipe no era igual vuestro por su mérito y su cuna? Bien véis que esto no se lo digo a Emilio, sino a vos, cualquiera que seáis.

Desgraciadamente no podemos pasar todo nuestro tiempo en el banco del ebanista. No sólo somos aprendices del arte, somos también aprendices de hombre; y es más penoso y largo el aprendizaje de este oficio que del otro. ¿Pues qué haremos? ¿Tomaremos un maestro de acepillar una hora al día, como se toma un maestro de baile? No, que no seríamos aprendices, sino discípulos; y no es tanto nuestra ambición el aprender el oficio, como elevarnos al estado de ebanista. Así soy de parecer que

vayamos una o dos veces a lo menos cada semana a pasar todo el día en casa del maestro, que nos levantemos a su hora, que nos pongamos al trabajo antes que él, que comamos a su mesa, que trabajemos bajo sus órdenes, y que después de haber tenido la honra de cenar con su familia, nos volvamos, si queremos, a dormir a casa en nuestros duros lechos. Así se aprenden muchos oficios a la par, y así se ejercita el trabajo manual, sin descuidar el otro aprendizaje.

Cuando hagamos el bien, seamos sencillos, y no reproduzcamos la vanidad con nuestro afán de combatirla. Estar ufanos por haber vencido las preocupaciones, es sujetarse a ellas. Dicen que por un antiguo estilo de la casa otomana, está obligado el Gran Señor a trabajar con sus manos; y todos saben qué obras que salen de mano, real no pueden menos de ser obras maestras. Distribuye, pues, con munificencia estas obras maestras a los potentados de la Puerta, y se paga la obra a proporción de la elevación del artífice. Lo malo que veo en esto no es la pretendida vejación que, por el contrario, es una cosa buena, porque precisando a los grandes a que partan con él los despojos del pueblo, eso menos le roba directamente el príncipe. Alivio necesario del despotismo es éste, y sin él no pudiera subsistir este horroroso gobierno.

El verdadero inconveniente de este uso consiste en la idea que a este pobre hombre le da de su mérito, que, como el rey Midas, ve que se convierte en oro todo cuando toca, y no mira las orejas tan largas que a vueltas de eso le salen. Para que se le queden cortas a mi Emilio, preservemos sus manos de tan rico talento y provenga el valor de la obra y no del artífice. No consintamos nunca que juzguen de las tuyas, como no sea comparándolas con las de buenos maestros; valúese su trabajo por el trabajo mismo y no porque es suyo. Decid de lo que esté bien hecho *Esto está bien hecho*; pero no añadáis: *¿Quién lo hizo?* Si dice él mismo, en ademán ufano y satisfecho: *Pues yo lo he hecho*, respondedle con reposada voz: *Tú u otro nada importa; ello está bien trabajado.*

Guárdate, sobretodo, buena madre, de las mentiras que te preparan. Si sabe tu hijo muchas cosas, desconfía de todo cuanto sepa: perdido está si tiene la desgracia de ser rico y educarse en París. Mientras esté con artistas hábiles, poseerá todos los talentos

de estos; pero, en apartándose de ellos, solamente el pobre es ignorante. Esta capital está llena de aficionados, y más aún de aficionadas que componen sus obras con ayuda de vecino. Sé de tres honrosas excepciones en hombres, y puede haber más; pero no sé ninguna en mujeres, y dudo que las haya. Generalmente se cobra fama en las artes como en el foro; y se hace uno artista y juez de los artistas, como doctor en leyes y magistrado.

Si quedara de una vez bien establecido que es excelente cosa saber un oficio, en breve lo sabrían vuestros hijos sin aprenderlo, y se examinarían de maestros como los consejeros de Zurich. Nada de ese ceremonial para Emilio; nada de apariencias, la realidad siempre. No digan que sabe, y aprenda él en silencio; haga siempre obras maestras y no se examine nunca de maestro; no se muestre obrero por el título, sino por el trabajo.

Si hasta aquí me he dado a entender, debe concebirse cómo con el hábito del ejercicio corporal y del trabajo manual, aficio poco a poco a mi alumno a la reflexión y a la meditación, para contrapesar en él la pereza que resultaría de su indiferencia a los juicios de los hombres y de la calma de sus pasiones. Preciso es que trabaje como un rústico y piense como un filósofo, para que no sea tan haragán como un salvaje. Todo el misterio de la educación se cifra en que siempre los ejercicios del cuerpo y los del ánimo se sirvan de desahogo unos a otros.

Guardémonos, sin embargo, de anticipar las instrucciones que piden más maduro entendimiento. No será Emilio mucho tiempo artesano sin sentir por sí propio la desigualdad de condiciones, que primero apenas había columbrado. Conforme a las máximas que yo le he enseñado, me querrá recíprocamente examinar. Como todo lo recibe de mí solo, y se encuentra tan cerca del estado de pobreza, querrá saber por qué estoy yo tan distante de él, y acaso me hará preguntas escabrosas, que me cojan desapercibido. «Usted es rico; me lo ha dicho así, y lo veo. También, el rico debe su trabajo a la sociedad, puesto que es hombre. ¿Pero qué hace usted por ella? » ¿Qué contestaría a esto un buen perceptor? No lo sé. Acaso sería tan tonto que hablase al niño de los afanes que por él se toma. Por lo que a mí hace, el taller me saca del atolladero. «Esa, querido Emilio, es una excelente pregunta; y te prometo, en cuanto a mí

toca, responder a ella, cuando por lo que tocara a ti respondas de modo, que quedes satisfecho. Entretanto cuidaré de restituir a los pobres y a ti lo que tengo de sobra y en hacer cada semana una mesa o un banco, a fin de no ser totalmente inútil para todo.»

Ya hemos vuelto a nosotros mismos. Nuestro niño, próximo a dejar de serlo, ha entrado dentro de sí y más que nunca siente la necesidad que le encadena con las cosas. Después de haber ejercitado primero su cuerpo y sus sentidos, hemos ejercitado su espíritu y su razón; finalmente, hemos reunido el uso de sus miembros con el de sus facultades; hemos hecho un ser activo y pensador; para completar el hombre, sólo nos queda hacer un ser amante y sensible, esto es, perfeccionar la razón por el sentimiento. Pero, antes que nos metamos en este nuevo orden de cosas, contemplemos aquel de donde salimos, y veamos, con la mayor exactitud posible, hasta dónde hemos llegado.

Al principio nuestro alumno sólo tenía sensaciones; ahora tiene ideas: sólo sentir sabía, y ahora juzga; porque de la comparación de muchas sensaciones sucesivas o simultáneas, y del juicio que uno forma de ellas, resulta una especie de sensación mixta o compleja, que llamo yo idea. El modo de formar las ideas es lo que caracteriza el entendimiento humano. El que sólo forma sus ideas arreglándose a las relaciones reales, es un entendimiento sólido; el que ve las relaciones tales cuales son, un entendimiento justo: el que las valúa mal, un entendimiento torcido; el que se fragua imaginarias relaciones que no tienen realidad ni apariencia, es un loco; el que no compara, un simple. La mayor o menos aptitud para comparar ideas y hallar relaciones, es lo que constituye en los hombres el mayor o menos entendimiento, etc.

Las ideas sencillas no son más que sensaciones comparadas. Hay juicios en las sensaciones simples, lo mismo que en las sensaciones complejas, que llamo yo ideas simples. En la sensación, el juicio es meramente pasivo, afirma que se siente lo que se siente. En la percepción o idea, el juicio es activo; aproxima, compara, determina relaciones que no determina el sentido. Esta es toda la diferencia, pero es considerable. Nunca nos engaña la naturaleza; siempre somos nosotros los que nos engañamos.

Digo que es imposible que nos engañen nuestros sentidos, porque siempre es cierto que sentimos lo que sentimos; y en eso tenían razón los epicúreos. Las sensaciones hacen que incurramos en errores sólo por el juicio que nos place juntar con ellas cerca de las causas productivas de estas mismas sensaciones, o cerca de las relaciones que entre sí tienen, o cerca de la naturaleza de los objetos que nos hacen percibir. En esto sí que se engañaban los epicúreos, afirmando que los juicios que formábamos en conformidad de nuestras sensaciones, nunca eran errados. Sentimos nuestras sensaciones; mas no sentimos nuestros juicios, que los producimos.

Veo servir a un niño de ocho años un queso helado; lleva la cuchara a la boca, sin saber lo que es, y sobrecogido por el frío grita: *¡Ah, esto quema!* Experimenta una sensación vivísima, no conoce otra más viva que el calor del fuego y cree que ésta es la que siente. No obstante, se engaña; el frío que experimenta le causa dolor, pero no le quema; ni son semejantes estas dos sensaciones, puesto que los que han experimentado una y otra no las confunden. Luego no es la sensación la que engaña, sino el juicio que de ella se forma.

Lo mismo sucede con quien ve por primera vez un espejo o una máquina de óptica, o el que entra en un hondo sótano en lo más fuerte del invierno o del verano, o el que mete en agua tibia la mano muy fría o muy caliente, o el que hace rodar entre dos dedos cruzados una bolita, etc. Si se limita a decir lo que percibe, lo que siente, siendo meramente pasivo su juicio, imposible es que se engañe; pero cuando juzga de la realidad por la apariencia, es activo, compara, establece por inducción relaciones que no percibe; entonces se engaña, o se puede engañar, y necesita de la experiencia para enmendar o precaver el error.

Enseñad de noche a vuestro alumno nubes que pasen entre él y la luna; creará que la luna es la que corre en sentido contrario y que las nubes están paradas. Lo creará así por una precipitada inducción, porque ve que, por lo común, se mueven los objetos chicos y no los grandes, y porque las nubes le parecen mayores que la luna, cuya distancia no puede calcular. Cuando en un barco que va navegando, contempla desde algo lejos la orilla, incurre en el

opuesto error, y cree que ve correr la tierra, porque como no siente que se mueve, considera el barco, la mar o el río, y todo su horizonte, como un todo inmóvil, del cual sólo una parte le parece la orilla que ve correr.

La primera vez que un niño ve un palo metido hasta la mitad en el agua, ve un palo roto ; la sensación es verdadera, y no dejaría de serlo aun cuando no supiésemos la causa de esta apariencia. Así, si le preguntáis lo que ve, dice que un palo roto, y dice la verdad, porque es ciertísimo que tiene la sensación de un palo roto. Pero cuando, engañado por su juicio, se adelanta a más y después de haber afirmado que ve un palo roto, afirma que lo que ve es efectivamente un palo roto, entonces dice cosa falsa. ¿Y por qué? Porque en tal caso se hace activo, y ya no juzga por inspección, sino por inducción, y afirma lo que no siente; es decir, que el juicio que recibe por un sentido le ha de confirmar otro.

Puesto que todos nuestros errores proceden de nuestros juicios, claro es que si nunca tuviéramos necesidad de juzgar, tampoco la tendríamos de aprender; nunca nos hallaríamos en caso de engañarnos; seríamos más felices con nuestra ignorancia que podemos serlo con nuestro saber. ¿Quién niega que los sabios conocen mil cosas verdaderas, que nunca sabrán los ignorantes? ¿Están por eso aquellos más cerca de la verdad? Muy al contrario; más se desvían cuanto más adelantan, porque como hace todavía más progresos la vanidad de juzgar que las luces, cada verdad que aprenden se presenta en unión de cien juicios erróneos. Es evidente que las doctas corporaciones de Europa no son otra cosa que escuelas públicas de mentira; y de seguro más errores acreditados hay en la Academia de Ciencias, que en todo un pueblo de Hurones.

Puesto que cuanto más saben los hombres más se equivocan, la ignorancia es el único medio de evitar el error. No juzguéis, y nunca os engañaréis: lección es esta de la naturaleza no menos que de la razón. Exceptuando las relaciones inmediatas en cortísimo número y muy palpables que las cosas tienen con nosotros, naturalmente tenemos una profundísima indiferencia respecto de todo lo demás. No volvería un salvaje la cabeza por ir a ver el juego de la más hermosa máquina y todos los portentos de la electricidad. *¿Qué me*

importa? es la expresión más común del ignorante y la que más convienen el sabio.

Pero, desgraciadamente ya no aceptamos esa expresión. Todo nos importa desde que de todo pendemos; y con nuestras necesidades se explaya necesariamente nuestra curiosidad. Por eso le doy yo una muy grande al filósofo y no se la doy al salvaje. Este de nadie necesita: el otro necesita de todo el mundo, y sobre todo de admiradores.

Se me dirá que salgo de la naturaleza; no lo creo. Esta escoge sus instrumentos y no los arregla por la opinión, sino por la necesidad. Ahora bien, según la situación de los hombres varían las necesidades. Mucha diferencia hay entre el hombre natural que vive en el estado de naturaleza y el hombre natural que vive en el estado de sociedad. No es Emilio un salvaje que ha de ser relegado en un páramo, sino salvaje destinado a vivir en las ciudades. Conviene que sepa hallar en ellas lo que necesite, sacar utilidad de sus moradores y vivir, si no como ellos, a lo menos con ellos.

Puesto que en medio de tantas nuevas relaciones de que va a depender tendrá que juzgar aunque no quiera, enseñémosle a que juzgue con acierto.

La mejor manera de aprender a juzgar con acierto es la que más conduce a simplificar nuestras experiencias y aun a poderlas omitir, sin incurrir en errores; de donde se infiere que, después de haber verificado mucho tiempo las relaciones de un sentido por las de otro, también es necesario aprender a verificar las relaciones de cada sentido por él mismo y sin recurrir a otro ; cada sensación se nos convertirá entonces en una idea y será siempre esta idea conforme a la verdad. Esta es la especie de peculio que he procurado formar en esta tercera edad de la vida humana.

Este modo de proceder exige una paciencia y circunspección de que son capaces pocos maestros, y sin la cual nunca aprenderá a juzgar el discípulo. Si cuando éste, por ejemplo, se engaña acerca de la experiencia del palo roto, os dáis prisa a sacar el palo del agua para manifestarle su error, acaso le desengañaréis; pero ¿qué le enseñaréis? nada más de lo que hubiera aprendido por sí propio. ¡Oh, no es eso lo que hay que hacer! Menos se trata de enseñarle una verdad, que de hacerle ver cómo se ha de conducir para

descubriéndola siempre. Para instruirle mejor, no se le ha de desengañar tan pronto. Sirvamos Emilio y yo de ejemplo.

Primeramente, todo niño que haya recibido la educación ordinaria no dejará de responder en sentido afirmativo a la segunda de las dos preguntas propuestas. Dirá que de seguro está el palo roto; pero dudo mucho que Emilio me de la misma respuesta. No viendo que sea necesario tener ciencia ni aparentarla, nunca se da prisa a juzgar; si lo hace es sólo por la evidencia, y está muy distante de encontrarla en esta ocasión, sabiendo cuán expuestos a ilusión están nuestros juicios por las apariencias, aunque no sea más que en la perspectiva.

Por otra parte, como sabe ya por experiencia que mis más frívolas preguntas llevan siempre un propósito que no percibe al principio, no tiene costumbre de responder atolondradamente a ellas; por el contrario, desconfía, pone mucha atención y las examina muy despacio antes de responder. Nunca me da una respuesta sin estar satisfecho con ella, y es muy mal contentadizo. Por fin, ni él ni yo estamos seguros de saber la verdad de las cosas, sino sólo de que no incurrimos en errores. Mucha más confusión nos causaría el contentarnos con una razón que no fuese buena, que el no hallar ninguna. *No sé*, es una expresión que a entrambos nos sienta bien, y que con tanta frecuencia repetimos, que ya nada cuesta a uno ni a otro. Pero sea que no caiga en este atolondramiento, o sea que con nuestro cómodo *no sé* lo evite, mi réplica es la misma; veamos, examinemos. Este palo que tiene la mitad dentro del agua está fijo en situación perpendicular. Antes que le saquemos del agua, o pongamos en él mano, ¡cuántas cosas tenemos que hacer para saber, si como parece, está roto!

1º Desde luego damos una vuelta en derredor del palo y vemos que la rotura la da con nosotros. Luego nuestra vista es la que la muda de lugar, y la vista no mueve los cuerpos.

2º Miramos bien a plomo por la punta del palo que está fuera del agua; entonces ya no es curvo, y el cabo inmediato a nuestro ojo nos oculta exactamente la otra extremidad^[90]. ¿Hemos puesto recto el bastón con nuestra vista?

3º Agitamos la superficie del agua, y vemos que se dobla el palo en muchas piezas, que se mueve haciendo ángulos y sigue las

ondulaciones del agua. ¿Basta, pues, el movimiento que damos al agua, para romper, ablandar y derretir el palo?

4º Damos salida al agua y vemos que se endereza el palo poco a poco, a medida que aquella va bajando. ¿No es esto más que lo suficiente para aclarar el hecho y encontrar la refracción? Luego no es cierto que nos engañe la vista, puesto que no necesitamos más que de ella para rectificar los errores que la atribuimos.

Supongamos al niño lo bastante torpe para no dar con el resultado de estas experiencias; entonces es cuando se ha de llamar el tacto en socorro de la vista. En vez de sacar el palo agua, dejadle quieto, y pase el niño la mano por él de un cabo a otro; no sentirá ángulo; luego no está roto el palo.

Me diréis que aquí no solo hay juicios, sino raciocinios en forma. Verdad es. Mas ¿no veis que luego que nuestro espíritu ha llegado hasta las ideas, todo juicio es un raciocinio? La conciencia de toda sensación, es una proposición, un juicio; luego así que uno compara una sensación con otra, raciocina. El arte de juzgar y el de raciocinar son exactamente una mismo. O nunca sabrá Emilio la dióptrica, o quiero que la aprenda en derredor de este palo. No habrá disecado insectos; no habrá contado las manchas del sol; no sabrá qué es un microscopio ni un telescopio; nuestros doctos alumnos se burlarán de su ignorancia. Tendrán razón, porque antes que se sirva de estos instrumentos, quiero que los invente, y bien veis que esto requiere mucho tiempo.

Tal es el espíritu de todo mi método en la parte presente. Si el niño quiere hacer rodar una bolita entre dos dedos cruzados, y cree que siente dos bolas, no le dejaré que mire, hasta tanto que se convenza de que no hay más que una.

Bastarán estas aclaraciones, según creo, para señalar con claridad los progresos que hasta aquí ha hecho el entendimiento, de mi alumno y el camino que en ellos ha seguido. Pero acaso os asusta la muchedumbre de cosas que he presentado a sus ojos; teméis que abrume su inteligencia con tanto número de conocimientos, y es todo lo contrario, que más le enseñe a que los ignore que a que los adquiera. Le muestro la senda de la ciencia, llana en verdad, pero larga, inmensa, y que se anda con lentos

pasos; le hago que dé los primeros para que reconozca la entrada, pero no le permito que se meta muy adentro.

Obligado a aprender por si mismo, usa de su razón, no de la ajena; pues para que no tenga influjo ninguno el parecer de los demás, no sé conceder influencia a la autoridad; y la mayor parte de nuestros errores nos vienen mucho menos de nosotros que de los demás. Debe resultar de este continuo ejercicio un vigor de espíritu semejante al que con el trabajo y la fatiga adquiere el cuerpo. Otra ventaja se saca de esto, y es que sólo adelanta a proporción de sus fuerzas. Ni el espíritu ni el cuerpo llevan más carga que la que pueden llevar. Cuando se apropia el entendimiento las cosas, antes de depositarlas en la memoria, lo que luego saca de ella es suyo propio; pero si se ha cargado la memoria sin consultarle, se expone uno a no sacar de esta nada que sea propio del entendimiento.

No tiene Emilio muchos conocimientos, pero los que tiene son verdaderamente suyos, y nada sabe a medias. En el corto número de cosas que sabe bien, la más importante es que hay muchas que ignora y que un día puede saber, muchas más que saben otros y que no sabrá él en su vida, y una infinidad de ellas que nunca sabrá hombre alguno. Tiene un espíritu universal, no por las luces sino por la facultad de adquirirlas; un espíritu despejado, inteligente, apto para todo, y como dice Montaigne, si no instruido, instructible. Bástame con que sepa hallar el *para qué* sirve en todo cuanto haga, y el *por qué* en todo cuanto crea; porque repito que no es mi objeto darle ciencia, sino enseñarle a que la adquiera cuando la necesite, hacer que la aprecie exactamente en lo que vale, y que ame la verdad sobre todas las cosas. Con este método se adelanta poco, más no se da nunca un paso inútil y nunca es necesario retroceder.

Emilio sólo tiene conocimientos naturales y meramente físicos. Ni siquiera sabe el nombre, de la historia, ni lo que es metafísica y moral. Conoce las relaciones esenciales del hombre con las cosas, pero no las relaciones morales del hombre con el hombre. Apenas sabe generalizar algunas ideas y hacer pocas abstracciones. Ve cualidades comunes de ciertos cuerpos, sin raciocinar acerca de ellas en si mismas. Conoce la extensión abstracta con el auxilio de las figuras del álgebra: estas figuras y estos signos son el apoyo de estas abstracciones, en que descansan sus sentidos. No procura

conocer las cosas por su naturaleza, sino por las relaciones que le interesan, ni aprecia lo que es ajeno de él de otro modo que con relación a sí mismo; pero su valuación es exacta y segura, pues no tienen cabida en ella la convención y el capricho. De lo que hace más aprecio, es de aquello que le es más útil; y como siempre tiene este modo de apreciar las cosas, nunca abre puerta a la opinión.

Emilio es laborioso, templado, sufrido, entero, animoso. No inflamada su imaginación nunca le abulta los peligros, pocos son los males que siente, y sabe padecer con calma, porque no ha aprendido a disputar con el destino. En cuanto a la muerte, todavía no está muy cierto de lo que sea: pero acostumbrado a sujetarse sin resistir a la ley de la necesidad, cuando fuere necesario morir, morirá sin bregar ni sollozar, que es todo cuanto permite la naturaleza en este instante abominado de todos. Vivir libre y suavemente encadenado con las cosas humanas, es el mejor modo de aprender a morir.

En una palabra, Emilio posee la virtud en todo cuanto tiene relación con él mismo. Para poseer también las virtudes sociales, únicamente le falta conocer las relaciones que las requieren; fáltanle las luces que está preparado a recibir su espíritu.

Se considera sin relación con los demás, y lleva a bien que no piensen los otros en él. Nada exige de nadie, y cree que a nadie debe nada. Solo está en la sociedad humana, consigo solo hace cuenta, y también tiene más derecho a contar consigo propio, porque es todo cuanto puede ser uno de su edad. No tiene errores, o sólo tiene aquellos que son para nosotros inevitables; no tiene vicios, o sólo tiene aquellos de que ningún mortal puede preservarse. Tiene sano el cuerpo, ágiles los miembros, justo y despreocupado el ánimo, libre y exento de pasiones el corazón. El amor propio, que es la más natural y la primera de todas ellas, apenas si en él todavía se ha despertado. Sin perturbar el sosiego de nadie ha vivido satisfecho, libre y feliz, en cuanto se lo ha permitido la naturaleza. ¿Os parece que un niño, que de esta manera ha cumplido sus quince años, ha perdido todos los pasados?

LIBRO CUARTO

¡Cuán rápidamente pasamos por la tierra! Antes que conozcamos el uso de la vida, ya es ido el primer cuarto; el cuarto último huye cuando hemos cesado de disfrutarla. Primero no sabemos vivir; en breve ya no podemos; y del intervalo que separa estos dos extremos inútiles, los tres cuartos del tiempo restantes se los llevan el sueño, la fatiga, el dolor, la sujeción, todo género de penalidades. La vida es corta, no tanto por lo poco que dura, cuanto porque de eso poco apenas hay rato que gocemos de ella. Vano es que la hora de la muerte se halle distante del punto del nacimiento; sobrado breve será la vida, si no se llena bien este espacio.

Nacemos, por decirlo así, en dos veces; una para existir, otra para vivir; para la especie la una, y la otra para el sexo. Sin duda yerran los que miran a la mujer como un hombre imperfecto; la analogía exterior milita en favor de ellos. Hasta la edad núbil no descubren las criaturas de ambos sexos apariencia ninguna que las distinga; el mismo semblante, la misma figura, el mismo color, en todo son iguales; criaturas son los chicos y criaturas las chicas; un mismo nombre califica seres tan semejantes. Los varones a quienes impiden el ulterior desarrollo del sexo, toda su vida conservan esta conformidad y siempre son criaturas adultas, y las mujeres, que no la pierden, parece que bajo muchos aspectos nunca sean otra cosa.

Pero, en general, el hombre no está destinado a permanecer siempre en la niñez, pues sale de ella en la época que ha prescrito la naturaleza, y aunque bien fugaz este instante crítico, su influjo se extiende muy adelante.

Así como el bramido del mar desde lejos precede a la tormenta, así también anuncia esta tempestuosa revolución el murmullo de las nacientes pasiones, y una sorda fermentación con que se previene la cercanía del peligro. Mudanza de genio, frecuentes enfados, agitación continua de ánimo tornan casi indisciplinable el niño; sordo

ahora a la voz que oía con docilidad, es el león con la calentura; desconoce a quien le gula y no quiere ya ser gobernado.

A los signos morales de una índole que se altera, se unen sensibles mudanzas en todo su exterior. Desenvuélvese su fisonomía, y se imprime en ella su sello característico; pardea y toma consistencia el vello suave que crece bajo sus mejillas; muda su voz, o más bien la pierde; no es niño, ni hombre, y no puede tomar el habla de uno ni de otro. Sus ojos, los órganos del alma, que hasta ahora nada decían, hallan su expresión y su lengua; anímalos un ardor naciente; todavía reina la santa inocencia en sus vivas miradas, pero ya han perdido su primera sencillez, y advierte que pueden decir mucho; empieza a saber lo que siente, y está inquieto sin motivo para estarlo. Todo esto puede venir despacio, y dejarle tiempo todavía; pero si es sobrado impaciente, su viveza, si se convierte en furia su arrebató, si de un instante a otro se entenece y se irrita, se vierte llanto sin causa, si cuando se arrima a los objetos que empiezan a serle peligrosos, se agita su pulso y sus ojos se inflaman, si se estremece cuando la mano de una mujer toca su mano, si ante ella se turba y se intimida, Ulises, cuerdo Ulises, mira por tí; abiertas están las odres que con tanto afán guardabas cerradas, sueltos están ya los vientos; no abandones un punto el timón, o todo se ha perdido.

Este es el segundo nacimiento de que he hablado; aquí nace de verdad el hombre a la vida, y nada humano es ajeno de él. Hasta aquí nuestros afanes no han sido otra cosa que juegos de niños; ahora es cuando adquieren verdadera importancia. Esta época, en que se concluyen las educaciones ordinarias, es propiamente aquella en que ha de empezar la nuestra; mas para exponer bien este nuevo plan, tomemos desde más arriba el estado de las cosas que tienen relación con él.

Nuestras pasiones son los principales instrumentos de nuestra conservación; luego tan vana como ridícula empresa es intentar destruirlas; esto es censurar la naturaleza y querer reformar la obra de Dios. Si dijera Dios al hombre que aniquilase las pasiones que le da, querría Dios y no querría, y se contradiría a sí propio. Nunca dictó tan desatinado precepto, no hay escrita semejante cosa en el corazón humano; lo que quiere Dios que haga un hombre, no hace

que otro hombre se lo diga; se lo dice él mismo, y lo escribe en lo íntimo de su corazón.

Por loco tendría a quien quisiera estorbar que naciesen las pasiones, casi por tan loco como el que quisiese aniquilarlas; y, ciertamente, me habrían entendido muy mal los que creyesen que semejante proyecto hubiera sido el mío hasta aquí.

Pero ¿razonaría bien quien dedujese, porque es natural al hombre tener pasiones, que son naturales todas cuantas sentimos en nosotros y vemos en los demás? Natural es su fuente, es verdad, pero corre abultada por mil raudales extraños; y es un caudaloso río que sin cesar se enriquece con nuevas aguas, y en que apenas se encontrarían algunas gotas de las suyas primitivas. Nuestras pasiones naturales son muy limitadas; son instrumentos de nuestra libertad, que conspiran a nuestra conservación todas cuantas nos esclavizan y nos destruyen, no nos las da la naturaleza, nos las apropiamos nosotros en detrimento suyo.

La fuente de nuestras pasiones, el origen y principio de todas las demás, la única que nace con el hombre, y mientras vive nunca le abandona, es el amor de sí mismo: pasión primitiva, innata, anterior a cualquiera otra, de la cual se derivan, en cierto modo, y a manera de modificaciones, todas las demás. En este sentido son todas, si queremos, naturales. Pero la mayor parte de estas modificaciones tienen causas extrañas, sin las cuales nunca existirían; y estas modificaciones, lejos de sernos provechosas, nos son perjudiciales, pues mudan su primer objeto y pugnan con su principio; entonces se encuentra el hombre fuera de la naturaleza y se pone en contradicción consigo mismo.

Siempre es bueno el amor de sí mismo, pero conforme al orden. Encargado con especialidad cada uno de su propia conservación, su más importante y primera solicitud debe ser el velar sobre ella continuamente; ¿y cómo ha de estar siempre en vela, si no le mueve el más vivo interés?

Preciso es, pues, que nos amemos para conservarnos, y que nos amemos más que todas las cosas; por consecuencia inmediata de este mismo afecto, amamos lo que nos conserva. Todo niño se aficiona a su nodriza, Rómulo se debió aficionar a la loba que le daba el pecho. Esta afición es al principio meramente maquinal. A

todo individuo le atrae lo que favorece su bienestar, y le repele lo que le perjudica; esto no es más que un ciego instinto. Lo que trasforma en afecto este instinto, en amor la afición, la aversión en odio, es la intención manifiesta de perjudicarnos o sernos útil. Nadie se apasiona por los seres insensibles que siguen el impulso que les han dado; pero aquellos de quienes esperamos daño o beneficio en fuerza de su disposición interna, de su voluntad, los que vemos que libremente obran en nuestro favor o en contra nuestra, nos inspiran afectos análogos a los que nos manifiestan. Buscamos lo que nos sirve, pero amamos lo que nos quiere servir; huimos lo que nos perjudica, pero aborrecemos lo que quiere hacernos mal.

El primer afecto de un niño es amarse a sí propio; y él, segundo, que del primero se deriva, amar, a los que le rodean; porque en el estado de flaqueza en que se halla, sólo conoce las personas por la asistencia y las atenciones que recibe. Primero la afición que tiene a su nodriza y a su niñera no es más que hábito; las busca porque las necesita, y, porque se encuentra bien con ellas; es más egoísmo en él que benevolencia. Mucho tiempo se necesita para que comprenda que no sólo le son útiles, sino que quieren serlo; y, entonces es cuando empieza a quererlas.

Por consiguiente un niño, se inclina de modo natural a la benevolencia, porque ve que todo cuanto, a él se acerca tiene propensión a asistirle; y de esta observación saca la costumbre de un afecto propicio a su especie; pero, a medida que extiende sus relaciones, sus necesidades, sus dependencias activas o pasivas, se despierta el afecto de sus relaciones con otro y produce el de las obligaciones y preferencias. Tórnase entonces el niño imperioso, celoso, engañador y vengativo. Si le obligan a que obedezca, como no ve para qué sirve lo que le mandan, lo atribuye a intención de atormentarle, y se enfurece. Si le obedecen a él, así que algo se le resiste, lo mira como una rebeldía, como una determinación de hacerle mal; aporrea la silla o la mesa, porque le ha desobedecido. El amor de sí mismo, que sólo a nosotros se refiere, está contento cuando se hallan satisfechas nuestras verdaderas necesidades; pero el amor propio que se compara, nunca está contento ni puede estarlo, porque como nos prefiere este afecto a los demás, también exige que nos prefieran los demás a ellos, cosa que no es posible.

De este modo nacen del amor propio las irascibles y rencorosas; de suerte que lo que hace al hombre esencialmente bueno, es tener pocas necesidades, y compararse poco con los demás, y, esencialmente malo, el tener muchas necesidades y adherirse mucho a la opinión. Fácil es ver por este principio, cómo se pueden encaminar a lo bueno o a lo malo todas las pasiones de los niños y los hombres. Verdad es que no pudiendo siempre vivir solos, con dificultad vivirán siempre buenos, y que necesariamente, crecerá esta dificultad aumentándose sus relaciones; y en este particularmente los riesgos de la sociedad nos hacen más indispensables la diligencia y el arte para precaver en el corazón humano la depravación que nace de sus nuevas necesidades.

El estudio conveniente para el hombre es el de sus relaciones. Mientras que sólo se conoce por su ser físico, se debe estudiar en sus relaciones con las cosas, que es el empleo de su niñez; cuando empieza a sentir su ser moral, se debe estudiar en sus relaciones con los hombres, que es el empleo de toda su vida, comenzando desde el punto a que ya hemos llegado.

Tan pronto como el hombre necesita una compañera, ya no es un ser aislado, ni está solo su corazón. Con ésta nacen todas sus relaciones con su especie, y todas las afecciones de su alma; y en breve su pasión primera hace que fermenten todas las demás.

La inclinación del instinto es indeterminada; un sexo es atraído hacia otro; este es el movimiento de la naturaleza. La elección, las preferencias, el cariño personal; son producto de las luces, las preocupaciones y la costumbre; es menester conocimientos y tiempo para hacernos *aptos* para el amor; sólo después de juzgar amamos, y no preferimos hasta haber comparado. Fórmense estos juicios sin que pensemos en ello; mas no por eso son menos reales. Digan lo que quieran, siempre honrarán los hombres el amor verdadero; porque, si bien nos descarrían sus arrebatos, y no excluye del pecho que le siente cualidades odiosas, o a veces las engendra, no obstante supone otras apreciables, sin las cuales no sería el amante capaz de serlo. Esta elección, que dicen ser opuesta a la razón, proviene de ella. Al amor le pintan ciego porque tiene ojos más penetrantes que los nuestros y ve relaciones que no podemos distinguir. Toda mujer sería igualmente buena para quien

no tuviese idea ninguna del mérito ni la belleza, y la más próxima sería siempre la más amable. Lejos de venir el amor de la naturaleza, él es, por el contrario, freno y regla de las inclinaciones de aquella; por él, fuera del objeto amado, nada es un sexo con respecto al otro.

La preferencia que uno da, quiere obtenerla; el amar debe ser mutuo. Para ser amado es preciso hacerse amable; para ser preferido, es preciso hacerse más amable que ningún otro, al menos a los ojos del objeto amado. De aquí la primera contemplación de sus semejantes; las primeras comparaciones con ellos; la emulación, las rivalidades, los celos. Lleno el pecho de un afecto que rebosa, anhela por verterse fuera; en breve de la necesidad de una dama nace la de un amigo. El que siente cuán suave es ser amado, quisiera que todo el mundo le amara; y cuando todos aspiran a preferencias, no puede menos de haber muchos mal satisfechos. Con el amor y la amistad nacen las disensiones, los odios y las maldades. Sobre tantas pasiones diversas, veo que se erige la opinión un trono incontrastable, y que los estúpidos mortales, siervos de su imperio, fundan su propia existencia en ajenos juicios.

Ampliad estas ideas, y veréis de dónde proviene a nuestro amor propio la forma que le es natural; y cómo cesando de ser un afecto absoluto el amor de sí mismo se convierte en altivez en los ánimos fuertes, en vanidad en los apocados, y en todos se alimenta a costa del prójimo. No teniendo germen esta especie de pasiones en el corazón de los niños, no pueden brotar por sí solas; nosotros somos los que las plantamos, y nunca echan en ellos raíces, como no sea por nuestra culpa. Mas no sucede lo mismo en el corazón del joven; hágase lo que se quiera, contra nuestra voluntad nacerán en él. Así que es tiempo de variar de método.

Empecemos con algunas importantes reflexiones acerca del estado crítico de que aquí se trata. No ha determinado de tal modo la naturaleza el tránsito de la infancia a la pubertad, que en los individuos no varíe según los temperamentos, y en los pueblos, según los climas. Saben todos las diferencias que en esta parte se observan en los países fríos y en los cálidos, y ve cada uno que se forman los temperamentos ardientes antes que los demás; pero es

fácil engañarse acerca de las causas, atribuyendo con frecuencia a lo físico lo que se debe imputar a lo moral; que es uno de los más frecuentes abusos de la filosofía de nuestro siglo. Lentas y tardías son las instrucciones de la naturaleza; las de los hombres casi siempre prematuras. En el primer caso, los sentidos despiertan la imaginación; en el segundo, la imaginación despierta los sentidos y les da una precoz actividad, que no puede menos que enervar y debilitar primero a los individuos, y más tarde a la especie. Más cierta y más general observación que la de la eficacia de los climas, es que siempre es más temprana la pubertad y la potencia del sexo en los países instruidos y cultos que en los ignorantes y bárbaros[91]. Tienen los niños una rara sagacidad para penetrar por medio de los melindrosos adornos de la decencia las malas costumbres que encubren. El apurado estilo que les dictan, las lecciones de honestidad que les dan, el velo misterioso que afectan correr ante sus ojos son cebos que incitan su curiosidad. Por el modo como obran con ellos, es claro que lo que fingen ocultarles, eso quieren que aprendan; y de todas cuantas instrucciones les dan, esta es la que más les aprovecha.

Consultad la experiencia y comprenderéis hasta qué punto acelera este desatinado método la obra de la naturaleza y estraga el temperamento. Está es una de las causas principales de que degeneren las castas en las ciudades. Exhaustos muy en breve los jóvenes, se quedan pequeños, endebles, mal formados, envejecen en vez de crecer, como desfallece y muere antes del otoño; la vid que forzaron a dar fruto en primavera.

Es preciso haber vivido en pueblos rudos y sencillos; para saber hasta qué edad puede una venturosa ignorancia dilatar la inocencia de los años. Un espectáculo que causa risa y ternura, es ver ambos sexos entregados a la confianza de su corazón, en la flor de la edad y la hermosura prolongar los cándidos juegos de la niñez, y con su familiaridad misma manifestar, lo puro de sus deleites. Finalmente, cuando llega a casarse esta amable mocedad, ambos esposos, que mutuamente se entregan las primicias de su persona, se quieren más uno a otro, y una porción de hijos sanos y robustos son prenda de una unión que nada puede alterar, y fruto de la cordura de sus primeros años.

Si la edad en que adquiere el hombre la conciencia de su sexo varía no menos por efecto de la educación que por la acción de la naturaleza, dedúcese que puede acelerarse y retardarse esta edad según el modo con que los niños se eduquen; y si gana o pierde consistencia el cuerpo a proporción que se retarda o se acelera este progreso, también se comprende que cuanto más nos apliquemos a retardarle, más fuerza y vigor adquirirá un joven. Todavía no hablo más que de los efectos meramente físicos; en breve veremos que los resultados no se ciñen a éstos.

De estas reflexiones infiero la solución de si conviene dar luz a los niños desde temprano acerca de los objetos de su curiosidad, o si vale más alucinarlos con modestos errores. Pienso que no conviene ni lo uno ni lo otro. En primer lugar, no les ocurre esta curiosidad sin haber dado motivo a ella; por tanto, se ha de hacer de manera que no les venga la idea. En segundo, cuestiones que no está uno forzado a resolver, no exigen que engañemos al que nos las propone: más vale imponerle silencio que responderle con una mentira. Poco extrañará esta ley, si hemos tenido cuidado de sujetarle a ella en las cosas indiferentes. Finalmente, si nos resolvemos a responderle, sea con la mayor sencillez, sin misterio, sin empacho y sin sonrisa. Mucho menos peligroso es satisfacer la curiosidad del niño, que incitarla.

Sean siempre graves, cortas, resolutivas vuestras contestaciones y no parezca nunca que vaciláis. No es necesario añadir que han de ser verdaderas; es imposible enseñar a los niños el riesgo de que mientan a los hombres, sin que sientan los hombres el riesgo más grave de mentir a los niños. Una sola mentira del maestro que él descubra, dio para siempre al traste con todo el fruto de la educación.

En ciertas materias, lo que más convendría a los niños sería una absoluta ignorancia, pero que sepan pronto lo que no es posible esconderles siempre. Menester es que no se despierte de manera alguna su curiosidad o que se la satisfagan antes de la edad en que no carece de peligro. En esta parte pende mucho vuestra conducta con vuestro alumno, de su particular situación, de las sociedades que frecuenta, de las circunstancias en que preveáis que podrá hallarse, etc. Aquí importa no dejar nada a la casualidad; y si no

estáis cierto de lograr que hasta los diez y seis años no sepa la diferencia de los sexos, enseñádsela antes que cumpla los diez.

No me gusta que afecten con los niños un lenguaje muy depurado, ni que se hagan largos circunloquios, que conozcan ellos, por no querer llamar las cosas con su verdadero nombre. En estas materias las buenas costumbres siempre tienen mucha sencillez; pero mancillada la imaginación con el vicio, torna delicado el oído, y fuerza a que se aclare sin cesar la expresión. Los términos toscos no tienen malas consecuencias; lo que hemos de huir son las ideas lascivas.

Aunque el pudor sea cosa natural en la especie humana, los niños no lo conocen. Con el conocimiento del mal nace el pudor; ¿y cómo han detener un afecto que se origina de aquel, si no tienen ni deben tener este conocimiento? Darles lecciones de pudor y honestidad, es enseñarles que hay cosas torpes y deshonestas e inspirarles secreto deseo de saberlas. Tarde o temprano se salen con ello, y la primer chispa que prende la imaginación, infaliblemente acelera el incendio de los sentidos. Quien se sonroja ya es culpado, pues la inocencia verdadera de nada se avergüenza.

Los niños no tienen, los mismos deseos que los hombres; pero expuestos como ellos a la suciedad que repugna a los sentidos, de esta sola sujeción pueden tomar las mismas lecciones, de bien parecer. Seguid el espíritu de la naturaleza, que colocando en el mismo lugar los órganos de los secretos deleites y de las asquerosas necesidades; nos inspira las mismas atenciones en edades distintas, aquí por una idea, allá por otra; por la modestia al hombre; al niño por la limpieza.

No veo más que un medio eficaz para que conserven los niños su inocencia; y es que todos cuantos les rodean la amen y respeten sin lo cual todo el recato que con ellos procuran usar, tarde o temprano se: desmiente; una sonrisa, un guiño de ojos, un ademán que se escape, les dicen cuanto se esforzaban en callarles; pues les basta, para saberlo, ver que han querido escondérselo. La delicadeza de expresiones y circunloquios que usan entre sí las personas cultas, como suponen luces que no deben tener los niños, es con ellos del todo impertinente; mas cuando honramos de veras su sencillez, con facilidad tomamos con ello a los términos que les

convienen. Hay cierto candor de conversación que sienta bien y place a la inocencia; y este es el verdadero estilo que desvía al niño de una peligrosa curiosidad. Hablándole de todo con sencillez, no le dejamos sospechar que algo más quede por decirle. Juntando con las palabras torpes las ideas desagradables que anuncian, se ahoga el primer fuego de la imaginación: no le vedamos que pronuncie estas palabras, ni que tenga estas ideas; pero sin que él lo piense, le infundimos repugnancia a que las recuerde. ¡Y de cuántos atolladeros saca esta libertad cándida a los que, tomándola en su propio corazón. siempre, dicen lo que conviene, y lo dicen siempre como lo sienten!

¿Cómo se paren los niños? Cuestión peliaguda que, naturalmente, ocurre a los muchachos, y cuya discreta o necia respuesta decide alguna vez, de sus costumbres y salud para toda su vida. El modo más corto que imagina una madre para zafarse de ella, sin engañar a su hijo, consiste en hacerle callar. Esa estaría bien si de, antemano le hubieran acostumbrado a ello, en las preguntas indiferentes, y no sospechara que había misterio en este nuevo estilo. Pero rara vez, se ciñe la madre a eso. *Ese es secreto de las personas casadas*, les dirá; *los chicos no han de ser tan curiosos*. Muy bueno, es eso, para que salga la madre del paso; mas sepa que en revancha de esta especie de burla, no cesará el niño de indagar hasta saber el secreto de las personas casadas, y no tardará en conocerle.

Permítanme referir una respuesta muy distinta que, oí dar a la misma pregunta, y que me chocó más porque salió de boca de una mujer tan modesta en sus razones como en sus modales; pero que cuando era necesario sabía hollar a sus plantas, en beneficio de su hijo y en obsequio de la virtud, el infundado temor del que dirán y los fútiles donaires de los juglares. No hacía mucho tiempo que había arrojado el niño con los orines una piedrecilla que le despedazó la uretra; pero se le había olvidado el pasado mal. *Mamá*, dijo, *¿cómo se paren los niños?* *Hijo mío*, respondió sin titubear la madre, *las mujeres los orinan con dolores que a veces les cuestan la vida*. Ríanse los locos, escandalícense los necios; pero averigüen los sabios si hallarán respuesta más prudente y que con más acierto se encamine al fin.

Primeramente, la idea de una necesidad natural y conocida del niño aparta de su imaginación la de una operación misteriosa; y las ideas accesorias de muerte y dolor envuelven aquella en un velo de tristeza que amortigua la imaginación y enfrena la curiosidad: el espíritu se ocupa todo en las consecuencias del parto, y no en sus causas. Las dolencias de la naturaleza humana, objetos de asco, imágenes de sufrimiento, son las aclaraciones a que conduce esta respuesta, si la repugnancia que inspira deja que el niño las pregunte. ¿Por donde abrirán puerta a la inquietud de nacieses deseos diálogos dirigidos de esta manera? Bien veis, no obstante, que no se ha alterado la verdad, ni ha sido necesario engañar al alumno en vez de instruirle.

Vuestros niños leen, y en sus lecturas adquieren conocimientos que, si no leyeran, no tendrían. Si estudian, se inflama y aguza la imaginación con el silencio del gabinete. Si viven en el mundo, oyen una extravagante jerigonza, ven ejemplos que les hacen eco; tanto les han persuadido que eran hombres que todo cuanto hacen los hombres luego averiguan cómo a ellos pudiera convenirles; menester es que les sirvan de pauta las acciones ajenas, pues que les sirven de ley los ajenos juicios. Los criados que de ellos penden, les halagan a costa de las buenas costumbres; nodrizas chistosas les dicen, cuando tienen sólo cuatro años, dichos que la más descarada no se atrevería a pronunciar delante de ellos, si tuvieran quince. En breve olvidan ellas lo que dijeron, pero ellos no olvidan lo que oyeron. Las conversaciones indecentes disponen a las costumbres de un hombre relajado; el lacayo bribón hace al niño disoluto; y el secreto del uno, sirve de fianza al del otro.

El niño educado conforme a su edad, está solo; no conoce otras aficiones que las del hábito; quiere a su hermana lo mismo que a su reloj, y como a su perro a su amigo. No siente que es de sexo ninguno, de ninguna especie; igualmente extraños son para él el hombre y la mujer; nada de cuanto dicen o hacen lo refiere él a sí propio; no lo ve ni lo oye, o no pone en ello atención ninguna, ni le interesan sus ejemplos ni sus razonamientos; nada de esto hace impresión en él. Por este método no le inculco un artificioso error, déjole sí en la ignorancia de la naturaleza. Llega tiempo en que cuida la misma naturaleza de dar luces a su alumno, y ya entonces

le ha puesto en estado de aprovecharse sin riesgo de las lecciones que le da. Este es el principio; no es del caso circunstanciar las reglas, y pueden servir de ejemplo los medios que he propuesto con motivo de otros objetos.

¿Queréis poner orden y regla en las pasiones nacientes? Ensanchad el espacio durante el cual se desarrollan, para que tengan tiempo de irse colocando a medida que van naciendo. Entonces no las coordina el hombre, sino la naturaleza, y vuestra tarea se ciñe a dejarla que ponga en orden su trabajo. Si estuviera solo vuestro alumno, nada tendráis que hacer; pero todo cuanto le rodea inflama su imaginación. Arrástrale el torrente de las preocupaciones, y para retenerle, es fuerza empujarle en sentido contrario, que el sentimiento refrene la imaginación, y que la razón ponga silencio a la opinión de los hombres. La sensibilidad es el manantial de todas las pasiones, y la imaginación determina su corriente. Todo ser que siente sus relaciones debe conmoverse cuando éstas se alteran, y cuando imagina cree imaginar otras que más se adaptan a su naturaleza. Los errores de la imaginación trasforman en vicios todas las pasiones de los seres limitados, hasta las de los ángeles, si los hay, pues para que supiesen qué relaciones se adaptan mejor a su naturaleza, fuera preciso que conociesen la de todos los seres.

Por consiguiente, todo el compendio de la humana sabiduría, con respecto a las pasiones; se cifra: 1º, en conocer las verdaderas relaciones del hombre, tanto en la especie como en el individuo; 2º, en coordinar; conforme a estas relaciones, todos los afectos del alma.

Pero ¿es dueño el hombre de coordinar sus afectos según tales o cuales relaciones? No cabe duda, cómo pueda dirigir su imaginación a tal o cual objeto, o de darle tal o cual costumbre. Además, no tanto tratamos aquí de la que un hombre puede hacer en sí mismo cuanto de lo que podemos hacer con nuestro alumno, eligiendo las circunstancias en que le hayamos de colocar. Explicar los medios a propósito para mantenerle en el orden de la naturaleza, es decir de qué modo puede salir de él.

Mientras que su sensibilidad permanece limitada a su individuo, no hay cosa alguna moral en sus acciones; sólo cuando comienzan

a extenderse fuera de él, toma primero los afectos, y luego las nociones del bien y el mal, que le constituyen verdaderamente hombre y parte integrante de su especie. Así que, desde luego, es preciso parar en este primer punto nuestras observaciones. Estas son dificultosas, porque para hacerlas es menester desechar los ejemplos que a la vista tenemos, e indagar a aquellos en que se efectúan, conforme al orden de la naturaleza, los desarrollos sucesivos.

Un niño amoldado, culto, civilizado, que sólo espera la potencia para poner en práctica las instrucciones que ha recibido, nunca se engaña acerca del instante en que le viene esta potencia. En vez de aguardarla, la acelera: excita en su sangre una precoz fermentación; mucha antes de sentir deseos, sabe cuál debe ser el objeto de ellos. La naturaleza no le excita, sino que él la fuerza; nada tiene aquella que enseñarle cuando le hace hombre, que ya lo era por el pensamiento mucho antes de serlo en realidad.

Más lentos y más graduales son los pasos de la naturaleza. Poco a poco se inflama la sangre, se elaboran los espíritus, y se forma el temperamento. El sabio artífice, que dirige la fábrica, está atento a perfeccionar todos sus instrumentos antes de ponerlos en acción; antecede a los primeros deseos una larga inquietud, los alucina una larga ignorancia, y desea uno sin saber qué. Agitase y fermenta la sangre; procura brotar fuera cierta superabundancia de vida. Anímanse los ojos y recorren los demás seres; empieza el joven a interesarse por aquellos que tiene cerca y a sentir qué no fue formado para vivir solo; así se abre el corazón a los afectos humanos y se hace capaz de cariño.

El primer afecto de que es capaz un joven, criado con esmero, no es el amor, es la amistad. El primer acto de su naciente imaginación es manifestarle que tiene semejantes, y antes que el sexo le mueve la especie. Esta es otra utilidad que se saca de prolongar la inocencia; aprovecharse de la naciente sensibilidad para sembrar en el corazón del joven las primeras semillas de la humanidad. Beneficio tanto más precioso, cuanto este es el único tiempo de la vida en que pueden las mismas solicitudes coger óptimos frutos.

Siempre he visto que los jóvenes estragados desde temprano, y abandonados a las mujeres y a la disolución, eran inhumanos y crueles; hacíalos impacientes, vengativos y furiosos la fogosidad de su temperamento; llena su imaginación de un objeto solo, se negaba a todo lo demás; no conocían compasión ni misericordia, y al menor de sus deleites hubieran sacrificado padre, madre y el universo entero. Por el contrario, al mozo educado con una feliz sencillez, le incitan los primeros movimientos de la naturaleza a las tiernas y afectuosas pasiones: su compasivo corazón se conmueve con las penas de sus semejantes, se estremece de placer cuando vuelve a ver a su camarada, saben sus brazos estrecharse en lazos de cariño y sus ojos verter lágrimas de ternura; si desagrada, siente vergüenza; si ofende, desconsuelo. Si le hace vivo, arrebatado, iracundo una sangre que se inflama, descubre, pasado un instante, toda la bondad de su corazón en la efusión de su arrepentimiento; llora, gime por la herida que ha hecho; a precio de su sangre querría rescatar la que ha vertido; apágase todo su arrebatado, y toda su altivez se humilla ante la conciencia de su yerro. ¿Ha sido él el ofendido? En la vehemencia de su enojo, una disculpa, una palabra, le desarma; perdona los agravios ajenos con tan buena voluntad como resarce los suyos. No es la adolescencia la edad de la venganza ni de la enemistad, sino la de la conmiseración, la clemencia y la generosidad. Sí, lo sostengo y no temo que me desmienta la experiencia: un niño que no es de mala índole, y que hasta los veinte años ha conservado su inocencia, a esta edad es el más generoso, el mejor, el más amante, y el más amable de los hombres. Nunca os dijeron tal cosa; bien lo creo: educados nuestros filósofos en toda la corrupción de los colegios, están muy distantes de saber eso.

La flaqueza del hombre es la que le hace sociable; nuestras comunes miserias son las que excitan nuestros corazones a la humanidad: nada le deberíamos si no fuéramos hombres. Todo cariño es señal de insuficiencia; si no tuviera cada uno de nosotros necesidad de los demás, nunca pensaría en unirse con ellos. Así, de nuestra misma enfermedad nace nuestra dicha frágil. Un ser verdaderamente feliz es un ser solitario; Dios solo disfruta de una felicidad absoluta; pero ¿quién de nosotros se forma idea de ella? Si

un ser imperfecto se pudiera bastar a sí propio, ¿de qué, según nosotros, disfrutaría? Estaría solo y sería miserable. No concibo que el que nada necesita pueda amar algo, ni que el que nada ama pueda ser feliz.

Dedúcese de aquí que nos aficionamos a nuestros semejantes, no tanto por el sentimiento de sus gustos, cuanto por el de sus penas; porque en éstas vemos mejor la identidad de nuestra naturaleza y la fianza del cariño que nos tienen. Si nos unen por interés nuestras necesidades comunes, por afecto nos unen nuestras miserias comunes. Menos amor que envidia inspira a los demás la presencia de un hombre feliz; con gusto le echaríamos en cara que usurpa un derecho que no tiene, gozando de una felicidad exclusiva; nuestro amor propio también padece, haciéndonos ver que este hombre no necesita de nosotros. Pero, ¿quién no se compadece del desgraciado que ve sufrir? ¿Quién no le quisiera librar de sus males, si sólo un deseo bastara para ello? La imaginación más nos hace poner en lugar de miserable que de hombre feliz, y sentimos que el primero de estos nos atañe más de cerca que el último. Dulce es la piedad, porque sustituyéndonos al que padece, sentimos, no obstante, la satisfacción de no padecer como él; y amarga la envidia, porque la presencia de un hombre feliz, lejos de subrogar al envidioso en su lugar, le causa el desconsuelo de no verse en él. El uno parece que nos exime de los males que sufre, y el otra que nos priva de los bienes que disfruta.

Así, pues, si queréis excitar y mantener en el pecho de un joven los primeros movimientos de la naciente sensibilidad, y enderezar su carácter hacia la beneficencia y la bondad, no hagáis brotar en él, con la engañosa imagen de la felicidad humana, la soberbia, la vanidad, la envidia; no expongáis a sus ojos la pompa de las cortes, el fausto de los palacios, los atractivos del teatro; no le llevéis a las tertulias y las brillantes asambleas; no le hagáis ver lo exterior de la alta sociedad hasta que le hayáis puesto en estado de que la aprecie por sí propio. Enseñarle el mudo antes de que conozca a los hombres, es entregarle y no formarle, engañarle y no instruirle.

No son los hombres, por naturaleza ni reyes, ni potentados, ni cortesanos, ni ricos: todos nacieron pobres y desnudos sujetos todos a las miserias de la vida, a los pesares, a los males, a las

necesidades, a toda especie de duelos; condenados, en fin, a muerte. Esto sí que es propio del hombre; de ello no está exento ningún mortal. Así, empezad estudiando en la naturaleza humana lo que de ella es más inseparable, lo que mejor constituye la humanidad.

A los diez y seis años sabe el adolescente lo que es sufrir, porque ya ha sufrido; mas apenas sabe que también sufren otros seres, pues verlo sin sentirlo no es saberlo; y, como cien veces he dicho, el niño que no imagina lo que sienten los demás, no conoce otros males que los suyos propios. Pero cuando el primer desarrollo inflame su imaginación, empieza a padecer con sus duelo. Entonces la triste pintura de la humanidad doliente, debe excitar en su pecho la ternura primera que haya experimentado.

Si no es fácil notar este instante en vuestros hijos ¿de quién os quejáis? Tan pronto los enseñáis a que finjan afectos, y les hacéis que hablen su idioma, que, como siempre os explicáis en el mismo estilo, vuelven contra vosotros mismos vuestras lecciones, sin dejaros medios ninguno para que distingáis, cuando, habiendo cesado de mentir, empiezan a sentir lo que dicen. Pero ved a mi Emilio: de la edad a que le he conducido, ni sintió, ni mintió jamás. Antes de saber qué es querer, a nadie ha dicho *yo le quiero*; no le han prescrito qué semblante había de poner cuando entrara en el cuarto de su padre, su madre o su ayo enfermos; no le han enseñado el arte de afectar la tristeza que no tenía. No ha fingido que lloraba la muerte de nadie, porque no sabe qué cosa es morir. En sus modales descubre la misma insensibilidad que hay en su corazón. Indiferente para todo, menos para sí, como todos los niños por nadie se toma interés; y lo que le distingue de los demás, es que no afecta que se lo toma, y no es falso como ellos.

Habiendo reflexionado poco Emilio acerca de los seres sensibles, tarde sabrá qué es padecer y morir. Empezarán. a agitar sus entrañas los quejidos y los gritos; la vista de la sangre que corre le hará volver los ojos; gran angustia le causarán las convulsiones de un animal moribundo, antes que sepa de dónde le vienen estos nuevos movimientos. No los tendría si hubiera permanecido bárbaro y estúpido; si estuviera más instruido sabría cuál es su fuente: ya ha

comparado sobradas ideas para no sentir nada, y no las bastantes para concebir lo que siente.

Así nace la piedad, primer sentimiento relativo que mueve el pecho humano, según el orden de la naturaleza. Para tornarse piadoso y sensible, preciso es que sepa el niño que hay seres semejantes a él, que padecen lo que ha padecido, que sienten los dolores que ha sentido, y otros de que debe tener idea como que también puede sentirlos. Y, efectivamente, ¿cómo nos dejamos mover de la piedad, sino es trasladándonos fuera de nosotros, identificándonos con el ser que padece; dejando, por decirlo así, nuestro ser por tomar el suyo? Sólo en cuanto juzgamos que él padece, padecemos nosotros y padecemos en él, no en nosotros. De manera que ninguno se vuelve sensible hasta que se anima su imaginación y empieza a trasladarle fuera de sí propio.

¿Qué debemos hacer, en consecuencia, para excitar y mantener esta naciente sensibilidad y para guiarla y seguirla en su natural declive, sino es presentar al joven objetos en que pueda obrar la fuerza expansiva de su corazón, que le dilaten y le extiendan por los demás seres, que hagan que en todas partes se halle fuera de sí; desviar con esmero los que le coartan, le reconcentran y ponen tirante el muelle del yo humano; quiero decir, en términos más claros, excitar en él la bondad, la humanidad, la conmiseración, la beneficencia, todas las halagüeñas y suaves pasiones que, naturalmente, agradan a los hombres y estorban que nazcan la envidia., la codicia, el rencor, todas pasiones crueles y repulsivas, que no sólo hacen, por decirlo así, nula, sino también negativa la sensibilidad y son perpetuo torcedor de quien las experimenta?

Creo que puedo resumir todas las reflexiones precedentes en dos o tres máximas concisas, claras y fáciles de comprender.

Máxima primera.

«No es propiedad del corazón humano ponerse en el lugar de los que son más felices que nosotros; pero sí en el de los que son más dignas de compasión.»

Si se encuentran excepciones a esta máxima, son más aparentes que reales. Así que de nadie se sustituye en lugar del rico

o del potentado con quien se une; y aun cuando es sincera esta intimidad, no hace otra cosa que apropiarse parte de su bienestar. Algunas veces es amado aquel en su desgracia; pero mientras está en prosperidad no tiene otro amigo verdadero quien, sin dejarse llevar de las apariencias, no obstante su prosperidad, más le compadece que le envidia.

Nos conmueve la felicidad de ciertos estados de la vida rústica y pastoral, por ejemplo. La envidia no envenena el encanto de contemplar felices estas buenas gentes y verdaderamente nos interesan, ¿Por qué? Porque reconocemos ser árbitros de bajar a este estado de inocencia y serenidad que sólo ideas gratas excita, y que para poder disfrutarle, con querer basta. Siempre gusta ver sus recursos, contemplar su propio caudal, aun cuando no se quiera hacer uso de él.

Dedúcese de aquí, que para excitar a un joven a que sea humano, lejos, de hacer que admirado contemple el brillante destino de los demás, es menester enseñársele por su aspecto triste, y hacérsele temer. Entonces por una evidente consecuencia; se debe allanar él una vereda para la felicidad, sin seguir las huellas de nadie.

Máxima segunda.

«Sólo se compadecen en otro aquellos males de que uno mismo no se cree exento.»

Non ignara mali, miseris succurrere disco [92]

No conozco nada tan hermoso, tan profundo, conmovedor y verdadero como este verso.

¿Por qué no tienen compasión los reyes de sus vasallos? Porque cuentan con que nunca han de ser hombres. ¿Por qué son tan duros los ricos con los pobres? Porque no tienen miedo de llegar a serlo. ¿Por qué desprecia tanto la nobleza a la plebe?. Porque nunca un noble será plebeyo. ¿Porqué son generalmente los turcos más humanos, más hospitalarios que nosotros? Porque como en su gobierno totalmente arbitrario siempre son precarias y vacilantes la

fortuna y el poder de los particulares, no contemplan el abatimiento y la miseria como un estado que es ajeno de ellos[93]: mañana puede ser cada uno lo que hoy es aquel a quien favorece. Esta reflexión, que sin cesar se repite en las novelas orientales, les comunica no sé qué ternura, que no encuentra el lector en todos los aderezos de nuestra seca moral.

No acostumbréis, pues, a vuestro alumno a que desde el pináculo de su gloria contemple las penas de los afligidos, los afanes de los miserables, ni esperéis enseñarle a que de ellos se compadezca, si los mira como ajenos. Hacedle comprender que la suerte de estos desventurados puede ser la suya, que todos sus males le pueden sobrevenir, que mil casos inevitables y no previstos le pueden sumir en ellos de un instante a otro. Enseñadle a que no mire como estables la cuna, la salud, ni las riquezas: hacedle ver todas las vicisitudes de la fortuna; presentadle ejemplos, siempre demasiado frecuentes, de personas que de puesto más encumbrado que el suyo, han caído en abismo más hondo que aquel en que ve a estos desgraciados; poco importa que haya o no sido por su culpa; ahora no se trata de eso, ni él sabe todavía qué cosa es culpa. No excedáis nunca la esfera de sus conocimientos, ni le iluminéis con otras luces que las proporcionadas a su capacidad: no necesita saber mucho para conocer que no le puede responder toda la prudencia humana de si dentro de una hora ha de estar vivo o muerto, de si antes que sea noche no le hará crujir los dientes el dolor nefrítico, si dentro de un mes ha de ser rico o pobre, si dentro de un año estará remando y aguantando el rebenque en una galera argelina. Y no le digáis todo esto con frialdad, como si le enseñases la doctrina cristiana; vea, sienta las humanas calamidades; removed, atemorizad su imaginación con los peligros que sin cesar cercan a todo mortal; contemple en torno suyo abiertas todas estas insondables simas y estréchese con vos al oír describirlas, de miedo de despeñarse en sus abismos. Así le haremos tímido y medroso, diréis. Luego veremos; mas por ahora empecemos haciéndole humano, que es lo que más nos importa.

Máxima tercera.

«La compasión que tenemos del mal ajeno, no se mide por la cantidad de este mal sino, por el sentimiento que atribuimos a los que le padecen.».

Tanto compadecemos a un desdichado, cuanto creemos que él se reputa digno de compasión. Más limitado de lo que parece es el sentimiento físico de nuestros males; mas por lo que verdaderamente somos dignos de lástima, es por la memoria que nos hace sentir su continuidad y por la imaginación que los extiende al tiempo venidero. Esta pienso yo que es una de las causas que nos endurecen con los males de los animales más que con los de los hombres, aunque igualmente nos debiera identificar con ellos la común sensibilidad. No nos dolemos de una mula que está en su caballeriza, porque no presumimos que mientras come el pienso, contemple los palos que ha recibido y las fatigas que la esperan. Tampoco nos dolemos de un carnero que vemos paciendo, aunque sepamos que en breve ha de ser degollado, porque juzgamos que no prevé su suerte. Así nos endurecemos por extensión sobre el destino de los hombres y se consuelan los ricos del mal que hacen a los pobres, suponiéndolos tan necios que no lo sienten. Generalmente estimo yo lo que aprecia cada uno la felicidad de sus semejantes, por el caso que me parece hace de ellos. Cosa natural es valuar en poco la dicha de las personas que uno tiene len poco. Así no os choque que los políticos traten con tanto desdén al pueblo, ni que afecten la mayor parte de los filósofos que tienen por tan malo al hombre.

El pueblo es lo que compone el linaje humano; es tan poco lo que no es pueblo, que no vale la pena de contarse. El hombre es el mismo en todas las condiciones; y si es así, las más numerosas son las que más respeto merecen. A los ojos de un pensador desaparecen todas las distinciones civiles: las mismas pasiones, los mismos afectos ve en un sujeto ilustre que en un ganapán; sólo distingue el estilo y un colorido con más o menos adornos; si alguna diferencia esencial los separa es en detrimento de los más disimulados. La plebe se manifiesta como ella es, y no es amable; pero es fuerza que los hombres decentes se disfracen: si se dejasen ver como ellos son, causarían horror.

Según dicen nuestros sabios, hay la misma dosis de pena y de bienestar en todas las condiciones. Máxima tan absurda como imposible de sostener, porque si todos son felices en igual grado, ¿qué necesidad tengo yo de incomodarme por nadie? Quédese cada uno como está: maltraten al esclavo, padezca el enfermo, perezca el desvalido; que nada consiguen con mudar de estado. Hacen una enumeración de las penas del rico y manifiestan la vaciedad de sus placeres: ¡qué torpe sofisma! Las penas del rico no provienen de su estado sino de él solo, que abusa de su condición. Aunque fuera todavía más desventurado que el pobre, no sería digno de compasión, porque todos sus males son obra suya y está en su mano ser feliz; mas las penalidades del miserable le vienen de las cosas, del rigor de la suerte que sobre él se agrava. No hay costumbre que pueda quitarle el sentimiento físico de la fatiga, del desfallecimiento, del hambre; ni el entendimiento recto, ni la sabiduría, valen para eximirle de los males de su estado. ¿Qué adelanta Epicteto con prever que su amo le va a romper una pierna? ¿Deja de rompérsela por eso? Con su mal junta el de la previsión. Aunque fuera la plebe tan inteligente como estúpida la suponemos, ¿qué otra cosa pudiera ser de lo que es? ¿Qué otra cosa pudiera hacer de lo que hace? Estudiad las personas de esta clase, y veréis que con otras formas tienen tanta perspicacia y más razón que vosotros. Respetad vuestra especie; considerad que esencialmente consta de la colección de pueblos; y que aun cuando se quitaran de ellos todos los reyes y todos los filósofos, poco se echaría de ver, y no andaría peor el mundo. En una palabra, enseñad a vuestro alumno a que ame a todos los hombres, hasta a los que los desestiman; haced que no se coloque en clase ninguna; sino que en todas se halle; hablad en su presencia con ternura del género humano con lástima a veces, mas nunca con desprecio. Hombre, no deshonres al hombre.

Por estas y otras semejantes veredas, bien opuestas a las trilladas, conviene introducirse en el corazón del adolescente para excitar en él los primeros movimientos de la naturaleza, para desarrollarse y dilatarse respecto a sus semejantes. Importa también que con estos movimientos vaya mezclada cuanto menos interés personal fuere posible, especialmente ni vanidad, ni

emulación, ni vanagloria, ni ninguno de aquellos afectos que nos fuerzan a compararnos con los demás; porque nunca se hacen estas comparaciones sin cierta impresión de odio contra aquellos que, aunque no sea más que en nuestra, estimación propia, nos disputan la preferencia. Fuerza es entonces cegarse o enojarse, ser un tonto, o un perverso; procuremos evitar esta alternativa. Tarde o temprano, dicen, se han de encender estas peligrosas pasiones, mal que nos pese. No lo niego; cada cosa tiene su tiempo y lugar; sólo dijo que no debemos contribuir a su nacimiento.

Este es el espíritu del método que conviene prescribirse. Así son inútiles los ejemplos detallados porque empieza ya la división casi infinita de caracteres; y cada ejemplo que yo diese, acaso no convendría a uno entre cien mil. De esta edad empieza también en el maestro hábil la verdadera función de observador y de filósofo, que sabe el arte de sondear los corazones mientras se afana en formarlos. En tanto que todavía no piensa en disfrazarse porque aún no lo ha aprendido el joven, a cada objeto que le presentan se echa ver en su ademán, en sus ojos, en sus acciones, la impresión que en él hace; en su semblante se leen todos los movimientos de su alma: espíandolos se consigue preverlos y al cabo dirigirlos.

Obsérvase que, generalmente, la sangre, las heridas, los gritos, los gemidos; el aparato de las operaciones dolorosas, y todo cuanto trasmite a los sentidos objetos que sufren, sobrecoge más pronto y de modo general a todos los hombres. Como la idea de destrucción es más compuesta, no hace la misma impresión; más tarde y con menos vigor mueve la idea de la muerte porque nadie ha hecho la experiencia de morir; es preciso haber visto cadáveres para sentir las congojas de los agonizantes. Pero cuando una vez se ha formado bien en nuestro ánimo esta imagen, no hay espectáculo más horrible a nuestros ojos, ya sea a causa de la idea de total destrucción que entonces presenta a los sentidos, o ya porque sabiendo que es inevitable este instante para todos, se siente uno conmovido más vivamente con una situación que está cierto no puede menos de ser la suya algún día.

Estas diversas impresiones tienen sus modificaciones y sus grados, que penden del carácter particular de cada individuo y de sus anteriores costumbres; pero son universales, y nadie está

totalmente exento de ellas. Unas hay más tardías y menos generales, que son más peculiares de los ánimos sensibles; éstas son las que se reciben de las penas morales, de los dolores internos, de las aflicciones, de las largas pesadumbres, de la tristeza. Hombres hay que se conmueven por los gritos y llantos; nunca les arrancaron un suspiro los sordos y dilatados sollozos de un pecho sofocado de pesar; nunca la presencia de un andar abatido, de un rostro macilento y aplomado de unos ojos amortecidos y exhaustos ya de lágrimas, los han hecho llorar; nada significan para ellos las penas del alma; juzgados están, nada siente la suya, no esperéis de ellos otra cosa que inflexible rigor, dureza de corazón y crueldad. Íntegros y justos podrán ser; mas nunca clementes, generosos y piadosos. Digo que podrán ser justos, si es posible que lo sea el hombre no misericordioso.

No os apresuréis, sin embargo, a juzgar de los jóvenes por esta regla, especialmente de los que educados como deben serlo, no tienen ninguna idea de las penas morales, que nunca les han causado; porque repito que sólo pueden compadecer los males que conocen; y esta aparente insensibilidad, que sólo procede de ignorancia, en breve se convierte en ternura, así que empiezan a sentir que en la vida humana hay mil duelos que no conocían. En cuanto a mi Emilio, como en su niñez ha tenido sencillez y recto discernimiento, cierto estoy de que tendrá sensibilidad y alma cuando sea grande, porque la verdad de los afectos tiene íntima conexión con lo justo de las ideas.

Mas, ¿por qué recordarlo aquí? Más de un lector, sin duda, me echará en cara que olvido mi resolución primera y que he permitido a mi alumno una constante felicidad. Desventurados, moribundos, espectáculos de miseria y dolor, ¡qué felicidad, que gustos para un corazón que empieza a vivir! Su triste institutor, que tan plácida educación le destinaba, sólo le ha hecho nacer para que sufra. Esto dirán: ¿y qué me importa? Hacerle feliz es lo que yo he prometido; y no hacer que lo pareciese. ¿Es culpa mía, si alucinados siempre por la apariencia, se os antoja la realidad?

Consideremos a dos jóvenes cuando han concluido su primera educación, y entran en el mundo por dos puertas opuestas. De repente se encarama el uno al Olimpo, se introduce en la más lucida

sociedad; le llevan a la corte, a las casas de los grandes, de los ricos, de las lindas damas. En todas partes supongo que le obsequian, y no examino el efecto que estos agasajos hacen en su razón; quiero que los resista.

Vuelan a encontrarle los deleites, cada día le divierten objetos nuevos; y a todo se entrega con un interés que os cautiva. Le veis atento, diligente; curioso; os impresiona su admiración, la situación de su alma; creéis que goza, y yo creo que padece.

¿Qué es lo que primero advierte al abrir los ojos? Una muchedumbre de pretendidos bienes que no conocía, cuya mayor parte sólo un instante están a su disposición, y que parece se le muestran sólo para que su privación le cause más desconsuelo. Si se pasea en un palacio; su inquieta curiosidad hace ver que se enoja en su interior, porque no es así la casa de sus padres. Todas sus preguntas os dan a entender que sin cesar se compara con el amo de esta casa; y todo cuanto en este paralelo se queda él inferior, aumenta su vanidad irritándola. Si encuentra un joven mejor vestido que él, le veo en secreto murmurar de la avaricia de sus padres. ¿Lleva él ropa de más precio? Tiene el sentimiento de ver que otro le eclipsa o por su cuna, o por su ingenio, y que están, desairadas todas sus galas al lado de un vestido de paño común. ¿Luce él solo en una tertulia? ¿Se pone en puntillas para que le vean mejor? ¿Quién no se encuentra con una secreta, disposición a censurar el ufano y vanidoso además de un mozuelo presumido? En breve se mancomuna todo; inquietanle las miradas de un hombre grave, no tardan en llegar a sus oídos las burlas de un zumbón mordaz, y aunque solamente uno le desdeñase, el menosprecio de éste envenena al momento los aplausos de los demás.

Démoselo todo, no le escaseemos ni el mérito ni las gracias; sea buen mozo, agudo, amable, obsequiado de las mujeres; pero como le obsequian antes que él las quiera, más pronto le volverán loco que enamorado; tendrá aventuras, pero no ardor ni pasión para disfrutar de ellas. Siempre adivinados sus deseos, sin tener nunca tiempo para que nazcan en el seno de los deleites, sólo siente el quebranto de la sujeción: el sexo destinado a hacer feliz al suyo le harta y fastidia, antes de conocerle; si sigue tratándole, no es más que por vanidad; y aun cuando le tomara verdadera afición, no será

el único joven, el único brillante, el único amable, ni serán siempre sus amadas prodigios de fidelidad.

Nada digo de los chismes, alevosías, bastardías, y todo género de pesares imprescindibles de semejante vida. La experiencia del mundo cansa de él; sólo hablo de los quebrantos anejos a la ilusión primera.

¡Qué contraste para el que, encerrado en el seno de su familia y sus amigos, se ha visto único objeto de todas sus atenciones y se mete de repente en un orden de cosas en que es tenido en tan poco, que se encuentra como anegado en una esfera extraña, él que por tanto tiempo fue el centro de la suya! ¡Cuántas afrentas, cuántos desaires ha de sufrir, antes que pierda entre los extraños las preocupaciones de su mucha valía, que le inspiraron y alimentaron en él los suyos! Cuando niño, todo le cedía, todo acudía en torno de él a su voluntad; joven, tiene que ceder a todo el mundo; y si se descuida un poco y conserva sus antiguos modales, ¡con cuán duras lecciones se va a ver precisado a volver en sí! El hábito de alcanzar con facilidad el objeto de sus deseos le incita a desear mucho y hace que sienta privaciones continuas. Todo cuanto le agrada se le antoja; cuanto tienen los otros quisiera tenerlo él; todo lo codicia, a todo el mundo envidia, en todas partes quisiera dominar; le roe la vanidad; su corazón novel se inflama en ardor de desenfundados deseos; con ellos se engendran el rencor y los celos; de consuno toman vuelo todas las voraces pasiones; su agitación le acompaña en el ruido del mundo; le sigue todas las noches a su morada; entra desazonado consigo y con los demás; duérmese lleno de cien proyectos vanos desasosegado con mil fantasías; y hasta en sus sueños le retrata su soberbia los ilusorios bienes; cuyo deseo le acongoja, y que no ha de poseer en su vida. Este es vuestro alumno; veamos el mío.

Si el primer espectáculo que le impresiona es un objeto de tristeza, luego que vuelve en sí, es contento lo primero que siente. Al ver de cuántos males está exento, siente que es más feliz de lo que creía. Participa de las penas de sus semejantes, pero esta participación es voluntaria y suave. A un tiempo disfruta de la compasión que tiene a sus males y de la dicha que de ellos le exime; se siente en aquel estado de fuerza que nos extiende más

allá de nosotros y hace que coloquemos en otra parte la actividad superflua para nuestro bienestar. Sin duda para dolerse del mal ajeno es necesario conocerle, pero no sentirle. Quien ha padecido o teme padecer, se duele de los que padecen; pero el que está padeciendo sólo se duele de sí.. Pues una vez que estando todos sujetos a las miserias de la vida, ninguno reparte con los otros más sensibilidad que la que al presente no necesita para sí propio, infiere que debe ser muy suave el afecto de la conmiseración, porque atestigua en favor nuestro; y por el contrario, siempre es desventurado un hombre duro, pues no le deja su corazón ninguna sensibilidad sobrante que pueda distribuir a los duelos ajenos.

Juzgamos demasiado de la felicidad por sus apariencias; la suponemos donde menos se halla; la buscamos donde no puede estar; la alegría es señal muy equívoca de dicha. Muchas veces un hombre alegre es un desventurado que procura alucinar a los demás y atolondrarse a sí propio. Esas personas tan risueñas, tan despejadas, tan serenas en una concurrencia, casi todas son tristes y regañonas en su casa, y pagan sus criados la pena de la diversión que dan a sus sociedades. El contento verdadero, ni es alegre ni bullicioso; celoso de tan suave afecto, quien le disfruta piensa en él, le saborea, teme que se le evapore. Un hombre verdaderamente feliz habla poco, se ríe menos y reconcentra, por decirlo así, la felicidad en torno de su corazón. Los juegos estrepitosos; la turbulenta alegría encubren el tedio y los desabrimientos; pero la melancolía es amante de las suaves delicias: a los gustos más dulces los acompañan la ternura y las lágrimas, y hasta el gozo excesivo antes saca llantos que risa.

Si a primera vista parece que contribuyen a la felicidad la variación y multitud de pasatiempos, y que debe aburrir una vida igual, mirándolo más atentamente, hallamos que, por el contrario, el hábito más suave del ánimo consiste en una moderación de goces que deja poco sitio al deseo y al hastío. La inquietud de los deseos engendra la curiosidad y la inconstancia; y el vacío de los deleites turbulentos el aburrimiento. Nunca se aburre de su estado el que no conoce otro más gustoso. Los salvajes son los menos curiosos y que menos se aburren, de cuantos hombres hay en el mundo; para

ellos todo es indiferente; no gozan de las cosas, sino de sí mismos; pasan la vida sin hacer nada, y no se aburren nunca.

El hombre de mundo está todo entero en su fingimiento. Como casi nunca está solo consigo mismo, es un extraño para sí, y no se halla a gusto cuando se ve forzado a entrar en su interior. Para este hombre lo que él es no es nada, lo que parece es el todo.

No puedo menos de figurarme, en el semblante del joven de que antes he hablado, un no sé qué importuno, melindroso, afectado, que desagrada, que repugna a las personas llanas y en el del mío una interesante y cándida fisonomía, que manifiesta el contento y la verdadera serenidad del ánimo, que inspira estimación y confianza y que parece que sólo espera los desahogos de la amistad, para brindar con la suya a los que a él se acercan. Creen muchos que la fisonomía es el mero desarrollo de los contornos que ya ha bosquejado la naturaleza. Yo más bien creyera que además de este desarrollo, se van formando insensiblemente y adquieren fisonomía los rasgos del semblante humano con la frecuente y habitual impresión de ciertas afecciones del ánimo. Señálense estas afecciones en el rostro, no hay cosa más cierta; y cuando se convierten en hábitos, deben dejar en él impresiones duraderas. De esta manera concibo yo que la fisonomía anuncia el carácter, y que alguna vez podemos juzgar de éste por aquélla, sin meternos en misteriosas explicaciones que suponen conocimientos de que carecemos.

El niño tiene solamente dos afecciones bien marcadas: el placer y el dolor; se ríe o llora; para él no hay intermedios, pues sin cesar pasa de uno de estos movimientos a otro. Esta alternativa continua estorba que hagan en su rostro ninguna impresión constante y que adquiera fisonomía; pero en la edad en que más sensible se conmueve con mayor viveza y constancia, las impresiones ya más profundas estampan huellas que se borran con gran dificultad; y resulta del estado habitual del ánimo una colocación de rasgos que el tiempo hace indeleble. No es raro, sin embargo, ver hombres que en diferentes edades mudan de fisonomía. Muchos he visto yo en este caso, y siempre he hallado que las que había podido seguir y observar bien, habían también mudado de pasiones habituales. Esta observación sola, perfectamente confirmada, me parece decisiva y

no está fuera de su lugar de los movimientos del alma por los signos externos.

Yo no sé si mi joven, por no haber aprendido a imitar modales de sociedad ni a fingir afectos que no tiene, será menos amable: aquí no tratamos de esto, sólo sé que será más amante; y se me hace muy difícil creer que el que se ama a sí sólo pueda disfrazarse tan bien que agrade tanto como el que de su cariño a los demás saca un nuevo sentimiento de felicidad. En cuanto a este mismo sentimiento, presumo que basta con lo dicho para guiar en este punto a un lector de sana razón y hacer ver que no me contradigo.

Vuelvo, pues, a mi sistema, y digo: Cuando se acerca la edad crítica, presentad a los jóvenes espectáculos que los enfrenen y no que los exciten: alucinad su naciente imaginación con objetos que, lejos de inflamar sus sentidos, repriman su actividad. Desviadlos de los pueblos grandes, donde el inmodesto traje de las mujeres acelera y adelanta las lecciones de la naturaleza; donde todo presenta a sus ojos deleites que no deben conocer hasta que sepan escogerlos. Traedlos a su primera mansión, donde la sencillez rústica no deja que las pasiones de su edad se desenvuelvan con tanta prontitud; o si los retiene en la ciudad su gusto a las artes, precaved con esta misma afición una ociosidad peligrosa. Escoged con esmero sus sociedades, sus ocupaciones y sus pasatiempos; enseñadles sólo pinturas halagüeñas, pero modestas, que los conmuevan sin seducirlos, y que ceben su sensibilidad sin agitar sus sentidos. Considerad también que en todo hay excesos que temer y que siempre las pasiones sin moderación causan mayores daños de los que se desea evitar. No se trata de hacer de vuestro alumno un enfermero, de afligir su vista con continuos objetos de penas y quebrantos, de llevarle de enfermo a enfermo, de hospital en hospital, del patíbulo a la cárcel: lo que conviene es apiadarle, y no endurecerle con la escena de las humanas miserias. Si se presentan mucho tiempo los mismos espectáculos, no sentirá la impresión de ellos, que a todos nos acostumbra el hábito; lo que se ve con frecuencia no se imagina, y la imaginación sola es la que hace que sintamos los ajenos males: así a puro ver morir y padecer, se tornan inhumanos los médicos y los clérigos. Conozca vuestro alumno la suerte del hombre y las miserias de sus semejantes, pero

no las presencie a cada paso. Un objeto tan sólo bien escogido y manifestado desde el punto de vista que conviene, le dará materia para enternecerse y reflexionar por espacio de un mes. No tanto lo que ve, como el recapacitar lo que ha visto, es lo que determina el juicio que de ello forma; y la impresión duradera que recibe de un objeto, menos procede del objeto mismo, que del punto de vista desde el cual se le excita a que se acuerde de él. Así valiéndoos con economía de ejemplos, imágenes y lecciones, embotaréis por mucho tiempo el aguijón de los sentidos, y entenderéis la naturaleza, siguiendo sus propias direcciones.

Conforme vaya adquiriendo conocimientos, escoged ideas que a ellos se refieren; al paso que se inflaman sus deseos, buscad imágenes a propósito para reprimirlos. Un militar anciano, estimado no menos por sus costumbres que por su valor, me contó que joven, su padre, hombre de razón, pero devoto, viendo que su temperamento naciente le arrastraba hacia las mujeres, nada omitió para contenerle; pero conociendo al fin que, a pesar de todos sus afanes, nada conseguía, se resolvió a llevarle a un hospital de sífilíticos, y sin prevenirsele le metió en una sala donde con curas horribles expiaba una muchedumbre de estos desventurados los desórdenes que las habían motivado. A la vista de escena tan asquerosa, que repugnaba a todos los sentidos, casi se cayó el joven desmayado. «Anda, miserable, disoluto, díjole entonces con tono vehemente su padre, sigue la villana inclinación que te arrastra; en breve será mucha fortuna la tuya, si te admiten en esta sala, donde víctima de las dolencias más infames, pondrás a tu padre en el caso de dar gracias a Dios por tu muerte.»

Juntas estas cortas razones con el enérgico espectáculo que se le presentaba, tanta impresión le hicieron que nunca se le borró. Condenado por su profesión a pasar su mocedad en guarniciones, quiso mejor aguantar la mofa de sus camaradas, que imitar su disolución. «He sido hombre, me dijo, he tenido flaquezas; pero nunca he podido mirar sin horror una mujer pública.» Maestro, pocos razonamientos; aprende a escoger los sitios, los tiempos, las personas, dad luego vuestras lecciones en ejemplos y estad cierto de su eficacia.

El empleo de la infancia es poca; lo malo que en ella se introduce tiene remedio, y lo bueno que se hace se puede hacer más tarde. Pero no sucede lo mismo en la primera edad en que verdaderamente empieza a vivir el hombre. Nunca dura esta edad lo suficiente para el uso que de ella debe hacerse; y exige su importancia una continuada solicitud; por eso insisto tanto en el arte de prolongarla. Uno de los mejores preceptos de la buena cultura es retardarlo todo cuando fuere posible. Haced lentos y seguros los adelantos; estorbad que se haga hombre él joven cuando nada le falta ya para serlo. Mientras crece el cuerpo, se forman y se elaboran los espíritus destinados a dar fuerza a las fibras y bálsamos a la sangre; si hacéis que tomen distinto curso, y que lo que estaba destinado a la perfección de un individuo sirva para la formación de otro, permanecen ambos en un estado de flaqueza, y se queda imperfecta la obra de la naturaleza. También las operaciones intelectuales se resienten de esta alteración, y tan endeble el alma como el cuerpo, sólo desempeña funciones desmayadas y flacas. Ni el valor ni el ingenio penden de miembros fuertes y robustos; y bien concibo que no acompañe la fuerza del ánimo a la del cuerpo, si no están bien dispuestos por otra parte los desconocidos órganos de la comunicación de ambas sustancias; pero, aunque fuere buena la disposición mutua de éstos, siempre obrarán sin energía, si no tienes otro principio que una sangre apurada, empobrecida y privada de aquella sustancia que da acción y fuerza a todos los muelles de la máquina. Generalmente se nota más vigor de alma en los hombres que en su juventud se preservaron de una corrupción prematura que en aquellos cuyo desorden empezó en cuanto se pudieron abandonar a él, y esta es sin duda una de las causas porque exceden comúnmente en valor y razón los pueblos de sanas costumbres a los que lis tienen estragadas. Estos se lucen únicamente en no sé qué mezquinas dotes delicadas y menudas que llaman ellos agudeza, sagacidad, sutileza; pero las vastas y nobles funciones de sabiduría y razón que honran y distinguen al hombre con dignas acciones, con virtudes, con afanes verdaderamente útiles, no se hallan más que en los primeros.

Quéjense los maestros de que el ardor de esta edad hace a la juventud indisciplinable, y bien veo que es así; ¿pero no es de ellos la culpa? ¿No saben que en cuanto han dejado que corra llama por los sentidos, no es posible darla otra dirección? ¿Los fríos y pesados sermones de un pedante borrarán en el espíritu de su alumno la imagen de los deleites que ha concebido? ¿Desterrarán los deseos que atormentan su corazón? ¿Amortiguarán el ardor de un temperamento cuyo uso sabe? ¿No se irritará contra los estorbos que se oponen a la única felicidad de que tiene idea? ¿Y qué otra cosa verá en la dura ley que le prescriben sin poder hacer que la entienda, que la enemiga y la voluntariedad, de un hombre que se afana por atormentarle? ¿Es extraño que recíprocamente se enoje él y le aborrezca?

Comprendo que haciéndose fácil puede hacerse uno menos insufrible y conservar una autoridad aparente; pero no veo para qué sirva la autoridad que el ayo conserva en su alumno fomentando los vicios que debería enfrenar; es como si, por calmar un fogoso caballo, le hostigara el picador a que se tirara por un despeñadero.

Lejos de ser este ardor de la adolescencia un impedimento para la educación, por él se perfecciona y se perfila ésta; él es quien da un asidero en el corazón de un joven, cuando llega a ser más fuerte que vos. Sus afecciones primeras son las riendas con que dirigís todos sus movimientos; libre era, y ya le veo esclavizado. Mientras que nada amaba, solamente dependía de sí propio y de sus necesidades; así que ama, depende de su cariño. De este modo se forman los vínculos primeros que le estrechen con su especie. No os figuréis que dirigiendo a esta su sensibilidad naciente, abraza al principio a todos los hombres, y que la expresión de linaje humano signifique algo para él. No, que primero se ceñirá esta sensibilidad a sus semejantes, y para él sus semejantes no son las personas desconocidas sino aquellas con quienes tiene intimidad; las que la costumbre le ha hecho que quiera o que necesite; las que ve con evidencia que tienen modos de pensar y de sentir como los suyos; las que están expuestas a las penas que ha padecido y que se complacen en los contentos que ha disfrutado, en una palabra, aquellas en quienes para él es más inclinación a quererlas. Antes de haber cultivado de mil maneras su índole, y de hacer repetidas

reflexiones acerca de sus propios afectos y de los que observe en los demás, podrá llegar a generalizar sus nociones individuales bajo la idea abstracta de humanidad, y a reunir a sus particulares afecciones las demás que pueden completamente identificarle con su especie.

Al hacerse capaz de cariño, se hace sensible al de los demás, y por lo mismo atento a las señales de este cariño[94] ¿Veis qué nuevo imperio vais a granjearos en él? ¡Con cuántas cadenas habéis ceñido su corazón, antes que él lo echase de ver! ¡Qué ha de sentir cuando mirando por sí contemplo lo que habéis hecho por él, cuando se pueda comparar con los demás jóvenes de su edad, y compararos a vos con los otros ayos! Digo cuando él lo vea; pero tened cuenta con no decírselo, que entonces no lo verá él. Si exigís de él obediencia en pago de los afanes que por él os habéis tomado, pensará que la habéis cogido en un lazo, y dirá entre sí que, cuando fingíais servirle sin interés, pretendíais cargarle con una deuda, y atarle con un contrato sin su consentimiento. Vano será alegar que lo que exigís de él es por su bien; al cabo exigís, y exigís en virtud de lo que, sin contar con él habéis hecho en su beneficio. Cuando un desventurado toma el dinero que fingen darle y se encuentra comprometido contra su voluntad, lamentáis la injusticia; ¿pues no sois todavía más injusto cuando pretendéis que pague vuestro alumno el valor de afanes que no había admitido?

Más rara sería la ingratitud si fueran menos frecuentes los beneficios a usura. Lo que nos hace bien lo amamos; ¡es un afecto tan natural! La ingratitud no se alberga en el corazón humano; mas sí el interés, y menos hay favorecidos ingratos, que bienhechores interesados. Si me vendéis vuestras dádivas, ajustaré el precio que por ellas quiero pagar; pero si fingís que me dais para venderme luego a como queráis, cometéis un fraude; pues lo que hace inapreciables los dones, es que sean gratuitos. El corazón sólo admita leyes de sí propio; el que quiere encadenarle le liberta, y quien le deja libre le encadena.

Cuando echa el pescador el cebo al agua, viene el pez, y se está quieto sin recelo; pero cuando cogido del anzuelo, que escondía el cebo, siente que tiran, procura escaparse. ¿Es el pescador el bienhechor, y el pez el ingrato? ¿Se ha visto alguno que olvide a su

bienhechor aun cuando éste no se acuerde de él? Por el contrario, siempre habla de él con gusto, no piensa en él sin enternecerse: si halla ocasión para hacerle ver, con algún inesperado servicio, que se acuerda de los suyos, ¡con qué júbilo interior satisface entonces su gratitud! ¡Con cuánto alborozo seda a conocer! ¡Con qué gozo dice: ya es llegada mi vez! Ésta es la voz de la naturaleza, que nunca hubo quien pagase con, ingratitud un beneficio verdadero.

Puesto que la ingratitud es un afecto natural, si no destruíis por culpa vuestra su eficacia, estad cierto de que cuando empiece vuestro alumno a conocer lo que valen vuestros afanes, será agradecido, con tal que vos mismo no les pongáis precio, y que os granjearán en su corazón una autoridad que nada podrá destruir. Pero antes que consigáis esta ventaja, tened cuenta con no privaros de ella alegándole su valor. Ensalzarle vuestros servicios, es hacérselos inaguantables, y olvidaros de ellos, es acordárselos. No mentéis nunca lo que os debe, sino lo que a si propio se debe, hasta que sea tiempo de tratarle como hombre. Dejadle toda su libertad para tornarle dócil; huid de él para que os busque; enalteced su alma hasta el noble afecto de la gratitud, no hablándole nunca más que de su interés. No he querido que le dijese era por su bien lo que hacían, hasta que estuviese en estado de entenderlo, porque en esta expresión sólo hubiera visto vuestra dependencia, y os habría mirado como criado suyo. Pero ahora que empieza a sentir qué cosa es querer, también siente lo suave del vinculo que puede estrechar a un hombre con lo que quiere; y en el celo que hace que sin cesar os afanéis por él, ya no ve la adhesión de un esclavo, sino el cariño de un amigo. Ahora bien, ninguna, cosa puede tanto con él corazón humano como la voz bien conocida de la amistad, porque sabemos que siempre nos habla por nuestro interés. Podemos creer que se engaña un amigo, mas no que quiere engañarnos. Algunas veces nos resistimos a sus consejos, pero nunca los despreciamos.

Entramos, por fin, en el orden moral; acabamos de dar el segundo paso de hombre. Si aquí fuera lugar oportuno, trataría de demostrar cómo de los primeros movimientos del corazón se originan las primeras voces de la conciencia, y cómo de los afectos de amor y odio nacen las primeras nociones del bien y el mal. Haría ver que *justicia* y *bondad* no sólo son palabras abstractas, meros

seres morales formados por el entendimiento, sino verdaderas afecciones del alma iluminada por la razón, y que sólo son un progreso coordinado de nuestras primitivas afecciones; que no es posible establecer ninguna ley natural por la razón sola, y sin acudir a la conciencia, y que es fantástico todo el derecho de la naturaleza, si no va fundado en una necesidad natural en el corazón humano[95]. Pero considero que no debo, componer aquí tratados de metafísica y moral, ni cursos de estudio de ningún género; bástame con señalar el orden y el progreso de nuestras sensaciones y conocimientos con relación a nuestra naturaleza. Otros, acaso, demostrarán extensamente lo que yo no hago más que indicar.

No habiendo hasta ahora contemplado mi Emilio sino a sí propio, la primer mirada que pone en sus semejantes le incita a compararse con ellos, y el primer afecto que excita en él esta comparación es anhelar el primer puesto. Este es el punto en que se convierte el amor de sí en amor propio, y empiezan a brotar todas las pasiones que con éste tienen conexión. Mas, para resolver si entre estas pasiones, las que en su carácter hayan de dominar han de ser blandas y humanas, o crueles y dañadoras; si han de ser de benevolencia y conmiseración., o de codicia y envidia, es necesario saber en qué sitio se reconocerá entre los hombres, y que género de estorbos crearán necesita remover para colocarse en el lugar que pretende ocupar.

Para guiarle en esta investigación, habiéndole ya hecho ver a los hombres por los accidentes comunes de la especie, es preciso manifestárselos ahora por sus diferencias; y aquí se le debe dar a conocer la medida de la desigualdad natural y civil y la pintura de todo el orden social.

Hay que estudiar la sociedad por los hombres, y los hombres por la sociedad; los que quieran tratar por separado la política y la moral no entenderán palabra de una ni otra. Aplicándonos primero a las relaciones primitivas, observamos la impresión que deben hacer en los hombres y las pasiones que de ellas deben originarse, y vemos que por el progreso de las pasiones se multiplican y estrechan recíprocamente estas relaciones. No tanto la fuerza de los brazos como la moderación de los ánimos es la que hace a los hombres

independientes y libres. Quien pocas cosas desea, con pocas personas está relacionado; pero confundiendo siempre nuestros vanos deseos con nuestras necesidades físicas, los que cimentaron la sociedad humana en estas últimas, han reputado causas los que eran efectos, y así se han descarriado en todos sus raciocinios.

Hay en el estado de naturaleza una igualdad de hecho indestructible y real, porque no es posible que en este estado sea tan grande la mera diferencia de hombre a hombre, que constituya dependiente a uno de otro. En el estado civil existe una igualdad de derecho vana y fantástica, porque los mismos medios destinados para mantenerla sirven para destruirla, y porque agregada la fuerza pública al más fuerte para oprimir al débil, rompe la especie de equilibrio en que nos había puesto la naturaleza[96]. De esta primera contradicción se derivan todas las que se notan en el orden civil entre la realidad y la apariencia. Siempre será sacrificada la muchedumbre al corto número, y el interés público al particular; siempre servirán de instrumentos para la violencia y armas para la iniquidad, los especiosos nombres de subordinación y justicia; de donde se colige que las clases distinguidas que pretenden ser útiles para las demás, efectivamente son útiles sólo para sí propias a costa de las demás; y por esto debemos juzgar del aprecio en que, según la justicia y la razón, merecen ser tenidas. Fáltanos ver si la jerarquía que se han tomado contribuye más a la felicidad de los que la ocupan, para saber el juicio que debe formar cada uno de nosotros acerca de su propia suerte. Este es el estudio que ahora nos importa; mas para que saquemos fruta de él es necesario conocer primero el corazón humano.

Si únicamente se tratase de que los jóvenes conociesen al hombre por su máscara, no habría necesidad de enseñársela, que de sobra la verían ellos; pero, como el hombre no es su máscara, y no queremos que se dejen engañar del relumbrón, cuando les pintéis el hombre, retratadle como él es, no para que le tomen odio, sino para que le tengan lástima y no se le quieran parecer; que este es, a mi ver, el más juicioso afecto que a un hombre pueda inspirar su especie.

A este propósito, importa seguir aquí un camino opuesto al que hasta ahora ha seguido, y antes instruir al joven por la experiencia

ajena que por la suya propia. Si le engañan a él los hombres, les tomará aborrecimiento; pero si le respetan y ve que mutuamente se engañan, les tendrá lástima. Decía Pitágoras que era parecido el espectáculo del mundo al de los juegos olímpicos: los unos ponen tienda, y sólo piensan en su ganancia; los otros aventuran su persona, y buscan la gloria; los otros se contentan con ver los juegos.

Yo quisiera que fuese tan escogida la sociedad de un joven que tuviera buena opinión de los que con él viven, y que le enseñáramos a conocer tan bien el mundo, que la tuviese mala de todo cuanto en él hacen. Sepa que, naturalmente, es bueno el hombre; siéntalo en sí y juzgue de su prójimo por sí mismo; pero vea cómo deprava y pervierte la sociedad a los hombres; encuentre en las preocupaciones de éstos la causa de todos sus vicios; tenga inclinación a estimar a cada individuo, mas desprecie la muchedumbre; vea que todos llevan casi una misma máscara, pero sepa que hay rostros más hermosos que la máscara que los encubre.

Hay que confesar que este método tiene sus inconvenientes y es que difícil de poner en práctica; porque si desde tan temprano se hace observador, y le ejercitáis en que aceche con tanta atención las acciones ajenas, le haréis maldiciente y satírico, decisivo y pronto a fallar; se acostumbrará a la odiosa satisfacción de hallar en todo siniestras interpretaciones, y a no mirar bien ni aun lo que es bueno. A lo menos se hará al espectáculo del vicio, y verá sin horror a los malos como se acostumbra uno a ver sin compasión a los desventurados; y en breve la perversidad general no tanto le servirá de lección cuanto de disculpa, diciendo en su interior que si es tal el hombre, él no debe querer ser de otro modo.

Si queréis instruirle por principios y darle a conocer al mismo tiempo la naturaleza del corazón humano, la aplicación de las causas externas que convierten en vicios nuestras inclinaciones, trasladándole intempestivamente de los objetos sensibles a los intelectuales, usáis de una metafísica que no está en estado de entender, incurriendo en el inconveniente, que hasta aquí con tanto afán hemos evitado, de darle lecciones que lo parezcan, y de

sustituir en su inteligencia la experiencia y la autoridad del maestro a su experiencia propia y al adelanto de su razón .

Para quitar a la vez ambos obstáculos, y poner a su alcance el corazón humano sin arriesgarse a estragar el suyo, quisiera yo enseñarle los hombres a lo lejos, en otros tiempos y en otros países, de suerte que pudiera ver la escena sin poder nunca obrar en ella. Esta es la época de aprender la historia; de la filosofía; con ella, mero espectador, los verá sin interés ni pasión, como juez, no como cómplice ni como acusador.

Para conocer a los hombres, es necesario verlos en sus obras. En el mundo les oímos hablar; muestran sus dichos y esconden sus acciones; pero éstas se hallan patentes en la historia y los juzgamos por los hechos. Hasta sus dichos sirven para valuarlos, porque, comparando lo que dicen con lo que hacen, vemos a un tiempo lo que son, y lo que quieren parecer; cuanto más se encubren, mejor los conocemos.

Tal estudio tiene por desgracia, inconvenientes y riesgos de varias especies. Es difícil colocarse en un punto de vista desde el cual podamos juzgar con equidad a nuestros semejantes. Uno de los vicios principales de la historia, consiste en que retrata mucho más a los hombres por sus malas facciones que por las buenas; como sólo toma interés por las revoluciones y las catástrofes, mientras crece y prospera un pueblo en la bonanza de un gobierno pacífico, nada dice de él; ni empieza a mencionarle hasta que éste, no pudiéndose ya bastarse a sí propio, se ingiere en los negocios de los limítrofes o deja que éstos se metan en los suyos; no le ilustra hasta que ya está decadente; principian todas nuestras historias por donde debieran concluir. Con mucha puntualidad tenemos la historia de los pueblos que se destruyen; la que nos falta es la de los pueblos que se multiplican, que son tan felices y tan discretos que nada tiene que decirnos de ellos; y con efecto, aun en nuestro tiempo, vemos que los gobiernos que mejor se conducen son aquellos de que menos se habla. Sólo el mal sabemos, y apenas forma época el bien. Solamente los malos son famosos; los buenos son puestos en olvido o ridiculizados.

Semejante el tiempo a un río caudaloso, dice Bacon, aquello más ligero y menos sólido, es lo que nos trae; todo lo que más peso

tiene se va al fondo y se queda tragado en su vasto cauce. De este modo, la historia, como la filosofía, calumnia sin cesar al linaje humano.

Además, falta mucho para que los hechos que describe la historia sean la pintura exacta de cómo sucedieron; pues mudan de forma en la cabeza del historiador, amoldándose por sus intereses y tomando color en sus preocupaciones en el sitio de la escena, para que vea un suceso tal como fue. Todo lo disfraza la ignorancia o la parcialidad. Aun sin alterar un rasgo histórico, con sólo ensanchar o estrechar las circunstancias que a él se refieren; ¡cuántas fases diferentes pueden dársele! Poniendo un objeto mismo en diferentes puntos de vista, apenas parecerá el mismo, y con todo no habrá variado otra cosa que la mirada del espectador. ¿Basta, en obsequio de la verdad, contarme un hecho verdadero, si me le hacen ver de distinto modo que sucedió? ¡Cuántas veces un árbol más o menos, un peñasco a mano derecha o izquierda, un torbellino de polvo levantado por el viento, han decidido el éxito de una batalla, sin que nadie lo haya conocido! ¿Quita eso que os diga el historiador la causa de la derrota o la victoria, tan resueltamente como si se hubiera encontrado en todas partes?

Ahora bien, ¿qué me importan los hechos en sí mismos, cuándo no sé la razón de ellos? ¿Ni qué lección me puede dar un suceso cuya verdadera causa ignoro? Una me da el historiador, pero arreglada por él; y la crítica misma con que tanto ruido meten, no es más que el arte de conjeturar, de escoger entre muchas mentiras la que se da más aire a la verdad.

¿No habéis leído nunca Cleopatra o Casandra^[97] o cualquiera otro libro de la misma especie? El autor elige un suceso conocido; acomodándole luego a sus ideas, adornándole con circunstancias que inventa, con personajes que nunca existieron; y con retratos imaginarios amontona ficciones y más ficciones para amenizar la lectura. Poca diferencia veo entre estas novelas y nuestras historias, como no sea que el novelista se abandona más a su propia imaginación y el historiador se ciñe más a la ajena, a lo cual añadiré, si quieren, que aquél se propone un objeto moral, bueno o malo, y éste no se cuida de eso.

Me dirán que interesa menos la fidelidad de la historia que la verdad de las costumbres y caracteres; y que como esté bien pintado el corazón humano, poco importa que sea fiel la narración de los sucesos; porque añaden, al cabo: ¿qué se nos da de hechos que hace dos mil años sucedieron? Tienen razón, si están dibujados los retratos conforme al natural; pero si la mayor parte no tienen otro modelo que la imaginación del historiador, ¿no incurrimos en el inconveniente que queríamos evitar, otorgando a la autoridad de los escritores lo que queríamos quitar a la del maestro? Si sólo pinturas de fantasía ha de ver mi alumno, más quiero que sea el dibujo de mi mano que de la de otro; pues, a lo menos se las adaptaré mejor.

Los peores historiadores para un joven son los que juzgan. Hechos, hechos, y juzgue él propio; quo así aprenderá a conocer a los hombres. Si le guía sin cesar el juicio del autor, no hace otra cosa que ver por ojos ajenos; y así que éstos le faltan, no ve nada.

Dejo aparte la historia moderna, no sólo porque no tiene fisonomía marcada y nuestros hombres son todos parecidos, sino porque nuestros historiadores, atentos sólo a lucirse, no piensan más que en hacer retratos con colores muy vivos, y que no se parecen a nada[98]. En general, los antiguos hacen menos retratos y gastan menos agudeza y más sentido en sus juicios; y todavía entre éstos es menester mucho tino para escoger bien; no se han de tomar al principio los más juiciosos, sino los más sencillos. No quisiera poner en manos de un mancebo a Polibio ni a Salustio; Tácito es el libro de los ancianos, pues los jóvenes no son capaces de entenderle. Aprendamos a ver en las acciones humanas los primeros contornos del corazón del hombre antes de querer sondear sus abismos; y sepan leer bien en los hechos antes de leer en las máximas. Sólo a la experiencia convienen la filosofía en máximas; nada debe generalizar la juventud; toda su instrucción se ha de ceñir a reglas particulares.

A mi ver, el verdadero de los historiadores es Tucídides. Cuenta los hechos sin juzgarlos, pero ni omite ninguna de las circunstancias que nos pueden poner en estado de juzgarlos por nosotros mismos. Todo cuanto refiere lo pone a vista del lector; lejos de interponerse entre los lectores y los sucesos, se esconde; y cree uno que ve, no que lee. Por desgracia, siempre habla de guerras, y en todas sus

narraciones casi no vemos otra cosa que batallas, y es la que menos instruye. La misma discreción y el mismo defecto tienen la *Retirada de los diez mil* y los *Comentarios* de César. Sin retratos ni máximas, pero fluido, cándido, lleno de las circunstancias más capaces de agradar y de interesar, el buen Herodoto acaso fuera el mejor de los historiadores, si no degeneraran con frecuencia estas mismas circunstancias en pueriles simplicidades, más propias para estragar el gusto de la juventud, que para formarle; por tanto, su lectura necesita discernimiento. Nada digo de Tito Livio, ya llegará su turno; pero es político, es retórico, es todo cuanto no conviene para esta edad.

La historia, en general, tiene el defecto de que sólo menciona hechos sensibles y señalados, los cuales pueden fijarse con nombres, lugares y fechas; pero siempre permanecen desconocidas las lentas y progresivas causas de estos hechos, que no se pueden asignar del mismo modo. Muchas veces atribuyen a una batalla perdida o ganada el motivo de una revolución que ya se había hecho inevitable antes de esta batalla. La guerra no hace más que manifestar sucesos, determinados ya por causas morales que rara vez saben ver los historiadores.

El espíritu filosófico ha vuelto hacia esta parte las reflexiones de varios escritores de este siglo; pero dudo, que la verdad salga más depurada de su trabajo. Habiéndose apoderado de todos ellos la manía de sistemas, ninguno procura ver las cosas como son, sino como concuerdan con su sistema.

Añádase a todas estas reflexiones que la historia manifiesta mucho más las acciones que los hombres; sólo en ciertos instantes privilegiados los coge con sus vestidos de ceremonia; solamente expone al hombre público, el cual se ha ataviado para ser visto; no le sigue dentro de su casa, de su gabinete, en medio, de su familia, de sus amigos; sólo le pinta cuando está representando, y harto más nos retrata su traje que su persona.

Para empezar el estudio del corazón humano, quisiera mejor la lectura de las vidas particulares, porque entonces en vano se esconde el hombre; pues a todas partes le persigue el historiador; no le deja parar un instante, ni un rincón en que se pueda ocultar de los penetrantes ojos del espectador; y cuando piensa el uno que

más escondido está, mejor le da a conocer el otro. «Aquellos, dice Montaigne, que escriben las vidas, cuanto tratan más de los consejos que de los sucesos, más de lo que sucede adentro que de lo que acontece fuera, tanto más me gustan; por eso Plutarco es mi hombre[99].

Verdad que es la índole de los hombres reunidos o de los pueblos muy distinta del carácter del hombre en particular, y que fuera imperfectísimo nuestro conocimiento del corazón humano, si no le examináramos también en la muchedumbre. Pero no es menos cierto que antes de juzgar de los hombres es preciso estudiar al hombre, y que quien perfectamente conociese las inclinaciones de cada individuo, podría combinar todos sus efectos en el pueblo entero.

Aun aquí es preciso recurrir a los antiguos, por las razones que ya he dicho, y además porque desterradas del estilo moderno todas las circunstancias familiares y bajas, aunque verdaderas y características, con tanto adorno aparecen los hombres en las vidas privadas de nuestros autores, como en la escena del mundo. No menos severa en los escritos que en las acciones, la decencia sólo permite ya decir en público lo que permite que en público se haga; y como no es posible mostrar a los hombre sino en perpetua representación, no los conocemos más en nuestros libros que en nuestros teatros. Cien veces se harán y tornarán a hacer las vidas de los reyes, sin que tengamos Suetonios[100].

Plutarco se aventaja en estas mismas menudencias en que ya no osamos meternos. Tiene gracia inimitable para retratar a los grandes varones en las cosas menudas; y es tan feliz en la elección de sus rasgos, que muchas veces una palabra, una sonrisa, un ademán, le bastan para caracterizar a su héroe. Con un chiste vuelve Aníbal el valor a su ejército asustado, y le hace marchar riendo a la batalla que le dio la Italia; Agesilao, a caballo en una caña, me hace querer al vencedor del gran Rey; César, atravesando una pobre aldea, y discurriendo con sus amigos, sin pensarlo deja ver al astuto que decía querer sólo igualarse a Pompeyo; Alejandro bebe una purga sin decir palabra, y éste es el más hermoso instante de su vida: Arístides escribe su propio nombre en una concha, y justifica así su mote; Filopemeno, tirando la capa, corta leña en la

cocina de su huésped. Este es el arte verdadero de pintar. No se manifiesta la fisonomía en los grandes rasgos, ni el carácter en las grandes acciones; en frioleras es donde se descubre el natural. Las cosas públicas, o son muy comunes, o tienen mucho aderezo, y la dignidad moderna casi no permite a nuestros historiadores que hablen de ningunas otras.

Turena fue, indudablemente, uno de los más claros varones del siglo pasado, y un escritor ha sabido hacer interesante su vida con menudas circunstancias que le dan a conocer y le hacen amar; pero ¡cuántas se ha visto precisado a suprimir que le hubieran hecho más conocido y más amado! Una sola citaré, que sé de buen origen, y que Plutarco se hubiera guardado de omitir, pero que Ramsai no se hubiera atrevido a escribir, aun cuando la hubiese sabido.

Un día de verano, que hacía mucho calor, estaba asomado a la ventana de su antecámara el vizconde de Turena, en chupetín blanco y en gorro; llega uno de sus criados, y engañado con el vestido, cree que es un pinche de cocina con quien tenía mucha familiaridad. Acércase bonitamente por detrás, y con mano no muy ligera, le pega una terrible palmada en las nalgas. Vuélvese al instante el aporreado, mírale el criado y conoce temblando a su amo. Híncase de rodillas fuera de sí: «Excelentísimo señor, pensé que era Jorge. —Y aunque hubiera sido Jorge, dice Turena estregándose el trasero, no venía al caso pegar tan fuerte.» Miserables, esto es lo que no os atrevéis a decir. Pues no tengáis nunca naturalidad, ni entrañas; templad, endureced vuestros corazones de acero en vuestra vil decencia, y en fuerza de dignidad haceos despreciables. Pero tú, buen muchacho, que lees este rasgo y sientes enternecido toda la blandura de ánimo que aun, en el primer movimiento acredita, lee también las miserias de este gran varón así que se trataba de su cuna y su nombre. Contempla que este mismo Turena era quien ponía cuidado en ceder el sitio preferente en todas partes a su sobrino para que viesen que este niño era jefe de una casa soberana. Junta estas contraposiciones, ama la naturaleza, desprecia la opinión y conoce al hombre.

Muy pocas personas son capaces de comprender el efecto que en el espíritu inexperto de un joven pueden producir lecturas dirigidas de esta manera. Cargados con libros desde nuestra

infancia, acostumbrados a leer sin pensar, nos hace menos impresión lo que leemos, pues como ya tenemos dentro de nosotros las pasiones y las preocupaciones de que están llenas las historias y las vidas de los hombres, nos parece natural todo cuanto hacen, porque estamos fuera de la naturaleza y por nosotros juzgamos a los demás. Pero representémonos a un joven educado según mis máximas; figurémonos a mi Emilio, con quien hemos empleado diez y ocho años de cuidados continuos, sin otro objeto que conservarle recto el juicio y sano el corazón; figurémonos que, al levantar el telón, pone por la vez primera la vista en la comedia del mundo, o más bien que colocado detrás de la escena mira a los actores ponerse y quitarse sus trajes y que cuenta las cuerdas y poleas, cuya torpe apariencia engaña los ojos de los espectadores. Muy en breve, al primer asombro se seguirán en él afectos de vergüenza y de desdén de su especie; se indignará contemplando a todo el linaje humano, hecho irrisión de sí propio, envileciéndose con éstos juguetes de criaturas; se afligirá al mirar que se hacen pedazos sus hermanos por sueños, y que se convierten en fieras por no haberse sabido contentar con ser hombres.

Ciertamente, con las naturales disposiciones del alumno, si el maestro escoge con un poco de tino y prudencia sus lecturas, y si le sugiere un poco las reflexiones que de ellas ha de sacar, será para él este ejercicio un curso de filosofía práctica, ciertamente mejor y más bien hecho que todas las vanas especulaciones con que embrollan en las aulas el entendimiento de nuestra juventud. Cuando después de haber escuchado los novelescos proyectos de Pirro, le pregunta Cineas qué utilidad real le habrá de traer la conquista del mundo, que no pueda sin tanto afán disfrutarla, entonces sólo vemos nosotros un dicho agudo; pero Emilio verá en él una discretísima reflexión, que hubiera él igualmente hecho, y que nunca se borrará de su ánimo, porque no halla en éste ninguna otra preocupación contraria que pueda estorbar su impresión. Cuando luego, leyendo la vida de este insensato, halle que todos sus vastos designios vinieron a parar en morir a manos de una mujer, en vez de maravillarse de este pretendido heroísmo, ¿qué otra cosa ha de ver en todas las proezas de tan ilustre capitán, y en todas las arterías de tan consumado político, que otros tantos pasos en busca de la

malhadada teja que con una ignominiosa muerte debía acabar con sus proyectos y su vida?

No todos los conquistadores han sido muertos, ni todos los usurpadores han fracasado en sus empresas; felices parecerán muchos a los ánimos embebecidos en las opiniones vulgares; mas el que, sin pararse en las apariencias, sólo juzga de la felicidad de los hombres por el estado de sus corazones, en sus triunfos mismos verá sus miserias; verá que con la fortuna crecen y toman más vuelo sus deseos y sus roedores cuidados; los verá correr hasta ahogarse, sin llegar nunca a la meta; los verá semejantes a aquellos viajeros inexpertos que por primera vez atraviesan los Alpes, y a cada montaña piensan que se los dejan atrás, y cuando a fuerza de fatigas han trepado a la cumbre, encuentran desalentados que se les oponen montañas aún más altas que las ya pasadas.

Después de avasallados sus conciudadanos y destruidos sus rivales, Augusto rigió por espacio de cuarenta años el más vasto imperio que ha existido; pero ¿le quitaba todo este inmenso poder que golpease con la cabeza en las paredes y que aturdiese a gritos su palacio, pidiendo a Varo sus legiones exterminadas? Aun cuando hubiera vencido a todos sus enemigos, ¿para qué le hubieran servido sus inútiles triunfos, si en torno suyo le nacía sin cesar todo género de pesares y sus amigos más queridos aspiraban a quitarle la vida, viéndose reducido a llorar la ignominia o la muerte de todos sus deudos? Quiso el desventurado gobernar el mundo, y no supo gobernar su casa. ¿Qué resultó de esta negligencia? Vio morir en la flor de su edad a su sobrino, a su hijo adoptivo, a su yerno; su nieto tuvo que comer el pelote de su cama para prolongar algunas horas su miserable existencia; su hija y su nieta, después de haberle cubierto de infamia, murieron, una de hambre y miseria en una isla desierta, y otra en la cárcel a manos de un soldado; finalmente, él mismo, postrera reliquia de su malhadada familia, se vio forzado por su propia mujer a dejar por sucesor suyo a un monstruo. Tal fue la suerte de este árbitro del mundo, tan célebre por su felicidad y su gloria. ¿Cómo he de creer que uno solo de los que tanto las admiran, quisiese comprarlas a este precio?

He tomado a la ambición como ejemplo, pero lecciones semejantes presenta el juego de todas las humanas pasiones al que

quiere estudiar la historia para conocerse y tornarse sabio a costa de los muertos. Se acerca el tiempo en que tendrá la vida de Antonio una instrucción más inmediata para el joven que la de Augusto. En los extraños objetos que a su vista se presentan durante sus nuevos estudios, no se reconocerá Emilio a sí propio; pero sabrá de antemano apartar la ilusión de las pasiones antes que nazcan; y al ver que en todos tiempos han obcecado a los hombres, vivirá prevenido de que también podrán obcecarle a él, si de ellas se deja arrastrar. Bien sé que estas lecciones no le son muy adaptables, y que acaso, cuando se necesiten serán insuficientes y tardías; mas acordaos que no son esas las que he querido sacar de este estudio. Cuando le empecé, propuse otro fin; y ciertamente, si este fin no se consigue, la culpa será del maestro.

Considerad que, tan pronto como se haya desarrollado el amor propio, sin cesar se pone en acción el yo relativo, y nunca observa el joven a los otros sin volver sobre sí y compararse con ellos. Por tanto, se trata de saber en qué sitio se colocará entre sus semejantes después que los haya examinado. Por el modo como hacen que lean la historia los jóvenes, veo que los transforman, por decirlo así en todos los personajes que ven; que hacen esfuerzos para que se supongan unas veces Cicerón, otras Trajano, otras Alejandro; que los desalientan cuando entran dentro de sí; que a cada uno le inspiran el desconsuelo de no ser más que él propio. Ciertas utilidades tiene este método, que yo no disputo; pero si en estos paralelos sucediere una sola vez que quiera más mi Emilio ser otro que él, aunque este otro fuere Sócrates, aunque fuere Catón, todo falló: quien empieza a tenerse por extraño, no tarda en olvidarse enteramente de sí.

No son, ciertamente, los filósofos los que mejor conocen a los hombres, pues sólo los miran entre las preocupaciones de filosofía; y no conozco estado ninguno en que tantas haya. Más sano juicio forma de nosotros un salvaje que un filósofo. Este siente sus vicios, se indigna con los nuestros y dice: Todos somos malos; el otro nos contempla sin emoción, y dice: Sois locos. Tiene razón, porque nadie hace el mal por hacerle. Mi alumno es este salvaje, con la diferencia de que como Emilio ha reflexionado más, ha comparado

más ideas y ha visto más de cerca nuestros errores, está con mayor atención contra sí propio y sólo juzga de lo que conoce.

Nuestras pasiones son las que nos irritan contra las de los demás; nuestro interés el que hace que aborrezcamos a los malos; ni no nos hiciesen mal ninguno, les tendríamos más lástima que odio. El mal que nos hacen los malos es causa de que nos olvidemos del que se hacen a sí propios. Con más facilidad les perdonáramos sus vicios, si pudiéramos saber cuánto castigo les da por ello su mismo corazón. Sentimos la ofensa y no vemos el castigo; aparentes son las ventajas, interna la pena. No menos fruto de sus vicios que si no hubieran salido con designio; el objeto ha variado, la zozobra es la misma; en vano hacen alarde de su fortuna, y nos esconden su corazón; su conducta nos lo descubre a pesar suyo; pero para verle bien es menester que no se le parezca el nuestro.

Nos seducen en los otros las pasiones que son comunes con las nuestras, y nos repugnan las que perjudican a nuestros intereses; por una inconsecuencia que de ellas proviene, vituperamos en los demás lo que quisiéramos imitar. Son inevitables la aversión y la ilusión cuando se ve uno forzado a sufrir de otro el mal que haría si se hallase en sus lugar.

Pues ¿qué sería necesario para observar a los hombres? Tener grande interés en conocerlos y grande imparcialidad para juzgarlos; un corazón tan sensible que concibiese todas las pasiones humanas y, tan sereno que no las experimentase. Si en la vida hay un instante propicio para este estudio, es el que he escogido para Emilio: antes le hubieran sido ajeno los hombres; más tarde se hubiera parecido a ellos. La opinión, cuya acción ve, no adquirió imperio en él todavía, ni las pasiones, cuyo efecto siente, han agitado aún su pecho. Es hombre, y le interesan sus hermanos; es equitativo, y juzga a sus semejantes. Es cierto que si los juzga bien, no querrá estar en lugar de ninguno de ellos, porque yendo fundado el blanco de cuantos afanes se toman en preocupaciones que él no tiene, le parece un blanco en el aire. Todo cuanto él desea, lo tiene a la mano. ¿De quién ha de pender, pues se basta a sí propio, y está exento de preocupaciones? Tiene brazos, moderación, salud[101], pocas necesidades y con qué satisfacerlas. Criado en absoluta libertad, el

mayor mal que concibe, es la servidumbre. Compadecemos a esos miserables reyes esclavos de todo cuanto les obedece; a esos fingidos sabios encadenados con su vana reputación, a esos necios ricos, mártires de su fausto, y a esos que hacen gala de su sensualidad, viviendo siempre empalagados por dar a entender que se deleitan. Compadecería a un enemigo que le hiciera daño, porque en su maldad veía su miseria, y diría entre sí: Cuando este hombre se ha puesto en la necesidad de hacerme mal, ha hecho que penda su suerte de la mía.

Otro paso más y tocamos a la meta. El amor propio es un instrumento útil, pero peligroso; hiere con frecuencia la mano que de él se sirve y rara vez hace provecho sin causar estrago. Considerando Emilio su lugar en el género humano, y viéndose tan felizmente colocado, tendrá impulsos de honrar su razón con lo que es efecto de la vuestra y de atribuir a mérito suyo lo que ha debido a su dicha. Dirá entre sí: Soy sabio y los hombres son locos. Los compadecerá despreciándolos; dándose el parabién, se tendrá en más; y sintiéndose más feliz que ellos, se reputará más acreedor a serlo. Este es el error más temible, porque es el que con mayor dificultad se desarraiga. Si se hubiera de quedar en este estado, poco le habrían aprovechado todos nuestros afanes; y si necesario fuera escoger, tal vez preferiría yo la ilusión de las preocupaciones a la de la soberbia.

Los grandes hombres no se engañan acerca de su superioridad, que la ven, la sienten, y no por eso son menos modestos. Cuanto más poseen, más conocen lo mucho que les falta. Menos los envanece su elevación sobre nosotros, que los humilla el sentimiento de su miseria; y en los bienes exclusivos que disfrutan, tienen sobrada rectitud de razón para vanagloriarse de una dádiva que les fue hecha. Puede el hombre de bien estar ufano de su virtud, porque es suya; pero ¿por qué ha de estarlo un hombre de talento? ¿Qué hizo Racine para no ser Pradón? ¿Qué hizo Boileau para no ser Cotin?

Aquí aun es otra cosa mucho más diferente. Quedémonos siempre en el orden común. a mi alumno no le he supuesto un ingenio trascendental, ni un entendimiento obtuso; le he escogido en una inteligencia ordinaria, para hacer ver lo que puede la educación

en el hombre. Los casos raros están fuera de regla. Así cuando a consecuencia de mis afanes prefiere Emilio su modo de ser, ver y sentir al de lo demás, tiene razón; pero cuando por eso se cree demás excelente naturaleza, y de mejor índole que la de ellos, Emilio se equivoca; es fuerza desengañarle, o precaver antes el error, a fin de que ya no sea tarde, cuando queramos desvanecerle.

No hay locura de que no se pueda curar a un hombre que no está loco, si no es de la vanidad; sólo se corrige con la experiencia, si algo de ella puede corregirse; tal vez en sus comienzos podamos estorbar que tome incremento. No os metáis en largos argumentos para probar al joven que es hombre como los demás, y expuesto a las mismas flaquezas: haced que lo experimente o no lo sabrá nunca. Aquí estamos en un caso de excepción a mis propias reglas, que es el de exponer voluntariamente a mi alumno a todos los desmanes que le puedan probar que no es más discreto que nosotros. De mil maneras se repetiría la aventura del titiritero; dejaría que los aduladores sacasen de él el partido que se les antojara; si unos atolondrados le hacían cometer algún disparate, le dejaría que sintiese sus consecuencias; si unos tahúres le persuadían a que jugase con ellos, les dejaría que le trampeasen su dinero^[102]; dejaría que le lisonjeasen, que le despojasen, que le vaciasen el bolsillo; y, cuando viéndole sin un cuarto, hiciesen burla de él, Jes daría las gracias en su presencia por las lecciones que se hubiesen tomado el trabajo de darle. Los únicos lazos de que le preservarla con esmero, serían de los de las cortesanas; y la única contemplación que con él tendría, sería participar de todos los riesgos que le dejara correr y de todos los desaires que consintiera le hiciesen. Todo lo aguantaría en silencio, sin quejarme, sin echárselo en cara, sin articular una palabra; y estad cierto de que con esta prudencia nunca desmentida, todo cuanto por él me vea padecer, le hará más impresión que lo que él mismo padeciere.

No puedo menos de poner aquí en evidencia la pretendida dignidad de los ayos, que por representar el impertinente papel de sabios, desairan a sus alumnos, tratándolos con afectación como si fueran niños y distinguiéndose siempre de ellos en todo cuanto los obligan a hacer. Muy lejos de abatir así su pecho juvenil, no omitáis cosa alguna para elevar su ánimo, hacedlos iguales vuestros, para

que as! lo sean; y si todavía no pueden ellos subir hasta vos, bajaos sin escrúpulo ni ver 'üenza, hasta ellos. Contemplad que vuestra honra se cifra más en vuestro alumno que en vos; tomad parte en sus yerros, para que se enmiende de ellos; cargaos con su ignominia para borrarla; ¡mitad a aquel valiente romano que, viendo huir su ejército y no pudiendo reunirlo, echó a correr al frente de sus soldados, gritando : « No huyen, que siguen a su capitán. » ¿ Cedió esta acción en su desdoro? Lejos de eso : con sacrificarla aumentó su gloria. La fuerza de la obligación y la hermosura de la virtud nos arrastran involuntariamente y derrocan nuestras desatinadas preocupaciones. Si me dieran una bofetada desempeñando mis obligaciones junto a Emilio, lejos de vengarme me alabaría en todas partes de haberla recibido, y dudo que se hallase hombre tan villano que por eso no me respetara más todavía.

Esto no significa que deba suponer el alumno las luces del maestro tan cortas como las suyas y que se deja seducir con tanta facilidad. Buena es esta opinión para un niño que, no sabiendo ver ni comparar nada, pone todo el mundo a nivel suyo y sólo se fía de aquellos que efectivamente saben nivelarse con él. Pero un joven de la edad de Emilio y de tanta razón como él, no es tan necio que así se deje alucinar, ni sería bueno que lo fuese. De otra especie es la confianza que debe tener en su ayo; debe estribar en la autoridad de la razón, en la superioridad de luces, en las ventajas que ya es capaz de conocer el joven y cuya utilidad aprecia para sí. Convencido está por una larga experiencia de que le quiere su conductor; ahora se debe convencer de que es un hombre discreto, ilustrado, que desea su felicidad y sabe lo que puede proporcionársela. Debe saber que por su propio interés le conviene escuchar sus consejos. Ahora, si se dejase el maestro engañar como el discípulo, perdería el derecho de darle lecciones y exigir de él deferencia. Aún menos debe suponer el alumno que a sabiendas le deje el maestro caer en lazos y que ponga asechanzas a su simplicidad. Pues ¿qué se ha de hacer para evitar estos dos inconvenientes? Lo mejor y más natural: ser sincero y sencillo como él, avisarle de los riesgos a que se expone, manifestárselos con claridad, palpablemente, pero sin exageración, sin enojo, sin pedantes circunloquios, especialmente sin dictarle como preceptos

vuestros consejos, hasta que se conviertan en tales, y se haga absolutamente preciso este estilo imperioso. Y si después de esto se empeña, como sucederá con mucha frecuencia, no le digáis entonces nada, seguidle, imitadle con alegría, osadamente; abandonaos, divertíos tanto como él, si fuere posible. Si las consecuencias se hacen muy serias, siempre estáis a punto de detenerlas; y, entre tanto, el muchacho que ve vuestra previsión y condescendencia, ¡cuánta impresión le hará la una y cuánto le enternecerá la otra! Todos sus yerros son otros tantos lazos que os da para contenerle, cuando sea menester. Lo que constituye aquí el mayor arte del maestro es traer a punto las ocasiones y dirigir de tal manera las exhortaciones que, de antemano, sepa cuándo ha de ceder, y cuándo se ha de obstinar el joven, para rodearle por todas partes con las lecciones de la experiencia, sin exponerle nunca a riesgos muy graves.

Advertidle sus faltas antes de que caiga en ellas; cuando las haya cometido, no se las reprendáis, pues no haríais más que excitar y enfurecer su amor propio. Lección que repugna no aprovecha. No sé que haya mayor sandez que la expresión: *¿No le lo había yo dicho?* El mejor modo de hacer que se acuerde de lo que le dijimos, es hacer como que lo hemos olvidado. Por el contrario, cuando le veáis confuso por no haberos creído, templad su humillación con buenas palabras. Ciertamente os tomará cariño, viendo que por él os olvidáis de vos, y que en vez de aumentar su dolor le consoláis. Mas si a su desconsuelo añadís reprensiones, os tomará rencor y tendrá empeño en no daros oídos, aunque sólo sea por probaros que no es de vuestro parecer sobre la utilidad de vuestros consejos.

La manera de consolarle también puede ser para él una lección más útil porque no desconfía de ella. Si le decís: «Presumo que otros mil incurren en iguales yerros», es cosa que él no espera, y le corregís con apariencias de compadeceros de él; porque es disculpa que deja muy mortificado al que se precia de valer más que lo s otros hombres, el consolarle con su ejemplo; es hacerle entender que cuando más puede aspirar a creer que no valen más que él.

El tiempo de los yerros es el de las fábulas, que censurando el culpado bajo un disfraz extraño, le instruyen sin ofenderle; y

entonces comprende que no es mentira el apólogo, por la verdad que a sí propio se aplica. El niño que nunca fue engañado con alabanzas no entiende palabra de la fábula que antes examiné pero el atolondrado que acaba de servir de irrisión a un adulado, concibe maravillosamente que el cuervo era un majadero. Así de un hecho saca una máxima; y la experiencia, que presto hubiera olvidado, se graba en su juicio con el auxilio de la fábula. No hay conocimiento moral que no pueda adquirirse con la experiencia ajena o con la suya propia. Cuando la experiencia es peligrosa, la lección se obtiene de la historia; cuando no puede traer la prueba muy funestas consecuencias, bueno es que quede el joven expuesto a ella; y luego, por medio del apólogo, se compendian en máximas los casos particulares que conoce.

Sin embargo, no quiero decir con esto que se deban desenvolver ni aun enunciar estas máximas. La cosa más vana y peor entendida, es la moralidad con que concluye la mayor parte de las fábulas; como si no debiera hallarse difundida esta moralidad en todo el contexto de cada una, de manera que fuese palpable para el lector. Pues ¿por qué poniendo al fin esta moralidad, le quitan la satisfacción de encontrarla él por sí? El talento de instruir consiste en que el discípulo tome gusto a la instrucción; y para ello no ha de quedar de tal manera pasiva su inteligencia en todo cuanto le digáis, que nada absolutamente tenga que hacer para entenderos. Menester es que el amor propio del maestro deje siempre algún lugar al suyo; menester es que pueda decir para sí : «Concibo, penetro obro, me instruyo.» Una de las cosas que hacen inaguantable el Pantalón de la comedia italiana, es el afán que se toma por explicar al público las simplezas que éste entiende de sobra. No quiero que su ayo sea Pantalón, y mucho menos un autor. Siempre se ha de dar uno a entender, mas no siempre lo ha de decir todo; el que hace esto poco dice, porque al fin nadie le escucha. ¿Qué significan los cuatro versos que añade La Fontaine a la fábula del león y el ratón? ¿Se teme que no le hayan entendido? ¿Necesita tan buen pintor poner los nombres al pie de lo que pinta? Lejos de generalizar así su moralidad, la particulariza, la ciñe en algún modo a los ejemplos que cita y estorba que se aplique a otros. Quisiera que antes de poner en manos de un joven las fábulas de este

excelente autor, se quitasen todas las conclusiones en que se toma el trabajo de explicar lo que con tanto donaire como claridad acaba de decir. Si vuestro alumno no entiende la fábula sin la explicación, estad cierto de que tampoco con ella la entenderá.

De igual modo sería conveniente dar a estas fábulas un orden más didáctico y más conforme con el progreso de los afectos y luces del adolescente. ¿Dónde hay cosa más desatinada que seguir puntualmente el orden numérico del libro, sin tener cuenta con la ocasión ni la necesidad? Por ejemplo, la zorra y las uvas, luego la cierva y la viña, luego el asno cargado de reliquias, etc. Todavía tengo ojeriza al dichoso asno, porque recuerdo haber visto a un hijo de un marqués, destinado a ser gentil hombre, a quien todo el día estaban hablando de tan ilustre destino, que leyó esta fábula, la cogió de memoria y la repitió cien y cien veces, sin ocurrirle nunca el más leve reparo contra el oficio que le querían dar. Por mi parte nunca he visto que hiciera un niño aplicación sólida de las fábulas que aprendía, ni tampoco que nadie procurara que hiciese tal aplicación. La instrucción moral es el pretexto de este estudio; pero el verdadero objeto de la madre y del niño no es otro que hacer se ocupe toda una concurrencia en oírle recitar sus fábulas; por eso se le olvidan todas cuando llega a mozo, y no se trata de decirlas de corrido, sino de aprovecharse de ellas. Repito que es propio de hombres solamente el instruirse en las fábulas, y este es el tiempo de que Emilio empiece.

Señalo desde lejos, porque tampoco quiero decirlo todo, las sendas que desvían del camino recto, para que se sepan evitar. Creo que siguiendo la que he indicado, comprará vuestro alumno el conocimiento de los hombres y de sí mismo lo más barato posible; y le ponéis en ocasión de contemplar los vaivenes de la fortuna sin envidiar la suerte de sus validos, y de estar satisfecho consigo sin reputarse por más sabio que los demás. También habéis empezado por hacerle actor para hacerle espectador; es preciso concluir, porque desde las butacas se ve la apariencia de los objetos, pero en las tablas se ven como realmente son. Para abarcar la totalidad, es preciso colocarse en el punto verdadero de vista y acercarse para ver los pormenores. Pero ¿con qué título se introducirá un joven en los negocios del mundo? ¿Qué derecho tiene para que le inicien en

estos tenebrosos misterios? Enredos de galanteos ciñen los intereses de su edad; todavía sólo de sí dispone, que es como si de nada dispusiera. La más vil de las mercaderías es el hombre, y de nuestros importantes derechos de propiedad siempre el de la persona es el que menos vale.

Cuando veo que en la edad de mayor actividad se limitan los estudios de los jóvenes a objetos meramente especulativos, y luego sin la menor experiencia los lanzan fuera de tiempo al mundo y a los negocios, hallo que no menos pugnan con la razón que con la naturaleza, y no extraño que tan pocas gentes sepan conducirse. ¿Qué idea tan extravagante ha sido el enseñarnos tantas cosas inútiles, mientras que para nada se ha tenido en cuenta el arte de obrar? Pretenden formarnos para la sociedad, y nos instruyen como si debiera cada uno de nosotros vivir solo meditando en una celda o tratando de negocios fútiles con personas indiferentes. Pensáis que enseñáis a vivir a vuestros hijos, cuando les enseñáis ciertas contorsiones de cuerpo y ciertas expresiones de rutina que nada significan. Yo también he enseñado a vivir a mi Emilio, que ha aprendido a vivir consigo mismo, y además a ganar su pan. Pero esto no basta. Para vivir en el mundo, es preciso que sepa tratar con los hombres, que conozca los instrumentos que en ellos influyen; es preciso que calcule la acción y reacción del interés particular en la sociedad civil, y que prevea con tanta exactitud los sucesos, que rara vez se engañe en sus empresas, o a lo menos, que tome siempre los mejores medios para llevarlas a cabo. Las leyes no permiten a los jóvenes que cuiden sus asuntos propios ni que dispongan de su caudal; pero ¿de qué les servirían estas precauciones, si no pudiesen adquirir experiencia alguna hasta la edad prescrita? Nada habrían adelantado con la dilación, y tan rudos estarían de veinte y cinco años como de quince. Sin duda se ha de estorbar que un joven obcecado por su ignorancia o engañado por sus pasiones se perjudique a sí propio; pero en cualquiera edad es permitido ser benéfico, en cualquiera edad puede uno, bajo la dirección de un hombre prudente, amparar a los menesterosos que sólo necesitan un apoyo.

Las nodrizas y las madres toman cariño a las criaturas por los afanes que éstas les cuestan; el ejercicio de las virtudes sociales

planta en lo interior de los corazones el amor de la humanidad, y haciendo bien nos hacemos buenos; no conozco práctica más segura. Ocupad a vuestro alumno en todas cuantas buenas obras están a su alcance; sea siempre su interés el de los desvalidos; no los ayude sólo con su bolsillo, sino también con sus solicitudes; sívalos, ampárelos, conságreles su persona y su tiempo; hágase su agente de negocios; que en su vida puede desempeñar más noble empleo. ¡Cuántos oprimidos que nunca hubieran sido escuchados, alcanzarán justicia, cuando por ellos la solicite con aquella esforzada entereza que infunde la práctica de la virtud, cuando se franquee las casas de los ricos y poderosos, cuando vaya, si es necesario, a echarse a los pies del monarca para que oiga la voz de los menesterosos, a quienes su miseria cierra todos los caminos y que, por miedo de recibir castigo por los males que padecen, ni aun se atreven a quejarse.

Pero ¿hemos de hacer que Emilio sea un caballero andante, un enderezador de entuertos, un paladín? ¿Se irá a meter en los asuntos públicos, a hacer de sabio y defensor de las leyes; con los grandes, con los magistrados y con el príncipe; de procurador a casa de los jueces y de abogado en los tribunales? No sé nada de esto. Los nombres de escarnios y fruslerías no mudan la esencia de las cosas. Hará todo cuanto vea que es bueno y provechoso, y nada más; y bien sabe que todo aquello que desdice de su edad no puede ser provechoso ni bueno. Sabe que consigo mismo ha contraído sus primeras obligaciones; que deben desconfiar los jóvenes de sí propios, ser circunspectos en su conducta, respetuosos delante de las personas de mayor edad, mirados y recatados para no hablar sin que venga al caso, modestos en las cosas indiferentes, pero valientes para hacer bien, y resueltos para decir verdad. Así eran aquellos ilustres romanos que, antes de ser admitidos en los cargos, gastaban su mocedad en perseguir el delito y patrocinar la inocencia, sin otro interés que el de instruirse en servicio de la justicia y en amparo de las buenas costumbres.

No gusta Emilio de ruidos ni de disputas, no sólo entre los hombres[103], sino tampoco entre los animales.

Nunca azuza dos perros para que riñan, ni hace que un perro corra tras un gato. Este espíritu pacífico es efecto de su educación,

que no habiendo: dado pábulo al amor propio y a una opinión de sí mismo, le ha impedido que buscarse sus delicias en la dominación y en la desdicha ajena. Padece cuando ve padecer, que es un efecto natural. Lo que hace que se endurezca un joven, y tenga gusto en ver atormentar a un ser sensible, es que por una reflexión de vanidad se contempla exento de las mismas penas por su discreción o su superioridad. El que ha sido preservado de esta disposición de ánimo no puede incurrir en el vicio que de ella es consecuencia. Así, Emilio gusta de la paz; la imagen de la felicidad es halagüeña para él; y mira como medio de participar de ella el contribuir a producirla. No he supuesto que cuando ve desventurados se ciñese a aquella conmiseración estéril y cruel que se limita a compadecerse de los males que pueden remediar. En breve le da su activa beneficencia luces que con un pecho más duro no hubiera adquirido, o hubiera adquirido mucho más tarde. Si ve reinar la discordia entre sus camaradas, procura reconciliarlos; si ve afligidos, se informa del motivo de su aflicción; si ve que dos sujetos se aborrecen, quiere averiguar la causa de su enemistad; si ve que gime un oprimido por las vejaciones de un poderoso y un rico, averigua las malas artes que encubren estas vejaciones; y en él interés que le inspiran todos los desvalidos, nunca son para él indiferentes los medios de poner fin a sus males. Pues ¿qué tenemos que hacer para sacar utilidad de estas disposiciones de un modo que no desdiga de su edad? Regular sus solicitudes y sus conocimientos y emplear su fervor en aumentarlos.

No me cansaré de repetirlo; todas las lecciones que deis a la juventud, reducidas a ejemplos y no a razones; nada aprendan en los libros de cuanto les puede enseñar la experiencia. ¡Qué proyecto tan extravagante es ejercitarlos en que hablen sin tener nada que decir; creer que les hacen sentir en los bancos de un aula la energía del idioma de las pasiones, y toda la fuerza del arte de la persuasión, sin que tengan interés en persuadir a nadie cosa alguna! Todos los preceptos de la retórica parecen mera palabrería a quien no ve cómo ha de usarlos en beneficio suyo. ¿Qué importa a un estudiante saber cómo hizo Anibal para determinar a sus soldados a que pasaran los Alpes? Si en vez de esas magníficas arengas, le dijereis lo que ha de hacer para persuadir a su

catedrático a que le dé vacaciones, estad cierto de que pondría más atención en vuestras reglas.

Si quisiera enseñar la retórica a un joven cuyas pasiones estuviesen ya todas desenvueltas, sin cesar le presentaría objetos capaces de lisonjear estas pasiones, y examinaría con él qué estilo debería usar con los demás hombres para inducirlos a que fuesen propicios a sus deseos. Pero no está Emilio en situación tan ventajosa para el arte oratoria: ceñido en lo físico a casi sólo lo indispensable, menos necesita de los demás que los demás necesitan de él; y como nada tiene que pedirles para sí, lo que les quiere persuadir no le importa tanto que le cause sensible conmoción. De aquí se sigue que generalmente debe usar un estilo sencillo y poco figurado. Por lo común se explica con propiedad, y sólo para que le entiendan. Es poco sentencioso, porque no ha aprendido a generalizar sus ideas, y usa pocas imágenes porque rara vez se apasiona.

No quiere decir esto, sin embargo, que sea flemático y frío, pues ni su edad, ni sus costumbres, ni sus inclinaciones se lo permiten: en el ardor de la adolescencia, contenidos y destilados en su sangre los espíritus vivificantes, producen en su juvenil corazón un calor que brilla en sus miradas, que se siente en sus discursos y se manifiesta en sus acciones. Su estilo ha tomado acento, y alguna vez vehemencia. El noble afecto que le inspira le da elevación y fuerza; penetrado del tierno amor de la humanidad, cuando habla trasmite los movimientos de su ánimo; su generosa ingenuidad tiene un no sé qué, más encantador que la artificiosa elocuencia de los demás; o más bien es de verdad elocuente, pues no tiene sino manifestar lo que siente para comunicárselo a los que le escuchan.

Cuanto más pienso en ello, más me convenzo de que poniendo de esta manera en acción la beneficencia y sacando de nuestro buen o mal éxito reflexiones acerca de la causa de uno o de otro, pocos conocimientos útiles hay que no puedan cultivarse en el espíritu de un joven, y que con todo el saber verdadero que se puede aprender en los colegios, aprenderá además una ciencia más importante todavía, que es la aplicación de esta doctrina a los usos de la vida. No es posible que interesándose tanto por sus semejantes, no aprenda muy temprano a pesar y valuar las

acciones, los gustos y las inclinaciones de éstos, y a atribuir generalmente su justo valor a lo que puede acarrear utilidad o detrimento al bien de los hombres, con más tino que aquellos que no interesándose por nadie, nada hacen por otro. Los que nunca tratan más que de sus propios asuntos, se apasionan en demasía para que puedan juzgar de las cosas con rectitud. Refiriéndolo todo a sí solos, y sacando solamente de su interés las ideas del bien y el mal, se llenan la cabeza de mil preocupaciones, y en todo cuanto puede oponer el menor óbice a su utilidad, al punto ven el trastorno del universo.

Extendamos el amor propio a todos los demás seres, y le trasformaremos en virtud; no hay pecho humano en que no se halle la raíz de ésta. Cuanto menos inmediata conexión tiene con nosotros el objeto de nuestra solicitud, menos temible es la ilusión del interés particular; cuanto más se generaliza este interés, más equitativo se hace, y el amor del linaje humano no es otra cosa en nosotros que el amor de la justicia. Por tanto, si queremos que Emilio ame la verdad, si queremos que la conozca, retengámosle siempre lejos de sí mismo en los negocios. Mientras más consagra su solicitud a la felicidad ajena, más discreta y sagaz será aquella y menos se engañará acerca de lo que es bueno o malo; pero no le consintamos nunca ciegas preferencias, fundadas en excepción de personas o en injusta preocupación de ánimo. ¿Por qué ha de hacer perjuicio a uno por servir a otro? Poco le importará a quién le ha de caber en suerte más dicha, con tal que contribuya él a la mayor dicha de todos; ese es el primer interés del sabio después del interés privado, porque cada uno es parte de su especie, y no de otro individuo.

Así, pues, para que la piedad no degenera en flaqueza, es preciso generalizarla y extenderla a todo el género humano. Cuando no va acorde con la justicia no nos dejemos llevar de ella, porque entre todas las virtudes, la justicia es la que más contribuye el bien común de los hombres. Por razón, y por nuestro amor debemos todavía más compasión a nuestra especie que a nuestro prójimo; y es la mayor crueldad con los hombres la piedad que se tiene de los malos.

Por lo demás, no nos olvidemos de que todos estos medios mediante los cuales lanzo a mi alumno fuera de su propio ser, tienen siempre una relación directa con él, puesto que no sólo resulta de ellos un gozo interior, sino que haciéndole benéfico en provecho ajeno, trabajo en su propia instrucción.

Presenté primeramente los medios, y ahora hago ver el efecto. ¡Cuán grandes ideas miro que poco a poco se coordinan en su cabeza! ¡Qué sublimes afectos sofocan en su pecho el germen de las mezquinas pasiones! ¡Qué rectitud de juicio, qué atinada razón observo se forman tu él con el cultivo de sus inclinaciones, con la experiencia que aprisiona los deseos de un alma grande en el estrecho sitio de la posibilidad y hace que un hombre superior a los demás, no pudiendo ensalzarlos hasta su esfera, sepa bajarse a la de ellos! En su entendimiento se graban los verdaderos principios de la justicia, los verdaderos modelos de la hermosura, todas las relaciones morales de los seres y todas las ideas de orden; ve el lugar de cada cosa y la causa que de él la desvía; ve lo que puede hacer bien, y lo que lo estorba; conoce, sin haberlas experimentado, las ilusiones y la acción de las pasiones humanas.

Adelanto, impulsado por la fuerza de las cosas, pero sin engañarme acerca del juicio que van a formar mis lectores. Mucho tiempo hace que me ven en los países de la fantasía, y yo los veo siempre en los de la preocupación, Aunque me separo mucho de las opiniones vulgares, no por eso dejo de tenerlas presentes en el entendimiento, y las examino y las medito, no para seguir las, ni para desecharlas, sino para pesarlas en la balanza de la razón. Siempre que ésta me fuerza a que me desvíe de ellas, tengo ya por sabido, instruido por la experiencia, que no me han de imitar; sé que empeñados en no creer posible más que lo que ven, se persuadirán de que el joven que aquí figuro es un ser imaginario y fantástico, porque se diferencia de aquellas con quienes le comparan: sin hacerse cargo de que es fuerza que se diferencie de ellos, puesto que habiendo sido educado de un modo totalmente distinto, movido de afectos diametralmente contrarios, instruido de diversa manera que ellos, sería mucho más extraño que se les pareciese que no que fuese cual yo le supongo. Este no es el hombre del hombre, es el

hombre de la naturaleza; y ciertamente debe ser muy extraño a sus ojos.

Al empezar esta obra, nada suponía que no pudiese observar todo el mundo lo mismo que yo, porque hay un punto, que es el nacimiento del hombre, del cual todos igualmente salimos; pero cuanto más adelantamos, yo para cultivar la naturaleza, y vosotros para depravarla, más nos desviamos unos de otros. A los seis años se diferenciaba poco mi alumno de los vuestros, que aun no habíais tenido tiempo para desfigurar; ahora en nada se parecen; y la edad de hombre formado, a que se va acercando, le debe mostrar de una manera absolutamente distinta, si no ha perdido todos mis cuidados. La suma de lo que han adquirido puede que con poca diferencia sea igual por una y otra parte; pero las cosas que han adquirido no son parecidas. Os choca encontrar en él unos afectos sublimes de que no hay en los otros ni el menor germen; pero considerad que éstos son ya todos filósofos y teólogos, antes que sepa siquiera Emilio qué cosa es filosofía, ni que haya oído aún nombrar a Dios.

Si se me dijera: «Nada de cuanto suponéis existe; los jóvenes no son así, tienen tal o cual pasión, hacen esto o lo otro»; es como si afirmasen que un peral nunca es un árbol alto, porque los que vemos en nuestros jardines todos son enanos.

Suplico a estos jueces tan prontos en censurar, consideren que lo que dicen lo sé yo lo mismo que ellos; que verosíblemente he meditado más tiempo, y que no teniendo interés alguno en engañarlos, tengo derecho para exigir se tomen más espacio para averiguar en qué me engaño; que examinen bien la constitución del hombre; que sigan los primeros desarrollos del corazón en tal o cual circunstancia, para que vean cuánto puede diferenciarse un individuo de otro por sola la fuerza de la educación; que comparen luego la mía con los efectos que le atribuyo, y me digan en qué he discurrido mal, y nada me quedará qué responderles.

Lo que más me lleva a la afirmación, y según creo me disculpa de ello, es que en vez de dejarme llevar del espíritu de sistema, otorgo lo menos posible al raciocinio y sólo me fío de la observación. No me fundo en lo que he imaginado, sino en lo que he visto. Verdad es que no he limitado mis experimentos al recinto de las tapias de un pueblo, ni a una sola clase de personas; pero después

de haber comparado tantas clases y pueblos cuantos he podido ver en el espacio de una vida consagrada a observarlos he quitado como artificial lo que pertenecía a un pueblo y no a otro y era peculiar de un Estado y no de otro, y sólo he mirado como propio, sin disputa, del hombre, lo que era común a todos, de cualquier edad, clase y nación que fuesen.

Ahora, si conforme a este método seguís desde su niñez a un joven que no haya recibido forma particular, y que dependa lo menos posible de la autoridad y la opinión ajena, ¿a quién pensáis se parecerá, a mi alumno o a los vuestros? Me parece que esta es la cuestión que ha de resolverse si me he extraviado. El hombre no empieza fácilmente a pensar; pero así que empieza ya no cesa. Quien ha pensado pensará siempre, y ejercitado una vez el entendimiento en la reflexión, ya no puede permanecer en sosiego. Así pudiéramos creer que hago mucho, o muy poco; que no es naturalmente el espíritu humano tan pronto en abrirse, y que después de haberle dado medios fáciles que no tiene, le retengo sobrado tiempo encerrado en un círculo de que ya debe haber salido.

Pero considerad ante todo que, si queremos formar el hombre de la naturaleza, no por eso tratamos de hacerle un salvaje y relegarle en lo enmarañado de las selvas; sino de que metido en el torbellino social, no se deje arrastrar de las pasiones ni de las opiniones de los hombres; de que vea por sus ojos y sienta por su corazón, y de que no le gobierne ninguna autoridad como no sea la de su propio razón. En tal estado claro es que la multitud de objetos que en él hacen impresión, los frecuentes afectos que le mueven, los diversos medios de satisfacer sus necesidades reales, le deben dar muchas ideas que nunca hubiera tenido o que hubiera adquirido con más lentitud. Se ha acelerado el progreso natural del ánimo, pero no se ha invertido.

El mismo hombre que debe permanecer estúpido en las selvas, debe tornarse racional y sensato en las ciudades, cuando en ellas sea mero espectador. No hay cosa más a propósito para hacer a uno sabio, que las locuras que ve sin tener parte en ellas; y aun aquel que de ellas participa, se instruye, con tal que no se alucine ni le engañe el error de los que las cometen.

Considerad también que limitados por nuestras facultades a las cosas sensibles casi no tenemos base alguna para las nociones abstractas de la filosofía y para las ideas meramente intelectuales. Para llegar a ellas es menester desprendernos del cuerpo a que con tanta fuerza estamos adheridos, o hacer de objeto en objeto un progreso gradual y lento; o, finalmente salvar con velocidad y casi de un salto, el intervalo, con un paso gigante de que no es capaz la niñez y para el cual aun los adultos necesitan muchos escalones hechos expresamente para ellos. El primero de estos escalones es la primera idea abstracta; pero con mucha dificultad concibo cómo se pensó en construirle.

El Ser incomprendible que lo abarca todo, que da movimiento al mundo y forma el completo sistema de los seres, ni es visible a nuestros ojos ni palpable a nuestras manos, ni accesible a ninguno de nuestro sentidos; patente está la obra, pero oculto el artífice. No es pequeño negocio conocer al fin que existe; y cuando hasta aquí hemos llegado, cuando nos preguntamos ¿quién es? ¿dónde está? se confunde y se descarría nuestra inteligencia y no sabemos qué pensar.

Pretende Locke que comencemos por el estudio de los espíritus y luego pasemos al de los cuerpos. Así se anda por la senda de las preocupaciones, la superstición y el error, no por el de la razón ni la de la naturaleza bien ordenada, que eso es taparse los ojos para aprender a ver. Es preciso haber estudiado mucho tiempo los cuerpos para formarse noción de los espíritus y sospechar que existen. El orden contrario sólo sirve para establecer el materialismo..

Puesto que nuestros sentidos son los primeros instrumentos de nuestras luces, los seres corpóreos sensibles serán los únicos de que inmediatamente tengamos idea. La palabra *espíritu* no tiene significación ninguna para quien no ha filosofado. Para la plebe y para los niños un espíritu es un cuerpo ¿No imaginan espíritus que gritan, hablan, dan golpes y meten bulla? Pues me confesarán que espíritus que tienen brazos y lenguas mucho se parecen a cuerpos. Por eso todos los pueblos del mundo, sin exceptuar los judíos, se fraguaron dioses corpóreos. Nosotros mismos, con nuestros términos de Espíritu, Trinidad, Personas, la mayor parte somos

verdaderos antropomorfitas. Confieso que nos enseñan a decir que Dios está en todas partes; pero también creernos que el aire está en todas partes, a lo menos en nuestra atmósfera; y la misma voz de *espíritu* no significa en su origen otra cosa que *soplo y viento*. Cuando se acostumbra una persona a decir palabras que no entiende, fácil es hacerle que diga cuanto se quiera.

La conciencia de nuestra acción sobre los demás cuerpos debió al principio hacernos creer que, cuando obraban éstos en nosotros, era de un modo semejante a aquel con que nosotros obramos en ellos. Así empezó el hombre animando todos los seres cuya acción sentía. Conociéndose menos fuerte que la mayor parte de estos seres, y no sabiendo hasta dónde alcanzaba su potencia, la supuso ilimitada, haciendo dioses en cuanto hizo cuerpos. En los primeros tiempos, asustados los hombres con todo, no vieron cosa alguna muerta en la naturaleza. Tan lenta como la idea del espíritu fue para formarse en ellos la de la materia, porque también esta es una abstracción. De suerte que llenaron de dioses sensibles el universo. Los astros, los vientos, las montañas, los ríos, los árboles, las ciudades y hasta las casas, todo tenía su alma, su dios y su vida, Los muñecos de Laban, los *manitúos* de los salvajes y los *fetiches* de los negros, todas las obras de la naturaleza y de los hombres fueron las primeras divinidades de los mortales; el politeísmo fue su primera religión, y lo será siempre de todo hombre flaco y medroso que no tenga tan cultivado el espíritu que reúna el sistema total de los seres en una sola idea, y dé significado a la voz sustancia, que en la realidad es la mayor de las abstracciones. Por tanto, todo niño que cree en Dios, necesariamente es idólatra o, a lo menos, antropomorfita; y si la imaginación ha visto una vez a Dios, milagro será que le conciba luego el entendimiento a este error justamente nos lleva la idea de Locke.

Llegados no sé como, a la idea abstracta de la sustancia, vemos que, para admitir una sustancia única, sería forzoso suponer en ella cualidades incompatibles que mutuamente se excluyen, como el pensamiento y la extensión; ésta, que esencialmente es divisible, y aquél, que excluye toda divisibilidad. Concebimos por otra parte que el pensamiento, o si se quiere sentimiento, es una cualidad primitiva, inseparable de la sustancia a que pertenece; y que lo mismo es la

extensión, con respecto a sustancia. De donde se deduce que los seres que pierden una de estas cualidades, pierden la sustancia a que pertenece ésta; por consiguiente, que la muerte no es otra cosa que una separación de sustancias, y que los seres en que se hallan reunidas estas dos cualidades, se componen de las dos substancias a que dichas cualidades pertenecen.

Considerad ahora la distancia que todavía media entre la noción de las dos sustancias y la de la naturaleza divina; entre la incomprensible idea de la acción de nuestra alma en nuestro cuerpo, y la de la acción de Dios en todos los seres. Las ideas de creación, de aniquilación, de ubicuidad, de eternidad, de omnipotencia, las de los divinos atributos, todas esas ideas que a tan pocos hombres es dado ver, de tal modo son confusas y oscuras, y que ninguna oscuridad tienen para la plebe, porque no comprende nada de ellas, ¿cómo se han de presentar con toda su fuerza esto es, con toda su oscuridad, a inteligencias inexpertas, ocupadas todavía en las primeras operaciones de los sentidos y que sólo conciben lo que tocan? En vano están abiertos alrededor nuestro los abismos de lo infinito; no sabe un niño asustarse de ellos, porque no pueden sondear su profundidad ojos tan débiles. Para los niños todo es infinito; a nada saben poner límites; y no porque hacen la medida larga, sino porque tienen corto el entendimiento, y casi siempre he notado que el infinito le colocan antes más acá que más allá de las dimensiones que conocen. Un espacio inmenso más le valuarán por sus pies que por sus ojos; y no le extenderán, hasta más allá de donde pueden ver, sino hasta más allá de donde pueden ir. Si les hablan del poder de Dios, le tendrán por casi tan fuerte como su padre. Como en todas cosas su conocimiento es para ellos la medida de las posibilidades, siempre lo que les dicen lo reputan menos de lo que saben. Así son los juicios naturales de la ignorancia y la flaqueza de entendimiento. Ajax hubiera temido entrar en lucha con Aquiles, y reta a Júpiter a la pelea, porque conoce a Aquiles y a Júpiter no. Un aldeano suizo, que se tenía por el más opulento de los hombres, y a quien le procuraban explicar qué cosa era un rey, preguntaba con altivo ademán, si podría el rey tener cien vacas en la montaña.

Comprendo que no pocos lectores extrañarán verme seguir toda la edad primera de mi alumno sin hablarle de religión. A los quince años aun no sabía si tenía un alma, y acaso no es tiempo de que lo aprenda a los diez y ocho; porque, si lo aprende antes que sea oportuno, corre peligro de no saberlo en toda su vida.

Si tuviera que pintar la estupidez enfadosa, retrataría un pedante ensañando el catecismo a unos niños; si quisiera volver loco a un niño, le obligaría a que explicara lo que dice cuando da la doctrina. Me objetarán que siendo misterios la mayor parte de los dogmas del cristianismo, aguardar a que sea capaz de concebirlos el espíritu humano, no es aguardar a que el niño sea hombre, sino a que ya el hombre no sea. A eso respondo, lo primero, que hay misterios que es imposible, no sólo que un hombre los conciba, sino que los crea; y no veo lo que se adelanta con enseñárselos a los niños, como no sea enseñarles desde temprano a mentir. Digo, además, que para admitir los misterios, es necesario comprender a lo menos que son incomprensibles, y los niños no son siquiera capaces de esta comprensión. No hay verdaderos misterios para la edad en que todo lo es.

Es necesario creer en Dios para salvarse. Este dogma; mal comprendido, es el principio de la sangrienta intolerancia y causa de todas esas vanas instrucciones que han dado un golpe de muerte a la razón humana, acostumbrándola a que se contente con voces . Sin duda no se debe perder un punto para merecer la salvación eterna; pero si basta, para alcanzarla, repetir ciertas palabras, no veo inconveniente en que llenemos el cielo de cotorras y papagayos, tanto como de niños.

La obligación de creer supone posibilidad de hacerlo. El filósofo que no cree obra mal, porque hace mal uso de la razón que ha cultivado y porque está en estado de entender las verdades que desecha. Pero ¿qué cree el niño que profesa la religión cristiana? lo que concibe; y concibe tan poco lo que le hacen que diga, que si le dicen lo contrario, lo adoptará con la misma docilidad. Asunto es de geografía la fe de los niños, y de no pocos adultos. ¿Serán premiados por haber nacido en Roma más bien que en la Meca? Al uno le dicen que se debe honrar a Mahoma, y dice que honra a Mahoma; al otro que se debe honrar a la Virgen, y dice que honra a

la Virgen. Uno haría lo que el otro hace si a entrambos mutuamente los trasladaran de domicilio. ¿Es posible que nos fundemos en dos afectos tan semejantes, para enviar el uno al cielo y el otro al infierno? Cuando dice un niño que cree en Dios, no es en Dios en quien cree, sino en Pedro o en Juan que le dicen hay una cosa que se llama Dios, y lo cree a la manera de Eurípides.

¡Oh Jove! que este nombre es de tu esencia
Lo que puede alcanzar mi inteligencia[104]

Nosotros afirmamos que ningún niño que muera antes de tener de razón será privado de la bienaventuranza eterna; lo mismo creen los católicos de los niños que han recibido el bautismo, aunque nunca hayan oído hablar de Dios. Luego hay casos en que puede uno salvarse sin creer en Dios; y estos casos se verifican, ya en la infancia, ya en la demencia, cuando no es capaz el espíritu humano de las operaciones aristas para reconocer la Divinidad. Toda la diferencia que de vos a mí noto, consiste en que afirmáis que tienen esta capacidad los niños a los siete años, y que yo no se la otorgo ni aun a los quince. Bien esté yo equivocado, bien tenga razón, no se trata aquí de un artículo de fe, sino de una mera observación de historia natural.

Conforme al mismo principio, es claro que un hombre que ha llegado a viejo sin creer en Dios, no por eso será privado de su presencia en el otro mundo si su ceguedad no ha sido voluntaria, y digo que no siempre lo es. Lo confesáis así de los locos a quienes una enfermedad priva de sus facultades espirituales aunque no de su cualidad de hombres, ni por consiguiente del derecho a los beneficios de su Criador. Pues ¿por qué no convenís también en lo mismo respecto de aquellos que desviados de toda sociedad desde su niñez, hayan tenido una vida absolutamente silvestre, privados de las luces que sólo se adquieren con el trato de los hombres[105]? Porque está demostrado que no es posible que semejante salvaje eleve nunca sus reflexiones hasta conocer al verdadero Dios. Nos dice la razón que sólo por sus culpas voluntarias es un hombre merecedor de castigo, y que no se le puede imputar a delito una ignorancia invencible; de donde se infiere que ante la eterna justicia,

todo aquel que creyera, si tuviese las necesarias luces, es reputado creyente, y que no habrá otros incrédulos castigados que aquellos que cierran su corazón a la verdad.

Guardémonos de anunciar la verdad a los que no se hallan en estado de comprenderla; eso es querer sustituirla con el error. Más valiera no tener idea ninguna de la Divinidad, que tenerlas groseras, fantásticas, injuriosas, indignas de ella; pues, menos mal es desconocerla que ultrajarla. Más quisiera, dice el buen Plutarco, que creyesen que no había Plutarco en el mundo, que dijese que Plutarco es injusto, envidioso, celoso y tan tirano, que exige más de lo que deja facultad para que hagan.

El mayor daño de las deformes imágenes de la Divinidad que imprimen en el espíritu de los niños, consiste en que permanecen en él toda la vida, y cuando son hombres no conciben otro Dios que el de los niños. En Suiza vi una buena y piadosa madre de familia, tan convencida de esta máxima, que no quiso instruir en la religión a su hijo en la primera edad, no fuese que satisfecho con esta ruda instrucción, se descuidase en tomar otra mejor cuando llegase a tener uso de razón. Oía este niño hablar siempre de Dios con recogimiento y reverencia; y cuando él quería hablar, le imponían silencio, como que era una materia muy sublime y muy alta para él. Este recato incitaba su curiosidad, y su amor propio aspiraba al instante de conocer este misterio que con tanto esmero le ocultaban. Cuanto menos le hablaban de Dios y menos consentían que él hablase, más se ocupaba de él; este niño vela a Dios en todas partes. Yo recelaría de este estilo misterioso, afectado con imprudencia, que exaltando en demasía la imaginación de un muchacho, le tocase la cabeza, y al fin le hiciesen un fanático en vez de hacerle un creyente.

Pero no hay temor de cosa parecida en Emilio, pues desviando constantemente su atención de todo cuanto excede a su capacidad, escucha con la más profunda indiferencia las cosas que no entiende. Hay tantas en que está habituado a decir: «Eso no es de mi competencia», que una más poco le importa; y cuando le empiezan a inquietar estas altas cuestiones, no es por no haber oído hablar de ellas, sino porque encamina sus investigaciones hacia estas materias el natural progreso de sus luces.

Ya hemos visto por qué camino se aproxima a estos misterios el espíritu humano cultivado, y sin reparo confesaré que aun en el seno de la sociedad no alcanza a ellos hasta una edad más adelantada. Pero como en la misma sociedad hay causas inevitables, por las cuales se acelera el progreso de las pasiones, si no aceleramos en la misma proporción el progreso de las luces que sirven para regular estas pasiones, saldremos entonces verdaderamente del orden de la naturaleza y se rompería el equilibrio. Cuando no podemos impedir que se desenvuelvan las primeras con sobrada rapidez, es preciso encender con la misma las que les han de corresponder de las segundas; de suerte que no se invierta el orden, que no se separe lo que debe ir junto, y que el hombre en todos los instantes de su vida no esté en este punto por una de sus facultades, y en aquel otro por las demás.

¡Qué dificultad miro suscitarse aquí! Dificultad tanto más grave, cuanto que consiste menos en las cosas que en la pusilanimidad de los que no se atreven a resolverla. Empecemos a lo menos teniendo ánimo para proponerla. Un niño debe ser educado en la religión de su padre; siempre le prueban con mucha facilidad y victoriosamente, que la tal religión, sea la que fuere, es la única verdadera; que todas las demás son meras extravagancias y disparates. En este punto la fuerza de los argumentos pende absolutamente del país donde los proponen. Un turco que en Constantinopla tiene por ridículo el cristianismo, venga a ver lo que piensan del mahometismo, en París. En la cuestión religiosa es donde más particularmente se muestra tiránica la opinión. Pero nosotros, que en todo pretendemos quebrantar su yugo, que nada queremos dejar a la autoridad, y que nada queremos enseñar a nuestro Emilio que no pudiera él aprender por sí propio en cualquier país, ¿ en qué religión educaremos? ¿A qué secta agregaremos al hombre de la naturaleza? Me parece que es muy sencilla la respuesta; no le agregaremos a esta ni a la otra; pero le pondremos en estado de que elija aquella a que le conduzca el mejor uso de su razón.

Incedo per ignes
Suppositos cineri doloso. [\[106\]](#)

No importa; hasta aquí el celo y la buena fe han suplido en mí la prudencia, y espero que no me abandonen estos auxiliares cuando más los necesito. Lectores, no temáis de mí precauciones indignas de un amante de la verdad, que nunca olvidaré mi emblema; pero séame licito desconfiar de mis opiniones. En vez de deciros lo que yo pienso, os diré lo que pensaba uno que valía más que yo. Respondo de la verdad de los hechos que voy a referir, y que realmente pasaron por el autor del escrito que traslado aquí. A vosotros toca ver si se pueden sacar de él reflexiones provechosas acerca de la materia que estamos tratando. No os propongo como regla el dictamen de otro ni el mío; os le presento para que le examinéis.

«Hace treinta años que en una ciudad de Italia un joven expatriado se veía reducido a la última miseria. Había nacido calvinista; pero a consecuencia de una locura de joven, hallándose fugitivo, en país extraño, y sin recursos, mudó de religión para comer. En esta ciudad había un hospicio para los conversos, y entró en él. Mientras le instruían sobre la controversia, le inspiraron dudas que no tenía, y le enseñaron lo malo que no sabía; oyó dogmas nuevos, vio costumbres aún más nuevas y estuvo en poco que fuese víctima de ellas. Quiso escaparse, y le encerraron; se quejó, y le castigaron por sus quejas; a merced de sus tiranos, se vio tratado como delincuente por no haber querido ceder al delito. Figúrense el estado de su juvenil corazón los que saben cuánto enoja la primera prueba de la violencia y la injusticia a un pecho sin experiencia. Corrían de sus ojos lágrimas de rabia, sofocábale la indignación; imploraba al cielo y los hombres, de todo el mundo se fiaba y de nadie era escuchado. Sólo veía criados viles sujetos al infame que le ultrajaba, o cómplices del mismo delito que escarnecían su resistencia y le excitaban a que los imitara. Perdido estaba, sin duda, cuando acertó a venir al hospicio un honrado eclesiástico, a quien logré consultar secretamente. El eclesiástico era pobre y necesitaba de todo el mundo; pero todavía necesitaba más de él el desventurado, y no dudó aquél en favorecer su evasión, a riesgo de ganarse un peligroso enemigo.

»El joven, que se había escapado del vicio para caer en la miseria, y que luchaba sin fruto contra su estrella, creyó por un

instante que la había vencido. Al primer crepúsculo de buena fortuna, se olvidó de su protector y de sus desgracias. En breve recibió el castigo de esta ingratitud; todas sus esperanzas se disiparon; en vano le favorecía su juventud, pues sus novelescas ideas todo lo echaban a perder. Como no poseía ni talento ni habilidad suficiente para allanarse una fácil vereda, ni sabía ser malo ni moderado, a tantas cosas aspiró que pudo conseguir; y habiendo recaído en su antigua miseria, sin pan y sin albergue, a punto de morir de hambre, se volvió a acordar de su bienhechor.

»Vuelve a él, le habla y es bien recibido; su vista recuerda al eclesiástico una buena acción que había hecho, y siempre esta memoria, regocija el alma. Este hombre era naturalmente humano y compasivo; sentía como suyas las penas ajenas, y las comodidades no habían empedernido su corazón; finalmente, su buena índole se había fortalecido con las lecciones de la sabiduría y con una ilustrada virtud. Recibe al joven, le busca un albergue, le recomienda y parte con él su pobre comida, que apenas bastaba para los dos. Hace más: le instruye, le consuela, le enseña el arte dificultoso de sufrir con paciencia la adversidad. Hombres preocupados, ¿hubierais aguardado esto de un sacerdote, y en Italia?

» Este honrado eclesiástico era un pobre presbítero saboyano, que por un lance de juventud se había indisputado con su obispo y había atravesado los montes buscando recursos que en su país no tenía. No le faltaba instrucción ni talento, y siendo de una presencia interesante, había encontrado protectores que le colocaron en casa de un ministro para ser ayo de su hijo. Prefería la pobreza a la dependencia, y no sabía el modo de conducirse con los grandes. No estuvo mucho tiempo con éste; pero cuando le dejó conservó su estimación, y como vivía con prudencia, y se hacía querer de todo el mundo, se lisonjeaba de que se reconciliaría al cabo con su obispo y que le daría éste algún pobre curato en la montaña para vivir los años que le quedaban; esto era el colmo de su ambición.

»Sentía una inclinación natural por el mancebo fugitivo, y esto hizo que le examinase con atención. Vio que ya la mala fortuna había marchitado su corazón, que el oprobio y el menosprecio habían abatido su valor y que, convertida en amargo despecho su

altivez, en la injusticia y dureza de los hombres sólo le dejaban ver el vicio de su naturaleza, y lo fantástico de la virtud. Había visto que la religión sólo sirve de disfraz al interés, y el culto sagrado de salvoconducto a la hipocresía; en la sutileza de las vanas disputas había visto el cielo y el infierno hecho premio o castigo de juegos de vocablos; había visto la sublime y primitiva idea de la Divinidad desfigurada con las desatinadas imaginaciones de los hombres; y convencido de que para creer en Dios era necesario renunciar a la razón que de él hemos recibido, lo mismo desdeñaba nuestros ridículos sueños, que el objeto a que los aplicamos. Sin saber nada de lo que existe, sin imaginar nada acerca de la generación de las cosas, se sumió en una estúpida ignorancia y un profundo desprecio a todos cuantos pensaban que sabían más que él.

»El olvido de toda religión, viene a parar en olvidarse de las obligaciones del hombre. Ya estaba andado este camino hasta más de la mitad en el corazón del licenciado joven, aunque no era de mala índole; pero sofocándola poco a poco la incredulidad y la miseria, corría rápidamente a su pérdida, y con las costumbres de un mendigo le aguardaba la moral de un ateo.

»Aunque casi inevitable el mal, todavía no estaba absolutamente consumado. El joven tenía conocimientos; habían cultivado su educación y estaba en aquella venturosa edad en que fermentando la sangre empieza a dar calor al alma, sin esclavizarle el furor de los sentidos. La suya aun tenía toda su elasticidad. Suplían la sujeción su tímido carácter y su vergüenza nativa, y prolongaban en él la época en que con tanto afán mantenéis a vuestro alumno. El aborrecible ejemplo de una torpe depravación y de un vicio sin agrados, lejos de animar su imaginación, la había amortiguado. Por mucho tiempo en vez de la virtud le sirvió de escudo la repugnancia para conservar su inocencia que debía rendirse a más halagüeñas seducciones.

»Vio el eclesiástico el peligro y sus remedios; no le arredraron las dificultades; se complacía en su obra, y se resolvió a perfeccionarla, restituyendo a la virtud a víctima que había librado de las garras de la infamia. Tomó con calma la ejecución de su plan; animábase su esfuerzo con lo noble del motivo, y le inspiraba medios dignos de su celo. Cierto estaba, cualquiera que fuese el

éxito, de que no sería tiempo perdido el que emplease en conseguirle; que siempre sale con su designio el que sólo quiere hacer bien.

»Empezó por ganar la confianza del joven con no venderle sus beneficios, no hacerse importuno ni reprenderle, con ponerse siempre a su alcance y hacerse chico para igualarse con él. Me parece que era un tierno espectáculo ver a un varón grave que se hacía camarada de un tunante, y la virtud que se acomodaba al vicio para triunfar de él con más seguridad. Cuando venía el atolondrado a darle parte de sus extravagancias y a explanarse con él, le escuchaba el sacerdote, le dejaba desahogarse; sin aprobar lo malo, en todo se interesaba; nunca paraba su charla con una impertinente censura, y el gusto con que creía el mozo que le escuchaba, aumentaba el que sentía en decirlo todo. Así hizo su confesión general sin pensar en confesarse.

»Después de haber estudiado bien en el joven sus afectos y su carácter, vio claro el sacerdote que, sin ser ignorante para su edad, se había olvidado de cuanto le importaba saber, y que el oprobio a que le había reducido la fortuna, sofocaba en él todo verdadero afecto del bien y el mal. Un grado hay de embrutecimiento que priva de vida el alma, pues la voz interior no se hace oír de aquel que sólo piensa en mantenerse. Para preservar al desventurado de esta muerte moral, empezó despertando en él el amor propio y la estimación de sí mismo; hacía le ver un porvenir más dichoso en el buen empleo de su talento; reanimaba en su corazón un generoso ardor contándole las nobles acciones de otros, y haciéndole admirarse a los que las habían hecho, le exaltaba el deseo de hacer otras semejantes. Para desprenderle insensiblemente de su ociosa y vagabunda vida, le hacía que extractara libros selectos; y fingiendo que necesitaba de estos extractos mantenía en él el noble afecto de la gratitud. Le instruía indirectamente con sus libros; le hacía que recobrase buena opinión de sí mismo a fin que no se reputara inútil para todo bien y no quisiese tornar a hacerse despreciable a sus propios ojos.

»Un detalle dará a conocer el arte que usaba este hombre benéfico para que insensiblemente el corazón de su discípulo saliere de la bajeza, sin que al parecer pensase él en instruirle. Era

el eclesiástico de tan notoria probidad y tan atinado discernimiento, que más querían muchas personas depositar en él sus limosnas, que en manos de los ricos curas de las ciudades. Cierta día que le habían dado un dinero para distribuírsele a los pobres, a título de tal tuvo el mancebo la osadía de pedirle parte de él «No, le dijo el eclesiástico, somos hermanos, vos sois cosa mía y no debo llegar a este depósito para mi uso.» Luego de su propio dinero le dio lo que le había pedido. Lecciones de esta naturaleza rara vez dejan de surtir efecto en un corazón de joven que no está totalmente pervertido.

»Me canso de hablar en tercera persona y es trabajo superfluo, porque bien conocéis, amado conciudadano, que yo mismo soy este desventurado fugitivo; me miro muy distante de los desórdenes de mi mocedad, para no atreverme a confesarlos; y bien merece la mano que de ellos me libró, que aunque me cueste rubor, tribute alguna honra a sus beneficios.

»Lo que más me impresionaba era ver en la vida privada de mi digno maestro la virtud sin hipocresía, la humanidad sin flaqueza, razonamientos siempre rectos y sencillos, y la conducta acorde siempre con ellos. No se preocupaba de si los que asistía oían o no misa, si confesaban a menudo, si ayunaban los días de vigilia, si comían de viernes, ni veía les impusiese otras obligaciones semejantes que el que no las desempeña, aunque se muera de hambre, ninguna asistencia tiene que esperar de los devotos.

»Animado por estas observaciones, lejos de hacer yo alarde en su presencia del afectado fervor de un nuevo converso, no le escondía mucho mi modo de pensar y no veía que se escandalizase. A veces hubiera podido decir en mi interior: Me permite la indiferencia al culto que he abrazado, por la que ve que también profeso al en que he nacido, y sabe que ya no es mi desdén asunto de partido. Pero ¿qué había de pensar cuando algunas veces le veía aprobar dogmas contrarios a los de la iglesia romana y tener al parecer en poco todas sus ceremonias? Hubiérale creído protestante encubierto si le hubiera visto observar con menos escrúpulo aquellos mismas prácticas de las que parecía hacer muy poco caso; pero sabiendo que a sus solas desempeñaba sus obligaciones de sacerdote con tanta puntualidad como a presencia

del público, no sabía yo explicar estas contradicciones. Exceptuando el defecto que en otro tiempo había ocasionado su desgracia, y de que no parecía muy bien enmendado, era ejemplar su vida, irreprehensibles sus costumbres, honestas y prudentes sus palabras. Viviendo con él en la mayor intimidad, cada día aprendía a respetarle más; y habiendo con tanta bondad ganado enteramente mi corazón, aguardaba con curiosa inquietud el momento de saber en qué principios fundaba la uniformidad de vida tan singular.

»No llegó tan pronto ese momento. Antes de descubrirse con su discípulo, se esforzó a que fructificasen en él las semillas de razón y bondad que había plantado en su alma. Lo más difícil de destruir en mí, era una altiva misantropía, cierta exasperación contra los ricos y los dichosos del mundo, como si lo fueran a mi costa y me usurpasen su pretendida felicidad. Inclinábame en demasía a esta indignación la loca vanidad de la juventud, que pugna contra la humillación, y el amor propio, que mi Mentor procuraba despertar en mi, incitándome a la soberbia, presentaba aún más viles los hombres a mis ojos, y al odio de ellos juntaba el menosprecio.

«Sin combatir directamente esta arrogancia, impidió que se convirtiese en dureza de ánimo; y sin quitarme la estimación de mi propio, la hizo menos desdeñosa con mi prójimo. Siempre desviando las vanas apariencias, y manifestándome los males verdaderos que encubren, me enseñaba a lamentar los errores de mis semejantes, a que me enternecieran sus miserias, y a tenerles más compasión que envidia. Movido a conmiseración de las humanas flaquezas por la íntima conciencia de las tuyas propias, vela en todas partes a los hombres víctimas de sus vicios y de los ajenos; veía a los pobres gimiendo bajo el yugo de los ricos y a los ricos bajo el de las preocupaciones. «Creedme, me decía, lejos de disimularnos nuestros males, los aumentan nuestras ilusiones, que dan valor a lo que no le tiene, y mil soñadas privaciones, que sin ellas no sentiríamos, nos tornan sensibles. La paz del ánimo está cifrada en el menosprecio de cuanto puede alterarla; el que menos sabe disfrutar de la vida, es el que más aprecio hace de ella; y aquel que con más anhelo aspira a la felicidad, siempre es el más miserable.»

»¡Ah, qué tristes cuadros! exclamaba yo con amargura; si todo nos lo hemos de negar, ¿de qué nos ha servido el nacer? y si se ha de menospreciar hasta la misma felicidad, ¿quién es el que sabe ser feliz? «Yo soy, respondió un día el sacerdote, en un tono que me chocó.- ¡Vos feliz! ¡Con tan pocos bienes de fortuna, desterrado, perseguido vos sois feliz! ¿Y qué habéis hecho para serlo? -Hijo mío, con mucho gusto os lo diré.»

«En seguida me dio a entender que, después de haber oído mis confesiones, me quería hacer las suyas, «Verteré en vuestro pecho, me dijo dándome un abrazo, todos los sentimientos de mi corazón, y me veréis, si no como soy, a los menos como yo mismo me veo. Cuando hayáis oído toda mi confesión, cuando conozcáis bien el estado de mi alma, sabréis por qué me reputo feliz, y si pensáis como yo, lo que tenéis que hacer para serlo vos. Mas no son cosa de un instante estas confesiones; le requiere tiempo para explicaros todo cuanto pienso acerca del destino del hombre y, del verdadero valor de la vida: busquemos hora y sitio cómodo para esta conferencia.»

»Manifesté grande prisa por oírle, y fue señalado el plazo para la siguiente mañana. Estábamos en verano, nos levantamos al rayar el día. Llevóme fuera de la ciudad, a una empinada colina, cuya falda atravesaba el Po, y desde donde por entre las feraces riberas que baña se descubría su curso; la inmensa cordillera de los Alpes coronaba a lo lejos el país; los rayos del naciente sol iluminaban ya los llanos y con sus dilatadas sombras delineando en las campiñas la árboles los collados y las casas, enriquecían con mil y mil juegos de luz el más hermoso espectáculo que pueda deleitar los humanos ojos. Parecía que la naturaleza se engalanaba ante nosotros con toda su magnificencia para ofrecer materia a nuestro diálogo. Aquí, después de contemplar silencioso y absorto estos objetos, el hombre de paz me habló de esta manera:

PROFESIÓN DE FE DEL VICARIO SABOYANO

«Hijo mío, no esperéis de mí profundos discursos ni razonamientos científicos. Yo no soy un gran filósofo, ni me interesa serlo. Pero tengo alguna vez buen sentido y siempre amé la verdad.

Yo no quiero argumentar con vos ni menos tratar de, convenceros ; me es suficiente deciros todo lo que pienso con la sencillez de mi corazón. Consultad el vuestro durante mi relato, que es lo único que os ruego. Si me equivoqué, no es que lo hiciese adrede y con malicia; esto basta para que no sea imputado mi error a delito, y aunque de la misma forma os engañarais vos, resultaría poco perjuicio. Si pienso bien, la razón es común a ambos y tenemos el mismo empeño en atenderla. ¿Por qué no tenéis que pensar lo mismo que yo?

»Yo nací pobre y aldeano, destinado al cultivo de la tierra por mi condición, pero creyeron que era mejor que aprendiese a ganar el pan con el ejercicio del ministerio sacerdotal, y encontraron la forma de que yo pudiese estudiar. Ni yo ni mis padres llevábamos intención alguna de averiguar lo que era bueno, verdadero y útil, sino lo que precisaba saber para poder ser ordenado. Aprendí lo que querían que aprendiese, dije lo que querían que dijese, me obligué como quisieron, y fui sacerdote, pero pronto me di cuenta de que cuando me obligué a dejar de ser hombre, había prometido más de lo que podía cumplir.

»Se nos dice que la conciencia es el fruto de las preocupaciones; no obstante, sé por experiencia que contra todas las leyes humanas se empeña en seguir siempre el orden natural. Inútilmente se nos prescribe que dejemos de hacer esto o aquello, pero jamás el remordimiento nos acusa con energía de lo que nos permite la naturaleza bien ordenada, y con mayor razón de cuanto nos ordena. ¡Oh, mi buen joven! Aún no ha sido explicado a vuestros sentidos; vivid mucho tiempo en el feliz estado en que su voz no es otra que la de la inocencia; debéis acordaros que es mayormente ofendida por aquel que la adelanta que por quien se le opone; primeramente es necesario aprender a resistir, con el fin de saber cuándo es posible el ceder careciendo de culpa.

»Desde mi juventud he respetado el matrimonio como la primera y más sacrosanta institución natural. Habiéndome apartado del derecho de sujetarme a él, determiné no profanarle, ya que, a pesar de mis aulas y mis estudios, siempre me sometí a una vida de sencillez y uniformidad, y había conservado en mi espíritu toda la brillantez de las primitivas luces, que nos habían oscurecido las

máximas del mundo, desviado por mi pobreza de las tentaciones que dictan los sofismas del vicio.

»Esta resolución fue justamente la que me perdió; mi respeto por el tálamo ajeno puso mis faltas al descubierto; fue indispensable la expiación del escándalo: arrestado, suspenso, expulsado, fui víctima en mayor grado de mis escrúpulos que de mi incontinencia, y a causa de las reprensiones que se juntaron con mi desgracia, me llegó el convencimiento de que es suficiente muchas veces agravar la culpa para evitar el castigo.

»Bastan pocas experiencias semejantes para llevar muy lejos a un espíritu reflexivo. Al ver alteradas mediante tristes observaciones las ideas que tenía de la justicia, de la honestidad y de todas las obligaciones humanas, cada día perdía alguna de las opiniones en que me habían criado, y no siendo suficientes las que me quedaban para formar un cuerpo capaz de sustentarse por sí solo, noté que poco a poco se iba oscureciendo en mi entendimiento la evidencia de los principios, hasta que, por último, reducido a no saber qué pensar, llegué al mismo caso en que vos os halláis, con la diferencia de que mi incredulidad, fruto tardío de una edad madura y más lentamente formada, debía ser mucho más difícil de desarraigar.

»Estaba en aquellas disposiciones de incertidumbre y duda que exige Descartes para la investigación de la verdad: estado de poca duración, repleto de inquietud y zozobra, y que solamente nos deja el interés del vicio o la pereza del ánimo. Mi corazón aún no estaba tan estragado para que encontrase una satisfacción en él, puesto que no hay nada que conserve tanto el hábito de reflexionar como el vivir satisfecho en mayor grado consigo mismo que con su fortuna.

»Meditaba, pues, acerca de la triste suerte de los mortales fluctuando en este mar de opiniones humanas, sin timón ni brújula y abandonados a sus tempestuosas pasiones, sin otra guía que la de un piloto inexperto que conoce el camino y no sabe de dónde viene ni adónde va. Yo me decía: “Amo la verdad, la busco y no doy con ella; muéstrenmela, y la abrazo con pasión. ¿Por qué debe esconderse el anhelo de un corazón que fue hecho para adorarla?”

»Aunque he pasado por otros males peores muchas veces, jamás tuve una vida tan ingrata de una forma tan constante como en los tiempos de alborotos, disturbios y congoja, pues vagando

continuamente de una duda a otra, de mis largas meditaciones sólo obtenía incertidumbre, contradicciones y oscuridad acerca de la causa de mi ser y de la regla de mis obligaciones.

»¿Cómo es posible que uno sea escéptico por sistema y de buena fe? No puedo comprenderlo. O dejan de existir estos filósofos, o son los más desventurados de los mortales. Además, para el espíritu es violento el estado de duda acerca de las cosas que nos importa conocer; no persevera en él mucho tiempo, pues de un modo o de otro se resuelve mal de su grado, y más prefiere engañarse que no creer en nada.

»Lo que aumentaba mi confusión era el haber nacido en el seno de una Iglesia que lo decide todo, que no permite ninguna duda; un solo punto que rechazase me obligaba a rechazarlo todo, y la imposibilidad de admitir tantas decisiones absurdas hacía que me repugnasen también las que no lo eran. Diciéndome «Créelo todo», me impedían que creyera en nada, y no sabía dónde detenerme.

»Consulté a los filósofos, examiné sus libros, estudié sus distintas opiniones, y los encontré arrogantes, afirmativos y dogmáticos hasta en su pretendido escepticismo; no ignoraban nada, no probaban nada, y se burlaban unos de otros; este punto común de todos me pareció el único en que tuviesen razón. Triunfantes cuando atacan, son débiles cuando se defienden. Si pesáis las razones sólo para destruir, la tienen; si contáis los votos, cada uno está reducido al suyo; sólo en discutir están de acuerdo, y escucharlos era el modo de salir de mi incertidumbre.

»Me di cuenta de que la insuficiencia del espíritu humano es el primer motivo de esta prodigiosa diversidad de pareceres y que el segundo consiste en el orgullo. No tenemos la medida de esta máquina inmensa, no podemos calcular sus relaciones, no conocemos ni sus primeras leyes, ni su causa final; nos ignoramos a nosotros mismos y no conocemos ni nuestra naturaleza ni nuestro principio activo; apenas sabemos si el hombre es un ser simple o compuesto; por todas partes nos acosan impenetrables misterios, superiores a la región sensible; creemos tener inteligencia para penetrarlos y sólo tenemos imaginación. Por medio de este mundo imaginario, cada uno se abre una ruta que cree es la buena, pero ninguno puede saber si la suya conduce al término deseado. No

obstante, queremos penetrarlo y conocerlo todo. La única cosa que no sabemos es ignorar lo que no nos fue dado saber. Queremos mejor determinarnos a la aventura y creer lo que no existe que confesar que ninguno de nosotros puede ver lo que existe. Pequeñas partes de un gran todo, cuyos extremos se nos esconden y que su autor abandona a nuestras locas disputas; somos tan inútiles y vanos que pretendemos fallar lo que este todo es en sí y lo que con relación a él somos nosotros.

»Y aun cuando los filósofos estuvieran en condiciones de averiguar la verdad, ¿quién de ellos se interesaría por ella? Cada uno sabe muy bien que su sistema no tiene otro fundamento que el de los otros, llegase lo sostiene porque es suyo. No hay ninguno que si llegase a conocer lo verdadero y lo falso, no tuviera preferencia por la mentira que ha encontrado antes que por la verdad descubierta por otro. ¿Dónde está el filósofo que por su gloria no engañase a sabiendas al linaje humano? ¿Dónde el que en el interior de su corazón no se propone otro fin que el de distinguirse? Con tal que se coloque en una esfera superior a la vulgar y que eclipse el brillo de sus émulos, ¿qué más pide? Lo esencial consiste en pensar de un modo distinto de los demás. Con los creyentes es ateo, y con los ateos sería creyente.

»El primer fruto que obtuve de estas reflexiones fue aprender a marcar un límite a mis investigaciones sobre lo que me interesaba de una forma inmediata, a vivir con sosiego en una profunda ignorancia de todo lo demás y a no sentir inquietud ante la duda, sino por las cosas que me importaba saber.

»Además, comprendí que en vez de sacarme de mis dudas inútiles, los filósofos no harían otra cosa que aumentar en gran número las que me producían congoja y sin que me resolvieran ninguna. Recurrí a otro guía y me dije: “Consultemos la luz interior. que me extraviará menos que ellos, o bien mi error será mío, y me extraviaré menos siguiendo mis propias ilusiones que abandonándome a sus mentiras.”

»Repasando entonces en mi espíritu las distintas opiniones que se habían sucedido con el tiempo, observé que aunque alguna de ellas fuese tan evidente que al punto determinase el convencimiento, poseían distintos grados de verosimilitud, y el

consentimiento interno las admitía o las rechazaba en distinta medida. De conformidad con esta primera observación y estableciendo una comparación entre estas distintas ideas en el silencio de las preocupaciones, encontré que la primera y la más común también era la más sencilla y la más racional, y que para reunir todos los votos no le faltaba más que ser la última que se hubiese propuesto. Si os imagináis que vuestros filósofos antiguos y modernos primero han apurado sus extravagantes sistemas de fuerzas, de dudas, de fatalidad, de necesidad, de átomos, de mundo animado, de materia viviente, de toda clase de materialismo, y después de ellos, el ilustre Clarke iluminando el mundo, anunciando por último al Ser de los seres y el dispensador de las cosas, ¡con qué universal admiración, con qué unánimes aplausos hubiese sido recibido este nuevo sistema tan vasto, consolador y sublime, tan a propósito para enaltecer el ánimo, para cimentar en una base la virtud, y al mismo tiempo tan pasmoso, tan luminoso, tan sencillo, y que a mi parecer muestra menos cosas incomprensibles al espíritu humano que absurdos se hallan en cualquier otro! Yo me decía: son comunes a todos las objeciones que carecen de solución, puesto que el espíritu humano es muy limitado para poder resolverlas; así no prueban nada en contra de ninguno en particular, ¡pero qué diferencia en las pruebas directas! ¿No debería ser preferido el único que todo lo explica, cuando no tiene mayores dificultades que los otros?

»Llevando, pues, conmigo y como filosofía única el amor a la verdad, y por todo método una fácil y simple regla que me dispense de la vana sutileza de los argumentos, por esta regla vuelvo al examen de los conocimientos que me interesan, resuelto a admitir como evidentes a todos aquellos que en la sinceridad de mi corazón no pueda negar asentimiento, como verdaderos todos los que me parezca que necesariamente tienen conexión con estos primeros, y a dejar todos los demás en la incertidumbre, sin reprocharlos ni admitirlos, y sin atormentarme en aclararlos cuando no pueden conducir a nada práctico.

»¿Pero quién soy yo?, ¿qué derecho tengo para juzgar las cosas, y qué es lo que determina mis juicios? Si van arrastrados, obligados por las impresiones que recibo, inútilmente me fatigo en estas

investigaciones, que se harán o dejarán de hacerse, o bien serán hechas por sí solas, sin que me meta yo a dirigir las. Por consiguiente, es indispensable poner antes el objeto de contemplación en mí mismo, con el fin de conocer el instrumento del cual quiero servirme, y ver hasta qué punto puedo fiarme de su uso.

»Existo, y tengo sentidos por los cuales estoy conmovido. Esta es la primera verdad que impresiona, y a la que estoy obligado a asentir. ¿Tengo un sentimiento peculiar de mi existencia, o la siento sólo por mis sensaciones? Esta es mi primera duda, que hasta el momento no he podido resolver, porque como continuamente me mueven sensaciones, o inmediatamente o por la memoria, ¿cómo he de poder saber si el sentir del “yo” es una cosa fuera de estas mismas sensaciones y si puede ser independiente de ellas?

»Acontecen en mí mis sensaciones, ya que me hacen sentir mi existencia, pero su causa está fuera de mí, puesto que me mueven sin mi voluntad, y que no depende de mí el producirlas ni aniquilarlas. Así veo claramente que no son una misma cosa mi sensación, que está en mí, y su causa o su objeto, que está fuera de mí.

»Así no solamente existo yo, sino que también existen otros seres, eso es, los objetos de mis sensaciones, y aunque estos objetos no fuesen más que meras ideas, siempre es cierto que yo no soy estas ideas.

»Ahora bien, a todo cuanto siento fuera de mí y que obra en mis sentidos, le doy el nombre de materia, y a todas las porciones de materia que concibo reunidas en seres individuales, les llamo cuerpos. Así, todas las distinciones de idealistas y de materialistas no significan nada para mí; sus distinciones sobre la apariencia y la realidad de los cuerpos no son más que quimeras.

»Ya estoy tan seguro de la existencia del universo como de la mía. Luego reflexiono sobre los objetos de mis sensaciones, y encontrando en mí la facultad de compararlas, me siento poseído de una fuerza activa que antes ignoraba que poseyera.

»Percibir es sentir, comparar es juzgar, pero juzgar y sentir no son una misma cosa. Por la sensación, se me presentan los objetos separados, aislados, como están en la naturaleza; por la comparación, los muevo, los trasplanto, por así decirlo, y los pongo

uno encima de otro para juzgar de su diferencia o de su semejanza, y en general de todas sus relaciones. A mi modo de entender, la facultad que distingue el ser activo o inteligente consiste en poder dar un significado a la palabra “es”. Busco en vano en el ser puramente sensitivo aquella fuerza inteligente que se sobrepone y luego falla, sin poder descubrirla en su naturaleza. Este ser pasivo sentirá separadamente cada objeto; también sentirá el objeto total formado de ambos, pero como carece de fuerza para colocarlos uno encima del otro, nunca los comparará ni los juzgará.

»Ver dos objetos a la vez no es ver sus relaciones ni juzgar sus diferencias; percibir muchos objetos, unos fuera de otros, no es numerarlos. En un mismo instante

puedo tener idea de un palo grande y un palo pequeño sin compararlos, sin juzgar que uno es más pequeño que otro, como puedo ver de una vez mi mano entera sin contar mis dedos[107]. Estas ideas comparativas, “más grande, más pequeño”, lo mismo que las ideas numéricas de “uno” de “dos” no son sensaciones, aunque mi espíritu solamente las produzca con ocasión de las sensaciones.

»Se nos dice que el ser sensitivo distingue unas sensaciones de otras por las diferencias que tienen entre sí estas mismas sensaciones. Esto precisa una explicación. Cuando las sensaciones son diferentes, el ser sensitivo la distingue por sus diferencias; cuando son semejantes, las distingue porque las siente unas fuera de otras. Si no, ¿cómo había de distinguir en una sensación simultánea dos objetos iguales? Precisamente sería necesario que confundiese estos dos objetos y los creyese uno solo, especialmente en un sistema que pretende que no son extensas las ideas representativas de la extensión.

»Cuando se han percibido las dos sensaciones que se han de comparar, ya está hecha su impresión-, cada objeto está sentido así, pero no su relación, y, si únicamente me viniese del objeto, no me engañaran mis juicios, ya que nunca es falso que sienta lo que siento.

»¿Por qué me engaño yo acerca de las relaciones de estos dos palos, principalmente cuando no están paralelos? ¿Por qué digo, por ejemplo, que el palo pequeño es la tercera parte del grande,

cuando en realidad no es más que la cuarta? ¿Por qué la imagen, que es la sensación, no es conforme con su modelo, que es el objeto? Porque cuando hago juicios soy activo, porque la operación que comparo es defectuosa y porque mi entendimiento, que juzga las relaciones, mezcla sus errores con la verdad de las sensaciones, que sólo muestran los objetos.

»Se añade a esto una reflexión que admirará si se piensa bien en ella, y es que si fuéramos puramente pasivos en el uso de nuestros sentidos, no existiría entre ellos comunicación ni nos sería posible conocer el cuerpo que tocamos y el objeto que vemos si fueran uno mismo. O nunca sentiríamos nada fuera de nosotros, o habría para nosotros cinco sustancias sensibles, cuya identidad no tendríamos medio alguno de conocer.

»Que se dé el nombre que se quiera a aquella fuerza de mi espíritu que aproxima y compara mis sensaciones; llámese atención, meditación, reflexión o como queramos, siempre es cierto que está en mí y no en las cosas, que sólo yo soy quien la produzco, aunque sea con motivo de la impresión que los objetos me causan. Sin ser dueño de sentir o dejar de sentir, en cambio lo soy de examinar con mayor o menor intensidad lo que siento.

»No soy, pues, un ser sensitivo y pasivo, sino un ser inteligente y activo, y diga lo que quiera la filosofía, osaré concederme el honor de pensar. Sólo sé que la verdad está en las cosas y no en mi espíritu que las juzga, y cuanto menos pongo de mi parte en mis juicios, más seguro estoy de acercarme a la verdad, por lo que mi norma de entregarme más al sentimiento que a la razón queda confirmada por la misma razón.

»Habiéndome asegurado, por decirlo así, de mí mismo, empiezo a mirar fuera de mí, y me considero, no sin estremecimiento, perdido en este vasto universo y como anegado en la inmensidad de los seres, sin saber nada de lo que son, ni de un modo absoluto, ni entre sí, ni con respecto a mí. Los estudio y los observo, y el primer objeto que se me presenta para compararlos soy yo mismo.

»Todo lo que percibo mediante los sentidos en materia, y deduzco todas las propiedades esenciales de la materia, de las cualidades sensibles que me hacen conocer y que son inseparables. Unas veces la observo en movimiento y otras en quietud[108], de donde

colijo que no son esenciales ni la quietud ni el movimiento, pero que siendo el movimiento una acción, es efecto de una causa cuya ausencia es la quietud. Así, cuando nada obra en la materia, permanece en reposo, y por lo mismo que es indiferente para la quietud y para el movimiento, su estado natural es permanecer en reposo.

»En los cuerpos percibo dos clases de movimientos movimiento comunicado y movimiento espontáneo. En el primero la causa del movimiento está fuera del cuerpo movido, y en el segundo está en el mismo cuerpo. No voy, a deducir por esto que el movimiento de un reloj de bolsillo, por ejemplo, sea espontáneo, puesto que si no obrara en él ninguna cosa ajena al muelle no haría esfuerzo para enderezarse, ni le daría cuerda. Por la misma razón, tampoco voy a conceder la espontaneidad a los fluidos, ni siquiera al fuego que causa su fluidez[109].

»Me vais a preguntar si los movimientos de los animales son espontáneos, y yo os diré que lo ignoro, pero la analogía induce a la afirmación. También me preguntaréis cómo sé yo que hay movimiento espontáneo, y os contestaré que lo sé porque lo siento. Quiero mover mi brazo y lo muevo, sin que este movimiento tenga otra causa inmediata que mi propia voluntad. Sería inútil querer destruir con argumentos esta íntima conciencia mía, que es más fuerte que toda evidencia; sería lo mismo que querer probarme que yo no existo.

»Si no hubiese ninguna espontaneidad en las acciones de los hombres ni en nada de lo que se hace, aún nos encontraríamos con mayores apuros para imaginar la causa primera de todo el movimiento. Yo me siento de tal modo convencido de que el estado natural de la materia es el de permanecer en reposo, y de que por sí misma carece de toda fuerza para obrar, que en cuanto veo un cuerpo en movimiento, juzgo o que es un cuerpo animado o que el movimiento le ha sido comunicado, y mi espíritu rehúsa conceder que una materia no organizada se mueva por sí misma o sea capaz de alguna acción.

»No obstante, este universo visible es materia esparcida y muerta[110], que no tiene nada en su todo de cuanto constituye la unión, la organización y el sentimiento común de las partes de un

cuerpo animado, ya que nosotros, que somos partes, de ninguna manera nos sentimos en el todo. Este mismo universo está en movimiento, y en sus movimientos regulares y uniformes, sujetos a unas leyes constantes, nada tiene de aquella libertad que se observa en los movimientos espontáneos del hombre y de los animales. Por tanto, el mundo no es un gran animal que por sí mismo se mueva ; sus movimientos poseen una causa que está fuera de él y que yo no percibo, pero la persuasión interior me hace sensible esta causa de tal manera que no puede moverse el sol sin que yo me imagine una fuerza que -le empuja, y si la tierra gira creo ver una mano que la hace girar.

»Si es preciso admitir leyes generales cuyas relaciones esenciales con la materia no percibo, ¿qué habré adelantado? Estas leyes no son seres reales o sustancias; luego tienen algún otro fundamento que no conozco. La experiencia y la observación nos han dado a conocer las leyes del movimiento; estas leyes determinan los efectos sin manifestar las causas, y son insuficientes para explicar el sistema del mundo y los fenómenos celestes. Descartes formaba con cubos el cielo y la tierra, pero fue incapaz de dar el primer impulso a estos cubos y de poner en acción su fuerza centrífuga sin valerse del movimiento de rotación, pero la atracción sola pronto reduciría al universo a una masa inmóvil, y ha sido preciso juntar con la ley de la atracción, inventada por Newton, una fuerza proyectil, para lograr que los cuerpos celestes describan curvas. Que nos diga Descartes cuál es la ley física que ha hecho dar vueltas a sus órbitas.

»Las primeras causas del movimiento no existen en la materia, pues recibe el movimiento y lo comunica, pero no lo produce. Cuanto más observo la acción de las fuerzas de la naturaleza, las cuales actúan unas sobre otras, más me convengo de que de efecto en efecto siempre vendremos a parar a una voluntad que es la causa primera, puesto que el suponer un progreso infinito de causas es no suponer ninguna. Resumiendo, que todo movimiento que no es producido por otro sólo puede provenir de un acto espontáneo y voluntario; los cuerpos inanimados no obran de otra forma que por el movimiento, y sin voluntad no existe una verdadera acción. Este es mi primer principio. Creo que una voluntad mueve el universo y

animó la materia. Este es mi primer dogma o mi primer artículo de fe.

»¿Cómo es posible que una voluntad produzca una acción física y corporal? Lo ignoro, pero experimento en mí que es producida por ella. Quiero obrar, y obro; quiero mover mi cuerpo, y lo muevo, pero que un cuerpo inanimado y en reposo llegue a moverse por sí mismo, o que produzca el movimiento, es concebir un efecto sin causa, es no concebir absolutamente nada.

»Tan imposible es concebir que mi voluntad mueve mi cuerpo como que mis sensaciones queden impresas en mi alma. No sé adivinar por qué ha parecido uno de estos misterios más fácil de explicar que el otro. Por lo que a mí hace referencia, tanto si es pasivo como si es activo, me parece absolutamente incomprendible el medio de unión de ambas sustancias. Es muy extraño que aleguen esta misma imposibilidad para confundir las dos sustancias, como si operaciones de tan distinta naturaleza quedaran mejor explicadas con un solo sujeto que con dos.

»El dogma que acabo de establecer, en verdad que resulta oscuro, pero presenta un significado, y no tiene nada que repugne a la razón ni a la observación. ¿Podemos decir lo mismo del materialismo? ¿No es una cosa clara que si el movimiento en su esencia fuese de la materia, sería inseparable de ésta, que siempre estaría en el mismo grado, que siempre sería el mismo en cada porción de materia, que sería incomunicable, que no podría aumentar ni disminuir, y que ni siquiera podríamos concebir la materia en reposo? Cuando me dicen que el movimiento le es necesario pero no esencial, quieren alucinarme con palabras que serían más fáciles de refutar si significasen algo más, porque si le viene el movimiento a la materia de sí misma, entonces es esencial de ella, mas si le viene de alguna causa extraña, sólo es necesario en la materia en cuanto obra en ella la causa motriz, y entonces volvemos a la primera dificultad.

»Las ideas generales y las abstractas son el origen de los más grandes errores, jamás los hombres dados a la metafísica descubrieron una verdad, y han llenado la filosofía de insensateces que causan rubor en cuanto se les despojan de esas palabras tan grandilocuentes con que vienen disfrazadas. Decidme, amigo mío, si

cuando os hablan de una fuerza ciega esparcida por toda la naturaleza ofrecen alguna idea a vuestro espíritu. Creen decir cualquier cosa con los vocablos vagos de “fuerza universal”, de “movimiento necesario”, y no han dicho nada. La idea de movimiento no es otra cosa que la de transporte de un lugar a otro; no existe movimiento sin una dirección, porque no puede un ser individual moverse en todos los sentidos a la vez. ¿Pues, en qué sentido se mueve necesariamente la materia? ¿Toda la materia en conjunto tiene un movimiento uniforme a cada átomo tiene el suyo propio? Según la primera idea, todo el universo debe formar una masa sólida e indivisible; según la última, sólo formará un fluido incoherente y desparramado sin que sea posible que dos átomos se reúnan. ¿En qué dirección se efectuará ese movimiento de toda la materia? ¿Será en línea recta o circular, hacia arriba o hacia abajo, a la derecha o a la izquierda? Si cada molécula de materia tiene su dirección propia, ¿cuáles serán las causas de todas estas direcciones y diferencias? Si cada molécula de materia no hiciera otra cosa que girar sobre su propio centro, nunca saldría nada de su lugar, ni habría comunicación de movimiento, y todavía sería preciso que este movimiento circular fuera determinado en algún sentido. Atribuir a la materia el movimiento por abstracción, es decir, una cosa que no significa nada, y darle movimiento determinado, es suponer que una causa lo determina. Cuanto más multiplique las fuerzas particulares, más causas nuevas tendré que explicar, sin encontrar nunca ningún agente común que las dirija. Distanciados de poder imaginar ningún orden en el concurso fortuito de los elementos, ni siquiera puedo imaginar su historia, y para mí es más incomprensible el caos del universo que su armonía. Comprendo que no pueda ser inteligible para el espíritu humano el mecanismo del mundo, pero tan pronto como un hombre trate de explicarlo debe decir cosas que los hombres comprendan.

»Si la materia movida me demuestra una voluntad, la materia movida según ciertas leyes me demuestra una inteligencia. Este es mi segundo artículo de fe. Obrar, comparar, escoger son las operaciones de un Ser activo y pensador; luego existe este Ser. ¿Dónde veo su existencia?, me vais a preguntar. No sólo en los cielos que giran, en el astro que nos alumbrá; no sólo en mí mismo,

sino en la oveja que pace, en el pájaro que vuela, en la hoja que se lleva el viento y en la piedra que cae.

»Juzgo del orden del mundo, aunque ignore el fin del mismo, porque para juzgar de este orden me basta comparar entre sí las partes, estudiar su concurso, sus relaciones y notar su armonía. No sé por qué existe el universo, pero no dejo de ver cómo está ordenado; ni tampoco dejo de conocer la correspondencia interna por la cual se dan mutuo auxilio los seres que lo componen. Soy como un hombre que por primera vez viese un reloj, quien no dejaría de admirarlo aunque no supiese el uso de la máquina ni viese el horario. No sé, diría él, para qué sirve todo esto, pero veo que cada pieza está hecha para las demás; me maravilla su trabajo, y estoy seguro de que todas estas ruedas que andan acordes tienden a un fin común que no puedo determinar.

»Comparemos los fines particulares, los medios, las relaciones coordinadas de todo género; luego escuchemos el sentimiento interno. ¿Qué entendimiento sano se puede negar a su testimonio? ¿A qué ojos no advertidos no les anuncia una inteligencia suprema el orden sensible del universo? ¡Cuántos sofismas deben ser amontonados para desconocer la armonía de los seres y el concurso admirable de cada pieza para la conservación de las demás! Me pueden hablar cuanto quieran de combinaciones y casualidades. ¿De qué sirve que me reduzcan al silencio si no logran persuadirme? ¿Y cómo me han de quitar el sentimiento involuntario que los desmiente a pesar mío? Si los cuerpos organizados se combinaron de mil maneras antes de tomar formas constantes, si se formaron estómagos sin bocas, pies sin cabezas, manos sin brazos, órganos imperfectos de todo género que han perecido por no haberse podido conservar, ¿por qué no ofrece ya a nuestra vista ninguna de estas pruebas informes? ¿Por qué al fin se ha prescrito la naturaleza leyes a que al principio se había sujetado? No debe extrañar que suceda una cosa cuando es posible y cuando la dificultad del suceso es compensada por la cantidad de suertes; convengo en ello. Sin embargo, si viniesen a decirme que unos caracteres de imprenta lanzados al azar habían producido la Eneida, yo no daría un paso para demostrar que era mentira. Os olvidáis, me dirán, de la cantidad de suertes. ¿Pero cuántas de estas suertes

es necesario que suponga para que sea verosímil la combinación? Por mí, que sólo veo una, tengo lo infinito para apostar contra uno que no es su producción un efecto del acaso. Añádase que suertes y combinaciones jamás darán otra cosa que productos de la misma naturaleza que los elementos que se combinan, que nunca la organización y la vida resultarán de un choque de átomos, y que un químico que combine mixtos no hará que en su crisol sientan y piensen^[111].

»He leído a Nieuwentit, con sorpresa y casi con escándalo. ¿Cómo quiso este hombre hacer un libro de las maravillas de la naturaleza, que demuestran la sabiduría de su autor? Su libro sería tan grande como el mundo, y cuando hubiese de entrar en detalles, habría olvidado la mayor maravilla, que es la armonía y la concordancia del todo. La generación de los cuerpos vivientes y organizados es por sí sola el abismo del espíritu humano; la valla insuperable que ha puesto la naturaleza entre las varias especies, para que no se confundieran, manifiesta sus intenciones con la más palpable evidencia. No se ha conformado con establecer el orden, sino que ha tomado medidas seguras para que nada le pudiera perturbar.

»No existe un ser en el universo a quien no se pueda considerar bajo algún aspecto como centro común de los demás, en torno del cual se coordinen de tal forma que todos son recíprocamente fines y medios unos con relación a otros. Se pierde y confunde nuestro espíritu en esta infinidad de relaciones que ni una sola está perdida o confundida en la naturaleza. ¡Cuántas suposiciones absurdas hay que realizar para deducir esta armonía del ciego mecanismo de la materia movida fortuitamente! Los que niegan la unidad de intención que se manifiesta en las relaciones en todas las partes de este gran todo, en vano cubren su confusión con abstracciones, coordinaciones, principios generales y términos emblemáticos; hagan los que quieran, yo no puedo concebir un sistema de seres tan constantemente ordenados sin concebir una inteligencia que los ordene. Me es imposible creer que la materia pasiva y muerta haya podido producir seres vivientes y sensitivos, que una fatalidad ciega haya podido producir seres inteligentes, y que lo que no piensa haya podido producir seres que piensen.

Creo, pues, que el mundo está gobernado por una voluntad poderosa y sabia; lo veo así, o más bien lo siento y me importa saberlo, ¿pero ese mismo mundo es eterno o creado? ¿Hay un principio único de las cosas? ¿Hay dos o muchos, y cuál es su naturaleza? No lo sé, ¿y qué me importa? Al paso que me interesan estos conocimientos haré esfuerzos para adquirirlos; mientras tanto renuncio a cuestiones ociosas que pueden causar inquietudes a mi amor propio, y son, además, inútiles para conducirme, y exceden los alcances de mi razón.

»Acordaos siempre que no ofrezco como doctrina mi dictamen, sino que lo manifiesto. Tanto si es eterna como creada la materia, tanto si hay o no un principio pasivo, siempre es verdad que el todo es uno y anuncia una inteligencia única, porque nada veo que no esté coordinado a un mismo sistema y no concurra a un mismo fin, que es la conservación del todo en el orden establecido. Este ser que quiere y puede, este ser activo por sí mismo, este ser, sea cual sea, que mueve el universo y coordina todas las cosas, yo le llamo Dios. A este nombre agrego las ideas de inteligencia, potencia y voluntad que he reunido, y la de bondad, que es consecuencia de ellas, mas no por eso conozco mejor al ser que he llamado de este modo; se esconde por igual a mis sentidos y a mi entendimiento; cuanto más pienso en él, más me confundo; sé con toda seguridad que existe y que existe por sí mismo; sé que mi existencia está subordinada a la suya, y que todas cuantas cosas conozco se encuentran en el mismo caso. En todas partes reconozco a Dios en sus obras, le siento en mí, le veo alrededor mío, pero tan pronto como quiero contemplarlo en sí mismo, así que quiero averiguar dónde está, quién es, cuál es su sustancia, huye de mí, y perturbado mi espíritu, nada distingo.

»Convencido de mi insuficiencia, “jamás discurriré acerca de la naturaleza de Dios, a no ser que me vea forzado por la conciencia de sus relaciones conmigo. Estos razonamientos son siempre temerarios, y un hombre prudente jamás debe entregarse a ellos sin estremecerse y estar convencido de que no es capaz de profundizarlos, porque lo más injurioso para la Divinidad no es que no pensemos en ella, sino que pensemos mal.

»Habiendo descubierto los atributos por los cuales concibo su existencia, vuelve a mí y averiguo qué lugar ocupo en el orden de las cosas que gobierna la providencia, y que yo puedo examinar. Me encuentro sin duda en el primero por mi especie, pues por mi voluntad y por los instrumentos que para ejecutarla están en mi mano, tengo más fuerza para lograr en todos los cuerpos que me rodean, o para aumentar o atenuar la eficacia de su acción en mí, según me conviene, que la que tiene ninguno de ellos para obrar en mí contra mi voluntad únicamente por el impulso físico, y por mi inteligencia soy el único que tiene inspección en el todo. ¿Qué ser en la tierra, si no es el hombre, sabe observar a todos los demás, medir, calcular, prever sus movimientos y afectos y enlazar, por decirlo así, el sentimiento de la existencia común con el de su existencia individual? ¿Qué hay más ridículo que pensar que Dios lo hizo todo para mí, si soy el único que sabe referirlo todo a él?

»Es verdad que el hombre es el rey de la tierra que habita, porque no sólo doma a los animales y dispone con su industria de los elementos, sino que sólo él en la tierra sabe disponer de ellos, y por la contemplación se apropia hasta de los mismos astros a los que no puede acercarse. Muéstrenme otro animal en la tierra que sepa hacer uso del fuego, que sepa producir luz. Ved: he de poder observar y conocer los seres y sus relaciones, sentir qué es el orden, la belleza, la virtud y contemplar el universo, enaltecerme hasta la mano que me rige; he de poder amar lo bueno, practicarlo, ¿y se me ha de comparar a los animales? Alma vil, tu triste filosofía es la que te hace semejante a ellos, o en vano pretendes envilecerte porque tu ingenio reclama contra tus principios, tu generoso pecho desmiente tu doctrina y hasta el abuso de tus facultades comprueba a despecho tuyo su excelencia.

»Por mi parte, como carezco de sistema que imponer, yo, hombre sencillo y sincero, a quien no arrastra la manía de ningún partido, y que no aspiro al honor de ser jefe de secta, contento con el puesto en que me ha colocado Dios, después de El no veo cosa, mejor que mi especie, y si hubiese de escoger mi lugar en el orden de los seres, ¿qué otro más alto pudiera escoger que el de hombre?

»Esta reflexión no me enorgullece tanto como me conmueve, porque este estado no lo escogí yo, ni es debido al mérito de un ser

que todavía no existía. ¿Cómo puedo mirarme tan privilegiado sin felicitarme por desempeñar tan honroso puesto y bendecir la mano que me colocó en él? De mi primera reflexión sobre mí, nace en mi corazón un sentimiento de gratitud y bendición al autor de mi especie, y de este sentimiento mi primer homenaje a la Divinidad benéfica. Adoro el supremo poder y me enternecen sus beneficios. No necesito que me enseñen ese culto, ya que me lo dicta la misma naturaleza. ¿No es tal vez una consecuencia natural del amor de sí mismo amar lo que nos ampara y honrar lo que nos hace bien?

»Pero cuando para conocer después mi puesto individual en mi especie, tengo en consideración sus diversas jerarquías y los hombres que las ocupan, ¿dónde estoy? ¡Qué espectáculo! ¿Qué se ha hecho del orden que había observado? La imagen de la naturaleza solamente me presentaba armonía y proporciones; la del linaje humano sólo ofrece confusión y desorden. Reina la concordia entre los elementos, ¡y los hombres se hallan en el caos! Los brutos son felices, y sólo su ley es miserable. Oh, sabiduría, ¿dónde están tus leyes? Oh, Providencia, ¿así gobiernas el mundo? Ser benéfico, ¿en qué ha parado tu poder? Veo el mal sobre la tierra.

»Creeríais, amigo mío, que de estas tristes reflexiones y de estas aparentes contradicciones se formaron en mi entendimiento las ideas sublimes del alma, que hasta aquí no habían resultado de mis investigaciones? Meditando acerca de la naturaleza del hombre, creí descubrir en él dos principios distintos: uno que le elevaba al estudio de las eternas verdades, al amor de la justicia y a la belleza moral, a las regiones del mundo intelectual, en cuya contemplación se cifran las delicias del sabio, y otro que groseramente le retraía a sí mismo, que le esclavizaba al imperio de los sentidos y de las pasiones que son sus ministros, y por ellas anulaba cuantas ideas grandes y nobles le dictaba el sentimiento del primero. Sintiéndome arrastrado y combatido por estos dos movimientos contrarios, me decía: No, el hombre no es uno; yo quiero y no quiero; me siento esclavo y libre al mismo tiempo; veo lo bueno, lo apruebo y obro mal; soy activo cuando escucho la razón, pasivo cuando me arrastran mis pasiones, y cuando me rindo, mi mayor tormento es ver que era capaz de resistirme.

»Escuchad, joven confiado, porque yo siempre seré ingenuo. Si la conciencia es obra de las preocupaciones, sin duda voy equivocado, y no existe moral demostrada, pero si el preferirse a todo es una inclinación natural del hombre, y si, no obstante, es innato el sentimiento de justicia en el corazón humano, que remueva estas contradicciones quien hizo del hombre un ser sencillo, y entonces no reconoceré en él más que una sola sustancia.

»Observaréis que por la palabra “sustancia” entiendo al ser dotado de una cualidad primitiva, haciendo abstracción de toda modificación particular o secundaria, de modo que si todas las cualidades primitivas que conocemos se pueden reunir en un mismo ser, no debemos admitir más que una sustancia, pero si existen cualidades que se excluyen recíprocamente, habrá tantas sustancias distintas cuantas exclusiones de esta especie pueden hacerse. Esto lo reflexionaréis; que diga lo que quiera Locke, pero me basta el conocer la materia como extensa y divisible para estar seguro de que no puede pensar, y cuando venga un filósofo a decirme que los árboles sienten y que piensan las peñas^[112], en vano me enredará en argumentos sutiles, pues sólo podré considerarle un sofista de mala fe que prefiere conceder sentimiento a las piedras que otorgar alma al hombre.

»Imaginémonos a un sordo que niegue la existencia de sonidos porque jamás han echo impresión en su oído. Coloco delante de él un instrumento oculto; el sordo ve que vibra la cuerda, y yo le digo que lo hace el sonido. “Nada de eso -me responde-; la causa de la vibración de la cuerda está en ella misma; es una cualidad común a todos los cuerpos vibrar de este modo.” “Pues mostradme -le replicó- esta vibración en los demás cuerpos, o su causa en esta cuerda.” “No puedo -me dice el sordo-, pero porque no concibo cómo vibra esta cuerda, ¿queréis que lo explique por medio de vuestros sonidos, de los que yo no poseo la más leve idea? Eso sería explicar un hecho oscuro por una causa todavía más oscura. Haced que yo sienta vuestros sonidos, o digo que no existen.”

»Cuanto más me detengo en reflexionar acerca del pensamiento y sobre la naturaleza del espíritu humano, me quedo más convencido de que el raciocinio de los materialistas tiene un parecido muy semejante al de este sordo, y verdaderamente, son sordos a la voz

interior que les grita en un tono que es muy difícil no escuchar. Una máquina no piensa, no hay movimiento ni figura que produzca la reflexión; en su interior existe algo que procura romper los vínculos que se estrechan; el espacio no es tu medida, ni el mundo entero es suficiente para ti; tus afectos, tus deseos, tu inquietud, tu mismo orgullo tienen otro principio que este cuerpo estrecho en que te sientes encadenado.

»No existe ningún ser material que sea activo por sí mismo, y no obstante yo lo soy. En vano me lo ruegan; lo siento así, y este sentimiento que habla en mí es más fuerte que la razón que le oponen. Tengo un cuerpo en que obran los otros y que obra en ellos; esta acción recíproca es indudable, pero mi voluntad es independiente de mis sentidos, consiento o resisto, me rindo o soy vencedor, y en mi interior siento perfectamente todo lo que hago, lo que he querido hacer o cuando no hago más que ceder a mis pasiones. Siempre soy poseedor de una potencia para querer, pero no la poseo siempre para ejecutar. Cuando me dejo llevar de las tentaciones, obro según el impulso de los objetos externos; cuando me reprocho por esta debilidad sólo escucho mi voluntad; soy esclavo por mis vicios y soy libre por mis remordimientos; sólo cuando me depravo y cuando se levante la voz del alma contra la del cuerpo queda borrada en mí la conciencia de mi libertad.

»No soy conocedor de la voluntad sino por la íntima conciencia de la mía, y no conozco el entendimiento de otra manera. Al preguntarme cuál es la causa que determina mi voluntad, yo pregunto cuál es la que determina mi juicio, porque se ve claramente que estas dos causas no son más que una, y si comprendemos perfectamente que el hombre es activo en sus juicios, que su entendimiento no es otra cosa que la potestad de comparar y juzgar, nos podremos dar cuenta de que la libertad es otra potestad semejante, o derivada de aquélla; elige el bien como ha juzgado la verdad, y si juzga erróneamente, entonces elige mal. ¿Cuál es la causa que determina su voluntad? Su juicio. ¿Y cuál es la que determina su juicio? Su facultad inteligente, su potestad de juzgar; la causa determinante está dentro de sí misma. Pasando más adelante, nada entiendo.

»No cabe duda alguna de que no soy libre para no querer mi propio bien, ni soy libre para querer mi mal, pero mi libertad consiste en eso mismo, en que sólo puedo querer lo que me conviene, o lo que pienso que me conviene, sin que ninguna causa extraña a mí me determine. Porque no soy dueño de ser otro que yo, ¿se infiere que no soy dueño de mí mismo?

»El principio de toda acción tiene su asiento en la voluntad de un ser libre y no cabe la posibilidad de ascender más arriba. La palabra que no significa nada no es de libertad, sino de necesidad. El suponer algún acto, algún efecto que no derive de un principio activo es verdaderamente suponer efectos-sin causa, e incurrir en un círculo vicioso. O no hay primer impulso, o todo primer impulso carece de causa interior alguna, y no existe verdadera voluntad sin libertad. Por lo tanto, el hombre es libre en sus acciones, y como tal, está animado por una sustancia inmaterial. Este es un tercer artículo de fe. Por estos tres primeros podréis deducir fácilmente los demás, sin que yo siga contándolos.

»Si el hombre es activo y libre, otra por sí propio; todo lo que hace de un modo libre está fuera del sistema ordenado por la Providencia, y no puede ser imputado a ésta. Dios no' quiere el mal que comete el hombre cuando usa indebidamente la libertad que le da, pero no le evita que lo haga, porque proviene de un ser tan débil el mal es nulo a sus ojos o porqué no podría evitarlo sin violentar su libertad causarle un mayor perjuicio rebajando su naturaleza. Le hizo libre, no para que obrase mal, sino bien por su propio impulso. Le puso en estado de que hiciera esta elección, haciendo un buen uso de las facultades de ' que le dotó, pero limitó sus fuerzas de tal manera que no pudiese, abusando de la libertad, alterar el orden general. En el hombre recae el mal que él hace sin que varíe en nada el sistema del mundo, y sin evitar que a despecho de sí mismo el género humano se conserve. El quejarse de que Dios no le impida obrar mal, es quejarse de que le hizo de excelente naturaleza, de que juntó con sus acciones la moralidad que las ennoblece y de que le dio derecho a la virtud. La suprema felicidad está en el contento de sí mismo, y para ser merecedores de este contento somos moradores de la tierra y todos estamos dotados de libertad, aunque somos tentados por las pasiones y frenados por la

conciencia. ¿Qué otra cosa podía hacer que fuera más en beneficio nuestro la misma potencia divina? ¿Podía hacer que fuera contradictoria nuestra naturaleza, dando el premio de las buenas obras a quien no tuviese la facultad de obrar mal? ¿Cómo? ¿Para impedir que fuese malo el hombre, le había de limitar al instinto y hacerle bestia? No, no, Dios de mi alma; jamás te acusaré de que formaste a tu imagen la mía, para que pudiera ser libre, venturoso y bueno como tú.

»El abuso de nuestras facultades es lo que nos convierte en desgraciados y malos. De nosotros mismos provienen nuestros pesares, nuestras zozobras y nuestras congojas; el mal moral, no cabe duda, es obra nuestra, y el mal físico no sería nada sin nuestros vicios, que nos lo han hecho sensible. ¿No nos hace sentir la naturaleza nuestras necesidades para nuestra conservación? ¿No es un signo el dolor corporal de que la máquina se descompone, y un aviso para que acudamos remedio? La muerte... Los perversos, ¿no envenenan su vida y la nuestra? ¿Quién querría vivir siempre en medio de ellos? La muerte es el remedio de los males que os hacéis, pues la naturaleza no ha querido que siempre padezcáis. A muy pocos males está sujeto el hombre que vive en la sencillez primitiva. Sin dolencias, casi como sin pasiones, ni prevé, ni siente la muerte; cuando la siente, sus achaques hacen que la desee, y entonces ya no es un daño para él. Si nos conformásemos en ser lo que somos, no tendríamos motivo alguno para lamentar nuestra suerte, pero buscando un bienestar imaginario nos acarreamos mil males reales. Le espera mucho que sufrir a quien no sabe padecer un leve dolor. Quien con el desarreglo de su vida ha estragado su constitución y con remedios quiere restablecerla, añade al mal que siente el otro que teme. La previsión de la muerte le aterra y se la acelera; cuanto más se esfuerza en huir de ella, con mayor intensidad la siente, y durante toda su vida está muerto de miedo, quejándose de la naturaleza por los males que, ofendiéndola, se ha hecho él a sí mismo.

Hombre, no busques el autor del mal, puesto que ese autor eres tú mismo. No hay otro mal que el que tú haces o padeces, y tanto el uno como el otro vienen de ti. El mal general sólo se puede encontrar en el desorden, y en el sistema del mundo observo un

orden que jamás se desmiente. El mal particular consiste en el sentimiento del ser que lo sufre, y el hombre no ha recibido este sentimiento de la naturaleza, sino que se lo ha dado él mismo. El dolor poco halla donde cebarse en quien, habiendo reflexionado poco, no tiene previsión ni memoria. Quitad nuestros fatales progresos, nuestros errores y nuestros vicios, apartad la obra del hombre, y todo está bien.

»Donde todo está bien no hay nada que sea injusto. La justicia es inseparable de la bondad, y la bondad es efecto necesario de una potencia ilimitada y del amor de sí mismo esencial en todo ser que siente. El que todo lo puede, extiende, por decirlo así, su existencia con la de los seres. Producir y conservar son el acto perpetuo de la potencia, que no obra en lo que no existe; Dios no es el Dios de los muertos, y no podría ser destructor y malo sin perjudicarse. El que lo puede todo, sólo puede querer lo que es bueno[113]. Entonces, el ser soberanamente bueno, porque es soberanamente poderoso, también debe ser soberanamente justo, sin lo cual se contradecirá a sí mismo, porque el amor del orden que da origen al orden se llama ‘bondad’ y el amor del orden que le conserva se llama “justiciar”.

»Se dice “Dios no debe nada a sus criaturas”. Yo opino que les debe todo lo que les prometió cuando les dio el ser, y prometerles un bien es darles la idea del bien y hacer que sientan su necesidad. Cuanto más me concentro, cuanto más me examino más claramente veo escritas estas palabras en mi alma: “Sé justo y serás feliz”. Pero no es así si consideramos el presente estado de las cosas, el malo prospera y el justo vive oprimido. Ved la indignación que nos produce ver frustrada esta esperanza. La conciencia se exalta y murmura contra su autor; gimiendo le grita: “¡Me has engañado!”

»¿Que yo te he engañado, temerario? ¿Y quién te lo ha dicho? ¿Está tu alma aniquilada? ¿Has dejado de existir? ¡Oh, Bruto, oh, hijo mío! No mancilles en la muerte tu noble vida, no dejes en los campos de Filipo, con tu cuerpo, tu gloria y tus esperanzas. ¿Por qué dices “La virtud no es nada” cuando va la tuya a gozar el premio merecido? Piensas que vas a morir, y vas a vivir, y entonces yo cumpliré todo lo que te he prometido.

»Se diría, al oír las murmuraciones de los impacientes mortales, que Dios les debe la recompensa antes del mérito, y que está obligado a pagar por adelantado su virtud. Primeramente seamos buenos, y después seremos felices. No exijamos el premio antes que la victoria, ni el salario antes que el trabajo. No son coronados en la liza, decía Plutarco, los vencedores de nuestros juegos sacros, sino cuando han terminado.

»Si el alma es inmaterial, puede sobrevivir al cuerpo, si le sobrevive, la Providencia está justificada. Aunque no tuviese otra prueba de la inmaterialidad del alma que el triunfo del malo y la opresión del justo en este mundo, esto sólo me libraría de toda duda. Tan chocante disonancia dentro de la universal armonía haría que procurase resolverla. Me diría: No se acaba todo para nosotros con la vida, y todo vuelve al orden con la muerte. La verdad es que me vería detenido con la cuestión de saber dónde está el hombre, cuando todo lo sensible que en él había es destruido, pero esta dificultad no lo es para mí, que he reconocido en él dos sustancias. Es muy sencillo que percibiéndolo todo por mis sentidos durante mi vida corporal se me oculte lo que no se halle en la esfera de éstos. Cuando se ha roto la unión del cuerpo con el alma, concibo que se pueda destruir el uno y conservar la otra. ¿Por qué la destrucción del cuerpo ha de significar la del alma? Por el contrario, como son de naturaleza tan diferente, se hallan por su unión en un estado violento, y cuando cesa esta unión vuelven a su estado natural, y la sustancia activa y viviente recobra aquella fuerza que empleaba en mover la pasiva y muerta. ¡Ay!, demasiado lo conozco por mis vicios; el hombre vive sólo a medias durante su vida, y la vida del alma empieza cuando muere el cuerpo.

»¿Pero cuál es esa vida? ¿Es inmortal el alma por su naturaleza? No lo sé. Mi limitado entendimiento no concibe nada sin límites; todo lo que considera infinito se me oculta. ¿Qué puedo negar o afirmar, qué juicios puedo formar acerca de lo que no puedo concebir? Creo que el alma sobrevive al cuerpo lo suficiente para la conservación del orden, y quién sabe si lo suficiente para que dure siempre? No obstante, concibo cómo se gasta y destruye el cuerpo con la división de sus partes, pero yo no puedo concebir una destrucción semejante del ser pensador, y no imaginándome de qué modo

puede morir, presumo que no morirá. Una vez que me consuela esta presunción, que no pugna con la razón, ¿por qué he de temer el abandonarme a ella?

»Siento mi alma, la conozco por el sentimiento y por el pensamiento y sé que existe, sin saber cuál es su esencia, porque no puedo razonar sobre ideas que no poseo. Lo que sé bien es que la identidad del “yo” solamente se prolonga por la memoria, y que para ser efectivamente el mismo, es necesario que me acuerde de haber sido. Ahora bien, no podría acordarme después de mi muerte de lo que he sido durante mi vida sin acordarme de lo que he sentido, y por consiguiente de lo que he realizado, y yo no dudo que este recuerdo constituya un día la felicidad de los buenos y el tormento de los malos. En la tierra, mil pasiones absorben el sentimiento interno y acallan el remordimiento. Las humillaciones, las desgracias que acarrea la práctica de las virtudes, impiden que se sienta su encanto. Pero cuando, libres de las ilusiones que nos causan el cuerpo y los sentidos, gocemos de la contemplación del Ser Supremo y de las eternas verdades cuyo manantial es El; cuando la belleza del orden embargue todas las potencias de nuestra mente, y cuando únicamente nos ocupemos en comparar lo que hemos realizado con lo que debíamos realizar, entonces la voz de la conciencia recobrará su fuerza y su poderío; entonces el deleite puro que nace de la satisfacción de sí mismo y el amargo desconsuelo de haberse envilecido distinguirá con inagotables sentimientos el destino que cada uno se hubiese preparado. No me preguntéis, buen amigo mío, si habrá otras fuentes de felicidad y de pena, pues no lo sé, y las que me imagino son suficientes para consolarme en esta vida y hacerme esperar otra. No digo que los buenos serán recompensados, porque, ¿qué otro bien puede aguardar un ser excelente que vivir conforme a su naturaleza? Digo, sí, que serán dichosos, porque habiéndolos creado sensibles el autor de toda justicia, no los hizo para sufrir, y no habiendo ellos abusado de su libertad en la tierra, no han frustrado por culpa suya su destino, pero han sufrido en esta vida y serán recompensados en la otra. Este sentimiento se funda menos en el mérito del hombre que en la noción de bondad que me parece inseparable de la

esencia divina. No hago otra cosa que suponer la observación de las leyes del orden, y Dios constante consigo mismo[114].

»No me preguntéis tampoco si los tormentos de los malos serán eternos, pues lo ignoro, y no tengo la vana curiosidad de aclarar cuestiones inútiles. ¿Qué me importa lo que ha de ser de los malos? Tampoco me interesa su suerte. Incluso me costará creer que sean condenados a eternos tormentos. Si se venga la suprema justicia, se venga en esta vida. Vosotras y vuestros errores, ¡oh naciones!, sois sus ministros. Los males que os hacéis los emplea en castigar los delitos que habéis sufrido. En vuestros insaciables corazones, roídos por la envidia, la avaricia y la ambición, las vengativas pasiones castigan vuestra engañosa prosperidad. ¿Para qué es necesario buscar el infierno en la otra vida si desde ésta reside en el corazón de los malos?

Donde finalizan nuestras percederas necesidades, donde cesan insensatos deseos, también deben cesar nuestras pasiones y nuestros delitos. ¿De qué perversidad podrán ser susceptibles unos espíritus tan puros? No necesitando nada, ¿por qué han de ser malos? Si libres de nuestros torpes sentidos se cifra toda su felicidad en la contemplación de los seres, sólo pueden querer lo bueno. ¿Y es posible que el que deja de ser malo haya de ser siempre miserable? Esto es lo que me inclinó a creer, sin tener afán por resolverme. ¡Oh Ser clemente y bueno!, sean los que sean tus decretos, los adoro; si castigas a los malos para toda la eternidad, mi débil razón queda anonadada ante tu justicia, pero si el tiempo tiene que ahogar los remordimientos de este desventurado, si sus males han de tener fin, y si nos espera a todos la misma paz, te doy las gracias.

El malo, ¿no es hermano mío? ¡Cuántas veces sentido la tentación de imitarle! Con su miseria debe desprenderse de la malignidad de que va acompañada; que sea feliz como yo, y lejos de excitar mi envidia su dicha, la mía se acrecentará con ella.

»De este modo, contemplando a Dios en sus obras, y estudiándole por aquellos atributos suyos que me importa conocer, he llegado a extender y aumentar gradualmente la idea, antes imperfecta y limitada, que me formaba de este Ser inmenso. Pero si se ha hecho más noble y más vasta esta idea, también guarda

menos proporción con la razón humana. A medida que me acerco en espíritu a la luz eterna, me turba y deslumbra su resplandor, y me veo obligado a abandonar todas las nociones terrenales que me ayudaban a imaginarla. Dios ya no es sensible y corpóreo; la suma inteligencia que gobierna al mundo, ya no es el mismo mundo; en vano exalto y trabajo mi mente por concebir su incomprensible esencia. Cuando veo que ella es la que da actividad y vida a la sustancia viviente activa que gobierna los cuerpos animados; cuando me dicen que mi alma es espiritual y que Dios es un espíritu me indigno contra este envilecimiento de la divina esencia, como si fueran de la misma naturaleza Dios y mi alma, como si no fuera el único ser absoluto, el único verdaderamente activo, el que siente, piensa y quiere por sí mismo, y del cual hemos recibido el pensamiento, el sentimiento, la actividad, la voluntad, la libertad y el ser. Somos libres porque él quiere que lo seamos, y su inexplicable sustancia es con respecto a nuestras almas lo que son nuestras almas con respecto a nuestros cuerpos. ¿Ha creado la materia, los cuerpos, los espíritus y el mundo? Lo ignoro. La idea de creación me confunde y excede a mi capacidad; la creo hasta donde puedo concebirla, pero sé que ha formado el universo y todo lo que existe, que todo lo ha hecho y todo lo ha ordenado. Sin duda, Dios es eterno, ¿pero mi espíritu puede abarcar la idea de eternidad? ¿Por qué me he de contentar con voces sin ideas? Yo concibo que Dios es antes que todas las cosas, que será mientras éstas subsistan y más allá si un día todo hubiera de acabarse. Si un ser que yo no concibo da la existencia a otros seres, es una cosa oscura e incomprensible, pero que se conviertan por sí mismos el ser y la nada uno en otro, es una palpable contradicción y un visible absurdo.

»Dios es inteligente, ¿pero cómo lo es? El hombre es inteligente cuando raciocina, y la inteligencia suprema no necesita raciocinar; para ella no existen premisas ni consecuencias, como tampoco hay proposición; es puramente intuitiva, igualmente ve todo cuanto es y todo cuanto puede ser, todas las verdades son para ella una sola idea, como todos los lugares un solo punto, y todos los tiempos un solo momento. La potencia humana obra por medios, pero la potencia divina obra por sí misma. Dios puede porque quiere, y su

voluntad constituye su poder. Dios es bueno, no hay nada más manifiesto, pero la bondad en el hombre es el amor hacia sus semejantes, y la bondad de Dios es el amor del orden, porque por el orden mantiene todo lo que existe y liga con el todo cada parte. Dios es justo; estoy convencido de ello, y es una consecuencia de su bondad: la injusticia de los hombres es obra de ellos, no de Dios; el desorden moral, que a los ojos de los filósofos da testimonio contra la Providencia, a los míos la demuestra. Pero la justicia humana consiste en dar a cada uno lo que le pertenece y la divina en pedir a todos cuenta de lo que les ha dado.

»Y si de un modo sucesivo llego a descubrir estos atributos de los cuales no tengo ninguna idea, es por medio de consecuencias forzosas y haciendo buen uso de mi razón, pero los afirmo sin comprenderlos, y en realidad esto no es afirmar nada. En vano digo: Dios es de tal manera, le conozco y lo pruebo; pero no por eso concibo cómo puede ser Dios de tal manera.

»En fin, cuanto más me esfuerzo en contemplar su infinita esencia, menos la concibo, pero existe, y esto me basta; cuanto menos la concibo más la adoro. Humillado, le digo: Ser de los seres, yo existo porque existes Tú; meditando continuamente en Ti, yo me encumbro hacia mi fuente. El más sublime uso de mi razón consiste en anonadarse en tu presencia; el rapto de mi espíritu, el encanto de mi poquedad consiste en mirarme absorto ante tu grandeza.

»Después de haber deducido de este modo las principales verdades que me importaba averiguar, ahora me falta indagar cuáles son las máximas de conducta que debo sacar de la impresión de los objetos sensibles y del sentido interno que me incita a que juzgue de las causas según mis luces naturales, y que reglas me he de prescribir para desempeñar mi destino en la tierra según la intención del que en ella me ha colocado. Siguiendo siempre mi método, no saco estas reglas de los principios de una recóndita filosofía, pero las hallo en lo interior de mi corazón grabadas con indelebles caracteres por la naturaleza. Es suficiente con que yo me consulte acerca de lo que quiero hacer; todo lo que siento que es bueno, lo es; todo lo que siento que es malo, es malo; el mejor de todos los casuistas es la conciencia y sólo cuando discrepamos con ella recurrimos a las sutilezas del raciocinio.

Nuestra primera solicitud es por nosotros mismos; no obstante, ¡cuántas veces la voz interior nos dice que obramos mal al procurar nuestro bien a costa del ajeno! Creemos seguir el impulso de la naturaleza,' y le resistimos; escuchamos lo que dice a nuestros corazones: el ser activo obedece, el pasivo manda. La conciencia es la voz del alma, las pasiones son las del cuerpo. ¿Es extraño que se contradigan tan frecuentemente estos dos idiomas? ¿Y a cuál debemos escuchar en tal caso? La razón nos engaña con tanta frecuencia que nos sobra derecho para recusarla, pero la conciencia nunca nos engaña, puesto que es la verdadera guía del hombre, y en lo referente al alma viene a ser lo que es el instinto con respecto al cuerpo[115]. Aquel que le sigue obedece a la naturaleza y no teme extraviarse. Este punto es importante -prosiguió mi bienhechor cuando se dio cuenta de que yo le iba a interrumpir-. Permitidme que me detenga un poco más en aclararlo.

»Toda la moralidad de nuestras acciones está en el juicio que nosotros nos formamos de ellas. Si es cierto que el bien es el bien, debe serlo en lo interior de nuestro corazón como en nuestras obras, y la primera paga de la virtud consiste en saber uno mismo que la practica. Si la bondad moral es conforme con nuestra naturaleza, el hombre no puede tener sano y bien constituido el espíritu, sino en cuanto es bueno; si no lo es, y el hombre es malo naturalmente, no puede dejar de serlo sin corromperse, y en él la bondad no es más que un vicio contra naturaleza. Destinado a dañar a sus semejantes, como el lobo a degollar a la oveja, un hombre humano sería un animal tan depravado como un lobo compasivo, y la virtud sola nos dejaría remordimientos.

»Retornemos a nuestro interior, mi joven amado; veamos, dejando aparte todo interés personal, adónde nos conducen nuestras inclinaciones. ¿Qué espectáculo más halagüeño es para nosotros, el de la dicha o el de los tormentos ajenos? ¿Qué es lo que hacemos con mayor placer y que después de hecho nos deja más grata impresión, un acto de beneficencia o un agravio? ¿Por quién os interesáis en vuestros teatros? ¿Los delitos atroces os complacen? ¿Vertéis lágrimas por el castigo de los facinerosos que los cometieron? Para nosotros todo es indiferente, dicen, menos nuestro interés, y es todo lo contrario. Los atractivos de la amistad o

de la humanidad nos consuelan de nuestros pesares, y hasta en nuestros gustos estaríamos muy solitarios y seríamos muy miserables si no tuviésemos con quién compartirlos. Si en el pecho humano no existe ningún afecto moral, de dónde le vienen esos arrebatos de admiración de las acciones heroicas, esos raptos de amor de los espíritus sublimes? ¿Qué relación tiene este entusiasmo de la virtud con nuestro interés privado? ¿Por qué quisiera ser Catón, que despedaza sus entrañas, más que César victorioso? Quitad de nuestros corazones el amor de la belleza y quitáis todo el encanto de la vida. Aquel en cuya mezquina alma han sofocado las villanas pasiones estos deliciosos afectos; aquel que a fuerza de reconcentrarse consigue no amar sino a sí mismo, no siente arrebatos; su helado corazón nunca palpita de júbilo, nunca humedece sus párpados una suave ternura, de nada disfruta, no siente ni vive; el desdichado es ya un muerto.

»Pero cualquiera que sea el número de malos en la tierra, pocas hay de aquellas almas cadavéricas que se han vuelto insensibles para todo lo que no les interesa, aunque sea justo y bueno. Sólo nos place la iniquidad cuando de ella nos aprovechamos; en todo lo demás queremos que el inocente sea protegido. ¿Vemos en una calle, o en un camino, un acto de violencia o de injusticia? Al momento surge en el interior de nuestro corazón un movimiento de indignación y cólera y nos induce a tomar la defensa del oprimido, pero nos retiene un deber más poderoso, y las leyes nos quitan el derecho de proteger la inocencia. Si, por el contrario, observamos un acto de clemencia o de generosidad, ¡qué afecto, qué admiración nos inspira! ¿Quién no dice que quisiera haber hecho otro tanto? Verdaderamente nos importa muy poco que haya sido malo o justo un hombre dos mil años atrás, y, sin embargo, nos despierta el mismo interés la historia antigua que si hubieran ocurrido aquellos hechos en nuestro tiempo. ¿Qué me importan a mí los delitos de Catilina? ¿Tengo miedo de ser víctima suya? ¿Pues, por qué le miro con tanto horror como si fuera mi contemporáneo? No sólo aborrecemos a los perversos porque nos causan mal, sino porque son malos. No sólo queremos ser felices, sino que también deseamos la felicidad ajena, y esta felicidad, cuando no nos cuesta nada, acrecienta la nuestra. Finalmente, aun a pesar suyo, tiene uno

piEDAD de los desgraciados y sufre con su mal quien es testigo de él. Ni siquiera los más malvados pueden desprenderse totalmente de esta propensión, que algunas veces los pone en contradicción consigo mismos. El ladrón que despoja a los caminantes cubre la desnudez del pobre, y el más feroz asesino socorre al hombre que cae desmayado.

»Se habla de la voz del remordimiento, que castiga en secreto los crímenes ocultos, y a veces los pone en evidencia. ¡Ay!, ¿quién de nosotros no oyó jamás esta importuna voz? Hablamos por experiencia y quisiéramos sofocar ese tiránico sentimiento que nos atormenta tanto. Obedezcamos a la naturaleza y comprenderemos con cuánta dulzura reina, y cuando la hemos escuchado, ¡qué placer hallamos en formar buen concepto de nosotros mismos! El malo se teme y huye, se distrae saliendo de sí mismo; vuelve alrededor los ojos inquietos, y busca un objeto que le divierta; sin la amarga sátira, sin la sarcástica burla, siempre estaría triste; su único gusto es la risa que escarnece. Por el contrario, la serenidad del justo es interior, su risa no es maligna, sino alegre; lleva la causa de ella en sí mismo, y tan alegre está cuando permanece solo como cuando se ve acompañado, y no saca su contento de los que se le acercan, sino que se lo comunica.

»Tended la mirada por todas las naciones del mundo y recorred todas las historias; entre tantos cultos inhumanos y extravagantes, en medio de esta diversidad prodigiosa de costumbres y caracteres, en todas partes hallaréis las mismas ideas de justicia y honestidad, los mismos principios de moral y las mismas nociones del bien y del mal. El antiguo paganismo creó dioses abominables, que en la tierra hubieran sido castigados como fascinerosos, que no ofrecían otra imagen de la suprema felicidad que atrocidades que cometer y pasiones que saciar. Pero vanamente descendía de la morada eterna el vicio armado de una autoridad sagrada; el instinto moral le repelía del corazón humano. Los que celebraban la disolución de Júpiter, tributaban su admiración a la continencia de Jenócrates; la casta Lucrecia adoraba a la impúdica Venus; el intrépido romano realizaba sacrificios al Pavor; invocaba al dios que mutiló a su padre, y sin proferir una queja recibía la muerte de manos del suyo. Las divinidades más despreciables fueron acatadas por los más

encumbrados varones. Pero más fuerte que la de los dioses, la voz sacrosanta de la naturaleza se hacía respetar en la tierra, y parecía que confinaba el delito con los culpables en el cielo.

»Hay, pues en el fondo de nuestras almas un principio innato de justicia y de virtud, conforme al cual juzgamos, a pesar de nuestras propias máximas, por buenas o malas las acciones nuestras y las de los demás, y a este principio yo doy el nombre de conciencia.

»Pero ante esta palabra se producen por todas partes los clamores de los pretendidos sabios. Errores de la infancia, preocupaciones de la educación, todos exclaman de una forma unánime. No existe nada en el espíritu humano que no haya sido introducido en él por la experiencia, y no emitimos ningún juicio sobre cosa alguna, a no ser por las ideas adquiridas. Todavía hacen más; se atreven a desechar esta evidente y universal concordancia de todas las naciones, y contra la uniformidad que resplandece en los juicios de los hombres van a buscar en las tinieblas algún oscuro ejemplo conocido de ellos mismos, como si la perversión de un pueblo aniquilara todas las propensiones de la naturaleza, y como si por encontrar a un monstruo, ya lo fueran todos. ¿De qué le sirve al escéptico Montaigne el afán que se toma para desenterrar en un rincón de la tierra una costumbre opuesta a las nociones de justicia? ¿De qué le sirve conceder a los más sospechosos viajeros una autoridad que niega a los autores más célebres? ¿Destruirán tal vez algunos inciertos y estrambóticos estilos, fundados en causas locales, la general inducción que se saca del concurso de todos los pueblos, opuestos en todo lo demás y sólo acordes en este punto? ¡Oh, Montaigne!, tú que alardeas de ingenuidad y veracidad, sé sincero y verídico, si es que puede serlo un filósofo, y dime si hay un país donde constituye un delito el guardar la fe, el ser clemente, generoso y benéfico, donde sea despreciable un hombre de bien, y que el pérfido sea acatado.

»Se dice que cada uno contribuye al bien público por su interés; ¿pues de dónde viene que el justo contribuya en perjuicio propio? ¿Cómo se explica eso de correr a morir por su propio interés? No cabe duda de que nadie actúa como no sea por su bien, pero si no contamos con los bienes morales, nunca explicaremos por el interés personal otras acciones que las de los malvados, y hay que creer

que nadie intentará explicar las otras. Sería una filosofía muy abominable la que tropezara con las acciones virtuosas, que no pudiera liberarse de las dificultades sin suponer en ellas bajas intenciones y motivos ajenos a la virtud; que se viera forzada a envilecer a Sócrates y a calumniar a Régulo. Si doctrinas de esta naturaleza pudieran brotar en nuestro país, la voz de la naturaleza, unida a la de la razón, se levantaría contra ellas y no dejaría ni a uno de sus partidarios la disculpa de que lo fuese de buena fe.

»No tengo intención de entrar aquí en discusiones metafísicas que exceden de mi capacidad y de la vuestra, y que en realidad a nada conducen. Ya os he dicho que no quería filosofar con vos, sino sólo ayudaros a que consultéis vuestro corazón. Cuando todos los filósofos del mundo demostrasen que estoy equivocado, si vos creéis que tengo razón, no necesito más.

»Para esto no hay más que haceros distinguir nuestras ideas adquiridas de nuestros afectos naturales, porque necesariamente sentimos antes de conocer, y como no aprendemos a querer nuestro bien y a evitar nuestro mal, sino que la naturaleza nos infunde esta voluntad, del mismo modo el amor hacia lo bueno y el odio a lo malo son tan naturales en nosotros como el amor hacia nosotros mismos. Los actos de la conciencia no son juicios, sino afectos, y aunque todas nuestras ideas provienen del exterior, los afectos que las valoran son internos, y por eso sólo conocemos la discrepancia o la analogía que existe entre nosotros y las cosas que debemos evitar o buscar.

»El existir, para nosotros, es sentir; nuestra sensibilidad es anterior a nuestra inteligencia, y antes de tener ideas hemos tenido afectos[116]. Sea cual sea la causa de nuestro ser, ella ha provisto nuestra conservación dándonos sentimientos que convienen a nuestra naturaleza, y no se puede negar que nos son innatos. En lo que se refiere al individuo, estos afectos son el amor propio, el miedo al dolor, el horror a la muerte y el deseo de bienestar. Pero si, lo que no se puede dudar, el hombre es sociable por naturaleza, o por lo menos creado para serlo, lo será únicamente por efectos innatos relativos a su especie, porque si atendemos a la necesidad física, con seguridad que debe dispersar a los hombres en lugar de acercarlos. Después, del sistema moral formado por estas dos

clases de relaciones consigo mismo y con sus semejantes, nace el impulso de la conciencia del hombre. Conocer el bien no es amarlo; en el hombre no es innato ese conocimiento, pero en el momento en que se hace conocer su razón, la conciencia le incita a que lo ame, y ese afecto sí que es innato.

»No creo, pues, amigo mío, que sea imposible explicar por consecuencias de nuestra naturaleza el principio inmediato de la conciencia, independiente de la misma razón. Y aunque fuera imposible, no sería necesaria esta explicación, porque cuando los que niegan este principio admitido y reconocido por toda la humanidad no prueban que no exista, sino que se limitan a asegurarlo; cuando nosotros aseguramos que existe, tenemos el mismo fundamento que ellos, y está de nuestra parte el testimonio interno y la voz de la conciencia, que testimonia a su favor. Si los primeros albores del juicio nos deslumbran, y al principio confunden los objetos a nuestra vista, aguardemos a que se vuelvan a abrir y se fortifiquen nuestros débiles ojos, y pronto volveremos a ver esos mismos objetos con la luz de la razón, tal como nos los mostraba la naturaleza, o seamos más sencillos y menos vanos; limitémonos a los primeros sentimientos que hallamos dentro de nosotros, ya que al cabo nos vuelve a ellos el estudio, cuando no nos ha descaminado.

»¡Conciencia, conciencia!, divino instinto, inmortal y celeste voz, guía segura de un ser ignorante y limitado pero inteligente y libre, juez infalible de lo bueno y de lo malo, que haces al hombre semejante a Dios. Tú constituyes la excelencia de su naturaleza y la moralidad de sus acciones; sin ti nada siento en mí que me eleve sobre los animales, como no sea el triste privilegio de extraviarme de errores en errores tras un entendimiento sin reglas y una razón sin principios.

»Gracias al cielo, ya estamos libres de ese espantoso aparato de filosofía y podemos ser hombres sin ser sabios; no tendremos necesidad de consumir nuestra vida estudiando la moral, pues con menos esfuerzo hemos encontrado un guía más seguro en el inmenso laberinto de opiniones humanas. Pero no es suficiente con que haya este guía, pues es necesario saber comprenderle y seguirle. Si habla a todos los corazones, ¿por qué son tan pocos los

que le comprenden? ¡Ah!, porque nos habla la lengua de la naturaleza mientras que todo contribuye a que la olvidemos. La conciencia es tímida, ama el retiro y la paz, el mundo y el bullicio la aturden, y las preocupaciones son sus más crueles enemigos; huye o se calla ante ella y la estrepitosa voz de éstas ahoga la suya e impide que la oigan; el fanatismo se atreve a desfigurarla y a definir en su nombre el delito. A fuerza de verse despedida, se incomoda, calla y no nos contesta, y después de haberla menospreciado largo tiempo, cuesta tanto llamarla como costó arrojarla.

»¡Cuántas veces me he fatigado al realizar mis investigaciones con la frialdad que sentía en mí! ¡Cuántas veces se me hicieron insoportables mis primeras meditaciones por la ponzoña que vertían sobre ellas el aburrimiento y el disgusto! Mi árido corazón se entregaba con un tibio y decaído celo al amor de la verdad. Yo preguntaba: ¿Por qué he de poner tanto afán en buscar lo que no existe? El bien moral es una quimera; no hay nada tan bueno como el placer de los sentidos. ¡Oh, qué difícil es recobrar el gusto de los deleites del espíritu una vez se ha perdido, y qué difícil es que lo adquiera quien nunca lo ha tenido! Si existiese un hombre tan miserable que no hubiese hecho nada en toda su vida, cuyo recuerdo le dejase contento de sí mismo y satisfecho de haber vivido, sería incapaz de conocerse nunca, y no habiendo sentido la bondad que conviene a su naturaleza, seguiría siendo malo, y sería infeliz eternamente. ¿Creéis, no obstante, que haya en el mundo un hombre tan depravado que no haya cedido a la tentación de hacer obras buenas? Esta tentación es tan natural y dulce, que no es posible resistirle siempre, y el recuerdo del deleite que ha causado una vez es suficiente para que siempre nos acordemos. Desgraciadamente cuesta mucho satisfacerla; aparecen mil razones para resistirse a la inclinación del corazón; una falsa prudencia le coarta en los bordes del “yo” humano, y se necesitan mil esfuerzos para atreverse a dejarlos atrás. En complacerse en las buenas obras consiste su premio, pero no se alcanza sin haberlo merecido. No hay condición más preciosa que la virtud, pero es preciso gozar de ella para verlo así. Cuando queremos abrazarla, de un modo semejante al Proteo de la fábula, al principio se reviste de mil figuras

espantosas, y sólo al fin se deja ver en la suya por aquellos que no la dejaron.

»Combatido sin cesar por mis sentimientos naturales, que me hablaban en favor del interés común, y mi razón, que todo lo refería a mí, habría fluctuado toda mi vida en esta continua alternativa, obrando mal, amando el bien, y siempre contrario a mí mismo si otras nuevas luces no hubieran iluminado mi corazón, si la verdad, que fijó mis opiniones, no hubiera también asegurado mi conducta y no me hubiera puesto de acuerdo conmigo. El querer apoyar la virtud en la sola razón es vano. ¿Qué base sólida le podemos dar? Dicen que la virtud es el amor del orden. ¿Pero acaso puede más conmigo y ha de poder más que el de mi bienestar? Que me den una razón clara y suficiente para que yo le prefiera a éste. En realidad, su pretendido principio es un simple juego de palabras, porque yo también digo que el vicio es el amor del orden, pero tomándolo en otro sentido. Existe un orden moral en todas partes donde hay sentimiento e inteligencia. La diferencia está en que el bueno se coordina con referencia al todo, y el malo coordina al todo con referencia a él. Este se constituye en el centro de todas las cosas y el otro mide su radio y se queda en la circunferencia. Entonces está coordinado con referencia a todos los círculos concéntricos, que son las criaturas. Si no existe la Divinidad, entonces sólo discurre el malo, y el bueno no sería más que un insensato.

»¡Ah, hijo mío!, ojalá que un día sintáis de qué peso se siente aliviado uno cuando, después de agotar la vanidad de las opiniones humanas y probar la amargura de las pasiones, encuentra tan cerca de sí el camino de la sabiduría, el premio de los afanes de esta vida y la fuente de felicidad de la que había desesperado. Todas las obligaciones de la ley natural, casi borradas de mi corazón por la injusticia de los hombres, se retratan en él en nombre de la justicia. Ya sólo siento en mí la obra y el instrumento del gran Ser que quiere el bien, que lo hace y que hará el mío mediante el concurso de mi voluntad con la suya, y el buen uso de mi libertad. Me conformo con el orden que ha establecido, seguro de disfrutar yo un día de ese orden y hallar en él mi felicidad, porque, ¿qué felicidad hay más dulce que sentirse ordenado en un sistema en el cual todo está

bien? Acosado por el dolor, lo sufro con paciencia, pensando que es transitorio y que viene de un cuerpo que no es mío. Si hago sin testimonios una buena acción, sé que es vista, y saco testigo para la otra vida de mi conducta en ésta. Cuando padezco una injusticia, digo: El Ser justo que todo lo rige sabrá indemnizarme; las necesidades de mi cuerpo y las miserias de mi vida me hacen más tolerable la idea de la muerte. Así tendré que romper menos vínculos cuando lo tenga que dejar todo.

»¿Por qué mi alma está sujeta a mis sentidos y encadenada a este cuerpo que la esclaviza y la oprime? Lo ignoro. ¿Me fueron comunicados acaso los juicios de Dios? Mas yo puedo formar, sin caer en la temeridad, modestas conjeturas. Si el espíritu humano hubiera permanecido libre y puro, ¿qué mérito contraería amando y siguiendo el orden que viese establecido y que ningún interés tuviese en perturbar? Es cierto que sería feliz, pero faltaría a su felicidad el más alto grado, la gloria de la virtud y el buen testimonio de sí mismo; sería semejante a los ángeles, y el varón virtuoso sin duda será más que ellos. El alma unida a un cuerpo mortal con lazos no menos poderosos que incomprensibles, el afán de la conservación de este cuerpo la excita para que todo lo refiera a él, y le da un interés contrario al orden general, que, no obstante, es capaz de ver y amar; entonces el buen empleo de su libertad se convierte al mismo tiempo en mérito y recompensa y se labra una inalterable felicidad luchando contra sus pasiones terrenales y manteniéndose en su primera voluntad.

»Puesto que aun en el estado de abatimiento en que nos hallamos durante esta vida, todas nuestras inclinaciones son legítimas, y si nuestros vicios provienen de nosotros, ¿por qué nos quejamos de que nos dominen? ¿Por qué culpamos al autor de las cosas de los males que nos hacemos nosotros y de los enemigos que contra nosotros armamos? No acosemos al hombre, y siempre será bueno sin dificultad, lo mismo que sin remordimientos, siempre será feliz. Los culpables que se creen forzados al delito son tan mentirosos como perversos. ¿Cómo no se dan cuenta de que la flaqueza de que se quejan es producida por ellos mismos, que su primera depravación proviene de su voluntad, que a fuerza de querer ceder a las tentaciones, al final ceden a despecho suyo y las

hacen irresistibles? Sin duda ya no depende de ellos el dejar de ser malos y débiles, pero dependió de ellos no llegar a serlo. Con qué facilidad seríamos siempre árbitros de nosotros y de nuestras pasiones, aun durante esta vida, si cuando todavía no están formados nuestros hábitos y comienza a abrirse el entendimiento, le supiéramos ocupar en los objetos que debe conocer para valorar los que no conoce; si de verdad quisiéramos ilustrarnos, no para lucirnos a los ojos ajenos, sino para ser buenos y acordes con nuestra naturaleza, para hacernos felices con el cumplimiento de nuestras obligaciones. Si nos parece fastidioso y difícil tal estudio, se debe a que cuando pensamos en él ya estamos agotados por el vicio y entregados a nuestras pasiones. Antes de conocer lo que es bueno y lo que es malo ya hemos sentado nuestros juicios, y aplicándolo después todo a esta falsa medida, no damos su justo valor a nada.

»Hay una edad en la cual el corazón todavía está libre, pero ardiente, inquieto, ansioso de una felicidad que aún no conoce, y la busca con una agotadora incertidumbre, y, engañado por los sentidos, se fija en su vana imagen y tiene la presunción de hallarla donde no reside. Estas ilusiones han permanecido en mí durante un tiempo excesivo, y, ¡ay! las he conocido muy tarde y no he podido disiparlas totalmente y durarán tanto como este cuerpo mortal que las causa. Ahora me parecen vanas, ya no me engañan, las tengo por lo que son, las sigo, pero las desprecio, y lejos de mirar en ellas el objeto de mi felicidad, veo su dificultad. De este modo, al instante aspiro en que libre de las ligaduras del cuerpo, sea “yo” sin contradicción, sin partición, y sólo necesito de mí para ser feliz; mientras tanto, desde esta vida lo soy, porque todos sus males no cuentan ya para mí, porque la miro como extraña a mi ser, y porque todo el bien que de ella puedo sacar depende de mí.

»Con el fin de elevarme de antemano todo lo posible a este estado de felicidad, de fuerza y libertad, me ejercito en las sublimes contemplaciones. Medito sobre el orden del Universo, no para explicarlo con vanos sistemas, sino para maravillarme de él sin cesar, para adorar al sabio Autor que en él se hace sentir. Hablo con El, saturo todas mis facultades de su divina esencia, me enternezco con sus beneficios, le bendigo por sus dádivas, pero no hago

oración. ¿Qué le podría pedir? ¿Que cambiara el curso de las cosas por mí y que hiciese milagros en beneficio mío? No; este ruego temerario, mejor que escuchado, merecería ser castigado. Tampoco le pido el poder de obrar bien. ¿Por qué he de pedirle lo que ya me ha dado? ¿No me ha dado la conciencia para amar lo bueno, la razón para conocerlo y la libertad para elegirlo? Si obro mal, no tengo disculpa; obro así porque quiero; pedirle que cambie mi voluntad es pedirle lo que me pide él, es querer que haga mi trabajo y cobrando yo el salario; no estar satisfecho con mí estado es no querer ser hombre, y querer otra cosa de lo que existe, es querer el desorden y el mal. Manantial de justicia y verdad, Dios clemente y bueno... Tengo en ti tal confianza que el supremo deseo de mi corazón es que se cumpla tu voluntad. Uniendo la mía con ella, hago lo que haces tú, me conformo con tu bondad y creo que gozo adelantada la suma felicidad que es su premio.

»En la justa desconfianza de mí mismo, la única cosa que le pido, o que de su justicia aguardo, es que corrija mí error si voy descaminado y si este error me pone en peligro. Aunque procedo de buena fe, no me creo infalible; mis opiniones, las que más acertadas me parecen, quizá son otras tantas falsedades, porque, ¿qué hombre no se empeña en las suyas? ¿Y cuántos están conformes en todo? La ilusión que me engaña viene de mí, y él es el único que puede sanarme. He hecho todo lo que he podido por alcanzar la verdad, pero está muy alta su fuente, y cuando me faltan las fuerzas para ir más lejos, ¿de qué puedo ser culpado? Le corresponde a ella acercarse.»

»El buen sacerdote había hablado con vehemencia; estaba conmovido y yo también; me pareció que oía al divino Orfeo cantar los primeros himnos y enseñar a los hombres el culto de los dioses. Sin embargo, yo veía una serie de objeciones que oponerle, y no le opuse ni una, porque la persuasión estaba en su favor. A medida que me hablaba según su conciencia, parecía que la mía me confirmaba lo que él había manifestado.

»Las ideas que me acabáis de exponer -le dije-, me parecen mucho más nuevas por lo que confesáis ignorar que por lo decís creer. Me parece encontrar en ello el teísmo o la religión natural, que la afectación de los cristianos confunde con el ateísmo o la irreligión,

una doctrina que es directamente opuesta. Pero en el estado actual de mi fe, tengo que subir mejor que bajar para admitir vuestras opiniones, y encuentro que es difícil quedarse precisamente en el punto en que estáis, si no soy tan prudente como vos. Para ser tan sincero, quiero consultar conmigo. El sentido interno es el que a ejemplo vuestro me debe guiar, y vos mismo me habéis enseñado que no es cuestión de un instante el contestar cuando le hemos impuesto silencio. Llevo en mi corazón vuestros razonamientos, y es necesario que los medite. Si después de pensar bien en ello, quedo tan convencido como vos, seréis mi último apóstol, y yo seré prosélito vuestro hasta la muerte. No obstante, continuad instruyéndome. Sólo me habéis expresado la mitad de lo que debo saber. Habladme de la revelación de las escrituras, de esos dogmas oscuros por los cuales voy a tientas desde mi infancia, sin poder concebirlos ni creerlos y sin saber admitirlos ni rechazarlos.»

«Sí, hijo mío -me respondió, abrazándome-. Acabaré de deciros lo que pienso, pues no quiero abrir a medias mi corazón, pero era necesario el deseo que me manifestáis, el cual es autorizarme a no guardaros ninguna reserva. Hasta aquí no os he dicho nada que no crea que puede seros útil, y de lo que no esté yo íntimamente convencido. El examen que me falta hacer es bien diferente; sólo veo confusión, oscuridad, misterio y camino con incertidumbre y desconfianza. Me decido temblando, y más bien que mi dictamen os digo mis dudas. Si vuestros sentimientos fueran más estables, titubearía en deciros los míos, pero en el estado en que os halláis ganaréis al pensar como yo^[117]. Referente a lo demás, no deis a mis palabras otra autoridad que la razón, porque ignoro si estoy en un error. Cuando alguien argumenta es difícil que no tome alguna vez el estilo afirmativo; pero recordad que todas mis afirmaciones son simples motivos de duda. Averigua, vos mismo la verdad, pues sólo os prometo buena fe.

»En lo expuesto por mí, habéis visto la religión natural, y es extraño que se necesite otra. ¿Por dónde he de llegar yo al conocimiento de esta necesidad? ¿Cuál puede ser mi culpa al servir a Dios según las luces que ha dado a mi entendimiento y los afectos que inspira a mi corazón? ¿Qué pureza de moral, qué dogma provechoso para el hombre y que honre a su autor puedo yo sacar

de una doctrina positiva, que sin ella no pudiera sacar del buen uso de mis facultades? Mostradme lo que podemos añadir, para gloria de Dios, para bien de la sociedad y para mi utilidad propia, a las obligaciones de la ley natural, y qué virtud derivaréis de un culto nuevo que no sea consecuencia del mío. Por la razón sola adquirimos las más altas ideas de la Divinidad. Observad el espectáculo de la naturaleza, escuchad la voz interior. ¿No lo ha dicho Dios todo a nuestros ojos, a nuestra conciencia, a nuestro juicio? ¿Qué más nos han de decir los hombres? Con sus revelaciones no hacen otra cosa que degradar a Dios, atribuyéndole pasiones humanas. Lejos de aclarar las nociones del gran Ser, veo que las complican los dogmas particulares, que, lejos de ennoblecerlas, las envilecen, que a los incomprensibles misterios que le rodean añaden absurdas contradicciones, que en vez de establecer la paz en la tierra, la talan a hierro y fuego y vuelve al hombre orgulloso, intolerante y cruel. Me propongo averiguar para qué sirve todo esto y no sé qué respuesta dar. Sólo veo los delitos de los hombres y las miserias del género humano.

»Se me ha dicho que hacía falta una revelación para enseñar a los hombres el modo cómo Dios quería ser servido, y para probarlo consignaban la diversidad de cultos extravagantes que han instituido y no ven que esta misma diversidad proviene de la manía de las revelaciones. Desde que los pueblos quisieron que Dios hablase, cada uno le hizo hablar a su manera, y le hizo decir lo que él quiso. Si no hubiesen escuchado más que lo que Dios le dijo al corazón el hombre, sólo habría una religión en la tierra.

»Hacía falta un culto uniforme, lo admito; pero, ¿era tan importante este punto que fuese preciso todo el aparato de la potencia divina para establecerle? No debemos confundir la religión con su ceremonial. El culto que pide Dios es del corazón, y éste, cuando es sincero, siempre es uniforme. Es una loca vanidad imaginarse que Dios tenga el menor interés en la forma de vestir del sacerdote, en el orden de las palabras que pronuncia, en los ademanes que hace en él altar y en todas sus genuflexiones. Amigo mío, por mucho que te eleves, te quedarás siempre a ras de tierra; Dios quiere ser adorado en espíritu y en verdad. Esta es la obligación de todas las religiones, de todos los países y de todos los

hombres. En cuanto al culto exterior, si debe ser uniforme para el buen orden, ése es puro asunto de policía, y para eso no se necesita revelación.

»No empecé por todas estas reflexiones. Arrastrado por las preocupaciones de la educación y por aquel peligroso amor propio que siempre quiere poner al hombre más alto que su esfera, no pudiendo encumbrar mis débiles conceptos hasta el gran Ser, me afanaba por bajarle hasta mí. Acercaba las relaciones infinitamente distantes que median entre su naturaleza y la mía, quería comunicaciones más inmediatas e instrucciones más peculiares, y no satisfecho con hacer que Dios se asemejara al hombre, para ser yo un privilegiado entre mis semejantes, deseaba luces sobrenaturales, un culto exclusivo y que Dios me dijera lo que no había dicho a otros, o lo que otros no habían entendido del mismo modo que yo.

»Considerando el punto a que había llegado como el punto de donde salían todos los creyentes para llegar a un culto más ilustrado, sólo en los dogmas de la religión natural hallaba los elementos de toda religión. Contemplaba la diversidad de sectas que reinan en el mundo y que mutuamente se acusan de error y mentira, y preguntaba: “¿Cuál es la buena?”. Y me respondía cada uno: “La mía; sólo yo y mis partidarios pensamos bien; todos los demás están equivocados”. “¿Y cómo sabéis que es buena vuestra secta?”. “Porque lo ha dicho Dios[118]”. “¿Quién os dijo que lo había dicho Dios?”. “Mi pastor que lo sabe. Me dice que crea esto y lo creo; me asegura que todos los que dicen otra cosa distinta que él, mienten, y no los escucho”.

»¿Conque no es una misma la verdad, pensaba yo, y lo que para mi es verdad, puede ser mentira para otro? Si es uno mismo el método del que sigue el camino recto y del que va extraviado, ¿qué mérito o qué culpa tiene más uno que otro? Siendo su elección un efecto de la casualidad, es una iniquidad imputársela, es recompensar o castigar por haber nacido en tal o cual país. El atreverse a decir que Dios nos juzga de ese modo, es agraviar su justicia.

»O todas las religiones son buenas y agradables a Dios, o si existe una que El prescribe a los hombres, o los castigue porque no

la conocen, habrá dado indicios ciertos y manifiestos para que la distingan y conozcan por la única verdadera; estos indicios son de todos los tiempos y de todos los países, igualmente sensibles para todos los hombres, grandes y pequeños, ignorantes y sabios, europeos, indios, africanos y salvajes. Si hubiera una religión en la tierra, fuera de la cual solamente hubiese pena eterna, y si en un país cualquiera del mundo a un solo mortal de buena fe no le hubiera hecho impresión su evidencia, el Dios de esta religión sería el más inicuo y el más cruel de los tiranos.

»¿Buscamos, pues, la verdad sinceramente? Pues no atribuyamos nada al derecho del nacimiento ni a la autoridad de nuestros padres y pastores, pero sometamos al examen de conciencia y a la razón todo lo que nos enseñaron desde nuestra niñez. Puede decirseme: “Sujeta tu razón”, pero lo mismo me puede decir el que me engañe; para sujetar mi razón necesito razones.

»Toda la teología que puedo adquirir por mí mismo mediante la contemplación del universo y el buen uso de mis facultades, se limita a lo que os expliqué anteriormente. Para saber más, es preciso hacer uso de medios extraordinarios, y éstos no pueden ser la autoridad de los hombres, porque no siendo ningún hombre de distinta especie que yo, todo lo que él conoce naturalmente, puedo conocerlo yo, como también puede engañarse lo mismo que yo; cuando creo lo que él dice, no es porque lo dice, sino porque lo prueba. Así el testimonio de los hombres no es otro que el de mi razón, y no añade nada a los medios naturales con que Dios me ha dotado para conocer la verdad.

»Apóstol de la verdad ¿qué habréis de decirme que yo no pueda juzgarlo? Dios mismo ha hablado: escuchad su revelación. Eso es otra cosa. Dios ha hablado; gran palabra es esa. ¿Y a quién ha hablado? A los hombres. Pues, ¿cómo yo no he oído lo que ha dicho? Ha encargado a otros hombres que os repitieran sus palabras. Ya entiendo: son hombres los que me van a decir lo que Dios ha dicho. Hubiera preferido oírsele a Dios mismo; no le habría costado más trabajo y yo estaría a salvo de toda seducción. Os preserva de ella manifestando la misión de sus enviados. ¿Cómo así? Con milagros. ¿Y dónde están estos milagros? En los libros. ¿Y quién ha compuesto estos libros? Hombres. ¿Y quién ha visto esos

milagros? Hombres que lo aseguran. ¡Siempre testimonios humanos! ¡Siempre hombres que me cuentan lo que han contado otros hombres! ¡Cuántos hombres entre Dios y yo! Veamos, no obstante; examinemos, comparemos, verifiquemos. Si Dios se hubiera dignado dispensarme de todo este trabajo, ¿le habría servido yo con menos buena voluntad?

»Considerad, amigo mío, en qué horrible discusión me he metido, de cuánta erudición he precisado para retroceder a las más lejanas antigüedades, para examinar, pesar, confrontar las profecías, las revelaciones, los sucesos, los monumentos de fe propuestos en todos los países del mundo; para señalar las épocas, los lugares, los autores, las ocasiones... Cuánta exactitud de crítica preciso para distinguir las piezas auténticas de las supuestas, para comparar las objeciones con las respuestas y las versiones de los originales, para decidir de la imparcialidad de los testigos, de su sano juicio y de sus luces; para saber si han suprimido nada, añadido, invertido, cambiado o falsificado; para airear las contradicciones que aún quedan, para fallar acerca del peso que debe tener el silencio de los contrarios en los hechos que contra ellos se alegan; si han conocido estas alegaciones, si han hecho de ellas el aprecio suficiente para responder, si eran tan comunes los libros que fuesen a sus manos los nuestros, si hemos tenido la bastante buena fe para dejar correr entre nosotros los suyos, y que subsistiesen sus más fuertes objeciones como ellos las habían hecho.

»Reconocidos como indudables todos estos monumentos, se debe pasar en seguida a las pruebas de la misión de sus autores, saber a fondo las leyes de las suertes, las probabilidades eventuales, para señalar qué predicción se puede cumplir sin milagro; la índole de los idiomas originales, para distinguir lo que en estos idiomas es predicción de lo que sólo es figura oratoria; qué sucesos se hallan en el orden para decir hasta qué punto un hombre astuto puede engañar a los ignorantes y hasta asombrar a personas ilustradas; averiguar de qué especie debe ser un portento y qué autenticidad ha de tener, no sólo para ser creído, sino para que merezca ser castigado quien dude de él; comparar las pruebas de los falsos y verdaderos milagros y hallar reglas ciertas para discernirlos; en fin, decir por qué escogió Dios, para comprobar su

palabra, medios que tienen tanta necesidad de ser comprobados, como si se burlara de la credulidad de los hombres y evitase a sabiendas los verdaderos medios de persuadirlos.

»Supongamos que la majestad divina se digna descender lo bastante para hacer a un hombre órgano de sus voluntades sagradas. ¿Es racional y justo exigir que obedezca todo el género humano la voz de este ministro, sin dársele a conocer como tal? ¿Es equitativo no darle otras credenciales que algunos signos particulares obrados en presencia de pocas personas oscuras, y que todos los demás hombres jamás sabrán de otro modo que de oídas? En todos los países del mundo, si se tuviesen por verdaderos los prodigios que la plebe y los crédulos dicen haber visto, cada secta sería la buena, existirían más portentos que sucesos naturales, y el mayor de todos los milagros sería que donde haya fanáticos perseguidos no hubiese milagros. El inalterable orden de la naturaleza es lo que más patentiza la sabia mano que la rige; si se diesen frecuentes excepciones, yo no sabría qué pensar, y creo en Dios demasiado para admitir esos milagros tan poco dignos de El.

»Si viene un hombre hablando de esta forma: “Mortales, yo os anuncio la voluntad del Altísimo; en mi voz reconoced al que me envía; mando que el sol cambie de curso, que las estrellas se coloquen de distinto modo, que los montes reduzcan su altivez, que las olas se levanten y que tome otro aspecto la tierra”. Ante estas maravillas, ¿quién no reconocería al árbitro de la naturaleza? Esta no obedece a los impostores cuyos milagros se realizan en encrucijadas, en desiertos, en aposentos, y sugestionan a su antojo a un corto número de espectadores ya dispuestos a creerlo todo. ¿Quién se atreverá a decirme cuántos testigos son necesarios para que un prodigio sea digno de fe. Si vuestros milagros, destinados a probar vuestra doctrina, necesitan pruebas, ¿para qué sirven? Se adelantaba lo mismo no haciéndolos.

»Resta, por último, el examen más importante en la doctrina que se anuncia, porque como los que dicen que Dios hace milagros en la tierra pretenden que algunas veces los imite el diablo, con los portentos mejor averiguados no estamos más adelantados que antes, y una vez que, aun en presencia de Moisés, se atrevían los

magos del faraón a repetir los mismos signos que hacía aquél por orden expresa de Dios, ¿por qué en su ausencia no habrían aspirado a la misma autoridad con los mismos títulos? Así, después de probar la doctrina con el milagro, es precisó probar el milagro con la doctrina[119], con el fin de no confundir la obra del demonio con la de Dios. ¿Qué es lo que vosotros pensáis de este círculo vicioso?

»Esta doctrina que viene de Dios es preciso que lleve estampado el carácter sagrado de la Divinidad; no sólo debe aclarar las ideas confusas que acerca de ella ha bosquejado el raciocinio en nuestra mente, sino que también debe proponernos un culto, una moral y máximas que convengan a los atributos por los que únicamente concebimos su esencia. De modo que si sólo nos mostrase cosas absurdas y disparatadas, si sólo nos inspirase afectos de aversión a nuestros semejantes y de espanto de nosotros mismos; si nos pintase un Dios airado, celoso, vengativo, parcial y rencoroso con los hombres, un Dios de guerra y de combates, dispuesto siempre a destruir y a fulminar, siempre hablando de tormentos y de penas y que se alabase de castigar incluso a los inocentes, este Dios terrible no atrae ría mi corazón, y me guardaría de dejar mi religión natural para abrazar la suya, pues ya veis claramente que sería forzoso elegir. Yo diría a sus sectarios: vuestro Dios no es el nuestro. El que comienza por escoger a un solo pueblo, y proscribire a los demás del linaje humano, no es el padre común de los hombres; el que destina al fuego eterno la mayor parte de sus criaturas, no es el Dios clemente y bueno que me ha asegurado mi razón, la cual, me dice, por lo que se refiere a los dogmas, que deben ser claros, luminosos, de una evidencia irresistible. La religión natural es insuficiente debido a la oscuridad que deja en las altas verdades que nos enseña; corresponde a la revelación el enseñarnos estas verdades de una forma palpable para el espíritu humano, hacen que las conciba para que las crea. La fe se fortalece y afianza por el entendimiento; la más clara es infaliblemente la mejor de todas las religiones; el que llena de misterios y contradicciones el culto que me predica, me enseña a que desconfíe de él. El Dios que yo adoro no es un Dios de tinieblas ni me ha dotado de entendimiento para prohibirme que haga uso de él; decirme que sujete mi razón es

agraviar a su autor. Un ministro de la verdad jamás tiraniza la razón, sino que la alumbra.

»Hemos dejado aparte toda autoridad humana, y sin ella no veo cómo puede convencer un hombre a otro cuando le predica una doctrina contraria a la razón. Por un instante procuremos que se encuentren estos dos hombres y averigüemos lo que se podría decir con aquella aspereza de lenguaje tan generalizada en ambos partidos.»

EL INSPIRADO: La razón os enseña que el todo es mayor que la parte, pero yo os enseño, de parte de Dios, que la parte es mayor que el todo.

EL RAZONADOR: ¿Y quién sois vos para atreveros a decirme que Dios se contradice? ¿A quién he de creer mejor, al que me enseña por la razón las verdades eternas, o a vos que de su parte me anunciáis un absurdo?

EL INSPIRADO: A mí, porque mi instrucción es más positiva, y voy a probaros de un modo indudable que él me envía.

EL RAZONADOR- ¡Cómo! ¿Me probaréis que Dios es quien os envía a dar testimonio contra él? ¿De qué género serán vuestras pruebas para convencerme de que es más cierto que me habla Dios por boca vuestra que por el entendimiento que me ha dado?

EL INSPIRADO: ¿El entendimiento que os ha dado? ¡Hombre mezquino y vano! ¡Como si fueseis vos el primer impío que se extravía con su razón corrompida por el pecado!

EL RAZONADOR: Varón de Dios, tampoco seríais vos el primer bellaco que presenta su arrogancia como prueba de su misión.

EL INSPIRADO: ¡Qué! ¿También injurian los filósofos?

EL RAZONADOR: Algunas veces, cuando les dan ejemplo los santos.

EL INSPIRADO: Yo tengo derecho para hacerlo, puesto que hablo de parte de Dios.

EL RAZONADOR: Sería bueno mostrar el título antes de usar ese privilegio.

EL INSPIRADO: Mi título es auténtico; la tierra y los cielos sirven de testimonio en mi favor. Seguid atentamente mis razonamientos.

EL RAZONADOR: ¡Vuestros razonamientos! No os dais cuenta de lo que decís. Enseñarme que me engaña mi razón, ¿no es refutar lo mismo que me dijera en vuestro abono? El que recusa la razón sin valerse de ella, ha de convencer, porque supongamos que me convencéis con vuestros argumentos; ¿cómo puedo saber yo si mi razón no está corrompida por el pecado, lo que hace que me rinda a lo que decís? Por otra parte, ¿qué prueba, qué demostración podréis hacer que sea más evidente que el axioma que ha de destruir? Es tan creíble que un buen silogismo sea una falsedad, como que la parte sea mayor que el todo.

EL INSPIRADO: ¡Qué diferencia! Mis pruebas no tienen réplica, pues son de un orden sobrenatural.

EL RAZONADOR: ¡Sobrenatural! ¿Qué significa esta palabra? No la entiendo.

EL INSPIRADO: Son mutaciones en el orden de la naturaleza, profecías, milagros, prodigios de toda especie.

EL RAZONADOR: ¡Prodigios! ¡Milagros! Nunca vi nada de eso.

EL INSPIRADO: Otros los vieron por vos. Infinidad de testigos..., el testimonio de los pueblos...

EL RAZONADOR: ¿El testimonio de los pueblos es de orden sobrenatural?

EL INSPIRADO: No, pero cuando es unánime, es indisputable.

EL RAZONADOR: No hay nada más incontestable que los principios de la razón y no es posible comprobar un absurdo con el testimonio de los hombres. Vuelvo a repetirlo: veamos estas

pruebas sobrenaturales, puesto que el testimonio del género humano no lo es.

EL INSPIRADO: ¡Oh, corazón endurecido!, no os habla la gracia.

EL RAZONADOR: No es culpa mía, porque, según decís, es necesario haber recibido ya la gracia para saber pedirla. Habladme vos en vez de ella.

EL INSPIRADO: Eso es lo que estoy haciendo, y no me escucháis. Pero, ¿qué decís de las profecías?

EL RAZONADOR: Digo que del mismo modo que he oído profecías, he visto milagros. Además, digo que ninguna profecía puede tener autoridad para mí.

EL INSPIRADO: ¡Satélite del demonio! ¿Y por qué no tienen autoridad las profecías para vos?

EL RAZONADOR: Porque para que la tuvieran serían necesarias tres cosas, cuyo concurso es imposible: que yo hubiese sido testigo de la profecía, que lo fuese del suceso y que estuviese demostrado que éste no ha podido casar casualmente con la profecía, porque aunque fuese más determinada, más clara, más luminosa que un axioma de geometría, puesto que la claridad de una predicción hecha a la ventura no imposibilita que se cumpla, y cuando sucede este cumplimiento, nada prueba que favorezca al que la predijo.

«Contemplad a lo que se reducen vuestras pretendidas pruebas sobrenaturales, vuestros milagros y vuestras profecías. A creer todo esto sobre la palabra de otro y a sujetar a la autoridad de los hombres la autoridad de Dios que habla a mi razón. Si pudieran recibir algún desprecio las verdades eternas que concibe mi inteligencia, para mí dejaría de haber ningún género de incertidumbre, y lejos de estar cierto de que me habláis de parte de Dios, ni siquiera estaría seguro de que Dios existe.

Estas son grandes dificultades, hijo mío, y todavía hay más. Entre tantas religiones diversas que se proscriben y mutuamente se excluyen, una sola es la buena, si hay alguna que lo sea. Para reconocerla, no es suficiente examinar una sola; es preciso examinarlas todas, puesto que en ninguna materia debemos condenar sin antes oír[120]; es indispensable establecer una comparación entre las objeciones y las pruebas; saber lo que opone

cada uno a los demás y lo que responde. Cuanto más demostrada nos parezca una opinión, más debemos indagar en qué se fundan tantos hombres para no creer que están equivocados. Ha de ser muy sencillo quien crea que es suficiente oír a los doctores de su partido para instruirse en las razones del partido contrario. ¿Dónde están los teólogos que hagan gala de su buena fe? ¿Dónde los que para rebatir las razones de sus contrarios no las debiliten primero? Cada uno se luce en su partido, pero hay quien entre los suyos está muy ufano con sus pruebas y haría un papel muy tonto entre las personas de otro partido. ¿Queréis instruiros en los libros? Cuánta erudición tendréis que adquirir, cuántas lenguas que aprender, cuántas bibliotecas que ver y libros y más libros que leer. Por la elección, ¿quién me guiará? Difícilmente habrá en un país los mejores libros del partido contrario, y con más razón no se encontrarán los de todos los partidos, y aun cuando los hubiera, pronto los rebatirían. Siempre queda mal el ausente, y razones fútiles expresadas con arrogancia fácilmente eclipsan las irrefutables que se exponen con desdén. Además, regularmente no hay nada que engañe más que los libros, ni que con menos fidelidad represente la idea de quien los ha escrito. Cuando habéis querido realizar juicios sobre la fe católica por medio del libro de Bossuet, os habéis hallado muy desviados de vuestra idea después de haber vivido con nosotros. Habéis visto que la doctrina con que se responde a los protestantes no es la misma que se enseña al pueblo, y que no tienen ningún parecido con el libro de Bossuet las enseñanzas de nuestros sermones. Para apreciar bien una religión, no debe ser estudiada en los libros de sus partidarios, sino que es preciso ir a aprenderla en el país, lo que es muy distinto. Cada país tiene sus tradiciones, su sentido, sus prácticas, sus preocupaciones, que forman el espíritu de su creencia y que se ha de unir con ella para juzgar bien.

»Si hay tantos países populosos que no imprimen libros ni leen los nuestros, ¿cómo juzgarán nuestras opiniones y cómo decidiremos nosotros de las suyas? Nos reímos de ellos y ellos nos desprecian, y si nuestros viajeros los ridiculizan, para pagárnoslo no les falta más que viajar por nuestros países. ¿En qué tierra no hay personas de juicio, de buena fe, de honradez y amantes de la

verdad, que para abrazarla sólo desean conocerla? No obstante, cada uno siente su culto y cree absurdos los de las demás naciones; luego, o estos cultos de países extraños no son tan extravagantes como nos parecen, o la razón que en los nuestros encontramos nada prueba.

»En Europa tenemos tres principales religiones: la una admite una sola revelación, la otra admite dos y la otra tres. Cada una detesta y maldice las otras, las acusa de ceguera, de endurecimiento, de obstinación y de mentira. ¿Qué hombre imparcial osará juzgarlas sin antes haber medido con detalle sus pruebas y escuchado con atención sus razones? La que sólo admite una revelación es la más antigua y parece la más segura; la que admite tres es la más moderna y parece la más consciente; la que admite dos y detesta la tercera, puede ser la mejor, pero tiene todas las preocupaciones en contra suya, la inconsecuencia salta a la vista.

»En las tres revelaciones, los libros sagrados están escritos en lenguas ignoradas de los pueblos que las siguen; los judíos ya no entienden el hebreo, los cristianos no entienden el hebreo ni el griego, y ni los turcos ni los persas entienden el árabe, lo mismo que los árabes modernos no entienden ni hablan la lengua de Mahoma. ¿No es verdaderamente una manera muy simple de instruir a los hombres y hablarles en una lengua que no entienden? Estos libros están traducidos, dirán. ¡Buena respuesta! ¿Quién me asegurará que estos libros están traducidos fielmente ni que sea posible que lo estén? Y cuando Dios hace tanto tiempo que habla con los hombres, ¿por qué necesitó un intérprete?

»Jamás concebí que lo que todo hombre esté obligado a saber esté contenido en los libros, y que el que no pueda consultar estos libros y los que no los entiendan sean castigados por una involuntaria ignorancia. ¡Siempre libros! ¡Qué manía! Porque Europa está abarrotada de libros, los europeos los tienen por indispensables, sin ver que en las tres cuartas partes de la tierra nunca han visto uno. ¿No están escritos por hombres todos los libros? Pues, ¿cómo ha de precisar de ellos para conocer sus deberes? ¿Y qué medios tenía para conocerlos antes de que se hubieran escrito esos libros? O aprenderá estos deberes por sí mismo, o está dispensado de saberlos.

»Nuestros católicos hacen mucho ruido con la autoridad de la Iglesia. ¿Qué ganan con eso, si necesitan para imponer su autoridad, tanto aparato de pruebas como las otras sectas para establecer directamente su doctrina? La Iglesia decide que la Iglesia tiene derecho de decidir. Ciertamente, la autoridad está bien probada. Salid de esto y os metéis en todas nuestras discusiones.

»¿Conocéis a muchos cristianos que se hayan tomado la molestia de examinar escrupulosamente lo que alega el judaísmo contra ellos? Si hay alguien que ha visto algo, ha sido en los libros de los cristianos. ¡Buena forma de instruirse en los razonamientos de sus contrarios! Pero, ¿qué se puede hacer? Si hubiera alguien en nuestro país que se atreviera a publicar un libro afirmando y esforzándose en probar que Jesucristo no es el Mesías, se castigaría al autor, al editor y al librero^[121]. Este camino es cómodo y seguro para tener siempre razón; es muy fácil refutar a quien no se atreve a responder.

»Aquellos de nosotros que pueden conversar con los judíos están poco más adelantados. Los desgraciados están a nuestra merced; la tiranía que con ellos se ejerce los atemoriza. Sabiendo lo fácil que le es a la caridad cristiana la crueldad y la injusticia, ¿cómo se han de atrever a lamentarse sin exponerse que les gritemos “al blasfemo”? La codicia nos espolea, y para que no se les culpe son demasiado ricos. Los más eruditos y los más ilustrados son siempre los más circunspectos. Convertiréis a algún miserable sobornado para calumniar su secta; haréis hablar a algunos pordioseros viles que cederán para adularos; triunfaréis de su ignorancia y su cobardía, mientras que sus doctores se reirán en silencio de vuestra estupidez. Pero, ¿creéis que en países donde se viesan seguros sería tan fácil arrollarlos? En la Sorbona, es claro como la luz del día que las predicciones del Mesías se aplican a Jesucristo, y entre los rabinos de Amsterdam, no deja de ser claro que ninguna conexión tienen con él. Nunca creeré que me hayan dicho todas sus razones los judíos mientras no tengan un Estado libre, escuelas y universidades donde puedan hablar y disputar sin peligro; sólo entonces sabremos lo que pueden alegar.

»En Constantinopla, los turcos dicen sus razones, allí nosotros no nos aventuramos a decir las nuestras; allí nos toca ceder. Si los

turcos nos exigen su mismo respeto a Mahoma, en quien no creemos, nosotros lo exigimos de los judíos a Jesucristo, en quien ellos tampoco creen. ¿Obran mal los turcos? ¿Obramos nosotros bien? ¿Por qué principio de equidad resolveremos esta cuestión?

»Las dos terceras partes del linaje humano no son ni judíos, ni mahometanos, ni cristianos, ¡y cuántos millones de hombres jamás han oído hablar de Moisés, ni de Jesucristo, ni de Mahoma! Los niegan, y sostienen que nuestros misioneros van a todas partes, lo que es muy fácil decir. Pero, ¿acaso van al interior de África todavía desconocido, allí donde hasta ahora nunca se adentró un europeo? ¿Van a la Tartaria mediterránea, siguiendo a caballo las hordas errantes, a las que nunca se acercó un extranjero, y que lejos de haber oído hablar del papa, apenas tienen idea del gran lama? ¿Van a los inmensos continentes de América, donde naciones enteras aún no saben que han puesto el pie en el suyo pueblos de otro mundo? ¿Van a Japón, de donde sus malas artes los han hecho arrojar para siempre, y donde las generaciones que nacen solamente conocen a sus predecesores como a entrometidos astutos, que con un fervor hipócrita y una fingida blandura habían ido a apoderarse del imperio? ¿Van a los serrallos de los príncipes de Asia a anunciar el Evangelio a millones de pobres esclavos? ¿Qué delito han cometido las mujeres de esta parte del mundo para que ningún misionero les pueda predicar la fe? ¿Irán todas al infierno por haber vivido recluidas?

»Aun cuando fuese verdad que se anunciara el Evangelio en toda la tierra, ¿qué se adelantaría con eso? La víspera del día que llegó un misionero a un país, murió alguien que no pudo oírle. Decidme, pues, ¿qué haremos si en todo el universo no se hallase más que con ese alguien, ese solo hombre a quien no hubiesen predicado la ley de Jesucristo? Sería tan fuerte la objeción con respecto a este hombre único como con respecto a la cuarta parte del género humano.

»Cuando los ministros del Evangelio se hicieron oír de los pueblos remotos, ¿qué les dijeron que pudiesen creer sobre su palabra, que fuese conforme a la razón y que no exigiese la más escrupulosa comprobación? Me anunciáis un Dios nacido y muerto hace dos mil años, al otro extremo del mundo, en no sé qué pueblecito, y me

decís que se condenarán todos los que no crean en este misterio. Son cosas muy extrañas para ser creídas tan pronto y sólo por la autoridad de un hombre que no conocen. ¿Por qué ha hecho vuestro Dios que sucedieran allá, tan lejos, todos estos acontecimientos, queriendo obligarme a que me instruyera de ellos? ¿Ignorar lo que sucede en los antípodas es un delito? ¿Yo puedo adivinar que existe en otro hemisferio un pueblo hebreo y una ciudad de Jerusalén? Eso sería equivalente a que me obligaran a saber lo que pasa en la luna. Decís que habéis venido a enseñármelo, pero, ¿por qué no vinisteis a enseñárselo a mi padre? ¿O por qué condenáis a aquel anciano porque nunca lo supo? ¿Ha de ser eternamente castigado por vuestra pereza, él, que era tan bueno, tan generoso y que sólo buscaba la verdad? Poneos de buena fe en mi lugar, ved si por vuestro único testimonio debo creer todas las cosas increíbles que decís y conciliar tantas injusticias con el Dios justo que me anunciáis. Permitidme que vaya a conocer ese milagroso país, donde paren las vírgenes, donde nacen, comen y padecen los dioses, y que vaya a saber por qué trataron a Dios como a un facineroso los moradores de esa Jerusalén. Decís que no le reconocieron como a Dios; ¿qué haré yo, que jamás le había oído nombrar, hasta que me habéis hablado de él? Añadís que han sido castigados, dispersos, oprimidos, esclavizados; que ninguno de ellos se aproxima ya a aquella ciudad. Bien merecido lo tienen, pero, ¿qué dicen los habitantes de ahora del deicidio de sus predecesores? Lo niegan, y tampoco reconocen por Dios a Dios. Pues para eso, bien podían dejar allí a los descendientes de los primeros.

»¡Cómo! En esa misma ciudad donde murió Dios, ni los antiguos ni los nuevos moradores le han reconocido. ¿Y queréis que le reconozca yo, que he nacido dos mil años después y a dos mil leguas de distancia? ¿No veis que antes de dar crédito a ese libro que llamáis sagrado, y del cual nada comprendo, debo saber por otros, no por vos, cuándo y por quién fue compuesto, cómo se han conservado, cómo han llegado a vosotros, las razones que alegan los que en su país lo repudian, aunque sepan tan bien como vos todo lo que me enseñáis? Ya veis que es necesario que yo vaya a Europa, a Asia, a Palestina, a examinarlo todo por mí mismo; sería

necesario que hubiese perdido el juicio para escucharos antes de entonces.

»El discurso no sólo me parece razonable, sino que sostengo que en semejante caso todo hombre de juicio debe hablar así, despidiendo al misionero que antes de presentar sus pruebas se apresura a instruirle y a bautizarle. Y sostengo que no hay revelación contra la cual no tengan las mismas objeciones tantas fuerza como contra el cristianismo, y todavía más, de donde se deduce que si no hay más que una religión verdadera, y si está obligado todo hombre a seguirla, bajo pena de condenación eterna, es preciso pasar la vida estudiándolas todas, profundizándolas, comparándolas, recorriendo los países donde están establecidas. Nadie está exento del primer deber del hombre, nadie tiene derecho a fiar en el juicio ajeno. El artesano que sólo vive de su trabajo, el labrador que no sabe leer, la joven tímida y delicada, el enfermo que apenas se puede levantar de la cama, todos sin excepción deben estudiar, meditar, viajar; no habrá pueblo estable y fijo y toda la tierra estará llena de peregrinos que irán con grandes gastos e innumerables fatigas a comprobar, comparar, examinar por sí mismos los diversos cultos que se siguen. Entonces, adiós oficios, artes, ciencias humanas y todas las ocupaciones civiles; ya no puede haber otro estudio que el de la religión, con grandes penas, el que haya disfrutado de ,más robusta salud, empleado mejor el tiempo, hecho mejor uso de la razón y vivido más años, sabrá, cuando sea viejo, a qué se debe atener, y será mucho que antes de su muerte sepa en qué culto hubiera debido vivir.

»¿Queréis suavizar ese método y conceder algo a la autoridad de los hombres? Al instante se lo restituís todo, y si el hijo de un cristiana obra bien, aun cuando sin un profundo examen sigue la religión de su padre, ¿por qué ha de obrar mal el hijo de un turco que igualmente sigue la religión del suyo? Desafío a todos los intolerantes del mundo a que respondan a esto de modo que complazca a un hombre sensato.

»Forzados por estas razones, unos prefieren hacer injusto a Dios y castigar a los inocentes por el pecado de su padre antes que renunciar a este bárbaro dogma; los otros escapan de la dificultad enviando cortésmente a un ángel para que instruya a aquel que por

una invencible ignorancia haya vivido moralmente bien. ¡Qué bella invención la de este ángel! No satisfechos con esclavizarnos a sus máquinas, ponen a Dios en la necesidad de emplearlas.

»Ved, hijo mío, a qué absurdos conducen el orgullo y la intolerancia cuando cada uno se obstina en sus ideas y quiere tener más razón que el resto del género humano. Tomo por testigo a este Dios de paz, que adoro y os anuncio, que han sido sinceras todas mis investigaciones, pero viendo que eran y serían siempre sin fruto, y que me sumergía en un océano sin riberas, he vuelto atrás y he mantenido mi fe en mis primitivas nociones. Nunca he podido creer que Dios me ordenara saber tanto, so pena del infierno. He cerrado, pues, todos mis libros. Sólo hay uno abierto a los ojos de todos, y ése es el de la naturaleza; en este grande y sublime libro aprendo a servir, a adorar a su divino autor. No tiene excusa el que no lo lee, porque habla a los hombres en una lengua comprensible a todos los espíritus. Aunque yo hubiera nacido en una isla desierta y no hubiese visto a ningún hombre, ni me hubiesen explicado lo que aconteció antiguamente en un rincón del mundo, si ejercito mi razón, si la cultivo, si hago buen uso de las facultades inmediatas que Dios me ha dado, aprenderé por mí mismo a conocerle, a amarle, a estimar sus obras, a querer el bien que quiere El y a desempeñar por complacerle todas mis obligaciones en la tierra. ¿Qué otra cosa me enseñará todo el saber de los hombres?

»Referente a la revelación, si yo razonase mejor o fuese más instruido, acaso vería su verdad y su utilidad para los que tienen la dicha de reconocerla, pero si hallo en su favor pruebas que no puedo rebatir, veo también objeciones que no puedo resolver. Hay tantas razones sólidas en favor y en contra que no sabiendo cómo determinarme, ni la admito ni la desecho; solamente rechazo la obligación de reconocerla para salvarse, porque esta pretendida obligación es incompatible con la justicia de Dios, y lejos de remover así los obstáculos para la salvación, los hubiera multiplicado y hecho insuperables para la mayor parte del género humano. Exceptuando este punto, permanezco en una respetuosa duda. No tengo la presunción de crearme infalible; otros han podido decidir lo que me parece indeciso, pero yo razono por mí, no por ellos; ni los censuro,

ni los imito. Su juicio puede ser más acertado que el mío, pero yo no tengo la culpa de pensar de otro modo.

»Os confieso igualmente que la santidad del Evangelio es un argumento que habla a mi corazón y que sentiría encontrar alguna verdadera objeción contra él. Mirad los libros de los filósofos con todo su aparato. ¡Qué ridículos son al lado de éste! ¿Es posible que un libro tan sencillo, tan sublime haya salido de los hombres? ¿Es posible que aquel cuya historia narra no sea más que un hombre? ¿Es ése el estilo de un ardiente seguidor o de un ambicioso sectario? ¡Qué blandura, qué costumbres más puras! ¡Qué delicada gracia en sus instrucciones! ¡Qué máximas más sublimes! ¡Qué sabiduría más honda en sus juicios! ¡Qué claridad y qué justas sus respuestas! ¡Qué gobierno de sus pasiones! ¿Dónde está el hombre, dónde el sabio que sabe obrar, sufrir y ser conducido al patíbulo sin temor ni orgullo? Cuando retrata Platón un justo imaginario, cubierto con el oprobio del delito y merecedor de todas las recompensas de la virtud, pinta escena a escena a Jesucristo, y la semejanza tiene tal perfección que se han dado cuenta todos los padres y no es posible caer en el error. ¿Qué preocupaciones, qué obcecación o qué mala intención ha de poseer quien se atreva a poner en comparación al hijo de Sofronisco con el hijo de María? ¡Qué distantes uno del otro! Sócrates, muriendo sin dolor, sin ignominia, sostuvo con facilidad hasta el final su papel, y si esta muerte tan fácil no hubiera adornado su vida, acaso creeríamos que con toda su sabiduría, Sócrates no pasó de ser un sofista. Se opina que inventó la moral, pero otros la habían practicado antes que él; no hizo otra cosa que colocar en lecciones sus ejemplos. Arístides había sido justo antes de que hubiera dicho Sócrates qué cosa era la justicia. Leónidas fue muerto por su pueblo antes de que Sócrates dictase como una obligación el amor a la patria. Esparta se distinguía por su sobriedad antes de que Sócrates distinguiese la sobriedad en virtuosas figuras. Pues, ¿dónde había aprendido Jesús aquella pura y sublime moral, cuyo ejemplo y lecciones únicamente El nos ha legado?[\[122\]](#). En la entraña del más feroz fanatismo se hizo oír la más elevada sabiduría, y la sencillez de las virtudes más nobles honró al más despreciable de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilo y rodeado de sus amigos, es la

más dulce que pueda esperarse; la de Jesús expirando en el patíbulo, afrentado, escarnecido, maldito de un pueblo entero, es la más horrible que puede temerse. Sócrates, bebiendo la copa envenenada, da la bendición al verdugo que lloroso se la presenta; Jesús, en medio de un horroroso suplicio, pide perdón para los que le martirizan. Si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son únicamente de Dios. ¿Pensaremos que la historia del Evangelio ha sido inventada? Amigo mío, nada inventa así, y los hechos de Sócrates, de los que nadie duda, están menos comprobados que los de Jesucristo. En realidad, esto es desviar la dificultad sin destruirla; más incomprendible sería que varios hombres, puestos de acuerdo, hubiesen escrito este libro que el que uno solo haya dado materia para él. Jamás hubieran imaginado unos autores judíos ni aquel estilo ni aquella moral, y el Evangelio presenta caracteres de verdad tan grandes, tan de relieve, tan perfectamente inimitables, que aún sería el inventor más admirable que el héroe. A pesar de todo, el mismo Evangelio está lleno de cosas increíbles, que repugnan a la razón y no es posible que las conciba ni las admita ningún hombre sensato. ¿Qué se ha de hacer ante todas estas contradicciones? Ser siempre circunspecto y modesto, hijo mío: respetar en silencio lo que no podemos ni rechazar ni entender, y humillarnos en presencia del gran Ser, pues El es el único que sabe la verdad.

»He aquí el escepticismo involuntario en que me he quedado, pero no es un escepticismo en manera alguna penoso, porque no se extiende a los puntos esenciales en la práctica y porque ya estoy decidido respecto a los principios de todos mis deberes. Yo sirvo a Dios en la simplicidad de mi corazón y no procuro saber más de lo que importa para mi conducta. En cuanto a los dogmas que no influyen ni sobre las acciones ni sobre la moral, y que tantos se atormentan en observar atentamente, no me preocupan. Miro las religiones particulares como otras tantas instituciones saludables que en cada país prescriben un modo uniforme de honrar a Dios con un culto público, y todas pueden tener sus motivos en el clima, en el Gobierno v_ en la índole del pueblo, o en alguna otra causa local que haga preferible una a la otra, según los tiempos y lugares. Las creo todas buenas cuando en ellas se sirve a Dios como conviene.

El culto esencial está en el corazón; Dios no desecha su homenaje cuando es sincero, sea cual fuere la forma en que se le ofrezca. Llamado en la que profeso al servicio de la Iglesia, desempeño con toda la posible exactitud las funciones que se me dictan, y me remordería la conciencia si faltase voluntariamente a ellas en un punto. Después de una dilatada suspensión, sabéis que por la mediación de una persona influyente, M. de Mellarède, conseguí licencia de volver al ejercicio de mis funciones para ganarme la vida. Antes decía la misa con la ligereza a que se acostumbra uno, aun en las cosas más serias, cuando las hace con mucha frecuencia, pero desde mis nuevos principios la celebro con más veneración: me lleno de la majestad del Ser supremo, de su presencia, de la insuficiencia del espíritu humano, que concibe escasamente lo que tiene referencia con su autor. Teniendo en cuenta que le ofrezco las preces del pueblo en la forma prescrita, sigo con cuidado todos los ritos, recito atentamente, procuro no omitir la menor palabra, ni la menor ceremonia cuando se acerca el momento de la consagración; me recojo para hacerla con todas las disposiciones que exigen la Iglesia y la grandeza del sacramento; procuro excluir mi razón ante la inteligencia suprema, y digo en mí ¿Quién eres tú para medir el poder infinito? Pronuncio con respeto las palabras sacramentales, y doy a su eficacia toda la fe que depende de mí. Sea lo que fuere este incomprensible misterio, no temo ser castigado el día del juicio por haberlo profanado nunca en mi corazón.

»Honrado con el sagrado ministerio, aunque en la última clase, no haré ni diré nunca nada que me haga indigno del desempeño de las sublimes obligaciones. Explicaré siempre la virtud a los hombres, exhortándolos a que obren bien, y mientras pueda seré ejemplo para ellos. Por mí no quedará el lograr que amen la religión, ni el reafirmar su fe en los dogmas verdaderamente útiles y que están todos obligados a creer, pero no permita Dios que les predique nunca el tiránico dogma de la intolerancia ni los incite a odiar a su prójimo v a decir a otros hombres que serán condenados, que fuera de la Iglesia no hay salvación[123]. Si estuviese en un puesto más elevado, quizá pudiera esta reserva traerme malas consecuencias, pero soy muy humilde para tener que temer y no puedo caer mucho

más bajo de donde estoy. Ante cualquier obstáculo, no blasfemaré contra la divina justicia, ni mentiré contra el Espíritu Santo.

»Durante mucho tiempo tuve la ambición de ser honrado con un curato; todavía la conservo, pero ya no lo espero. Mi buen amigo, no hallo cargo más hermoso que el de cura. Un buen cura es ministro de bondad, como un buen magistrado un ministro de la justicia. Un cura nunca tiene que hacer mal; si no puede hacer siempre bien por propia voluntad, debe estar siempre dispuesto cuando se le solicita, y frecuentemente lo consigue cuando se sabe hacer respetar. ¡Ah! Si alguna vez en nuestras montañas yo tuviera un humilde curato sirviendo a buenos aldeanos, sería feliz, porque me parece que haría felices a mis feligreses. No los haría ricos, pero yo compartiría su pobreza; les evitaría el abatimiento y el menosprecio, más insoportables que la indigencia. Haría que amasen la concordia y la igualdad, que a veces repelen, y la miseria siempre la hacen tolerable. Cuando vieses que en nada lo pasaba yo mejor que ellos y que, sin embargo, vivía contento, aprenderían a no renegar de su suerte y a vivir felices como yo. En mis sermones, seguiría menos el espíritu de la Iglesia que el del Evangelio, donde el dogma es sencillo y la moral sublime, donde se ven pocas prácticas de religión y muchas obras de caridad. Antes de mostrarles lo que se debe hacer, siempre me esforzaría en practicarlo, para que se dieran cuenta de que era fiel a todo lo que predicaba. Si hubieran protestantes cerca o en mi parroquia, no haría distinciones con mis feligreses por lo que respecta a la caridad cristiana; los convencería a todos por igual para que se amasen los unos a los otros, que se considerasen como hermanos, que respetasen todas las religiones y que viviesen en paz cada uno en la suya. Creo que excitar a uno para que abandone la religión en que nació, es incitarle a que obre mal, y, por tanto, quien lo propone incurre en pecado. Mientras carezcamos de luces más claras, debemos mantener el orden público respetando las leyes en todos los países; no produzcamos ninguna perturbación al culto que profesen, no incitemos a los ciudadanos a la desobediencia, puesto que en realidad no sabemos si es un bien para ellos abandonar sus opiniones por otras, y sabemos con seguridad que es un mal desobedecer las leyes.

»Os he expuesto, querido joven, mi profesión de fe tal como la lee Dios en mi corazón; sois el primero a quien se la he descrito, y tal vez el único a quien la explique en mi vida. Mientras subsista alguna buena creencia entre los hombres, los espíritus serenos no deben ser perturbados ni sobresaltar la fe de los sencillos con dificultades que no pueden resolver y que los inquieten sin alumbrarlos, pero cuando todo está resentido, es preciso conservar el tronco a costa de las ramas. Las conciencias agitadas, inciertas, casi apagadas, y en el estado en que he visto la vuestra, necesitan que se las fortalezca y se las despierta, y para restablecerlas sobre la base de verdades eternas importa acabar de arrancar los pilares que se bambolean y en los que todavía creen encontrar apoyo.

»Estáis en la edad crítica en que el entendimiento se abre a la certidumbre, en que el corazón adquiere su forma y su carácter y en que uno se determina para toda la vida, sea para lo bueno, sea para lo malo. Más tarde la sustancia se endurece y ya no recibe impresiones nuevas. Joven, acoged en vuestra alma, todavía flexible, el sello de la verdad. Si no estuviese más seguro de mí mismo, con vos hubiera usado un estilo dogmático y decisivo, pero soy hombre, soy ignorante, y, por lo tanto expuesto a error. ¿Qué podía hacer? Os he mostrado sin reserva mi corazón; lo que yo considero cierto, os lo he presentado como cierto, como dudas mis dudas y como opiniones mis opiniones; os he expresado mis razones para dudar y para creer; por consiguiente, os toca a vos decidir. Os habéis tomado tiempo; sensata precaución que me hace tener una buena idea de vos. Primero poned vuestra conciencia en estado de que quiera que la iluminen; sed sincero con vos mismo, y de mí tomad opinión sobre lo que os haya convencido y rechazad lo demás. Aún no os ha depravado tanto el vicio que corráis el riesgo de escoger. Os propondría que debatiésemos largamente, pero el que discute se exalta; en la argumentación se introducen la vanidad y la obstinación, y ya no hay buena fe. Amigo mío, no discutáis nunca, pues en la discusión no se ilustra uno ni ilustra a los demás. Hasta después de meditar durante años, yo no me he decidido, y me atengo a mi resolución; mi conciencia está serena y mi corazón complacido. Si quisiera hacer un nuevo examen de mi sentir, no lo emprendería con más puro amor a la verdad, y siendo ya menos

activo mi espíritu, no sería tan apto para comprenderla. Me quedaré como estoy, no sea que convirtiéndose insensiblemente el gusto por la contemplación en pasión ociosa, me entibie en el ejercicio de mis obligaciones o que recaiga en aquel anterior escepticismo, sin encontrar fuerzas para salir de él. Ha pasado ya más de la mitad de mi vida; sólo me resta el tiempo preciso para aprovechar lo que me queda de ella y borrar mis yerros con mis virtudes. Si me equivoco, es contra mi voluntad. Sabe muy bien el que lee en lo íntimo de mi corazón que no estoy apegado a mi ceguedad. No pudiendo desecharla por mis propias luces, el único medio que me queda para salir de ella es una noble vida, y si de las mismas piedras Dios pudo dar hijos a Abraham, todo hombre tiene derecho a esperar que será iluminado, con tal que se haga merecedor.

»Si mis reflexiones os conducen a que penséis como yo, a adoptar mi modo de sentir, y a que tengamos la misma profesión de fe, escuchad el consejo que os doy: No expongáis de nuevo vuestra vida a las tentaciones de la miseria y de la desesperación; no la dejéis arrastrar ignominiosamente a merced de los extraños y dejad de comer el vil pan de la limosna. Volved a vuestra patria, reconciliaos con la religión de vuestros padres y seguidla con espíritu sincero y no la abandonéis jamás. Es muy sencilla y muy santa, y entre todas las religiones de la tierra, creo que es la que tiene una moral más pura y la que más satisface a la razón. No deben preocuparos los gastos del viaje, pues se os facilitarán. Tampoco temáis al escrúpulo de un arrepentimiento vergonzoso; la culpa debe sonrojar si no se repara. Todavía estáis en la edad en que se perdona todo, pero en la que ya no se peca impunemente. Cuando queráis escuchar vuestra conciencia, mil vanos obstáculos desvanecerán su grito. Reconoceréis que en la incertidumbre en que vivimos, es presunción que no tiene disculpa profesar otra religión que aquella en que uno ha nacido, y sería una falsedad no practicar sinceramente la que uno profesa. Si nos extraviarnos, tenemos una disculpa poderosa delante del tribunal del juez soberano. ¿No perdonará mejor el error en que uno fue criado que el de aquel que se atrevió a escoger por sí mismo?

»Hijo mío, conservad vuestra alma en situación de desear siempre que hay un Dios, y nunca lo dudaréis. En cuanto a lo

demás, sea cual fuere la resolución que toméis, penetraos bien de que las verdaderas obligaciones de la religión son independientes de las instituciones humanas; que el verdadero templo de la Divinidad es el corazón del justo; que en todo país y en toda secta el sumario de la ley_ se cifra en amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo: que no hay religión que dispense de las obligaciones de la moral, pues son las únicas verdaderamente esenciales; que la primera de estas obligaciones consiste en el culto interno, y que sin la fe no existe ninguna verdadera virtud.

»Apartaos de aquellos que, con pretexto de explicar la naturaleza, siembran en el corazón humano doctrinas desconsoladoras y cuyo escepticismo aparente es cien veces más afirmativo y dogmático que el estilo decisivo de sus contrarios. Con el arrogante pretexto de que sólo ellos son ilustrados, sinceros y de buena fe, nos sujetan imperiosamente a sus tajantes decisiones y pretenden darnos por principio verdadero de las cosas los sistemas ininteligibles que se han forjado en su imaginación. Por otra parte, derribando, destruyendo, pisando a sus plantas todo lo que respetan los hombres, privan a los afligidos del último consuelo de su miseria, quitan a los ricos y a los potentados el único freno de sus pasiones, desarraigan de los corazones el remordimiento del delito, la esperanza de la virtud, y todavía se jactan de ser los bienhechores del género humano. Dicen que la verdad nunca es perniciosa a los hombres, y a mi entender eso es una prueba decisiva de que no es la verdad lo que enseñan[124].

»Buen joven, sed sincero y verídico sin arrogancia, sabed ser ignorante, y no os engañaréis ni engañaréis a los demás. Si un día la cultura de vuestro talento os pone en estado de hablar con los hombres, habladles siempre conformes a vuestra conciencia, sin preocuparos de los aplausos. El abuso y el saber origina la incredulidad. Todo sabio desdeña la opinión vulgar, y cada uno quiere imponer la suya. La orgullosa filosofía conduce al fanatismo. Evitad estos extremos, permaneced siempre firmes en el camino de la verdad o de lo que os parezca que lo es en la sencillez de vuestro corazón, sin desviaros nunca de ella por vanidad o por debilidad. Atreveos a confesar a Dios entre los filósofos, y a predicar la humanidad a los intolerantes. Os veréis solo en vuestro partido, pero

con vos mismo llevaréis un testimonio, que os dispensará del de los hombres. Que os amen, que os aborrezcan, que lean o desprecien vuestros escritos, nada importa. Decid lo que sea cierto, haced lo que sea bueno. Lo que le importa al hombre es cumplir con sus deberes en la tierra, olvidándose de si trabaja para sí. Hijo mío, el interés particular nos engaña, y sólo la esperanza del justo es la que nunca engaña.»

He trasladado este escrito, no como regla de las ideas que deben seguirse en materia de religión, sino como un ejemplo del modo que se puede razonar con un alumno para no desviarse del método que he procurado establecer. Si no queremos ceder a la autoridad de los hombres, ni a las preocupaciones del país donde hemos nacido, las luces solas de la razón no pueden en la institución de la naturaleza llevarnos más lejos que a la religión natural, y a ésta me limito con mi Emilio. Si ha de tener otra, no me considero con derecho a ser su guía en esta parte; sólo a él le toca elegirla. Trabajemos de concierto con la naturaleza, y mientras ésta forma el hombre físico, formemos nosotros el hombre moral, pero nuestros progresos no son los mismos. Es ya fuerte y robusto el cuerpo cuando el alma es todavía indecisa y débil, y por más que haga el arte humano, siempre el temperamento antecede a la razón. Hasta aquí todo nuestro cuidado lo hemos puesto en retener el uno y excitar la otra, para que el hombre sea siempre el mismo en lo posible. Desarrollando su naturaleza, hemos ofuscado su sensibilidad naciente, y la hemos regulado cultivando su razón. Los objetos intelectuales moderaban la impresión de los objetos sensibles. Remontando al principio de las cosas, le hemos sustraído del imperio de los sentidos; era muy fácil elevarse desde el estudio de la naturaleza a la investigación de su autor.

Al llegar a esto, ¡qué nuevos medios tenemos para influir en nuestro alumno! ¡Cuántas maneras nuevas de hablar a su corazón! Es sólo entonces cuando encuentra su verdadero interés por ser bueno, en hacer el bien lejos de las miradas de los hombres, y sin que a ello le fueren las leyes; en ser justo entre Dios y él, en cumplir con su deber, aunque dependa de su vida, y en llevar en su corazón estampada la virtud, no sólo por el amor del orden, al cual siempre prefiere cada uno el amor de sí mismo, sino por el amor del

autor de su ser, amor que se confunde con este mismo amor de sí, para gozar al fin de la felicidad eterna que, después de haber hecho buen uso de esta vida, le prometen en la otra la serenidad de una buena conciencia y la contemplación del Ser Supremo. Fuera de esto, sólo veo injusticia, hipocresía y mentira entre los hombres; el interés particular, que en la concurrencia puede necesariamente más que todas las cosas, enseña a cada uno a disfrazar el vicio con máscara de virtud. Que todos los otros hombres hagan mi bien a costa del suyo, que todo se refiera a mí solo, que perezca si es preciso el género humano en la pena y la miseria para ahorrarme un momento de dolor o de hambre; éste es el lenguaje interior de todo incrédulo que razone. Sí, lo sostendré toda mi vida; cualquiera que en su corazón ha dicho: «No hay Dios», y habla de otro modo, es un mentiroso o un insensato.

Lector, haga lo que quiera, sé que vos y yo jamás veremos a mi Emilio bajo el mismo aspecto; siempre os lo figuráis parecido a vuestros jóvenes, siempre atolondrado, petulante, veleidoso, vagando de fiesta en fiesta, de diversión en diversión, sin poder fijarse nunca en nada, y os reiréis al ver que le presento como un contemplativo, un filósofo, un verdadero teólogo, en vez de un joven ardiente, vivo, arrebatado fogoso en la edad más ferviente de la vida. Diréis: «Este soñador siempre sigue con su fantástica imagen; cuando nos da un alumno a su manera no sólo id forma, sino que lo crea, lo saca de su cerebro, y convencido de que sigue sin cesar la naturaleza, se aparta de ella a cada estante». Siempre que comparo a mi alumno con los vuestros, apenas encuentro nada en que puedan parecerse. Educado tan diferente, es casi un milagro si se asemeja en algo. Como ha pasado su infancia con toda la libertad que ellos se toman en su juventud, en ésta comienza a seguir la regla a que sujetaron a los otros en su niñez; esta regla para ellos es un castigo, le cogen horror y no ven en ella otra cosa que la larga tiranía de los maestros; no creen que salen de la infancia si no sacuden toda especie de yugo[125]; entonces se cobran de la larga sujeción en que los retuvieron, como un prisionero, libre de rejas, extiende, agita y flexibiliza sus miembros.

Por el contrario, Emilio se honra con hacerse hombre y sujetarse al yugo de la razón naciente; ya formado su cuerpo, no necesita los

mismos movimientos y comienza a detenerse por sí mismo, mientras que su espíritu medio desenvuelto procura recíprocamente tomar su vuelo. De modo que la edad de razón, para unos, es la edad de la licencia, y para el otro es la edad del raciocinio.

¿Queréis saber si están ellos o él más cerca de la naturaleza? Observad las diferencias en los que se han alejado menos de ella, contemplad los jóvenes de las aldeas y ved si son tan petulantes como los vuestros. «Durante su infancia, los salvajes -dice Le Beau-, siempre están en actividad, y se ocupan en varios juegos que les agitan el cuerpo, pero al llegar a la edad de la adolescencia, se vuelven tranquilos, pensativos y no se aplican más que a juegos serios o de azar»[\[126\]](#). Emilio, habiéndose educado con toda la libertad de los jóvenes campesinos y salvajes, debe cambiar y quedarse quieto como ellos cuando sea mayor; toda la diferencia consiste en que, en vez de obrar únicamente por jugar o alimentarse, en sus ocupaciones y en sus juegos ha aprendido a pensar. Cuando por este camino ha llegado a tal término, se encuentra ya dispuesto para aquel en que le introduzco; los objetos de reflexión que le presento excitan su curiosidad, porque son hermosos en sí, nuevos para él, y está en estado de comprenderlos. En cambio, vuestros jóvenes, hastiados, aburridos con vuestras insípidas lecciones, con vuestras prácticas, con vuestros continuos catecismos, ¿cómo no se han de negar a la aplicación que tan tristes les han hecho, a los pesados preceptos con que no han cesado de abrumarlos, a las meditaciones sobre el autor de su ser, que les han presentado como enemigo de sus gustos? A todo esto le han tomado aversión, tedio y repugnancia, y si la violencia ha engendrado en ellos la antipatía, ¿cómo queréis que en ello se ocupen cuando pueden disponer de sí? Hacen falta novedades para agradarles, y no les gusta nada de cuanto se dice a los niños. Lo mismo sucede con mi alumno cuando es hombre, le hablo como a hombre, y sólo le digo cosas nuevas, y precisamente porque aburren a los otros deben ser de su gusto.

He aquí cómo le hago ganar tiempo de dos modos, retardando, en beneficio de la razón, los progresos de la naturaleza. Pero, ¿he retardado efectivamente estos progresos? No. pues sólo he impedido que los acelere la imaginación; he contrapesado con

lecciones de otra especie las precoces lecciones que de otra parte recibe el joven. Mientras el torrente de nuestras instituciones le arrastra, atraerle en sentido contrario por otras distintas no es sacarle de su puesto, es mantenerle en él.

Llega por fin el verdadero momento de la naturaleza, y es necesario que llegue, porque hace falta que el hombre muera y se reproduzca, para que dure la especie y se conserve el orden del mundo. Cuando por los signos de que he hablado presintáis el momento crítico, al instante abandonad para siempre vuestro antiguo procedimiento. Todavía es vuestro discípulo, pero ya no es vuestro alumno, sino vuestro amigo; es un hombre y tratadle como tal.

¡Cómo! ¿He de renunciar a mi autoridad cuando más necesaria la creo? ¿He de abandonar al adulto a sí mismo en el momento que menos se sabe conducir y que son mayores sus extravíos? ¿He de renunciar a mis derechos cuando más le importa que use de ellos? ¡Vuestros derechos! ¿Quién os dice que renunciéis? Ahora es cuando comienzan en beneficio suyo. Hasta aquí sólo por habilidad o por fuerza obteníais de él lo que deseabais. No conocía la autoridad ni la ley de la obligación; era preciso que le apremiarais o le engañosais para que os obedeciera. Pero mirad con cuántas nuevas cadenas habéis aprisionado su corazón. La razón, la amistad, la gratitud, mil afectos le hablan con un tono que no puede desconocer, y el vicio todavía no le ha ensordecido; todavía sólo es sensible a las pasiones de la naturaleza. La primera de todas, que es el amor de sí mismo, os lo entrega, y también os lo entrega el hábito. Si un arrebató momentáneo os lo arrebató, el arrepentimiento os lo devuelve al instante; el sentimiento que le une con vos es el único permanente; los demás todos se siguen y se borran mutuamente. No dejéis que se corrompa, y siempre será dócil: cuando comienza a demostrar rebeldía, ya está pervertido.

Confieso que si oponiéndoo abiertamente a sus nacientes deseos calificáis neciamente de delitos sus nuevas necesidades, pronto dejará de escucharos, pero en, cuanto abandonéis mi método, no respondo de nada. No perdáis nunca de vista que sois el ministro de la naturaleza, y nunca seréis su enemigo.

Pero, ¿qué determinación se debe tomar? No queda aquí otra alternativa que favorecer sus inclinaciones o combatirlas, ser con él condescendiente o tirano, y tan peligrosas consecuencias traen consigo ambas posturas, por lo que se debe meditar mucho para la elección.

El primer medio que se ofrece para resolver esta dificultad es casarlo cuanto antes; sin duda es el procedimiento más seguro y más natural, pero dudo que sea lo mejor ni lo más útil. Después expondré mis razones; ahora entiendo que los jóvenes deben casarse desde la edad núbil, pero llegan a esta edad antes de tiempo; nosotros somos los culpables de su precocidad, y esa edad debe prolongarse hasta la madurez.

Si bastase con escuchar las inclinaciones y seguir su inclinación, sería asunto concluido en breve, pero median tantas contradicciones entre los derechos de la naturaleza y las leyes sociales que poseemos, que para conciliarlos es preciso mucho arte para impedir que el hombre social sea totalmente artificial.

Por las razones que antes he expuesto, creo que con los medios que he indicado y otros parecidos, puede por lo menos adargarse hasta los veinte años la ignorancia de los deseos y la pureza de los sentidos, y tan cierto es esto, que entre los germanos el joven que perdía la virginidad antes de esta edad era considerado indigno, y con razón los autores atribuyen a la continencia de estos pueblos durante su mocedad el vigor de su constitución y la numerosa prole.

Esta prole puede prolongarse mucho, y hace pocos años que no había nada más natural, incluso en Francia. Entre otros ejemplos notables, el padre de Montaigne, hombre no menos escrupuloso y verídico que robusto y bien constituido, aseguraba que había contraído matrimonio siendo virgen, a los treinta y tres años, después de haber servido mucho tiempo en las guerras de Italia, y en los escritos del hijo se puede ver el vigor y la jovialidad que conserva el padre pasados sus sesenta años. Ciertamente la opinión contraria se funda más en el conocimiento de la especie en general que en nuestras preocupaciones y en nuestras costumbres.

Puedo, pues, dejar aparte el ejemplo de nuestra juventud, que no prueba nada para quien no ha sido educado como ella. Teniendo en cuenta que la naturaleza en esta materia no tiene época fija que no

se pueda avanzar o retardar, creo posible, sin salir de su ley, suponer que Emilio, por mis desvelos, ha permanecido hasta ahora en su primitiva inocencia, y veo que va a finalizar esta época. Rodeado de peligros, que aumentan continuamente, va a escapárseme por más que yo quiera evitarlo. En la primera ocasión, que no tardará en presentarse, seguirá el ciego instinto de los sentidos, y se puede apostar mil contra uno que se va a perder. He reflexionado mucho sobre las costumbres de los hombres para que se me oculte el invencible influjo de este primer instante en lo restante de su vida. Si disimulo y finjo que no veo nada, se vale de mi debilidad; creyendo que me engaña, me desprecia, y soy cómplice de su pérdida; si intento traerle al buen camino, ya no es tiempo y no me escucha; me hago molesto, odioso, insoportable para él; no tardará mucho en desembarazarse de mí. Un solo partido razonable tengo que tomar, y es hacerle a él mismo responsable de sus acciones, preservarle de los lazos del error y hacer que vea palpables los peligros que le rodean. Hasta aquí le contenía por su ignorancia; ahora es necesario contenerle por sus luces.

Estas nuevas instrucciones son muy importantes, y es conveniente tomar las cosas con más anticipación. Este es el instante de rendir, por decirlo así, cuentas con él, de exponerle el empleo de su tiempo y el mío, de declararle lo que es él y lo que soy yo, lo que he hecho y lo que él ha hecho, lo que nos debemos mutuamente, todas sus relaciones morales, todos los compromisos que ha contraído, hasta qué punto ha llegado en el progreso de sus facultades, el camino que le queda por andar, las dificultades que hallará y los medios de salvarlas, en qué le puedo yo valer todavía, y en qué puede valerse él solo; por último. el punto crítico en que se encuentra, los nuevos peligros que le rodean y todas las razones sólidas que le deben persuadir de que ha de vigilarse a sí mismo con la mayor atención antes de escuchar sus nacientes deseos.

Pensad que para conducir a un adulto es necesario practicar lo opuesto de todo lo que habéis hecho para conducir a un niño. No dudéis en instruirle de los peligrosos misterios que por tanto tiempo y con tanto cuidado le habéis ocultado. Ya que es preciso que al fin lo sepa, importa que no los aprenda de otro ni de sí mismo, sino de

vos sólo, pues como desde hoy está destinado a combatir, para que no le cojan de sorpresa, que conozca a su enemigo.

Los jóvenes que llegan a conocer bien estas materias, sin saber cómo, no se han instruido impunemente. Como esta imprudente instrucción no puede tener objeto honesto, mancha por lo menos la imaginación de quienes la adquieren y los dispone para los vicios de los que se la dan. Y no es esto todo: los criados se insinúan en el ánimo del niño, se ganan su confianza, le hacen que mire a su ayo como un personaje triste y fastidioso, y uno de los principales asuntos de sus secretos coloquios es hablar mal de él. Cuando el alumno hace esto, el maestro se debe retirar, pues nada bueno puede ya conseguir.

Pero, ¿por qué el niño escoge confidentes particulares? Siempre es por la tiranía de los que le gobiernan. ¿Por qué se había de esconder de ellos si no se viera obligado a hacerlo? ¿Por qué se había de quejar si no tuviera motivo? Naturalmente, ellos son sus primeros confidentes, y por el ansia con que les dice lo que piensa, vemos que cree que sólo a medias ha pensado, hasta que se lo ha dicho. Estad seguro de que si el niño no teme de vos, sermones ni reprimendas, siempre os lo dirá todo y no se atreverán a confiarle nada que deba callaros cuando estén seguros de que todo os lo ha de relatar.

Lo que más me hace confiar en mi método es que, siguiendo sus efectos con la mayor exactitud posible, no veo una situación en la vida de mi alumno que no me deje alguna agradable imagen de él. En el mismo momento en que le arrastran los furores del temperamento, y en que, sublevado contra la mano que le sujeta, forcejea y comienza a deslizarse, en sus agitaciones y arrebatos todavía encuentro primitiva su sencillez; su corazón, tan puro como su cuerpo, no conoce otro disfraz que el vicio; ni las reprensiones ni el menosprecio le han acobardado y nunca el miedo le enseñó a disfrazarse. Tiene la falta de cautela de la inocencia; es ingenuo sin escrúpulo, y todavía no sabe para qué sirve el engañar. No pasa un movimiento por su mente que no me lo digan sus ojos o su boca, y muchas veces los sentimientos que experimenta los advierto yo antes que él.

Mientras continúe abriéndome su alma con esta libertad, y diciéndome con gusto lo que siente, nada tengo que temer, el peligro todavía no está próximo, pero si se vuelve más tímido, más reservado, si advierto en sus conversaciones la primera confusión de la vergüenza, ya se abre paso al instinto, ya comienza a juntarse con él la noción del mal; no hay que perder un momento más, y si no me apresuro a instruirle, pronto se instruirá él a despecho mío.

Más de un lector, aun cuando adopte mis ideas, creerá que sólo se trata aquí de una conversación entablada por casualidad con el joven, y que con esto es suficiente. ¡Ah, el corazón humano no se gobierna así! Nada significa lo que dice si no se ha preparado al momento de decirlo. Antes de sembrar es necesario cavar la tierra; la semilla de la virtud brota difícilmente y exige muchas labores para que eche raíces. Una de las causas de que sean inútiles las predicaciones es que las dirigen indistintamente a todo el mundo, sin elección ni discernimiento. ¿Cómo pueden pensar que un mismo sermón convenga a tantos oyentes de tan diverso modo dispuestos y que tanto se diferencian en talento, en genio, en edad, en sexo, en estado y en opinión? Acaso no hay dos a quienes pueda convenir lo que se dice a todos, y tan poca constancia tienen todas nuestras afecciones, que no hay seguramente dos momentos en la vida de cada hombre en el que el mismo razonamiento produzca en él la misma impresión. Júzguese si cuando inflamados los sentidos enajenan el entendimiento y tiranizan la voluntad es el momento de escuchar las graves lecciones de la sabiduría. No vayáis, pues, con razones a los jóvenes, si aún no han llegado a la edad del razonamiento, si antes no les habéis preparado para entenderlos. La mayor parte de los razonamientos perdidos lo son más por culpa de los maestros que de los discípulos. El pedante y el instructor dicen aproximadamente las mismas cosas, pero el primero las dice sin ton ni son, y el segundo cuando está seguro de su efecto. Como un sonámbulo, andando mientras duerme, puede llegar al borde de un precipicio, en el que caería si de repente le despertaran, así mi Emilio, en el sueño de la ignorancia, evita peligros que no percibe; si le despierto sobresaltándole, está perdido. Procuraremos primero alejarle del precipicio y después le despertaremos para mostrárselo desde lejos.

La lectura, la soledad, la ociosidad, la vida regalada y sedentaria, el trato con las mujeres y con los jóvenes son los peligrosos senderos por los que a su edad puede andar y que le tienen constantemente al lado del peligro. Distrabajo sus sentidos con otros objetos sensibles; abriendo otro curso en su espíritu le desvío del que comenzaban a tomar; ejercitando su cuerpo con trabajos fatigosos detengo la actividad de la imaginación que le espolea. Cuando trabajan mucho los brazos, la imaginación descansa; cuando el cuerpo está muy cansado, el corazón no se agita. La precaución más rápida y más fácil es sacarle del peligro local. Primero me lo llevo fuera de la ciudad, lejos de todo lo que puede tentarle. Pero esto no es suficiente, porque, ¿en qué desierto, en qué agreste asilo se libraré de las imágenes que le persiguen? Es inútil apartar los objetos peligrosos si no se aparta también su memoria; si no encuentro la manera de desprenderle de todo, si no le distraigo de sí mismo, era igual dejarle donde estaba.

Emilio sabe un oficio, pero no está en él nuestro recurso; quiere y entiende la agricultura, pero no basta; las ocupaciones que conoce se vuelven una rutina para él, y cuando las practica es como si no hiciera nada, porque piensa en otra cosa; la cabeza y los brazos obran separadamente. Necesito otra ocupación que le interese por su novedad, que desee atenderla, que le guste y se la apropie; una ocupación con la que se apasione y a la que se dé por entero. La única que, según mi parecer, reúne todas estas condiciones, es la caza. Si alguna vez es un placer inocente y conveniente al hombre, ahora es cuando necesitamos sus recursos. Emilio posee todo lo que se precisa para salir airoso de la caza: es robusto, hábil, paciente, infatigable. Con toda seguridad se aficionará a este ejercicio, se entregará a él con el ardor propio de su edad y por lo menos irá perdiendo por algún tiempo las peligrosas inclinaciones que nacen de la molición. La caza endurece tanto el corazón como el cuerpo; acostumbra a la sangre, a la crueldad. A Diana la han hecho enemiga del amor, y la alegoría es muy justa. Los delirios del amor sólo nacen de un blando sosiego; un violento ejercicio sofoca los sentimientos tiernos. En los bosques, en los sitios agrestes, son tan diferentes las impresiones del amante y del cazador que lo mismos objetos les presentan imágenes totalmente distintas. Las frescas

umbrías, los sotos, los gratos parajes del primero, son para el otro ojeos, batidas y jarales; donde el uno no oye más que pastoriles flautas, ruiseñores y dulces trinos, el otro piensa en los ladrídos de la jauría y en los gritos de los cazadores; uno imagina driadas y ninfas y el otro jinetes, caballos y rastreadores. Pasead por el campo con estas clases de hombres tan opuestos y pronto advertiréis la diferencia de su estilo, veréis que la tierra no tiene para ellos igual aspecto y el curso de sus ideas es tan diferente como distintas son sus aficiones.

Comprendo cómo se desarrollan esos gustos y cómo se halla al fin tiempo para todo, pero no se reparten así las pasiones de la juventud, a la cual, con darle una ocupación que le subyugue, pronto se olvidará de las demás. La variedad de los deseos viene de los conocimientos, y los primeros placeres que conocemos son durante mucho tiempo los únicos que anhelamos. No quiero que Emilio pase su juventud matando animales, ni pretendo justificar en todo esta feroz pasión; me basta con que me sirva lo suficiente para atajar otra pasión todavía más peligrosa y me escuche con serenidad cuando le hable de ella y me dé tiempo para pintársela sin excitarle.

Hay épocas en la vida humana hechas para que jamás se olviden. De esta especie es para Emilio la instrucción de que hablo y que debe influir en él para el resto de sus días. Procuremos, pues, grabarla en su memoria de tal suerte que jamás la olvide. Uno de los errores de nuestro siglo es emplear la razón demasiado desnuda, como si los hombres fueran puro espíritu. Descuidando la lengua de los signos que hablan a la imaginación, hemos perdido el más enérgico de los idiomas. Siempre es débil la impresión de la palabra, y mejor hablan al corazón los ojos que el oído. Queriendo dejárselo todo al raciocinio, hemos reducido a palabras nuestros preceptos, y nada hemos explicado con acciones. La razón sola no es activa, y aunque algunas veces retiene, raramente excita y nunca hizo nada grande. Razonar siempre, es la manía de los espíritus apocados, pero las almas fuertes tienen otro idioma, y ese idioma es el que persuade y hace actuar.

Observo que en los siglos modernos no influyen los hombres unos con otros sino por la fuerza y el interés, mientras que los antiguos actuaban mucho más por la persuasión y por las afecciones del

alma, porque no descuidaban el lenguaje de los signos. Todos los contratos se realizaban con gran solemnidad para que fuesen más inviolables; antes de que se estableciese la fuerza, eran los dioses los magistrados del género humano; delante de ellos hacían los particulares sus tratos, sus alianzas, pronunciaban sus promesas; la faz de la tierra era el libro donde se conservaban sus archivos; las rocas, los árboles, los pedregales, consagrados por estos actos, y acatados con respeto por aquellos hombres bárbaros, eran las hojas de este libro, abierto siempre a todos los ojos. El pozo del juramento, el pozo del vidente y el del viviente, el viejo roble de Mambré, el montón del testigo; he aquí los rudos pero augustos monumentos de la santidad de los contratos. Nadie habría osado atentar con mano sacrílega contra estos monumentos, y más segura estaba la fe de los hombres con la garantía de estos mudos testigos que no lo está hoy con todo el vano rigor de las leyes.

En el gobierno, el augusto aparato del poder real imponía respeto a los pueblos. Las señales de dignidad, un trono, el cetro, la vestidura de púrpura, la corona, la diadema, eran para ellos cosas sagradas. Estos respetados signos hacían venerable al hombre que veían adornado con ellos; sin soldados y sin amenazas, en cuanto hablaba era obedecido. Ahora que se llega a la abolición de estos signos[127], ¿qué resulta del menosprecio? Resulta que se borra de todos los corazones la majestad real, que los reyes sólo contando con sus tropas se hacen obedecer, y que el respeto de los súbditos únicamente se debe al temor al castigo. Los reyes ya no se toman la molestia de llevar su diadema, ni los grandes los signos de su dignidad, pero necesitan tener siempre cien mil brazos dispuestos para hacer ejecutar sus órdenes, y aunque esto les parezca más hermoso, es fácil comprobar que a la larga este cambio no les traerá ningún provecho.

Lo que los antiguos hicieron con la elocuencia es prodigioso, pero su elocuencia no consistía sólo en bellos y bien ordenados discursos, y nada produjo mejor efecto que la brevedad del orador. Lo que con más intensidad sentían no lo expresaban con palabras, sino con signos; no lo decían, sino que lo demostraban. El objeto que nos ponen ante los ojos conmueve la imaginación, excita la curiosidad, retiene el espíritu en expectativa de lo que van a decir, y

muchas veces este objeto se lo dice todo. ¿Trasíbulo y Tarquino cortando las cabezas de adormideras, Alejandro poniendo su sello en la boca de su privado, Diógenes andando delante de Zenón, no hablaban mejor que con largos discursos? ¿Qué palabras hubieran expuesto con tanta propiedad las mismas ideas? Darío, metido con su ejército en la Escitia, recibe de parte del rey de los escitas un pájaro, una rana, un ratón y cinco flechas; el embajador entrega su presente, y sin decir nada se vuelve. En nuestros días ese hombre pasaría por loco. Tan terrible comunicación fue entendida, y Darío se volvió a su país con toda la rapidez que pudo. Sustituid estos signos con una carta; cuanto más amenazadora sea menos asustará; será una fanfarronada que sólo conseguirá la risa de Darío.

¡Cuánta atención ponían los romanos en el lenguaje de los signos! Distintas vestiduras según las edades y condiciones; togas, sayos, pretextas, bulas, sillas corules, lictores, haces, hachas, coronas de oro, de hierbas, de hojas, oraciones y triunfos; entre ellos todo era aparato, representación, ceremonia, y todo quedaba impreso en el corazón de los ciudadanos. Al Estado le importaba que se juntase el pueblo en tal sitio mejor que en otro, que viese o no viese el Capitolio, que estuviese o no vuelto hacia el Senado, que deliberase este día y no aquel otro. Los acusados mudaban de traje, y lo hacían los candidatos; los militares no ensalzaban sus proezas bélicas, sino que mostraban sus heridas. Cuando la muerte de César, me imagino que uno de vuestros oradores, queriendo inflamar al pueblo, habría agotado todos los lugares comunes de la oratoria para hacer una patética descripción de sus heridas, de su sangre y su cadáver. Antonio, aunque elocuente, no dice nada de eso: hace traer el cuerpo. ¡Qué retórica!

Pero esta digresión de un modo insensible me lleva lejos de mi asunto, como me sucede con otras muchas, y son demasiado frecuentes mis desviaciones para que puedan ser largas y tolerables; así, vuelvo a mi tema.

Jamás debéis razonar secamente con la juventud; revestid de un cuerpo la razón si queréis hacérsela sensible. Procurad que se le hique en el corazón el idioma del entendimiento, para que se haga escuchar. Vuelvo a repetir que los argumentos fríos pueden determinar nuestras opiniones, pero nunca nuestras acciones; nos

hacen creer y no obrar; se demuestra lo que se debe pensar, pero no lo que se debe hacer. Si esto es cierto tratándose de los hombres, con mayor razón lo será tratándose de los jóvenes todavía envueltos en sus sentidos y que sólo piensan en lo que imaginan.

Entonces, me guardaré muy bien, aun después de los preparativos indicados, de ir a deshora al dormitorio de Emilio para hacerle un largo y pesado razonamiento sobre el asunto en que le quiero instruir. Primero conmoveré su imaginación, escogeré el tiempo, el sitio, los objetos más propicios a la impresión que deseo excitar; llamaré, por decirlo así, a la naturaleza entera por testigo de nuestras conferencias; atestiguaré con el Ser eterno, pues es su obra, la verdad de mis palabras; le haré juez entre Emilio y yo, señalaré el sitio donde estamos, las rocas, los bosques, las montañas que nos rodean por monumentos de sus promesas y las mías; en mis ojos, en mi acento y en mi ademán brillarán el entusiasmo y el ardor que quiero inspirarle. Entonces hablaré, y me escuchará; me enterneceré, y se conmoverá. Adentrándole en la santidad de mis obligaciones haré que respete más las suyas; animaré la fuerza del argumento con imágenes y figuras; no seré largo y difuso con frías máximas, sino abundante en afectos; mi razón será grave y sentenciosa, pero mi corazón nunca dirá lo suficiente. Entonces, mostrándole todo lo que por él hice, se lo haré ver como hecho por mi propia conveniencia, y en mi tierno cariño verá la razón de mis afanes. ¡Qué sorpresa, qué agitación le voy a causar cambiando repentinamente de expresión! En vez de turbar su espíritu hablándole siempre de su interés, de hoy en adelante sólo le hablaré del mío, y le tocaré más en lo vivo; inflamaré su tierno corazón con los afectos de amistad, de generosidad, de gratitud, los cuales ya he procurado que nazcan en él y que tan fácil es alimentar. Le estrecharé sobre mi pecho, derramando lágrimas de ternura, y le diré «Tú eres mi caudal, mi hijo y mi obra; de tu dicha espero la mía, si frustras mis esperanzas, me robas veinte años de vida y serás la desventura de mi vejez». De esta forma es como uno se hace escuchar de un joven y grava en lo íntimo de su corazón todo lo que le dice.

Hasta aquí he procurado dar ejemplos de cómo un ayo debe instruir a su discípulo en las ocasiones difíciles. Lo mismo he

intentado hacer con éste, pero después de repetidas pruebas renunció a ello, convencido de que la lengua francesa es demasiado delicada para soportar nunca en un libro el candor de las primeras instrucciones sobre ciertas materias.

Dicen que la lengua francesa es la más casta de todas, y a mi parecer es la más obscena, porque opino que la castidad de un idioma no consiste en evitar con esmero las expresiones lascivas, sino en no tenerlas. Efectivamente, para evitarlas es preciso pensar en ellas, y no existe ninguna lengua en que sea más difícil huir de toda malignidad que en la francesa. El lector, siempre más hábil en hallar significaciones obscenas que el autor en removerlas, se escandaliza y se revuelve. ¿Cómo no se ha de mancillar lo que pasa por oídos impuros? Por el contrario, un pueblo de buenas costumbres tiene términos propios para todas las cosas, los cuales son todos castos, porque siempre se usan castamente. No es posible imaginar idioma más modesto que el de la Biblia, precisamente porque todo está dicho con candor; pues para hacer inmodestas las mismas cosas, basta con traducirlas en francés. En cuanto a lo que yo he de decirle a mi Emilio no habrá nada que no sea honesto y casto a sus oídos, pero para que los lectores lo creyesen, sería necesario que tuvieran el corazón tan puro como el suyo.

Creo también que pudieran ocupar un lugar útil, en las conferencias de moral a que este asunto nos dará materia, algunas reflexiones acerca de la pureza del discurso y de la falsa delicadeza del vicio, porque cuando aprende el idioma de la honestidad, también debe aprender el de la decencia, y es preciso que sepa la causa de porqué son tan diferentes estas dos lenguas. Sea como fuere, yo sostengo que en vez de los vanos preceptos con que antes de tiempo fatigan las ideas de la juventud, y de que ésta se burla en llegando a la edad en que le serían oportunos; si se espera y se prepara al instante de hacerse escuchar; si entonces se le exponen las leyes de la naturaleza con toda su verdad; si se le manifiesta la sanción de estas mismas leyes en los males físicos y morales que a los delincuentes les acarrea su infracción; si hablándole del incomprensible misterio de la generación, con la idea del atractivo que dio a este acto el Autor de la naturaleza, se junta la del cariño

exclusivo que lo hace delicioso, la de las obligaciones ‘ ‘e fidelidad y pudor que le cercan, y que publican su encanto desempeñando su objeto; si pintándole el matrimonio, no solamente como la más dulce de las sociedades, sino como el más inviolable y sacrosanto de todos los contratos, describiéndole las razones que hacen respetable para todos los hombres un vínculo tan sagrado, y cubren de odio y maldición a cualquiera que se atreve a ofender su pureza; si se le hace una pintura verdadera de los horrores de la disolución, de su estúpido embrutecimiento, del declive insensible por el cual el primer desorden conduce a los demás, y por último arrastra a su pérdida a quien se entrega a él; si se le demuestra de forma evidente de qué manera con el amor de la castidad van unidos la salud, la fuerza, las virtudes, el mismo amor y todos los verdaderos bienes del hombre... ; sostengo que entonces se conseguirá que desee y llame esta misma castidad y que su espíritu acogerá dócilmente los medios que para conservarla le diéramos, porque la castidad la respeta el que aún la conserva, y sólo la desprecia el que la ha perdido.

No es cierto que la inclinación al mal sea invencible, y que uno no sea dueño de dominarla antes de haber adquirido el hábito de rendirse a ella. Dice Aurelio Víctor que muchos arrebatados de amor compraron voluntariamente con su vida una noche pasada con Cleopatra, y no es imposible este sacrificio en la embriaguez de la pasión. Pero supongamos que viese el aparato del suplicio, seguro de perecer en los tormentos pasado un cuarto de hora, el hombre más bárbaro y que menos domine sus sentidos, no sólo desde aquel instante vencería sus tentaciones, sino que no le costaría nada resistirlas; pronto le distraería de su obsesión la horrorosa imagen que las acompañaría, y siempre rechazadas se cansarían de volver. Es la tibieza de nuestra voluntad lo que constituye nuestra flaqueza; siempre somos fuertes para realizar lo que con fuerza queremos: *volenti nihil difficile*; «nada es difícil para quien quiere. ¡Ah!, si detestásemos el vicio tanto como amamos la vida, nos abstendríamos tan fácilmente de una culpa agradable como de un veneno mortal en un manjar delicioso.

¿Cómo no se ve que si todas las lecciones que se dan sobre este punto a un joven no tienen éxito, se debe a que no corresponden a

sus años y que en todas las edades importa revestir la razón de formas que la hagan amable? Habladle seriamente cuando sea preciso, pero que tenga siempre lo que le decís un atractivo que le impulse a escucharos. No os opongáis a sus deseos con sequedad, no ahoguéis su imaginación, guiadla y evitaréis que engendre monstruos. Habladle del amor, de las mujeres, de los placeres; haced que halle en vuestras conversaciones un agrado que halague su juvenil corazón; procurad por todos los medios que os haga su confidente, y al conseguirlo seréis verdaderamente su maestro. No temáis entonces que le aburran vuestras confidencias; lo que él querrá será haceros hablar más de lo que queréis.

No dudo un instante de que si, conforme a estas máximas, he sabido tomar todas las precauciones necesarias y decir a Emilio las cosas que se adaptan con la situación a que ha llegado con el progreso de los años, él mismo vendrá al punto a que le quiero conducir, y se pondrá con deseo bajo mi amparo, y con toda la vehemencia propia de su edad me dirá atemorizado ante los peligros que ve que le rodean: «¡Oh, amigo, protector y maestro mío!, volved a tomar la autoridad que queréis abandonar en el momento que más necesito que la conservéis; hasta aquí la teníais por mi debilidad, pero ahora la tendréis por mi voluntad y será para mí más sagrada. Libradme de todos los enemigos que me rodean, y principalmente de los más traidores que llevo dentro de mí; velad vuestra obra para que sea digna de vos. Deseo obedecer vuestras leyes, y si alguna vez os desobedezco, será a pesar mío; hacedme libre protegiéndome contra las pasiones que me asedian y sea yo dueño de mí mismo, no obedeciendo a mis sentidos, sino a mi corazón».

Cuando hayáis conducido a vuestro alumno a este punto (y si no acudiera a él sería vuestra la culpa), guardaos de tomarle muy pronto la palabra, para que si un día encuentra vuestro imperio muy rudo, no se crea con derecho a librarse de él acusándoos de haberle sorprendido. En ese momento son adecuadas la gravedad y la discreción, y vuestro tono le afectará más porque será la primera vez que lo habréis empleado.

Le diréis pues: «Joven, con mucha ligereza contraéis obligaciones difíciles, y sería necesario que las conocieseis antes para tener

derecho a imponéros las ; no sabéis con qué furor arrastran los sentidos a vuestros semejantes en el remolino de los vicios, debido al atractivo del placer. No tenéis el alma abyecta, bien lo sé; nunca violaréis vuestra fe, pero muchas veces quizá os arrepentiréis de haberla empeñado. ¡Cuántas veces maldeciréis a quien os ama cuando por libraros de los males que os amenazan se vea obligado a destrozarnos el corazón! Así agitado Ulises con el canto de las sirenas, suplicaba a sus conductores que le desatasen; seducido por los atractivos del placer trataréis de romper vuestras ligaduras, me importunaréis con vuestros lamentos, me reprocharéis mi tiranía cuando con más ternura me ocupe de vos; sin pensar en otra cosa que en vuestra felicidad, me ganaré vuestro aborrecimiento. ¡Oh, mi Emilio!, nunca podré soportar la idea de serte odioso, tu misma felicidad es muy cara a este precio. No os dáis cuenta, buen joven, que obligándoos a obedecerme me obligáis a que os conduzca, a que me olvide de mí para dedicarme a vos, a no escuchar vuestros lamentos ni vuestras murmuraciones, a combatir continuamente vuestros deseos y los míos? Me imponéis un yugo más duro que el vuestro. Antes de que los dos carguemos con él, consultemos nuestras fuerzas, tomaos tiempo, concedédmelo para que lo medite, y sabed que el que promete con más lentitud, siempre es el más fiel en cumplir».

Sabed también que cuanto más dificultades pongáis en esta promesa, más facilitaréis su cumplimiento. Importa que el joven reconozca que promete mucho y que vos prometéis aún más. Cuando haya llegado el momento, y cuando haya firmado, por decirlo así, el contrato, cambiad de lenguaje, usad de tanta dulzura en vuestro imperio como severidad le habíais anunciado. Decidle «Querido joven, os falta experiencia, pero yo he procurado que no os faltase razón; estáis en estado de ver siempre los motivos de mi conducta, y para eso sólo necesitáis estar sereno. Obedeced siempre, y entonces pedidme cuentas de mis órdenes; estaré siempre dispuesto a haceros ver la razón de ellas en cuanto estéis en estado de comprenderme, y jamás temeré haceros juez entre vos y yo. Prometéis ser dócil y yo prometo aprovechar vuestra docilidad para hacer que seáis el más dichoso de los hombres. Os doy por garantía de mi promesa la suerte que hasta aquí habéis gozado;

encontradme alguno de vuestra edad que haya vivido una vida tan dulce como la vuestra, y no os prometo nada más».

Después de fijar mi autoridad, mi primer cuidado será evitar los casos que obligan a hacer uso de ella. No omitiré nada para ganarme más y más su confianza, para hacerme el confidente de su corazón y el árbitro de sus placeres. Lejos de combatir los gustos de su edad, los consultaré para adueñarme de ellos-, me acomodaré a sus proyectos para dirigirlos, y no le proporcionaré una lejana felicidad a costa de la presente. No quiero que sea dichoso una vez, sino que lo sea siempre, si eso es posible.

Los que quieren guiar prudentemente a la juventud para preservarla de los lazos de los sentidos, le inspiran horror al amor y consideran un delito que a su edad piense en él, como si el amor fuera para los ancianos. Jamás convencen todas estas engañosas lecciones que el corazón desmiente. El joven conducido por un instinto más cierto, se ríe en secreto de las tristes máximas que finge admitir, y sólo espera el momento para rechazarlas. Todo esto va contra la naturaleza. Siguiendo una dirección opuesta, llegaré con más seguridad al mismo punto; no temeré avivar en él el dulce sentimiento que le embarga; se lo pintaré como la dicha suprema de la vida, porque lo es en efecto; cuando yo se lo pinté, quiero que se abandone a él-, haciéndole sentir el encanto que al deleite sensual añade la unión de los corazones, le apartaré del libertinaje, y por el amor será recatado.

¡Qué cortos alcances ha de tener quien en los nacientes deseos de un joven sólo ve un obstáculo en las lecciones de la razón! Yo veo el verdadero medio de hacer que sea dócil a estas lecciones. Las pasiones sólo se contrarrestan con otras; por su imperio se ha de resistir su tiranía, y siempre se han de sacar de la misma naturaleza los instrumentos propios para regularla.

Emilio no está destinado a vivir siempre solitario; miembro de la sociedad, debe cumplir sus deberes; nacido para vivir con los hombres, debe conocerlos. Conoce al hombre en general, pero le falta conocer al individuo. Sabe lo que hace cada uno en el mundo, y le falta ver cómo viven. Es hora de mostrarle el exterior de esta gran escena, cuyo oculto juego conoce ya. No se presentará con la inconsciente admiración de un joven atolondrado, sino con el

discernimiento de un espíritu recto y justo. Sin duda sus pasiones le podrán engañar, ¿y cuándo no engañan a quien se deja arrastrar por ellas?, pero por lo menos no le engañarán las ajenas. Si las ve, las verá con los ojos del sabio, sin que tiren de él sus ejemplos ni le seduzcan sus preocupaciones.

Así como hay una edad apropiada para el estudio de las ciencias, hay otra en que mejor se aprenden los hábitos del mundo. El que los aprende de muy joven, los sigue toda su vida sin reflexión ni discernimiento, y aunque con mucha suficiencia, nunca sabe lo que se hace. Pero el que los aprende y ve sus razones, los sigue con más juicio y por consiguiente con más sensatez. Dadme un muchacho de doce años que no sepa nada de nada, y a los quince os lo devuelvo sabiendo tanto como el que desde sus primeros años habéis instruido, con la diferencia de que el saber del vuestro residirá en su memoria y el del mío en su juicio. De igual modo introducid a un joven de veinte años en el mundo; bien educado, será dentro de un año más amable y más juicioso que el que se hubiera criado en él desde su infancia, porque el primero es capaz de conocer las razones de todos los procederes relativos a la edad, condición y sexo, que constituyen este uso, y puede reducirlos a principios y aplicarlos a los casos no previstos, mientras que el otro, que no tiene más regla que la práctica, se encuentra con grandes dificultades en cuanto sale de ella.

Las muchachas francesas se educan todas en conventos hasta que contraen matrimonio. ¿Es que tal vez se pretende que se amolden sin dificultad a modales para ellas tan nuevos? ¿Acusará alguien a las mujeres de París de que carezcan de desenvoltura y de gracia, o que ignoran los hábitos del mundo porque no se han criado en él desde su infancia? Sostienen este prejuicio las mismas personas de la corte, que no conociendo nada más importante que esta insignificante ciencia, se imaginan, sin fundamento, que nunca es demasiado pronto para adquirirla.

Es cierto que tampoco hay que esperar hasta muy tarde. El que ha pasado su juventud lejos de la vida social tiene después un aire contraído y temeroso, dice siempre cosas fuera del caso, sus modales son pesados y desmañados, sin que el hábito de vivir con personas distinguidas se los pule, y no obstante su deseo de

refinarse, se vuelve más ridículo. Cada clase de instrucción tiene su tiempo oportuno, que es preciso conocer, y sus peligros, que se han de evitar, y en ésta se reúnen más particularmente, pero tampoco expongo a ella a mi alumno sin las precauciones que le libren de estos peligros.

Cuando mi método guarda perfecta unidad bajo todos los conceptos, y cuando remedia un inconveniente evitando otro, entonces creo que es bueno y que no me aparto de la verdad. Esto creo hallarlo en el recurso que se me sugiere aquí. Si quiero ser austero y rígido con mi discípulo, perderé su confianza y pronto se ocultará de mí; si quiero ser complaciente y fácil o cerrar los ojos, ¿de qué le serviría estar bajo mi protección? No hago más que autorizar sus desórdenes y descargar su conciencia a expensas de la mía. Si le introduzco en el mundo con sólo el propósito de que se instruya, se instruirá más de lo que deseo. Si le tengo alejado de él hasta el fin, ¿qué habrá aprendido conmigo? Tal vez todo, menos el arte más necesario al hombre y al ciudadano, que es saber vivir con sus semejantes. Si yo doy a sus atenciones una utilidad muy lejana, será como nula para él, que sólo aprecia lo presente. Si me contento con ofrecerle pasatiempos, ¿qué bien le hago? Se amolda y no se instruye.

Nada de esto. Mi expediente solo lo soluciona todo. «Tu corazón, digo al joven, necesita una compañera; vamos a buscar la que te conviene; tal vez no la hallaremos fácilmente, pues el verdadero mérito siempre es raro, pero no nos precipitemos ni nos decepcionemos. Sin duda habrá alguna, y la encontraremos.» Con proyecto tan esperanzador le introduzco en el mundo. ¿Qué más necesito decirle? ¿No veis que ya está todo hecho?

Cuando le pinte la dama que le destino, imaginaos si sabré conseguir que me escuche, que mire con estimación y complacencia las cualidades que debe amar y que estén dispuestos sus sentimientos para lo que ha de buscar o rechazar. Sería necesario que yo fuese el más inhábil de los hombres si no le apasionara de antemano sin que él supiera por quién. No importa que el objeto que yo le pinto sea imaginario; es suficiente con que le inspire aversión a los que pudieran tentarle; es suficiente con que en todas partes encuentre comparaciones que le hagan preferir su fantástico objeto

a los reales que se le presentasen, y el mismo amor verdadero, ¿no es fantasía, ilusión, mentira? Se ama más la imagen que uno se crea que el objeto a que la aplica. Si lo que amamos se viese exactamente como es, no habría amor en la tierra. Cuando se deja de amar, la persona amada sigue lo mismo que era antes, pero ya no la ve igual; se cae el velo del prestigio y el amor se desvanece. Luego, formando el objeto imaginario, soy árbitro de las comparaciones, e impido con facilidad la ilusión de los objetos reales.

No por eso quiero que engañemos a un joven pintándole un modelo de perfección que no pueda existir, pero elegiré los defectos de su dama de forma que a él le agraden y sirvan para corregirle de los suyos. Tampoco quiero que se le engañe, asegurándole que en realidad existe el objeto que le pintamos, pero si se le complace en la imagen, pronto deseará hallar el original. Este deseo está muy próximo a la suposición; es tarea de algunas descripciones hechas con habilidad, que bajo perfiles más sensibles den a este imaginario objeto algún aire de veracidad. Si quisiéramos darle un nombre, le diría riendo: «Llamemos Sofía a vuestra futura dama. Sofía es un nombre de buena suerte; si no es el de la que escojáis, será digna por lo menos de llevarlo, y podemos honrarla con él por adelantado. Después de todos estos detalles, sin afirmar ni sin negar, le esquivaré con pretextos y sus recelos se transformarán en certeza; creerá que hago un misterio de la esposa que le destino y que la verá cuando sea el momento. Una vez le hemos interesado, y ha sido buena la elección de la imagen que le hemos formado, todo lo demás es fácil; podemos exponerlo en el mundo casi sin riesgo. Defendedle sólo de sus sentidos, que su corazón está seguro.

Pero personifique o no el modelo que yo haya sabido hacerle amar, si este modelo está bien hecho, no le atraerá menos todo lo que se le asemeje, y no tendrá menos aversión a lo que se le diferencia que si fuese un objeto real. ¡Qué ventaja para preservar su corazón de los peligros a que debe estar expuesto, para reprimir con su imaginación sus sentidos, para sacarle sobre todo de las redes de esas educadoras de los jóvenes, cuya enseñanza cuesta tan cara y que solamente muestran cómo es el trato fino con que se pierde toda honestidad! ¡Sofía es tan modesta! Cómo verá sus

acicalamientos? ¡Sofía es tan sencilla! ¿Cómo amará su compostura? Mucho distan de sus ideas sus observaciones, para que nunca le sean peligrosas.

Todos los que hablan de dirigir a los niños siguen las mismas preocupaciones y máximas, porque observan mal y reflexionan todavía peor. Ni por el temperamento ni por los sentidos comienza el extravío de la juventud, sino por la opinión. Si se tratase aquí de los muchachos que se educan en los colegios y de las niñas que se educan en los conventos, haría ver que hasta con relación a éstos es cierta mi proposición, porque las primeras lecciones que aprenden ambos, las únicas que fructifican, son las del vicio, y no es la naturaleza quien los corrompe, sino el ejemplo. Pero dejemos los pensionistas de los colegios y de los conventos con sus malos hábitos, pues siempre serán irremediables. Hablo de la educación doméstica. Tomad a un joven educado con recato en casa de su padre en provincias, y examínadle en el momento que llega a París o se introduce en el mundo; veréis que opina bien sobre las cosas honestas, y tiene la voluntad tan sana como la razón; que desprecia el vicio y tiene horror al libertinaje, y al solo nombre de una prostituta veréis en sus ojos el escándalo de la inocencia. Sostengo que no hay uno que se decida a entrar solo en las tristes moradas de estas desgraciadas, aun cuando sepa a qué se dedican y sienta necesidad de ellas.

Examinad de nuevo al joven después de seis meses, y no le reconoceréis. Sus libres conversaciones, sus máximas de salón, su ademán desenvuelto harían creer que era otro hombre si las bromas sobre su pasada inocencia, su vergüenza cuando se le recuerda no demostrasen que es el mismo. ¡Oh, cómo se ha formado en poco tiempo! ¿De dónde procede tan grande y brusca transformación? ¿Del progreso del temperamento? ¿Es que no hubiera hecho los mismos progresos en la casa paterna? Y allí seguramente no habría adquirido ese estilo ni aprendido esas máximas. ¿De los primeros placeres de los sentidos? Todo lo contrario; el que comienza a entregarse a ellos está inquieto, medroso, huye del bullicio y evita ser visto. Los primeros deleites son siempre misteriosos, el pudor los sazona y los oculta; la primera dama le hace tímido, no descarado. Absorto en un estado tan nuevo para él, el joven se

recoge para gozarlo y siempre teme perderlo. Si es estrepitoso, ni goza ni ama; el que se jacta no ha gozado.

Otras maneras de pensar son las que han originado estas diferencias. Su corazón aún es el mismo, pero sus opiniones han cambiado. Sus sentimientos, más tardos en alterarse, al fin se alterarán por ellas, y entonces sí que estará verdaderamente corrompido. Apenas se ha introducido en el mundo, adquiere una segunda educación totalmente contraria a la primera, por la cual aprende a despreciar lo que estimaba y a estimar lo que despreciaba; le hacen ver las lecciones de sus padres y maestros como una jerga de pedantes y los deberes que le han enseñado con sus prédicas como una moral pueril, que cuando hombre debe desechar. Por su prestigio se cree obligado a cambiar de conducta; se vuelve emprendedor sin deseos y presumido para que no le avergüencen; se burla de las buenas costumbres, antes de haber cogido gusto a las malas y presume de libertinaje sin ser libertino. Nunca olvidaré la confesión de un joven oficial de guardias suizas, quien se aburría mucho con las ruidosas diversiones de sus camaradas y no osaba apartarse de ellos por temor de que se burlasen de él. «Me ejercito en esto -decía-, como con el tabaco, no obstante mi repugnancia; con el hábito vendrá el gozo, pues no hay que ser niño toda la vida.»

Así, pues, cuando un joven se introduce en el mundo se le debe preservar más de la vanidad que de la sensualidad; cede más a las propensiones ajenas que a las suyas, y el amor propio hace más libertinos que el amor.

Supuesto esto, pregunto si existe en la tierra otro mejor acorazado que el mío contra todo lo que puede atacar sus costumbres, sus sentimientos y sus principios ; si hay uno que esté más en estado de resistir al torrente. Porque, ¿contra qué seducción no está protegido? Si sus deseos le impulsan hacia el sexo, no halla en él lo que busca, y su corazón ya lleno le sujeta. Si sus sentidos le agitan y le acosan, ¿dónde hallará cómo contentarlos? El horror al adulterio y al libertinaje le aleja igualmente de las mujeres públicas como de las mujeres casadas, y los desórdenes de la juventud siempre comienzan por uno de estos dos estados. Una soltera puede ser coqueta, pero no será provocativa; no irá a ofrecer su

persona a un joven que se puede casar con ella si la cree honesta, además de que siempre habrá alguien que la vigile. Por su parte no estará Emilio totalmente abandonado a sí mismo; los dos tendrán por guardianes el temor y la vergüenza, inseparables de los primeros deseos; no llegarán de repente a las últimas familiaridades y no tendrán tiempo de llegar sin obstáculo a ellas poco a poco. Para que sea de otro modo, es necesario que haya tomado ya lecciones de sus camaradas, que le hayan enseñado a burlarse de su propio recato y a volverse insolente a imitación de ellos. ¿Pero qué hombre hay en el mundo menos imitador que Emilio y que menos le afecten burlas, pues no tiene preocupaciones, ni cede nada a las de los demás? He tardado veinte años en armarle contra los burlones; necesitan más de un día para que se deje llevar de ellos, porque a sus ojos el ridiculizar es la razón de los necios, y no hay nada que haga más insensible a la ironía que ser superior a la opinión. En lugar de ingeniosidades, necesita razones, y mientras de aquí no salga, poco temo que le saquen de mi poder jóvenes alocados, sabiendo que están en mí la conciencia y la verdad, y si la preocupación ha de entrar a la parte, algo representa un cariño de veinte años; nunca le convencerán de que yo le haya aburrido con inútiles lecciones, y en un corazón recto y sensible, la voz de un fiel amigo sabrá imponer silencio a los gritos de veinte seductores. Como entonces sólo se trata de demostrarle que le engañan y que fingiendo tratarle como a un hombre le tratan como a un niño, me presentaré siempre sencillo, pero grave y claro en mis razones, para que se dé cuenta de que yo soy quien le trata como hombre. Le diré así «Ya veis que vuestro interés, que es el mío, es el único que dicta mis razones y que no puedo tener otro. ¿Pero, por qué os quieren convencer esos jóvenes? ¿Por qué quieren seduciros? Ni os aman, ni se interesan por vos; su único motivo es un secreto despecho de que valgáis más que ellos; quieren rebajaros hasta su pequeña medida, y si os reprochan el que os dejéis gobernar, es por gobernaros ellos. ¿Podéis creer que ganaríais algo con este cambio? ¿Su prudencia es superior? ¿Es su cariño de un día más fuerte que el mío? Para que sus burlas tuviesen algún peso, sería preciso que lo tuviese su autoridad, ¿y cuál es su experiencia para que hayan de preferirse sus máximas a las nuestras? No han hecho

otra cosa que imitar a otros atolondrados, y quieren que recíprocamente los imiten a ellos. Por hacerse superiores a las pretendidas preocupaciones de sus padres, se esclavizan con las de sus camaradas. No veo lo que ganan con esto, pero sí que pierden dos grandes ventajas: la del amor paterno, cuyos consejos son sinceros y tiernos, y la de la experiencia que hace que uno opine sobre lo que conoce, porque los padres han sido hijos y los hijos no han sido padres.

»¿Pero al menos los creéis sinceros en sus locas máximas? No, querido Emilio; por engañaros, se engañan ellos; no están conformes consigo mismos ; su corazón los desmiente a cada instante, y frecuentemente su boca los contradice. Entre ellos los hay que se mofan de todo lo que es honesto, y se desesperarían si su esposa pensase como ellos. Algún otro lleva tan adelante la licencia de costumbres, que comprenderá en ella las de la mujer que todavía no tiene, o para mayor infamia las de la mujer que ya tiene, pero id más lejos: habladle de su madre, y ved si admitirá voluntariamente que se le considere fruto de adulterio, hijo de una mujer de mala vida, que lleve sin corresponderle el nombre de su familia, que usurpe el patrimonio a su legítimo heredero; por último, que nos diga si soportará que le traten de bastardo. ¿Quién de ellos toleraría que cayese sobre su hija el deshonor que atribuyen a la ajena? Ni uno hay que no lo hiciera todo por quitaros la vida si practicaseis con él esos principios que intenta inspiraros. Así es como a la larga demuestran su inconsecuencia, sin que ninguno sienta ni crea lo que dice. He aquí mis razones, querido Emilio; pesad las de ellos, si tienen algunas, y comparad. Si quisiera recurrir a la ironía y al desprecio que les es habitual, veríais qué fácil es encontrar su flaco para ridiculizarlos, tanto como ellos a mí, o tal vez más. Pero yo no temo un examen serio. El triunfo de los burlones es de corta duración; la verdad permanece y su insensata risa desaparece.»

No os podéis imaginar la docilidad de Emilio al llegar a los veinte años. ¡Qué diferente pensamos! Yo no comprendo que pudiese serlo a los diez, porque a esta edad, ¿qué influencia tenía yo sobre él? He necesitado quince años de cuidados para conseguirla. Entonces no le educaba, sino que le preparaba para ser educado;

ahora lo está lo bastante para ser dócil; conoce la voz de la amistad y sabe obedecer a la razón. Es verdad que aparento abandonarle y dejarle en completa independencia, pero nunca estuvo tan sujeto a mí, y lo está porque quiere estarlo. Mientras no he podido apoderarme de su voluntad, no lo he dejado suelto, no he permitido que caminase a su antojo. Ahora le abandono alguna vez a sí mismo, porque siempre le gobierno. Cuando lo dejo le abrazo y le digo con mi mayor confianza: «Emilio, te confío a mi amigo, te entrego a su corazón honrado; él me responderá de ti».

No es labor de un momento anular afecciones sinceras que no han sufrido ninguna alteración anteriormente, ni borrar principios derivados de las primeras luces de la razón. Si acontece algún cambio durante mi ausencia, nunca será tan larga ni sabrá él ocultarse tan bien de mí que no vea yo el peligro antes de que se declare la enfermedad y que no esté a tiempo de remediarla. Como nadie se corrompe de repente, tampoco aprende de repente a disimular, y si hay un hombre torpe para este arte, es Emilio, que nunca tuvo ocasión de practicarlo.

Con estos cuidados y otros parecidos, creo que está tan protegido de los objetos extraños y de las máximas vulgares, que preferiría verle entre la peor sociedad de París antes que solo en su habitación o en un jardín, entregado a las inquietudes de su edad. Por más que hagamos, entre los enemigos que pueden atacar a un joven, el más peligroso y el único que no se puede evitar es ese enemigo que uno lleva en sí mismo, pero ese enemigo sólo es peligroso por culpa nuestra, porque, como he advertido mil veces, es por la imaginación que se despiertan los sentidos. Su deseo no es propiamente un deseo físico, ni es cierto que sea un verdadero deseo. Si nunca se hubiera presentado ante nuestros ojos un objeto lascivo ni se hubiera metido en nuestro espíritu una idea deshonesta, seguramente que nunca habríamos sentido ese pretendido deseo, y habríamos continuado castos, sin tentaciones, sin esfuerzos y sin mérito. No sabemos las fermentaciones sordas que en la sangre de la juventud excitan ciertas situaciones y ciertos espectáculos, sin que ella sepa distinguir la causa de esa primera inquietud, que no es fácil calmar y que no tarda en renacer. Por mí, cuanto más pienso en esta importante crisis y en sus causas,

próximas o remotas, más me convenzo de que un solitario educado en un desierto, sin libros, sin instrucciones y sin mujeres, moriría virgen a cualquier edad que le llegara la muerte.

Pero aquí no se trata de un salvaje de esta especie. Educamos a un hombre entre sus semejantes y para la sociedad, y es imposible, ni tampoco conveniente, que le criemos en esta saludable ignorancia, y lo peor que hay para la castidad es saber a medias. El recuerdo de los objetos que nos han impresionado, las ideas que hemos conseguido, nos siguen en nuestro retiro, y a pesar nuestro lo pueblan de imágenes más seductoras que los mismos objetos, y es tan funesta la soledad para el que no puede desprenderse de ellas como es benéfica para el que las ignora y vive siempre solo.

Observad, pues, con mucho cuidado al joven; de todo lo demás él podrá resguardarse, pero a -vos os toca resguardarlo de sí mismo. No le dejéis solo ni de noche ni de día; dormid en su habitación, procurad que no se acueste hasta que le rinda el sueño, y que se levante así que se despierte. Desconfiad del instinto en el momento en que no estéis a su lado; es bueno en tanto que actúa solo, pero es sospechoso cuando se mezcla con las instituciones de los hombres; no se le debe destruir, sino regular, y regularlo quizá sea más difícil que aniquilarlo. Sería muy peligroso que enseñáseis a vuestro alumno a frenar sus sentidos y falsear las ocasiones de satisfacerlo, pues si llega a conocer ese peligroso suplemento está perdido; su corazón y su cuerpo quedarán enervados y hasta el final conservará los tristes efectos de ese hábito, el más funesto a que se puede exponer un joven. Sin duda sería preferible... Si los impulsos de un temperamento ardiente llegan a ser invencibles, mi querido Emilio, yo te compadezco, pero no vacilaré un instante, no sufriré porque el fin de la naturaleza sea eludido. Si te debe sojuzgar un tirano, prefiero entregarte a aquel de quien te puedo librar. Sea como fuere, te arrancaré más fácilmente de las manos de las mujeres que de ti mismo.

Hasta los veinte años el cuerpo crece y necesita de toda su sustancia; la continencia se halla entonces en el orden de la naturaleza, y sólo a costa de su constitución falta uno a ella. Después de los veinte años la continencia es un deber moral, que interesa para aprender a dominarse a sí mismo y a ser dueño de

sus apetitos. Pero los deberes morales tienen sus modificaciones, sus excepciones, sus reglas. Cuando la debilidad humana hace inevitable una alternativa, prefiramos el menor de los dos males, pues en todo estado vale más cometer una falta que contraer un vicio.

Recordad que aquí yo no hablo de mi alumno, sino del vuestro. Sus pasiones, que habéis dejado fermentar, os dominan; ceded, pues, abiertamente, y sin regatearle su victoria, que si sabéis mostrársela en su verdadero sentido, antes se avergonzará que se enorgullecerá de ella, y os reservaréis el derecho de guiarle durante su extravío, para que por lo menos, evite los precipicios. Importa que nada, ni aun lo malo, haga el discípulo que no lo sepa y quiera el maestro, y cien veces vale más que el ayo apruebe una falta y se equivoque que ser engañado por su alumno y que la falta se hiciera sin que él lo supiese. Quien cree que debe cerrar los ojos para algo, pronto se ve obligado a cerrarlos para todo. La tolerancia ante el primer abuso acarrea otro, y esta cadena no se acaba hasta el trastorno de todo orden y el desprecio de toda ley.

Otro error que ya he combatido, pero que nunca saldrá de los espíritus apocados, es afectar siempre la dignidad magistral, y querer pasar por un hombre perfecto en el espíritu de su discípulo. Este método es contrario al juicio. ¿Cómo no se dan cuenta de que, pretendiendo afianzar su autoridad la destruyen, que para hacer escuchar lo que dicen es preciso que se coloquen en lugar de aquel a quien se dirigen y que es necesario ser hombre para saber hablar al corazón humano? Todos estos varones perfectos ni mueven ni convencen; siempre decimos que les es muy fácil combatir las pasiones que no sienten. Mostrad vuestras debilidades a vuestro alumno si queréis corregir las, tuyas; que vea en vos los mismos combates que experimenta él; que aprenda a vencerse a ejemplo vuestro y no diga como los demás «Estos viejos despechados, porque ya no son jóvenes, quieren tratarnos como si fuéramos viejos, y porque ya están apagados sus deseos juzgan los nuestros como un delito».

Dice Montaigne que preguntó un día a De Langey: «Cuántas veces, por servir al rey, se había embriagado en sus negociaciones con Alemania». Igualmente yo le preguntaría al ayo de cierto joven

cuántas veces había entrado en un burdel por servir a su alumno. ¿Cuántas veces? Me engaño. Si la primera no le quita al libertino el deseo de volver a ella, si no sale arrepentido y avergonzado, si no derrama sobre vuestro pecho torrentes de lágrimas, abandonadle al instante; o él es un monstruo o vos sois un imbécil, y nunca le serviréis para nada. Pero dejemos estos expedientes extremos, tan tristes como peligrosos y que no tienen conexión alguna con nuestra educación.

¡Cuántas precauciones hay que tomar con un joven decente antes de exponerle al escándalo de las costumbres del siglo! Estas precauciones son lamentables, pero indispensables; en este punto la negligencia echa a perder toda la juventud; por el desorden de la primera edad degeneran los hombres y les vemos llegar a lo que son después. Viles y cobardes en sus mismos vicios, tienen el alma mezquina, porque desde muy pronto se han corrompido sus castigados cuerpos y apenas les queda suficiente vida para moverse. Sus sutiles pensamientos descubren un espíritu sin calidad; nada grande y noble saben sentir, carecen de sencillez y vigor, son groseros en todo y la abyección y la falsedad les son comunes; ni siquiera poseen el suficiente coraje para ilustrarse en la perversidad. Estos son los hombres despreciables que se forman con nuestra crapulosa juventud; si se encontrase uno solo que supiese ser templado y sobrio, y que en medio de ellos consiguiese)reservar su corazón, su sangre y sus costumbres del contagio del ejemplo, a los treinta años aplastaría todos esos insectos y con menos dificultad que le costó ser dueño de sí mismo se convertiría en el dueño de todos ellos.

Por poco que el nacimiento o la fortuna hubiese hecho en favor de Emilio, sería él ese hombre, si quisiera serlo, pero los desprecia mucho para dignarse esclavizarlos. Observémosle ahora conviviendo con ellos, introducido en su mundo, no para sobresalir, sino para conocerlo y hallar una compañera digna de él.

Sea cual sea la condición de su cuna y la sociedad que empieza a frecuentar, su debut será simple y sin lucimiento, ¡y no permita Dios que tenga la desgracia de brillar! Sus cualidades que observa a primera vista no le impresionan, pues ni las posee ni quiere. Tiene en muy poco aprecio los juicios de los hombres para que lo tenga

por sus preocupaciones, y no pretende que le aprecien antes de conocerle. Su forma de presentarse no es modesta ni vana; él es natural y sincero y desconoce la sujeción y el disimulo, y en medio de una concurrencia es el mismo que solo y sin testigos. ¿Será por esto grosero y desdeñoso, sin ser atención con nadie? Todo lo contrario, pues si cuando está solo no estima en nada a los demás hombres, ¿por qué no los ha de estimar en algo cuando convive con ellos? En sus modales no los prefiere a sí mismo porque en su corazón no los prefiere, pero tampoco les demuestra una indiferencia, de la que está muy distante; si no usa las fórmulas de la cortesía, no falta a las atenciones de la humanidad. No quiere ver sufrir a nadie, no ofrecerá su sitio a otro por cumplido, pero se lo cederá voluntariamente por bondad si ve que se han olvidado de él y entiende que le mortifica ese olvido, porque menos le molestará estarse voluntariamente de pie que ver que otro lo está por fuerza.

Aunque Emilio no estime a los hombres en general, no les demostrará desprecio, porque los plañe y se compadece de ellos. No pudiendo inculcarles afición a los bienes reales, les deja los de la opinión con que se contentan, no sea que, quitándoselos sin resarcírseles, les haga más desgraciados de lo que ya eran. Así pues, no es disputador, ni tiene espíritu de contradicción; tampoco es contemplativo ni adulador, y expone su opinión sin atacar la de nadie, porque ama la libertad por encima de todo y la sinceridad es uno de sus más bellos derechos.

Habla poco, porque no le interesa que se ocupen de él, y por la misma razón sólo dice lo que cree útil, y si no, ¿qué es lo que le obligaría a hablar? Emilio es demasiado instruido para caer en el defecto de hablador. El hablar mucho proviene necesariamente o de la pretensión de viveza, de que más tarde hablaré, o del aprecio de insignificancias y de la tontería de creer que los demás hacen de ellas el mismo caso que nosotros. El que conoce bastantes cosas para apreciarlas en lo que verdaderamente valen, nunca habla mucho, porque también sabe apreciar la atención que excita y el interés que inspiran sus palabras. Generalmente, las personas que saben poco hablan mucho, y las personas que saben mucho hablan poco. Es muy sencillo que un ignorante encuentre importante todo lo que sabe y se lo diga a todo el mundo, pero los instruidos no abren

fácilmente su repertorio, pues tendrían mucho que decir, y ven que todavía quedan otros para hablar después de ellos, y se callan.

Lejos de chocar con las maneras de los demás, Emilio las admite con la mejor voluntad, no por parecer conforme con todo ni por afectar modales de hombre cortés, sino porque no le interesa que le distingan, para evitar que le noten, y nunca está más a gusto que cuando no reparan en él.

Aunque al introducirse en el mundo ignore absolutamente sus hábitos, no por eso es tímido y pusilánime; si se oculta no es por turbación, sino porque para ver bien es mejor no ser visto; lo que opinen de él no le inquieta, ni le asusta que le ridiculicen. Esto es la causa de que estando siempre sereno y tranquilo no le perturba la vergüenza. Tanto si le observan como no, lo que él hace siempre lo hace lo mejor que sabe; dueño siempre de sí para observar bien a los demás, comprende los esclavos de la opinión. Podemos decir que toma más pronto el estilo del mundo, precisamente porque le hace poco caso.

Sin embargo; no os engañéis acerca de su aspecto; no vayáis a compararle con el de vuestros agradables jóvenes. Es firme, no es vanidoso, sus modales son libres, pero no desdeñosos; el aire insolente es propio de los esclavos y la independencia no tiene nada de afectación. Nunca he visto que un hombre de espíritu altivo lo demuestre en su actitud; esta afectación es propia de las almas mediocres, que sólo así pueden imponer respeto. He leído en un libro que habiéndose presentado un día en la sala del famoso Marcel un extranjero, le preguntó de qué país era. «Soy inglés.» «¿Vos inglés? -exclamó el bailarín-; ¿vos de aquella isla donde los ciudadanos participan de la administración pública y son parte del poder soberano?»[\[128\]](#). No, señor; ese semblante abatido, ese mirar tímido, ese andar incierto, no anuncian más que un esclavo titulado de algún elector.»

No sé si este juicio demuestra mucho conocimiento de la verdadera conexión que tiene el carácter de un hombre con su exterior. Yo, que no tengo el honor de ser maestro de danza, habría pensado todo lo contrario. Hubiera dicho: «Este inglés no es cortesano, porque jamás he oído decir que los cortesanos tengan el semblante abatido y el andar inseguro; un hombre tímido en casa de

un bailarín pudiera muy bien no serlo en la Cámara de los Comunes». Seguramente que Marcel debe considerar a sus compatriotas otros tantos romanos.

El que ama quiere ser correspondido. Emilio ama a los hombres, y por lo tanto, quiere agradecerles. Con más razón quiere agradecer a las mujeres; su edad, sus costumbres, sus proyectos, todo contribuye a alimentar en él ese deseo. Digo sus costumbres porque influyen mucho, los hombres que las tienen sanas son los que verdaderamente adoran a las mujeres. No recurren, como muchos, a cierto galanteo burlón, pero demuestran un sentimiento más sincero y más tierno, saliéndole del corazón. Junto a una mujer distinguiría yo entre cien mil libertinos al hombre que tiene buenas costumbres y que domina su naturaleza. Júzguese lo que será Emilio con un temperamento nuevo y tantos motivos para resistirlo. Creo que algunas veces se le verá tímido y confuso al lado de ellas, pero seguramente que esta confusión no les disgustará, y las un poco osadas, tendrán más de una vez el capricho de divertirse con ella y aumentarla. En cuanto a lo demás, su obsequio variará sensiblemente de forma según los estados. Será más modesto y respetuoso con las casadas y más tierno y más vivo con las solteras, pues no pierde de vista el objeto de sus investigaciones, y siempre demuestra más atención a lo que se las recuerda.

Nadie será más exacto que él para todas las atenciones fundadas en el orden de la naturaleza, incluso con el buen orden social, pero siempre preferirá las primeras a las últimas, y respetará más a un insignificante particular de más edad que él que a un magistrado de su misma edad. Como normalmente será uno de los más jóvenes en los círculos que frecuente, siempre será uno de los más modestos, y no por la vanidad' de parecer humilde, sino por un sentimiento natural y fundado en la razón. No tendrá el impertinente descaro de un joven fastuoso, que por divertir a la reunión habla más alto que la gente discreta e interrumpe a los ancianos, y no autorizará por su parte la respuesta de un noble anciano a Luis XV, quien le preguntó si le parecía mejor su siglo o éste: «Señor, he pasado mi juventud respetando a los ancianos, y ahora tengo que pasar mi vejez respetando a los niños».

Con un alma tierna y sensible, pero que no aprecia nada por la opinión, aunque le plazca agradar a los demás, poco se cuidará de producir efecto. De donde se deduce que será más afectuoso que cortés, que jamás será presuntuoso y que mejor le moverá un halago que mil elogios. Por las mismas razones no descuidará ni sus modales ni su atavío; acaso podrá haber alguna afectación en su traje, no por parecer hombre de gusto, sino por hacer más agradable su presencia, pero no recurrirá al marco dorado, y nunca desprestigiará sus galas con demostraciones de riqueza.

Vemos que todo esto no exige de mi parte mucha exhibición de preceptos y que es simple efecto de su primera educación. Se nos presenta con un gran misterio del uso del mundo, como si en la edad en que se adquiere ese uso no lo adquiriese uno naturalmente y no debiera averiguar sus primeras leyes un corazón recto. La auténtica urbanidad consiste en demostrar benevolencia, y la demuestra sin dificultad el que la tiene; sólo el que carece de ella se ve obligado a aparentarla.

«El efecto más desgraciado de la urbanidad que se usa es que enseña el arte de carecer de las virtudes que imita. Que nos inspiren en la educación la humanidad y la beneficencia, y tendremos urbanidad, o no la necesitaremos.

»Si no tenemos la que se anuncia por los modales, tendremos la que anuncia al hombre honrado y al ciudadano, y no tendremos necesidad de recurrir a la hipocresía.

»En lugar de ser artificioso para agradar, será suficiente con ser bueno; en lugar de ser hipócrita para halagar las debilidades ajenas, será suficiente con ser indulgente.

»Aquellos que procedan así, no se enorgullecerán, ni se corromperán; serán agradecidos y se volverán mejores.»

Me parece que si alguna educación puede producir la especie de urbanidad que aquí exige Duclos es aquella cuyo plan he trazado.

Por lo tanto, convengo que con máximas tan distintas Emilio no será como todo el mundo, y Dios le preserve de serlo. Pero en lo que se diferencie de los demás, no será enfadoso ni ridículo, y la diferencia será sensible sin ser incómoda. Emilio será, si queremos, un forastero amable. Primero le perdonarán sus singularidades, diciendo: «Ya cambiará»; después se habituarán a sus modales, y

viendo que no los cambia, también le perdonarán diciendo: «El es así».

No será considerado como un hombre amable: pero le querrán sin saber por qué; nadie alabará su ciencia, pero con agrado le harán juez entre los hombres de talento; el suyo será limpio y limitado, tendrá sentido recto y juicio sano. Correrá como nunca en pos de ideas nuevas y no pecará de agudo. Le he hecho ver que todas las ideas saludables y verdaderamente útiles a los hombres fueron las primeras que se conocieron, que en todos los tiempos son los verdaderos vínculos de la sociedad, y que a los espíritus trascendentales no les queda otro medio de distinguirse que ideas perniciosas y funestas al género humano. Esta manera de hacerse admirar no le mueve; sabe dónde ha de hallar la felicidad y con qué puede contribuir a la ajena. La esfera de sus conocimientos no se extiende más lejos de lo que es provechoso. Su ruta es estrecha bien marcada, y como no tiene tentaciones de salirse de ella, le confunden los que la siguen; no quiere extraviarse ni brillar. Emilio es un hombre de sana razón y no desea ser otra cosa; por más que traten de injuriarle con este dictado, él lo tendrá siempre como un honor.

Aunque el deseo de agradar no le deje ya absolutamente indiferente acerca de la opinión ajena, sólo tomará aquello que tenga inmediata conexión con su persona, sin interesarse por las apreciaciones arbitrarias que no tienen otra ley que la moda o las preocupaciones. Estará orgulloso de hacer bien todo lo que haga, y aun de hacerlo mejor que-otro; en la carrera querrá ser el más ligero, en la lucha el más fuerte, en el trabajo el más hábil, y en los juegos de destreza el más ingenioso, pero poco aspirará a las ventajas que no son claras en sí y que para comprobarse precisan el juicio ajeno, como tener más entendimiento que otro, hablar mejor, saber más, etc., y menos todavía por las que no tienen conexión con él, como ser de más alto linaje, suponerle más rico, con más crédito, más considerado, etcétera.

Como ama a los hombres porque son sus semejantes amará sobre todo a los que se le parecen más, porque se reconocerá por bueno, y juzgando de esta semejanza por la conformidad de gustos en las cosas morales, se complacerá mucho en hallar aprobación en

todo lo que tiene relación con el buen carácter. No dirá precisamente: «Me alegro porque me aprueban», sino: «Me alegro porque aprueban lo bueno que he hecho y porque las personas que me honran se honran a sí mismas». Mientras sus juicios sean tan sanos, será hermoso obtener su estimación.

Al estudiar a los hombres por sus costumbres en el mundo, como antes los estudiaba por sus pasiones en la Historia, tendrá muchas ocasiones de reflexionar acerca de lo que el corazón humano encuentra grato o desagradable. Ya le tenemos filosofando acerca de los principios del buen gusto, y éste es el estudio que le conviene durante esta época.

Cuanto más lejos vamos a buscar las definiciones del buen gusto, más nos desviamos. El buen gusto no es otra cosa que la facultad de juzgar lo que agrada o desagrade al mayor número; saliendo de esto, no sabemos qué cosa sea el buen gusto. De aquí no se deduce que haya más hombres de buen gusto que de mal gusto, porque aunque la mayor parte forme un juicio exacto acerca de todos, y aunque el conjunto de gustos generales constituya el buen gusto, hay pocos que tengan buen gusto, como hay pocas personas bellas, aunque la belleza se constituya por un conjunto de rasgos muy comunes.

Debe remarcarse que aquí no- 'se trata de lo que amamos porque nos es útil, no de lo que odiamos porque nos es perjudicial. El gusto solamente se ejercita en las cosas indiferentes, o cuando más de un interés transitorio, y no las que se hallan unidas con nuestras necesidades; para juzgar de éstas, no es necesario el gusto, pues con el apetito ya es suficiente. Esto es lo que tan difíciles y al parecer tan arbitrarias hace las decisiones de puro gusto, porque no se ve la razón de estas decisiones fuera del instinto que las determina. También se deben distinguir sus leyes en las cosas morales y sus leyes en las físicas. En éstas los principios del buen gusto parecen absolutamente inexplicables. Pero interesa observar que en todo lo que se relaciona con la imitación tiene parte la moral[129]; así se explican bellezas que parecen físicas y que realmente no lo son. Añadiré que el gusto tiene reglas locales que en mil casos dependen de los climas, de las costumbres, del gobierno, de las instituciones, y hay otras que se refieren a la edad,

al sexo, al carácter, y en este sentido es verdad que sobre gustos no hay disputa.

El gusto es natural en todos los hombres, pero no todos lo tienen en una medida igual, ni en todos se desarrolla hasta el mismo grado, y en todos está expuesto a alterarse por diversas causas. La medida del gusto que puede tener cada uno depende de la sensibilidad que ha recibido; su cultura y su forma dependen de las sociedades en que ha vivido. Primero es necesario vivir en numerosas sociedades para hacer muchas comparaciones. Luego son necesarias sociedades de pasatiempos y ociosidad, porque en las de negocios no se tiene por regla el deleite, sino el interés. En tercer lugar son necesarias sociedades donde no sea muy grande la desigualdad de condiciones, donde la tiranía de la opinión sea moderada y donde reine más el deleite que la vanidad, porque de lo contrario la moda avería el gusto, y no se busca lo que agrada, sino lo que distingue.

En este último caso, ya no es cierto que sea el buen gusto el de mayor número. ¿Por qué esto? Porque el objeto cambia. Entonces la muchedumbre no tiene juicio propio y juzga sólo por los que cree más ilustrados; no aprueba lo que está bien, sino lo que han aprobado ellos. Procurad que en todos los tiempos tenga cada uno su propio sentir, y lo que en sí es más agradable se llevará siempre la pluralidad de los votos.

En sus trabajos los hombres no realizan nada bello que no sea por imitación. Todos los auténticos modelos del buen gusto se encuentran en la naturaleza. Cuanto más nos alejamos del maestro, más se desfiguran nuestras pinturas. Entonces sacamos nuestros modelos de los objetos que amamos, y la mejor fantasía, sujeta al capricho y a la autoridad, no es otra cosa que lo que quieren los que nos orientan.

U Los que nos orientan son los artistas, los poderosos y los ricos, y lo que les guía es su interés y su vanidad. Los unos por hacer alarde de sus riquezas y los otros para aprovecharse de ellas, buscan a propósito nuevos medios de gasto. Así el gran lujo establece su imperio, y hace que guste lo que es difícil y caro; entonces lo que pretende ser bello, lejos de imitar la naturaleza, sólo a fuerza de contrariarla se mira como tal. Así es cómo el lujo y el

mal gusto son inseparables. Donde el gusto es dispendioso, es falso.

Sobre todo en las relaciones de los dos sexos es donde toma su forma el gusto bueno o el malo; su cultivo es efecto necesario del objeto de esta sociedad. Mas cuando la facilidad de gozar entibia el deseo de agradar, el gusto debe degenerar, y ésta me parece otra de las más palpables razones de por qué está unido el buen gusto con las buenas costumbres.

Consultad el gusto de las mujeres en las cosas físicas y que tienen relación con el juicio de los sentidos, y el de los hombres en las morales y que dependen más del entendimiento. Cuando las mujeres sean lo que deben ser, se limitarán a las cosas de su competencia, y siempre juzgarán bien pero desde que se han convertido en árbitros de la literatura y a juzgar sobre toda suerte de libros y a escribir uno tras otro, ya no saben nada más. Los autores que consultan a las sabias sobre sus obras, pueden estar seguros de que siempre serán mal aconsejados; los elegantes que las consultan acerca de su traje, siempre van vestidos ridículamente. Pronto tendré ocasión de hablar del verdadero talento de ese sexo, del modo de cultivarlo, y de las cosas sobre las cuales son merecedoras de ser escuchadas sus decisiones.

Estas son las consideraciones primarias que sentaré como principio cuando con mi Emilio me remita a una materia que no le es indiferente en las circunstancias en que se halla y ante las investigaciones que ahora le absorben. ¿Y a quién le ha de ser indiferente? El conocer lo que puede ser agradable o desagradable a los hombres no sólo es necesario para el que precisa de ellos, sino también para el que quiere serles útil, pues importa agradarles para servirles, nunca el arte de escribir es un estudio ocioso cuando vale para hacer escuchar la verdad.

Si para cultivar el gusto de mi discípulo tuviese que elegir entre países donde todavía no ha comenzado su cultivo u otros donde ya ha degenerado, seguiría el orden retrógrado: comenzaría el viaje por estos últimos y acabaría por los primeros. La razón de esta elección consiste en que el gusto se estropea por una excesiva delicadeza que le hace sensible a cosas que no distingue la mayoría de los hombres; esta delicadeza trae el espíritu de discusión, porque

cuanto más se utilizan los objetos, más se multiplican, y esta sutileza hace que el tacto sea más delicado y menos uniforme. Entonces se forman tantos gustos como cabezas, y en las disputas acerca de la preferencia, la filosofía y las luces se extienden y se aprende a pensar. Sólo quien esté muy hecho al trato de gentes puede hacer observaciones sutiles, porque no impresionan hasta después de las demás, y en cuanto a las personas poco acostumbradas a las sociedades numerosas, toda su atención se la llevan los rasgos fuertes. Tal vez en la actualidad no haya un pueblo civilizado donde peor sea el gusto general que en París. Sin embargo, en esta capital es donde se cultiva el buen gusto, y pocos libros salen que sean apreciados en Europa, cuyos autores no hayan ido a formarse en París. Los que opinan que es suficiente con leer los libros que salen de allá se equivocan; se aprende mucho más en la conversación de los autores que en los libros. El espíritu de las sociedades es el que desenvuelve una cabeza pensadora y aclara y alarga la vista todo lo posible. Si tenéis una chispa de ingenio, id a pasar unos años en París: pronto seréis todo lo que podáis ser o no seréis jamás nada.

En los países donde reina el mal gusto, podremos aprender a pensar, pero no debemos pensar como los que tienen este mal gusto, y es difícil que esto no ocurra cuando vivimos largo tiempo con ellos. Hemos de perfeccionar con mucho cuidado el instrumento que juzga, evitando emplearlo como ellos. Me guardaré muy bien de pulir el juicio de Emilio hasta alterarlo, y cuando tenga el tacto tan fino que sienta y compare los distintos gustos de los hombres, le llevaré a objetos más simples para que fije el suyo.

Todavía tomaré esto de más lejos, para conservarle puro y sano el gusto. En el tumulto de la disipación sabré tener con él conferencias útiles, y dirigiéndolas siempre a objetos que le agraden, procuraré que le resulten tan entretenidas como instructivas. Ahora es el tiempo de la lectura y de los libros agradables; ahora el de enseñarle el análisis de la oración, y hacerle sensible a toda la belleza de la elocuencia y la dicción. No es suficiente aprender las lenguas por ellas mismas; su uso no es tan importante como se cree, pero su estudio conduce al de la gramática general. Es necesario aprender el latín para saber bien el francés, y para

entender las reglas del arte de hablar, es necesario estudiar y comparar uno con otro.

Además, hay una cierta sencillez de gusto que llega al corazón y que sólo se halla en los escritos de los antiguos. En la elocuencia, en la poesía, en toda especie de literatura, los encontrará, como en la historia, abundantes en temas y sobrios en juzgar. Nuestros autores, por el contrario, dicen poco y pronuncian mucho. Darnos sin cesar su juicio por ley no es modo de formar el nuestro. La diferencia de los dos gustos se hace sentir en todos los monumentos y hasta en los sepulcros; los nuestros están abiertos de elogios, en los de los antiguos se leían hechos.

Sta, viator; heroem calcas
(«*Detente, caminante; pisas a un héroe*»)

Aunque yo hubiese hallado este epitafio en un monumento antiguo, en el acto habría adivinado que era moderno, porque entre nosotros no hay nada más común que los héroes, pero entre los antiguos eran raros. En vez de decir que uno era un héroe, habrían dicho lo que había hecho para serlo. Comparad con el epitafio de este héroe el del afeminado Sardanápalo:

Yo he edificado Tarso y Anchialo en un día y ahora estoy muerto.

¿Cuál significa más a vuestro parecer? Nuestro estilo lapidario, con su hinchazón sólo vale para hacer grandes a los enanos. Los antiguos mostraban a los hombres al natural, y se veía que eran hombres. Jenofonte, para honrar la memoria de algunos guerreros muertos a traición en la retirada de los diez mil: «Murieron -dice-, irreprochables en la guerra y en la amistad». Ahí está todo, pero ved en este tan corto y sencillo elogio cómo debía rebotar el corazón del autor. ¡Desventurado quien no halla esto admirable!

Estas palabras grabadas en el mármol se leían en las Termópilas:

*Caminante, ve a decir a Esparta que nos
otros hemos muerto aquí por obedecer sus santas leyes.*

Se ve claramente que no las dictó la academia de inscripciones.

Mucho me engaño si mi alumno, que en tan poco aprecio tiene las palabras, no pone una gran atención en estas diferencias, y si no influyen en la elección de sus lecturas. Arrastrado por la varonil elocuencia de Demóstenes, dirá: «Este es un orador», pero cuando lea a Cicerón, dirá: «Este es un abogado».

Generalmente a Emilio le gustarán más los libros de los autores antiguos que los nuestros; aunque no sea por otra causa que la de ser aquéllos los primeros, están más cerca de la naturaleza y su ingenio es más a propósito para él. Digan lo que quieran la Motte y el abate Terrasón, no existen verdaderos progresos de la razón en el género humano, debido a que todo cuanto se gana por una parte se pierde por otra, porque todos los entendimientos salen siempre del mismo punto, y porque siendo perdido el tiempo que se gasta en saber lo que han pensado otros para pensar uno mismo, si se adquieren más luces, también pierde vigor la inteligencia. Nuestros entendimientos están como nuestros brazos, habituados a realizarlo todo con herramientas y nada por sí mismos. «Fontenelle decía que toda disputa sobre los antiguos y los modernos quedaba reducida en saber si los árboles de otro tiempo eran más corpulentos que los de hoy.» Si la agricultura hubiese variado, la cuestión no iría muy fuera de camino.

Después de haberle ascendido de esta forma hasta las puras fuentes de la literatura, le muestro también los sumideros en los estanques de los compiladores modernos, en diarios, traducciones y diccionarios; da una mirada a todo esto y luego lo deja para no volver a mirarlo. Para divertirlo, procuro que oiga la palabrería de las academias y observe que cada uno de los que las componen siempre vale más solo que en corporación; de aquí deducirá por sí mismo la consecuencia de la utilidad de todos estos soberbios establecimientos.

Le llevo a los teatros, no para que estudie la moral, sino el gusto, ya que aquí es donde se manifiesta particularmente a los que saben reflexionar. Dejaos de preceptos y de moral, le diré; no es aquí donde se han de aprender. El teatro no está destinado para la verdad, sino para halagar y divertir a los hombres; no hay escuela donde se aprenda tan bien el arte de agradarles y de interesar el

corazón humano. El estudio del teatro lleva al de la poesía, y ambos tienen un mismo objeto. Si tiene una chispa de afición a la poesía, ¡con qué placer cultivará las lenguas de los poetas, el griego, el latín, el italiano! Estos estudios serán para él pasatiempos sin prisas y le aprovecharán más, le serán deliciosos en una edad y circunstancias en que con tanto placer se interesa el corazón en todos los géneros de belleza capaces de conmoverle. Figuraos a un lado a mi Emilio y en el otro a un colegial leyendo el cuarto libro de la Eneida, o a Tíbulo, o el Banquete, de Platón; ¡qué diferencia! ¡Qué agitado está el corazón de uno de ellos con lo que ni siquiera impresiona el del otro! «Oh, buen joven, detén tu lectura, pues te veo demasiado enternecido; quiero que te agrade el idioma del amor, pero no quiero que te extravíe; sé hombre sensible, pero también un hombre cuerdo. Si eres de los dos, no eres nada». En cuanto a lo demás, que rechace o no las lenguas muertas, poco me importa, pues aunque no sepa nada de esto no valdrá menos, ni se trata de estas trivialidades en su educación.

Mi principal objeto, cuando le enseño a que sienta y ame la belleza en todos sus géneros, es fijar en ella sus afecciones y sus gustos, evitar que se alteren sus apetitos naturales, y que un día busque en su riqueza los medios de ser feliz, debiéndolos buscar más cerca. He dicho ya que el gusto no es más que el arte de conocerse por pequeños detalles, y es verdad, pero una vez que las satisfacciones de la vida dependen de un cúmulo de ellos, no deja de ser importante esa solicitud; por ella aprendemos a llenarla de los bienes que podemos alcanzar con toda la verdad que para nosotros pueden tener. Aquí no hablo de los bienes morales que dependen de la buena disposición del alma, sino de lo que es propio de la sensualidad, del deleite real, dejando aparte los prejuicios de la opinión.

Para desarrollar mejor mi idea que se me permita dejar por un momento a Emilio, cuyo puro y sano corazón no puede servir a nadie de regla, y ofrecer en mí mismo un ejemplo más sensible y más cercano a las costumbres del lector.

Hay estados que parece que cambian la naturaleza y vacían, por así decirlo, en un nuevo molde a los hombres, transformándolos en mejores o peores. Un cobarde que ingresa en el regimiento de

Navarra se vuelve valiente. No sólo en lo militar se coge el espíritu de cuerpo, ni siempre los efectos que produce son buenos. He pensado cien veces con horror que si tuviese el infortunio de tener el cargo que yo sé en cierto país, mañana sería inevitablemente tirano, concusionario, destructor del pueblo, funesto para el príncipe y enemigo de toda humanidad, toda equidad y toda especie de virtud.

De igual modo, si fuese rico, habría hecho todo lo posible para serlo, y por lo tanto, sería insolente y bajo, pero sensible y delicado para mí solo, despiadado y duro para todo el mundo, desdeñoso espectador de las miserias de la chusma, pues no daría otro nombre a los pobres, para conseguir que se olvidasen de que también lo fui yo en otro tiempo. Por último, sólo me ocuparía de mi fortuna, instrumento de mis placeres. Hasta aquí sería como todos los demás.

Pero en lo que creo que me diferenciaría mucho de ellos es en que sería sensual y voluptuoso más que orgulloso y vano, y en que me daría más al lujo de la molicie que al de la ostentación, y aún me causaría alguna vergüenza el hacer demasiado alarde de mi riqueza, creyendo ver siempre al envidioso a quien aterrarse mi fausto decir al oído de sus vecinos: «He aquí a un tahúr que tiene miedo de que le conozcan por tal».

De esta inmensa profusión de bienes que cubre la tierra, buscaría lo que más me gustase y que pudiese apropiarme con más facilidad. Para esto el primer uso de mi riqueza sería comprar ocio y libertad, a lo cual añadiría la salud si estuviese en venta, pero como sólo se consigue con la templanza, y sin salud no hay deleite verdadero en la vida, por conservación sería templado.

Siempre me quedaría lo más cerca posible de la naturaleza, para contentar los sentidos que ella me dio. con la seguridad de que mis deleites serían tanto más reales cuanto más parte tuviese en ellos. Siempre sería mi modelo para la elección de los objetos de imitación; en mis apetitos le daría la preferencia, y en mis gustos le consultaría en todo; en las comidas siempre querría lo que más sazona ella y pasa por menos manos para llegar hasta nuestra mesa. Me guardaría así de las falsificaciones del fraude y saldría al encuentro del placer. No sometería mi grosera gula a las instrucciones de un jefe de comedor que me vendiese veneno por

pescado; no se llenaría mi mesa con magníficas inmundicias traídas de lejanas tierras; me atormentaría para satisfacer mi sensualidad, pues el mismo tormento es entonces un nuevo placer y aumenta el que aquélla proporciona. Si quisiera saborear un manjar de un extremo del mundo, iría, como Apicio, a buscarlo, en lugar de hacérmelo traer, porque a los mas exquisitos manjares les falta siempre una sazón que no viene con ellos y ningún cocinero les puede dar, porque es el aire del clima que los ha producido.

Por la misma razón no imitaría a los que hallándose bien únicamente donde no están ponen siempre en contradicción consigo mismos a las estaciones, y en contradicción con las estaciones, los climas; buscan el verano en invierno y el invierno en verano; van a tener frío en Italia y calor en el Norte, sin pensar que cuando creen huir del rigor de las estaciones lo encuentran en los países donde no han aprendido a preservarse de él. Yo me quedaría en mi sitio, o haría todo lo contrario. Querría obtener de una estación todo lo agradable de ella y de un clima lo que le es peculiar. Tendría una diversidad de gustos y hábitos que no se pareciesen y que siempre fuesen naturales; iría a pasar el verano en Nápoles y el invierno en San Petersburgo; unas veces respirando un céfiro suave muellemente reclinado en las grutas de Tarento, y otras en la iluminación de un palacio de hielo, cansado y casi sin aliento tras los placeres del baile.

Querría en el servicio de mi mesa y en el adorno de mi aposento imitar con ornamentos muy sencillos la variedad de las estaciones, y obtener de cada una de ellas sus delicias, sin gozar anticipadas las de las siguientes. Penoso es y no placentero perturbar así el orden de la naturaleza, arrancándole producciones involuntarias que ella da a pesar suyo y que careciendo de calidad y de sabor no pueden alimentar el estómago ni halagar el paladar. No hay nada más insípido que las frutas primerizas; hay rico en París que con grandes gastos, a fuerza de hornillos y de estufas, consigue servir todo el año en su mesa sólo malas legumbres y peores frutas. Si yo tuviese cerezas cuando hiela y melones en pleno invierno, ¿con qué placer los habría de gustar cuando mi paladar no tiene necesidad de humedecerse y refrescarse? ¿Me serían muy agradables las castañas en los ardores de pleno verano? ¿Las preferiría saliendo

de la sartén a la grosella, a la fresa y a las refrescantes frutas con que sin tantos cuidados me ofrece la tierra? Cubrir su chimenea el mes de enero con vegetaciones forzadas, con flores pálidas y sin olor, más que respetar el invierno es desnudar la primavera, es privarse del placer de ir a los bosques a buscar la primera violeta, a esperar el primer retoño y exclamar lleno de gozo: «Mortales, no estáis abandonados; la naturaleza todavía vive».

Para estar bien servido tendría pocos criados, lo que ya he dicho, pero es necesario repetirlo. Hace más servicios a un burgués su solo criado que a un duque los diez lacayos que le rodean. Muchas veces he pensado que cuando tengo en la mesa el vaso a mano, bebo cuando quiero y si estuviese en una mesa de etiqueta sería preciso que veinte voces repitieran la orden de servirme antes de que yo pudiese beber, antes de que yo saciase mi sed. Todo lo que se hace por indicación de otro sale mal hágase como se quiera. No enviaría a las tiendas, sino que iría yo mismo, para que negociaran mis sirvientes antes que yo, para hacer un ejercicio agradable. para ver un poco lo que hacen fuera de mi casa, pues eso recrea y algunas veces instruye; por último, iría por ir. que siempre es algo. De la vida inactiva nace el aburrimiento, puesto que quien mucho anda poco se aburre. El portero y los criados son malos intérpretes; yo no quisiera que esas gentes sirvieran de intermediarios entre los demás y yo, ni andar siempre con el traqueteo de un coche como si tuviera miedo de que las gentes se me acercasen. Los caballos de un hombre que hace uso de sus piernas están siempre a punto; si las tiene enfermas o fatigadas, lo sabe antes que nadie, y no tiene miedo de verse obligado a no salir de casa con este pretexto cuando su cochero se quiere divertir; en la calle no hacen que se impaciente y se aburra con mil estorbos imprevistos, ni que se esté parado cuando desea ir volando. Por último, si nadie nos es tan útil como nosotros mismos, aunque sea uno más poderoso que Alejandro y más rico que Crespo, sólo se deben admitir de los demás los servicios que no se puede hacer uno mismo.

No me gustaría vivir en un palacio porque no ocuparía más que una habitación; todo aposento común no es de nadie, y el cuarto de cada uno de mis criados sería tan extraño para mí como el de mi vecino. Los orientales, aunque viven con mucho esplendor, adornan

sus habitaciones con una gran sencillez. Miran la vida como una jornada y su casa como un mesón. Esta razón no nos convence a nosotros los ricos, que tomamos nuestras medidas como si tuviéramos que vivir eternamente, pero yo tomaría otra diferente que produciría el mismo efecto. Tendría la sensación de que establecerme con tanto aparato en un sitio sería como desterrarme de todos los demás y ser prisionero, por así decirlo, en mi palacio. Palacio muy hermoso es el universo: ¿no pertenece siempre a quien quiere disfrutarlo? Ubi tiene, ibi patria, «donde va bien, allí es le patria»; ése es su emblema, sus lares son los países donde todo lo puede conseguir su dinero, como tenía por suya Filipo toda fortaleza donde podía meter un mulo cargado de dinero. ¿Pues por qué uno se ha de ir a encerrar entre puertas y paredes como si jamás tuviera que salir de allí? Si una epidemia, una guerra o una revolución me obligan a salir de un país y me voy a otro donde en seguida encuentro un hogar, ¿qué necesidad tengo yo de construirme una casa cuando me la levanta el universo entero? ¿Por qué cuando me doy tanta prisa en vivir he de preparar con anticipación gustos que desde hoy puedo gozar? ¿Es imposible vivir una vida placentera estando siempre en contradicción consigo mismo? De esta manera, Empédocles reprochaba a los agrijentinos que acumulaban los deleites como si no tuvieran que vivir más de un día y levantaban edificios igual que si nunca hubieran de morir.

Por otra parte, ¿de qué me sirve un alojamiento tan holgado, teniendo tan poco con qué llenarlo? Tanto mis muebles como mis gustos serían sencillos; no tendría galería ni biblioteca, principalmente si me gustase la lectura y entendiese de pinturas. Entonces sabría que semejantes colecciones nunca son completas y que la privación de lo que les falta produce más sentimiento que el no tener nada. En esto la abundancia es la miseria; no hay nadie que haga colecciones que no lo haya experimentado. Un inteligente no debe formarlas, y quien posee un gabinete para enseñar a los otros no se sirve de él para sí mismo.

El juego no es la diversión propia de un hombre rico, sino el recurso de un desocupado, y mis placeres me ofrecerían demasiadas ocupaciones para tener tiempo en emplearlo tan mal. Viviendo solo y siendo pobre, yo no juego, o sólo alguna vez al

ajedrez, y aun eso es innecesario. Si fuese rico, todavía jugaría menos, y sólo un juego sin importancia, para no ver a nadie disgustado ni disgustarme yo. En la opulencia, estando falto de motivo el interés del juego, nunca puede convertirse en furor, a no ser en un alma avara. Las ganancias que puede sacar un hombre rico del juego, para él son siempre menos sensibles que las pérdidas, y como la forma de los juegos moderados, que al cabo se lleva los beneficios, hace que generalmente lleven más pérdidas que ganancias, no es posible que quien discurra bien se aficiona a un pasatiempo en que están contra él riesgos de toda clase. El que halaga su vanidad con las preferencias de la fortuna, puede buscarlas en objetos mucho más importantes, y estas preferencias no son menos manifiestas en el juego más débil que en el más fuerte. La afición al juego, fruto de la avaricia y del aburrimiento, sólo arraiga en un entendimiento y un corazón vacío, y creo que yo tendría los necesarios conocimientos y sensibilidad para no precisar ese suplemento. Raramente vemos que los pensadores se diviertan en el juego, pues les lleva el hábito de meditar, o les dirige a combinaciones áridas; por eso uno de los bienes y el único tal vez que ha producido la afición a las ciencias es aminorar en lo posible esta sórdida pasión; más prefiere uno probar la utilidad del juego que entregarse a él. Yo le atacaría entre los jugadores, y me divertiría más burlándome de ellos cuando los viese perder que por ganarles su dinero.

Sería el mismo en mi vida privada que en el trato de sociedad. Desearía que mi fortuna les fuese útil a todos y no hiciese sentir la desigualdad a nadie. El oropel de los atavíos es incómodo por miles de conceptos. Para conservar con la gente toda la libertad posible, quisiera vestirme de forma que en todas las condiciones pareciese que estaba en mi sitio y que no me distinguiesen en ninguna, que sin afectación ni transformación en mi persona fuese plebe en los barrios bajos y buena compañía en el Palacio Real. Más dueño así de mi conducta, podría siempre gozar de las diversiones de las personas de cualquier condición. Dicen que hay mujeres que cierran la puerta a los que no llevan puños bordados y no reciben a los que no llevan puntillas; yo iría a pasar el día a otra parte, pero si fuesen

jóvenes y hermosas me pondría alguna vez una prenda con encajes para pasar en su casa la noche.

El único lazo de nuestras sociedades sería el mutuo cariño, la conformidad de gustos, la concordancia de caracteres yo me echaría en sus brazos como hombre y no como rico, y nunca consentiría que el interés envenenase el encanto. Si mi opulencia me hubiese dejado alguna humanidad, extendería lejos mis servicios y mis obsequios, pero querría tener alrededor mío una sociedad y no una corte, amigos y no deudos; no sería anfitrión de mis invitados porque sería su huésped. La independencia y la igualdad dejarían a mis relaciones todo el candor de la benevolencia y no teniendo cabida alguna el interés y la obligación, sólo la alegría y la amistad dictarían la ley.

Nadie compra ni su amigo ni su dama. Es fácil poseer mujeres con dinero, pero es la forma de no ser amado por ninguna. En cuanto el amor se pone a la venta, el dinero lo mata infaliblemente. El que paga, aunque sea el más amable de los hombres, únicamente porque paga no puede ser amado mucho tiempo. Pronto pagará por otro, o será pagado este otro con su dinero, y en este doble enlace, formado por el interés y la distribución sin amor, sin verdadero deleite, sin honor, la mujer ávida, infiel y miserable, tratada por el villano que recibe como trata ella al tonto que da, se desquita así con los dos. Sería muy dulce ser liberal con lo que se quiere si esto no transformase el amor en un trato. Sólo conozco una forma de satisfacer el deseo de dinero de la mujer sin envenenar el amor, y es entregárselo todo y que ella luego mantenga a su amante. Falta saber si hay una mujer con la cual ese procedimiento no fuera una extravagancia.

El que decía: «Yo poseo a Lais, sin que ella me posea», decía una expresión necia. La posesión que no es recíproca no es nada; cuando más es la posesión del sexo, menos la del individuo. Entonces, donde no hay la moral del amor, ¿por qué afanarse tanto por lo demás? No hay nada más fácil de encontrar. En este sentido es mas dichoso un pobre que un millonario.

Si se pudiera desarrollar lo bastante la inconsecuencia del vicio, qué lejos lo veríamos del logro de sus esperanzas cuando consigue lo que deseaba. ¿Por qué esta bárbara avidez de corromper la

inocencia, de hacer una víctima de una flor en capullo que hubiéramos debido proteger y que, dado este primer paso, se hunde inevitablemente en una sima de miserias, de donde no saldrá sino con la muerte? Brutalidad, vanidad, necedad, error y nada más. Este mismo placer no es natural, viene de la opinión, y de la más vil opinión, pues nace del desprecio de sí mismo. El que se cree el último de los hombres teme la comparación con cualquier otro y quiere pasar el primero para ser menos odioso. Mirad si los más ávidos de este guisado imaginario son nunca jóvenes amables, dignos de agradar y más disculpables por ser mal contentadizos. No; con buen aspecto, mérito y sensibilidad, poco se teme la experiencia de su amada, y con una lógica confianza le dice: «Tú conoces los deleites, no importa; mi corazón te promete los que aún ignoras».

Pero un sátiro viejo y gastado con la disolución, sin ninguna gracia, sin miramiento, sin atención, sin ninguna clase de honradez, incapaz e indigno de agradar a toda mujer que sabe lo que es una persona amable, cree que todo esto lo suple con una joven inocente, adelantándose a la experiencia y excitando en ella la primera emoción de los sentidos. Su última esperanza es gustar, valido de la novedad; éste es indiscutiblemente el motivo secreto de su antojo; pero se equivoca, que no está menos en la naturaleza el horror que causa que los deseos que quería excitar. También se le malogra su loca espera; esta misma naturaleza procura reivindicar sus derechos; toda muchacha que se vende se ha dado ya, y habiéndose dado a su gusto ha hecho la comparación que él teme. Así compra un gusto imaginario, el cual no es menos despreciado.

Por mucho que cambiase yo haciéndome rico, hay un punto en el que jamás cambiaría. Si no me queda ni virtud ni moral, por lo menos me quedará buen gusto, alguna razón, alguna delicadeza, y esto evitaría que emplease mi fortuna convirtiéndome en la burla de todos, corriendo detrás de objetos fantásticos y agotando mi bolsa y mi vida en hacerme traicionar y escarnecer por muchachuelas. Si fuese joven, buscaría los placeres de la juventud, y queriéndolos con toda su delicia, no los buscaría como rico. Si me quedase como soy, sería otra cosa; me limitaría prudentemente a los placeres de mi edad; escogería los que aún puedo gozar y ahogaría los que sólo

pueden serme un tormento. No iría a ofrecer mi barba gris a la desdeñosa burla de las muchachas, no podría soportar ver que mis repugnantes caricias producían náuseas, ni daría pie para que contaran de mí las más ridículas historias, ni querría imaginarlas describiendo los torpes deleites del viejo simio, como vengándose por haberlos sufrido. Y si los hábitos mal combatidos hubiesen convertido en necesidades mis antiguos deseos, tal vez los satisfacería, aunque fuese con vergüenza y sonrojándome de mí mismo. Quitaría la pasión de la necesidad, me arreglaría lo mejor que me fuese posible y me limitaría a aquello sólo; no transformaría en ocupación mi debilidad, y, sobre todo, no querría tener más que un testigo. A la vida humana le quedan tantos placeres cuando éstos le faltan, y corriendo vanamente tras los que se nos escapan, nos privamos hasta de los que nos han quedado. Mudemos de gustos con los años, no saquemos de su lugar ni las edades ni las estaciones, seamos nosotros mismos en todo tiempo y no luchemos contra la naturaleza, pues estos vanos esfuerzos consumen la vida y nos impiden que usemos de ella.

El pueblo no se aburre y su vida es activa; si sus diversiones no son variadas, son raras; muchos días de trabajo hacen que goce con delicia de algunos de fiesta. Una alternativa de fatigosos trabajos y de cortos descansos sirve de condimento a los gustos de su estado. En cuanto a los ricos, su peor azote es el aburrimiento; entre tantas diversiones a mucha costa reunidas, en medio de tantas gentes como contribuyen a darles gusto, los consume y los mata el aburrimiento; se pasan la vida huyendo de él y dejando que los alcance; viven abrumados con su insoportable peso, sobre todo las mujeres, que no saben ocuparse ni divertirse, y las devora un malestar que llaman melancolía, que se les convierte en un mal incurable, que a veces las priva de la razón, si no de la vida. No conozco más espantosa suerte que la de una hermosa mujer de París, como no sea la de su amante, que convertido también en ser desocupado, se desvía por dos caminos, y por la vanidad de ser hombre, de suerte con las damas, soporta la languidez de los días más tristes que una criatura humana puede vivir.

Las conveniencias, las modas, las costumbres que provienen del lujo y del delicado trato encierran el curso de la vida en la más

insoponible uniformidad. La diversión que a los ojos ajenos quiere uno aparentar, es perdida para todo el mundo; m la disfruta él ni los otros[130]. El ridículo, que la opinión teme más que todo, siempre está delante de ella para tiranizarla y castigarla. Nunca es uno ridículo, como no sea por formas determinadas; el que sabe variar sus situaciones y sus placeres, hoy borra la impresión de ayer, y es como nula en el espíritu de los demás, pero disfruta porque está él entero en cada hora y en cada cosa. Mi única forma constante sería ésta: en cada situación no me ocuparía de ninguna otra, y cada día lo tomaría por sí mismo, independiente del ayer y del mañana. De igual modo que con la plebe sería plebe, en el campo sena campesino, y cuando hablase de agricultura, el labrador no se burlaría de mí. No iría a levantar una ciudad en el campo, ni a levantar en el interior de la población unos grandes jardines delante de mi aposento. En la ladera de cualquier agradable colina con suficiente sombra tendría una casita rústica, una casa blanca con sus puertas y ventanas verdes, y aunque en todas las estaciones el mejor techo sea el de paja, yo preferiría, no la triste pizarra, sino la teja, porque tiene una apariencia más alegre y limpia que la paja, porque así cubren las casas en mi país y porque su techumbre me haría recordar los dichosos tiempos de mi juventud. Mi patio sería un corral, y mi caballeriza un establo con vacas, para que me dieran leche, a la que soy muy aficionado. Mi jardín sería un huerto, y en vez de parque un bonito vergel, semejante al que describiré luego, y las frutas, a discreción de los que por él se pasearan, no las contaría ni las cogería mi hortelano, y no daría ostentación a mi avara magnificencia con espalderas soberbias que nadie se atreviese a tocar. Y esta pequeña prodigalidad sería poco costosa, puesto que escogería mi asilo en alguna apartada comarca, donde hubiese poco dinero, y muchos comestibles, y donde reinasen la pobreza y la abundancia.

Allí formaría una sociedad, más selecta que numerosa, de amigos que gustasen de divertirse y lo entendiesen, de mujeres que pudiesen dejar su butaca y tomar parte en los juegos rústicos, cogiendo alguna vez, en lugar de la almohadilla o los naipes, la caña de pescar, el biello para extender el heno y el capazo de la vendimia. Allí olvidaríamos las costumbres de la ciudad y seríamos

aldeanos en la aldea, dispondríamos de tal serie de pasatiempos que cada noche no tendríamos más molestia que escoger el del día siguiente. Con el ejercicio y la vida activa nos parecería que habíamos cambiado de cuerpo y tendríamos gustos nuevos. Las comidas serían banquetes y más que el refinamiento de los platos preferiríamos la abundancia. Los mejores cocineros del mundo son la alegría, los trabajos rústicos, jugar y retozar, y para gentes que no paran desde que sale el sol, son muy ridículos los platos finos. En el servicio no habría más elegancia que sencillez; el comedor estaría en todas partes: en el jardín, en una barca, debajo de un árbol, y a veces más lejos, cerca de un manantial, sobre la fresca y verde hierba, debajo de los chopos y los avellanos; una comparsa de alegres convidados traería cantando los preparativos del banquete, el césped sería la mesa y las sillas, servirían de aparador las orillas del manantial y los postres colgarían de las ramas. Los platos serían servidos sin orden alguno, el buen apetito evitaría los cumplidos, y como éste preferiría sin disimulo un plato a otro, encontraría natural que otros prefiriesen el plato que él rechazase. De esa afectuosa y moderada familiaridad nacería, sin ordinarieces, sin fingimiento y sin sujeción, una cordialidad cien veces más deliciosa que la cortesía y más capaz de acercar los corazones. No habría ningún lacayo importuno que nos escuchase, que criticara en voz baja nuestras actitudes, que mirase con envidia lo que comiésemos, que se divirtiera en hacernos esperar para beber y que murmurara de la duración de la comida. Seríamos nuestros criados para ser nuestros amos, todos servirían a cada uno, pasaría el tiempo sin darnos cuenta, la comida sería nuestro descanso y duraría tanto como el calor del día. Si pasase cerca de nosotros algún campesino que volviera a su trabajo y con sus aperos al hombro, yo le animaría con alguna ocurrencia jocosa y algunos tragos de buen vino que le hicieran llevar más alegremente su pobreza, y yo también tendría la satisfacción de sentirme algo enternecido y decirme a mí mismo: «Todavía soy hombre.

Si alguna fiesta campestre reuniese a los vecinos del lugar, yo sería uno de los primeros en ir con mis compañeros; si se celebrasen en la vecindad algunas bodas, más benditas del cielo que las de las ciudades, como sabrían que me gusta la alegría, me

convidarían, y yo llevaría a esas buenas gentes algunos regalos sencillos como ellos, los cuales serían como una contribución a la fiesta, y en cambio hallaría bienes de inestimable valor, bienes que muy poco conocen mis iguales; la franqueza y el verdadero placer. Comería con mi mayor satisfacción en el sitio que me destinasen de su mesa, haría coro al estribillo de algunas viejas canciones aldeanas y bailarí en el porche de la casa con más júbilo que en un baile de la Opera.

Hasta aquí todo va a las mil maravillas, me dirán. Pero, ¿y la caza? ¿Es vivir en el campo el no cazar? Ya entiendo. Me contentaba con una alquería, y era un error. Me supongo rico y, por tanto, necesito diversiones exclusivas, diversiones que destruyen; esto ya es otra cosa. Necesito tierras, bosques, guardas, censos, honores de señorío y, sobre todo, incienso y agua bendita.

Muy bien. Mas esta tierra tendrá vecinos celosos de sus derechos, y deseando usurpar los ajenos; reñirán nuestros guardas, y tal vez los mismos amos; tenemos altercados, riñas, odios, por lo menos pleitos, y todo esto es muy agradable. No verán mis vecinos con agrado que mis liebres se les coman su trigo y ni mis jabalíes sus habas; ninguno de ellos se atreverá a matar al enemigo que destruye sus frutos, pero querrá echarlo de su campo, por lo que después de pasar el día trabajando sus tierras, tendrán que pasar la noche guardándolas, y tendrán mastines, tamboriles, bocinas, cencerros, y con todo ese tantarantán, turbarán mi sueño. Contra mi voluntad pensaré en la miseria de esa pobre gente y tendré que reprochármela. Si tuviera el honor de ser príncipe, todo esto no me conmoviera, pero yo, nuevo rico, tendré todavía el corazón plebeyo.

Y no es solamente esto; la abundancia de la caza tentará a los cazadores, y pronto habrá cazadores furtivos que convendrá perseguir; se necesitarán cárceles, alcaides, arqueros... Todo esto me parece demasiado cruel. Las esposas de estos desgraciados se clavarán delante de mi puerta y me importunarán con sus lamentaciones, y habrá que echarlas o maltratarlas. Los desdichados que no hayan cazado y cuyas cosechas se las hayan comido mis reses, también vendrán a quejarse, y así unos serán castigados por haber cazado y otros arruinados por haber cazado. ¡Qué triste alternativa! Veré en todas partes objetos de miseria y

sólo oiré quejas; creo que esto debe enturbiar mucho el gusto de una matanza de perdices y de liebres, y casi a los pies de uno mismo.

¿Queréis separar las alegrías de las penas que hay en ellas? Quitadles lo exclusivo; cuanto más comunes se las dejéis a los hombres, más puras las gozaréis. Por lo tanto, no haré nada de lo que acabo de decir, pero sin cambiar de gustos seguiré el que me suponga menos gasto. Mi rústica vivienda la tendré en un país donde la caza sea libre para todo el mundo y donde yo pueda gozar de esta diversión sin mayores obstáculos. La caza escaseará, pero exigirá más habilidad para conseguirla, y más gusto dará el encontrarla. Me acuerdo de lo que le latía el corazón a mi padre cuando se le presentaba a vuelo la primera perdiz, y de su júbilo cuando hallaba la liebre que había buscado durante todo el día. Sí; recuerdo que solo con su perro, cargado con su escopeta, la bolsa de los perdigones, la cajita de pólvora y las pocas piezas que había muerto, regresaba de noche rendido y arañado por las jaras, pero más contento con el día que había pasado que todos esos cazadores vuestros, que sin apearse del caballo, seguidos de veinte escopetas cargadas, no hacen otra cosa que cambiar, tirar y matar, y sin arte, sin gloria y casi sin ejercicio. El placer no es, entonces, menor, y se evitan los inconvenientes cuando no tiene uno coto que guardar, ni cazador furtivo que castigar, ni miserable a quien perseguir. Creo que las mías son razones irrefutables. Hagan lo que quieran, es imposible atormentar a los hombres sin sentir también algún malestar, y las continuas maldiciones del pueblo hacen que, tarde o temprano, la caza nos amargue.

Insisto en ello: el exclusivismo de los placeres es la causa de su muerte. Las auténticas diversiones son aquellas de las que participa el pueblo, y las que uno quiere disfrutar solo no las disfruta. Si los muros que levanto alrededor de mi parque lo convierten en una triste clausura, no he hecho más que privarme, y pagándolo muy caro, del placer del paseo, y ya estoy forzado a ir lejos a buscarle. El demonio de la propiedad infecta todo lo que toca. El rico quiere ser dueño en todas partes, y sólo se encuentra a su gusto donde no lo es, así se ve condenado a huir siempre de sí mismo. Yo, cuando sea rico, haré lo que he hecho siendo pobre. Más rico ahora con el

caudal de los demás que nunca podré serle con el mío, disfrute con todo lo que tiene la vecindad; no hay conquistador más resuelto que yo, pues les usurpo hasta a los mismos príncipes, me adjudico sin distinción todos los terrenos abiertos que me placen. Este es mi coto, el otro mi terraza, lo mismo que si fuera el dueño, y me paseo por ellos impunemente; vuelvo a menudo para mantenerme en mi posesión, y casi abro un camino de tanto andar de un lado a otro, y nunca me harán creer que el legítimo dueño de ese predio saque más provecho del dinero que le produce que yo de su terreno. Y si vienen a molestarme con fosos, con vallados, poco me importa; cargo con todo lo mío y voy a plantar mi tienda en otra parte, que no faltan sitios en los alrededores, y antes de verme sin techo, todavía tengo muchos vecinos a quienes robar.

Este es un ensayo del verdadero gusto en la elección de ocios agradables; éste es el espíritu de gozar. Todo lo demás es pura ilusión, devaneo, loca vanidad. Quienquiera que se aparte de estas reglas, por rico que sea, se comerá su oro convertido en estiércol y nunca conocerá el precio de la vida.

Sin duda me objetarán que esas diversiones están al alcance de todo el mundo y que no hay que ser rico para gozarlas. Aquí precisamente quería yo venir a parar. Disfruta de los gustos quien quiere disfrutarlos; es la opinión lo que lo hace todo difícil, apartando la felicidad lejos de nosotros, y es cien veces más fácil ser feliz que parecerlo. El hombre de buen gusto y verdaderamente voluptuoso no necesita para nada la riqueza; le basta con ser libre y árbitro de sí mismo. Quien disfruta de salud y tiene lo necesario, si arranca de su corazón los bienes de la opinión es sobradamente rico; ésta es la *aurea mediocritas* de Horacio. Hombres ricos, buscad otra cosa en que emplear vuestra opulencia, porque para el placer no sirve de nada. Todo esto no lo sabrá Emilio mejor que yo, pero como tiene el corazón más puro y más sano, lo sentirá mejor aún, y todas estas observaciones acerca del mundo no harán más que confirmárselo.

Pasando así el tiempo, buscamos siempre a Sofía, y no la encontramos. Era conveniente que no la encontrásemos tan pronto, y la hemos buscado en parajes donde yo estaba seguro que no había de estar[131].

En fin, el tiempo apremia, ya es el momento de buscarla de veras, no sea que él se forme una que la confunda con ella y sea demasiado tarde cuando descubra su error. Adiós, pues, París, pueblo famoso, pueblo ruidoso, de humo y de cieno, donde las mujeres no creen en el honor ni los hombres en la virtud. Adiós, París. Buscaremos el amor, la felicidad, la inocencia, y nunca estaremos bastante lejos de ti.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019

LIBRO QUINTO

Ya hemos llegado al último acto de la juventud, pero no estamos aún en el desenlace.

No es conveniente que el hombre esté solo. Emilio es hombre, le hemos prometido una compañera y es necesario dársela. Esta compañera es Sofía. ¿Dónde está su albergue? ¿En qué lugar la encontraremos? Para encontrarla, es indispensable conocerla. Debemos saber primero lo que es, y luego acertaremos más fácilmente el sitio donde habita, y cuando la encontremos, todavía no estará todo terminado. «Puesto que nuestro gentilhomme está para casarse, es hora ya de que le dejemos con su amada», dice Locke. Y con esto da por terminada su obra. Yo, que no tengo el honor de educar a un gentilhomme, me guardaré de imitar a Locke en ese aspecto.

SOFIA O LA MUJER

Sofía debe ser mujer como Emilio es hombre, o sea, que debe poseer todo lo que conviene a la constitución de su sexo y su especie con el fin de ocupar el puesto adecuado en el orden físico y moral. Por tanto, comencemos examinando las diferencias y las afinidades entre su sexo y el nuestro.

En lo que no se relaciona con el sexo, la mujer es igual al hombre: tiene los mismos órganos, las mismas necesidades y las mismas facultades; la máquina tiene la misma construcción, son las mismas piezas y actúan de la misma forma; la configuración es parecida, y bajo cualquier aspecto que los consideremos sólo se diferencian entre sí de más a menos.

En lo que se refiere al sexo se hallan siempre relaciones entre la mujer y el hombre, y siempre se encuentran diferencias, y la dificultad de compararles proviene de la de determinar en la constitución de uno y otro lo que es peculiar o no del sexo. Mediante la anatomía comparada y también por lo que está de manifiesto se encuentran diferencias generales entre ellos que, al parecer, no tienen conexión con el sexo; no obstante, lo están, pero por vínculos que no hemos podido distinguir, ignoramos hasta dónde pueden llegar esos vínculos, y lo único que sabemos con seguridad es que todo lo que es común entre ambos pertenece a la especie, y cuando es diferente es propio del sexo. Bajo muchos puntos de vista, hay entre ellos tantas relaciones y oposiciones que tal vez es un milagro de la naturaleza el haber formado dos seres tan semejantes estando constituidos de un modo tan diferente.

Estas relaciones y diferencias deben ejercer influencia en lo moral. Consecuencia palpable, conforme a la experiencia, y que pone de manifiesto la vanidad de las disputas acerca de la preeminencia o igualdad de los sexos, como si encaminándose cada uno al fin de la naturaleza según su peculiar destino, no fuera en esto más perfecto que si fuera más parecido al otro. En lo que existe de común entre ellos, son iguales, pero en lo diferente no son comparables. Se deben parecer tan poco un hombre y una mujer perfectos en el entendimiento como en el rostro.

En la unión de los sexos, concurre cada uno por igual al fin común, pero no de la misma forma; de esta diversidad surge la primera diferencia notable entre las relaciones morales de uno y otro. El uno debe ser activo y fuerte, y el otro pasivo y débil. Es indispensable que el uno quiera y pueda, y es suficiente con que el otro oponga poca resistencia.

Establecido este principio, se deduce que el destino especial de la mujer consiste en agradar al hombre. Si recíprocamente el hombre debe agradarle a ella, es una necesidad menos directa; el mérito del varón consiste en su poder, y sólo por ser fuerte agrada. Convengo en que ésta no es la ley del amor, pero es la ley de la naturaleza, más antigua que el amor mismo.

Si el destino de la mujer es agradar y ser subyugada, se debe hacer agradable al hombre en vez de incitarle; en sus atractivos se

funda su violencia, por ello es preciso que encuentre y, haga uso de su fuerza. El arte más seguro de animar esta fuerza es hacerla necesaria con la resistencia. Uniéndose entonces el amor propio con el deseo, triunfa el uno de la victoria que el otro le deja alcanzar. De ahí el acometimiento y la defensa, la osadía de un sexo y el encogimiento del otro, la modestia y la vergüenza con que la naturaleza armó al débil para que esclavizase al fuerte.

¿Quién pudo pensar que la naturaleza había prescrito las mismas provocaciones al uno y al otro, y que el primero que sintiese deseos también fuera el primero que los manifestase? ¡Qué extraña depravación de juicio! Si la empresa trae tan distintas consecuencias para los dos sexos, ¿es natural que la acometan con la misma osadía? ¿Quién no se da cuenta de que existiendo tal desigualdad en la puesta común, si el recato no impusiera la moderación a uno, que al otro le impone la naturaleza, en breve resultaría la ruina de los dos y perecería el linaje humano por los mismos medios que para su conservación fueron establecidos? Con la facilidad que tienen las mujeres para inflamar los sentidos de los hombres y encender en el interior de su corazón las chispas de un temperamento casi apagado, si hubiese algún malhadado clima en la tierra donde la filosofía hubiera introducido esta práctica, especialmente en los países cálidos, donde nacen más mujeres que hombres, tiranizados ellos por ellas, al fin serían sus víctimas y todos se verían arrastrados a la muerte sin poderse defender nunca.

Si las hembras de los animales no tienen la misma vergüenza, ¿qué se deduce de esto? ¿Tal vez tienen, como las mujeres, los deseos sin límites a que esta vergüenza sirve de freno? Los deseos son fruto de la necesidad, y una vez satisfecho el deseo, cesa; no repelen al macho por fingimiento[132], sino de verdad, y hacen todo lo contrario de lo que hacía la hija de Augusto, y cuando ha cargado el navío, no admiten más pasajeros. Aun cuando están libres, sus épocas de buena voluntad son cortas y efímeras, el instinto las impele y el instinto las detiene. ¿Cuál será en las mujeres el suplemento de este instinto negativo, si les quitáis el pudor? Esperar que ellas no se cuiden de los hombres es lo mismo que esperar que ellos no sirvan para nada.

El Ser supremo quiso en todo honrar a la especie humana, y si da desmedidas inclinaciones al hombre al mismo tiempo le da la ley que regula, para que sea libre y mande en sí mismo; si le deja abandonado a pasiones inmoderadas, con estas pasiones junta la razón para que las rija; si abandona a deseos sin límites la mujer, con estos deseos une el pudor que los contiene, y para cúmulo añade una actual recompensa al buen uso de sus facultades, es decir, el gusto que toma por las cosas honestas quien las hace norma de sus acciones. Esto va bien, creo yo, al instinto de las bestias.

Entonces, lo mismo si participa o no la mujer de los deseos del hombre y quiera o no satisfacerlos, siempre le repele y se defiende, pero no siempre con la misma fuerza, ni, por consiguiente, con el mismo fruto. Para que la victoria sea del acometedor precisa que lo permita o lo mande al acometido, porque, ¿cuántos medios no tiene para forzar al agresor a que haga uso de sus fuerzas? El más libre y el más suave de todos los actos no admite violencia real, puesto que se oponen la naturaleza y la razón; la primera, habiendo otorgado al más débil la fuerza suficiente para resistir cuando le plazca; la segunda, porque una verdadera violencia no sólo constituye el acto más bárbaro, sino también el más diametralmente opuesto al fin, ya sea porque de esta forma el hombre declara la guerra a su compañera, autorizándola a que defienda su persona y su libertad, aunque sea a costa de la vida del agresor, o porque solamente la mujer es juez del estado en que se encuentra, y porque los niños carecerían de padre si todo varón pudiese usurpar los derechos.

Observad aquí una tercera consecuencia de la constitución de los sexos, y es que el más fuerte aparentemente es el dueño, cuando en realidad depende del más débil, y esto sucede así, no por un frívolo galanteo, ni por una altiva generosidad del protector, sino por una invariable ley de la naturaleza, que ofreciendo a la mujer mayores facilidades para excitar sus deseos que al hombre para que los satisfaga, le subordina a él, mal de su grado a la buena voluntad de ella, y necesita serle agradable para que ella consienta en dejarle que sea el más fuerte. Luego, lo que más complace al hombre en su victoria es dudar si la flaqueza es la que cede a la fuerza o si es la voluntad lo que se rinde, y la común astucia de la

mujer es dejar que subsista esta viuda entre él y ella. En esto corresponde perfectamente el espíritu de las mujeres a su constitución, pues lejos de sonrojarse de su debilidad, presumen de ella; aparentan que no pueden alzar del suelo ni los más ligeros pesos y las avergonzaría ser fuertes. ¿Por qué obran de este modo? No sólo por parecer delicadas, sino por una precaución más astuta: desde muy lejos buscan disculpas y el derecho de ser débiles cuando lo crean necesario.

El progreso de las luces adquiridas con nuestros vicios ha cambiado mucho en este punto entre nosotros las antiguas opiniones, y ya no se habla de violencias desde que son tan poco necesarias, y los hombres ya no creen en su eficacia[133], pero en las remotas antigüedades griegas y judaicas eran muy frecuentes, debido a que estas opiniones son propias de la sencillez de la naturaleza, y sólo la experiencia de lo pervertido de las costumbres ha podido desarraigarlas. Si en los tiempos actuales se registran menos actos de violencia, no es porque los hombres sean más templados, sino porque son menos crédulos, y porque una lamentación que antiguamente hubiera persuadido a pueblos sencillos hoy no haría otra cosa que provocar la risa de los burlones, de forma que se gana más con callarse. En el Deuteronomío hay una ley en virtud de la cual la soltera de quien habían abusado era castigada junto con el seductor si el delito se había cometido dentro del pueblo, pero si se había cometido en el campo o en parajes solitarios, únicamente era castigado el hombre, porque, dice la ley, *ala doncella gritó, pero no la oyeron*». Esta interpretación tan benigna enseñaba a las doncellas a no dejarse sorprender en parajes frecuentados.

El efecto de estas diversas opiniones se hace sensible en las costumbres; la galantería moderna es consecuencia de ellas. Convencidos los hombres de que sus gustos dependían más de la voluntad del bello sexo de lo que habían creído, han cautivado esta voluntad por medio de condescendencias que ha remunerado con usura.

Obsérvese cómo lo físico nos lleva de un modo insensible a lo moral, y cómo de la tosca unión de los dos sexos nacen paulatinamente las leyes del amor. El imperio no es de las mujeres

por la voluntad de los hombres, sino porque la naturaleza así lo tiene ordenado, y antes de que pareciese que les pertenecía, ya era suyo. El mismo Hércules, que creyó violentar a las cincuenta hijas de Tespio, vióse precisado a hilar ante Onfilia, y el fuerte Sansón no era tan fuerte como Dalila. Este imperio pertenece a las mujeres, y no se les puede quitar, aunque abusen de él, pues si pudieran perderlo hace ya tiempo que lo habrían perdido.

No existe ninguna equivalencia entre ambos sexos en lo que es consecuencia del sexo. El varón es varón en algunos instantes; la hembra es hembra durante toda su vida, o por lo menos durante toda su juventud, todo la atrae hacia su sexo, y para desempeñar bien sus funciones precisa de una constitución que se refiera a él. Durante su embarazo necesita cuidarse, y cuando ha alumbrado precisa sosiego; le conviene una vida fácil y sedentaria para amamantar a sus hijos, debe tener mucha paciencia para educarlos y un celo y un cariño inagotables; es el vínculo entre los hijos y el padre; ella se los hace amar y le inspira confianza para que los llame suyos. ¡Cuánta ternura y solicitudes necesita para mantener unida toda la familia! Por último, nada de esto debe ser en ella virtud, sino placer, sin lo cual el linaje humano pronto se extinguiría.

La rigidez de los deberes relativos de ambos sexos no es ni puede ser la misma, y cuando en esta parte las mujeres se quejan de la desigualdad que han establecido los hombres, no tienen razón; aquel de los dos a quien la naturaleza confió el depósito de los hijos, le corresponde responder de ellos al otro. No cabe duda alguna de que no le es permitido a nadie violar su fe, y todo marido infiel que priva a su mujer de la única recompensa de las austeras obligaciones de su sexo es un inhumano y un injusto, pero la mujer infiel aún hace más, pues disuelve la familia y quebranta todos los vínculos de la naturaleza, pues al dar al hombre hijos que no son de él, traiciona a unos y a otros, y de esta forma junta la perfidia con la infidelidad. Casi no veo ningún desorden ni delito que no dependa de esto. Si existe en el mundo un estado de verdadero horror, es el del padre desventurado que, habiendo perdido la confianza en su mujer, no se atreve a entregarse a los más dulces afectos de su corazón, que al estrechar a su hijo entre sus brazos, duda si tiene en ellos al hijo ajeno, la prenda de su afrenta, al ladrón del caudal de

sus verdaderos hijos. ¿Qué otra cosa es, pues, la familia, sino una compañía de secretos enemigos que arma unos contra otros una culpable mujer, forzándolos a fingir que se quieren?

No importa que únicamente sea fiel la mujer, sino que su marido la tenga por tal, sus parientes y todo el mundo; importa que sea modesta, recatada, atenta y que los extraños, no menos que su propia conciencia, den testimonio de su virtud. En una palabra, si es muy importante que el padre ame a sus hijos, también lo es que ame a la madre de sus hijos. Estas son las razones que constituyen la apariencia misma como una obligación de las mujeres, siéndoles la honra y la reputación no menos indispensables que la castidad. De estos principios, con la diferencia moral de los sexos, proviene un nuevo motivo de obligación y decoro que exige especialmente a las mujeres velar con la mayor escrupulosidad su conducta y sus maneras. El sostener de una forma vaga que son iguales los dos sexos, y que poseen unas mismas obligaciones, es perderse a manifestaciones vanas, sin decir nada que no se pueda rechazar.

Responder con excepciones a leyes generales tan bien fundadas, ¿es una manera sólida de razonar? Vosotros decís que no están siempre embarazadas las mujeres. No, pero su destino es estarlo. Porque hay en el universo un centenar de ciudades populosas donde viviendo las mujeres de forma licenciosa paren poco, ¿tenéis la pretensión de que el estado de las mujeres consiste en que queden raramente embarazadas? ¿Adónde irían a parar vuestras ciudades si las aldeas, donde viven con más sencillez las mujeres y también con mayor castidad, no reparasen la esterilidad de las damas? ¿En cuántas provincias son tenidas como poco fecundas las mujeres que sólo han tenido cuatro o cinco partos?[\[134\]](#). En fin, que esta o aquella mujer tenga pocos, ¿qué importa? ¿Por eso deja de ser el estado propio de la mujer el de ser madre? ¿Y no deben afianzar este estado con leyes generales las costumbres y la naturaleza? Aun cuando hubiese entre los embarazos tan largos intervalos como se supone, ¿cambiaría por eso una mujer brusca y alternativamente su manera de vivir, sin correr peligro? ¿Será hoy nodriza y mañana guerrera? ¿Variará de temperamento y gustos, como de colores un camaleón? ¿Pasará repentinamente de la sombra de su techo y sus tareas domésticas a la intemperie del aire,

a las faenas, a las fatigas, a los peligros de la guerra? ¿Será unas veces tímida[135] y otras animosa, unas delicada y otras robusta? Si los jóvenes educados en las grandes ciudades realizan con tantas dificultades los ejercicios de las armas, las mujeres que jamás han arrojado el sol y que apenas saben andar, ¿se acostumbrarán a él después de cincuenta años de molición? ¿Tomarán este duro ejercicio a la edad en que lo dejan los hombres?

Hay países en los cuales las mujeres alumbran casi sin dolor y crían a sus hijos con un esfuerzo mínimo, y lo admito, pero en esos mismos países, los hombres andan en todo tiempo casi desnudos, luchan a brazo partido con las fieras, llevan un bote al hombro, como unas alforjas, hacen cacerías de setecientas a ochocientas leguas, duermen al sereno en el suelo, aguantan increíbles fatigas y pasan muchos días sin comer. Cuando las mujeres se robustecen, todavía se robustecen más los hombres, y cuando los hombres se apoltronan, igual se apoltronan las mujeres, cuando los dos términos varían, la diferencia sigue siendo la misma.

Platón, en su República, señala a las mujeres los mismos ejercicios que a los hombres, y me parece bien. Al quitar de su gobierno las familias particulares, no sabiendo qué hacer con las mujeres, se vio obligado a hacerlas hombres. Ese singular ingenio todo lo había previsto y combinado; de antemano resolvía una objeción que tal vez nadie hubiera pensado hacerle, pero resuelve mal la que le hacen. No me refiero a aquella pretendida comunidad de mujeres, acusación tan repetida y que los que se la hacen demuestran que no le han leído; yo hablo de esa promiscuidad civil que en todas partes confunde los dos sexos en los mismos empleos, en las mismas tareas, lo que tiene que engendrar los más intolerables abusos; hablo de esa subversión de los más tiernos sentimientos de la naturaleza, inmolados a un sentimiento artificial que no puede subsistir, como si no fuera indispensable alguna base natural para formar vínculos de convención, como si el amor que tenemos a nuestros familiares no fuese el principio del que debemos al Estado, como si no fuera por la pequeña patria, que es la familia, por donde se une el corazón a la grande, como si no fueran el buen hijo, el buen padre y el buen esposo los que forman el buen ciudadano.

Demostrado que ni el hombre ni la mujer están ni deben estar constituidos del mismo modo en lo que respecta al carácter y al temperamento, se infiere que no se les debe dar la misma educación. Siguiendo las directrices de la naturaleza, deben obrar acordes, pero no deben hacer las mismas cosas; el fin de sus tareas es común, pero son diferentes, y, por consiguiente, los gustos que las dirigen. Habiendo procurado formar el hombre natural, por no dejar la obra imperfecta, veamos también cómo debe formarse la mujer para que le convenga al hombre.

¿Queréis estar siempre bien dirigidos? Pues no os apartéis nunca de las indicaciones de la naturaleza. Se debe respetar todo lo que caracteriza al sexo, tal como ella lo ha establecido. Continuamente decís: las mujeres tienen este o aquel defecto que nosotros no tenemos. Os engaña vuestra soberbia; en vosotros serían defectos, en ellas son cualidades, y todo iría peor si no los tuviesen. Procurad evitar que estos pretendidos defectos degeneren, pero guardaos de destruirlos.

Por su parte, las mujeres no dejan de clamar que las educamos para la vanidad y la coquetería, que las divertimos continuamente con niñerías para ser los amos con más facilidad, y se duelen de los defectos que les reprochamos. ¡Qué locura! ¿Desde cuándo los hombres se meten en la educación de las niñas? ¿Quién pone obstáculos a las madres para que las eduquen a su antojo? No tienen escuelas públicas, ¡qué desdicha! Si los muchachos no las tuviesen, se educarían con más juicio y mayor honestidad. ¿Necesitan vuestras hijas perder el tiempo en boberías? ¿Les hacen que contra su voluntad pasen, a ejemplo vuestro, la mitad de su vida en el tocador? ¿Evitan que las instruyáis y las hagáis instruir como os plazca? Si nos gustan cuando son hermosas, si sus monerías nos seducen, si el arte que aprenden de vosotras nos atrae y nos emboba, si nos complacemos en verlas vestidas con gusto, si les dejamos que afilen a su placer las armas con que nos cautivan, ¿es culpa nuestra? Resolved educarlas como a hombres, y ellas lo consentirán sin protestar. Cuando más se les quieren parecer, menos los gobernarán, y entonces sí que serán ellos los amos.

Las cualidades comunes a ambos sexos no las tienen en la misma medida, pero tomadas en conjunto quedan compensadas. La mujer vale más como mujer y menos como hombre, y en aquello en que impone el valor de sus derechos, nos aventaja, y en aquello en que quiere usurpar los nuestros, la ventaja es nuestra. Esta verdad general sólo puede ser rebatida con excepciones, que es a lo que recurren los galanes partidarios del bello sexo.

Cultivar en la mujer las cualidades del hombre y descuidar las que les son propias, es trabajar en detrimento suyo. Demasiado lo ven las astutas para dejarse engañar; cuando procuran usurpar nuestras ventajas, no abandonan la suya, pero ocurre que no pudiendo amalgamar bien las unas con las otras, debido a que son incompatibles, no llegan con unas adonde hubieran alcanzado y con las otras no pueden competir con nosotros, perdiendo de esta forma la mitad de su valor. Hacedme caso, madres juiciosas; no hagáis a vuestra hija un hombre de bien, que es desmentir a la naturaleza; hacedla mujer de bien, y así podréis estar segura de que será útil para nosotros y para sí misma.

¿Se puede deducir de todo lo expuesto que debe ser educada en la ignorancia de todas las cosas y limitada únicamente a las funciones caseras? ¿El hombre debe hacer de su compañera una sirvienta? ¿Le debe impedir que sienta y conozca nada con el fin de poderla esclavizar mejor? ¿Hará de ella una autómatas? Sin duda que no; la naturaleza no lo ha dicho así; y si las ha dotado de una tan agradable y delicada inteligencia, quiere que piensen, juzguen, amen, conozcan y cultiven su entendimiento como su figura, que son las armas que les da para suplir la fuerza que les falta y dirigir la nuestra. Deben aprender muchas cosas, pero sólo las que es conveniente que sepan.

Lo mismo si considero el destino particular del sexo como si observo sus inclinaciones o cuento sus obligaciones, todo contribuye a indicarme la educación más conveniente. La mujer y el hombre están formados el uno para el otro, pero no es igual la dependencia; los hombres dependen de las mujeres por sus deseos y las mujeres dependen de los hombres por sus deseos y sus necesidades. Nosotros, sin ellas, subsistiríamos mejor que ellas sin nosotros. Para que posean lo que necesitan en su estado, es

preciso que se lo demos, que se lo queramos dar, que las reputemos dignas; depende así de nuestros afectos, del precio que pongamos a su mérito, del caso que hagamos de sus encantos y sus virtudes. Por ley natural, las mujeres, tanto por sí como por sus hijos, están a merced de los hombres, y no es suficiente que sean apreciables, es indispensable que sean amadas; no les basta con ser hermosas, es preciso que agraden; no tienen bastante con ser honestas, es necesario que sean tenidas por tales; su honra no solamente se cifra en su conducta, sino en su reputación, y no es posible que la que consiente en pasar por indigna pueda nunca ser honesta. El hombre, cuando obra bien, sólo depende de sí mismo y puede arrostrar el juicio del público, pero la mujer, cuando obra bien, sólo tiene hecha la mitad de su tarea, y no le importa menos lo que de ella piensen que lo que efectivamente es. De aquí se deduce que en esta parte el sistema de su educación debe ser contrario al nuestro; la opinión es el sepulcro de la virtud para los hombres, y para las mujeres es su trono. La buena constitución de los hijos depende de la de las madres; del esmero de las mujeres depende la educación primera de los hombres; también de las mujeres dependen sus costumbres, sus pasiones, sus gustos, sus deleites, su propia felicidad. De manera que la educación de las mujeres debe estar en relación con la de los hombres. Agradarles, serles útiles, hacerse amar y honrar de ellos, educarlos cuando niños, cuidarlos cuando mayores, aconsejarlos, consolarlos y hacerles grata y suave la vida son las obligaciones de las mujeres en todos los tiempos, y esto es lo que desde su niñez se las debe enseñar. En tanto no alcancemos este principio, nos desviaremos de la meta, y todos los preceptos que les demos no servirán de ningún provecho para su felicidad ni para la nuestra.

Mas aunque toda mujer pretenda agradar a los hombres, y debe quererlo, hay una gran diferencia entre querer agradar al hombre de mérito, al verdaderamente amable, a querer agradar a esos lindos pollos que avergüenzan igualmente a su sexo y el que imitan. Ni la naturaleza ni la razón pueden llevar a la mujer a que ame en el hombre lo que se parece a ella, como tampoco debe aspirar a ser amada de los hombres afectando modos varoniles. De tal forma que cuando abandonan el estilo modesto y reposado de su sexo,

remedando el porte de esos casquivanos, lejos de seguir su vocación, la abandonan, privándose ellas mismas de los derechos que tratan, de usurpar. Si fuésemos de otro modo, dicen, gustaríamos a los hombres. Mienten. Para querer a locos hay que ser también loca; el deseo de atraer a esas gentes demuestra la inclinación de la que a él se entrega. Si no existieran hombres insustanciales, ella se daría prisa a formarlos, y este defecto antes es obra suya que de ellos mismos. La mujer que gusta de los verdaderos hombres y quiere agradecerles, acude a los medios propicios a este objeto. La mujer es coqueta por instinto, pero su coquetería cambia de forma y objeto según sus miras; regulemos éstas por las de la naturaleza y logrará la educación que le conviene.

Las niñas, casi desde que nacen, quieren ir bien vestidas; no satisfechas con ser bonitas, pretenden que se las vea así; en sus pasos y en sus ademanes se advierte ya su cuidado, y en cuanto empiezan a entender lo que les dicen, las corrigen hablándoles de lo que pensarán de ellas. Está muy lejos de que ejerza en los muchachos los mismos efectos el motivo que con imprudencia les plantean. Poco les importa lo que puedan pensar de ellos con que sean independientes y se diviertan, y sólo a costa de trabajo y tiempo los sujetan a la misma ley.

Esta primera lección, venga por donde venga, les será de mucha utilidad. Puesto que el cuerpo nace, por decirlo así, antes que el alma, el primer cultivo debe ser el del cuerpo, este orden es común a los dos sexos. Pero el objeto de este cultivo es distinto: en el uno es el desarrollo de las fuerzas, mientras que en el otro es el de las gracias, y no porque deban ser exclusivas estas cualidades en cada sexo, sino que se ha de invertir el orden; las mujeres precisan de la fuerza suficiente para ejecutar con gracia todo lo que realizan, y que los hombres posean la habilidad necesaria para ejecutar con facilidad lo que se les indique.

A causa de la gran molición de las mujeres empieza la de los hombres. Las mujeres no deben ser robustas como ellos, sino para ellos, para que lo sean también los hombres que de ellas nacieron. En este aspecto, los colegios, donde las pensionistas comen platos comunes, pero saltan, corren, juegan en jardines al aire libre, son

preferibles a la casa de los padres, donde una niña, comiendo cosas delicadas, y siempre acariciada o reprendida, siempre sentada al lado de su madre en un aposento cerrado, no se atreve a levantarse, ni andar, ni hablar, ni respirar, careciendo de un instante libre para jugar, brincar, correr, dar gritos, entregarse a la alegría natural de su edad; siempre una relajación peligrosa o una mal entendida severidad; jamás un justo medio. De este modo echan a perder el cuerpo y el corazón de la juventud.

Las doncellas de Esparta 'se ejercitaban, lo mismo que los jóvenes, en juegos militares, no para ir a la guerra, sino para un día dar a luz hijos a propósito para las fatigas bélicas. Esto no lo apruebo, pues para criar soldados para el Estado no es necesario que las madres lleven un fusil al hombro y hayan realizado ejercicios a la prusiana, aunque me parece que la educación griega en este sentido era muy discreta. Las vírgenes jóvenes eran mostradas en público con frecuencia, no mezcladas con los hombres, sino agrupadas entre sí. Casi no había fiesta, sacrificio ni ceremonia en que no se vieran corrillos de hijas de los principales ciudadanos coronadas de flores, cantando himnos, formando coros de danzas, llevando canastos, vasos, ofrendas y presentando a los depravados sentidos de los griegos un delicioso espectáculo capaz de servir de contrapeso el mal efecto de su indecente gimnasia. Fuese la que fuere la impresión que esta práctica hiciera en los hombres, era excelente para dar al sexo una constitución sana en su juventud, con agradables, moderados y sanos ejercicios y para formar y acendrar el gusto con el continuo deseo de agradar, sin exponer nunca la pureza de sus costumbres.

Esas doncellas, en cuanto se casaban, ya no se dejaban ver en público; siempre encerradas en su casa, sus afanes se limitaban a los cuidados caseros y de la familia. Este es el método de vida que la naturaleza y la razón prescriben al sexo, y por esa razón de estas madres nacían los varones más sanos, más robustos y mejor constituidos; y, no obstante, la mala fama de algunas islas, está probado que entre todos los pueblos del mundo, sin exceptuar los romanos, no es posible citar ninguno donde las mujeres hayan sido, a un mismo tiempo, más recatadas y más amables y más hayan

reunido la belleza con las buenas costumbres que en la antigua Grecia.

Sabemos que la holgura de los trajes, que no sujetaban el cuerpo, contribuía mucho a dejaren los dos sexos aquellas bellas proporciones que vemos en sus estatuas y que sirven aún de modelos al arte, ya que desfigurada la naturaleza, ha dejado de presentarlos entre nosotros. De todas las trabas góticas e innumerables ligaduras que tienen prensados nuestros miembros, ni una siquiera prohibían los griegos; sus mujeres ignoraban el uso de esas cotillas con que las nuestras deforman su busto. No puedo concebir cómo ese abuso que con especialidad ha llegado en Inglaterra a un extremo inconcebible, no hace al fin degenerar la especie, y sostengo que la pretendida perfección que con él se propone es de muy mal gusto. No es agradable ver a una mujer partida en dos como una avispa; es repugnante a la vista y penoso para la imaginación. La finura del talle, como el resto de la figura, tiene sus proporciones y medidas, que, al rebasarlas, se transforma en defecto, lo que sería grato a la vista en una persona desnuda, pero no puede parecer belleza en una vestida.

No me atrevo a precisar las razones por las cuales las mujeres se empeñan en acorazarse de tal modo, pienso que un pecho fofo y un vientre abultado, desagradan mucho al joven de veinte años; pero al de treinta no le extrañan, y como, aunque nos pese, hemos de ser en todo tiempo lo que plazca a la naturaleza, y como los ojos de los hombres no se equivocan, menos desagradan estos defectos en una edad cualquiera que la necia afectación de una niña de cuarenta años.

Todo lo que molesta y oprime a la naturaleza, así en los adornos del cuerpo como en los del espíritu, es de mal gusto. Ante todo deben ser la vida, la salud, la razón, el bienestar, y no hay gentileza sin desahogo; la delicadeza no es endeble, ni la enfermiza puede agradar. La que sufre inspira lástima, y el deleite y el deseo buscan robustez y salud.

Las criaturas de uno y otro sexo tienen muchas cosas comunes, y así debe ser. ¿No los tienen también cuando son mayores? Tienen otros gustos peculiares que las distinguen. Los muchachos anhelan estrépito y bullicio, tambores, peonzas, carricoches; las muchachas

gustan más de lo que da en los ojos y sirve de adorno; espejos, sortijas, trapos y, sobre todo, muñecas, que es la diversión peculiar del sexo; aquí tenemos determinado con toda evidencia su gusto por su destino. En el adorno está cifrado lo físico del arte de agradar y lo físico es todo lo que de este arte pueden cultivar las criaturas.

Observad a una chiquilla que se pasa el día dando vueltas con su muñeca, cambiándole continuamente el traje, vistiéndola y desnudándola mil veces, inventando sin cesar nuevas combinaciones de atavíos, bien o mal coordinados, poco importa, pues aún no tienen maña los dedos, ni está formado el gusto, pero la inclinación ya se pone al descubierto; en esta constante ocupación se le pasa el tiempo sin darse cuenta y corren las horas sin que ella lo sepa, hasta olvidársele el comer, puesto que siente más hambre de adornos que de manjares. Ya sé que diréis que viste a su muñeca y no se viste ella. Sin duda, ve a su muñeca y no se ve a sí misma, no puede hacer nada para ella, pues aún no está formada, carece de talento y de fuerza, no es nada todavía, vive para su muñeca, y en ella emplea su deseo de agradar, pero no siempre lo concretará en la muñeca, ya que vendrá el tiempo en que ella misma será su muñeca.

Podemos observar aquí una afición primera bien determinada; no hay que hacer otra cosa que seguirla y regularla. Es verdad que la chiquilla quisiera saber adornar a su muñeca; su punto de red, su pañuelo y su encaje, pero para esto la someten a la buena voluntad ajena, aunque mucho más grato sería para ella debérselo todo a su propia industria. De esta forma se encuentra motivo para las primeras lecciones que le dan y no son tareas que se le prescriben, sino favores que se le dispensan. En efecto, casi todas las niñas aprenden con repugnancia a leer y a escribir, pero aprenden siempre con mucho gusto las labores de aguja. Se imaginan de antemano que han de ser mayores, y piensan con satisfacción que esta habilidad las podrá servir un día para componerse.

Trazada ya esta primera senda, es fácil seguirla; naturalmente se suceden la costura, el bordado y los encajes. La labor de tapicería no les gusta tanto y no les atraen los muebles, que no tienen conexión con ellas, sino con otros familiares. Esta labor es una

diversión de casadas, y las muchachas solteras no le tienen mucha afición.

Estos progresos voluntarios se irán extendiendo fácilmente hasta el dibujo, puesto que este arte no es indiferente para el vestirse con gusto, pero no sería de mi satisfacción que las aplicaran a pintar paisajes, y mucho menos figuras. Follajes, frutas, flores, ropajes, todo lo que puede ser útil para dar gracia a los adornos y hacer por sí mismas un patrón para bordar cuando no lo hallan a su gusto, basta. Si generalmente interesa a los hombres limitar sus estudios a conocimientos usuales, todavía importa más a las mujeres, porque aunque la vida de ellas sea menos laboriosa, como es y debe ser más constante en sus ocupaciones, y está más dedicada a quehaceres diversos, no les permite que se entreguen a ninguna habilidad especial en detrimento de sus obligaciones.

Digan lo que quieran los burlones, el buen sentido pertenece igualmente a los dos sexos. Generalmente las niñas son más dóciles que los muchachos, y también debe hacerse mayor uso de la autoridad con ellas, como diré más adelante, pero de aquí no se sigue que haya de exigirse de ellas ninguna cosa cuya utilidad no sea visible. El arte de las madres consiste en hacérsela palpable en todo lo que les indican; esto es más fácil por ser la inteligencia de las niñas más precoz que la de los niños. Esta regla aparta de su sexo, lo mismo que del nuestro, no sólo los estudios ociosos que no paran en nada bueno, y ni siquiera les son más agradables a los que se han aplicado a ellos, sino también aquellos que para su edad no son de provecho, y la criatura no puede prever que tiempo después puedan serlo. Si no quiero que den prisa a un muchacho para que aprenda a leer, con mayor razón tampoco quiero que obliguen a las niñas sin darles a entender antes para qué es buena la lectura y de cómo les hagamos ver esta utilidad, resulta que seguimos nuestras propias ideas en vez de las de ellas. Al fin y al cabo, ¿para qué necesita una muchacha saber leer y escribir tan pronto? ¿Tiene ya casa que gobernar? Son muy contadas las que no abusan de esta funesta ciencia, y todas son demasiado curiosas para que no la aprendan sin que las apremien a ello, y tan pronto como tienen ocasión. Tal vez deberían primero aprender a contar, ya que nada es de una utilidad tan palpable en todos los tiempos, ni

exige tan larga práctica, ni deja tanto lugar al error como las cuentas. Si no se le dieran a la muchacha las cerezas para su merienda sin una operación aritmética, yo aseguro que pronto sabría calcular.

Conocí a una niña que aprendió a escribir antes que a leer, y escribió con la aguja antes que con la pluma. De la escritura, al principio, sólo quiso hacer oes, y las hacía grandes y chicas, de todos los tamaños, unas dentro de otras, y siempre trazadas al revés. Por desgracia un día que estaba ocupada en este útil ejercicio, se miró a un espejo y le desagradó su forzada postura, y en el acto, como otra Minerva, tiro la pluma y no quiso hacer más oes. A su hermano tampoco le gustaba escribir, pero lo que él sentía era la sujeción y no la figura que le daba. Tomaron otro giro para que volviera a escribir; :a chiquilla era vanidosa y delicada, y no quería que sus hermanas se sirvieran de su ropa blanca; se la marcaban, y no quisieron seguir marcándosela; fue preciso que ella aprendiera a marcar. Se comprende que sin darse cuenta adelantaba.

Justificad siempre las tareas que impongáis a las niñas, pero imponérselas continuamente. Los dos defectos más peligrosos para ellas, y de los cuales es muy difícil que se desprendan una vez los han contraído, son la ociosidad y la indocilidad. Las doncellas deben ser atentas y laboriosas, pero no basta con esto; desde muy pequeñas deben estar sujetas. Esta desdicha, si lo es para ellas, es imprescindible en su sexo, y jamás se libran de ella, si no es para padecer otras más crueles. Toda la vida han de ser esclavas de la más continua y severa sujeción, que es la del bien parecer. Es preciso acostumbrarlas a la sujeción cuanto antes, con el fin de que nunca les sea violenta; a resistir todos sus caprichos, para sujetarlos a las voluntades ajenas. Si quisieran estar siempre trabajando, sería conveniente obligarlas a que algunas veces holgasen. La disipación, la insustancialidad, la inconstancia, son defectos que fácilmente nacen de sus primeros gustos extraviados y siempre cumplidos; para atajar esos excesos, enseñadlas a que se venzan continuamente. En nuestras desatinadas costumbres, la vida de una mujer honesta es una perpetua lucha consigo misma.

Impedid que se aburran las niñas en sus ocupaciones y que se apasionen por sus diversiones, como sucede siempre en la educación vulgar, en que, como dice Fenelón, «todo el fastidio está de una parte y todo el contento de otra». Siguiendo las reglas precedentes solamente ocurrirá el primero de estos inconvenientes cuando las personas que estuviesen con ellas les disgusten. Una niña que quiera mucho a su madre o a su aya, trabajará todo el día a su lado sin aburrirse; sólo con charlar quedará resarcida de toda sujeción. Pero si no puede sufrir a la que gobierna, tomará la misma repugnancia a todo lo que haga a su lado. Es muy difícil que las que no se encuentran más a gusto con sus madres que con los demás hagan nunca nada bueno, pero para juzgar de sus verdaderos afectos, es preciso estudiarlas, y no fiarse de lo que dicen, puesto que son adadoras, disimulan y desde muy temprano saben disfrazar sus sentimientos. Tampoco se les debe prescribir que quieran a su madre, pues el afecto no resulta de la obligación, y en esto de nada sirve el apremio. El cariño, las solicitudes, el solo hábito harán que la hija quiera a la madre, a no ser que ésta actúe de tal forma, que se haga merecedora del aborrecimiento. Bien dirigida, hasta la sujeción en que se la tiene, lejos de debilitar su cariño, no hará otra cosa que aumentarlo, porque siendo la dependencia el estado natural de las mujeres, se inclinan a la obediencia.

Por la misma causa que deben tener poca libertad, se extralimitan en el uso de la que les dejan; siendo extremadas en todo, se entregan a sus juegos con mayor arrebató todavía que los niños, y ése es el segundo de los inconvenientes que acabo de indicar. Los arrebatos deben ser aplacados, puesto que son la causa de muchos vicios propios de las mujeres, entre otros el capricho y las manías por las cuales hoy se ciega una mujer por un objeto que mañana no querrá ni mirar. Para ellas es tan perniciosa la inconstancia como el exceso en sus gustos, ya que ambos tienen el mismo origen. No les pongáis ningún obstáculo para que se ríen, alegren, metan bulla, retocen y jueguen, pero debéis impedir que se cansen de una cosa para correr hacia otra; no debéis consentir que no conozcan el freno durante un solo instante de su vida. Acostumbradlas a que se vean interrumpidas en sus juegos y a que las llamen para otras

ocupaciones sin que murmuren. Sólo con el hábito basta para esto, puesto que no hace otra cosa que servir de auxilio a la naturaleza.

De esta presión habitual se obtiene una cualidad muy necesaria a las mujeres durante toda su vida, supuesto que nunca cesan de estar sujetas, o a un hombre o a los juicios de los hombres, y que nunca les es permitido que se muestren superiores a esos juicios. La blandura es la prenda primera y más importante de una mujer; destinada a obedecer a tan imperfecta criatura como es el hombre, tan llena a veces de vicios y siempre cargada de defectos, desde muy temprano debe aprender a padecer hasta la injusticia y a soportar los agravios de su marido sin quejarse; debe ser flexible, y no por él, sino por ella. La acritud y la terquedad de las mujeres nunca logran otra cosa que agravar sus daños y el mal proceder de sus maridos, los cuales saben que no son estas las armas con que han de ser vencidos. La naturaleza no formó a las mujeres halagüeñas y persuasivas para que se volvieran regañonas, no las hizo débiles para que fueran imperiosas, no les dio una voz tan suave para que sirviera para decir denuestos, ni les proporcionó unas facciones tan delicadas para que las desfigurasen con la ira. Cuando se enfadan se olvidan de sí; muchas veces les asiste la razón para quejarse, pero siempre hacen mal en reñir. Cada uno debe conservar el tono de su sexo; un marido demasiado blando puede hacer insolente a su mujer, pero si el hombre no es un monstruo, no resiste la blandura de una mujer, quien triunfa de él tarde o temprano.

Las hijas deben ser siempre sumisas, pero las madres no pueden ser siempre inexorables. Para hacer dócil a una joven, no es necesario hacerla infeliz, ni es preciso entontecerla para que sea modesta; por el contrario, no me parecería mal que alguna vez le dejasen hacer uso de su habilidad, no para eludir el castigo de su desobediencia, sino para eximirse de que la hicieran obedecer. No se trata de hacerle penosa su independencia, pues es suficiente con hacer que la sienta. La astucia es un talento natural del sexo, y convencido de que son buenas y rectas en sí todas las inclinaciones naturales, soy del parecer de que se debe cultivar como las demás; sólo se trata de prevenir sus abusos.

En lo referente a la verdad de esta observación, me refiero a todo observador de buena fe, y no quiero que examinemos a las casadas, porque nuestras instituciones, que tanto las sujetan, pueden haber aguzado su inteligencia; quiero que se examinen las doncellas, las niñas que acaban, por decirlo así, de nacer; que sean comparadas con muchachos de la misma edad, y si ellos no parecen majaderos, atolondrados, tontos, al lado de ellas, sin duda alguna estoy equivocado. Permítaseme un solo ejemplo escogido en pleno candor de la niñez.

Es una cosa muy generalizada el prohibir a las criaturas que pidan nada en la mesa, debido a que se cree que su educación ha de salir mejor cuando se carga con inútiles preceptos, como si fuera tan difícil darles o negarles un pedazo de esto o de aquello[136], sin hacer que se muera una pobre criatura de un ansia que aumenta la esperanza. Todo el mundo conoce la astucia de que se valió un chico sujeto a esta prohibición, que habiéndose olvidado de servirle el plato, se le ocurrió pedir sal, etc. No diré que le podían reñir por haber pedido directamente sal y carne indirectamente; la misión era tan cruel, que aunque hubiera violado de un modo patente el mandato y manifestado sin rodeos que tenía hambre, no puedo creer que le hubieran castigado. Pero he aquí lo que hizo una chiquilla en mi presencia y en una situación mucho más apurada, porque además de que le habían impuesto una prohibición rigurosa de pedir nunca nada directa ni indirectamente, la desobediencia no hubiera merecido perdón, ya que había comido de todos los platos menos de uno que se habían olvidado de servirle y del cual ella tenía gran deseo. Pues para conseguir que reparasen este olvido sin que pudiesen acusarla de desobediente, fue señalando todos los platos con el dedo, y diciendo en voz alta a medida que los señalaba: «Yo he comido de eso, yo he comido de eso», pero con una visible afectación y sin decir nada pasó el dedo por encima del plato que no había comido, lo que hizo que se diese cuenta uno de los convidados, quien le dijo: «Y de eso, ¿has comido?» «¡Ah, no; de eso, no!», repuso con voz sumisa y bajando los ojos la golosilla. No añadido más; compárese ahora: esta treta es una astucia de chica, y la otra es una astucia de muchacho.

Lo que hay es bueno, y no hay ninguna ley general que sea mala. Esta astucia particular dispensada al sexo es una muy justa indemnización de la fuerza que le falta, sin la cual la mujer no sería la compañera, sino la esclava del hombre, y por esta superioridad de talento se mantiene en igual suyo, y le gobierna obedeciéndole. La mujer lo tiene todo contra ella, nuestros defectos, su cortedad y su debilidad, y en su favor no tiene más que su habilidad y su belleza. El que cultive una y otra, ¿no es justo? Pero no es la belleza física que puede ser destruida por mil azares, que se va con los años, y la costumbre termina con su eficacia. El verdadero recurso del sexo está en el ingenio, pero no es ese ingenio necio que tanto aprecia el mundo y que en nada contribuye a hacer la vida feliz, sino el ingenio de su estado, el arte de sacar utilidad del nuestro y valerse de nuestras propias ventajas. Ignoramos el grado de provecho que tiene para nosotros esa misma astucia de las mujeres, el embeleso que añade a la sociedad de ambos sexos, cuánto sirve para reprimir la petulancia de las criaturas, cuántos maridos brutales refrena, cuántos buenos matrimonios mantiene, que sin eso se verían malogrados por la discordia. Las mujeres arteras y malas sé muy bien que abusan de ella, pero, ¿de qué no abusa el vicio? No destruyamos los instrumentos de la felicidad, porque algunas veces los malos se sirven de ellos para seguir siendo malos.

Una puede lucir por sus adornos, pero sólo puede agradar por su persona. Nuestros trajes no son nosotros; de tanto ser estudiados muchas veces deslucen, y a menudo las que más quieren gire las vean por el vestido son las menos miradas. En este punto, la educación de las muchachas es diametralmente opuesta a la razón, les prometen galas como recompensa, procuran que gusten recargadas de adornos. «¡Qué bonita está!», les dicen al verlas muy emperifolladas, cuando les deberían hacer comprender que tanto atavío no tiene otro objeto que el de ocultar defectos, y que el verdadero éxito de la hermosura está en lucir por sí misma. La afición a las modas es de mal gusto, puesto que los semblantes no varían con ellas, y quedándose la cara siempre la misma, lo que una vez le cae bien, le cae bien siempre.

Cuando yo viera a la niña presumir con su atuendo, haría como que pensaba en lo que dirían de ella disfrazada de ese modo, y diría: «Todos esos adornos la desfiguran demasiado, y es una verdadera lástima. ¿No crees tú que le bastaría llevar unos adornos más sencillos? ¿Es tan hermosa que le podamos quitar esto o aquello?». Quizá ella misma rogará entonces que le quiten uno y otro adorno, y entonces es la ocasión de alabarla, si hay razón para ello. Cuanto con más sencillez estuviera vestida, tanto más yo la elogiaría. Cuando ella vea las galas sólo como suplemento de las gracias personales y convenga en que no necesita socorro para agradar, no estará ufana con su traje, sino muy humilde, y si vistiendo más engalanada de lo acostumbrado oye que le dicen: «¡Qué hermosa está!», enrojecerá de despecho.

Por lo demás, si hay figuras que necesitan adornos, no hay ninguna que exija ricos atavíos. Los costosos adornos son una vanidad de la clase y no de la persona, y dependen únicamente de la preocupación. La coquetería a veces es rebuscada, pero jamás es ostentosa, y Juno se engalanaba con mayor riqueza que Venus. «No pudiendo hacerla hermosa, la haces rica», decía Apeles a un mal pintor que pintaba a Elena cargada de adornos. También he podido darme cuenta de que las alhajas más preciosas eran llevadas por mujeres feas; no es posible tener una vanidad más desgraciada. Procurad que una joven tenga gusto y desprecie la moda, cintas, gasas, muselina y flores, y sin diamantes, dijes ni encajes[137], va a idear un traje que dé cien veces más realce a su hermosura que todos los brillantes harapos de la modista más encopetada.

Como lo que está bien siempre sienta bien, y como siempre es necesario parecer lo mejor que sea posible, las mujeres que más entienden de vestidos escogen los que les sientan bien, y los conservan, y como no cambian todos los días, se ocupan menos de sus trajes que las que no saben los que han de llevar. El verdadero arte requiere poco tocador. Las señoritas solteras rara vez gastan tocados aparatosos; la labor y las lecciones les ocupan el día, y, no obstante, por lo general, van tan bien vestidas como las señoras casadas y muchas veces con mayor gusto. El abuso del tocador no es lo que se piensa, ya que más procede de aburrimiento que de

vanidad. Una mujer sabe muy bien que gasta seis horas en su tocador, que no sale de él mejor puesta que la que no está en el suyo más de media hora, pero es el tiempo ganado a la pesada duración del día, y más vale divertirse consigo que fastidiarse con todo. ¿Qué se podría hacer después de comer hasta las nueve de la noche, si no tuviesen el tocador? Se reúnen otras mujeres a su alrededor y se divierte en impacientarlas, eso ya es algo-, se evitan las conversaciones a solas con el marido, que sólo se ve a esta hora, y eso todavía es más, y luego vienen las modistas, los petimetres, los pequeños autores, los versos y las canciones del día. Sin el tocador nunca se podría tocarlo y discutirlo todo, pero el único beneficio real que ella le saca es lucirse algo más cuando está vestida, aunque ese beneficio no es tanto como se piensa, ni de él sacan tanto las mujeres como se figuran. Dad sin escrúpulo una educación de mujer a las mujeres, procurad que se aficionen a las tareas de su sexo, que sean modestas, que sepan cuidar y gobernar su casa, y se les olvidará muy pronto el abuso del tocador, y no se las verá con peor gusto. A medida que van creciendo, lo primero que observan las niñas es que todos estos adornos extraños no bastan para quien no los tiene en su propia persona. Nadie se puede dar a sí mismo hermosura, ni se adquiere tan pronto el arte de agradar a los hombres, pero ya es posible dar a los ademanes un giro agradable, a la voz un acento melodioso, presentarse con sencillez, andar con ritmo, tomar posturas que tengan gracia y sacar ventaja de todo. La voz alcanza mayor intensidad, adquiere consistencia y metal, se desenvuelven los brazos, se afirma el paso, y de cualquier manera que una vaya vestida, sabe que hay un arte para lograr que la miren. Entonces ya no se trata sólo de aguja y de industria; se presentan nuevas habilidades y su utilidad es más que evidente.

Sé que los severos instructores no quieren que se enseñe música a las niñas, ni el baile ni ninguna de las artes agradables. Eso me parece muy gracioso. Pues, ¿a quién quieren que se enseñen? ¿A los muchachos? ¿A quién pertenece mejor la posesión de estas artes, a los hombres o a las mujeres? Me responderán que a nadie. Las canciones profanas son pecados horribles, el baile es una invención del diablo, una niña no debe tener otro pasatiempo que su

labor y sus oraciones. ¡Qué absurdas diversiones son éstas para niñas de diez años! Me temo mucho que todas estas santitas, obligadas a pasar su niñez encomendándose a Dios, pasen su mocedad en cosas muy distintas y se resarzan lo mejor que puedan, cuando estén casadas, del tiempo que piensan que perdieron de solteras. Soy del parecer que se debe tener en consideración lo que conviene a la edad no menos que al sexo, que una muchacha no debe vivir como su abuela, que debe ser viva, alegre, retozona; cantar, bailar tanto como se le antoje, y disfrutar de los placeres inocentes propios de su edad, pues demasiado pronto le llegará el tiempo de ser reposada y de adoptar un aire más serio.

Pero, ¿se necesita este cambio? ¿No es también una consecuencia de nuestras preocupaciones? Con esclavizar a las mujeres honestas con tristes obligaciones, han desterrado del matrimonio todo lo que podía hacerlo grato a los hombres. ¡Qué extraño es que el silencio que ven reinar en su casa los eche de ella, o que tan poca prisa se den para abrazar tan ingrato estado! El cristianismo, a fuerza de exagerar todas las obligaciones, las hace impracticables y vanas; con tanto prohibir a las mujeres el canto, el baile y todos los pasatiempos del mundo, las convierte en groseras, regañonas e inaguantables en su casa. -

No hay religión en la que esté sujeto el matrimonio a tan severas obligaciones, ni ninguna en que sea más despreciado un vínculo tan sagrado. Se ha hecho tanto para impedir que las mujeres fuesen amables, que han convertido a los maridos en indiferentes. No debería ser así, y lo comprendo, pero digo que así debe ser, puesto que al cabo los cristianos no dejen de ser hombres. Por mí, yo querría que una moza inglesa cultivase con tanto esmero los talentos amenos para agradar al marido que un día tendrá como los cultiva una albanesa joven para el serrallo de Ispahan. Me argüirán que un marido no aprecia mucho todos estos talentos. Creo que sea así cuando en vez de emplearlos en su diversión sirven de cebó para tener en su casa mozuelos descarados que le afrentan. Pero, ¿os figuráis que una casada cuerda, amable, adornada con estos talentos, y que los consagrare a la diversión de su marido, no aumentaría la felicidad de él, y no le evitaría que al salir de su oficina, agotado por el trabajo, fuese en busca de distracciones?

¿No habéis visto familias felices reunidas de tal forma que cada uno pone todo lo que sabe en la diversión común? Diga él si la confianza y la familiaridad que con ella va unida, si la inocencia y la dulzura de los placeres que disfrutan no sustituyen con ventaja al mayor bullicio que ofrecen las diversiones públicas.

Las habilidades agradables se han convertido en demasiado artísticas y se han generalizado en exceso; todo lo hemos puesto en máximas y preceptos, y hemos convertido en fastidio para las muchachas lo que debería servirles de diversión y juego. No imagino nada más jocoso que ver a un viejo maestro de música o de baile, que se acerca con ademán adusto a niñas que sólo piensan en reír, y para enseñarles su frívola ciencia toma un tono más pedante y magistral que si tratara de explicarles la doctrina cristiana. ¿El arte de cantar y el de la música escrita son inseparables? ¿No es posible hacer flexible la voz y ajustarla, aprender a cantar con gusto, y aun acompañarse sin conocer ni siquiera una nota? ¿Se ajusta el mismo género de canto a todas las voces? ¿El mismo se adapta a todas las inteligencias? Nadie me hará creer que las mismas posturas, los mismos pasos, los mismos movimientos, los mismos ademanes, los mismos bailes, le convengan a una morenita viva y salada, igual que a una hermosa rubia, alta y de ojos serenos. Así, cuando veo a un maestro que da las mismas lecciones a las dos, digo: «Este hombre sigue su práctica, pero no entiende ni una palabra de su arte».

Existen dudas sobre si las niñas deben tener maestros o maestras. No sé; yo bien quisiera que no precisasen ni de unos ni de otras, que aprendiesen con libertad lo que tanta inclinación tienen a aprender, y que no viéramos vagabundear por nuestras ciudades tanto saltarín. Difícilmente dejaré de creer que el trato con semejantes gentes no sea más perjudicial para las niñas que útiles sus lecciones, y que su algarabía, su estilo, sus ademanes, no inspiren a sus discípulas la primera afición a las frivolidades, de tanta entidad para ellos, y que a ejemplo suyo ellas tendrán en breve como única ocupación.

En las artes, que no tienen otro objeto que el agradar, todo puede servir de maestro a las niñas; su padre, su madre, su hermano, su hermana; sus amigos, sus ayas, su espejo, y más que todo, su

propio gusto. Nadie se debe brindar para darles lección; es preciso que ellas sean las que la pidan; ni se les debe señalar como una tarea lo que es recompensa, y en esta especie de estudios el mayor aprovechamiento depende especialmente de querer adelantar. En cuanto a lo demás, si son absolutamente necesarias lecciones en forma, yo no seré quien decida de qué sexo han de ser los que deban darlas. No sé si es preciso que un maestro de baile coja la blanca y delicada mano de su joven discípula, le haga levantar la ropa, alzar los ojos, tender el brazo y erguir un pecho palpitante; lo que sí sé es que por todo lo que hay en este mundo no quisiera ser yo ese maestro.

Con arte y talento se forma el gusto, con el gusto se introducen en nuestro entendimiento las ideas de la belleza de todo género, y por último, las ideas morales que a ellas se refieren. Quizá ésta es una de las razones porque el sentimiento de la decencia y la honestidad se insinúa más pronto en las niñas que en los muchachos, pues creer que ese sentimiento proviene de lo que les dicen sus ayas, sería no estar instruido ni en lo que son las lecciones de éstas, ni en el natural progreso del espíritu humano. El primer puesto en el arte de agradar es ocupado por el arte de hablar; por él sólo pueden añadirse nuevos encantos a aquellos con que el hábito acostumbra a los sentidos. El espíritu no solamente vivifica al cuerpo, sino que en cierto modo lo renueva; por la sucesión de los sentimientos y las ideas anima y cambia la fisonomía, y por los razonamientos que inspira llamando la atención, sostiene mucho tiempo igual interés en el mismo objeto. Creo que por todas estas razones las muchachas adquieren tan pronto un charlar grato, acentúan lo que dicen aun antes de sentirlo, y los hombres se divierten escuchándolas aun antes de que ellas puedan entenderlos, espiando, por decirlo así, el instante de discernimiento de estas mozuelas para penetrar en su sentimiento.

Las mujeres tienen un lenguaje flexible, hablan más pronto y con mayor facilidad y agrado que los hombres. También se las acusa de que hablan más; así debe ser, y yo convertiría esta acusación en elogio; en ellas, la boca y los ojos tienen igual actividad por la misma razón. El hombre dice lo que sabe, y la mujer dice lo que agrada; el uno para hablar necesita conocimiento y la otra gusto; el principal

objeto de él deben ser las cosas útiles, y el de ella las agradables. En sus razonamientos no debe haber otras formas comunes que las de la verdad.

La charla de las niñas no debe ser contenida, como la de los muchachos, con la dura pregunta de: «¿Para qué sirve eso?», sino con esta otra, a la cual no es difícil contestar: «¿Qué efecto hará eso?» En esta primera edad, en que aún no pueden discernir el bien y el mal, ellas no son jueces de nadie, y se deben imponer la ley de no decir nunca nada que no sea grato para aquellos con quienes hablan, y lo que dificulta la práctica de esta regla es que siempre queda subordinada a la primera, que es no mentir nunca.

Todavía veo otras muchas dificultades, pero corresponden a una edad más adelantada. Por ahora, para agradar les basta con decir la verdad sin aspereza, y como ésta les repugna, fácilmente les enseña la educación a evitarla. En el trato con el mundo, generalmente observo que la cortesía es más oficiosa en los hombres y más halagüeña la de las mujeres, y esta diferencia no se ha instituido, sino que es natural. Parece como si el hombre tratara más de servir y la mujer más de agradar. De aquí se deduce que, sea cual sea el carácter de las mujeres, su cortesía es menos falsa que la nuestra, puesto que no hace otra cosa que desarrollar su primer instinto, pero cuando un hombre finge que prefiere mi interés al suyo propio, por muchas demostraciones con que envuelva su embuste, estoy seguro de que miente. Así, a las mujeres les cuesta poco ser corteses, y poco, por consiguiente, a las niñas aprender a serlo. La primera lección proviene de la naturaleza, y el arte no hace más que seguirla y determinar en qué estilo se ha de manifestar esta forma. En cuanto a la cortesía entre ellas; es otra cosa; emplean un estilo tan forzado y tan frías atenciones, que sujetándose mutuamente no ponen mucho cuidado en ocultar su sujeción, y parecen sinceras en su mentira porque apenas se preocupan de encubrirla. Sin embargo, las jóvenes se dan algunas veces pruebas de amistad más francas. A su edad la alegría suple a la bondad natural, y satisfechas consigo mismas, lo están con todo el mundo. También es cierto que se besan con efusión y se acarician con más gracia delante de los hombres, envanecidas por

excitar impunemente su apetito con la imagen de favores que saben que ellos anhelan.

Si no se debe consentir a los muchachos preguntas indiscretas, con mucha más razón se les deben prohibir a las niñas, cuya curiosidad, o satisfecha o no bien eludida, acarrea consecuencias mucho más importantes si se tiene en cuenta su penetración para descubrir los misterios que les ocultan y su arte para averiguarlos. Pero sin permitirles preguntas, desearía que se les hicieran muchas a ellas, que procurasen hacerlas hablar para ejercitarlas a conversar con facilidad, que supieran encontrar réplicas prontas, y para que soltasen, cuando aún puede hacerse sin riesgo, la lengua y el entendimiento. Estas conversaciones envueltas siempre con alegría, pero preparadas con habilidad y bien dirigidas, serían un entretenimiento encantador para esta edad y podrían arraigar en los inocentes corazones de estas muchachas las primeras lecciones de moral, tal vez las más útiles que reciban en su vida. Mostrándoles, con el cebo del deleite y la vanidad, cuáles son las cualidades que verdaderamente ganan la estimación de los hombres y en qué consiste la gloria y la felicidad de una mujer honesta.

Se comprende que si los niños son incapaces de formarse ninguna idea verdadera de religión, con mayor razón excede esta idea la capacidad de las niñas, y por eso mismo quisiera yo hablarles de ella más pronto, porque si hubiéramos de aguardar a que estuviesen en estado de discutir metódicamente estas profundas cuestiones, correríamos el riesgo de no hablarles nunca de ellas. La razón de las mujeres es una razón práctica que les hace encontrar muy hábilmente los medios de llegar a un fin conocido, pero que no les deja encontrar este fin. La relación social de los sexos es admirable, de esta sociedad resulta una persona moral, cuyos ojos son la mujer y los brazos el hombre, pero con tal dependencia uno de otro que la mujer aprenda del hombre lo que ha de ver, y él, de ella, lo que ha de hacer. Si la mujer pudiera igual que el hombre remontar a los principios, y si el hombre tuviera igual que ella el espíritu de los detalles, siempre independientes uno de otro, vivirían en continua discordia, y su sociedad no podría subsistir, pero con la armonía que reina entre ellos, todo tiende al fin común; no

sabemos quién pone más de lo suyo, pues el uno sigue el impulso del otro, cada cual obedece y los dos son árbitros.

Por lo mismo que la conducta de la mujer está sujeta a la opinión pública, su creencia lo está también a la autoridad. Toda muchacha debe tener la religión de su madre y toda casada la de su esposo. Aun cuando esta religión fuera falsa, la docilidad que sujeta a la madre y a la hija al orden de la naturaleza borra para con Dios el pecado del error. No hallándose en estado de ser jueces por sí mismas, deben admitir la decisión de sus padres y de sus esposos como la de la Iglesia.

No pudiendo deducir por sí mismas la regla de su fe, tampoco pueden las mujeres asignarles por límites los de la evidencia y la razón, pero dejándose arrastrar de mil impulsos extraños, se quedan siempre más acá o van más allá de la verdad. Siempre exageradas, unas son libertinas y otras, devotas; no se ve ninguna que con la piedad reúna la discreción. El origen del mal no sólo está en el carácter extremado de su sexo, sino también en la mal regulada autoridad del nuestro; el libertinaje de costumbres se la hace despreciar, el pánico del arrepentimiento la convierte en tiránica, y de esta forma siempre vamos muy adelante o nos quedamos muy retrasados.

Ya que la autoridad debe regular la religión de las mujeres, no se trata tanto de explicarles las razones que existen para creer como de presentarles con claridad lo que se cree, puesto que la fe que ponemos en ideas oscuras constituye el origen del fanatismo, y la que se exige de cosas absurdas conduce a la incredulidad o a la locura. No sé a qué incitan más nuestros catecismos, si a ser impío o fanático, pero sé que necesariamente se da lo uno y lo otro.

Ante todo, para enseñar la religión a las muchachas no se la presentéis como una obligación o un trabajo, y no debéis hacerles aprender de memoria nada, ni siquiera las preces. Contentaos con rezar todos los días las vuestras en su presencia, pero sin obligarlas a que las escuchen. Procurad que sean cortas, según la instrucción de Jesucristo, y con el recogimiento y el respeto que convienen; debéis considerar que dado lo que pedimos al Ser Supremo, para que nos escuche, es justo que nosotros pongamos gran atención en lo que decimos.

Tiene menos importancia que las niñas sepan tan pronto su religión como que la sepan bien, y especialmente que la amen. Cuando se la hacéis gravosa o les pintáis a Dios siempre enojado contra ellas, y en su nombre le imponéis mil penosas obligaciones que nunca os ven desempeñar, ¿qué otra cosa han de pensar sino que saber la doctrina y encomendarse a Dios son obligaciones de chiquillas, ni qué más han de desear que ser mayores para eximirse como vosotros de esa sujeción? El ejemplo, el ejemplo; sin él, nada se consigue de las criaturas.

Al explicarles los artículos de fe, debe hacerse en forma de instrucción directa y no a través de preguntas y respuestas. Ellas sólo deben responder lo que piensan y no lo que les hayan dictado. Todas las respuestas del catecismo son contrarias al sentido común; y es el discípulo quien instruye al maestro; también en boca de los niños son mentiras, puesto que explican lo que no entienden, o afirman lo que no creen. Entre los hombres más inteligentes enseñenme uno que no mienta cuando dice su lección de catecismo.

Una de las primeras lecciones que hallo en el nuestro es ésta: «¿Quién os crió y os puso en el mundo? A lo cual la chiquilla, aunque sabe que fue su madre, contesta, sin titubear, que Dios. Lo único que ve ella es que a una pregunta que entiende mal, da una respuesta de la cual no entiende ni una palabra.

Yo quisiera que un hombre que conociese bien el progreso del espíritu de los niños compusiera un catecismo para ellos. Tal vez sería el libro más útil que se hubiera escrito y, a mi parecer, no sería el que menos honra proporcionase a su autor. Lo cierto es que si este libro fuese bueno, se parecería muy poco a los nuestros.

Semejante catecismo será tanto mejor cuando por las presuntas el niño dé las respuestas sin aprenderlas, teniendo en cuenta que algunas veces se verá en la necesidad de también preguntar él. Para dar a entender lo que quiero decir, sería necesario presentar una especie de modelo, y yo sé lo que me hace falta para poder bosquejarlo. Pero intentaré dar de él una ligera idea. Imagino, pues, que para llegar a la pregunta del catecismo que hemos mencionado anteriormente, sería necesario que empezase más o menos así:

LA MAESTRA: ¿Te acuerdas de cuando era niña tu madre?
LA NIÑA: No, señora.
LA MAESTRA: ¿Cómo no, teniendo tanta memoria?
LA NIÑA: Porque yo no había venido al mundo.
LA MAESTRA: ¿Conque tú no has vivido siempre?
LA NIÑA: No.
LA MAESTRA: ¿Y vivirás siempre?
LA NIÑA: Sí.
LA MAESTRA: ¿Eres joven o vieja?
LA NIÑA: Soy joven.
LA MAESTRA: Y tu abuela, ¿es joven o vieja?
LA NIÑA: Vieja.
LA MAESTRA: ¿Ha sido joven?
LA NIÑA: Sí.
LA MAESTRA: ¿Y por qué no lo es ahora?
LA NIÑA: Porque ha envejecido.
LA MAESTRA: ¿Y tú envejecerás como ella?
LA NIÑA: No lo sé[138].
LA MAESTRA: ¿Dónde están tus vestidos del año pasado?
LA NIÑA: Los han deshecho.
LA MAESTRA: ¿Por qué los han deshecho?
LA NIÑA: Porque me quedaban pequeños.
LA MAESTRA: ¿Y por qué te quedaban pequeños?
LA NIÑA: Porque he crecido.
LA MAESTRA: ¿Y todavía crecerás?
LA NIÑA: ¡Oh, sí!
LA MAESTRA: ¿En qué se convierten las niñas mayores?
LA NIÑA: En mujeres.
LA MAESTRA: ¿Y las mujeres en qué?
LA NIÑA: En madres.
LA MAESTRA: Y las madres, ¿qué son después?
LA NIÑA: Viejas.
LA MAESTRA: ¿Conque tú también serás vieja?
LA NIÑA: Cuando haya sido madre.
LA MAESTRA: Y las viejas, ¿qué son después?
LA NIÑA: No lo sé.
LA MAESTRA: ¿Qué ha sido de tu abuelo?

LA NIÑA: Murió. [\[139\]](#)

LA MAESTRA: ¿Y por qué murió?

LA NIÑA: Porque era viejo.

LA MAESTRA: Entonces, ¿qué hace la gente vieja?

LA NIÑA: Se muere.

LA MAESTRA: Y tú, cuando seas vieja, ¿qué...?

LA NIÑA (*interrumpiéndola*): ¡Oh, no! Yo no quiero morir.

LA MAESTRA: Hija mía, nadie quiere morir, y todo el mundo se muere.

LA NIÑA: ¿Cómo? ¿También se ha de morir mi mamá?

LA MAESTRA: Como todo el mundo. Las mujeres envejecen como los hombres y la vejez lleva a la muerte.

LA NIÑA: ¿Qué se ha de hacer para envejecer muy tarde?

LA MAESTRA: Vivir con cordura cuando somos jóvenes.

LA NIÑA: Señora, yo siempre seré cuerda.

LA MAESTRA: Mejor para ti. ¿Pero tú crees que has de vivir siempre?

LA NIÑA: Cuando sea muy vieja, muy vieja...

LA MAESTRA: ¿Sí?

LA NIÑA: Cuando una es tan vieja, dice usted que conviene que se muera.

LA MAESTRA: ¿Conque al fin morirás?

LA NIÑA: ¡Ay, sí!

LA MAESTRA: ¿Quién vivía antes que tú?

LA NIÑA: Mi padre y mi madre.

LA MAESTRA: ¿Quién vivirá después de ti?

LA NIÑA: Mis hijos.

LA MAESTRA: ¿Y quién vivirá después de ellos?

LA NIÑA: Sus hijos...

Siguiendo este camino se hallan, mediante inducciones sensibles, un principio y un fin al linaje humano, como a todas las cosas; es decir, un padre y una madre que no tuvieron ni padre ni madre, y unos hijos que no tendrán hijos [\[140\]](#).

Sólo después de una larga serie de preguntas análogas, estará bastante preparada la del catecismo de que hemos hecho mención. Pero desde aquí hasta la respuesta a la pregunta «¿Quién es

Dios?»), que es, por decirlo así, la definición de la divina esencia, ¡qué inmenso salto! ¿Cuándo se llenará este intervalo? Dios es un espíritu. ¿Y qué es el espíritu? ¿Iré a meter el espíritu de una criatura en esa oscura metafísica a la que con tanta dificultad llegan los hombres? No pertenece a una niña resolver estas cuestiones; le pertenecería, si acaso, el proponerlas. Entonces le respondería con sencillez «Me preguntas qué es Dios, y no es fácil decírtelo: no podemos oírle, verle ni tocarle; sólo le conocemos por sus obras. Espera saber lo que ha hecho para entender lo que es.»

Si todos nuestros dogmas son igualmente ciertos, no por eso tienen la misma importancia. Para la gloria de Dios, es indiferente el que nos sea conocida en todo, pero a la sociedad humana y a cada uno de sus miembros importa que todo hombre conozca y desempeñe las obligaciones que la ley de Dios le impone para con su prójimo y para consigo mismo. Esto es lo que continuamente debemos enseñarnos los unos a los otros, y en esto principalmente están obligados los padres y las madres al instruir a sus hijos. Que sea una virgen madre de su Creador, que haya parido a Dios, o sólo a un hombre con quien se unió Dios; que sea una misma la sustancia del Padre y del Hijo, o que sólo sea semejante; que proceda el espíritu de uno de los dos, que son lo mismo, o de ambos juntamente; no veo por qué ha de importar más al género humano la decisión de estas cuestiones, en apariencia esenciales, que saber qué día de la luna se ha de celebrar la Pascua, si se ha de rezar el rosario, ayunar, comer pescado, hablar latín u otra lengua de la Iglesia, pintar imágenes en los cuadros y paredes, oír o decir misa y no tener mujer propia. Cada uno que piense como le parezca sobre esto, pues no sé en qué puede interesar a los demás, si bien a mí para nada me interesa. Pero lo que a mí y a todos mis semejantes nos importa es que cada uno sepa que existe un árbitro de la suerte de los humanos, cuyos hijos somos todos, que a todos nos prescribe que seamos justos, que nos amemos unos a otros, que seamos generosos y misericordiosos, que cumplamos nuestra palabra con todo el mundo, aunque sea con nuestros enemigos y con los suyos; que nada es la aparente felicidad de esta vida, que después de ésta hay otra, en la cual el Ser Supremo será remunerador de los buenos y juez de los malos. Estos y otros

dogmas semejantes son los que importa enseñar a la juventud y persuadir a todos los ciudadanos. El que los impugna merece sin duda el castigo, porque es perturbador del orden y enemigo de la sociedad. El que va más adelante, y pretende sujetarnos a sus opiniones particulares, llega al mismo término por un camino opuesto. Por establecer a su modo el orden, perturba la paz; con su temeraria soberbia, se constituye en intérprete de la Divinidad, exige en su nombre los homenajes y el respeto de los hombres, y se hace Dios, poniéndose en su lugar. Debería ser castigado como sacrílego, si no lo fuese como intolerante.

Abandonad, pues, todos esos misteriosos dogmas que para nosotros sólo son palabras sin ideas, todas esas doctrinas estrafalarias, cuyo vano estudio suple las virtudes de los que a ellas se entregan y sirven para convertirlos más en locos que en hombres buenos. Mantened siempre a vuestros hijos en el estrecho círculo de los dogmas que tienen relación con la moral, convencedlos de que no hay para nosotros otra ciencia útil que la que nos enseña a obrar bien. No hagáis teólogas ni argumentadoras a vuestras hijas; de las cosas del cielo enseñadles aquellas que sirven para la humana sabiduría; acostumbra las a que se miren siempre ante los ojos de Dios, a que le tengan por testigo de sus acciones, de sus pensamientos, de su virtud, de sus placeres; a obrar bien sin ostentación, porque así se complace Dios; a padecer el mal sin murmurar, porque le llegará la recompensa; a ser, finalmente, todos los días de su vida lo que quisieran haber sido cuando comparezcan ante El. Esta es la verdadera religión, y la única que no es capaz del abuso de impiedad ni de fanatismo. Prediquen cuanto quieran otras más sublimes, que yo no conozco otra que ésta.

En lo que se refiera a lo demás, es provechoso observar que hasta la edad en que se ilustra la razón, y en que el sentimiento naciente hace hablar la conciencia, lo que es bueno o malo para las niñas es aquello que deciden las personas con quienes tratan. Todo lo que les mandan es bueno, y lo que les prohíben es malo, y no deben saber más, de donde se infiere que es más importante para ellas que para los muchachos la buena elección de las personas que han de vivir en su compañía y tener sobre ellas alguna autoridad. Por último llega la época en que ya empiezan a juzgar las

cosas por sí mismas, y entonces es cuando ha llegado el tiempo de cambiar el sistema de su educación.

Tal vez he dicho demasiado hasta aquí. ¿A qué reduciremos a las mujeres si no les dejamos otra ley que las inquietudes públicas? No debemos rebajar hasta este punto el sexo que nos gobierna y que nos honra cuando no lo hemos envilecido. Para toda la especie humana existe una regla anterior a la opinión, y a la inflexible dirección de esta regla se deben referir todas las demás; juzga a la misma preocupación, y sólo cuando se aviene con ella la estimación de los hombres, debe trocarse en autoridad para nosotros.

Esta norma es el sentimiento interior. Aquí no repetiré lo que antes he dicho acerca de él; me es suficiente con observar que si estas dos reglas no contribuyen a la educación de las mujeres, será siempre defectuosa. Sin la opinión, el sentimiento no les proporcionará aquella delicadeza de alma que adorna a las buenas costumbres con el honor del mundo, y sin el sentimiento, la opinión no hará de ellas más que mujeres falsas y deshonestas, pero aparentando virtud.

De este modo, pues, les conviene el cultivo de una facultad que sirva de árbitro entre ambos guías, que evite que la conciencia se extravíe y que rectifique los errores de la preocupación. Esta facultad es la razón. ¡Pero, cuántas cuestiones se plantean al pronunciar esta voz! ¿Son capaces las mujeres de un talento sólido? ¿Tiene importancia que lo cultiven? ¿Lo cultivarán con provecho? ¿Tiene utilidad esta cultura para las funciones que se les imponen? ¿Es compatible con la sencillez que les conviene?

Las diferentes formas de considerar y resolver estas cuestiones hacen que, cayendo en excesos opuestos, los unos limitan a la mujer a hilar y a coser en su casa con sus criadas, reduciéndola de esta forma a ser la primera criada del amo; los otros, no satisfechos con afianzar sus derechos, también hacen que se apropien los nuestros, pero dejarla superior a nosotros en las cualidades propias de su sexo, y hacerla igual a nosotros en todo lo demás, ¿qué otra cosa es si no conceder a la mujer la primacía que la naturaleza da al marido?

La razón que guía al hombre para que conozca sus obligaciones es poco complicada; la que guía a la mujer para que conozca las

suyas, todavía es más sencilla. La obediencia y la fidelidad que debe a su marido, la ternura y solicitudes que debe a sus hijos son tan naturales y palpables consecuencias de su condición, que sin mala fe no puede negar su consentimiento al sentimiento interior que la guía ni desconocer su obligación en sus inclinaciones, que aún no están alteradas.

No vituperaría sin hacer distinciones que una mujer se limitara solamente a ejecutar las tareas propias de su sexo y que la dejaran en una profunda ignorancia acerca de todo lo demás, pero para eso serian precisas costumbres públicas muy sencillas y muy sanas, o un método de vida muy retirado. En los pueblos grandes, y entre hombres pervertidos, esta mujer sería muy fácil de seducir, y muchas veces su virtud estriaría en las ocasiones; en este siglo filosófico, la mujer necesita una virtud a toda prueba; de antemano es preciso que sepa lo que le pueden decir, y lo que de ello debe pensar.

Por otra parte, estando sujeta al juicio de los hombres, debe ser merecedora de aprecio, en especial del de su marido; no solamente debe ser su persona la causa del aprecio, sino también su conducta; ante el público debe justificar la elección de su marido y honrarle con el honor que le tributen a ella. Ahora bien, ¿cómo podrá desempeñar todo esto si ignora nuestras instituciones, nuestros estilos y nuestro bien parecer, y no conoce la fuente de los juicios humanos ni las pasiones que las determinan? Suponiendo que al mismo tiempo depende de su propia conciencia y de las opiniones ajenas, es necesario que aprenda a comparar estas dos reglas, a conciliarlas y a preferir sólo la primera cuando las dos se encuentran en oposición. Se hace juez de los jueces, decide cuándo se ha de someter a ellos y cuándo los ha de recusar. Antes de desechar o admitir sus preocupaciones, las considera, aprende a llegar a su origen, a precaverlas, a hacérselas favorables, y pone atención en no merecer jamás censuras cuando su obligación le permite evitarlas. No puede hacer nada de esto bien sin cultivar su espíritu y su razón.

Siempre vuelvo al principio, y éste me da la solución de todas mis dificultades. Estudio lo que existe, averiguo la causa y, por último, veo que todo lo que existe está bien. Entro en una casa amiga,

donde el marido y la mujer se esmeran en obsequiar a quien los visita. Los dos han tenido la misma educación, son igualmente corteses, poseen talento y gusto, están animados del mismo deseo de agasajar a sus amigos y de que se vayan satisfechos. El marido no omite ningún afán para atender a todos; va, viene, da vueltas y se toma un gran trabajo; siente ansias de convertirse todo él en atención. La mujer permanece sentada en su sitio, a su alrededor se reúne un pequeño círculo y le oculta, al parecer, a los demás concurrentes; no obstante, no sucede nada que no lo note, no sale nadie a quien no haya hablado ni ha olvidado nada de lo que a todo el mundo puede interesar; a cada uno le ha dicho lo que le puede ser agradable, y sin perturbar el orden, está tan bien atendido el último de la reunión como el primero. Ponen la sopa a la mesa y se sientan; el hombre, al corriente de las personas que más se avienen, las colocará con tacto; la mujer, sin saber nada, ya habrá leído en los ojos y en los ademanes las preferencias de unos y de otros, y cada uno verá que su vecino es el que deseaba. No digo que se olviden de nadie en el servicio, pues el amo de la casa vigila y va y viene, pero la mujer adivina lo que cada uno mira con placer, y se lo ofrece; cuando habla con su vecino, tiene la vista en el otro extremo de la mesa; comprende que aquél no come porque no tiene apetito y que aquel otro no se atreve a servirse o a pedir porque no es hábil o porque es tímido. Al levantarse de la mesa, cada uno supone que sólo han pensado en él; ninguno cree que haya comido más que unos bocados, pero la verdad es que ha comido más que nadie.

Cuando ya se han ido todos, los dos hablan de lo sucedido. El marido cuenta lo que ha oído, lo que hicieron y dijeron aquellos con quienes habló. Si la mujer no es siempre la más exacta en este aspecto, en cambio ha intuido lo que se dijeron al oído en el otro extremo de la mesa; sabe lo que pensó fulano y a lo que tal dicho o tal ademán aludían; apenas se ha producido un movimiento expresivo que no lo haya interpretado íntimamente y casi siempre sin error.

El mismo instinto que hace que una mujer se aventaje en el arte de obsequiar a los que van a su casa, hace que una coqueta se aventaje en el arte de embobar a muchos pretendientes. Sus tretas

requieren todavía un discernimiento más sagaz que el de la cortesía, porque con tal que una mujer sea cortés con todo el mundo, ya tiene lo suficiente, pero la coqueta pronto perdería su imperio con esta uniformidad si no poseyera otro arte, pues si tratase de contentar a todos sus amantes, los disgustaría a todos. En la sociedad, las buenas formas que en general se tienen complacen a todos, y con tal que a uno le traten bien, nadie se irrita por no ser el preferido, pero en materia de amor, un favor carente de exclusiva constituye un agravio. Un hombre sensible preferiría ser maltratado cien veces solo que halagado con todos los demás, y lo peor que le puede suceder es que lo distinguan. La mujer que quiera entretener a muchos amantes es preciso que convenza a cada uno de que él es el preferido, y que sea delante de todos los demás, a quienes en presencia de él les hace creer lo mismo.

¿Queréis ver a un hombre confuso? Colocadle entre dos mujeres con las que tenga relaciones no manifiestas, y veréis luego qué figura tan torpe la suya. Colocad en el mismo caso a una mujer entre dos hombres, y podréis daros cuenta de cómo sucede todo lo contrario; quedaréis maravillado de su ingenio para engañar a los dos y para que uno se ría del otro. Pero si esa mujer demostrase la misma confianza y usara con ellos la misma familiaridad, ¿cómo se habrían de engañar un instante? Si los tratara del mismo modo, ¿no demostraría que tienen los mismos derechos sobre ella? Lejos de tratarlos del mismo modo, afecta portarse con ellos con mucha desigualdad, y lo lleva tan bien, que el halagado se cree que es por ternura, y el maltratado cree que es por despecho. De este modo, contento cada uno con su suerte, siempre la supone ocupada en él, cuando en realidad sólo se ocupa de sí misma.

La coquetería sugiere medios parecidos en el deseo general de agradar; los caprichos no producirían otra cosa más que disgustar si no fuesen empleados con discreción, pero dispensándolos con arte, los convierte en cadenas mucho más fuertes.

*Usa ogn'arte la donna, on de sia coito
Nella sua rete alcun novello amante;
Né con tuti, né sempre un stesso volto
Serba; ma cangia a tempo atto e semblante.* [\[141\]](#)

¿En qué consiste ese arte si no en sagaces y continuas observaciones que a cada instante le dicen lo que sucede en el corazón de los hombres y le facilitan el que a cada secreto movimiento que distingue emplee la fuerza necesaria para suspenderle o acelerarle? ¿Pero se aprende ese arte? No; nace con las mujeres y todas lo poseen, pero los hombres nunca lo consiguen en el mismo grado. Este es uno de los caracteres distintivos del sexo. La presencia de espíritu, la penetración, las sutiles observaciones constituyen la ciencia de las mujeres, y en la habilidad para servirse de ella radica su talento.

Esto es lo que hay, y ya hemos visto por qué tiene que ser así. Las mujeres son falsas, nos dicen. Se hacen falsas. Su propio don es la habilidad y no la falsedad, y las verdaderas inclinaciones de su sexo, ni cuando mienten son falsas. ¿Por qué esperáis lo que va a decir si no es ella la que debe hablar? Observad sus ojos, su color, su respiración, su tímido ademán, su débil resistencia... Ese es el idioma que les ha dado la naturaleza para que os respondan. La boca siempre dice «no», y lo debe decir, pero a ese «no» le da un acento que no es siempre el mismo, y ese acento no sabe mentir. ¿No tiene las mismas necesidades la mujer que el hombre, sin tener el mismo derecho de expresarlas? Su suerte sería muy cruel si hasta para sus legítimos deseos no poseyera un lenguaje equivalente al que no se atreve a emplear. ¿Su pudor ha de hacerla desdichada? ¿No necesita un arte para comunicar, sin descubrirlas, sus inclinaciones? ¡Qué habilidad se necesita para inducir a que le roben lo que desea conceder! ¡Cuánto le importa aprender a agitar el corazón del hombre y que parezca que no le hace caso! ¡Qué discurso más seductor el de la manzana de Galatea y su hábil fuga! ¿Qué ha de añadir a eso? ¿Ha de ir a decirle al pastor que la sigue por entre los sauces que sólo huye con la intención de atraerle? Mentiría, por decirlo así, porque entonces no le atraería. Cuanto más recatada es una mujer, más arte debe usar, hasta con su marido. Yo sostengo que no rebasando los límites de la coquetería, es más modesta y sincera, sin transgredir por ello de la honestidad.

La virtud es una, decía muy bien uno de mis adversarios; no se puede descomponer para admitir una parte y desechar otra. Quien

la ama, lo hace con toda su integridad; cuando puede, cierra su boca a los efectos que no debe sentir. Lo que es, no es la verdad moral, sino lo que es bueno; lo que es malo no debiera ser, y nunca se debe confesar, especialmente cuando le da esta confesión una eficacia que sin ella no hubiera tenido. Si yo tuviese intención de robar, y tentara a otro para que fuese mi cómplice diciéndoselo, ¿no sería sucumbir a la tentación el declarárselo? ¿Por qué decís que el pudor hace falsas a las mujeres? ¿Acaso son más ingenuas las que lo han perdido que las otras? Y no es así, pues son mil veces más falsas. No hay ninguna que llegue a esta depravación como no sea a fuerza de vicios, y los conserva todos, protegidos por un cúmulo de intrigas y de embustes[142]. Por el contrario, las que aún no han perdido la vergüenza, las que no se enorgullecen de sus culpas, las que saben ocultar sus deseos a los mismos que los inspiran, las que más trabajo cuesta arrancarles su consentimiento, son las más verídicas, las más sinceras, las más constantes en cumplir sus promesas y con cuya fe se puede generalmente contar.

El único caso de que yo tengo noticia, que pueda citarse como excepción a estas observaciones, es el de Ninón de Lenclos, y por eso fue mirada como un portento. Despreciando las virtudes de su sexo, dicen que había conservado las del nuestro; alaban su sinceridad, su rectitud, lo seguro de su trato, su fidelidad en la amistad; por último, para completar la pintura de su gloria, dicen que se hizo hombre. Enhorabuena, pero a pesar de su fama, yo no hubiera querido a ese hombre ni para amigo ni para amante.

Esto no es tan inoportuno como parece. Observo hacia dónde se encaminan las máximas de la moderna filosofía, que escarnecen el pudor del sexo y su pretendida falsedad, y veo que el más seguro fruto de esta filosofía será quitar a las mujeres de nuestro siglo la poca honra que les ha quedado.

Por estas consideraciones creo que puede determinarse en general cuál es la especie de cultura que conviene a la inteligencia de las mujeres y hacia qué objeto se deben dirigir sus reflexiones desde su juventud.

Ya lo he dicho: los deberes de su sexo son más fáciles de ver que de cumplir. Lo primero que deben aprender es a quererlos, al ver las utilidades que traen consigo; es el único medio de facilitárselos.

Cada estado y cada edad tiene sus obligaciones, y pronto cada uno conoce las suyas con tal que las ame. Honrad vuestro estado de mujer, y sea cual fuere la jerarquía que os hubiere concedido el cielo, siempre seréis una mujer de bien. Lo esencial es ser lo que nos hizo la naturaleza, pues siempre somos más que lo que quieren los hombres que seamos.

La investigación de las verdades abstractas y especulativas, de los principios y axiomas en las ciencias, todo lo que tiende a generalizar las ideas, no es propio de las mujeres; sus estudios se deben referir a la práctica, y les toca a ellas aplicar los principios hallados por el hombre y hacer las observaciones que le conducen a sentar principios. Todas las reflexiones de las mujeres, en cuanto no tienen relación inmediata con, sus obligaciones, deben encaminarse al estudio de los hombres y a los conocimientos agradables, cuyo objeto es el gusto, porque las obras de ingenio exceden a su capacidad, toda vez que no poseen la atención ni el criterio suficientes para dominar las ciencias exactas, y en cuanto a los conocimientos físicos, el que es más activo ve más objetos, tiene otra fuerza y debe juzgar de las relaciones de los seres sensibles y las leyes de la naturaleza. La mujer, que es débil y nada ve fuera de sí misma, valora y juzga los móviles que para suplir su debilidad puede poner en acción, y las pasiones del hombre son estos móviles. Su mecánica es más fuerte que la nuestra, pues todas sus palancas tienden a remover el corazón humano. Es preciso que posea el arte de hacer que nosotros queramos todo lo que es necesario o agradable a su sexo y que no puede hacer por sí mismo; por lo tanto, es necesario que estudie a fondo el espíritu del hombre, no en general y en abstracto, sino el de los hombres que tiene cerca y a quienes está sujeta, sea por ley, sea por la opinión; es preciso que por sus razones, por sus acciones, por sus miradas y por sus ademanes, aprenda a penetrar sus ideas, y que por las razones, las acciones, las miradas y los ademanes de ella, sepa inspirarles el sentir que le acomode, sin que parezca que se fijen. Mejor que ella filosofarán ellos acerca del corazón humano, pero ella leerá mejor en el corazón de los hombres. A las mujeres compete hallar, por decirlo así, la moral experimental, y a nosotros reducirla a sistema. La mujer tiene más agudeza y el hombre más ingenio; la mujer

observa y el hombre discurre, y de este concierto resultan la más clara luz y la ciencia más completa que pueda adquirir el entendimiento humano en las cosas morales. En una palabra, el conocimiento más seguro de sí y de los demás que puede alcanzar nuestra especie. Y de esta forma el arte puede tender a perfeccionar el instrumento que nos dio la naturaleza.

El mundo es el libro de las mujeres, y cuando ellas lo lean mal, suya es la culpa, porque acaso alguna pasión las ciega. No obstante, la verdadera madre de familia, lejos de ser una mujer de mundo, se recluye en su casa poco menos que la religiosa en su clausura. Sería, pues, conveniente hacer con las doncellas que se van a casar lo que hacen o deben hacer con las que se meten a monjas: enseñarles las diversiones que dejan, antes de que renuncien a ellas, no sea que la feliz imagen de estas diversiones que no conocen extravíe un día su corazón y turbe la felicidad de su retiro. En Francia las muchachas viven en los conventos y las casadas frecuentan el mundo; entre los antiguos sucedía todo lo contrario: las doncellas asistían, como ya he dicho, a muchos Juegos y fiestas públicas, y las casadas vivían retiradas. Este estilo era más racional y conservaba mejor las buenas costumbres. A las doncellas, antes de casarse, les es lícita una especie de coquetería, y su motivo principal es la diversión. Las casadas tienen otras ocupaciones en sus casas, y ya no necesitan buscar marido, pero no les traería cuenta esta reforma, y por desgracia son ellas las que mandan. Madres, que vuestras hijas sean cuando menos compañeras vuestras. Dadles una razón sana y un alma honesta, y no les ocultéis nada de lo que pueden mirar los ojos castos. Bailes, banquetes, juegos, hasta el teatro, y todo lo que, cuando se ve mal, reduce a una juventud imprudente, se puede presentar sin riesgo a ojos sanos. Cuanto más vean estos bulliciosos placeres, más pronto les repugnarán.

Ya oigo los clamores que se levantan contra mí. ¿Qué doncella resiste a tan peligroso ejemplo? Apenas ven el mundo y ya pierden la cabeza, sin que haya una que lo quiera dejar. Puede ser, pero antes de presentarles esta engañosa imagen, ¿las habéis preparado para que la vean sin emoción? ¿Les habéis explicado bien los objetos que representan? ¿Se los habéis pintado tal como son?

¿Las habéis acorazado bien contra las ilusiones de la vanidad? ¿Habéis excitado en su juvenil corazón la afición a los verdaderos placeres que no se encuentran en ese tumulto? ¿Qué precauciones, qué medidas habéis tomado para preservarlas del falso gusto que las extravía? Lejos de oponer en su espíritu algo contra el imperio de las preocupaciones públicas, las habéis mantenido en ellas; de antemano habéis hecho que se prenden de todos los pasatiempos frívolos que encuentran y hacéis que las cautiven cuando se entregan a ellos. Las jóvenes que entran en el mundo no tienen otro guía que su madre, muchas veces más locas que ellas, y que no les puede enseñar los objetos de otro modo que como los ve. Su ejemplo, más fuerte que la misma razón, las justifica a sus propios ojos, y la autoridad de la madre es para la hija una disculpa sin réplica. Cuando quiero que una madre introduzca a su hija en el mundo, es porque supongo que se lo debe enseñar tal como es.

Pero el mal empieza mucho antes. Los conventos son verdaderas escuelas de hipocresía, no la hipocresía honesta de que he hablado, sino la que produce todas las locuras de las mujeres y forma las más extravagantes melindrosas. Cuando salen del convento, para de repente mezclarse con la algarabía de la sociedad, las recién casadas se sienten inmediatamente en su sitio. Educadas para esa vida, ¿qué tiene de extraño que se encuentren a gusto? No afirmaré lo que voy a decir sin el temor de dar por observación un prejuicio, pero me parece que en los países protestantes generalmente hay más cariño en las familias, esposas más dignas y madres más tiernas que en los católicos, y si así es, no se puede dudar de que esta diferencia se debe en parte a la educación de los conventos.

Para que se prefiera la vida pacífica y doméstica es indispensable conocerla, y es preciso haber probado su dulzura desde la niñez. Sólo en la casa paterna se adquiere el cariño a la propia casa, y toda mujer que no ha sido educada por su madre, no tendrá voluntad para educar a sus hijos. Desgraciadamente ya no hay educación privada en las grandes ciudades. En ellas la sociedad es tan general y tan mezclada, que no queda asilo para el retiro, y están las gentes en público incluso en sus casas. A fuerza de vivir con todo el mundo, ya nadie tiene familia, los parientes apenas se conocen, se ven como extraños y se extingue la sencillez de las

costumbres domésticas al mismo tiempo que la dulce familiaridad que era su encanto. De este modo nace ya en el amanecer de la vida la afición a los deleites del siglo y a las máximas que reinan en él.

A las solteras les imponen una aparente sujeción para hallar insensatos que por su aspecto se casen con ellas, pero observad un instante a estas jóvenes, las cuales, con unas actitudes afectadas, encubren malamente el ansia que las consume, y en sus ojos ya se lee el ardiente deseo de imitar a sus madres. No sienten ansias por un marido, sino por los excesos del matrimonio. ¿Qué necesidad tienen de esposo con tantos medios para prescindir de él? Pero lo necesitan para que sea la tapadera de sus medios[143]. Está retratada en su semblante la modestia, y la disolución alienta en su corazón, indicando esa misma modestia fingida que sólo pretenden quedar libres cuanto antes de toda sujeción. Mujeres de París y de Londres, os ruego que me disculpéis; no hay regla sin excepción, pero yo no sé de ninguna, y si una de vosotras tiene el alma honesta, yo no entiendo ninguna palabra de vuestras instituciones.

Todas esas distintas educaciones inspiran igualmente en las doncellas la afición a los deleites del mundo y a las pasiones que pronto nacen de esta afición. En las ciudades populosas la depravación empieza con la vida, y en las de poco vecindario comienza con la razón. Las jóvenes provincianas, instruidas en menospreciar la dichosa sencillez de sus costumbres, se dan prisa por ir a la capital y participar de la corrupción de las nuestras; los vicios adornados con el pomposo nombre de talentos, son el único objeto del viaje, y avergonzadas por llegar de tan lejos, al verse muy distantes todavía del noble desenfreno de las mujeres del país, no tardan en hacer méritos para ser también ellas vecinas de la capital. ¿Me preguntareis dónde comienza el daño, adónde le proyectan, o dónde lo llevan a cabo?

No quiero que una madre juiciosa lleve a su hija desde la provincia a París para enseñarle estas imágenes, tan perniciosas para otras; digo, sí, que cuando lo hiciese de este modo, o su hija está mal educada o serán poco peligrosas para ella. Con gusto sano, prudencia y afición a las cosas honestas, no parecen tan atractivas como lo son para las que se dejan seducir por ellas. En

París se ven jóvenes insensatas que toman rápidamente el estilo del país y son de moda durante seis meses, para ser objeto de burla para siempre, ¿pero quién se fija en tantas cosas intrascendentes con el bullicio de la corte?, y se vuelven a su provincia satisfechas con su suerte comparada con la que otras envidian. ¡Cuántas jóvenes casadas he visto yo llevadas a la capital por esposos condescendientes, deseosos de que las vean, halagadas ellas, para después regresar con más deseo que el que las trajo, y diciendo con emoción la víspera de su marcha; «Volvamos a nuestro tabuco, donde se vive más feliz que en los palacios de aquí»! No sabemos cuánta buena gente hay que todavía no ha doblado la rodilla ante el ídolo y que desprecia su insensato culto. Sólo las locas meten ruido, y nadie repara en las sensatas.

Y si, a pesar de la general corrupción, las preocupaciones universales y la mala educación de las niñas, todavía conservan muchas un juicio a toda prueba, ¿qué será cuando hayan fortalecido su juicio con adecuadas instrucciones, o cuando no le hayan extraviado con instituciones viciosas?, pues siempre se cifra todo en conservar o restablecer los afectos naturales. Para esto no se trata de aburrir a las jóvenes solteras con vuestras largas pláticas, ni de dictarles vuestras secas inmoralidades. En los dos sexos estas moralidades constituyen la muerte de toda buena educación. Las lecciones tristes sólo sirven para que terminen desdeñando a los que las dan y todo lo que les dicen. Cuando se habla con muchachas jóvenes, no se trata de que teman sus obligaciones de agravar el yugo que les ha impuesto la naturaleza. Debéis explicarles de una forma fácil y concisa estas obligaciones, y no las induzcáis a que crean que su cumplimiento sea penoso, ni recurráis a posturas rígidas y agresivas. Todo lo que se dirige al corazón debe salir de él; su catecismo de moral debe ser tan claro y tan corto como el de religión, pero no tan grave. Junto a estas mismas obligaciones enseñadles el manantial de sus satisfacciones y la base de sus derechos. ¿Es tan penoso amar para ser amada, hacerse amable para ser feliz, hacerse estimable para ser obedecida y honrarse para ser honrada? ¡Qué hermosos y respetables son esos derechos! ¡Qué queridos son para el corazón del hombre cuando la mujer le sabe dar valor! No es necesario que

espere a la vejez para gozar de ellos; empiece su imperio con sus virtudes, y apenas se desarrollan sus gracias que ya reina por la dulzura de su carácter y hace respetar su modestia. ¿Cuál es el hombre, por insensible e inhumano que sea, que no suaviza su acritud y tiene más delicados modales al lado de una niña de dieciséis años, juiciosa y amable, que habla poco, que tiene un aspecto decente y honestas razones, a quien su hermosura no hace olvidarse de su sexo ni de su juventud, y que por su misma cortedad sabe interesar y granjearse el respeto que ella tiene a todo el mundo?

Estos testimonios, aunque exteriores, de ningún modo son frívolos, ni se fundan sólo en el atractivo de los sentidos, sino que nacen de la íntima conciencia que todos tenemos de que las mujeres son los jueces naturales del mérito de los hombres. ¿Quién quiere ser menospreciado por ellas? Nadie, ni siquiera el que ya no quiere amarlas. Y a mí, que les digo verdades tan duras, ¿creéis que me son indiferentes sus juicios? No; aprecio más su voto que el vuestro, lectores, a veces más femeninos que ellas. Aun despreciando sus costumbres, quiero hacer honor a su justicia, y me importa poco que me odien si las obligo a que me aprecien.

¡Cuántas cosas grandes se harían con este resorte si se supiera ponerlo en acción! Desventurado el siglo en que las mujeres pierden su ascendiente y sus juicios no valen nada para los hombres. Ese es el último grado de la depravación. Todos los pueblos que han tenido buenas costumbres han respetado a las mujeres. Véase Esparta, los germanos y Roma, Roma, el emporio de la gloria y la virtud, si alguna vez la ha habido en la tierra. Allí las mujeres honraban las proezas de los insignes capitanes, públicamente lloraban a los padres de la patria, y sus votos o su luto se entendían como el juicio más solemne de la república. Allí todas las grandes revoluciones procedieron de las mujeres; por una mujer, Roma logró la libertad; por una mujer, alcanzaron los plebeyos el consulado; por una mujer, terminó la tiranía de los decenviros, y por una mujer Roma fue salvada de las manos de un proscrito. Galantes franceses, ¿qué habrías dicho al ver pasar tan ridícula procesión ante vuestros burlones ojos? La habrías acompañado con silbidos. ¡Con qué distintos ojos vemos los mismos objetos! Tal vez todos

tenemos razón. Que se forme esa comitiva con hermosas damas francesas, y no sé de nada más indecente, pero si la formamos con romanas, todos tendremos los ojos de los volscos y el corazón de Coriolano.

Aún diré más: sostengo que la virtud es tan propicia al amor como a los demás derechos de la naturaleza, y que no estriba menos en ella la autoridad de las amadas que la de las esposas y las madres. Sin entusiasmo no hay verdadero amor, ni entusiasmo sin un objeto de perfección, real o fantástico, pero siempre existente en la imaginación. ¿Con qué se han de inflamar los amantes para quienes no existe esta perfección, y que en lo que aman sólo ven el objeto de los deleites sensuales? No; el alma no se enciende así, ni se entrega a aquellos sublimes raptos que son a un mismo tiempo el delirio de los amantes y el encanto de su pasión. Admito que en el amor todo es simple ilusión, pero lo que es real son los sentimientos que nos animan hacia la verdadera hermosura que nos hace amar. Esta hermosura no está en el objeto amado, que es obra de nuestro error. ¿Y qué importa? ¿Dejamos por eso de sacrificar nuestros bajos sentimientos a este modelo imaginaria? ¿Deja de embeberse nuestro corazón en las virtudes que atribuimos a lo que queremos? ¿Quién es el amante verdadero que no está dispuesto a dar su vida por su amada? ¿Y cuál es la torpe y sensual pasión del hombre que quiere morir? Nos burlamos de los caballeros andantes porque conocían el amor, y nosotros sólo conocemos el desenfreno. Cuando estas máximas caballerescas empezaron a ser escarnecidas, el cambio no fue menos culpa de la razón que de las abyectas costumbres.

Dentro del siglo que se quiera las relaciones naturales no varían; la conveniencia o discrepancia que de ellos resulta es la misma, y las preocupaciones con el vano nombre de razón, sólo cambian su apariencia. Siempre será bello y grande reinar en sí mismo, aunque sea para obedecer a fantásticas opiniones, y siempre resonarán los verdaderos motivos del honor en el corazón de toda mujer de juicio que en su estado sepa encontrar la felicidad de su vida. La castidad debe ser especialmente una deliciosa virtud para la mujer hermosa que tenga el alma elevada. Mientras ve la tierra bajo sus pies, triunfa de todo y de sí misma, y en su propio corazón se erige un trono al

cual todos rinden homenaje; los afectos tiernos o celosos, pero siempre respetuosos de ambos sexos, la universal estimación y la suya propia le pagan sin cesar un tributo de gloria. Las privaciones son pasajeras, pero el premio es permanente. ¡ Qué gozo para un alma noble unir con la hermosura la altivez de la virtud! Cread una heroína de novela, y más exquisitas voluptuosidades gozará ella que las Lais y las Cleopatras, y cuando su belleza se eclipse, aún vivirán su gloria y sus placeres, y sabrá disfrutar del tiempo pasado.

Cuanto más penosas y mayores son las obligaciones, más palpables y fuertes deben ser las razones en que se fundan. Existe un cierto lenguaje devoto con el cual aturden los oídos de las jóvenes en las materias más graves, sin lograr persuadirlas. De este lenguaje tan desproporcionado con sus ideas, y del poco aprecio que en secreto hacen de él, nace la facilidad de ceder en sus propensiones, no hallando motivo de resistencia en la misma naturaleza de las cosas. Una doncella educada con piedad y discreción, sin duda está fuertemente armada contra las tentaciones, pero aquella cuyo corazón, o mejor sus oídos no han recogido más que las monsergas de la devoción, infaliblemente será presa del primer seductor astuto que la pretenda. Nunca una persona hermosa y joven despreciará su cuerpo, ni se afligirá de verdad por los pecados que su belleza le haga cometer, ni llorará con sinceridad ante Dios porque sea objeto de deseos, ni se creará que sean invención de Satanás los sentimientos más dulces del corazón. Dadle otras razones sacadas de la esencia de las cosas y propias para ella, porque éstas no la convencen. Aún será peor si, como nunca faltan, se le dictan ideas contradictorias; si después de haberla humillado, envileciendo su cuerpo y sus gracias como torpezas del pecado, le dicen luego que ese mismo cuerpo que le han pintado tan despreciable lo ha de respetar como el templo de Jesucristo. Tan sublimes y tan bajas ideas son igualmente insuficientes y no se pueden asociar; se precisan razones que no rebasen la capacidad propia de la edad y del sexo. Las consideraciones sobre el deber no tienen más fuerza que los motivos que nos llevan a cumplirlo. No se sospecharía que es Ovidio quien emite un juicio tan severo.

¿Queréis, pues, inspirar a las jóvenes la afición a las buenas costumbres? Pues sin decirles continuamente que sean recatadas, tratad de que lo sean; hacedles comprender la importancia del recato y se lo haréis amar. No es suficiente mostrarles desde lejos ese interés para el porvenir; presentádselo en el instante actual, en las relaciones de su edad y en el carácter de sus amores. Les debéis pintar el hombre de bien y el hombre de mérito; enseñadles a que lo reconozcan y lo quieran por su propia felicidad, probadles que, sean amigas, esposas o amantes, sólo él puede hacerlas dichosas. Llevadlas a la virtud por la razón, que comprendan que el imperio y las ventajas de su sexo no sólo dependen de sus buenas costumbres y su conducta, sino también de las de los hombres, pues las mujeres tienen poca influencia en los espíritus viles y soeces, y el que sabe servir a su dama sabe servir a la virtud. Estad seguros de que pintándoles las modernas costumbres, les inspiraréis hacia ellas una sincera repugnancia; con mostrarles a las personas de moda, se las haréis despreciar; les infundiréis antipatía a sus máximas, aversión a sus sentimientos y desdén a su vano galanteo; les despertaréis una más noble ambición: la de reinar en almas grandes y fuertes, como las mujeres espartanas, que mandaban a los hombres. Una mujer atrevida, descarada, intrigante, que sólo por la coquetería sabe atraer a sus amantes, y sólo los conserva por sus favores, hace que la obedezcan como lacayos en cosas comunes y serviles, pero en las importantes y graves no tienen ninguna autoridad sobre ellos. En cambio, la mujer honesta, amable y prudente, que consigue que los suyos la respeten; la que tiene modestia y recato, la que con la estimación sostiene el amor, por ella irán al fin del mundo, al combate, a la gloria, a la muerte, adonde ella quiera[144]. Hermoso es este imperio y creo que es tentador el conseguirlo.

Ese es el espíritu en que ha sido educada Sofía, con más cuidados que afanes y más bien siguiendo sus gustos que violentándolos. Digamos ahora una palabra de su persona conforme al retrato que de ella le he hecho a Emilio, y según él mismo se figura la esposa que puede hacerle feliz.

Nunca repetiré lo suficiente que dejo aparte los prodigios. Emilio no lo es, ni mucho menos Sofía; Emilio es un hombre y Sofía una

mujer, y en esto está cifrada su gloria. En la confusión de sexos que reina entre nosotros, casi es un prodigio el ser uno del suyo.

Sofía es de índole apacible, tiene buen natural y el corazón muy sensible, y esa excesiva sensibilidad algunas veces agita tanto su imaginación que no es fácil moderarla. Su inteligencia es menos justa que penetrante, y fácil, aunque desigual, su condición; regular, pero su cara es agradable; su fisonomía promete alma, y no mente; uno puede acercarse a ella con indiferencia, pero no dejara sin emoción. Algunas mujeres tendrían prendas que a ella le faltan y otras más que las que ella tiene, pero ninguna calidad es mejor lograda para formar un feliz carácter. Sabe sacar provecho de sus defectos y agradecería menos si fuese más perfecta.

Sofía no es hermosa, pero a su lado los hombres se olvidan de las hermosas, y las hermosas no están satisfechas de sí mismas. A primera vista apenas si es bonita, pero cuanto más se la ve más se hermosea; gana con lo que tantas pierden, y nunca pierde lo que ha conseguido ganar. Es posible tener ojos y una boca hermosos, y una cara que agrade más, pero no un talle mejor, ni un color más hermoso, ni unas manos más blancas, unos pies más delicados, un mirar más dulce y una expresión más tierna. Es interesante sin deslumbrar, embelesa y no se sabe decir por qué.

A Sofía le gusta ir bien vestida, y lo consigue, su madre no tiene otra camarera que ella; posee un gusto exquisito para que luzca su vestido, pero detesta los trajes suntuosos; en el suyo la sencillez va siempre unida con la elegancia; no es aficionada a lo que brilla, sino a lo que le cae bien. Ignora los colores de moda, pero sabe muy bien los que la favorecen. No hay joven que se la vea tan sencilla con menos estudio, pero ninguna lleva un traje más estudiado, a pesar de que nada se debe a la casualidad, y sin que se vea el arte. Su adorno es muy modesto en apariencia y muy coquetón; cubre sus encantos, pero deja que se los imaginen. Los que la ven dicen: «Vaya muchacha modesta e inteligente». Pero mientras uno está a su lado, los ojos y el corazón la siguen de un lado a otro, y podría decirse que ese traje tan sencillo se lo ha puesto para que se lo vaya quitando pieza a pieza la imaginación.

Sofía tiene un talento natural que no ha dejado de cultivar, pero como no ha estado en situación de valerse del arte, se ha

contentado con educar su bonita voz para cantar con gusto, en habituar sus delicados pies a andar con ligereza, facilidad y gracia, y en hacer las reverencias necesarias en cualquier situación sin timidez ni torpeza. En cuanto a lo demás, no tuvo otro maestro de canto que su padre, ni otra maestra de baile que su madre, y un organista vecino le ha dado algunas lecciones de acompañamiento en el clavicordio, que luego ha cultivado ella sola. Al principio sólo pensaba en lucir su mano sobre las teclas negras, después observó que el áspero y seco sonido del clavicordio hacía parecer más dulce su voz, y poco a poco empezó a sentir la armonía; por último, ya mayor ella, ha comenzado a sentir el encanto de la expresión y a amar la música por sí misma. Pero con más afición que talento no sabe leer las notas de un aria escrita.

Lo que mejor sabe Sofía, y lo que le han hecho aprender con el mayor cuidado, son las tareas propias de su sexo, incluso las poco corrientes, como cortar y coser vestidos. No hay trabajo de aguja que no sepa hacerlo bien y con gusto, pero el que prefiere a los demás es el punto de encaje, porque no hay otro que le permita una postura más agradable y que se ejerciten los dedos con más gracia y ligereza. También se ha aplicado a todos los quehaceres del hogar; sabe de cocina y de repostería, el valor de los comestibles, su calidad, lleva, bien las cuentas y hace de ama. Destinada a ser un día madre de familia, gobernando la casa de sus padres aprende a gobernar la suya, puede suplir a los criados, y todo lo hace con agrado. No sabe mandar bien el que no sabe hacer lo que quiere que hagan los otros, y ésta es la razón que tiene su madre para querer que lo aprenda todo. Sofía no va tan allá; su primera obligación es la de hija y la única que por ahora desempeña; no tiene otra idea que la de servir a su madre y aliviarla en parte de sus quehaceres, pues la verdad es que no todos los hace con el mismo gusto. Por ejemplo, aunque le gusta comer bien, no tiene afición a la cocina, aparte de que nunca le parece bastante limpia. En este sentido es de tal delicadeza que casi es uno de sus defectos; antes dejaría que se quemase la comida que mancharse el vestido. Nunca ha querido cuidar el jardín por la misma causa; la tierra le parece muy sucia, y en cuanto ve estiércol, ya cree que lo huele.

Este defecto lo debe a las lecciones de su madre, según la cual una de las primeras obligaciones de la mujer es la limpieza; obligación especial, indispensable, impuesta por la naturaleza. No hay en el mundo nada más repugnante que una mujer sucia, y el marido que la desdeña tiene mucha razón. Ha inculcado tanto a su hija esta obligación desde su niñez, ha exigido tanta limpieza en su persona, en su ropa, en su aposento, en su labor y en su tocador, que convertida en costumbre la ocupa la mayor parte del tiempo, y de tal forma que el hacer bien las cosas es su segundo cuidado: el primero es hacerlas siempre como es debido.

No obstante, todo esto no ha degenerado en vana afectación ni en molicie, ni en un lujo refinado. En su habitación hay siempre el agua limpia, no conoce otro perfume que el de las flores, ni nunca su marido respirará otro más dulce que el de su aliento. Por último, el cuidado que pone en lo exterior no le hace olvidar que debe dedicar su vida y su tiempo a más nobles tareas; ignora o desdeña aquella excesiva limpieza de cuerpo que va en desdoro del ama. Más que limpia, Sofía es pura.

He dicho que Sofía era glotona, pero se propuso ser sobria y ahora lo es por virtud. No son lo mismo las niñas que los niños, los cuales se dejan llevar hasta cierto punto por la gula, una inclinación que puede serles perjudicial y no se les debe permitir. Sofía, cuando pequeña, si entraba en el gabinete de su madre, no siempre salía con el bolsillo vacío, ni se contenía si veía bombones. Su madre la sorprendió, la reprendió, la castigó y la obligó a ayunar. Y consiguió convencerla de que las golosinas echaban a perder la dentadura, y que cuando las niñas comían con exceso, engordaban demasiado. Y se enmendó Sofía, pues a medida que crecía, otras aficiones le hicieron olvidar los dulces. En los hombres, como en las mujeres, en cuanto se despierta el corazón, la gula cesa de ser un vicio dominante. Sofía ha conservado los gustos propios de su sexo, la pastelería y los entremeses, pero muy poco la carne y nunca ha bebido el vino ni licores fuertes, y come de todo con mucha moderación. Le gusta lo bueno y sabe paladearlo, como sabe acomodarse con lo que no lo es, sin que le disguste ni demuestre la menor contrariedad.

Sofía tiene un ingenio agradable sin que sea brillante, y seguro sin que sea profundo; un espíritu que no extraña a nadie porque el que habla con ella lo ve parecido al propio. Siempre sabe cómo agradar a los que la rodean, sin caer en un lenguaje artificioso, conforme a la idea que tenemos de la preparación de las mujeres, debido a que la suya no se ha formado con la lectura, sino con las conversaciones de sus padres, con sus propias reflexiones y con las observaciones que ha hecho sobre el poco mundo que ha visto. Sofía, naturalmente, es alegre; cuando niña era locuela, pero poco a poco su madre la fue corrigiendo, y ha terminado siendo modesta y reservada antes de que llegase a la edad de serlo, y ahora que ha llegado ese tiempo, le es más fácil seguir igual que volver a sus antiguas costumbres. Es gracioso ver que de vez en cuando se reintegra a los atolondramientos de su niñez, pero pronto se recobra, baja los ojos y se sonroja. Lógicamente la época intermedia de las dos edades participa un poco de las dos.

Sofía es sensible en extremo para que pueda conservar una perfecta igualdad temperamental, pero tiene el tacto necesario para que importune con su sensibilidad a los demás. pues sólo se perjudica a sí misma. Si dicen una palabra que la disguste, no pone mala cara, pero se le encoge el corazón y trata de desaparecer para ir a llorar. Si en medio de su llanto su padre la llama o su madre le dice una palabra, acude en seguida, riendo y enjugándose los ojos, disimulando su malestar. Tampoco está exenta de caprichos. Su enfado, cuando se la irrita, es vivo, y entonces está propensa a excederse. Pero dadle tiempo para que se recobre, y repara su culpa de una manera que casi la convierte en mérito. Si la castigan, es dócil y sumisa y demuestra que su vergüenza no proviene tanto del castigo como de su yerro. Si no le dicen nada, nunca deja de enmendarse por sí misma, y con tan buena voluntad que no es posible guardarle rencor. Besaré el suelo delante del último criado, sin que le cueste el menor trabajo esta humillación, y tan pronto como se la ha perdonado, sus halagos y su alegría demuestran cómo se ha aliviado su corazón. En una palabra, lleva con paciencia las sinrazones de los demás y con satisfacción consigue las suyas. Esta es la amable índole de su sexo antes de que nosotros lo hayamos pervertido. La mujer está hecha para someterse al

hombre, incluso para soportar sus injusticias. Nunca podréis reducir a los muchachos al mismo punto; en ellos se exalta el sentido interior, que se revuelve contra la injusticia, pues la naturaleza no lo formó para tolerarla.

*Gravem
Pelidae stomachum cedere nescii.*

Sofía tiene religión, pero racional y sencilla, con pocos dogmas y menos prácticas de devoción, o no conociendo otra práctica esencial que la moral, dedica su vida a servir a Dios haciendo el bien. En la instrucción que le han dado sus padres sobre esta materia, la han acostumbrado a una respetuosa sumisión, diciéndole siempre: «Hija mía, estos conocimientos no son para tu edad, pero cuando sea el tiempo, tu marido te instruirá». En lo demás, en lugar de discursarle sobre la piedad, se limitan a predicársela con su ejemplo, y los ejemplos se han grabado en su corazón.

Sofía ama la virtud, y ese amor se ha convertido en su pasión dominante. La ama porque no hay nada tan hermoso como la virtud; la ama porque la virtud constituye la gloria de una mujer, y una mujer virtuosa le parece casi igual a los ángeles; la ama como la única senda de la felicidad, y porque sólo ve miseria, abandono, desdicha, ignominia y oprobio en la vida de una mujer deshonesta; finalmente, la ama como preciosa para su respetable padre y para su tierna y digna madre, quienes no satisfechos con su propia virtud, también quieren estarlo con la de su hija, y la primera felicidad de ésta es la esperanza de hacer felices a sus padres. Todos estos sentimientos le inspiran un entusiasmo que enaltece su alma, y somete sus mezquinas inclinaciones a tan noble pasión. Sofía será casta y honesta hasta su último aliento; se lo juró en la intimidad de su alma, y en una época en que ya sabía lo que cuesta cumplir semejante juramento; lo juró cuando había podido revocar su propósito, si sus sentidos se le hubiesen impuesto.

Sofía no tiene la suerte de ser una amable francesa, fría por temperamento y coqueta por vanidad, que más quiere lucir que agradar, y que busca la diversión y no el deleite. La necesidad de amar es la única que la absorbe, y altera su corazón durante las

fiestas; ha perdido su antigua alegría y los juegos la fastidian, y en vez de temer la soledad, la busca; piensa en aquel que puede endulzársela; la importunan los que le son indiferentes, no siente necesidad de adoradores, sino sólo de un enamorado; prefiere más agradar a un solo hombre de bien y agradarle siempre que ver alzarse en su favor el grito de la moda, que dura un día, y el siguiente se ha convertido en escarnio.

El juicio de las mujeres se forma más temprano que el de los hombres; estando a la defensiva casi desde su niñez, y encargadas de un depósito difícil de guardar, necesariamente conocen primero lo bueno y lo malo. Sofía es precoz en todo, porque la lleva su temperamento a serlo, y también enjuicia más pronto que otras jóvenes de su edad. Esto no tiene nada de extraordinario, pues la madurez no es en todas la misma y al mismo tiempo.

Sofía está instruida en las obligaciones y en los derechos de su sexo y del nuestro; sabe los defectos de los hombres y los vicios de las mujeres, así como las cualidades y las virtudes contrarias, y las lleva grabadas en el corazón. No es posible tener una idea más elevada de la mujer honesta que la que ella se ha formado, y no la asusta esa idea, pero todavía piensa con más complacencia en el hombre de bien, en el hombre de mérito; comprende que ella está destinada al hombre, que es digna de él, que le puede devolver la felicidad que de él reciba; sólo hace falta que lo encuentre.

Las mujeres son los jueces naturales del mérito de los hombres, lo mismo que ellos lo son del de las mujeres. Es un derecho recíproco que ni unos ni otros ignoran. Sofía sabe de ese derecho y se sirve de él, pero con la modestia que conviene a su juventud, a su inexperiencia y a su estado; sólo emite juicios sobre las cosas que están a su alcance, y sólo cuando le sirven para deducir alguna máxima útil. Habla de los ausentes con una gran circunspección, y de un modo especial si se trata de mujeres. Piensa que lo que las convierte en murmuradoras y satíricas es el hablar de su sexo y que únicamente son discretas cuando se limitan a hablar del nuestro. Sofía es así. Nunca habla de las mujeres si no es para decir lo bueno que de ellas sabe; ése es un respeto que cree debe a su sexo, y de las que no puede hablar bien, se calla, y la comprenden.

Sofía tiene poco mundo, pero es obsequiosa, atenta y pone gracia en todo lo que hace. Su natural le vale más que el arte que pusiere. Tiene una cierta cortesía muy propia, que no consiste en fórmulas, ni está sujeta a la moda, pero que procede del deseo de agradar, y lo consigue. Ignora los cumplimientos triviales, ni los inventa; no dice que está muy agradecida, que la honran mucho, que no se tomen el trabajo, etc. Se cuida mucho menos de redondear las frases. A una atención, a una cortesía almibarada, corresponde con una cortesía sencilla, o con un simple «Muchas gracias», pero esta expresión en su boca vale más que cualquiera en otra. Ante una atención sincera deja hablar a su corazón, sin que sean cumplidos lo que sale de él. Jamás ha soportado el yugo de los remilgos, como, por ejemplo, apoyarse, al pasar de un salón a otro, en el brazo sexagenario que antes debería ella sostenerlo. Cuando un galancete le ofrece ese impertinente servicio, deja el oficioso brazo en la escalera y en dos saltos llega al salón, diciendo que no le necesita.

No sólo guarda silencio y respeto con las mujeres de mayor edad, sino también con los hombres casados, y más aún con los ancianos; nunca aceptará un puesto más destacado que el de ellos, como no sea por obediencia, y de ser así, se volverá al suyo más inferior en cuanto le sea posible, pues sabe que antes que los derechos del sexo están los de la edad, que tienen en su favor la sabiduría, la cual debe honrarse por encima de todo.

Con los jóvenes de su edad ya es otra cosa; precisa un tono distinto para imponerles respeto, y sabe emplearlo sin dejar el modesto ademán que le conviene. Si ellos son modestos y prudentes, conservará la amable familiaridad de la juventud, sus conversaciones serán graciosas, pero con decencia, y si son serias, querrá que sean útiles; si degeneran en requiebros, las interrumpirá sin rodeos, porque desprecia el necio galanteo por considerarlo como algo que ofende a su sexo. Sabe que el hombre que ella anhela no incurrirá en adulaciones, y no sufre de otro lo que no admitiría de aquél que va creando su imaginación, en el que ve un espíritu altivo y pureza de sentimientos; aquella energía de la virtud que siente en sí misma, es la causa de que oiga con indignación las lisonjas con que pretenden divertirla. No las oye con aparente enojo, sino con un irónico aplauso que sorprende y desconcierta al

impertinente. Si un joven almibarado le piropea y exalta con agudeza su hermosura, sus gracias, y aspira a la dicha de agradarle, ella es muy capaz de interrumpirle diciéndole: Caballero, me parece que yo sé mejor que usted todo eso que ve en mí; entonces, si no tiene nada más que decirme, creo que podemos dar por terminada nuestra conversación». Acompañar estas palabras con una sobria cortesía y encontrarse a veinte pasos, para ella es cosa de un momento. Preguntad a vuestros petimetres si es fácil, ante un espíritu tan sensato, lucir su ingenio durante mucho tiempo.

Esto no quiere decir que le disguste verse elogiada si el elogio es sincero y pueda creer que efectivamente piensan lo que le dicen. Para que se crea en el mérito de uno, ese uno debe empezar por demostrarlo. Un homenaje fundado en la estimación puede agradecerlo, pero el galanteo le repugna a Sofía, pues a ella no la conmueven las sutilezas de los necios.

Con un juicio tan equilibrado bajo todos los aspectos en una muchacha de veinte años, Sofía a los quince no será tratada como una niña por sus padres. Tan pronto como le adviertan la primera inquietud de la juventud, tomarán sus medidas antes de que haga progresos, y le irán dando razones tiernas y juiciosas, las propias de su edad y según el carácter, y si éste es como yo me lo imagino, ¿por qué su padre no le ha de hablar más o menos así?

«Ya eres mayor, Sofía, y no has crecido para quedarte siempre en este estado. Queremos que seas feliz, puesto que de tu felicidad depende la nuestra. La felicidad de una honesta joven consiste en hacer la de un hombre de bien; por lo tanto debes pensar en casarte, porque como la suerte de la vida depende del matrimonio, nunca hay tiempo de sobra para pensarlo bien.

»No hay nada más difícil que la elección de un buen marido, si no es la elección de una buena mujer. Tú, Sofía, serás esa mujer rara, serás la gloria de nuestra vida y la felicidad de nuestra vejez, pero por mucho que sea tu mérito, no faltan hombres que todavía tienen más que tú. No hay ninguno que no se sienta honrado con alcanzarte, y hay muchos que te honrarán más a ti. Se trata de encontrar uno que te convenga, de que le conozcas y que te conozca él.

»De tantas condiciones depende la felicidad del matrimonio, que sería una locura pretender reunir las todas. Primeramente es necesario asegurarse de las que más importan; cuando se encuentran, las demás se corrigen, y cuando faltan, no deben ser causa de amargura. En la tierra no hay una felicidad perfecta, pero la mayor de las desgracias, la que siempre debemos evitar es la de ser desdichados por culpa nuestra.

»Hay conveniencias naturales, hay otras que son por institución y otras que dependen de la opinión. De las dos últimas, los padres son los jueces; los hijos sólo pueden juzgar de la primera. Los matrimonios hechos por la autoridad de los padres, se regulan únicamente por las conveniencias de institución y opinión; no son las personas las que se casan, sino las condiciones y los bienes, pero todo esto puede cambiar; se quedan siempre las personas, y a despecho de la fortuna, por las relaciones personales un matrimonio puede ser feliz o desdichado.

»Tu madre era noble, yo rico, y fueron las únicas condiciones que aconsejaron a nuestros padres nuestro matrimonio. Yo he perdido mis riquezas y ella su nombre; olvidada de su familia, ¿de qué le sirve hoy el haber nacido de noble cuna? En nuestras desgracias la unión de nuestros corazones nos ha consolado de todo; la conformidad de nuestros gustos ha hecho que eligiéramos la soledad; aquí vivimos pobres y felices, siendo el uno para el otro. Sofía, eres nuestro tesoro común; bendecimos al cielo porque nos la ha dado y nos ha quitado lo demás. Mira, hija mía, a dónde nos ha llevado la Providencia; las conveniencias que determinaron nuestra unión han desaparecido, y somos felices por otras, en las que nadie pensó.

»Toca a los esposos el escogerse. Su primer vínculo debe ser el cariño recíproco; sus primeros guías los ojos y los corazones, porque como su primera obligación, cuando están unidos, es amarse, y el amor o desamor no depende de nosotros mismos, esta obligación envuelve necesariamente la otra, que es la de amarse antes de unirse. Este es el derecho de la naturaleza, que nada puede reprimir; los que con tantas leyes civiles la han apremiado, han atendido más al orden aparente que a la dicha del matrimonio y a las costumbres de los ciudadanos. Ya ves, Sofía, que no te

predicamos una moral difícil, la cual tiende a hacerte dueña de ti misma y a que seas tú quien decida al elegir esposo.

»Luego de haberte expuesto las razones que tenemos para dejarte con entera libertad, justo es hablarte también de las que tienes tú para hablar de ella con sensatez. Hija mía, tú eres buena y discreta, tienes rectitud y piedad, posees las condiciones que convienen a la mujer honesta y no te falta belleza, pero eres pobre; si posees bienes más estimables te faltan los que más se cotizan. No aspire, por tanto, a más de lo que puedes alcanzar y regula tu ambición no por tus juicios ni por los nuestros, sino por la opinión de los hombres. Si sólo se tratara de igualdad de mérito, no sé dónde pondría límite a mis esperanzas, pero tú no las encumbres más altas que tu caudal ni te olvides de que éste es muy humilde. Aunque para un hombre digno de ti no sea obstáculo esta desigualdad, lo que él no haga debes hacerlo tú. Sofía debes imitar a tu madre y no entrar en una familia que con ella no se honre. No has visto nuestra opulencia, has nacido durante nuestra pobreza, la has consolado y la has compartido sin que fuese tu desconsuelo. Créeme, Sofía; no busques los bienes por los que bendicimos al cielo por habernos librado de ellos, pues sólo hemos sido felices después de haber perdido la riqueza.

»Eres muy amable para que no tengas un pretendiente, y no es tanta tu pobreza que puedas ser una carga para un hombre de bien. Tal vez te pretendan hombres que no valgan tanto como tú. Si se te muestran a ti tal como son, los apreciarás por lo que valen, y si todo es apariencia no te engañarás mucho tiempo, pero aunque tengas un sano juicio y comprendas los méritos, careces de experiencia e ignoras hasta dónde se pueden empequeñecer los hombres. Un sujeto astuto puede estudiar tus gustos para seducirte y fingirte las virtudes de que carezca. Te perdería, Sofía, antes de que lo conocieses, y sólo verías tu error para llorar. Los sentidos son el lazo más peligroso, el único que no puede prever el buen juicio; sólo verás fantásticas ilusiones, tus ojos quedarán deslumbrados, quedará mediatizada tu voluntad, amarás hasta tu propio error, y aun cuando llegares a comprenderlo no querrás salir de él si tienes la desdicha de caer en sus redes. Hija mía, a la razón de Sofía te entrego, no a las inclinaciones de su corazón. Mientras no tengas

inclinación hacia ningún hombre, que seas tú misma tu propio juez, pero tan pronto como estés enamorada, concede a tu madre el cuidado de vigilarte.

»Te propongo un acuerdo entre nosotros que restablece el orden natural y te demostrará nuestro cariño. Los padres le eligen el esposo a su hija, y sólo la consultan por simple fórmula, pues ésa es la costumbre. Pero nosotros haremos lo contrario: tú escogerás y seremos nosotros los consultados. Haz uso de tu derecho con libertad y discreción. Tú debes elegir el esposo que te convenga consultándonos a nosotros, pero a nosotros nos toca juzgar si te engañas acerca de las conveniencias y si haces, sin saberlo, algo distinto de lo que te conviene. En nuestros argumentos no tendrán parte ni el nacimiento, ni los bienes, ni la jerarquía, ni la opinión. Elige a un hombre de bien cuyo físico te agrade y cuyo carácter te convenga, pues sea quien fuere, lo aceptamos por yerno. Siempre tendrá el caudal suficiente, si tiene buenas costumbres y ama a su familia, y siempre ilustración suficiente si le ennoblece la virtud. ¿Qué importa que el mundo nos censure? No aspiramos a la aprobación pública; tenemos bastante con tu felicidad.»

No sé, lectores, cuál sería el efecto producido por este razonamiento en las muchachas educadas con vuestro sistema. En lo que se refiere a Sofía no podrá responder con palabras, porque el rubor y la ternura no la dejarán hablar, pero estoy seguro de que en su corazón quedará grabado para el resto de su vida, y que si podemos contar con alguna resolución humana, será con la que la hará ser digna de la estimación de sus padres.

Pongámonos en el peor de los casos y démosle un temperamento ardiente que le haga penosa una larga espera, y digo que su juicio, sus conocimientos, su sano gusto, su delicadeza, y más que todo, los sentimientos que desde su niñez han inculcado en su corazón, opondrán tal obstáculo a los ímpetus de los sentidos que serán suficientes para vencerlos, o para resistirlos durante mucho tiempo. Antes morirá mártir que afligir a los padres, casándose con un hombre sin merecerla y exponerse a las desgracias de un matrimonio desigual. La misma libertad que le ha dado da una nueva elevación a su espíritu, y la hace más escrupulosa para la elección de un dueño. Con el temperamento de una italiana y la

sensibilidad de una inglesa, tiene, para poner freno a su corazón y a sus sentidos, la altivez de una española, la cual, aunque busque un amante, difícilmente encuentra uno que le parezca digno de ella.

No todo el mundo tiene facilidad para comprender lo que el amor a lo honesto enriquece el alma, y la fuerza que puede encontrar en sí el que sinceramente quiere ser virtuoso. Hay gentes a quienes todo lo que es grande les parece fantástico, y quienes con su vil y baja razón jamás conocerán lo que con las pasiones humanas puede la misma locura de la virtud. A éstos sólo se les ha de hablar con ejemplos, y si se obstinan en negarlos, peor para ellos. Si yo les dijera que Sofía no es un ser imaginario, que sólo su nombre es invención mía, que realmente ha existido con su educación, su carácter y sus costumbres, y hasta su figura, y que su memoria todavía cuesta lágrimas a una familia honrada, sin duda no lo creerían, pero, ¿qué es lo que aventuro en concluir sin rodeos la historia de una joven tan parecida a Sofía, que pudiera la de ésta ser la suya sin que debiesen extrañarlo? Si la creen verdadera o no, importa muy poco; para ellos habré contado ficciones, pero siempre habré explicado mi método y llegaré al fin que me he propuesto.

Esta joven, con el temperamento que he atribuido a Sofía, tenía todas las demás condiciones que la podían hacer merecedora de este nombre, y así se lo dejó. Después de la conversación que he referido, viendo su padre y su madre que no se presentarían partidos en el pueblo donde vivían, la enviaron a pasar un invierno en la ciudad, en casa de una tía a quien secretamente informaron del motivo del viaje, porque la altiva Sofía tema innata la noble arrogancia de saber triunfar de sí misma, y por más que necesitaba un marido, antes moriría doncella que ir a buscarlo ella.

Siguiendo la intención de sus padres, su tía la presentó en varias casas, la llevó a diversos círculos y bailes, la enseñó al mundo, o la mostró en él, pues Sofía no se interesaba por aquel frenesí. Se observó, no obstante, que no se apartaba de los jóvenes de agradable presencia y que parecían decentes y modestos. En su mismo recato poseía cierto arte para atraerlos, un poco parecido a la coquetería, pero después de hablar dos o tres veces con ellos, se cansaba. Pronto, a aquel aspecto de autoridad con que parecía admitir los homenajes, lo sustituye una conversación más simple y

una cortesía más fría. Siempre atenta a sí misma, no les dejaba ocasión para ofrecerle el más leve servicio, lo que era decirles que no quería ser su dama.

Los corazones sensibles jamás han gustado de las diversiones ruidosas, vana y estéril felicidad de las personas que nada sienten y que creen gozar de la vida porque están aturridos. No encontrando Sofía lo que buscaba, ni esperando encontrarlo, se aburrió de la ciudad. Amaba tiernamente a sus padres y no había nada que se los hiciese olvidar; se volvió, pues, mucho tiempo antes del término señalado para su regreso.

Apenas hubo reanudado sus quehaceres en casa de sus padres, se observó que, aun siguiendo la misma conducta, había cambiado su carácter. Incurría en olvidos y en impaciencias y se escondía para llorar. Al principio creyeron que estaba enamorada y que no se atrevía a confesarlo; se lo preguntaron, y lo negó, asegurando que ninguno había impresionado su corazón, y Sofía no mentía.

Cada día era mayor su abatimiento, y su salud empezaba a alterarse. Su madre, asustada con el cambio, quiso averiguar la causa y la llamó a solas, recurriendo a aquel cariño que sólo la ternura maternal sabe emplear: «Hija mía, tú, a quien tuve en mis entrañas y sigues siempre en mi corazón, confía los secretos del tuyo a tu madre. ¿Cuáles son esos secretos que tu madre no puede saber? ¿Quién se duele de tus quebrantos, quién los sufre y quiere aliviarlos, si no es tu padre y yo? Hija mía, ¿quieres que me mate tu pesar sin saber cuál es?»

Lejos de esconder sus sentimientos a su madre, ella no deseaba otra cosa que tenerla por confidente y que la consolase, pero la vergüenza le impedía hablar, y su modestia no hallaba expresiones que describieran un estado tan indigno de ella como la emoción que a pesar suyo agitaba sus sentidos. Por último, sirviendo su propia vergüenza de indicio- a su madre, le sacó su dolorosa confesión. Lejos de afligirla con reprensiones injustas, la consoló, la compadeció y lloró con ella, pues era demasiado sensata para recriminarle una dolencia que sólo su virtud hacía que fuese tan cruel. Pero, ¿por qué, sin necesidad, soportaba un dolor que tan legítimo y fácil remedio tenía? ¿Por qué no hacía uso de la libertad que le habían dado? ¿Por qué no aceptaba un marido? ¿Por qué no

lo escogía? ¿No sabía que era dueña de su suerte y que cualquiera que fuese su elección, sería confirmada, pues tenía que ser honesta? La habían enviado a la ciudad y no quiso seguir en ella, se le habían presentado pretendientes y los rechazó a todos. Pues, ¿qué era lo que esperaba? ¿Qué quería? ¡Qué contradicción tan inexplicable!

La contestación era muy sencilla. Si no se tratase de otra cosa que de un alivio para la juventud, pronto se haría la elección, pero no es tan fácil escoger un dueño para toda la vida, y no siendo posible la separación de estas dos elecciones, es indispensable esperar y a veces dejar que se vaya la juventud antes de encontrar el hombre con quien se quiere unir. Esta era la situación de Sofía; necesitaba un amante, pero este amante había de ser un marido, y para un corazón como el suyo, era casi tan difícil hallar lo uno como lo otro. Todos esos jóvenes tan brillantes sólo coincidían con ella en la edad, pero siempre les faltaban las otras coincidencias; la superficialidad de su espíritu, su vanidad, su palabrería, sus desarregladas costumbres, sus frivolidades le repugnaban. Ella buscaba a un hombre y sólo hallaba muñecos, buscaba un alma y no la encontraba.

«¡Qué desgraciada soy! -le decía a su madre-. Necesito querer y no veo quién me satisfaga. Mi corazón repele a los que atraen mis sentidos. No veo uno que no excite mis deseos y ni uno que no los refrene; el gusto sin la estimación no puede ser duradero.» No es ese el hombre que Sofía necesita. Tiene grabado el modelo que la seduce en el fondo de su corazón. A él solo puede amar y hacer dichoso, y sólo con él puede serlo ella. Prefiere consumirse y sufrir continuamente, morir desgraciada y libre antes que vivir desesperada al lado de un hombre al que no le quiere y a quien haría desgraciado; es preferible morir que vivir sólo para padecer.

Su madre, asombrada de estas rarezas, le parecieron tan extravagantes que sospechó que encerraban algún misterio. Sofía no era cursi ni amiga de fingimientos. ¿Cómo había podido adoptar esa excesiva delicadeza a quien desde su niñez nada le habían inculcado tanto como el deber de habituarse al trato de los hombres, con uno de los cuales tenía que vivir y hacer de la necesidad una virtud? Este modelo del hombre amable que tanto la embelesaba y

tanto repetía en sus conversaciones, hizo sospechar a su madre que el mal tenía otro fundamento que ella ignoraba y que Sofía no se lo había dicho todo. La infeliz, abrumada con su secreta pena, sólo procuraba desahogarse. Ante el acoso de su madre, titubeó, y luego salió sin decir una palabra; y volvió en seguida con un libro en la mano. «Compadeced a vuestra desdichada hija; su tristeza es irremediable, y su llanto no puede agotarse. ¿Queréis, madre, saber la causa? Vedla aquí», dijo, y arrojó el libro sobre la mesa. Lo coge su madre y lo abre: Aventuras de Telémaco. De momento no adivina este enigma, pero después de muchas preguntas y ambiguas respuestas, ve con abrumadora sorpresa que su hija es la rival de Eucaris.

Sofía amaba a Telémaco y lo amaba con tal pasión, que nada la pudo curar. Cuando sus padres conocieron su desvarío, se rieron de ella y quisieron vencerlo con razones, pero estaban equivocados, pues la razón no estaba totalmente de su parte. Sofía tenía la suya y sabía defenderla. ¡Cuántas veces los hizo callar valiéndose de sus propios argumentos, haciéndoles ver que ellos eran la causa de su daño por no haberla moldeado para un hombre de su tiempo, siendo necesario que ella adoptase la forma de pensar de su marido o que éste admitiese el suyo, que el primer medio se lo habían imposibilitado por el modo como la habían educado y el otro era precisamente el que ella buscaba! «Dadme un hombre que coincida con mis apreciaciones, o que yo se las pueda contagiar; y me caso al instante, pero ahora, ¿por qué me reñís? Compadecedme, porque soy una desdichada y no una loca. ¿El corazón se halla sometido a la voluntad? ¿No lo ha dicho así mi padre? ¿Es culpa mía si amo lo que no existe? No soy una ilusa, pues no pretendo a un príncipe, ni busco a Telémaco, porque sé muy bien que es una ficción, pero busco a uno que se le parezca. ¿Y por qué no ha de poder existir si existo yo, con un corazón tan parecido al suyo? No, no deshonremos de este modo a la humanidad; no pensemos que sea ilusión un hombre virtuoso y amable. Existe y quizá busca un alma que sepa amarle. Pero, ¿quién es?, ¿dónde está? No lo sé; no es ninguno de los que yo he visto, tal vez ninguno de los que me quedan por ver. ¡y, madre mía! ¿Porqué habéis pintado la virtud

tan amable? La culpa es más vuestra que mía si sólo soy capaz de amar esa virtud.»

¿Continuaré hasta su desenlace esta triste narración? ¿Diré los frecuentes debates que la precedieron? ¿Representaré a una madre impaciente que convierte en rigores sus primeros halagos? ¿Mostraré a un padre enojado, que olvidando sus primeras promesas trata de loca a la más virtuosa de las hijas? Por último, ¿pintaré a la desventurada, más apegada a su fantasía con la persecución que por ella padece, caminando lentamente hacia la muerte, y descendiendo a la tumba cuando creen llevarla al tálamo nupcial? No; desviemos estos fúnebres objetos. No es necesario avanzar tanto para hacer ver con un ejemplo bastante exacto, según creo, que, no obstante, las preocupaciones debidas a las costumbres del siglo, no es más ajeno de las mujeres que de los hombres el entusiasmo por lo decente y lo hermoso, y que bajo la dirección de la naturaleza, nada hay que ni ellas ni nosotros no podamos alcanzarlo.

Que se me ataje aquí y se me pregunte si es la naturaleza quién ordena que pongamos tantos afanes para reprimir los deseos inmoderados. Yo os contesto que no, pero tampoco es la naturaleza quien nos despierta tantos deseos de esa clase. Sin embargo, todo lo que no es de la naturaleza es contrario a ella, y esto lo he probado ya mil veces.

Restituyamos su Sofía a nuestro Emilio; volvamos a la vida a esta amable doncella para ofrecerle una imaginación más moderada y un destino más venturoso. Mi voluntad era la de pintar a una mujer común, y, a costa de elevar su alma, he terminado perturbando su razón, y hasta yo mismo me he extraviado. Retrocedamos. Sofía no posee más que una buena índole con un alma común; todas las otras ventajas sobre las demás mujeres son producto de su educación.

En este libro me he propuesto decir lo que es posible hacer, dejando a la elección de cada uno aquello que está a su alcance de todo lo que de bueno puedo haber dicho. Al principio había pensado crear de antemano la compañera de Emilio y educarlos el uno para el otro, pero habiéndolo pensado mejor, me he dado cuenta de que todas estas disposiciones demasiado prematuras eran mal

entendidas, y que el destinar a dos niños para que se unieran antes de poder saber si esta unión estaba en el orden de la naturaleza y si tendrían las convenientes relaciones entre sí para formarla, era un absurdo. No se debe confundir lo que es propio del estado natural con lo que lo es del estado civil. En el primero, todas las mujeres convienen a todos los hombres, porque unas y otros sólo tienen su forma común y primitiva; en el segundo, desarrollado cada carácter por las instituciones sociales, y habiendo recibido

cada espíritu su forma propia y determinada, no sólo de la educación, sino del bien o mal ordenado concierto de la índole y la educación, es imposible unirlos como no sea presentando el uno al otro, para ver si bajo todos los aspectos se convienen, o preferir la elección que mayores afinidades ofrece.

El mal está en que al desarrollarse los caracteres, el estado social distingue las jerarquías, y no siendo uno de estos órdenes semejante al otro, cuanto más se distinguen las condiciones, más se confunden los caracteres. De aquí los matrimonios desiguales y todos sus desórdenes, donde se ve, por una consecuencia evidente, que a medida que se alteran los sentimientos naturales, cuanto mayor es la diferencia entre los grandes y los pequeños, más se afloja el vínculo conyugal; cuanto más ricos o pobres, menos maridos y padres hay. Ni el amo ni el criado tienen familia; cada uno de ellos sólo pende de su estado.

¿Queréis atajar los abusos y hacer matrimonios felices? Sofocad las preocupaciones, relegad al olvido las instituciones humanas y consultad a la naturaleza. No queráis unir a dos personas que sólo se convienen por una determinada condición y que al cambiar esa condición ya no se convendrán, sino personas que se convengan en cualquier situación, en cualquier país y en cualquier clase a que puedan llegar. No digo que sean indiferentes en el matrimonio los intereses, pero sí es más poderoso el influjo de las relaciones naturales que el de las conveniencias, pues él solo decide del destino de la vida, y existe tal afinidad de gustos, genios, sentimientos y caracteres, que debería persuadir a un padre sensato, aunque fuera un noble o un monarca, de dar a su hijo la doncella que tuviera esas semejanzas con él, aunque fuese hija de un mendigo o hubiese nacido en un hogar de dudosa rectitud.

Afirmo, sí, que aunque todas las desgracias imaginables cayesen sobre esposos estrechamente unidos, disfrutarían más felicidad verdadera llorando juntos que las que tendrían con todas las fortunas de la tierra si las envenenase la desunión de sus corazones.

Así, en vez de destinar desde la niñez una esposa a mi Emilio, he preferido esperar a saber la que mejor le conviene. No soy yo quien fijó este destino, sino la naturaleza; mi objetivo no es el de su padre, porque cuando me confió a su hijo me hizo cesión de su derecho, y al sustituirlo con el mío, yo soy el verdadero padre de Emilio, yo soy quien lo ha hecho hombre. Me habría negado a educarle si no me hubiera dejado ser el dueño de casarle a su gusto, que es decir el mío. Sólo con la satisfacción de hacerle dichoso se ve uno recompensado de los afanes que cuesta el conseguir que lo sea.

No penséis tampoco que para encontrar la esposa de Emilio he esperado que me encargara de buscársela. Esta fingida pesquisa sólo ha sido un pretexto para hacerle conocer a las mujeres y comprendiese el valor de la que le conviene. Hace mucho tiempo que Sofía está ahí, y quizá Emilio ya la ha visto, pero no la conocerá hasta que llegue el tiempo oportuno.

Aunque para el matrimonio no se precise la igualdad de condiciones, cuando son semejantes, proporciona un nuevo valor; ninguna es el contrapeso de otra, pero inclina la balanza cuando está en el fiel.

Un hombre no puede, si no se trata de un monarca, buscar mujeres en todos los estados, porque las preocupaciones que él no tenga las encontrará en los demás, y aunque cierta joven le conviniese, no por eso la alcanzaría. Hay, pues, máximas de prudencia que deben limitar las pretensiones de un padre juicioso; su alumno no debe pretender un establecimiento superior a la clase a que pertenece, pues eso no depende de él, y aun cuando dependiese, no debería desearlo, porque, ¿qué le importa al joven, o por lo menos al mío, la condición social? No obstante, si sube de rango, se expone a mil males reales que no dejará de sufrir durante su vida. También digo que no ha de querer bienes de naturaleza distinta, como la nobleza y el dinero, pues cada uno de ellos da menos realce al otro por el que suspira, y, además, nunca hay

avenencia en la valoración común, y porque la preferencia que cada uno da a lo que aporta, prepara la discordia entre las dos familias, y muchas veces entre los esposos.

Es una cosa muy distinta también para el orden matrimonial el que un hombre se case con una mujer superior o inferior a él; lo primero es totalmente contrario a la razón, y lo segundo tiene mayor conformidad con ella. Como la familia se relaciona con la sociedad por su jefe, él es quien rige a la familia. Cuando se casa con una mujer de clase inferior, no se rebaja él, sino que encumbra a su esposa; por el contrario, cuando su mujer es superior a él, la rebaja sin encumbrarse. De tal modo, que en el primero de los casos resulta un bien sin mal, y en el segundo un mal sin bien. El orden de la naturaleza también quiere que la mujer obedezca al hombre; por lo tanto, cuando la escoge de un orden inferior, el orden natural y el civil están en concordancia y todo está bien, pero ocurre lo contrario cuando ella es de una clase superior, pues el hombre se condena a renunciar a sus derechos o a la gratitud, y ser ingrato o despreciado. Entonces la mujer, apropiándose la autoridad, se convierte en tirana de su dueño, y convertido en esclavo, el marido se encuentra reducido a la más ridícula y miserable de las criaturas. Tal son los desventurados válidos que honran y atormentan, haciéndolos sus favoritos, los reyes de Asia, y quienes para acostarse con sus mujeres se meten en la cama por el extremo opuesto.

Sin duda, muchos lectores, viendo que doy a la mujer un talento natural para gobernar al hombre, me van a acusar de contradicción, y se engañarán. Hay una gran diferencia entre arrogarse el derecho de mandar a gobernar al que manda. El imperio de la mujer es un imperio de dulzura, de habilidad y condescendencia; sus órdenes son los halagos y sus amenazas los llantos. Debe reinar en casa como un ministro en la nación, procurando que le manden lo que quiere hacer. En este sentido, es constante que los mejores matrimonios son aquellos en los cuales la mujer tiene más autoridad. Pero cuando desconoce la voz de su dueño, cuando quiere usurpar sus derechos y mandar ella, sólo miseria, escándalo e indignidad resultan de este desorden.

El hombre puede elegir entre las iguales y las inferiores a él, y aun debe hacerse una restricción en lo que se refiere a las últimas, pues

es muy difícil hallar entre el, bajo pueblo una mujer capaz de hacer feliz a un hombre honrado, y no porque haya más vicios en las clases humildes que en las elevadas, sino porque tiene un precario concepto de lo que es hermoso y decente, y porque la injusticia de los demás estados hace que el suyo tenga como gustos sus mismos vicios.

Naturalmente que el hombre piensa poco. El pensar es un arte que se aprende al igual que los demás, pero con mayor dificultad. Sólo conozco dos clases distintas en ambos sexos- las personas que piensan y las que no piensan; esta diferencia proviene casi de la educación. Un hombre de la primera de estas dos clases no debe casarse con una mujer de la otra, debido a que falta el mayor encanto de la sociedad cuando estando en posesión de una mujer se ve obligado a pensar solo. Las personas que pasan la vida trabajando para vivir, carecen de otra idea que la de su trabajo o su interés, y su espíritu se concentra en sus brazos. Esta ignorancia no causa ningún perjuicio a la probidad ni a las sanas costumbres, e incluso puede contribuir a ellas; muchas veces uno se habitúa a sus obligaciones de tanto pensar en ellas, y termina dejando que la fantasía sustituya a la realidad. El más ilustrado de los filósofos es la conciencia; no necesita saber los Oficios, de Cicerón, para ser un hombre de bien, y tal vez la mujer más honesta del mundo no sabe casi qué es honestidad. No por eso es menos verdad que sólo un entendimiento cultivado hace agradable el trato, y que para un padre de familia es muy triste verse obligado a encerrarse dentro de sí mismo, sin poder ser entendido por nadie de su familia.

Por otra parte, ¿cómo ha de educar a sus hijos una mujer que no tiene la costumbre de reflexionar? ¿Cómo les ha de hacer comprender lo que les conviene? ¿Cómo los ha de preparar para las virtudes que no conoce y para el mérito del que no tiene ninguna idea? No sabrá hacer más que halagarlos o amenazarlos, hacer que sean insolentes o timoratos; los hará tontos o pillos, pero nunca espíritus sanos y criaturas amables.

No le conviene, pues, al hombre educado casarse con una mujer sin educación, ni que sea de una clase muy distante de la suya. Pero aún preferiría cien veces más a una muchacha sencilla y con una educación tosca que a una sabelotodo que compondría en su

hogar un tribunal de literatura, del que ella sería su presidenta. Una mujer de esta especie es el azote de su marido, de sus hijos, de sus amigos, de sus criados y de todo el mundo. Desde la sublime elevación de su genio, mira con desprecio todas las obligaciones de mujer y siempre empieza por hacerse hombre. Fuera de casa es ridícula y criticada con mucha razón, porque tiene que serlo quienquiera que se sale de su estado y no está destinado para el que quiere prohijar. Todas esas mujeres de gran talento sólo engañan a los necios. Se sabe siempre cuál es el artista o el mago que lleva la pluma o el pincel cuando trabajan, y cuál es el discreto letrado que secretamente les dicta sus oráculos. Todo ese charlatanismo es indigno de una mujer honesta, y aun cuando fuese poseedora de un talento verdadero, la envilecería su presunción. Ser ignorada es su dignidad; su gloria se funde en la estimación de su marido, y sus alegrías están en la dicha de la familia. Lector, sed sincero: decidnos qué es la mejor idea de una mujer, si cuando entráis en su gabinete y hace que os acerquéis a ella con más respeto el verla ocupada en las tareas de su sexo, en los cuidados caseros, arreglando la ropa de sus hijos, o cuando la encontráis en su tocador componiendo versos, rodeada de folletos de varias clases y de tarjetas de todos los colores. Cuando no haya en la tierra más que hombres de juicio, ninguna soltera literata hallará marido en toda su vida.

Quaeris cur nolim te ducere, Galla? Diserta es

Después de estas consideraciones viene la de la figura, que es la primera que se nota, y la última que debe hacerse, pero todavía se debe apreciar en algo. Me parece que la mucha hermosura debe rehuirse antes que desearla en el matrimonio. La belleza, con la posesión, se gasta pronto; al cabo de seis semanas ya no es nada para el poseedor, pero sus peligros duran tanto como ella. A menos que una mujer hermosa sea un ángel, su marido es el más desventurado de los hombres, y aunque ella sea un ángel, ¿cómo podrá evitar que su marido esté siempre rodeado de adversarios? Si la suma fealdad no fuese repugnante, yo la preferiría a la suma belleza, pues al cabo de poco tiempo son nulas para el marido la

una y la otra. La belleza es un inconveniente y la fealdad una ventaja, pero la mayor desdicha es la que produce una beldad que cause repugnancia; lejos de borrarse ese sentimiento, aumenta sin cesar y llega a convertirse en odio. Un matrimonio semejante es un infierno; más valdría morir que vivir así.

En todo debéis desear la medianía, lo mismo que con la belleza. Es preferible una figura que agrade y conquiste el espíritu e inspire más benevolencia, pues no asusta al marido y sus virtudes redundan en provecho común. Las gracias no se gastan como hace la belleza-, poseen vida, se renuevan continuamente, y al cabo de treinta años de matrimonio, una honesta mujer llena de gracia agrada a su marido lo mismo que el primer día.

Estas son las reflexiones que me han determinado para la elección de Sofía. Alumna de la naturaleza, como Emilio, es más a propósito para él que ninguna otra; será la mujer del hombre. Ella le es igual en mérito y en cuna, y sólo en fortuna le es inferior.

A primera vista no seduce, pero cada día gusta más. Sus dotes atractivos aumentan gradualmente, sólo se manifiestan en la intimidad del trato, y más que nadie los reconocerá su marido. Su educación no es brillante ni descuidada, tiene un gusto sano sin cultivo, talento sin arte y juicio sin conocimientos. Su entendimiento ignora, pero es apto para aprender; es una tierra bien abonada que sólo espera la semilla para fructificar. No ha leído otros libros que las aventuras de Telémaco, que por azar cayó en sus manos, pero, ¿tiene el corazón insensible y el alma sin delicadeza una muchacha capaz de apasionarse por Telémaco? ¡Oh, la amable ignorancia! ¡Qué venturoso el que está destinado a instruirla! No será profesora de su marido, sino su discípula, y lejos de quererlo atar a sus gustos, se acostumbrará a los de él. Este la preferirá a que estuviese instruida, porque así tendrá la satisfacción de enseñárselo todo. Ha llegado ya el tiempo de que se vean; intentemos que se acerquen el uno al otro.

Salimos de París tristes y pensativos. Este lugar de charlatanes no es nuestro centro. Emilio vuelve una desdeñosa mirada hacia esta populosa villa, y dice con despecho: «¡Cuántos días perdidos en inútiles pesquisas! No, no es aquí donde reside la esposa de mi corazón». «Amigo mío, bien lo sabíais, pero os importa poco mi

tiempo y mis males no os duelen.» Le miro fijamente y añado: «Emilio, ¿creéis lo que decís?» Al momento se cuelga de mi cuello y me estrecha en sus brazos sin responderme. Siempre ha sido esta su respuesta cuando ha obrado mal.

Ya estamos en el campo como verdaderos caballeros andantes, no buscando, como ellos, aventuras, pues huimos de ellas al abandonar la ciudad, pero imitando su andar errante, desigual, andando de prisa y a veces despacio. Constante en seguir mi método, ya se habrá saturado de su espíritu el lector, y espero que no haya ninguno que suponga que vamos en una silla de posta, bien cerrada y abrigada, sin ver ni observar nada, desde nuestra partida al sitio de llegada, y con nuestro rápido andar perdiendo el tiempo creyendo ganarlo.

Dicen los hombres que la vida es corta, y observo que se toman un gran empeño en acortarla. No sabiendo en qué emplear el tiempo, se quejan de su rapidez y yo veo que en lo que lo emplean corre con demasiada lentitud. Absortos siempre por lo que desean alcanzar, ven con pesadumbre el intervalo que los detiene; uno quisiera estar en el día de mañana, otro en el mes próximo, otro diez años más tarde, y ninguno quiere vivir hoy ni está satisfecho con la hora presente, y todos encuentran que el tiempo es demasiado lento. Al quejarse de que el tiempo corre muy rápido, mienten, ya que pagarán la facultad de acelerarle con gusto; gustosamente emplearán su caudal en consumir la vida entera, y tal vez no exista uno que no hubiera limitado sus años a cortísimas horas si a satisfacción de su tedio hubiera podido quitar de ellos las que para él eran penosas, o a gusto de su impaciencia las que le desviaban del ansiado instante. Hay quien pasa la mitad de su vida viajando de la ciudad al campo, del campo a la ciudad, y de un barrio a otro, que no sabría que hacerse con sus horas si de este modo no hubiera encontrado la forma de perderlas, y que se desvía expresamente de sus asuntos para buscar otros, que cree que gana el tiempo que en ellos gasta de más, y que no sabría de ningún otro en qué emplearle, o bien corre por correr, y viene en posta, sin otra finalidad que la de volverse como vino. ¡Mortales! ¿No dejaréis de calumniar a la naturaleza? ¿Por qué os quejáis de que es corta la vida si no lo es tanto como deseáis? Si uno de vosotros supiera frenar lo

suficiente sus deseos para no anhelar nunca que pasase el tiempo, podéis estar seguros de que ése no la tendría por corta; vivir y gozar serían una misma cosa para él, y, aunque hubiese de morir joven, siempre habría vivido llenando sus días.

Aun cuando mi método no tuviese otra ventaja que ésta, sólo por ella debería ser preferido a cualquier otro. Yo no he educado a mi Emilio para desear ni para sufrir, sino para disfrutar, y cuando extiende sus deseos más allá de lo presente, nunca es con un ardor tan impetuoso que le amargue la lentitud del tiempo. No sólo gozará del placer de desear, sino del de acercarse al objeto deseado, y sus pasiones son moderadas de tal forma que siempre está más donde se encuentra que adonde irá. De esta forma no viajamos como postillones, sino como viajeros; no sólo pensamos en llegar, sino en la distancia que recorreremos. El mismo viaje es una diversión para nosotros; no lo hacemos con resignación, y como encerrados en una jaula, ni con la indiferencia y el abandono de las mujeres. No nos privamos del cielo, ni de lo que nos rodea, ni de contemplarlo todo a nuestro antojo. Emilio nunca se metió en un coche ni cogió la posta si no tenía prisa. ¿Y qué es lo que puede dar prisa a Emilio? Sólo una cosa: gozar de la vida. ¿Añadiré hacer bien cuando pueda? No, porque eso también es disfrutar de la vida.

Un solo modo concibo de viajar más agradablemente que a caballo, y es ir a pie. Uno sale cuando quiere, se para cuando se le antoja, anda mientras le apetece. Observa el país, ahora a la izquierda y luego a la derecha, mira lo que le interesa, se detiene donde el paisaje le gusta. Si veo un río, sigo su corriente; si un espeso bosque, disfruto de su sombra; si una gruta, la visito; si una cantera, observo los minerales. Donde me divierto me paro, y en cuanto me aburro, me voy. No dependo ni de caballos ni de postillón; no necesito atajos ni caminos fáciles; por donde puede pasar un hombre, paso yo; todo lo que puede ver un hombre, lo veo yo, y dependiendo sólo de mí mismo, disfruto de la mayor libertad. Si me detiene el mal tiempo y me canso de esperar, pido caballos. Si estoy cansado... Pero Emilio se cansa poco, pues es fuerte; ¿y por qué se ha de cansar? Nadie le da prisa. Si se detiene, ¿cómo se ha de aburrir? Adonde vaya lleva lo necesario para divertirse. Entra

en casa de un maestro, trabaja, ejercita los brazos y le descansan los pies.

Viajar a pie es viajar como Tales, Platón y Pitágoras. Apenas puedo comprender cómo un filósofo viaja de otro modo, y sin ver las riquezas que tiene a sus plantas y que la prodiga la naturaleza. ¿Quién, quien sea, algo aficionado a la agricultura, no desea conocer las producciones propias de la comarca que atraviesa y el modo de cultivarlas? ¿Quién que tenga inclinación por la historia natural puede pasar por un terreno sin examinarlo, ver una roca sin descantillarla, montes sin herborizar, pedregales sin buscar fósiles? Vuestros filósofos de estrado estudian la historia natural en gabinetes; entienden de esto y de lo otro y no tienen la menor idea de la naturaleza. Pero el gabinete de Emilio es más rico que el de los reyes, porque es el mundo entero. Cada cosa está en su lugar; el naturalista que cuida de él lo tiene todo colocado en perfecto orden.

¡Cuántos placeres diferentes se reúnen con ese agradable modo de viajar! Sin contar que se fortalece la salud y el buen humor es mejor cada vez. Siempre he visto que los que viajaban en buenos y cómodos coches iban pensativos, tristes, regañones y nerviosos, y los que van a pie siempre alegres, ágiles y satisfechos... ¡Cómo se ensancha el corazón cuando se llega a la posada! ¡Qué sabrosa es la vulgar comida! ¡Con qué satisfacción se sienta uno a la mesa! ¡Qué bien se duerme en un duro lecho! El que sólo quiere llegar, puede correr a la posta, pero el que quiere viajar, debe ir a pie.

Si antes de andar cincuenta leguas de la forma que me imagino, no está olvidada Sofía, es que tengo muy poca habilidad o Emilio carece de curiosidad, pues con tantos conocimientos elementales es difícil que desee adquirir otros. A medida que se van haciendo progresos en la instrucción, la curiosidad va creciendo, y él sabe lo suficiente para sentir deseos de aprender. No obstante, un objeto es atraído por el otro, y siempre vamos adelante. He señalado un término distante en nuestro primer viaje, y el pretexto es irreprochable, pues quien sale a buscar mujer, tiene que hacer mucho camino.

Un día, después de habernos internado en una comarca montuosa, donde no se distinguía ningún camino, no supimos hallar

el nuestro. Pero eso poco importa, pues con que se llegue, todos los caminos son buenos, pero hay que llegar a algún sitio cuando el hambre aprieta. Afortunadamente, encontramos a un campesino que nos llevó a su choza y comimos con el mejor apetito su frugal menestra. Viéndonos tan fatigados y tan hambrientos, nos dijo: «Si Dios les hubiera guiado al otro lado de la colina, habrían sido mejor recibidos, habrían encontrado una casa acomodada... con personas caritativas..., con muy buena gente... No tienen un corazón mejor que el mío, pero son más ricos, aunque dicen que en otro tiempo lo habrían sido más. No les falta nada, gracias a Dios, y todo el país se beneficia de lo que les queda».

Al oír las palabras buena gente», el corazón de Emilio se alborozaba. Amigo mío -dice, mirándome-, vamos a esa casa a cuyos amos bendice la vecindad; me gustaría verlos, y tal vez a ellos también les agrade vernos. Estoy seguro de que seremos bien recibidos; si son de los nuestros, seremos de los suyos.»

Sabido el camino de la casa, seguimos vagando por los bosques, y poco después nos detuvo la lluvia. que arreciaba y no podíamos seguir adelante, pero al fin salimos del apuro y al anochecer llegamos a la casa indicada. Solitaria, cerca de una aldea, aunque sencilla, tiene cierta apariencia. Llamamos y pedimos hospitalidad; nos llevan a hablar con el dueño, quien nos hace preguntas corteses, y sin decirle el motivo de nuestro viaje, le explicamos el rodeo que dimos. De su pasada opulencia le queda la facilidad de conocer las personas por sus modales, y cualquiera que haya vivido mucho pocas veces se engaña en ese aspecto. El resultado es que nos admiten.

Nos enseñan una habitación muy pequeña, pero limpia y cómoda; encienden unos leños en el hogar, nos ponen sábanas limpias y todo lo que necesitamos. «Parece que nos estaban esperando -dice Emilio, asombrado-. Tenía razón el campesino. ¡Qué bondad y cuánta previsión! Y con gente desconocida. Me parece que estoy en los tiempos de Homero.» «Agradeced todo eso -le dije-, pero no pongáis una confianza excesiva; en todas partes donde no son frecuentes los forasteros, les atienden; no hay nada que más invite a la hospitalidad que el verse pocas veces en la necesidad de ofrecerla; la afluencia de huéspedes acaba con ella. En los tiempos

de Homero se viajaba poco, y los caminantes eran bien recibidos en todas partes. Quizá somos los únicos forasteros que han visto aquí en todo el año.» «No importa, pues eso mismo ya es su elogio: saber vivir sin huéspedes y recibirlos bien.»

Secados y cambiados de ropa, volvemos a ver al dueño de la casa, quien nos presenta a su mujer, la cual nos acoge no sólo con respeto, sino con bondad. Mira con preferencia a Emilio. En la situación en que ella se encuentra, una madre rara vez mira sin inquietud al joven que entra en su casa.

En atención a nosotros, adelantan la cena. En el comedor hay cinco cubiertos; nos sentamos y vemos que queda uno de vacío. Entra una joven, saluda con una reverencia y se sienta sin decir nada. Emilio corresponde a su saludo, pero sigue comiendo con fruición; el principal motivo de su viaje lo tiene tan olvidado que cree aún está muy lejos el final. Se habla de nuestro extravío. «Caballero -le dice el dueño de la casa-, usted me parece un joven amable y sensato, y esto me hace pensar que usted y su ayo han llegado aquí como Telémaco y Mentor a la isla de Calipso.» «Es verdad - responde Emilio- que encontramos aquí la hospitalidad de Calipso.» «Y las gracias de Eucaris», añadió yo; pero Emilio conoce la Odisea y no ha leído a Telémaco, ni sabe lo que es Eucaris. Veo que la joven se sonroja, que mira su plato y que ni se atreve a respirar. La madre, que se ha dado cuenta de su confusión, hace una seña al padre, y entonces él cambia la conversación. Hablando de su soledad, cuenta los motivos que se han sucedido para elegirla, la vida serena y tranquila que pasan en este retiro después de las desventuras de su vida, la constancia de su esposa y los consuelos que en su unión han encontrado, pero sin decir una palabra respecto a su hija. Es un tierno y emotivo relato que no se puede escuchar sin que despierte interés. Emilio, conmovido e intrigado, deja de comer para poner mayor atención en lo que se dice. Por último, en el pasaje en que el más honrado de los hombres se explaya hablando del cariño de la más digna de las mujeres, el caminante joven, fuera de sí, estrecha una mano del marido, que tiene cogida, y con la otra la de la mujer, sobre la cual se inclina, llenándola de lágrimas. La cándida demostración del joven encanta a todos, pero la doncella, más enternecida que nadie ante su buen

corazón, cree ver a Telémaco compadecido de las desdichas de Filoctetes. Le mira de soslayo para ver su figura, y no encuentra nada que desmienta la comparación. En su aspecto no hay arrogancia y sus modales no son extremados; su sensibilidad hace más suave su mirada y más tierna su expresión, y la doncella, al verle llorar, fundiría sus lágrimas con las de él. Con tan hermoso pretexto, la retiene una secreta vergüenza; ya no se acusa del llanto que iba a brotar de sus ojos, como si verterlo por su familia fuese reprehensible.

La madre, que desde el principio de la cena no ha dejado de observarla, se da cuenta de que está violenta, para que se reponga la envía con un recado a otra agitación. Vuelve a entrar al cabo de un rato, pero tan desasosegada aún, que su agitación es visible a los ojos de todos. Su madre le dice con dulzura: «Sofía, serénate; nunca dejarás de llorar las desdichas de tus padres? Tú, que eres su consuelo, no las sientas más que ellos».

Al oír el nombre de Sofía, Emilio se estremeció. Con la impresión que le ha producido tan amado nombre, se agita y clava una ansiosa mirada en ella. ¡Sofía, Sofía!... Sois vos la que busca mi corazón, la que yo amo... La observa, la contempla con una mezcla de temor y recelo. No ve exactamente la figura que él había supuesto, ni sabe si la que está mirando vale más o menos. Estudia cada facción, observa cada movimiento y cada ademán; para todo halla mil confusas interpretaciones y daría la mitad de su vida para que ella dijese algo. Me mira inquieto y turbado, sus ojos me hacen cien preguntas y cien reproches. Parece que cada mirada me diga: «Guiadme, que aún es tiempo: si se entrega mi corazón y se engaña, no me recobraré en mi vida».

Emilio es el hombre que menos sabe disimular. ¿Como puede disimular la mayor turbación de su vida, entre cuatro espectadores que le observan y que el que parece más distraído es el más atento? Su desasosiego no se oculta a los sagaces ojos de Sofía; sabe que ella es la causa, y yo sé que esa inquietud todavía no es amor, pero, ¿qué importa? Se ocupa de ella, y esto basta; será mucha su desgracia si se ha ocupado inútilmente.

Las madres tienen ojos como sus hijas, y, además, experiencia. La de Sofía se sonríe al deducir nuestros proyectos. Lee en el

corazón de los dos jóvenes, ve que es el momento de fijar el del nuevo Telémaco, y hace que hable su hija, la cual, con su natural dulzura, responde en un tono tímido que produce más efecto. Al primer sonido de esa voz, Emilio se rinde; es Sofía, ya no lo duda, y aunque no lo fuese, es ya muy tarde para retroceder.

Es entonces cuando los embelesos de esta encantadora joven inundan su corazón, y bebe con ansia el tósigo con que ella le embriaga. Ya no habla, ya no responde; sólo ve a Sofía, sólo oye a Sofía; si ella dice una palabra, él mueve los labios; si ella baja los ojos, él los baja; si la ve respirar, parece como si el alma de Sofía le animara. ¡Cómo ha cambiado la de él en pocos instantes! Ya no debe temblar Sofía, y ahora le toca a Emilio. Adiós libertad, candor, franqueza. Confuso, embargado y medroso, no se atreve a mirar en torno suyo temiendo que le miran. Avergonzado de que lo adivinen, quisiera ser invisible. Sofía, por el contrario, se ha serenado ante el temor de Emilio; segura de su victoria, goza con ella.

No'l mostra già ben ché in suo cor ne rida.

No ha cambiado de expresión, pero a pesar de su modesta actitud y sus ojos bajos, palpita de júbilo su tierno corazón y le dice que ha encontrado a Telémaco.

Si entro aquí en la historia tal vez demasiado inocente y sencillísima de sus amores, acaso algunos creerán una frivolidad estas menudas circunstancias, y no tendrán razón. No se considera como se debe lo que influye el primer acercamiento de un hombre y una mujer y lo que significará en la vida de ambos, ni se advierte que la impresión primera, cuando es tan viva como la del amor, produce dilatados efectos, cuyo encadenamiento en el transcurso de los años no se percibe, pero que es activo hasta la muerte. En los tratados de educación nos ponen un montón de variedades acerca de las fantásticas obligaciones de los niños, y no nos dicen nada de la parte más importante y delicada de la educación, o sea, de la crisis que media el pasar de la niñez a la mocedad. Si he logrado que estos ensayos sean provechosos bajo algún aspecto, será por haberme extendido mucho en esta parte tan esencial, omitida por los demás, y por no haberme retraído de la empresa por falsas

delicadezas ni asustado con las dificultades del lenguaje. Si he expuesto lo que es conveniente que se haga, he dicho lo que es una obligación; me importa muy poco haber escrito una novela. Es muy bella la novela de la naturaleza humana. Si no la encuentran en estas páginas, ¿es mía la culpa? ¿Debía ser la historia de mi especie? Vosotros la depraváis, sí, hacéis de mi libro una novela.

Otra consideración que confirma la primera es que aquí no se trata de un joven entregado desde su infancia a la credulidad, a la codicia, a la envidia, a la soberbia y a todas las pasiones que sirven de instrumento a las educaciones comunes, sino de un joven cuyo primer amor no es éste, sino también su primera pasión de toda especie, y de esta pasión, tal vez la única que con tanto ímpetu puede sentir en toda su vida, depende su definitivo carácter. Fijado su modo de pensar, sus sentimientos, y sus gustos por una duradera pasión, adquirirán tal consistencia, que ya nunca se alterarán.

Ya se comprenderá que la noche de esa cena, Emilio yo dormimos poco. Pues, ¿qué? La coincidencia de os nombres, ¿tanto ha de turbar a un hombre sensato? ¿No hay más que una Sofía en el mundo? ¿Se parecen las almas como los nombres? ¿Todas las que vea han de ser la suya? ¿Está loco el apasionarse por una desconocida con la que nunca habló? Esperad, joven, y observad, examinad. Ni siquiera sabéis en que casa estáis, y el que os oiga creerá que estáis en la vuestra.

No estamos en tiempos de lecciones, ni éstas están destinadas a que las escuchen-, no hacen más que inspirar al joven un nuevo interés por Sofía. con el deseo de justificar su inclinación. Esta identidad de nombre, este encuentro que él cree casual. mi misma reserva. tienden a agitar su vivacidad. Sofía le parece tan estimable que está seguro de hacérmela querer.

Supongo que mañana Emilio procurará vestirse mejor. Seguro que lo hará. Y me río de la prisa que tiene en seguir la línea de los dueños. Profundizo en su idea y veo con placer que procura establecer una especie de correspondencia que le permita ir y volver, entrar y salir.

Había esperado encontrar a Sofía algo más ataviada, y me equivoqué. Esa vulgar coquetería es buena para aquellos a quienes

una mujer sólo quiere agradar. La del verdadero amor es más acentuada y tiene otras pretensiones. Sofía va vestida con más sencillez que la víspera, y con más negligencia, pero con escrupulosa seriedad. Yo no veo negligencia en esa coquetería, ni veo afectación. Sofía sabe que un adorno más estudiado es lo mismo, pues una mujer no se contenta con agradar por su adorno, sino también por ella misma. ¿Qué le importa al amante cómo se haya vestido su amada si ve que se ocupa de él? Sofía, segura ya de su poder, no se limita a cautivar con sus encantos a Emilio; también desea que su corazón los prefiera; y no le basta con que los vea, quiere que los suponga. ¿No ha visto ya bastante para obligarle a que adivine lo que no se ve?

Hay que creer que durante nuestra conversación no hayan hablado Sofía y su madre; habrá habido confesiones e instrucciones. Se las vio preparadas al día siguiente. Nuestros jóvenes no hace doce horas que se han visto, no se han dicho una palabra y se ve que se entienden. No se acercan el uno a otro con familiaridad; se les ve tímidos y confusos, no se hablan y sus ojos parece que se evitan, y esto mismo es la señal de una mutua inteligencia; se huyen, pero como si fuese de acuerdo, y sienten ya la necesidad del misterio sin haberse dicho nada. Al irnos, pedimos permiso para traer nosotros mismos lo que nos llevamos. Emilio pide permiso al padre y a la madre mientras sus inquietos ojos, clavados en la hija, se lo piden con más ardor. Sofía no dice nada, ni hace ningún gesto y parece que no ve ni oye, pero se sonroja, y este rubor es una respuesta más clara todavía que la de sus padres.

Nos permiten volver sin invitarnos a que nos quedemos. Esta conducta es prudente; se alberga a caminantes que no hallan posada, pero no es decoroso que un enamorado duerma en casa de su amada.

Apenas nos encontramos fuera de esta querida casa cuando Emilio piensa establecerse en los alrededores, y la choza más próxima le parece muy distante; él quisiera dormir en cualquier rincón de la hacienda. «Joven atolondrado -le dije, apiadado-. ¡Cómo os ciega la pasión! Ya no veis ni la razón ni el bien parecer. Desventurado, que porque estáis enamorado, ya queréis que calumnien a vuestra amada. ¿Qué dirán de ella cuando sepan que

el mozo que sale de su casa duerme a cuatro pasos de su alcoba? ¿Y decís que la amáis? ¿Cómo queréis, entonces, quitarle su reputación? ¿Es ese el pago de la hospitalidad que os han dado sus padres? ¿Seréis el oprobio de aquella de quien esperáis la felicidad?» «¿Y qué me importan -me replicó en el acto- la habladuría de los hombres y sus injustas sospechas? ¿No me habéis vos mismo enseñado a despreciarlos? Quién sabe mejor que yo cómo quiero respetar a Wía? Mi cariño no causará su afrenta, y, por el contrario, redundará en gloria suya, y será digno de ella. Aun cuando mi corazón le rinda en todas partes el homenaje y las atenciones que merece, ¿en qué la puedo agraviar?»

«Querido Emilio -le contesto mientras le abrazo-, razonáis por vos, pero aprended a razonar por ella. No comparéis el honor de un sexo con el del otro, porque tienen principios totalmente distintos. Esos principios son igualmente sólidos y racionales, porque provienen de la naturaleza, y la misma virtud que os hace despreciar los chismes de los hombres, os obliga a que los respetéis por vuestra amada. Vuestro honor radica en vos solo, pero el suyo depende de otro. Descuidarle sería faltar al vuestro, y no cumplís con lo que a vos os debéis si sois la causa de que no le tributen el que se le debe.»

Luego, explicándole las causas de estas diferencias, procuro que comprenda lo injusto que sería el no hacer aprecio de ellas. ¿Quién le ha dicho que ha de ser esposo de Sofía, cuyos sentimientos ignora, cuyo corazón o cuyos padres tal vez tienen contraídos compromisos anteriores; de Sofía, a quien no conoce y que acaso no tiene ninguna de las condiciones necesarias para hacer feliz un matrimonio? ¿No sabe que para una joven todo escándalo es una mancha indeleble que no borra ni el matrimonio con el que la ha causado? ¿Dónde está el hombre sensible que quiere perder a su amada? ¿Qué hombre honrado quiere que llore para siempre una desventurada la desgracia de haberle querido?

El joven, asustado con las consecuencias que le preveo, y siempre extremado en sus ideas, ahora cree que nunca está lo bastante lejos del hogar de Sofía, y acelera el paso y mira a nuestro alrededor por si nos escuchan; sacrificaría toda su dicha por el honor de la que ama, y antes preferiría no volverla ver que causarle

la más pequeña amargura. Este es el primer fruto de mis cuidados para conseguir que cuando sea hombre ten a un corazón que sepa amar.

trata, pues, de encontrar un albergue apartado pero no lejano. Hacemos averiguaciones, nos informamos, sabemos que a dos leguas hay una ciudad, y vamos allí a buscar alojamiento, mejor que en las aldeas más cercanas, donde sería sospechoso el quedarnos. Por último, ahí llega el nuevo amante, lleno de amor, de esperanza, de alegría y, más que todo, de buenos sentimientos, y dirigiendo paso a paso su naciente pasión a lo que es bueno y honrado, consigo que sus inclinaciones tomen el mismo camino.

Ya me acerco al final de mi carrera, pues lo veo con antelación. Están vencidas las grandes dificultades, superados los grandes obstáculos, y ya nada difícil me queda que hacer, como no sea estropear mi obra dándome prisa para terminarla. En la incertidumbre de la vida humana debemos evitar más que todo la falsa prudencia de sacrificar lo presente a lo venidero, pues de esta forma muchas veces se sacrifica lo que no será. Procuremos hacer dichoso al hombre en todas las edades, por si después de muchos afanes se muere antes de haberlo sido. Pero si hay un tiempo a propósito para disfrutar de la vida, con seguridad que es al final de la adolescencia, cuando las facultades del cuerpo y del alma han cobrado su mayor vigor, y en el curso de su carrera, el hombre ve desde muy lejos los dos términos que le hacen sentir su brevedad. Si la juventud imprudente se engaña, no es por querer gozar, sino por buscar el gozo donde no existe, y preparándose para un desgraciado porvenir, ni siquiera sabe aprovechar el momento presente.

Ved a mi Emilio a los veinte años cumplidos, bien formado, bien constituido de cuerpo y de espíritu, fuerte, sano, dispuesto, hábil y robusto, juicioso, apacible, bondadoso, humano, con buenas costumbres y cuando la belleza libre del imperio de las pasiones crueles, exento del yugo de la opinión, pero sujeto a la ley de la sabiduría y dócil a la voz de la amistad; poseedor de todos los talentos útiles y muchos agradables, cuidándose poco de las riquezas, pero llevando su defensa en los brazos, sin temor que le falte el pan. Ahora embriagado con una pasión naciente, su corazón

se abre a los primeros juegos de amor, y sus dulces ilusiones forman para él un mundo nuevo de goces y delicias; su ídolo es amable, y todavía más amable por su persona; espera una correspondencia que sabe que se le debe.

De la armonía de los corazones, de la concurrencia de honrosos sentimientos se ha formado su primera inclinación, la cual debe ser duradera. Confiado y fundado en razón, se entrega al delirio sin temor, sin pesar, sin remordimiento y sin otra inquietud que aquella que es inseparable del sentimiento de la felicidad. ¿Qué le puede faltar a la suya? Ver, indagar, imaginar lo que todavía necesita y que se pueda hermanar con lo que posee. Reúne todos los bienes que se pueden alcanzar y no es posible añadirle ninguno si no es sacrificando otro, y es todo lo dichoso que puede ser un hombre. ¿Acertaré yo en este momento tan dulce suerte? ¿Enturbiaré tan puro contento? Todo el precio de la vida consiste en la felicidad que goza. ¿Qué podría darle yo que tuviese tanto valor como lo que le hubiera quitado? Incluso colmándole de felicidad, destruiría su más poderoso encanto. La esperanza es cien veces más dulce que la posesión de esta dicha suprema; la goza más el que la espera que el que la disfruta. ¡Oh, buen Emilio! Ama y sé amado, goza durante mucho tiempo antes de que poseas, goza al mismo tiempo del amor y de la inocencia, disfruta la bienaventuranza en la tierra mientras te espera la otra; yo no abreviaré esta época feliz de tu vida; mantendré su encanto y lo prolongaré tanto como me sea posible. ¡Ay! Es forzoso que se acabe, y que se acabe pronto, pero por lo menos haré que dure eternamente en tu memoria, y que jamás te arrepientas de haberle disfrutado.

Emilio no se olvida de que tenemos que hacer restituciones. Tan pronto como está preparado, tan pronto como partimos, ya querría haber llegado. Así que el corazón da cabida a las pasiones, nace el tedio de la vida. Si yo no he perdido mi tiempo, su vida no parará del mismo modo.

Por mala suerte, el camino es muy accidentado y el país muy montuoso. Nos perdemos; él lo advierte antes, y sin impacientarse, sin quejarse, pone el mayor celo en encontrar la senda; le cuesta encontrarla, pero no pierde la serenidad. Esto no quiere decir nada para nadie, pero mucho para mí, que conozco sus arrebatos. Ahora

veo el fruto de los afanes que me he tomado para endurecerle desde su niñez contra los golpes de la necesidad.

Por fin llegamos, y el recibimiento es mucho más sencillo y más afectuoso que la primera vez; ya somos conocidos antiguos. Emilio y Sofía se saludan con un poco de cortedad y todavía no se hablan; ¿qué se han de decir en nuestra presencia? La conversación que necesitan no quiere testigos. Nos paseamos por el jardín, el cual, en vez de parterres, tiene un huerto muy bien distribuido, y en vez de césped, árboles frutales de todas clases, con algunos riatillos y caballones llenos de flores. «¡Qué hermoso sitio! -exclama Emilio, lleno de su Hornero y siempre con su entusiasmo-. Me parece que estoy en los jardines de Alcinoos.» La niña desea saber quién era Alcinoos, y se lo pregunta a su madre. «Alcinoos -les digo yo- era un rey de Corfú, cuyo jardín, que Homero describe, las personas de gusto lo encuentran demasiado sencillo y poco adornado[145]. Este Alcinoos tenía una simpática hija que la víspera de recibir un extranjero hospitalidad en casa de su padre, soñó que pronto tendría marido.» Sofía se sonroja, baja los ojos y se muerde los labios; no es posible imaginar una confusión semejante. Su padre, que se divierte en aumentarla, interviene en la conversación y añade que la princesa joven iba a lavar la ropa al río. ¿Es de creer que no se había llevado las servilletas sucias porque olían a comida? Sofía, contra quien va la indirecta, se olvida de su timidez natural y se excusa con viveza. Su padre sabe que no hubiera habido otra lavandera mejor que ella si se lo hubiese permitido[146], y con la mejor alegría si se lo hubiesen ordenado. Diciendo esto, me mira de refilón con una inquietud que me hace sonreír, leyendo en su ingenuo corazón el sobresalto que la obliga a contestar. Su padre tiene la crueldad de aguzar su desconcierto preguntándole con tono burlón a qué obedece el hablar de ella misma y si tiene algo de común con la hija de Alcinoos. Avergonzada y temblando, no se atreve a respirar ni a mirar a nadie. ¡Encantadora niña! Ya no puedes fingir; sin darte cuenta te has declarado.

Pronto esta pequeña escena es olvidada o lo parece. Por suerte de Sofía, el único que no ha comprendido nada es Emilio. Continúa el paseo, y nuestros jóvenes, que al principio iban a nuestro lado y seguían con dificultad la lentitud de nuestra marcha, poco a poco se

adelantan y nosotros los vemos bastante lejos. Sofía parece atenta y reposada; Emilio habla y acciona vivamente; no parece que les aburra la conversación. Bastante después de una hora regresamos, los llamamos, pero vienen lentamente y se ve que aprovechan el tiempo. Luego dejan de hablar antes que les podamos oír, y aceleran el paso para reunirse con nosotros. Emilio llega con rostro franco y alegre, en sus ojos brilla el júbilo y los dirige con un poco de inquietud hacia la madre de Sofía, para ver cómo le recibirá. Sofía no tiene un aspecto muy tranquilo; al acercarse parece turbada por verse sola con un joven, ella que tantas veces ha estado con otros sin confusión y sin que lo hayan visto mal. Se apresura a ir al lado de su madre, titubeando un poco y diciendo palabras sin significado, como queriendo demostrar que hace ya un rato que ha llegado.

Por la serenidad que se refleja en el rostro de estas amables criaturas, nos damos cuenta que su conversación quitó de un gran peso sus juveniles corazones. No son menos reservados uno con otro, pero es menos embarazosa su reserva, pues sólo procede del respeto de Emilio, de la modestia de Sofía y de la honestidad de los dos. Emilio se atreve a dirigirle algunas palabras; a veces también ella se atreve a contestar, pero mirando antes a su madre. El cambio que parece más sensible en ella es para conmigo. Me demuestra una consideración más solícita, me mira con interés, me habla afectuosamente, se fija en todo lo que me puede complacer; veo que me distingue con su aprecio y que no le es indiferente conseguir el mío. Comprendo que Emilio le ha hablado de mí, que han convenido ganarme, pero no es así, y la misma Sofía no se gana tan pronto. Tal vez precisará él más de mi valimiento con ella que del suyo conmigo. ¡Pareja encantadora! Al pensar que en la primera conversación con su dama mi joven amigo le ha hablado mucho de mí, recibo la compensación de mis desvelos; su amistad me ha pagado.

Las visitas se repiten y las conversaciones entre ellos dos son más frecuentes. Emilio, embriagado de amor, cree que ya toca su felicidad. Sin embargo, no obtiene el consentimiento formal de Sofía, que le escucha y no le contesta. Emilio comprende su modestia, y tanto recato le extraña un poco, aunque se dice que quizá debe ser así; sabe que son los padres quienes casan a sus hijas, y supone

que Sofía espera la conformidad de sus padres; le pide permiso para solicitarla, y ella no se opone. Me habla, hablo yo en su nombre y en presencia suya. ¡Qué extraño es para él saber que Sofía depende de sí misma y que para hacerle feliz a ella le basta con querer! Comienza por no comprender su conducta, pierde su confianza, se sobresalta, se considera menos adelantado de lo que pensaba, y entonces el amor emplea el más tierno lenguaje.

Emilio no es capaz de adivinar lo que le perjudica, y si no se lo dicen, no lo sabrá nunca, y Sofía es demasiado orgullosa para decírselo. Las dificultades que la detienen, para otra cualquiera serían estímulos. No ha olvidado las experiencias de sus padres. Es pobre, Emilio es rico y ella lo sabe. ¿Qué necesidad tiene de que la quiera ella? ¿Cuánto mérito necesita para borrar esa desigualdad! ¿Y cómo allanará ese obstáculo? ¿Sabe Emilio que es rico? ¿Le preocupa saberlo? Gracias a Dios, no tiene necesidad de serlo, y sin eso sabe ser generoso. El bien que hace sale de su corazón y no de su bolsillo. A los desventurados les ofrece su tiempo, su afecto y su persona, y en la valoración de sus beneficios, casi se atreve a contar el dinero que reparte entre los indigentes.

No sabiendo a quién culpar por su desgracia, se culpa a sí mismo, porque, ¿quién se atreverá a suponer caprichosa a la que es el objeto de sus adoraciones? Con el desaire del amor propio se aumenta el desconsuelo del amor desdeñado. Ya no se acerca a Sofía con aquella amable confianza de un corazón que se siente digno del suyo; anee ella tiembla y teme. No espera moverla por la ternura y procura ablandarla por la piedad. Alguna vez agota la paciencia y el despecho le sustituye. Sofía, que parece presentir estos arrebatos, le mira, lo cual le desarma al momento, y queda más sumiso que antes.

Turbado con su obstinada resistencia y ese invencible silencio, vierte su corazón en el de su amigo, deposita en él los duelos de su pecho desgarrado por el pesar, e implora su asistencia y sus consejos. ¡Qué impenetrable misterio! «Ella se interesa por mi suerte, no lo puedo dudar; lejos de evitarme, se acerca a mí; cuando llego demuestra alegría y sentimiento, y cuando me voy se entristece; me avisa sobre esto y aquello y a veces me reprende. No obstante, rechaza mis solicitudes y mis ruegos. Cuando me atrevo a

hablarle de la unión, me impone silencio, y si añado una palabra, me deja al instante. ¿Por qué extraña razón quiere que yo sea suyo sin querer oír que ella sea mía? Vos, a quien honra, a quien ama y a quien no mandará callar, hablad, haced que hable ella, servid a vuestro amigo y coronad vuestra obra; no queráis que vuestros afanes sean funestos para vuestro alumno. Los que os debe labrarán su miseria si no completáis su felicidad.»

Hablo con Sofía, y con poca dificultad le arranco un secreto que yo no ignoraba antes de que ella me lo descubriese. Me da licencia para instruir de él a Emilio; lo consigo al fin y lo aprovecho. Esta explicación le asombra tanto que casi no la comprende. No entiende su delicadeza ni concibe qué pueden representar para el carácter y el mérito unos doblones más o menos. Cuando le hago comprender que son la causa de muchas preocupaciones, se echa a reír, y arrebatado de júbilo quiere irse al instante, destruirlo todo, renunciar a todo, para tener la honra de ser tan pobre como Sofía y volver digno de ser su esposo.

«¿Cómo? -dije, deteniéndole y riéndome de su ímpetu-. ¿Nunca sentiremos esa juvenil cabeza? Y después de filosofar durante toda la vida, ¿no aprenderéis nunca a razonar? ¿Cómo no os dais cuenta que con llevar a cabo vuestro desatinado proyecto vais a empeorar vuestra situación y haréis a Sofía intratable? Poseer algún caudal más que ella es una pequeña ventaja, pero sería muy grande habérselo sacrificado todo, y si no puede resolverse su altivez a deberos la obligación primera, ¿cómo había de resolverse a deberos otra? Si no quiere consentir que su esposo pueda echarle en cara que la hizo rica, ¿cómo había de consentir que pudiese acusarla de que por ella se había empobrecido? ¡Ah, desventurado! Temblad de que sospeche que habéis tenido semejante proyecto. Hacedos, por el contrario, económico y cuidadoso por el amor de ella; que no llegue a sospechar que la queréis ganar por astucia, y que le sacrificáis voluntariamente lo que por negligencia perdáis.

¿Creéis que la van asustar los muchos bienes, que su oposición procede precisamente de vuestras riquezas? No, querido Emilio; tienen más sólida y grave causa en el efecto que producen estas riquezas que en el alma del poseedor. Sabe que los que tienen bienes de fortuna siempre son preferidos. Los ricos estiman el oro

más que el mérito. En la puesta común del dinero y los servicios, jamás encuentran que éstos pagan lo suficiente por aquél y piensan que les es deudor el que pasa su vida sirviéndolos y comiendo su pan. ¿Qué debéis hacer, pues, para tranquilizar sus temores? Hacedos conocer bien por ella, que no es cuestión de un día. En los tesoros de vuestra noble alma enseñadle con qué rescatar aquellos que por vuestra desgracia os han cabido en suerte. A fuerza de tiempo y constancia venced su resistencia; a fuerza de grandes y generosos sentimientos hacedle olvidar vuestras riquezas. Amadla, servidla y servid a sus respetables padres. Demostradle que vuestros afanes no son efecto de una loca y pasajera pasión, sino de los principios indelebles grabados en vuestro corazón. Honrad dignamente el mérito agraviado por la fortuna, único medio de reconciliarlo con el mérito por ella favorecido.»

Se comprenden los raptos de júbilo que en el joven produce este razonamiento, cuánta esperanza y confianza le restituye, cuántos parabienes se da su honrado corazón por saber qué hacer para agradar a Sofía y lo que haría por sí mismo, aun cuando Sofía no existiera o no estuviese enamorado de ella. ¿Quién no adivinará su conducta en esta ocasión por poco que haya comprendido su carácter?

Vedme, pues, confidente de mis dos buenas personas y mediador de sus amores. ¡Bello empleo para un ayo! Tan bello que no hice nada en mi vida que me enalteciese tanto a mis propios ojos de más, me dejase tan contento de mí. En cuanto a lo demás, este empleo no deja de tener sus encantos; no soy mal recibido en la casa, se fían de mí para que vigile que no se desmanden los amantes. Emilio, que siempre tiene miedo de disgustarme, nunca ha sido tan dócil. La niña me llena de halagos que no me engañan, y sólo guardo para mí la parte que me pertenece, y así, indirectamente, se resarce del respeto en que contiene a Emilio. Me hace mil tiernas caricias, que antes preferiría morir que hacérselas a él, y él, que sabe que yo no deseo perjudicar sus intereses, está encantado con nuestra recíproca armonía. Se consuela cuando ella rehúsa su brazo en el paseo y prefiere el mío. Se aleja sin murmurar, apretándome la mano y diciéndome, en voz baja y enérgica «Habladle en mi favor». Sus ojos nos siguen con interés, y

procura leer en nuestros semblantes nuestras palabras e interpretarlas por los gestos; sabe que todo lo que decimos ella y yo le concierne. Buena Sofía, ¡qué sosegado está tu sincero corazón cuando sin que te oiga Telémaco puedes departir con su mentor! ¡Con qué amable franqueza le dejas que lea todos los afectos de tu tierno corazón! ¡Con qué gusto le demuestras toda tu estimación hacia su alumno! ¡Con cuánta ingenuidad me permites que adivine tus dulces sentimientos! ¡Con qué fingido enojo despides al importuno cuando su impaciencia le obliga a interrumpirte! ¡Con cuán seductor acento le afeas su imprudencia cuando viene a estorbar que hables o que oigas hablar bien de él y que de mis respuestas saques algún nuevo motivo para quererle!

Habiendo llegado Emilio a que se le reciba en la casa como novio declarado, hace valer todos sus derechos; habla, apremia, solicita, importuna... Si le responden con aspereza o le maltratan, poco le importa mientras le escuchen. Por último, no sin dificultad, logra que Sofía consienta en tomar sin disimulo sobre él la autoridad de ama, que le prescriba lo que ha de hacer, que le mande en vez de rogarle, y en vez de darle gracias acepte, que disponga cuándo y el número de visitas, que le prohíba que vuelva hasta tal día y que se quede hasta tal hora. Todo esto no se hace como un juego, sino muy de veras, y si ella con dificultad admitió estos derechos, los usa con un rigor que el pobre Emilio muchas veces siente el habérselos dado. Pero ordene ella lo que quiera, él no replica, y muchas veces, cuando por obediencia se va, me mira con unos ojos tan felices que me dicen: «Ya veis que ha tomado posesión de mí». La picaruela lo observa todo con disimulo, y secretamente se sonrío de la sumisión de su esclavo. Albano y Rafael, prestadme el pincel de la voluptuosidad. Divino Mil-ton, enseña a mi tosca pluma a describir los placeres del amor y de la inocencia, pero no escondáis vuestras artes mentirosas ante la santa verdad de la naturaleza. Tened sólo corazones sensibles y almas honestas; después dejad vagar sin trabas vuestra imaginación, pues los raptos de dos enamorados jóvenes, que delante de sus padres y de sus guías se abandonan a la dulcísima ilusión que los halaga y en la embriaguez de sus deseos, se adelantan con pasos lentos hacia un final enlazado con guirnaldas de flores, hacia el bienhadado vínculo que ha de unirlos

hasta el sepulcro. Tantas imágenes llenas de hechizo hasta a mí me embriagan; las amontoño sin orden y enlace, pues el delirio que en mí excitan me impide ordenarlas. ¿Quién, teniendo entrañas, no sabrá interpretar la deliciosa imagen de las varias situaciones del padre, de la madre, de la hija, del ayo, del alumno y del concierto de unos y otros para la unión de la más encantadora pareja que el amor y la virtud han podido hacer dichosos?

Ahora sí que sintiendo verdaderos deseos de agradar, Emilio comienza a sentir el valor de los talentos recreativos que ha adquirido. A Sofía le gusta el canto, y canta con ella; hace más: le enseña música. Es viva y ágil y le gusta saltar; baila con ella, convierte en pasos sus saltos y los perfecciona. Estas lecciones encantan; las anima la juguetona alegría, que dulcifica el tímido respeto del amor; es lícito a un amante dar estas lecciones con voluptuosidad y ser el maestro de su amada.

Hay un clavicordio viejo descompuesto: Emilio lo arregla y lo temple; es tan buen aficionado como buen carpintero, y su máxima fue siempre no necesitar de socorro ajeno para todo lo que podía hacer él mismo. La casa está en un sitio muy pintoresco y saca vistas viéndose a Sofía arreglando el gabinete de su padre; los marcos no son dorados ni tienen que serlo. Viendo dibujar a Emilio, e imitándola ella, se perfecciona con su ejemplo, cultiva su talento y los hermosea todos con su donaire. Cuando sus padres ven brillar de nuevo a su alrededor las bellas artes, únicas que les hacía amar su pasada opulencia, las recuerdan en su memoria; la casa está enriquecida por el amor y basta ese amor para que reinen en ella los placeres que en otro tiempo se reunían a fuerza de afanes y dinero.

Del mismo modo que el idólatra enriquece con los tesoros que aprecia el objeto de su culto y atavía en el altar al dios creador, el amante, aunque tenga por perfecta su dama, continuamente quiere añadirle nuevos adornos. No es que los necesite para agradarle, pero él siente necesidad de adornarla, lo que es un nuevo homenaje que le tributa y un nuevo interés que añade al gusto de contemplarla. Le parece que no hay nada hermoso que esté en su lugar cuando no adorna a la beldad suprema. Es un espectáculo tierno y joven, a la vez, ver a Emilio queriendo enseñar a Sofía todo lo que sabe, sin consultar si es de su gusto o si le conviene lo que le

quiere enseñar. Le habla de todo, se lo explica todo con un pueril anhelo; cree que le basta con hablar y que se le ha entendido al instante; piensa en lo que disfrutará al discurrir y meditar con ella, y considera inútil todo lo que sabe si no puede alardear de ello ante Sofía, y casi se avergüenza de saber cosas que ella ignora.

Y vedle dándole lecciones de filosofía, de física, de matemáticas, de historia... En una palabra, de todo. Sofía se presta con placer a su celo y procura sacar provecho. ¡Cómo se alegra Emilio cuando puede dar sus lecciones de rodillas delante de ella! Cree que ve el cielo abierto. No obstante, esta situación, más incómoda para la discípula que para el maestro, no es la más favorable para la instrucción. Entonces Sofía no sabe hacia dónde mirar para evitar los ojos que persiguen los suyos, y cuando se encuentran, poco les aprovecha la lección.

El arte de pensar no es extraño en las mujeres, pero no deben hacer otra cosa que quedarse en la superficie del raciocinio. Sofía lo concibe todo, pero retiene poco. En la moral es donde más progresa, y en las cosas de gusto; en cuanto a la física, sólo conserva alguna idea de las leyes generales y del sistema del mundo. Algunas veces, al contemplar en sus paseos las maravillas de la naturaleza, sus inocentes y puros corazones se atreven a elevarse hasta su Autor, pues como no temen su presencia, conjuntamente abren el alma ante El.

¿Cómo? ¿Dos amantes en la flor de su edad llenan su tiempo hablando de religión y repasando la doctrina? ¿Por qué manosear lo que es sublime? Sí, sin duda se dicen la ilusión que les encanta, y se imaginan perfectos, se aman, hablan con entusiasmo de lo que es el premio de la virtud. Los sacrificios que le rinden se la hace más querida. En los arrebatos que es preciso vencer alguna vez, vierten lágrimas más puras que el rocío del cielo, y esas dulces lágrimas son el encanto de su vida y viven en el más inefable delirio que nunca almas humanas disfrutaron. Las mismas privaciones acrecientan su dicha, y a sus propios ojos las honran con sus sacrificios. Hombres sensuales, cuerpos sin alma, un día ellos conocerán vuestros deleites, y toda su vida se dolerán del tiempo dichoso que habéis perdido.

A pesar de esta buena inteligencia, no deja de haber algunas discusiones y hasta disputas; la amada tiene sus caprichos y el amante sus enfados; pero estas ligeras tormentas carecen de duración y no hacen más que fortalecer lo que les une; la experiencia ha enseñado también a Emilio a no temerlas tanto, y siempre le traen más provecho las reconciliaciones que daño las riñas. El fruto de la primera le ha enseñado a esperar las otras, y si se ha equivocado, si no siempre saca un beneficio tan claro, gana siempre al ver que Sofía confirma el noble interés que tiene en conservar su corazón. ¿Quiere el lector saber cuál es este beneficio? Me place, con tanto más gusto cuanto que me dará ocasión este ejemplo para explicar una máxima utilísima y para impugnar otra muy funesta.

Emilio ama; por lo tanto, no es temerario, y, además, no ignora que la imperiosa Sofía no es una joven que le consienta familiaridades. Como en todas las cosas, el recato tiene sus límites, y antes se la podría tachar de excesivamente áspera que de indulgente, y su mismo padre a veces recela que su excesivo orgullo degenera en altanería. En las conversaciones más secretas, a solas, Emilio no se atrevería a solicitar el más leve favor, ni siquiera a dar ninguna señal que demuestra su deseo, y cuando en el paseo quiere pasar el brazo bajo el suyo, gracia que no permite que se convierta en derecho, apenas él se atreve a estrechar el brazo contra su pecho. No obstante, después de una larga sujeción, se aventura a besar con disimulo su vestido, y muchas veces es tan feliz que ella consiente y hace como si no lo viese. Un día que quiere tomarse con más franqueza la misma libertad, se le ocurre a ella enfadarse. El se empeña, ella se irrita, .y la indignación le dicta algunas expresiones un poco duras; Emilio no las tolera sin replicar y están serios todo lo que resta del día; luego se separan muy disgustados.

Sofía está fuera de sí. Su madre es su confidente. ¿Cómo ha de esconder su sentimiento? Esta es su primera riña, y una riña de una hora es un asunto de mucha importancia. Está arrepentida de su culpa, su madre le permite que la repare y su padre se lo ordena.

El día siguiente, Emilio, inquieto, vuelve antes de lo acostumbrado; Sofía está en el gabinete de su madre y su padre

también está allí; Emilio entra muy respetuosamente, pero con gesto triste. Después de saludar al padre y a la madre, se vuelve a Sofía, le tiende la mano y con voz cariñosa le pregunta cómo está. Bien se ve que esta bonita mano se adelanta así para que se la besen, pero Emilio la coge y no la besa. Algo avergonzada, Sofía la retira como mejor puede. Emilio, que no está acostumbrado a las maneras de las mujeres, no sabe para qué sirven los caprichos, no los olvida con facilidad ni se apacigua tan pronto. Viéndola confusa, el padre acaba de confundirla con su risa. La pobre muchacha, avergonzada, humillada, no sabe qué hacer y lo daría todo para poder llorar. Cuanto más se contiene, más se le aprieta el corazón, y, por último, a pesar suyo, le brilla una lágrima. Emilio ve esa lágrima, se arroja a los pies de Sofía, le coge una mano y la besa con arrebatos muchas veces. «La verdad es que sois demasiado bueno -dice el padre, soltando una carcajada-, y yo sería menos indulgente con esas locuelas y castigaría la boca que me hubiese ofendido.» Emilio, alentado con estas palabras, mira con ojos suplicantes a la madre, y creyendo observar una señal de asentimiento, temblando se acerca al rostro de Sofía, quien desvía la cabeza, y para librar la boca presenta su sonrojada mejilla. El imprudente no se contenta, y ella se resiste con blandura. ¡Qué beso si no lo recibiese delante de su madre! Severa, Sofía, tened mucho cuidado; muchas veces os pedirán vuestro vestido para besarlo, con la condición de que lo neguéis algunas.

Después de este castigo ejemplar, el padre se va a sus asuntos, la madre despide a Sofía alegando un pretexto, y luego se dirige a Emilio y le dice en un tono bastante serio- «Caballero, creo que un joven de tan buena condición, tan educado como vos, que pasee buenos sentimientos y costumbres, no querrá pagar con el deshonor la amistad que una familia le demuestra. Yo no soy melindrosa ni gazmoña; sé lo que se debe permitir a la festiva juventud, y buena prueba de ello es lo que os he consentido. Consultad a vuestro amigo acerca de vuestras obligaciones, y os dirá la diferencia que hay entre los juegos que autoriza la presencia de un padre y las libertades que lejos de ellos se toman, abusando de su confianza y convirtiendo en lazos los mismos favores que delante de ellos son inocentes. También os diré, caballero, que la única falta que mi hija

ha cometido con vos ha sido no atajar desde la primera vez lo que nunca debió permitir; os diré que todo lo que se atribuye a favor lo es, pero es indigno de un hombre de honor abusar de la sencillez de una niña para robarle en secreto los mismos favores que delante de todo el mundo ella puede dispensar. Sabemos lo que el buen parecer tolera en público, pero ignoramos dónde se detiene, si en la oscuridad del misterio, el que se constituye en el único juez de sus fantasías.»

Luego de esta justa reprensión, más bien dirigida a mí que a mi alumno, la prudente madre se va y me deja absorto con esa rara tolerancia que no se alarma de que delante de ella besen a su hija en la boca y se asusta de que a solas se atrevan a besarle el vestido.

Reflexionando en lo desatinado de nuestras máximas, que siempre sacrifican la verdadera honestidad a la decencia, comprendo por qué cuanto más estragados están los corazones el idioma es más casto, y los procedimientos más correctos cuanto más ruines los que los utilizan.

Con este motivo, inculcando yo en el corazón de Emilio las obligaciones que le debí dictar antes, se me ocurre una nueva reflexión que tal vez honra en mayor grado a Sofía, pero que, no obstante, me guardo de comunicar a su enamorado, y es que la pretendida soberbia de que la acusan no es más que una precaución muy sensata para guardarse a sí misma. Como tiene la desdicha de sentirse con un temperamento ardiente, teme la primera chispa, y la desvía con todo su poder. No es severa por soberbia, sino por humildad. Con Emilio toma el dominio que teme no tener para sí, y recurre al uno para contrarrestar el otro. Si fuera más confiada, sería menos altiva. Exceptuando esto, ¿qué doncella hay en el mundo que sea más fácil y más dócil? ¿Quién que con mayor paciencia sufra un agravio. ¿Quién que sienta más agraviar a otro? ¿Quién que no presuma de algo que no sea de su virtud? Ni tampoco se envanece de su virtud, o si se envanece es sólo para conservarla, y cuando puede abandonarse sin peligro a las inclinaciones de su corazón, hasta a su prometido acaricia. Pero su prudente madre no explica estas circunstancias ni siquiera a su propio padre, pues los hombres no tienen porqué saberlo todo.

Lejos de parecer orgullosa con su conquista, Sofía todavía se ha vuelto más afable y menos esquiva con todo el mundo, excepto con el único que ha coaccionado su cambio. El sentimiento de la independencia ya no la engríe y con modestia triunfa en una batalla que ha

recortado su libertad. Se presenta con menos desenvoltura y tiene el hablar más tímido desde que no oye sin sonrojarse la voz de su amante, pero entre el encogimiento se observa su satisfacción, y su misma vergüenza no es un sentimiento que la aflija. La diferencia de su conducta es más palpable, especialmente con los jóvenes que se presentan. Desde que les ha perdido el miedo, ha cedido mucho la excesiva reserva con que los trataba. Decidida su selección, se muestra obsequiosa sin reparo con los indiferentes, desde que no le interesan, y siempre encuentra la correcta amabilidad en gentes con las que nada de común puede tener.

Si el verdadero amor pudiera hacer uso de la coquetería, yo creería ver algunos vestigios de ella en la forma como Sofía, en presencia de su enamorado, se comporta con ellos. Se diría que no satisfecha con la ardiente pasión que por una mezcla exquisita de reserva y cariño le abrasa, se complace en irritar todavía esa misma pasión con alguna inquietud; que divirtiendo intencionadamente a los jóvenes, huéspedes suyos, agrava el tormento de Emilio demostrándoles una jovialidad que con él no se atreve a usar, pero Sofía es demasiado atenta, buena y juiciosa, para atormentarle. El amor y la honestidad sustituyen en ella a la prudencia para frenar ese peligroso estimulante; cuando es preciso sabe alarmarle y tranquilizarle en el acto, y si alguna vez le inquieta, nunca le entristece. Debemos disculpar la zozobra que causa al que ama por el temor de que nunca está bastante sujeto.

Pero, ¿qué efecto causará en Emilio este juguete? ¿Tendrá celos o no los tendrá? Esto es motivo de examen, puesto que semejantes digresiones forman parte del objeto de mi libro y me apartan poco de mi asunto.

Hice observar antes cómo en las cosas que sólo dependen de la opinión, se introduce esta pasión en el corazón del hombre. Pero en el amor es muy diferente; entonces los celos parecen estar tan unidos con la naturaleza que con dificultad se puede creer que no

provengan de ella, y el mismo ejemplo de los animales, muchos de los cuales tienen furiosos celos, establece sin apariencias de réplica el dictamen opuesto. ¿La opinión de los hombres es que aprenden de los gallos a despedazarse, y de los toros a batirse hasta matarse?

El sentir aversión hacia todo lo que perturba nuestros gustos y se opone a ellos es muy natural; en esto no cabe discusión alguna. Hasta cierto punto también se halla en el mismo caso el deseo de poseer exclusivamente lo que nos complace. Pero cuando volviéndose en pasión, ese deseo se convierte en furor, o en el triste y tenebroso desvarío llamado celos, entonces es otra cosa; esta pasión puede ser o no ser natural. Importa distinguir.

El ejemplo sacado de los animales está examinado en el Discurso sobre la desigualdad, y ahora que de nuevo reflexiono sobre ello, ese examen me parece tan sólido que me atrevo a remitir a él a mis lectores, y sólo añadiré a las distinciones de mi escrito que los celos que provienen de la naturaleza tienen mucho enlace con la potencia del sexo, y cuando esta potencia es o parece ser ilimitada, los celos llegan al mayor exceso, porque como entonces el macho mide sus derechos por sus necesidades, no puede mirar a otro macho sino como a un adversario importuno. En estas mismas especies, las hembras obedecen siempre al primero que llega y perteneciendo de este modo a los machos por derecho de conquista, provocan entre ellos combates eternos.

Por el contrario, en las especies en que un macho se une con una hembra, en que el emparejamiento produce una especie de vínculo moral, una especie de matrimonio, perteneciendo la hembra por elección suya al macho que ha escogido, generalmente se niega a cualquier otro, y como el macho confía en la fidelidad de ella por el cariño de que es objeto, siente menos inquietud a la vista de otros machos y vive más pacíficamente con ellos. En estas especies, el macho toma parte en el cuidado de los hijos, y por una de las leyes de la naturaleza que se observan con enterneamiento, parece que la hembra agradece al padre el cariño que tiene puesto en sus hijos.

Si se considera a la especie humana en su primitiva sencillez, es fácil ver la limitada potencia del macho y la templanza de sus deseos, que fue destinado por la naturaleza a contentarse con una

sola hembra, y esto lo confirma la igualdad numérica de los individuos de ambos sexos, por lo menos en nuestros climas; igualdad que, ni con mucho, existe en las especies en que la mayor fuerza de los machos agrupa muchas hembras para uno solo. Y si bien el hombre no empolla como el palomo, careciendo de mamilas para criar a sus vástagos; se encuentra bajo este aspecto en la clase de los cuadrúpedos: son débiles y se arrastran durante tanto tiempo los pequeños, que con dificultad podrían ellos y la madre vivir sin la protección del padre.

Todas las observaciones contribuyen a demostrar que el furor celoso de los machos en algunas especies de animales, no prueba nada con respecto al hombre, y hasta la excepción de los climas meridionales, donde se halla establecida la poligamia, no hace más que confirmar este principio, porque de la pluralidad de las mujeres proviene la tiránica precaución de los maridos, y el sentimiento de su propia flaqueza incita al hombre a que recurra a la sujeción para eludir las leyes de la naturaleza.

Entre nosotros, donde estas mismas leyes menos eludidas en esta parte lo son en sentido contrario y más odioso, el motivo de los celos se funda más en las pasiones sociales que en el instinto primitivo. En la mayor parte de las relaciones de amor, el amante más odia a sus rivales que lo que quiere a su amada, y si teme no ser el único favorecido, es debido al, amor propio, cuyo origen he demostrado, y su vanidad sufre mucho más que su amor. Por otra parte, nuestras torpes instituciones han hecho a nuestras mujeres tan disimuladas[147], y han inflamado tanto sus apetitos, que casi no se puede contar con el cariño mejor probado, y ellas ya no pueden demostrar preferencias que extingan el miedo a los rivales.

En cuanto al verdadero amor, es una cosa muy distinta. Ya observé en el escrito señalado antes que este afecto no es tan natural como se piensa, y que existe una gran diferencia entre el dulce hábito que aficiona al hombre a su compañera y el ardor desenfrenado que le embriaga. Esta pasión, que sólo respira exclusiones y preferencias, se diferencia de la vanidad en que, como ésta todo lo exige y nada otorga, siempre es inicua, y el amor, dándole todo lo que exige, es por sí mismo un afecto lleno de equidad. Por otra parte, cuanto mayor es su exigencia, mayor es su

credulidad; la misma ilusión que le causa facilita el convencerle. Si el amor es inquieto, la estimación es confiada, y nunca en un corazón honrado ha existido amor sin estimación, porque nadie ama en el objeto amado otras cualidades que las que aprecia.

Puesto en claro todo esto, puede decirse con certeza de qué especie de celos es capaz Emilio, porque en cuanto el germen de esa pasión apunta en el corazón humano, sólo la educación determina su forma. Enamorado y celoso, Emilio no será sañudo, suspicaz, desconfiado, sino delicado, sensible y tímido; estará más alarmado que irritado, y se esforzará más por ganar a su dama que en amenazar a su rival; le desviará, si puede, como un obstáculo, sin odiarle como a un enemigo; si le aborrece, no será porque se atreve a disputarle un corazón que sabe suyo, sino por el peligro de perderle; su orgullo no se ofenderá neciamente porque otro se declare rival suyo; convencido de que el derecho de preferencia se funda únicamente en el mérito, y que en el triunfo está vinculada la honra, su sentimiento le impulsará a ser amable y probablemente lo conseguirá. Si la generosa Sofía irrita su amor con algunos sobresaltos, sabrá regularlos y reparar el daño, y no tardará en expulsar los rivales que únicamente consentía por ponerle a prueba.

¿Pero adónde me veo arrastrado sin darme cuenta? ¡Ah, Emilio!, ¿cómo eres ahora? ¿Puedo reconocer en ti a mi alumno? ¡Qué decaído te veo! ¿Dónde está aquel joven formado con tanta dureza, que arrostraba los rigores de las estaciones, que entregaba su cuerpo a los más rudos trabajos y su alma a las leyes de la sabiduría; inaccesible a la preocupación y a las pasiones, que sólo amaba a la verdad, únicamente cedía a la razón y sólo lo que había en él le interesaba? Ahora, entregado a una vida ociosa, se deja gobernar por mujeres; sus ocupaciones son simples pasatiempos, y sus lees la voluntad de una mujer; una joven es el árbitro de su destino; se postra, se arrastra por el suelo ante ella y el grave Emilio es el juguete de una criatura.

Tal es el cambio de las escenas de la vida; cada edad posee sus resortes que la hacen mover, pero el hombre siempre es el mismo. A los diez años se le domina con pasteles y a los veinte con una amada; a los treinta son los deleites, a los cuarenta es la ambición, a los cincuenta es la avaricia..., ¿y cuándo persigue la sabiduría?

Dichoso es el que llega a ella aun contra su voluntad. ¿Qué importa el guía de que nos sirvamos con tal que nos lleve a la meta? Los héroes, y hasta los mismos sabios, han pagado este tributo a la flaqueza humana, y hasta hubo quien rompió husos con sus dedos, y no por eso dejó de ser un gran hombre.

La eficacia de una feliz educación, ¿queréis que se extienda a la vida entera? Pues prolongad durante la juventud los buenos hábitos de la niñez, y cuando vuestro alumno sea lo que deba ser, procurad que continúe siendo el mismo en todos los tiempos. Esta es la perfección que os falta dar a vuestra obra. Por esto particularmente es importante el dejar un ayo a los jóvenes; en cuanto a los demás, no hay que temer que sin él no sepan enamorar. Lo que engaña a los instructores, y más a los padres, es que se figuran que un modo de vivir excluye otro, y que cuando uno es mayor debe renunciar a todo lo que hacía siendo pequeño, pero si fuese así, ¿de qué serviría cuidar de la infancia, puesto que del buen o mal uso que hiciesen de ella dependería todo, y tomando modos de vivir absolutamente diversos, por necesidad adquirirían otros modos de pensar?

Como sólo las graves enfermedades constituyen una solución de continuidad en la memoria, así también las pasiones fuertes nacen de las costumbres, y si bien nuestros gustos y nuestras inclinaciones varían, esta mudanza, a veces atropellada, se suaviza con los hábitos. En la sucesión de nuestras inclinaciones, como en una buena gradación de colores, el artista debe hacer imperceptibles los pasos, confundir y mezclar las tintas, y para que no sobresalga ninguna, extenderá muchas en el lienzo. Esta regla la confirma la experiencia; las personas inmoderadas mudan de aficiones todos los días, de gustos y sentimientos, y sólo en el vicio de variar son constantes, pero el hombre ordenado vuelve siempre a sus antiguas costumbres, y ni en la vejez pierde el gusto de los deleites que amaba de niño.

Si procuráis que cuando los jóvenes pasan a una nueva edad no desprecien la anterior, que cuando con. traigan nuevos hábitos no abandonen los antiguos, y que siempre quieran hacer lo que está bien, sin tener en cuenta el tiempo en que empezaron a hacerlo, sólo entonces habréis puesto a salvo vuestra obra y estaréis

seguros de ellos hasta el fin de su vida, porque la revolución más temible es la de la edad que ahora veláis. Como siempre sentimos su falta con tristeza, perderemos más tarde los gustos que hemos conservado, pero una vez interrumpidos, ya no se recobran.

La mayor parte de los hábitos que hacéis contraer a los niños jóvenes no son verdaderos hábitos, porque los han adquirido a la fuerza, y como los siguen contra su voluntad, únicamente aguardan la ocasión para dejarlos. Nadie se aficiona a la cárcel por vivir en ella; entonces el hábito, lejos de disminuirla, aumenta la aversión. Con Emilio no sucede así, pues, no habiendo hecho en su niñez nada que no fuese voluntariamente y con agrado, si continúa haciendo lo mismo cuando es hombre, a la dulzura de la libertad añade el placer de la costumbre. La vida activa, los trabajos manuales, el ejercicio, el movimiento, se le han hecho necesarios de tal manera, que no podría renunciar a ellos sin molestia. Sería aprisionarle, encadenarle, retenerle en un estado de violencia y apremio el reducirle a una vida sedentaria, y no dudo que su índole y su salud se resentirían. Apenas si respira a su gusto en una habitación cerrada, y necesita aire libre, movimiento y fatiga. Hasta estando con Sofía mira con codicia el campo y desea correr con ella. Sin embargo, cuando es preciso está parado, pero se siente inquieto, agitado, parece que lucha, consigo mismo; no se mueve porque se encuentra encadenado. Me diréis que son necesidades a las cuales yo le he amoldado, sujeciones que le he impuesto, y es verdad: le he sujetado al estado del hombre.

Emilio ama a Sofía, ¿pero cuáles son los primeros encantos que le han enamorado? La sensibilidad, la virtud, el amor de las cosas honestas. Si ama ese amor en su dama, ¿cómo le ha de haber perdido por sí mismo? ¿Qué precio se ha puesto Sofía? El de todos los afectos que son naturales en el corazón de su amante: la estimación de los verdaderos bienes, la frugalidad, la sencillez, el desinterés generoso, el menosprecio del fausto y las riquezas. Antes de que el amor le hubiera impuesto estas virtudes, Emilio ya las poseía. ¿Pues, en qué ha cambiado? Tiene nuevos motivos para ser el mismo, y únicamente en este punto se diferencia de lo que era antes.

No pienso que nadie que lea este libro con alguna atención crea que se han reunido por casualidad todas las circunstancias de la situación en que Emilio se encuentra. ¿Es casualidad el que, ofreciendo las ciudades tantas jóvenes amables, la que le gusta esté en un sitio tan lejano y aislado? ¿Es casualidad el dar con ella? ¿Es casualidad si se convienen? ¿Es casualidad si no pueden vivir en el mismo lugar? ¿Es casualidad si la ve tan pocas veces y está obligado a tantas fatigas para darse la satisfacción de verla? Decís que se afemina, y por el contrario se endurece, y es preciso que sea tan robusto como yo le he formado para resistir las fatigas que Sofía le hace sufrir. Vive a dos leguas de su casa, y esa distancia sirve de estímulo a su amor. Si viviesen puerta por puerta, o si pudiera ir a verla cómodamente

sentado en un buen coche, tal vez por esa misma facilidad la amaría menos. ¿Habría querido morir Leandro por Hero si no les hubiera separado el mar? Ahorradme, lector, más detalles; si sois capaz de entenderme, los seguiréis sin vacilar.

Las primeras veces que fuimos a ver a Sofía, pedimos caballos para llegar más pronto, y nos pareció cómodo, y la quinta vez aún seguimos yendo a caballo. Nos esperan; a más de media legua de la casa vemos gente en el camino. Emilio observa, el corazón le late, se acerca, reconoce a Sofía, salta del caballo, corre, vuela y ya está con la amable familia. Emilio prefiere briosos caballos, y el suyo lo es; se siente libre y corre por el campo; yo le sigo, le alcanzo con mucha dificultad y me lo traigo. Sofía tiene miedo de los caballos y no me atrevo a acercarme a ella. Emilio no ve nada, pero Sofía le dice al oído el trabajo que ha dejado que se tome su amigo. Emilio acude avergonzado, coge los caballos y se queda atrás, pues es justo que le toque a cada uno su vez. Se va el primero para librarse de la montura. Dejando de esta manera a Sofía detrás, ya no encuentra que el caballo sea un medio tan cómodo, y vuelve jadeando y nos encuentra a mitad de camino.

Al siguiente viaje, Emilio ya no quiere más caballos. «¿Por qué? -le digo-; tomaremos un lacayo que cuide de ellos.» «No -me contesta-; ¿hemos de aumentar los gastos de tan respetable familia? Ya veis que lo quieren mantener todo, hombres y caballos.» «Es verdad -admito-; tienen la noble hospitalidad de la pobreza.

Avarientos los ricos en medio de su fausto, sólo alojan a sus amigos, pero los pobres también alojan a los caballos de sus amigos.» «Vamos a pie -dijo; ¿no tenéis ánimos para ello, vos que con tan buena voluntad compartís las fatigas de vuestro hijo?» «Con mucho gusto», le respondo al momento, y la verdad es que también a mí me parece que no se requiere tanto ruido para enamorar.

Al llegar hallamos a la madre y a la hija todavía más lejos que la primera vez. Hemos venido como el rayo; Emilio está empapado de sudor; una mano querida se digna enjugarle las mejillas con su pañuelo. Habían de sobrar caballos en el mundo antes de sentir otra vez la tentación de servirnos de ellos.

No obstante, es muy cruel el no poder permanecer juntos más tiempo que la tarde. El otoño se acerca y empiezan a ser más cortos los días. Por más que nos excusemos, no nos permiten que regresemos de noche, y cuando no venimos por la mañana, tenemos que irnos poco después de llegar. De tanto quejarnos, y compadeciéndose de nosotros, a la madre se le ocurre que no siendo posible alojarnos con decencia en su casa, tal vez se pueda encontrar en el lugar un albergue para pasar algunas veces la noche. Al oír estas palabras, Emilio da palmadas y salta de alegría, y Sofía le da más besos que nunca a su madre el día que se le ocurre esta solución.

Poco a poco se establecen y consolidan entre nosotros la dulzura de la amistad y de la inocencia. Los días señalados por Sofía o por su madre, regularmente voy con mi amigo, pero algunas veces le dejo que vaya solo. La confianza enaltece el alma y un hombre no debe ser tratado como una criatura. ¿Qué habría adelantado hasta aquí si mi alumno no mereciera mi total estimación? Algunas veces también yo voy sin él, y entonces se queda triste, pero no murmura, ¿pues de qué le valdrían sus quejas? Por otra parte sabe muy bien que yo no voy a perjudicar sus intereses. En lo que se refiere a lo demás, lo mismo si vamos juntos que separados, se entiende que no nos importa el tiempo, orgullosos por llegar en estado que no inspire lástima. Por desdicha, Sofía nos priva de este honor y nos prohíbe viajar con mal tiempo. Esta es la única vez que la encuentro rebelde a las reglas que le dicto secretamente.

Un día que ha ido solo, y que yo no le esperaba hasta el siguiente, veo que llega la misma tarde y le digo mientras le abrazo: «Amado Emilio, ¿te vuelves con tu amigo?» Pero en vez de corresponder a mi halago me dice con acento de enfado: «No creáis que vuelvo tan pronto por mi gusto, sino contra mi voluntad. Ha querido que regresase, y lo hago por ella, no por vos». Enternecido con esta ingenuidad le abrazo otra vez, diciéndole: «Alma franca, amigo sincero, no me robes lo que me pertenece. Si vienes por ella, por mí lo dices; tu vuelta es obra suya, pero tu franqueza es mía. Conserva siempre ese candor de las almas nobles. Dejemos que piensen como quieran los indiferentes, pero es un delito consentir que un amigo nos agradezca lo que no hemos hecho por él».

Me guardo bien de disminuir a sus ojos el valor de esta confesión, encontrando en ella más amor que generosidad y diciéndole que no se quiere quitar tanto el mérito de esta vuelta como atribuírselo a Sofía. Pero me dice lo que siente su corazón sin que piense en ello; si ha vuelto despacio, y soñando en sus amores, Emilio es el fiel, el amante de Sofía; si llega de prisa, sofocado, aunque murmure por lo bajo, Emilio es el amigo de su mentor.

Por estas circunstancias se ve que mi joven está muy lejos de pasarse la vida al lado de Sofía y verla cuando quiera. Los permisos que le dan los limitan a un viaje o dos por semana, y sus visitas, que muchas veces no son más que de medio día, rara vez llegan al siguiente. Gasta más tiempo esperando verla o en disfrutar el placer de haberla visto, que en verla realmente. Del tiempo que emplea en sus viajes, pasa más en el camino que al lado de Sofía. Verdaderas, puras, deliciosas, pero más imaginarias que reales, sus satisfacciones irritan su amor sin entibiar su corazón.

Los días que no la ve no permanece ocioso y sedentario; esos días todavía es Emilio, y no está transformado. La mayor parte de las veces recorre las campiñas inmediatas, sigue su historia natural, observa, examina las tierras, sus producciones y su cultivo; compara las labores que ve con las que ya conoce y averigua los motivos de las diferencias; cuando juzga otros métodos que son preferibles a los usados en el país, se los enseña a los labradores; si propone un tipo de arado mejor, lo manda construir conforme a su dibujo; si encuentra una veta de marga les enseña su uso, ignorado en el

país; muchas veces, él mismo pone mano a la obra; se quedan atónitos al contemplar que maneja con más habilidad que ellos sus aperos, que abre surcos más derechos y profundos que los suyos, que siembra con mayor igualdad y traza los arriates con más seguridad. No se burlan de él como de un peripuesto charlatán de agricultura, pues se dan cuenta de que verdaderamente sabe. En una palabra, su celo y sus afanes abrazan todo lo bueno y útil, y no se limita a eso: visita las casas de los labradores, se informa de su estado, de sus familias, del número de sus hijos, de la extensión de sus tierras, de la naturaleza de las producciones, de su venta, de sus cargas y sus deudas. Da poco dinero, pues sabe que generalmente lo emplean mal, pero él mismo se cuida de su empleo y procura que les sea provechoso incluso contra su voluntad. Les ofrece operarios y muchas veces les paga los jornales para las labores que necesitan.

A uno le hace reparar o techar su choza medio agrietada, al otro desmontar su tierra abandonada por alta de medios, a éste otro le da una vaca, una mula, o unas reses que le compensen de las que ha perdido; dos vecinos que entablen un pleito, los persuade y reconcilia; si enferma un aldeano, le hace cuidar y le cuida él mismo[148]; otro sufre la opresión de un vecino poderoso, y él lo recomienda y le ampara; si dos jóvenes pobres se quieren casar, les ofrece su ayuda para que se casen; si una infeliz mujer ha perdido a su hijo, le hace una visita, la consuela y la acompaña durante un largo rato; no desdeña a los miserables, y muchas veces come en casa de los rústicos que asiste, como también acepta las invitaciones de vecinos que no le necesitan; es el bienhechor de unos y amigo de otros, y nunca deja de ser el mismo. Por último; siempre hace tanto bien con su persona como con su dinero.

Alguna vez dirige sus paseos hacia la venturosa mansión; tal vez espere divisar a Sofía, verla paseando sin que ella lo advierta. Pero Emilio no gasta rodeos en su modo de obrar, ni sabe ni quiere eludir nada. Posee aquella amable delicadeza que con el buen testimonio de sí mismo alimenta el amor propio y le halaga. Cumple rigurosamente su destierro, y nunca se acerca lo suficiente para alcanzar del acaso lo que sólo quiere deber a Sofía. En cambio, vaga placentemente en las inmediaciones buscando de hallar las

huellas de los pasos de su amada, enterneciéndose con la molestia que se ha tomado y las caminatas que ha realizado por condescendencia de él. La víspera de los días que la debe ver, entra en un caserío inmediato a preparar una merienda para el día siguiente. Dirige su paseo hacia esta parte como por casualidad, entran en el caserío, y se encuentran con frutas, pasteles y nata. Estas atenciones complacen mucho a la golosa Sofía, y agradece nuestra previsión, pues yo siempre tomo parte en el cumplimento, aunque no haya tenido ninguna en la diligencia que la motiva, pero es una astucia de muchacha para dar las gracias con mas afecto. Su padre y yo comemos unos bollos y bebemos vino, pero Emilio se pega a las mujeres, estando siempre al acecho para coger el plato de nata en el que Sofía haya metido la cuchara.

A propósito de bollos, hablo a Emilio de sus antiguas carreras. Sienten curiosidad para saber en qué consistían estas carreras; lo explico, se ríen y le preguntan si todavía sabe correr. Mejor que nunca, responde, y sentiría mucho haberlo olvidado. Alguno de los presentes tiene muchas ganas de verle correr y no se atreve a decirlo; otro se encarga de la propuesta, y la acepta; se reúne a dos o tres mozos de las inmediaciones, se fija un premio, y para imitar mejor los antiguos juegos, se pone un bollo encima de la meta. Cada uno ya está preparado; el padre da la señal con una palmada. El ágil Emilio atraviesa el viento, y llega al final de la carrera cuando los otros tres patanes acaban de arrancar. Emilio recibe el premio de las manos de Sofía, y no menos generoso que Eneas, reparte dádivas a los vencidos.

En medio de los aplausos del triunfo, Sofía se atreve a desafiar al vencedor, y se jacta de correr tanto como él. Emilio acepta, y mientras ella se dispone para la carrera, levantándose un poco la falda, y con más deseos de mostrar a Emilio una pierna bien formada que de vencer en la carrera, mira si queda demasiado corto el vestido, él dice una palabra al oído de su madre, que sonrío, y le hace una señal de aprobación. Luego se pone al lado de su competidora, y tan pronto como se da la señal, la ve que parte ligera como un pájaro.

Las mujeres carecen de disposición para correr, y cuando huyen es para que las alcancen. La carrera no es lo único que hacen sin

habilidad, pero sí que es lo único que hacen sin gracia; sus codos echados atrás y pegados al cuerpo les dan una postura ridícula y los altos tacones sobre los cuales se empinan les dan una apariencia de saltamontes que quieren correr sin dar saltos.

Emilio no se imaginaba que Sofía corriese mejor que otra mujer, y no se digna moverse de su sitio, viéndola partir con una sonrisa burlona. Pero como Sofía es ágil y no lleva tacones, no necesita ningún artificio para que se vea la pequeñez de su pie, y se aleja con tal velocidad que él apenas tendrá tiempo para alcanzar a esta nueva Atalanta. Por fin se lanza adelante, como el águila que se arroja sobre la presa, la sigue, casi tropieza con ella cuando la alcanza y se ve cómo jadea; le ciñe con suavidad el cuerpo con su brazo izquierdo, la levanta como una pluma y, estrechando sobre su pecho la dulce carga, termina de este modo la carrera, pero haciendo que sea ella quien primero toque la meta, y grita: ¡Victoria por Sofía!»; seguidamente dobla la rodilla ante ella y se reconoce vencido.

A estas diversas ocupaciones se añade la del oficio que hemos aprendido. Por lo menos un día a la semana, y todos aquellos en que el mal tiempo no nos permite salir al campo, Emilio y yo vamos a trabajar en casa de un maestro. No trabajamos por cumplimiento y como personas superiores a esta condición, sino de veras y como verdaderos artesanos. La vez que recibimos la visita del padre de Sofía, nos encuentra trabajando, y no deja de contar con admiración a su hija y a su esposa lo que ha visto. «Id a ver -les dice- a ese joven al taller y veréis si tiene en poco la condición de pobre.» Podéis imaginar si Sofía oiría con satisfacción estas razones. Halan de ello y quisieran cogerle trabajando. Indirectamente me preguntan y, habiéndose informado del día fijo, la madre y la hija toman un coche y el día señalado vienen a la ciudad.

Al entrar en el taller, Sofía descubre al otro extremo a un joven con una blusa, despeinado y tan ocupado en lo que está haciendo que no la ve; se detiene y hace una seña a su madre; Emilio con un escoplo en una mano y el martillo en la otra, concluye una muesca; luego asierra una tabla y pone una parte de ella sobre el banco para cepillarla. Este espectáculo tan respetable no hace reír a Sofía, sino

que la emociona. Mujer, honra a tu jefe; él es quien trabaja para ti, quien te gana el pan y quien te mantiene; ése es el hombre.

Mientras le observan, yo me doy cuenta de ellas, tiro a Emilio de una manga, se vuelve y las ve, arroja las herramientas y de un salto llega hasta a ellas, dando un grito de júbilo. Luego de sus primeros arrebatos, las hace sentar y se vuelve a su trabajo, pero Sofía no puede estar sentada, y recorre el taller, lo mira todo, toca las tablas pulimentadas, pisotea las astillas del suelo, mira nuestras manos, y después dice que ese oficio le gusta porque es limpio. La locuela también quiere imitar a Emilio. Con su débil y blanca mano empuja el cepillo sobre la tabla, pero le resbala y no prende. Cree que ve al amor riéndose en los aires, batiendo las alas y gritar alegremente: «Hércules está vengado».

Entre tanto, la madre hace preguntas al jefe: «Señor maestro, ¿cuánto paga usted a esos oficiales?» «Señora, les doy un franco diario a cada uno y comida, pero si ese joven quisiera, ganaría mucho más, pues es el mejor oficial de esta tierra.» «¿Un franco al día y la comida?»

dice mirándonos enternecida la madre. «Sí, señora», afirma el maestro. Al oír estas palabras, corre hacia Emilio, le abraza casi llorando y repitiendo varias veces: «¡Hijo mío, hijo mío...!».

Después de pasar Emilio un rato en conversación con nosotros, pero sin dejar el trabajo, la madre dice que hay que irse, pues es ya tarde y las estarán esperando. Luego se acerca a Emilio y, dándole una palmadita en la mejilla, le dice: «Buen oficial, ¿no quiere venir con nosotras?» El responde con voz muy triste: «He dado mi palabra; dígaselo usted al maestro». Le preguntan al maestro si nos deja ir, y responde que no puede. «Tengo -dice-, un trabajo que urge y debo entregarlo pasado mañana. Contando con estos señores, no he admitido a otros trabajadores que se me han presentado, si éstos me faltan no sé dónde encontrar otros y no podré entregar la obra el día que he prometido.» La madre no replica y espera a que hable Emilio, quien baja los ojos y calla. «Señor -le dice, sorprendida por su silencio-, ¿no dice usted nada?» Emilio mira con tiernos ojos a la hija y responde sólo estas palabras: «Usted ya ve que debo quedarme». Al oírle, ellas se van y nos dejan. Emilio las acompaña

hasta la puerta, las sigue con los ojos hasta perderlas de vista, suspira y vuelve a su trabajo sin hablar.

Ya en el camino y contrariada, la madre habla a su hija de lo absurdo del procedimiento. «¿Cómo?, ¿era tan difícil contentar al maestro sin verse obligado a quedarse? ¿Un joven tan pródigo, que tira sin necesidad el dinero, no encuentra la solución que conviene?» «Mamá -responde Sofía-, no quiera Dios que Emilio conceda tanto poder al dinero, valiéndose de él para romper sus compromisos personales, para faltar impunemente a su palabra y hacer que otro falte a la suya. Estoy segura de que fácilmente resarciría al jefe del ligero perjuicio que le causaría su ausencia, pero obrando de este modo sometería su alma a las riquezas, se acostumbraría a dejar a un lado sus obligaciones y a creer que el que paga está dispensado de todo. Emilio tiene otro modo de pensar y espero que yo no seré la causa de que cambie. ¿Creéis que no le ha dolido tenerse que quedar? El ha hecho eso por mí; me lo han dicho muy bien sus ojos.»

Esto no quiere decir que Sofía sea indulgente en los verdaderos sentimientos del amor; por el contrario, es imperiosa, exigente, y antes preferiría no ser amada que serlo a medias. Tiene el noble orgullo del mérito propio, y lo estima y quiere ser correspondida como él corresponde. Desdeñaría a un corazón que la amase por sus encantos más que por sus virtudes, un corazón que no la prefiriese a todo lo demás. No ha querido un amante que sólo obedeciese la ley de ella; quiere reinar en un hombre que no haya cambiado. Es así como Circe desprecia a los compañeros de Ulises que ella ha humillado y sólo se entrega a él, a quien no ha podido cambiar.

Pero dejando aparte este inviolable y sagrado derecho, excesivamente celosa de todos los suyos, Sofía observa con qué escrúpulos los respeta Emilio, con qué fervor cumple su voluntad, con qué facilidad la adivina; con qué puntualidad llega en el instante convenido; no quiere que se retarde ni que se adelante, sino que sea puntual. Adelantarse es preferirse a ella; retrasarse es un desaire. ¡Desairar a Sofía! No ocurriría dos veces. La injusta sospecha de un desaire los puso al borde de una ruptura, pero Sofía es sensata y sabe reparar sus faltas.

Una tarde nos esperan; Emilio ha recibido la orden. Vienen a recibirnos y no llegamos. ¿Qué ha pasado? ¿Qué desgracia les habrá sucedido? Nadie les da noticias y pasan las horas esperándonos. La pobre Sofía nos cree muertos, se desconsuela, se atormenta y no para de llorar. Al anochecer, mandan a un mensajero para informarse de nosotros y les lleve noticias nuestras a la mañana siguiente; el enviado es seguido de otro nuestro, que les presenta nuestras excusas y diciéndoles que estamos bien. Poco más tarde, aparecemos. Entonces la escena cambia; Sofía enjuga sus lágrimas, y si las vierte son de ira. Su altivo corazón no ha ganado nada con torturarse; Emilio vive y ha hecho que ella le esperara inútilmente.

Cuando llegamos quiere encerrarse. Le mandan que se quede, y tiene que obedecer, pero en seguida toma una decisión, y finge una alegría que engañaría a otros. Su padre viene a recibirnos, y nos dice: «Mucha angustia nos han hecho pasar, amigos; aquí hay quien no se lo perdonará fácilmente». «¿Quién es, papá?», pregunta Sofía, sonriendo, sin que su sonrisa le pase de los labios. «¿Qué importa -contesta su padre-, mientras no seas tú?» Sofía calla y se fija en su labor. Su madre nos recibe con frío y estudiado gesto; Emilio, cortado, no se atreve a acercarse a Sofía, pero ella le habla, le pregunta cómo está, le invita a que se siente y disimula de tal modo que el pobre joven, que todavía no conoce el lenguaje de las vehementes pasiones, se desconcierta de tanto aplomo, y casi se indigna más de lo que lo está ella.

Para apaciguarle voy a coger la mano de Sofía y quiero llevármela á los labios, como hago algunas veces, pero ella la retira bruscamente y exclama: «¡Señor!», en un tono tan vivo, que este involuntario movimiento la descubre al instante a los ojos de Emilio.

La misma Sofía, viendo que se ha traicionado, se apacigua un poco. Su aparente serenidad se convierte en un irónico desdén. A todo lo que le dicen responde con monosílabos, insegura la voz, como temerosa de que se advierta su indignación. Emilio, muerto del susto, la mira con dolor y trata de que ella le mire a los ojos y lea sus nobles sentimientos. Más irritada Sofía con su confianza, le dirige una mirada que le quita el deseo de pedirle otra. Confundido y temblando, Emilio no se atreve a mirarla, ni hablarle, pues aunque

no tenga ninguna culpa, si hubiera soportado su cólera, ella no se lo hubiera perdonado nunca.

Entonces, viendo yo que ha llegado mi hora, y que hay que explicarse, vuelvo a Sofía. Cojo otra vez su mano, que ya no la retira porque le falta poco para desmayarse, y le digo con suavidad: «Querida Sofía, somos desgraciados, pero vos sois razonable y justa, y no debéis juzgarnos sin antes oírnos; escuchadnos». Ella no responde, y yo le digo esto:

«Salimos ayer a las cuatro, teníamos que llegar aquí a las siete, y siempre nos tomamos más tiempo del necesario para poder descansar cuando estamos ya cerca. Habíamos andado las tres cuartas partes del camino cuando llegaron a nuestros oídos unos dolorosos lamentos que salían de un barranco cercano. Acudimos a los gritos, y hallamos a un desventurado aldeano que, volviendo de la ciudad un poco bebido, había caído y se había roto una pierna. Dimos voces llamando a gente, pero nadie contestó; probamos de montarlo en el caballo y no pudimos; al menor movimiento, el desventurado chillaba de dolor. Decidimos atar al caballo en un rincón del bosque y, haciendo cama con nuestros cuatro brazos, cogidas las manos, cargamos al desgraciado y anduvimos muy despacio, siguiendo sus indicaciones, por el camino que le llevaba a su casa. El trecho era largo y tuvimos que descansar muchas veces. Al fin llegamos, rendidos de fatiga, y nos encontramos con la triste sorpresa de ver que conocíamos la casa, pues el infeliz que con santo cuidado llevábamos era el mismo que tan cordialmente nos recibió el primer día de nuestra visita a esta casa. La turbación de los tres, hizo que no nos reconociésemos hasta entonces.

»No tenía más que dos críos que no le podían auxiliar en nada, y como su mujer estaba próxima a dar a luz al tercer hijo, se asustó de tal modo al verle, que se sintió con agudos dolores y alumbró poca horas después. ¿Qué podíamos hacer en una apartada choza donde no era posible esperar ningún socorro? Emilio fue a buscar el caballo que habíamos dejado en el bosque y corrió a llamar a un médico, al que le dio el caballo; y no habiendo podido encontrar a una mujer que los cuidase, volvió a pie con un criado, después de despacharos un propio, mientras que yo, apurado como os podéis figurar, entre un hombre con la pierna rota y una mujer que iba de

parto, disponía lo que creía que, era necesario para ayudar a los dos.

»No os contaré con detalle lo demás, pues eso ya no importa. Eran las dos de la madrugada antes de que consiguiésemos que el uno y el otro descansaran un poco. En fin, que hemos llegado antes del amanecer a nuestro albergue, aquí cerca, donde hemos esperado la hora de que estuviéseris despierta para daros cuenta de nuestro accidente.»

No digo más, pero antes de que nadie hable, Emilio se acerca a su amada, y con una firmeza que yo no hubiera esperado, le dice a ella: «Sofía, sois árbitro de mi suerte, bien lo sabéis. Podéis matarme de pesar, pero no esperéis que me olvide de los derechos de la humanidad, más sagrados para mí que los vuestros y a los cuales nunca renunciaré por vos».

Sofía, en vez de contestarle, se levanta, le ciñe el cuello con un brazo, le besa una mejilla y, tendiéndole la mano, le dice: «Emilio, toma esta mano; es tuya. Serás, cuando tú quieras, mi esposo y mi dueño, y yo trataré de merecer ese honor».

Apenas le ha abrazado, cuando su padre, encantado, da palmadas, gritando: «Otro, otro», y Sofía, sin hacerse rogar, le da dos besos en la otra mejilla, pero al momento, asustada con lo que acaba de hacer, se echa a los brazos de su madre, y en el seno maternal esconde su rostro, rojo de vergüenza.

No describiré la común alegría, pues todo el mundo se lo puede imaginar. Después de comer, Sofía pregunta si la casa de esos pobres enfermos está muy lejos, para ir a visitarlos. Sofía quiere, y es una buena obra. Vamos allá y los encontramos a cada uno en una cama, pues Emilio hizo traer una, y hallamos gentes que los cuidan, que Emilio también ha buscado. Pero hay tal desorden, que sufren por lo incómodo y por su situación. Sofía busca un delantal de la buena mujer y arregla su cama; después hace lo mismo con el hombre, y su tierna y hábil mano sabe encontrar lo que le duele y consigue la postura que le permita descansar mejor. Cuando ella se les acerca, se sienten más aliviados. Ahora esta delicada joven, no siente asco ni de la suciedad ni del mal olor, y lo limpia todo sin pedir ayuda y sin molestar a los enfermos. Siempre tan modesta y a veces tan desdeñosa, que ni por todo el oro del mundo habría

tocado con la punta del dedo la cama de un hombre, mueve y da vueltas al herido sin ningún escrúpulo, le coloca en una posición más cómoda para que pueda descansar mucho tiempo. El celo de la caridad le va bien a la modestia; lo que hace, lo hace con tal habilidad y ligereza, que el enfermo se siente aliviado sin casi darse cuenta de que le hayan tocado. El marido y la mujer bendicen a la amable joven que les sirve, que les compadece y los consuela. Es un ángel del cielo que Dios les ha enviado, en su angelical rostro, hay gracia, dulzura y bondad. Enternecido, Emilio la mira en silencio. Hombre, ama tu compañera; Dios te la ofrece para que te consuele en tus penas, para que te alivie en tus males, y eso es la mujer.

Se bautiza al recién nacido. Los dos amantes son los padrinos, y sólo desean proteger a otras criaturas. Sueñan en el instante tan deseado, y todos los escrúpulos de Sofía han desaparecido..., pero empiezan los míos. Aún no han llegado adonde creen, y a cada uno le espera su turno.

Una mañana, después de dos días sin verse, entro en la habitación de Emilio con una carta en la mano y le digo, mirándole fijamente: «¿Qué haríais si os dijese que ha muerto Sofía?» Da un grito terrible, se levanta descompuesto, y sin contestar, me mira aterrado. Continúo con la misma tranquilidad, le digo que conteste y, enfurecido ante mi frialdad, se me acerca mirándome con ira, se detiene y su gesto es una amenaza. «¿Qué haría? No lo sé, pero sí sé que no volvería a ver en mi vida a quien me lo hubiese dicho.» «Tranquilizaos -le respondo sonriendo-, pues vive, está bien, piensa en vos y nos espera esta tarde. Pero vamos a dar un paseo y hablaremos.»

La pasión que tanto le absorbe no le permite entregarse como antes a diálogos en los que se considera todo, y debo despertar su interés para estudiar su misma pasión, a fin de que ponga atención en mis lecciones. Con este terrible preámbulo estoy seguro de que me escuchará.

«Hay que ser feliz, querido Emilio; el fin de todo ser sensible es ése, el primer deseo que nos imprimió la naturaleza y el único que no nos abandona. ¿Pero dónde está la felicidad? ¿Quién lo sabe? Todos la buscan y nadie la encuentra. Pasamos la vida corriendo

tras ella y morimos sin alcanzarla. Querido joven, cuando naciste, tomándote en mis brazos y poniendo a Dios por testigo, prometí que me disponía a sacrificar mi vida por tu felicidad. ¿Sabía yo a lo que me obligaba? No lo sé, pero sabía que haciéndote feliz, yo también lo sería. Velando por ti, velaría por los dos.

»Mientras ignoramos lo que debemos hacer, la sabiduría consiste en permanecer en la inacción. Esta es entre todas las máximas la más necesaria al hombre y la que menos sabe seguir. Buscar la felicidad ignorando dónde está exponerse a huir de ella y correr tantos peligros como sendas hay para descarriarse. Pero a todo el mundo le es posible estar quieto. En la inquietud del deseo por nuestro bienestar preferimos engañarnos corriendo tras él antes que dejar lo que sea para encontrarlo, y una vez nos alejamos de donde está, ya no sabemos retroceder.

»Traté de evitar el mismo error con la misma ignorancia. Cuidando de ti, determiné no dar un paso inútil e impedir que lo dieras tú. No me aparté de la senda de la naturaleza, puesto que ella me enseñaba la senda de la felicidad. Ha resultado que eran una misma y que sin pensarlo la había seguido.

»Sé mi testigo, sé mi juez, y jamás te recusaré. Tus primeros años no han sido sacrificados a los que debían venir después, y has disfrutado de todos los bienes que la naturaleza te había otorgado. De los males a que te sujeto, y los que he podido evitar, sólo has sufrido los que podían endurecerte para los demás. No has soportado ninguno que no fuera para evitar otro mayor. No has conocido ni el odio ni la esclavitud; contento y libre, has sido justo y bueno pero el pesar y el vicio son inseparables y solo son malvados los desgraciados. Ojalá que el recuerdo de tu infancia te dure hasta la vejez. Espero que tu buen corazón siempre se acordará de ella para bendecir la mano que la dirigió.

»Al entrar en la edad de uso de razón, te guardé de la opinión de los hombres; al hacerse sensible tu corazón, te preservé del imperio de las pasiones. Si hubiera podido prolongar esta interior tranquilidad hasta el fin de tu vida, yo habría afirmado mi obra y siempre serías todo lo feliz que un hombre puede ser, pero en vano, querido Emilio, he templado tu alma en la Estigia, pues no he conseguido hacerla invulnerable por todas partes; se presenta un

nuevo enemigo que aún no has aprendido a vencer y del que no puedo liberarte. Ese enemigo eres tú mismo. La naturaleza y la fortuna te habían dejado libre. Podías soportar la miseria, sufrir los dolores corporales y desconocías los del espíritu; no estabas obligado más que a tu condición humana, y ahora lo estás con todos los vínculos en que tú te has atado; al aprender a desear, te has convertido en esclavo de tus deseos. Sin que cambie nada en ti, sin que nada te ofenda, sin que nada toque tu ser, muchos sinsabores pueden ensombrecer tu alma. Muchos dolores puedes sentir sin estar enfermo y muchas muertes puedes padecer sin morir. Una mentira, un error, una duda, puede conducirte a la desesperación.

»En el teatro has visto a los héroes, víctimas de grandes dolores, que ensordecen con sus alaridos, que se afligen como mujeres, que lloran como criaturas y se ganan el aplauso del público. Recuerda la sorpresa que estas lamentaciones, estos clamores y estas quejas te causaban en hombres de los que sólo los actos de constancia y de entereza debían esperarse. Decías, indignado, si eran los ejemplos que querían que siguiésemos, los modelos que debíamos imitar. “Temen que el hombre no sea lo bastante mezquino, desventurado y débil, y todavía vienen a exaltar a su flaqueza con la falsa imagen de la virtud”, agregabas. Pues, querido joven, de hoy en adelante sé más indulgente con el teatro del mundo, que ya eres uno de sus héroes.

Sabes sufrir y morir, sabes soportar la ley de la necesidad en los males físicos, pero aún no han impuesto leyes a los apetitos del corazón, y los pesares de nuestra vida, más que de nuestras necesidades, nacen de nuestra casi nula fuerza. El hombre está unido con mil cosas por sus anhelos, y por sí mismo no lo está con nada, ni siquiera con su misma vida; cuanto más aumenta sus vínculos, más multiplica sus penas. Por la tierra todo pasa rápidamente; todo lo que amamos, tarde o temprano ha de faltarnos, y sentimos ese amor como si hubiera de durar eternamente. ¡Qué terror ante la sospecha de la muerte de Sofía! ¿Has creído que ha de vivir siempre? ¿No muere ninguna a sus años? Tiene que morir, hijo mío y quizá antes que tú, y, ¿quién sabe si en este momento vive? La naturaleza te había sujetado a una sola muerte, y tú te sujetas a una segunda, y te hallas en el caso de morir dos veces.

»Sometido así a tus desordenadas pasiones, ¡qué compasión merecerás! Siempre privaciones, pérdidas y sobresaltos, nunca disfrutarás de lo que te han dejado. El temor de perderlo todo evitará que poseas nada, y por haber querido seguir tus pasiones, nunca podrás satisfacerlas. Siempre desearás el sosiego, y huirá siempre de ti; serás desgraciado y te volverás malo. ¿Y cómo podrías no serlo si no tienes otra ley que tus desenfrenados deseos? Si no puedes sufrir las privaciones involuntarias, ¿cómo te has de imponer las voluntarias? ¿Cómo has de sacrificar tu inclinación y resistirte a tu corazón por escuchar la razón? Tú, que ya no quieres ver al que te anunciase la muerte de tu amada, ¿cómo verías a quien quisiera quitártela viva, a quien se atreviese a decirte que para ti ha muerto? Si forzosamente has de vivir con ella, sea o no casada Sofía, seas tú libre o no, te ame o te deteste, que te la den o te la nieguen, nada importa que tú la quieras; es forzoso que la poseas a cualquier precio. Dime, pues, ¿en qué delito incurre el que no sigue otras leyes que los ímpetus de su corazón y a nada de lo que desea sabe resistirse?

»Hijo mío, no existe felicidad sin valor, ni virtud sin resistencia. La palabra “virtud” viene de “fuerza”, y la fuerza es la base de toda virtud. La virtud sólo pertenece a un ser débil por su naturaleza y fuerte por su voluntad, y aunque digamos que Dios es bueno, no le llamamos virtuoso, porque para obrar bien no necesita hacer esfuerzo alguno. He esperado a que estuvieses en la edad de entenderme para explicarte esta palabra tan profana. Cuando no cuesta nada practicarla hay poca necesidad de conocer la virtud. Esta necesidad llega cuando las pasiones se despiertan, y para ti ya ha llegado.

»Educándote con toda la sencillez de la naturaleza, en lugar de prescribir penosas obligaciones, te he preservado de los vicios que hacen penosas estas obligaciones; he hecho que aborrezcas la mentira porque es inútil; te he enseñado a darle a cada uno lo suyo y a no interesarte por lo que no es tuyo, y antes he tratado de que fueses bueno que virtuoso. Pero el que es bueno y no disfruta siéndolo, no se mantiene en esa situación; la bondad se rompe y muere con el choque de las pasiones, y el hombre que no únicamente es bueno, sólo es bueno para sí mismo.

»¿Pues cuál es el hombre virtuoso? El que sabe vencer sus afectos, porque entonces sigue la norma de la razón y de la conciencia, cumple con su deber, persiste fiel al orden y nada puede apartarle de él. Hasta aquí tu libertad sólo era aparente; poseías la ínfima libertad de un esclavo a quien no han ordenado nada. Ahora aprende a ser dueño de ti y a ser efectivamente libre. Manda, Emilio, en tu corazón, y serás virtuoso.

»He aquí otro aprendizaje que te espera, más penoso que el primero, pues la naturaleza nos libra de los males que nos impone, o nos enseña cómo hay que sufrirlos; mas en los que provienen por nuestra causa, no nos ayuda, nos abandona a nosotros mismos, dejando que, víctimas de nuestras pasiones, nos rindamos a nuestros inútiles dolores, y aun nos desahogamos con llantos que debieran avergonzarnos.

»Esta es tu primera pasión, y quizá la única digna de ti. Si como hombre sabes regirla, será la última; dominarás las demás y sólo obedecerás la que atañe a la virtud.

»Sé que esta pasión no es culpable y que es tan pura como las almas que la sienten. La honestidad la crea y la inocencia la nutre. ¡Venturosos amantes! Los encantos de la virtud no tienen otros efectos que la de aumentar en vosotros los del amor, y el suave yugo que os aguarda es unía recompensa que proviene más de vuestro recato que de vuestro cariño. Pero dime, hombre sincero, ¿no te ha dominado esa pasión tan pura? ¿No te ha hecho su esclavo? Y si mañana dejara de ser inocente, ¿la estrujarías en el acto? Ha llegado la hora de probar tus fuerzas, pues debe hacerse cuando es necesario. Los peligros deben afrontarse antes de que sea tarde. El soldado no se ejercita para la lucha delante del enemigo, sino que se dispone antes de la guerra y cuando se presenta ya está preparado.

»El distinguir las pasiones en lícitas y prohibidas, para abandonarse a las primeras y negarse a las otras, es un error. Para quien las sabe dominar, todas son buenas, como son malas para el que se deja vencer por ellas. Lo que nos tiene vedado la naturaleza, es extender nuestros lazos más allá de lo que permiten nuestras fuerzas; lo que rechaza la razón es pretender lo que no podemos alcanzar; lo que nos prohíbe la conciencia no son las tentaciones,

sino que nos dejemos vencer por ellas. El tener o no tener pasiones no depende de nosotros, pero sí depende de nosotros el regularlas. Todos los sentimientos que sepamos dominar son legítimos, y despreciables todos los que nos dominan. Un hombre no peca por amar a la mujer de otro si sujeta esta desdichada pasión a la ley del deber, pero sí peca cuando ama a su propia mujer hasta el extremo de sacrificarlo todo a su amor.

»No esperes de mí largos preceptos de moral; sólo tengo que darte uno y éste comprende todos los demás. Sé hombre; limita tu deseo a los límites de tu condición. Estudia y conoce estos límites, pues si uno se encierra en ellos, por estrechos que sean, nunca será infeliz, pero lo es el que los rebasa, el que con sus desatinados deseos cree posible lo que no lo es, el que se olvida de su estado de hombre para forjarse otro imaginario, del que ya no se libra. Los únicos bienes cuya privación nos es un sacrificio son aquellos a los que creemos que tenemos derecho. La imposibilidad de poderlos alcanzar nos detiene y nos atormentan los deseos sin esperanza. Un mendigo no sufre con el deseo de ser rey, y un rey quiere ser Dios sólo cuando cree que es más que hombre.

»La fuente de nuestros mayores males son las ilusiones del orgullo, pero siempre nos modera la contemplación de la miseria humana. Permanece en su puesto, no se impacienta por salir de él, ni gasta inútilmente sus fuerzas para disfrutar lo que no puede conservar, y empleándolas todas en la posesión de lo que tiene, en realidad es más poderoso y rico en todo lo que desea con menos intensidad que nosotros. Siendo yo mortal y deleznable, ¿he de poner lazos con nudos externos sobre esta tierra, donde todo cambia, todo para y de donde desapareceré mañana? ¡Ah, Emilio, hijo mío!, si te perdiera, ¿qué es lo que quedaría de mí? Pero es preciso que me vaya acostumbrando a perderte, porque, ¿quién sabe cuándo me serás robado? ¿Quieres, pues, vivir feliz y sabio? No entregues tu corazón más que a la belleza, que nunca muere; limita tu condición, tus deseos, y que tus obligaciones sean antes que tus inclinaciones; extiende la ley de la necesidad a las cosas morales, aprende a perder lo que te pueden quitar, y a dejarlo todo cuando lo manda la virtud, a superar los acontecimientos adversos antes de que destrocen tu corazón, a ser fuerte en las horas

difíciles, a someterte a tu obligación para no ser un delincuente. Entonces serás feliz a despecho de la fortuna y feliz y sabio a pesar de las pasiones; entonces, en la misma posesión de los bienes frágiles, encontrarás un deleite que nada podrá perturbar; los poseerás sin que te posean, y sabrás que el hombre de quien todo huye, sólo goza de lo que sabe perder. Es verdad que carecerás de los placeres imaginarios, pero también te librarás de los sufrimientos que producen. De este cambio sacarás mucha ventaja, porque los sufrimientos son reales y frecuentes, y los placeres son raros y vanos. Vencedor de tantas opiniones falaces, también lo serás de la que tanto premio atribuye a la vida; pasarás la tuya sin turbación y la terminarás sin espanto; sabrás desprenderte de ella como de todas las cosas. Otros, invadidos por el terror, piensan que dejan de existir cuando la dejan, pero tú, consciente ya de que la vida no tiene ningún valor, creerás que comienzas a vivir. La muerte es el fin de la vida del malvado y el principio de la del justo.»

Temiendo de este preámbulo alguna conclusión siniestra, Emilio me escucha con una atención mezclada de inquietud. Tiene el presentimiento de que, habiéndole expuesto la necesidad de ejercitar la fuerza de ánimo, le quiero sujetar a esta dura prueba, y como el herido que se estremece al ver acercarse al cirujano, ya cree sentir la dolorosa mano en su llaga, que, benéfica, impide que se gangrene. Irresoluto, perturbado, ansioso por saber adónde quiero ir a parar, en vez de responder, me pregunta con miedo. «¿Qué es lo que hay que hacer?» «Lo que conviene hacer -le respondo con firmeza-, es dejar a Sofía.» «¿Qué decís? -exclama arrebatado-; ¡dejar a Sofía!, ¡abandonarla, engañarla, ser un hombre falso, un traidor, un perjuro...!» «¿Cómo? -le replico, interrumpiéndole-, ¿piensas aprender de mí a merecer esos nombres?» «No -continúa con el mismo ímpetu-; ni de vos ni de nadie, pues yo sabré, para conservar vuestra obra, no merecerlos.»

Esa irascibilidad ya la esperaba yo, y sin inquietarme, dejo que se le pase. Si no tuviese la moderación que le predico, mal me estaría predicársela. Emilio me conoce muy bien para creerme capaz de exigirle nada que sea malo, y también sabe que obraría muy mal si dejara a Sofía, en el sentido que le da a esa palabra. Por lo tanto espera que yo me explique. Entonces reanudo mi discurso.

«¿Creéis, querido Emilio, que un hombre puede ser, en cualquier situación en que se encuentre, más feliz que lo que lo sois vos desde hace tres meses? Si lo pensáis, debéis desengañaros. Antes de gozar de los deleites de la vida, tenéis ya vacío el vaso de la felicidad. No hay más de lo que ya habéis gozado. La felicidad de los sentidos es transitoria; el estado del corazón siempre pierde con ella. Habéis gozado más con la esperanza que lo que nunca gozaréis en realidad. La imaginación, que cubre todo lo que deseamos, en la posesión la abandona. Fuera del único ser existente para él, no hay nada más hermoso que lo que no existe. Si ese estado hubiese podido durar siempre, habríais hallado la suma felicidad. Pero habéis de saber que todo lo que depende del hombre se resiente de su miseria; todo termina, todo es efímero en la vida humana, y aun cuando el estado que nos hace felices durara sin cesar, el hábito de gozarlo nos quitaría el gusto de poseerlo. Si en el exterior nada sufre ningún cambio, sí cambia el corazón; la dicha nos deja o la dejamos nosotros.

»Mientras duraba vuestro delirio, el tiempo transcurría sin que os dieseis cuenta, pero el verano se acaba y se acerca el invierno. Aun cuando pudiéramos repetir nuestras caminatas en tan mala estación, no nos lo consentirían. Por fuerza, aun a pesar nuestro, tenemos que cambiar el modo de vivir. Observo en vuestros impacientes ojos que esta dificultad no os preocupa mucho; el consentimiento de Sofía y vuestros propios deseos os indican un medio fácil para evitar la nieve y no tener que hacer más caminatas para ir a verla. El expediente sin duda resulta cómodo, pero llegada la primavera la nieve se derrite y el noviazgo sigue, pero hay que pensar en todas las estaciones del año.

»Queréis casaros con Sofía y todavía no hace cinco meses que la conocéis. Queréis casaros, no porque os conviene ella, sino porque os gusta, como si el amor no se engañase nunca acerca de las conveniencias, y como si nunca los que empiezan amándose acabasen despreciándose. Es virtuosa, lo sé, ¿pero basta con eso? ¿Es suficiente el ser personas honestas para avenirse? No es de su virtud de lo que dudo, sino de su carácter. ¿El de una mujer se revela en un día? ¿Sabéis en cuántas situaciones hay que verla para conocerla bien? Cuatro meses de cariño, ¿os responden de la vida entera? Dos meses de ausencia tal vez sean suficientes para que os olvide, y quizá otro espera a que estéis lejos para borraros de su pecho; acaso cuando volváis la encontraréis tan indiferente como hasta ahora la habéis hallado sensible. Los afectos no dependen de los principios; puede seguir siendo muy digna y dejar de amaros. Yo me inclino a creer que será constante y fiel, ¿pero quién os responde de ella, y quién le responde a ella de vos mientras no habéis llegado a las mayores pruebas? Para la prueba, ¿esperáis que sea inútil? Para conoceros, ¿esperáis a cuando ya no os podréis separar?

»Sofía aún no tiene dieciocho años y vos acabáis de cumplir veintidós; esta edad es la del amor, pero no la del matrimonio. ¡Qué padre y madre de familia! Para saber educar niños, esperad por lo menos que no lo seáis. ¿Sabéis cuántos jóvenes han visto su salud alterada y cuántas han muerto a causa de un embarazo precoz? ¿Ignoráis cuántos niños, por no haber tomado su primera sustancia de un cuerpo lo suficientemente desarrollado, han vivido endeble y

enfermizos? Cuando el crecimiento de la madre y el del hijo vayan a la par, y se reparte la sustancia necesaria para el incremento de cada uno, ni a él ni a ella les llega lo que señala la naturaleza, ¿y cómo es posible, entonces, que los dos no sufran? O conozco muy mal a Emilio, o querrá tener más tarde hijos y mujer robustos en vez de que su impaciencia sacrifique su vida y su salud.

»Hablemos de vos, Emilio. Aspiráis al estado de esposo y padre, ¿pero habéis pensado en vuestras obligaciones? Haciéndoos cabeza de familia, os vais a hacer miembro del Estado. ¿Y qué es ser miembro del Estado? ¿Lo sabéis? Habéis estudiado vuestras obligaciones de hombre, ¿pero conocéis las de ciudadano? ¿Sabéis qué cosa es Gobierno, leyes y patria? ¿Sabéis a qué precio os es lícito vivir y por quién debéis morir? Creéis que todo lo habéis aprendido y todavía no sabéis nada. Antes de tomar asiento en el orden civil, aprended a conocerlo y a saber qué puesto os corresponde.

»Emilio, hay que dejar a Sofía; no digo abandonarla, aunque si fueseis capaz, para ella sería una gran dicha no casarse con vos; es preciso dejarla para volver siendo digno de ella. No seáis tan vano pensando que ya la merecéis. ¡Con lo que aún tenéis que hacer! Venid a

desempeñar esta noble tarea, venid a aprender a sufrir la ausencia-, venid a ganar el premio de la fidelidad, para que al volver podáis honraros por algo junto a ella, y pedir su mano, no como una gracia, sino como una recompensa.»

No acostumbrado todavía a luchar contra sí mismo, aún inexperto en desear una cosa y querer otra, el joven no se rinde y se resiste, diciendo: «¿Por qué he de rehusar la felicidad que me espera? ¿No sería desdeñar la mano que me brindan si tardase en aceptarla? ¿Qué necesidad tengo de apartarme de ella para saber lo que le debo? Y aun cuando así fuese necesario, ¿por qué no dejar con indisolubles vínculos la prenda segura de mi vuelta? Siendo su esposo, estoy dispuesto a separarme de ella; unámonos y la dejo sin temor». «¿Uniros para separaros, querido Emilio? ¡Qué contradicción! Es muy hermoso que un hombre pueda vivir sin su amante, pero un marido no debe dejar a su mujer sin necesidad. Observo que para atenuar vuestros escrúpulos, vuestras dilaciones

han de ser involuntarias; es preciso que le podáis decir a Sofía que la dejáis contra vuestra voluntad. Bien está, contentaos, y puesto que no obedecéis a la razón, reconoced a otro dueño. No habréis olvidado el compromiso que habéis contraído conmigo. Emilio, hay que dejar a Sofía; yo lo ordeno.»

Ante estas palabras inclina la cabeza, calla, medita un momento, y luego, mirándome con entereza, me dice «¿Cuándo nos vamos?» «Dentro de ocho días -le contesto-; hay que preparar a Sofía para esta partida. A las mujeres se les deben más contemplaciones, y como esa ausencia no es para ella una obligación como lo es para vos, le es lícito el sufrirla con menos conformidad.»

Tentado estoy de prolongar hasta la separación de mis dos jóvenes el diario de sus amores, pero hace mucho tiempo que estoy abusando de la indulgencia de mis lectores, por lo que debo terminar de una vez. ¿Se atreverá Emilio a tener con su amada la misma entereza que conmigo? Así lo creo; de la misma verdad de su amor debe sacar esa seguridad. Más confuso estaría en su presencia si le fuese menos costoso el dejarla; la dejaría como cargado de culpa, y este papel es siempre difícil para un corazón honrado; cuanto mayor es su sacrificio, más se honra a los ojos de la que le es tan querida. No teme que su amada no acierte el motivo que lo determina, y parece que con cada mirada le dice «Sofía, lee dentro de mi corazón y me serás fiel; tu amante no es un hombre sin virtud».

La altiva Sofía procura sufrir con dignidad el imprevisto golpe que la hiere. Hace esfuerzos para parecer insensible, pero no teniendo, como Emilio, el afán de combatir y vencer, flaquea su entereza. Llora, gime contra su voluntad, y el temor de verse olvidada hace más agudo el dolor de la separación. Pero no llora delante de él, no le demuestra sus temores, y antes se ahogaría que dejar que se le escapase un suspiro; en cambio, teniéndome a mí por confidente, soy yo el que recoge su dolor y ve sus lágrimas. Las mujeres son sagaces y saben fingir; cuanto más murmura para sí contra mi tiranía, más se desvive en serme grata, pues sabe que su suerte está en mis manos.

La consuelo, la tranquilizo, le respondo de su amante, o más bien de su esposo, porque si ella le guarda la misma fidelidad que él, le

aseguro que lo será dentro de dos años. Me aprecia lo suficiente para creer que no la quiero engañar. Soy el fiador del uno para el otro. Sus corazones, su virtud, mi probidad, la confianza de sus padres, todo los anima. ¿Pero qué vale la razón contra la debilidad? Se separan como si ya no tuviesen que volver a verse.

Es entonces cuando Sofía, acordándose del sentimiento de Eucaris, cree que realmente está en su lugar. No dejemos que se despierten estos fantásticos amores durante la ausencia. «Sofía -le dije un día-, haced con Emilio un cambio de libros. Dadle vuestro Telémaco para que aprenda a parecerse y él os dará el Espectador, cuya lectura os gusta. Estudiad en él las obligaciones de las esposas honestas, pues dentro de dos años estas obligaciones van a ser las vuestras.» Este cambio complace a los dos y les inspira confianza. Por fin llega el triste día, hay que separarse.

El digno padre de Sofía, con quien lo he concertado todo, me abraza al despedirnos, y en seguida, llevándome aparte, me dice con grave y expresivo acento las siguientes palabras: «Yo he hecho lo que habéis querido para complacer-os; sabía que trataba con un hombre de honor, y sólo me falta deciros dos palabras: No olvidéis que vuestro alumno firmó en la boca de mi hija su contrato de matrimonio».

¡Qué distinto el aspecto de los dos amantes! Emilio, impetuoso, ardiente, agitado, fuera de sí, gime, vierte raudales de lágrimas sobre las manos del padre, de la madre y de la hija; abraza sollozando a la gente de casa, y repite mil veces las mismas cosas con un desorden tal que en otras circunstancias harían reír. Sofía, abatida, pálida, los ojos enrojecidos, la mirada turbia, no llora, no ve a nadie, ni siquiera a Emilio. En vano él la coge de las manos y la estrecha en sus brazos; permanece inmóvil, insensible a sus llantos, a sus halagos y a todo lo que hace; para ella él ya se fue. Eso conmueve más que los quejidos y el aparatoso desconsuelo de su amante, y él lo ve, lo siente y se le desgarran el corazón; me lo llevo a la fuerza, pues si le dejo un instante más, no querrá partir. Estoy muy satisfecho de que se lleve impresa esta triste imagen. Si alguna vez le viniera la tentación de olvidarse de lo que debe a Sofía,

recordándola tal como la ha visto en el momento de su partida, ha de tener un abyecto corazón si no se lo devuelvo a ella.

DE LOS VIAJES

Se pregunta si es útil que los jóvenes viajen, y se discute mucho sobre esto. Si lo propusieran de otro modo, y preguntaran si es útil que hayan viajado los hombres, quizá no discutirían tanto.

El abuso de los libros mata la ciencia. Creyendo que sabemos lo que hemos leído, ya no creemos que tengamos que aprender. La mucha lectura sólo sirve para hacer ignorantes presuntuosos. No ha habido siglo en que se haya leído tanto como en éste y en que haya menos ciencia; entre todos los países de Europa no hay uno en el que se impriman tantas historias, relaciones y viajes como en Francia, ni ninguno donde menos se conozcan el genio y costumbres de las otras naciones. Tantos libros nos hacen olvidar el libro del mundo, y si aún leemos en él, sólo son más páginas. Aun cuando yo no supiera el dicho «¿Es posible ser persa?», de tanto oírlo habría adivinado que se dijo en el país donde las preocupaciones nacionales son una obsesión.

Un parisién cree que conoce a los hombres, y sólo conoce a los franceses; en su capital, llena siempre de extranjeros, mira a cada uno como un fenómeno extraordinario que no tiene par en el resto del mundo. Hay que haber visto desde cerca a los burgueses de esta gran

ciudad, y haber vivido entre ellos para creer que con tanto espíritu puedan ser tan estúpidos. Lo extraño es que cada uno ha leído quizá diez veces la descripción del país de que tanto se admira cuando ve a uno de sus habitantes.

Es excesivo el tener que observar a la vez las preocupaciones de los autores y las nuestras para llegar a la verdad. He pasado mi vida leyendo relatos de viajes, y nunca he encontrado dos que me dieran la misma idea de un mismo pueblo. Comparando lo poco que podía observar con lo que había leído, he terminado por dejar a los viajeros y sentir el tiempo gastado en su inútil lectura, convencido de que en cuanto se refiere a observaciones de cualquier género, no se ha de leer, sino que se ha de ver. Esto sería verdad en esta ocasión,

aunque fuesen sinceros todos los viajeros, o sólo dijese lo que han visto y lo que creen y únicamente disfrazasen los falsos colores que a sus ojos tiene la verdad. ¿Qué será cuando también sea necesario comprenderla a través de su mala fe y sus mentiras?

Dejemos, pues, el recurso de los libros á los que son capaces de contentarse con ellos. Es bueno, como el Arte magna de Raimundo Lulio, para aprender a hablar de lo que no se entiende o para adiestrar Platones de quince años a filosofar y a ilustrar sobre los usos y las costumbres de Egipto y de las Indias, según las aportaciones de Pablo Lucas o de Tabernier.

Tengo por máxima indiscutible que aquel que sólo ha visto un pueblo, en vez de conocer a los hombres, únicamente conoce las gentes con las cuales ha vivido. Esto es otra forma de fiar la cuestión de los viajes. ¿Es suficiente con que un hombre bien educado no conozca más que a sus compatriotas, o le importa conocer a los hombres en general? Aquí ya no cabe ninguna discusión ni duda. La solución de una cuestión difícil a veces depende del modo de presentarla.

Pero para estudiar a los hombres, ¿hay que recorrer toda la tierra? ¿Hay que ir al Japón para observar a los europeos? Para conocer la especie, ¿hay que conocer a todos los individuos? No, puesto que hay hombres tan parecidos que no hace falta que se los estudie separadamente. Quien haya visto a diez franceses es como si los hubiera visto a todos. Aunque no pueda decirse lo mismo de los ingleses ni de otras naciones, pues cada nación tiene su carácter propio, que se saca por inducción, no de la observación de uno de sus miembros, sino de muchos. El que haya comparado a diez pueblos conoce a los hombres, como el que ha visto a diez franceses conoce a los franceses.

Para instruirse no basta recorrer países, sino saber viajar. Para observar, hay que tener ojos y fijarlos en el objeto que se quiere conocer. Hay muchas gentes a las que todavía instruyen menos los viajes que los libros porque ignorando el arte de pensar, en la lectura el autor guía su espíritu, y en sus viajes nada saben ver por sí mismos. Otros no se instruyen porque no quieren instruirse. Llevan un fin distinto, y todo les impresiona poco, y es mucha casualidad que veamos con exactitud lo que no nos interesamos en

mirar. De todos los pueblos del mundo, el francés es el que más viaja, pero saturado de sus costumbres, todo lo que no tiene un parecido con ellos lo confunde. Donde quiera que sea hay franceses, y en ningún país hay mayor número de personas que hayan viajado que en Francia, y con todo eso, el pueblo de Europa que más recorre los otros el que menos los conoce.

También viaja el inglés, pero éste lo hace de otro modo; es forzoso que estos dos pueblos sean contrarios en todo. La nobleza inglesa viaja y la francesa no; la plebe francesa viaja y la inglesa no. Esta diferencia me parece muy honrosa para los ingleses. Los franceses casi siempre llevan algún asunto de interés comercial en sus viajes, pero los ingleses no van a buscar fortuna en las otras naciones, sino que incrementan su comercio y van con las manos llenas; cuando viajan es para gastar su dinero y no para vivir de su industria; son demasiado orgullosos para ir a humillarse fuera de su patria. También esto es causa de que en país extranjero se instruyan peor que los franceses, quienes llevan otras ideas en la cabeza. No obstante, también tienen sus preocupaciones nacionales los ingleses, y quizá más que ningún otro país, pero sus preocupaciones son hijas de la pasión, no de la ignorancia. El inglés tiene las preocupaciones de la soberbia, y el francés las de la vanidad.

Por regla general, los pueblos menos cultivados, los más cuerdos y los que menos viajan, hacen mejor sus viajes, pues al ser menos adelantados que nosotros en nuestras frívolas investigaciones, y menos ocupados en los objetos de nuestra vana curiosidad, ponen toda su atención en lo que es verdaderamente útil. No conozco más que los españoles que viajen de esta forma.

Mientras que un francés frecuenta a los artistas de un país, un inglés hace dibujar alguna antigüedad y un alemán lleva su álbum a casa de los sabios, el español estudia en silencio el gobierno, las costumbres y la policía, y él es el único de los cuatro que saca del viaje observaciones útiles para su patria.

Sabemos de los antiguos que viajaban muy poco, que leían menos y que escribían escasos libros, y, no obstante, en los que nos quedan vemos que se observan mejor unos a otros que lo que nosotros observamos a nuestros contemporáneos. Sin remontarnos

a los escritos de Homero, el único poeta que nos transporta a los países que describe, no se le puede negar a Herodoto el honor de haber pintado las costumbres en su Historia, aunque abunde más en narraciones que en reflexiones, y siempre mejor que nuestros historiadores llenando sus libros de retratos y caracteres. Tácito describió mejor a los germanos de su tiempo que ningún historiador moderno ha descrito a los alemanes. Los que están versados en la historia antigua, indiscutiblemente, conocen a los griegos, cartagineses, romanos, galos y persas mejor que ningún pueblo de nuestro tiempo a sus vecinos.

Es necesario también advertir que, desapareciendo paulatinamente los caracteres primitivos de los pueblos, es más difícil conocer el carácter propio de cada uno. A la vez que se mezclan las castas y se confunden los pueblos, poco a poco vemos desaparecer aquellas diferencias nacionales que antes se notaban a primera vista. En la antigüedad, cada nación permanecía más encerrada dentro de sí misma había menos comunicaciones, menos relaciones políticas y civiles de un pueblo con el otro, y tampoco habían tantos conflictos de los que llamamos negociaciones, ni embajadores ordinarios o residentes perpetuos; las largas navegaciones escaseaban y era muy exiguo el comercio lejano, y el poco que se hacía lo emprendía el mismo príncipe sirviéndose de extranjeros, o lo ejercían hombres despreciables que no se sujetaban a ley ninguna ni aproximaban a las naciones entre sí. Hay actualmente cien veces más relación entre Europa y Asia que la que antiguamente había entre la Galia y España; Europa estaba más aislada que lo que hoy lo está el globo entero.

Agréguese a esto que considerándose la mayor parte de los pueblos antiguos como autóctonos, u oriundos de su propio país, pues lo ocupaban desde los remotos tiempos en que se establecieron en ellos sus antepasados y el clima ya había tenido tiempo de absorberlos, entre nosotros, después de las invasiones romanas, las emigraciones modernas de los bárbaros lo han mezclado todo y confundido. Los franceses de hoy ya no son aquellos cuerpos rudos, blancos y rubios de otros tiempos; los griegos tampoco son aquellos bellos hombres para servir de modelo al arte; los mismos romanos han variado de carácter y de

constitución; los persas, oriundos de la Tartaria, van perdiendo su primitiva fealdad con la mezcla de la sangre circasiana ; los europeos ya no son ni galos, ni germanos, ni iberos, sino escitas que han degenerado de diversas formas en la figura, y todavía más en las costumbres.

Queda aquí descrita de una forma palpable por qué las antiguas distinciones de las castas, las calidades del aire y del terruño deslindaban con mayor energía de la que actualmente podemos emplear, las costumbres y los caracteres, pues la falta de permanencia constante en la población europea no da tiempo a ninguna causa natural para imprimir sus caracteres, y taladas las selvas, desecados los pantanos y cultivada la tierra con mayor uniformidad pero peor, ya no permite, ni siquiera en lo físico, tan notables diferencias ni de país.

Quizá, reflexionando de esta forma, pondríamos menos en ridículo a Herodoto, Ctesias y Plinio por haber representado a los moradores de ciertos países con caracteres originales y diferencias muy marcadas que ya no les encontramos. Habría que ver de nuevo a los mismos hombres para reconocer en ellos las mismas figuras y que nada los hubiera hecho variar para que fuesen iguales. Si pudiésemos contemplar a un mismo tiempo todos los hombres que han existido, ¿cabe la menor duda de que los encontraríamos más diversos de un siglo a otro que ahora de una a otra nación?

A la vez que aumentan las dificultades para las observaciones, se ejecutan de una forma peor y con mayor negligencia, y es otra de las razones que justifican el poco fruto de nuestras investigaciones en la historia del género humano. La instrucción obtenida de los viajes se refiere a la causa que los motiva; si ésta es un sistema filosófico, el viajero ve únicamente lo que quiere ver; si es el interés, absorbe la atención de los que se dedican a él. El comercio y las artes, que mezclan y confunden los pueblos, también son obstáculos para su estudio. Cuando ya saben el beneficio que pueden reportarse mutuamente, ¿qué necesidad tienen de saber otras cosas?

Para el hombre es útil conocer todos los sitios donde se puede vivir más cómodamente. Si cada uno se bastara a sí mismo, no le interesaría conocer más que el país que le puede mantener; el

salvaje, que no necesita a nadie y tampoco desea nada, no conoce ni trata de conocer otro país que el suyo. Si para vivir se ve forzado a salir de él, se aparta de los sitios habitados, y sólo persigue a los animales porque necesita comer. Pero nosotros, siéndonos necesaria la vida civil, y porque no podemos vivir sin comer, nuestro interés es frecuentar los países donde más fácil es encontrar el sustento. Por eso hay tanta afluencia en Roma, en París y en Londres. Es siempre en las capitales donde se vende más barata la sangre humana. Así que sólo conocemos las grandes ciudades y todas se parecen.

Se dice que tenemos sabios que viajan para instruirse, y esto es un error: los sabios hacen esos viajes por interés, como los demás. Ya no hay Platones ni Pitágoras, y si los hay, están muy lejos de nosotros. Nuestros sabios sólo viajan por orden de la corte; los despachan, los mantienen, los pagan para ver un objeto determinado, el cual no es un objeto moral. A este objeto único le dedican su tiempo, y son demasiado honestos para robar el dinero. Si a su costa en un país cualquiera viajan curiosos, no es para estudiar a los hombres, sino para instruirlos, y para eso no necesitan ninguna ciencia, sino ostentación. ¿Cómo en sus viajes han de aprender a sacudir el yugo de la opinión cuando sólo los hacen por ella? Hay una gran diferencia entre viajar para ver países o para ver sus pueblos. Lo primero es siempre propio de los curiosos, y lo segundo es accesorio. Mientras no puede observar a los hombres, el niño observa las cosas; el hombre debe empezar observando a sus semejantes, y después, si tiene tiempo, las cosas.

Por lo tanto, no se puede deducir que los viajes sean inútiles cuando viajamos mal. Una vez reconocida la utilidad de los viajes, ¿se deduce que son convenientes a todo el mundo? Muy al contrario; convienen a poca gente, y sólo son convenientes para hombres dueños de sí mismos, que sepan escuchar las lecciones del error sin dejarse seducir, y ver los ejemplos del vicio sin dejarse arrastrar.

Los viajes empujan la inclinación hacia su pendiente y terminan por hacer bueno o malo al hombre. El que regresa de correr el mundo, ya es lo que será durante su vida; son más los que vuelven malos que no buenos, pues entre los que emprenden viajes, son

más los inclinados a lo peor que a lo mejor. Los jóvenes mal educados y mal conducidos, contraen en sus viajes todos los vicios de los pueblos que visitan, pero ni una de las virtudes mezcladas con estos vicios; en cambio, los que tienen buenas inclinaciones, aquellos en quienes se ha cultivado su buen natural y que viajan con intención de instruirse, regresan mejores y más juiciosos de lo que eran. Así viajará mi Emilio; así había viajado aquel joven digno de un siglo mejor, cuyo mérito asombró a la atónita Europa y que murió por su país en la flor de sus años, pero que merecía vivir, y cuya tumba, adornada únicamente con sus virtudes, esperaba para ser honrada, que una mano extranjera esparciese ores sobre ella. (El conde de Siron.)

Todo lo que se hace de una forma racional tiene sus reglas. Los viajes mirados bajo el punto de vista educativo, también deben tener las suyas. El viajar por viajar es andar errante, ser un vagabundo; el viajar para instruirse todavía es un objeto muy vago, ya que la instrucción sin un fin determinado es nula. Yo quisiera excitar en el joven un vivo interés por instruirse, y este interés, bien escogido, también fijaría la naturaleza de la instrucción, pues es la consecuencia del método que he procurado practicar.

Así, pues, luego de haberse considerado por sus relaciones físicas con los demás seres, y por sus relaciones morales con los demás hombres, le falta considerarse por sus relaciones civiles con sus conciudadanos. A esta finalidad necesita que primero estudie la naturaleza del Gobierno en general, sus diversas formas, y, por último, el Gobierno particular en que cada uno ha nacido, para saber si le conviene vivir en él, porque en virtud de un derecho que nadie puede revocar, todo hombre, al ser mayor de edad y dueño de sí mismo, tiene el derecho de denunciar el contrato por el cual está ligado a la comunidad, dejando el país donde vive. Únicamente por la estancia que hace en él después de su mayoría de edad, confirma el compromiso adquirido por sus antepasados. El derecho de renunciar a su patria lo ha adquirido como renuncia de la sucesión de su padre, y siendo el sitio de nuestro nacimiento un don de la naturaleza, cede lo que le pertenece quien a él renuncia. En un riguroso derecho, cada hombre permanece libre por su cuenta y riesgo en cualquier país que nazca, a menos que de una forma

espontánea se sujeto a las leyes para adquirir el derecho de ser amparado por ellas.

Yo le diría, por ejemplo: «Hasta aquí habéis vivido bajo mi dirección porque vuestra edad no era para gobernaros vos mismo. Pero llegáis a la época en que permitiéndoos las leyes disponer de vuestro caudal, os hacen dueño de vuestros pasos. Os vais a ver solo en la sociedad, dependiente de todo, hasta de vuestro patrimonio. Tenéis voluntad de estableceros, una idea loable, porque esta es una de las obligaciones del hombre, pero antes de casaros es indispensable que sepáis lo que queréis ser, en qué queréis emplear la vida, cuáles son las medidas que vais a tomar para asegurar vuestro pan y el de vuestra familia; pues, aunque no deba mirarse esto como lo principal de la vida, es indispensable no descuidarlo. ¿Queréis depender de los hombres que despreciáis? ¿Queréis cimentar vuestro caudal y fijar vuestro estado, en las relaciones civiles, a discreción de los demás y que os obliguen, para libraros de pícaros, a serlo sólo de vos?

Después le hablaré de todos los medios posibles para que su patrimonio le produzca beneficios, ya sea en el comercio, ya en los cargos o rentas públicas, y le haré observar que no hay uno que carezca de riesgos, y que le conviene cambiar de costumbres, de opinión y de conducta, tomando ejemplo de los otros.

Le diré que hay otro medio de emplear el tiempo y su persona, que es el de servir en el ejército, o sea, cobrar una miseria para ir a matar gente que ningún daño le ha hecho. Este oficio es muy apreciado entre los hombres, y tienen en gran estima los que sólo sirven para él. En lo referente a lo demás, lejos de soslayar otros recursos, deben tenerse en cuenta, porque es una parte del honor de este estado el arruinar a los que a él se dedican. Es verdad que no empobrece a todos y que se va introduciendo la moda de enriquecerse como en los otros, pero dudo que explicándoos cómo se las arreglan los que logran esto, deseéis imitarlos.

Ved que en esta misma profesión ya no se trata de valor ni de esfuerzo, como no sea quizá por las mujeres; por el contrario, el más rastrero, el más adulator, el más servil, es siempre el más honrado, y si pensáis cumplir con vuestra obligación, seréis despreciado, aborrecido, tal vez expulsado de vuestro cuerpo o bien

os aislarán procurando que vuestros camaradas os posterguen por haber cumplido con vuestro deber en la trinchera, mientras ellos cumplían el suyo en el tocador de las damas.

Ya se puede uno dar cuenta de que todos estos diversos empleos no serán del agrado de Emilio. «Pues, ¿acaso se me han olvidado los juegos de mi niñez? ¿He agotado mis fuerzas? ¿No sé trabajar? ¿Qué me importan estos soberbios empleos y las necias opiniones de los hombres? No conozco otra gloria que la de ser justo y benéfico, ni otra felicidad que la de vivir independiente con lo que uno quiere, teniendo todos los días apetito y salud para trabajar. Toda esa barahúnda de que me habláis me afecta muy poco. No aspiro a otras riquezas ? que la de un pequeño hogar en un rincón del mundo. Toda mi avaricia se limitará a cultivar el huerto y vivir sin inquietudes. Sofía y mi campo, y seré rico.»

Sí, amigo mío, para la dicha del sabio basta con una mujer y un campo que sean suyos, pero estos tesoros, aunque modestos, no son tan comunes como pensáis. El más raro ya lo habéis visto, y hablemos del otro.

Un campo que sea vuestro, querido Emilio. ¿Y en qué país lo escogeréis? ¿En qué rincón de la tierra podréis decir: «Aquí soy dueño de mí mismo y del terreno que me pertenece»? Sabemos en qué lugares están los parajes donde enriquecerse es fácil, pero, ¿quién sabe dónde se puede vivir libre careciendo de riquezas, dónde con independencia y libertad no tendrás que perjudicar a nadie ni temerás que se le haga ningún daño? Si hay algún medio legítimo y seguro para poder vivir sin intrigas, sin negocios ni dependencia, debo decir que es el de vivir de su trabajo y cuidando su tierra. Pero, ¿cuál es la situación en que uno puede decir que la tierra que pisa es suya? Antes de elegir esta magnífica tierra, debéis asegurarnos de que en ella encontraréis la paz que buscáis; tened presente que lo mismo un Gobierno violento que una religión perseguidora con perversas costumbres pueden perturbar-os. Fijaos en los impuestos excesivos que destrozarán el fruto de vuestro trabajo, y con los continuos pleitos que irán disminuyendo vuestro capital. Procurad que viviendo rectamente no tengáis necesidad de obsequiar a los intendentes, a los jueces, a sus clérigos, a los poderosos vecinos y a todo género de bribones siempre a punto

para atormentaras si os distraéis. Guardaos de las vejaciones de los grandes y de los ricos, pensad que vuestras tierras en todos los lugares pueden confinar con la viña de Nabot. Si por desgracia un hombre de valimiento pretende comprar o construir una casa cerca de la vuestra, ¿quién os ha asegurado que no hallará ningún medio, con cualquier excusa, para ocupar vuestra propiedad y ensanchar la suya, o que el día menos pensado veréis vuestra posesión convertida en un camino real? Y si tenéis crédito para evitar todos estos inconvenientes, también podréis conservar vuestras riquezas, pues no os será muy difícil guardarlas. Tanto la riqueza como el crédito se fortalecen de forma recíproca, y la primera sin la segunda siempre es de mal sostenimiento.

Tengo más experiencia que vos, querido Emilio, y por eso veo mejor lo difícil que es vuestro proyecto. No obstante, es bello, honroso, y en realidad os haría feliz; debemos hacer todos los esfuerzos para ponerlo en práctica. Tengo que haceros una proposición: pongamos nuestro empeño, durante los dos años que hemos señalado para la época de vuestro regreso, en buscar un rincón en Europa, donde podáis vivir feliz con vuestra familia, salvando todos los peligros que os he señalado últimamente. Si logramos conseguirlo, habréis alcanzado la verdadera felicidad por la que tantos se desviven en vano, y no os daréis cuenta del tiempo invertido para conseguirla. Si no podemos lograrlo, os libraréis de una idea fantástica, os consolaréis de una desdicha inevitable y os sujetaréis a la ley de la necesidad.

Ignoro si mis lectores saben adónde nos conducirá esta investigación así propuesta, pero sé que si al regreso de sus viajes y hechos con esa idea, Emilio no regresa enterado de todas las materias del Gobierno, moral pública y máximas de Estado de toda especie, es necesario que seamos muy cortos, él de inteligencia y yo de discernimiento.

El derecho político todavía está por nacer, y es presumible que no nacerá jamás. Grocio, el maestro de todos nuestros sabios en esta cuestión, es un niño, y lo peor es que lo es de mala fe. Al ver cómo se encumbra a Grocio hasta las estrellas y execran a Hobbes, me doy cuenta de las gentes de juicio que leen o comprenden a estos dos autores. Lo cierto es que son exactamente semejantes y que

sólo se diferencian en las expresiones y en el método. Hobes se apoya en sofismas y Grocio en los poetas; todo lo demás les es común.

El único escritor moderno capaz de crear esta inútil y vasta ciencia hubiera sido el ilustre Montesquieu, pero tuvo mucho cuidado en no tratar de los principios del derecho político, limitándose a tratar del derecho positivo de los Gobiernos establecidos, y no hay nada más distinto que esos dos estudios.

No obstante, el que pretenda formarse un juicio verdadero de los Gobiernos, tal como son, forzosamente tiene que reunir los dos; es indispensable saber lo que hay para ver con acierto lo que no hay. La más grave dificultad para poner en claro estas importantes materias es saber contestar a estas dos preguntas: ¿Qué me importa? ¿Qué tengo que ver yo con esto? A nuestro Emilio lo hemos preparado ya para poder responder a la una y a la otra.

La segunda dificultad procede de las preocupaciones de la niñez, de las máximas que nos han inculcado, y, de un modo especial, de la parcialidad de los autores, que siempre hablan de la verdad en que no piensan y sólo atienden a su interés, del que no hablan. Pero si el pueblo no ofrece cátedras, ni pensiones, ni empleos académicos, fíjense cómo debe establecer sus derechos esta gente. He procurado que tampoco existiera para Emilio esta dificultad. Casi ignora lo que es un Gobierno, y lo único que le importa es encontrar el mejor; su finalidad no es la de componer libros, y si alguna vez los escribe, no será para adular a los poderosos, sino para defender los derechos de la humanidad.

Queda la tercera dificultad, más aparente que sólida, la cual no quiero resolver ni proponer; basta con que mi celo no se impresione; es verdad que en esta clase de investigaciones es menos tener un gran talento que un sincero amor a la justicia y un verdadero respeto a la verdad. Por consiguiente, si se pueden tratar en algún caso sin pasión las materias de gobierno, a mi modo de ver es en el que nos encontramos, y, en caso contrario, jamás.

Antes de proceder a la observación, es necesario la adquisición de reglas para hacer las observaciones pertinentes y construir una escala para con ella comparar las medidas que se hayan tomado.

Esta escala la constituyen nuestros principios de derecho político, y nuestras medidas las leyes políticas de cada país.

Nuestros elementos serán claros, sencillos y tomados inmediatamente de la naturaleza de las cosas, y se formarán por las cuestiones que se ventilen entre nosotros, las que no convertiremos en principios hasta que no estén resueltas.

Por ejemplo, subamos primero al estado de naturaleza, veamos si los hombres nacen esclavos o libres, asociados o independientes; si se reúnen de forma espontánea o bien obligados, si en algún caso la fuerza que fue motivo de reunión puede constituir un derecho permanente en virtud del cual esa fuerza anterior obligue, aun cuando fuese superada por otra, de tal forma que desde la fuerza del rey Nembrod, que, según dicen, sujetó a los primeros pueblos, todas las otras fuerzas que destruyan aquélla, sean infames y usurpadoras, y no hayan otros reyes legítimos que los descendientes del tal rey Nembrod, o los que de él derivan su título, o bien si cesando esta primera fuerza, la que le sucede obliga alternativamente y destruye la obligación de la otra de tal forma que nadie está obligado a obedecer sino cuando se ve forzado a ello, y de este modo queda dispensado de la obligación de oponer resistencia, con derecho a que a mi modo de ver significaría poco más que la fuerza, y esto sólo sería un juego de palabras.

Examinaremos si no se puede decir que toda enfermedad nos viene de Dios y si de esto se puede deducir que el llamar al médico es un delito.

También examinaremos si obligados en conciencia, estamos en condiciones de tener que entregar nuestro bolsillo a un bandolero que nos lo pide en el camino porque su pistola también es un poder.

Si en este caso la palabra poder quiere decir otra cosa que legítimo, es a consecuencia de las leyes que le dieron el ser.

Suponiendo que ese derecho de la fuerza sea rechazado y admitido el de la naturaleza, o el de la autoridad paterna como el principio de las sociedades, buscaremos la medida de esa autoridad, qué fundamento tiene en la naturaleza, si su debilidad reconoce otro origen distinto que el de la utilidad del hijo y el natural cariño de su padre; por consiguiente, el haber terminado ya la debilidad del hijo y haber madurado su razón, no se convierte en

juez natural, de lo que resulta conveniente para su conservación el ser dueño de sí mismo, y sin depender de otro hombre, aunque sea su padre, porque es más que cierto que el hijo siente más amor hacia sí mismo que no el padre hacia el hijo.

Si cuando el padre ha muerto los hijos están obligados a obedecer al hermano mayor, o a otro que no les tenga el cariño natural del padre, y si de generación en generación tiene que haber siempre una cabeza única a la cual toda la familia está obligada a obedecer, averiguaremos cómo se ha podido dividir la autoridad, y qué derecho hay para que en toda la tierra exista más de una autoridad que gobierne el linaje humano.

Suponiendo que los pueblos hayan sido formados con su libre consentimiento, distinguiremos el derecho consumado y preguntaremos si habiéndose sujetado de esta forma a sus hermanos, tíos o parientes, no por obligación, sino por su propia voluntad, esta especie de sociedad no queda en una asociación libre y voluntaria.

Pasando luego al derecho de esclavitud, miraremos si de una forma legítima un hombre puede enajenarse a otro, sin resistencia ni reserva, ni ninguna clase de condición, o sea, si puede renunciar a su persona, a su vida, a su razón, a «su yo» a toda moralidad en sus acciones; en una palabra, dejar de existir antes de -su muerte contra la voluntad de la naturaleza, que le encarga su propia conservación, y contra su conciencia y su razón, que le ordena lo que debe hacer y de lo que se debe abstener.

Y si hay alguna reserva, alguna restricción en el acta de esclavitud, deliberaremos si el acta no se convierte en un verdadero contrato, en el cual, no teniendo ambos contrayentes, en calidad de tales, un superior común^[149], permanecen sus jueces propios en cuanto a las condiciones del contrato, libres, por consiguiente, en esta parte y árbitros para romperlo en cuanto se consideren perjudicados.

Y si un esclavo no puede liberarse sin reserva de su duelo, ¿cómo un pueblo puede liberarse sin reserva de su caudillo? Y si el esclavo sigue siendo juez del cumplimiento del contrato por su dueño, ¿cómo no ha de seguir siendo juez el pueblo de la observación del contrato por su caudillo?

Obligados a volver atrás y teniendo en consideración el significado de la palabra «pueblo», veremos si para fundar éste es necesario un contrato, entendiendo que ha de ser anterior al que suponemos.

Puesto que antes de que el pueblo elija rey, el pueblo ya es pueblo, ¿qué es lo que le concede la condición de pueblo si no el contrato social? Entonces, el contrato social es el fundamento de toda sociedad civil, y en la naturaleza del acta debe hacerse la de la sociedad que forma.

Averiguaremos la condición de este contrato, y no es posible enunciarlo con esta fórmula sin una pequeña diferencia: Cada uno de nosotros aporta a la comunidad sus bienes, su persona, su vida y su poder bajo la superior dirección de la voluntad general, y todos en un cuerpo recibimos a cada uno de los miembros como una indivisible parte del todo.

Esto supuesto, para definir los términos que nos son necesarios, observaremos que en lugar de la persona particular de cada contrayente, esta acta de asociación produce un cuerpo moral y colectivo, el cual consta de tantos miembros como votos tiene la asamblea. Esta persona pública en general se llama «cuerpo político», al cual sus miembros llaman «estado» cuando es pasivo, «soberano» cuando es activo y «poder» cuando se compara con sus semejantes. En lo que hace referencia a los mismos miembros, colectivamente considerados, es llamado «pueblo», y en particular «ciudadanos» como miembros de la ciudad o partícipes de la autoridad soberana, y «súbditos» en cuanto están sujetos a esta misma autoridad.

observaremos, además, que esta acta de asociación contiene un compromiso recíproco del pueblo y los particulares, y viéndose cada individuo, por decirlo así, obligado bajo dos conceptos, esto es, como miembro del soberano hacia los particulares y como miembro del Estado hacia el soberano.

Todavía queda otra observación, y es que no estando ninguno obligado a los compromisos que consigo ha contraído, la deliberación pública que puede obligar a todos los súbditos con el soberano, a causa de los dos aspectos distintos bajo el cual está mirado cada uno de ellos, no puede obligar al Estado. De donde

infiere que no puede haber otra ley fundamental que con propiedad pueda llamarse así como no sea el pacto social, lo que no significa que en ciertos aspectos no pueda el cuerpo social contraer compromisos con otro, ya que con respecto a los otros países se convierte en un simple individuo.

Las dos partes contratantes, o sea, cada particular y el público, no habiendo un superior común que pueda juzgar en sus diferencias, observaremos si uno de los dos es dueño de romper el contrato cuando le acomode, es decir, renunciar a él cuando se considere perjudicado.

Con el fin de poner en claro esta cuestión, observaremos que no pudiendo actuar el soberano de conformidad con el pacto social, a no ser por las voluntades generales y comunes, sus actas tampoco deben tener otros fines distintos de los comunes y generales; de donde se deduce que un individuo no puede ser perjudicado directamente por el soberano sin que lo sean todos los demás, lo cual no puede suceder, debido a que sería perjudicarse a sí mismo. Por consiguiente, el contrato social no necesita otra fianza que el de la fuerza pública, ya que la lesión sólo puede provenir de los particulares, y entonces no por eso quedan libres de su obligación, sino que son castigados por haberla violado.

Para solucionar debidamente las cuestiones que tienen analogía, debemos recordar siempre que el pacto social es de naturaleza particular y propia de él solo en cuanto que el pueblo únicamente se debe a sí mismo, esto es, el pueblo en cuerpo como soberano, con los particulares como súbditos, condición que crea el artificio y el juego de la máquina política y que constituye empeños legítimos, racionales y exentos de riesgo, pues sin eso serían absurdos, tiránicos y sujetos a los más grandes abusos.

Como los particulares se han sometido al soberano, y como la autoridad soberana no es otra cosa que la voluntad general, veremos de qué modo, obedeciendo cada hombre al soberano, sólo se obedece a sí mismo, y cómo es más libre en el pacto social que en el estado de naturaleza.

Cuando hayamos comparado la libertad natural con la civil, en lo referente a las personas y a los bienes, haremos la del derecho de propiedad con el de soberanía, la del dominio particular con el

prominente. Si la autoridad soberana está basada en el derecho de propiedad, es este el derecho que más se debe respetar, pues es inviolable y sagrado mientras exista el derecho individual y particular, pero desde el momento que se considera común a todos los ciudadanos, queda sujeto a la voluntad general, la cual puede destruirlo. Entonces el soberano carece de derecho para tocar los bienes de un particular ni los de nadie, pero puede legítimamente apoderarse de los bienes de todos, tal como se hizo en Esparta en los tiempos de Licurgo; en cambio, la abolición de deudas por Solón fue un acto ilegítimo.

Ya que sólo obliga a los súbditos la voluntad general, se debe averiguar la forma cómo se manifiesta esta voluntad, las señales seguras que tiene para reconocerla, en qué consiste la ley y cuáles son sus caracteres verdaderos. Este asunto es nuevo y falta dar la definición de la ley.

Desde el momento en que el pueblo considera en particular a uno o a muchos de sus miembros, se divide. Entre el todo y su parte se forma una relación que los constituye en dos seres separados, uno de los cuales es la parte y el otro es el todo menos dicha parte. Pero el todo menos una parte no es el todo; por lo tanto, mientras subsista esta relación, no existe el todo, sino dos partes desiguales.

Y al revés: cuando todo el pueblo establece unos estatutos sobre todo el pueblo, se considera a sí mismo, y si se forma una relación, es el objeto entero bajo otro punto de vista, sin división del todo. Entonces el objeto sobre el que estatuye es general y lo es también la voluntad que impone los estatutos. Haremos un examen por si hay alguna otra clase de acta que merezca el nombre de ley.

Si el soberano sólo puede hablar por medio de las leyes, y si la ley nunca puede tener otro objeto que no sea general y relativo a todos los miembros del Estado por igual, se deduce que el soberano nunca está facultado para estatuir sobre un objeto particular, y como es importante, para la conservación del Estado, que se decida también acerca de los asuntos particulares, estudiaremos de qué forma se puede hacer.

Las actas del soberano únicamente pueden ser actas de voluntad general, o sea, leyes; después son precisas actas determinantes, actas de fuerza o de gobierno, para la ejecución de estas mismas

leyes, las cuales, por el contrario, sólo pueden tener objetos particulares. Así, el acta por la cual el soberano estatuye que se elija un jefe es una ley, y el acta por la cual se elige, en cumplimiento de la ley, ese jefe, sólo es un acta de gobierno. Así tenemos el tercer aspecto bajo el cual podemos considerar al pueblo congregado, es decir, como magistrado o ejecutor de la ley que como soberano ha dictado[150].

Haremos un examen para ver si es posible que el pueblo se desprenda de su derecho de soberanía para que recaiga en un hombre o en muchos, pues al no ser el acta de elección una ley, ni siendo soberano el mismo pueblo, no vemos cómo puede transmitir un derecho de que carece.

Ya que la esencia de la soberanía consiste en la voluntad general, tampoco vemos cómo puede ser posible asegurarse de que una voluntad particular tenga que estar siempre de acuerdo con la voluntad general. Se debe presumir que muchas veces se halla en contradicción con ella, ya que el interés privado siempre aspira a las preferencias, mientras que el público tiende a la igualdad, y aun cuando fuera posible esta concordancia, bastaría que no fuese indestructible y necesaria para que no pudiese resultar de ella el derecho soberano.

Veremos, sin violar el pacto social, si los caudillos son otra cosa, sea lo que fuere su denominación, que unos oficiales del pueblo a quienes éste ordena que hagan cumplir las leyes; si esos caudillos no le deben rendir cuentas de su administración, y si ellos mismos no están sujetos a las leyes por cuyo cumplimiento deben velar.

Si un pueblo no puede enajenar su derecho supremo, ¿podrá confiarlo por un tiempo determinado? Si no puede nombrar dueño, ¿podrá nombrar representantes? Esta importante cuestión merece que se discuta.

Si un pueblo no puede tener ni soberano ni representantes, veremos cómo puede imponer las leyes por sí mismo, si debe tener muchas, si deben cambiarse frecuentemente, y si es fácil que un gran pueblo sea su propio legislador. Si no era un pueblo grande el pueblo romano, y si conviene que haya pueblos grandes.

De las precedentes consideraciones, se deduce que en el Estado hay un cuerpo intermedio, compuesto de uno o muchos miembros,

que está encargado de la administración pública, de la ejecución de las leyes y de mantener la libertad civil y política.

Sus miembros son llamados magistrados o reyes, es decir, gobernadores. El cuerpo entero, en lo que se refiere a los hombres que lo componen, se llama príncipe, y considerado por su acción, se llama gobierno.

Si tenemos en cuenta la acción del cuerpo entero actuando en sí mismo, o sea, la relación del todo con el todo, o del soberano con el Estado, podemos establecer una comparación entre esta relación con la de los extremos de una proporción continua cuyo término medio es el Gobierno. El magistrado recibe del soberano las órdenes que da el pueblo; y regulado todo, su producto o su potencia está en el mismo grado que el producto o la potencia de los ciudadanos, que son súbditos por una parte y soberanos por otra. No es posible la alteración de ninguno de los tres términos sin romper la proporción. Si el soberano quiere gobernar, si el príncipe quiere dar leyes, o si el súbdito se niega a la obediencia, el desorden sustituye a la regla, y disuelto el Estado, cae en el despotismo o en la anarquía.

Supongamos que el Estado esté formado por diez mil ciudadanos. El soberano sólo puede considerarse colectivamente y en cuerpo, pero cada particular tiene, como súbdito, su existencia individual e independiente, de tal modo que el soberano está con el súbdito en la relación de diez mil a uno, esto es, que a cada miembro del Estado sólo le corresponde la diez milésima parte de la autoridad soberana, aunque esté sujeto a ella. Si el pueblo consta de cien mil hombres, el estado de los súbditos no sufre variación, y cada uno de ellos lleva siempre sobre sí el imperio de las leyes, ya que reducido su voto a una cien milésima, tiene diez veces menos influencia en su redacción. Así, siendo el súbdito siempre uno, queda aumentada la relación del soberano en razón del número de ciudadanos. De ahí que cuanto más se engrandece el Estado, más disminuye su libertad.

Ahora bien, cuanto menor sea la concordancia de las voluntades particulares con la voluntad general, o sea, las costumbres con las leyes, mayor debe ser la fuerza represiva. Proporcionando la grandeza del Estado más tentaciones y medios para que abusen de

ella los depositarios de la autoridad pública, cuanto mayor es la fuerza de que dispone el Gobierno para contener al pueblo, mayor debe ser también la del soberano para contener al Gobierno.

De esta relación doble se infiere que la proporción continua entre el soberano, el príncipe y el pueblo, no es una idea arbitraria, sino una consecuencia de la naturaleza del Estado. Al ser fijo uno de los extremos, el pueblo, también se deduce que siempre que se aumenta o disminuye, aumenta o disminuye la razón simple, lo cual no puede ser si sufre cambio otras tantas veces el término medio, de donde se puede sacar la consecuencia de que no hay constitución de gobierno que sea única y absoluta, sino que debe haber tantos Gobiernos de diferente naturaleza como haya Estados de diferente importancia.

Si el país es muy poblado, concuerdan menos las leyes con las costumbres, y veamos si por una analogía bastante evidente, podremos afirmar que cuanto más numerosos son los magistrados, más débil es el Gobierno.

Para poner en claro esta máxima, haremos una distinción en la persona de cada magistrado, tres voluntades esencialmente distintas; primero, la voluntad propia del individuo, que sólo aspira a su provecho personal; segundo, la voluntad común de los magistrados, que sólo se refiere al beneficio del príncipe, que podemos llamar de cuerpo y que es general con respecto al Gobierno y particular con respecto al Estado de que es parte el Gobierno; tercero, la voluntad del pueblo o la voluntad soberana, la cual es general, tanto en lo referente al Estado considerado como el todo, como en lo referente al Gobierno considerado como parte del todo. En una legislación perfecta, la voluntad individual y particular debe ser casi nula, muy subordinada debe ser también la del cuerpo propio del Gobierno, y regla, por consiguiente, de todas las demás voluntades, la general y soberana. Por el contrario, siguiendo el orden natural, a medida que estas diversas voluntades se van concentrando se vuelven más activas, pues la voluntad general es siempre la más débil; luego viene la de cuerpo y después la individual, que se prefiere a todo, de tal modo que cada uno es primero él mismo, luego magistrado y después ciudadano; una graduación opuesta a la que exige el orden social.

Sentado esto como base, supondremos el Gobierno a manos de un solo hombre. Aquí están reunidas la voluntad particular y la de cuerpo, y, por lo tanto, posee el mayor grado de intensidad posible. Pero como de este grado depende el uso de la fuerza, y como la fuerza absoluta del Gobierno no sufre ningún cambio, puesto que siempre es la del pueblo, se deduce que el Gobierno más activo es el gobierno de uno solo.

En cambio, unamos el Gobierno con la autoridad suprema, hagamos príncipe al soberano y los ciudadanos otros tantos magistrados-, entonces perfectamente confundida la voluntad del cuerpo con la general, no tendrá otra actividad que ésta y abandonará toda su fuerza a la particular. Entonces el Gobierno, siempre con la misma fuerza absoluta, permanecerá en el menor grado de actividad.

Estas reglas son incontestables, y otras consideraciones sirven para confirmarlas. Vemos que los magistrados son más activos en su cuerpo que el ciudadano en el suyo, y que, por lo tanto, la voluntad individual tiene mayor influencia, porque cada magistrado casi siempre tiene a su cargo alguna función particular del Gobierno, pero cada ciudadano, tomado individualmente, no desempeña ninguna función de la soberanía. Por otra parte, cuanto más se extiende el Estado, más aumenta su fuerza real, aunque aumente en relación directa con la de su extensión, pero siendo el Estado el mismo, en vano se multiplican los magistrados, pues no por eso adquiere más fuerza real el Gobierno, ya que es depositario de la del Estado, la que suponemos siempre igual. De modo que con esta pluralidad, la actividad del Gobierno disminuye sin que pueda aumentar su fuerza.

Después de advertir que el Gobierno se debilita a medida que los magistrados se multiplican, y que cuanto más numeroso es el pueblo, la fuerza represiva del Gobierno debe aumentar, concluiremos que la relación de los magistrados con el Gobierno debe estar en relación inversa a la de los súbditos con el soberano, o sea, que cuanto más se extiende el Estado, más se debe apiñar el Gobierno, de forma que disminuya el número de jefes en proporción a lo que haya aumentado la población.

Para que esta diversidad de formas queden pronto fijadas con denominaciones más rigurosas, observaremos que el soberano puede confiar el depósito del Gobierno a todo el pueblo o a la mayor parte de él, de tal modo que haya más ciudadanos magistrados que simples ciudadanos particulares. Esta forma de Gobierno es llamada «democracia».

También puede concentrarse el Gobierno en un número de ciudadanos más pequeño, de manera que haya más ciudadanos que magistrados; esta forma toma el nombre de «aristocracia».

Por último, puede reunir todo el Gobierno en manos de un magistrado único. Esta forma es la más común y se llama monarquía o Gobierno real.

Subrayemos que todas estas formas de Gobierno, o por lo menos las dos primeras, son capaces de más o menos, y tienen bastante latitud, pues la democracia puede comprender todo el pueblo, o reducirse a la mitad. De la misma forma puede limitarse la aristocracia desde la mitad del pueblo hasta los números más bajos. Hasta el cetro en algunas ocasiones puede ser como partido, sea entre el padre y el hijo, entre dos hermanos o de otra forma. En Esparta siempre había dos reyes, y en el Imperio romano incluso se vieron ocho emperadores a la vez sin que pudiese decirse que el Imperio estuviese dividido. Existe un punto en el cual cada forma de Gobierno se confunde con la inmediata, y bajo tres específicas denominaciones, el Gobierno es realmente capaz de tantas formas diferentes como ciudadanos tiene el Estado.

Todavía hay más: como bajo diferentes puntos de vista cada uno de estos Gobiernos puede subdividirse en diversas partes, una administrada de una manera y otra de distinta forma, de la combinación de estas tres formas pueden resultar numerosas formas mixtas, cada una de las cuales se puede multiplicar por todas las formas simples.

Se ha discutido siempre en todos los tiempos sobre la mejor forma de Gobierno, sin tener en cuenta que cada una es la mejor en un caso determinado y la peor en otros. Por lo que afecta a nosotros, si en los diversos Estados el número de los magistrados^[151] debe ser inverso al de los ciudadanos, concluiremos, que en general, conviene el Gobierno democrático a

los Estados pequeños, el aristocrático a los medianos y el monárquico a los grandes.

Por el curso de estas investigaciones llegaremos a saber cuáles son los deberes y derechos de los ciudadanos y si es posible separar unos de otros, qué es la patria, en qué consiste precisamente y por dónde cada uno puede comprender si tiene o no tiene patria.

Luego de examinar de este modo a cada especie de sociedad civil en sí misma, las compararemos con el fin de observar sus diversas relaciones, unas grandes y otras pequeñas, acometiéndose, ofendiéndose y destruyéndose entre sí, y en esta acción y reacción continua hace más hombres miserables y cuesta más vidas que si todos hubieran conservado su primitiva libertad. Veamos si la institución social ha ido muy adelante o se ha quedado muy atrás, si los individuos sujetos a las leyes y a los hombres, mientras las sociedades conservan entre sí la independencia de la naturaleza, no permanecen expuestos a los males de los dos estados, sin que se gocen sus beneficios, y si no sería mejor que no hubiera sociedad civil en el mundo en vez de que haya muchas, y ni una ni otra segura, *per quem neutrum licet, nes tanquam in bello paratum esse, nec tanquam in pace seculorum?* Esta imperfecta y parcial asociación, ¿no es la que produce la guerra y la tiranía? ¿Y no son los dos azotes más crueles de la humanidad?

Por último analizaremos la especie de remedios que contra estos inconvenientes se han imaginado con las ligas y confederaciones que, dejando a cada Estado árbitro suyo en lo interior, lo arman en lo exterior contra todo agresor injusto. Indagaremos el modo cómo se puede establecer una buena asociación federativa, que es lo que puede hacerla duradera y hasta qué punto puede extenderse el derecho de la confederación, sin causar perjuicio al de la soberanía.

El abate de Saint-Pierre propuso una asociación todos los Estados de Europa con el fin de mantener entre ellos una paz perpetua. ¿Era practicable esta asociación? Y suponiendo que se hubiera establecido, ¿era de presumir que hubiera durado?[\[152\]](#). Estas indagaciones nos conducen directamente hacia todas las cuestiones de derecho público, que pueden ayudar a aclarar las de derecho político.

Finalmente, pondremos los verdaderos principios del derecho de guerra, y veremos por qué Grocio y los otros no han hecho más que sentar principios falsos.

No sería de extrañar que en medio de nuestros razonamientos, mi joven, poseedor de un sano juicio, me dijera: «Dirán que levantamos nuestro edificio con tablas y no con hombres a medida que ponemos en línea cada pieza según la regla». «Es cierto, amigo mío, pero ved que no se doblega el derecho a las pasiones de los hombres, y que entre nosotros se trata de sentar primero los verdaderos principios del derecho político. Ahora que ya tenemos puestos los cimientos, venid a ver todo lo que sobre ellos han edificado los hombres y podréis apreciar bellas cosas.»

Después le hago leer Telémaco y que siga su camino; buscamos la feliz Salento y el buen Idomeneo, prudente a fuerza de desdichas. En la ruta encontraremos a muchos Protesilaos y a ningún Filocles. Tampoco a Adrasto, rey de los daunos, es posible hallarlo. Pero dejemos que los lectores imaginen nuestros viajes o que los hagan con Telémaco en la mano, y no les sugiramos tristes aplicaciones que el mismo autor aparta de sí o ejecuta contra su voluntad.

En cuanto a lo demás, como Emilio no es rey ni yo soy Dios, no nos atormentamos por no poder imitar a Telémaco y a Mentor en el bien que proporcionaban a los hombres; nadie sabe mantenerse mejor que nosotros en su puesto, ni tiene menos deseos de salir de él. Sabemos que fue señalada la misma tarea a todos, que la ha desempeñado con todo corazón quien ama lo bueno y lo ejecuta con todo su poder. También sabemos que Mentor y Telémaco no son otra cosa que ficciones. Emilio no hace sus viajes como un hombre ocioso, sino como si fuese un príncipe. Si fuésemos reyes no seríamos bienhechores. Y si fuésemos lo uno y lo otro, aun sin quererlo, haríamos mil males reales por un bien aparente. Si fuésemos reyes y sensatos, el primer bien que a nosotros y a los demás querríamos hacer sería el de abdicar y volver a ser lo que somos.

Ya he dicho la causa de que los viajes sean infructuosos, y es por como los hace todo el mundo. Lo que todavía hace que sean más inútiles para la juventud es el modo como se la obliga a viajar. Los ayos, más atentos a su propia diversión que a la instrucción de sus

alumnos, los llevan de pueblo en pueblo, de palacio en palacio, de concurrencia en concurrencia, y si son sabios o eruditos, transcurre su tiempo en registrar bibliotecas, visitar anticuarios, contemplar monumentos antiguos y copiar inscripciones medio borradas. En cada país se ocupan de otro siglo, que es como si se ocuparan de otro país, por lo que después de recorrer una gran parte de Europa, abandonándose a frivolidades o al fastidio, regresan sin que hayan visto nada que les sea útil.

Todas las capitales se parecen, se mezclan todos los pueblos, se confunden las costumbres y no son sitios para el estudio de las naciones. Londres y París son para mí una misma ciudad. Sus habitantes tienen algunas preocupaciones distintas, pero no las tienen en menor número los unos que los otros y sus máximas y sus prácticas son las mismas. Sabemos la especie de hombres que deben reunirse en las cortes, no ignoramos la clase de costumbres que se dan en todas partes con el hacinamiento del pueblo y con la desigualdad de bienes materiales. Tan pronto como se me habla de una ciudad de doscientas mil almas, sé cómo viven en ella. Lo poco más que sabría viajando no merece el esfuerzo que me significaría.

En las más apartadas provincias, donde hay menos movimiento y menos comercio y por donde viajan menos los extranjeros, cuyos habitantes salen menos de su pueblo y cambian menos de posición y de estado, necesitan estudiar el carácter y las costumbres de una nación. Contemplad de paso la capital, pero id a ver los lugares apartados del país. Los franceses no están en París, sino en Turena ; los ingleses son más ingleses en Merci que en Londres, y los españoles le son más en Galicia que en Madrid.

En estos sitios alejados, un pueblo se caracteriza y se manifiesta tal como es, sin mezcla, y es donde se observan mejor los buenos y malos efectos del Gobierno, como en el extremo de un radio mayor es más exacta la medida de los arcos.

Las necesarias relaciones de las costumbres con el Gobierno se hallan tan bien explicadas en el libro el Espíritu de las leyes, que lo mejor es leer esta obra para estudiar esas relaciones. Pero, en general, hay dos reglas fáciles y sencillas para juzgar de la bondad relativa de los Gobiernos. Una es la población. En todo país que se

despuebla, el Estado propende a su ruina, y el que aumenta de población aunque sea el más pobre, es el mejor gobernado[153].

Mas para ello es preciso que este aumento sea producido por un efecto natural del Gobierno y de las costumbres, porque si resultase de colonias o de otras causas accidentales y transitorias, entonces probarían el mal por el remedio. Las leyes promulgadas por Augusto contra el celibato, eran una muestra de la decadencia del Imperio romano. Es preciso que la bondad del Gobierno induzca a los ciudadanos a casarse, y no que lo hagan obligados por la ley; no debe analizarse lo que se hace a la fuerza, pues la ley que impone la Constitución se evita y se frustra, más que lo que se hace por la influencia de las costumbres y la bondad del Gobierno, pues sólo estos medios tienen una eficacia constante. La política del buen abate de Saint-Pierre era siempre buscar un medicamento para cada dolencia particular en vez de subir a su fuente común y ver si podía curarlos a todos al mismo tiempo. No se trata de curar separadamente cada úlcera en el cuerpo de un enfermo, sino de purificar la sangre que las produce. Dicen que en Inglaterra se premia a la agricultura; no quiero saber más, pues no prosperará mucho tiempo.

La segunda señal de la bondad relativa del Gobierno y las leyes, también se obtiene de la población, pero de otro modo, de su distribución y no de su cantidad. Dos Estados iguales en territorio y en población puede que sean muy desiguales en fuerza, y siempre el más poderoso es aquel cuyos habitantes están repartidos con más igualdad; el que no tiene ciudades tan populosas, y, por consiguiente, brilla menos, siempre vencerá al otro. Las ciudades populosas son las que dejan a un Estado exhausto y son su debilidad; la riqueza que producen es ilusoria y aparente, es mucho dinero y poco efecto. Se viene diciendo que la ciudad de París vale para el rey de Francia tanto como una provincia, pero creo que le cuesta algunas, pues en muchos aspectos París se mantiene de las provincias, y la mayor parte de las rentas afluyen a esta ciudad y se quedan en ella sin que vuelvan jamás ni al pueblo ni al rey. Es increíble que en este siglo de calculadores no haya quien vea que Francia sería mucho más poderosa si se destruyese a París. Una mala distribución del pueblo no sólo no es provechosa para el

Estado, sino que es más funesta que la misma despoblación, porque ésta produce un producto nulo y el mal entendido consumo lo da negativo. Cuando oigo a un francés y a un inglés enorgullecidos por la grandeza de sus capitales y discuten si tiene más habitantes París o Londres, para mí es como si discutieran sobre cuál de los dos tiene el honor de ser peor gobernado.

Estudiad a un pueblo fuera de sus ciudades y sólo así lo conoceréis. Ver la forma aparente de un Gobierno con todo el aparato de la administración y el lenguaje de los administradores, es no ver nada si no estudiamos también su naturaleza por los efectos que produce en el pueblo y si no la estudiamos en todos los grados de la administración. Encontrándose repartida entre todos estos grados, la diferencia de lo que es pura fórmula y lo que es en realidad, sólo cuando se confunden se aprecia esta diferencia. En este país se comienza a sentir el espíritu del ministerio por las maniobras de los subdelegados, y en el otro, es necesario ver elegir a los miembros del Parlamento para comprender si la nación es libre. En todo país, sea el que fuere, es imposible que conozca su Gobierno quien sólo recorre las ciudades, ya que nunca es el mismo el espíritu de las ciudades y el del campo. Ahora es el campo el que hace al país, y el pueblo del campo el que hace a la nación. Este estudio de los varios pueblos que viven en sus apartadas provincias, y en la sencillez de su carácter original, ofrece una visión general favorable a mi epígrafe y que consuela al corazón humano, y es que, observadas así las naciones, parece que aumenta su valor, y cuanto más se acercan a la naturaleza, más predomina la bondad en su carácter; sólo encerrándose en las ciudades y alterándose a fuerza de cultura, se depravan y convierten en perniciosos y agradables vicios algunos defectos más groseros que destructores.

De esta observación resulta una nueva ventaja en la forma de viajar que propongo, y es que los jóvenes, en las ciudades populosas donde hay una horrible corrupción, están menos expuestos a contraerla, y entre hombres más sencillos y en ciudades menos pobladas, conservan un gusto más sano y costumbres más honestas. Pero esta epidemia no será temible para mi Emilio, pues está preparado para defenderse. Entre las

precauciones que he tomado veo, como la más eficaz, los sentimiento que le he inculcado.

Yo no sé todo lo que puede lograr el verdadero amor en las inclinaciones de los jóvenes, pues sus dirigentes, que no lo ignoran menos que ellos, los desvían de él. No obstante, es indispensable que el joven esté enamorado, si no es un disoluto. Imponerse por las apariencias es fácil. Me citarán mil jóvenes que, según dicen, viven con mucha castidad, pero cítlenme un hombre maduro que diga que pasó así su mocedad. En todas las virtudes y en todas las obligaciones sólo buscan la apariencia, y yo quiero la realidad, y me engaño o no hay para conseguirla otros medios que los que propongo.

La idea de procurar que Emilio se enamore antes de hacerle viajar, no es una invención mía, sino que me la sugirió lo que voy a relatar.

Estaba yo en Venecia en casa del ayo de un joven inglés; era invierno y nos hallábamnos alrededor de la lumbre. El ayo recibe las cartas del correo, las lee, y luego su alumno lee otra en voz alta. Estaba escrita en inglés y no la entendía, pero durante la lectura me di cuenta de que el joven rasgaba unos bonitos encajes que tenía en la manga y los arrojaba al fuego con el mayor disimulo posible para que no lo advirtiesen. Extrañándome, le miro de frente y creo que le veo cierta emoción, pero los signos exteriores de las pasiones tienen diferencias en cada país, acerca de los cuales es fácil engañarse, ya que los pueblos tienen distinta expresión tanto en su lenguaje como en su semblante. Espero el final de la lectura, y señalando luego al ayo los puños desnudos de su alumno, que éste procura esconder, le digo: «¿Se puede saber qué significa esto?»

Viendo el ayo lo sucedido, soltó la risa, abrazó a su alumno con la mayor satisfacción, y después de obtener su consentimiento, me dio la explicación que yo pedía.

«Los encajes que acaba de rasgar John -me dijo-, son un regalo que hace poco le hizo una señora de este pueblo. Pero debéis saber que John está comprometido en su país con una señorita a la que quiere mucho y la cual lo merece todo. Esta carta es de la madre de su amada, y voy a traduciros el párrafo culpa del arretrato que habéis visto.

»"Lucía no deja nunca los vuelos de lord John. Su amiga Beta Roldán vino ayer a pasar la tarde con ella y quiso ayudarle en un bordado. Sabiendo que hoy Lucía se había levantado más temprano que de costumbre, quise ver lo que hacía, y la encontré deshaciendo lo que hizo Beta. No quiere que en su regalo haya ni un punto que sea de otra mano que la suya".»

Poco después salió John para repasar otros encajes y yo le dije a su ayo: «Tenéis un alumno de un carácter excelente, pero decidme la verdad: ¿es cierta esa carta de la señorita Lucía que dice haberla recibido de su madre, o es un expediente arreglado por vos contra la dama de los encajes?». «No -me dijo-, es la pura verdad, no he puesto tanto arte en mis cuidados; sólo me valgo de la sencillez, y Dios ha bendecido mi obra.

Nunca he olvidado la acción de ese joven y tenía que impresionar una cabeza tan imaginativa como la mía. Es tiempo de terminar. Llevemos a lord John ante su Lucía, es decir, a Emilio delante de su Sofía. Un corazón no menos enamorado que antes de su partida y un espíritu más ilustrado, y lleva á su país la ventaja de haber conocido los Gobiernos con todos sus vicios y los pueblos con todas sus virtudes. He procurado que en cada nación se hiciera amigo de algún hombre de mérito mediante lazos de hospitalidad, como hacían los antiguos, y no me dolerá que por medio de la correspondencia continúe cultivando esas relaciones. Además de que puede ser provechoso y siempre es agradable tener correspondientes en países alejados, es una excelente precaución contra el imperio de las preocupaciones nacionales, que acometiéndonos continuamente durante toda la vida, tarde o temprano ejercen sobre nosotros alguna influencia. Con el fin de neutralizarla, lo más conveniente es el trato desinteresado con los hombres juiciosos a quienes apreciamos, y que careciendo de precauciones, exponiéndoles las nuestras, nos proporcionan los medios de contrarrestar las unas con las otras, y de este modo preservarnos de todas. El tratar con los extranjeros en nuestro país no es lo mismo que tratarlos en el suyo. En el primer caso, siempre tienen para el país dónde viven algunas reservas que encubren lo que piensan de él, o piensan favorablemente mientras residan en él, pero al regresar al suyo van rectificando la opinión que se llevaron, y

casi siempre son justos. Me gustaría mucho que el extranjero a quien yo consultase hubiese recorrido mi país, pero sólo estando en el suyo le preguntaría su parecer respecto al mío.

Después de recorrer durante cerca de dos años algunos de los grandes Estados de Europa, y otros pequeños; luego de aprender las dos o tres lenguas principales y haber visto lo más interesante, en historia natural, en gobierno, en artes, en hombres, Emilio devorado por la impaciencia me advierte que nuestro plazo llega al final. Entonces yo le digo: «Muy bien, amigo mío; recordáis el principal objeto de nuestros viajes; habéis visto y habéis observado. ¿Cuál es el resultado de vuestras observaciones? ¿En qué os habéis fijado más? O estoy equivocado con mi método o más o menos me responderéis esto »”¿En qué me he fijado? ¿Qué decido? Pues ser como habéis logrado que sea y no añadir voluntariamente ninguna otra cadena distinta de la que me han cargado la naturaleza y las leyes. Cuando con mayor detalle analizo la obra de los hombres en sus instituciones, más me doy cuenta de que a fuerza de aspirar a ser independientes se hacen esclavos, y que invierten su propia libertad en inútiles esfuerzos para asegurarla. Para no ceder al torrente de las cosas, se forman mil sujeciones, y después, cuando pretenden dar un paso, no pueden, y les asombra verse atados a todo. Creo que para vivir libre no hay que hacer nada; basta con no querer dejar de serlo. Vos, maestro mío, me habéis hecho libre enseñándome a ceder ante la necesidad. Que se presente cuando quiera, que yo me dejaré llevar sin oposición, y como no pretendo combatirla, no recurriré a nada que me retenga. En nuestros viajes he procurado ver si hallaría un rincón de tierra que pudiera ser absolutamente mío, pero entre los hombres, ¿dónde no depende uno de sus pasiones? Bien examinado, he visto que este anhelo mío es contradictorio, pues aunque no estuviera ligado a ninguna otra cosa, quedaría sujeto a la tierra donde me hubiese fijado; mi vida estaría atada a la tierra, al igual que lo estaba la de las dríadas a los árboles. He comprendido que las palabras imperio y libertad son incompatibles y que no podría ser dueño de una choza si no fuese dueño de mí mismo.”»

«Hoc erat in votis: modus agri non ita magnus.»

«Recuerdo que la causa de nuestras investigaciones fueron mis bienes. Con una gran solidez me demostrabais que yo no podía conservar a la vez mi riqueza y mi libertad, pero cuando queríais que fuese libre y sin necesidades, pretendíais dos cosas incompatibles, puesto que no puedo salir de la dependencia de los hombres sin entrar en la de la naturaleza. Entonces, ¿qué voy a hacer de los bienes que me dejaron mis padres? Lo primero será evitar el depender de ellos; romperé los nudos que me sujetan; si me los dejan, los conservaré, y si me los quitan, no seré arrastrado con ellos. No me atormentaré para retenerlos y seguiré firme en mi puesto. Pobre o rico, seré libre y no lo seré sólo en un país, o en una comarca, sino que lo seré en cualquier parte del mundo. Quedan rotos para mí todos los lazos de la opinión; solamente conozco los de la necesidad. Desde mi infancia aprendí a llevarlos, y los llevaré hasta la muerte, porque soy hombre; ¿y por qué no los he de llevar siendo libre si también sería forzoso llevarlos siendo esclavo, y los de la esclavitud por añadidura?

»»¿Qué me importa mi condición en la tierra? ¿Qué me importa el país donde viva? En todas partes donde vivan hombres, sea cualquiera, convivo con mis hermanos, y donde no los haya, estoy en mi casa.

»»En tanto pueda seguir independiente y rico, poseo caudal para vivir y viviré. Cuando me sujete mi caudal, sin pesar alguno lo abandonaré; tengo brazos para trabajar, y viviré. Cuando me falten los brazos, viviré si me dan de comer, o moriré si me abandonan, pero también moriré sin que me abandonen, pues la muerte no es el castigo de la pobreza, sino una ley de la naturaleza. Cualquiera que sea la época que viva, puedo afirmar que me encontrará haciendo preparativos para vivir, sin que nada pueda evitarme el haber vivido.

»'ved, mi buen padre, cómo y qué determino. Si no tuviera una pasión, vivirías en mi estado de hombre, independiente como Dios mismo, pues deseando únicamente lo que existe, jamás tendría necesidad de luchar contra el destino. No tengo más que un solo yugo, el único al que siempre estaré ligado, y del cual me puedo enorgullecer. Dadme a Sofía y soy libre.».

»No sabes, querido Emilio, lo mucho que me complace oírte razones de hombre y ver los sentimientos de tu corazón. No me disgusta ese desinterés excesivo a tu edad. Será menor cuando tengas hijos, y entonces serás lo que debe ser un buen padre de familia y un hombre sensato. Antes de que emprendieras tus viajes ya sabía yo cuáles serían los efectos, sabía que, observando nuestras instituciones, estarías muy distante de poner en ellas la confianza que no se merecen. Es inútil aspirar a la libertad bajo el amparo de las leyes. ¡Leyes! ¿Dónde las hay? ¿Y dónde son respetadas? En todas partes sólo has visto el interés particular y las pasiones humanas. Pero hay las leyes eternas de la naturaleza y del orden, que para el sabio sustituyen la ley positiva; están escritas en lo más íntimo de nuestro corazón por la razón y la conciencia; para poder ser un hombre libre es preciso que primero uno se haga esclavo de ellas, y no hay más esclavo que el que obra mal, pues siempre va movido por fuerzas contrarias a las de su voluntad. La libertad no está en ninguna forma de Gobierno, pero está en el pecho del hombre libre y la lleva consigo a todas partes, mientras que el hombre vil lleva a todas partes la esclavitud. El uno sería esclavo en Ginebra y el otro lo sería en París.

«Si te hablara de los deberes del ciudadano, tal vez me preguntaras dónde está la patria, y creerías que me habías confundido. Pero te engañarías, querido Emilio, porque quien no tiene patria, tiene por lo menos un país. Siempre hay un Gobierno y simulacros de leyes bajo los cuales ha vivido tranquilo. ¿Qué importancia tiene que no se haya cumplido el contrato social si le ha amparado el interés particular como lo hubiera hecho la voluntad general, si la pública violencia le ha preservado de las violencias particulares, si lo malo que ha visto hacer ha sido la causa de que amara lo que era bueno, y si nuestras instituciones han hecho que conociera y odiara sus propias iniquidades? ¡Ah, Emilio! ¿Dónde está el hombre de bien que no debe nada a su país? Sea quien fuere, le debe lo más hermoso que hay para el hombre: la moralidad de sus acciones y el amor a la virtud. Nacido de la selva, hubiera vivido más venturoso y más libre, pero careciendo de obstáculos a los cuales tuviera que vencer para seguir sus inclinaciones, habría sido ser bueno sin mérito alguno, pero no virtuoso, mientras que

ahora lo es, a pesar de sus pasiones. La sola apariencia del orden le induce a que lo conozca y lo quiera. El bien público, que sirve de simple pretexto para los demás, para él sólo es un motivo real. Aprende a combatirse, a vencerse y a sacrificar su interés al de los demás. El provecho que obtiene de las leyes consiste en que le inspiran e' desee de ser justo, incluso entre los malvados. También le han hecho libre, puesto que le han enseñado a ser dueño de sí mismo.

»Entonces, no digas: «¿Qué me importa el sitio donde estoy?». Es importante para ti estar donde puedas cumplir tus deberes, y uno de ellos es sentirte raíz de la tierra donde naciste. Tus compatriotas te protegieron siendo niño, y tú debes amarlos siendo hombre. Tienes que vivir entre ellos, en un lugar donde les puedas ser útil y donde te puedan encontrar así alguna vez si necesitan de ti. Hay circunstancias en que un hombre puede ser más útil a sus conciudadanos viviendo fuera de su patria que en ella. Entonces sólo debe escuchar su celo y sufrir sin quejarse su destierro, puesto que ese destierro es uno de sus deberes. Pero tú, buen Emilio, a quien nadie ha impuesto tan dolorosos sacrificios; tú, que no te has tomado la triste obligación de decir la verdad a los hombres, vete, vive con ellos, cultiva su amistad con suave trato, sé tú su bienhechor y su modelo, y les será más provechoso tu ejemplo que todos nuestros libros, y las buenas acciones que vean en ti les valdrán más que todos nuestros discursos.

»Con esto no te exhorto para que vayas a vivir en las grandes ciudades, sino al contrario; uno de los ejemplos que los buenos deben a los demás es el de la vida patriarcal y compasiva, la vida primitiva del hombre, la más pacífica, más natural y más dulce para quien no tiene cansado el corazón. ¡Dichoso el país donde no hay que ir a buscar la paz en un desierto! Pero, ¿cuál es ese país? Un hombre generoso satisface mal esa inclinación suya en las ciudades, donde casi no halla a quien pueda favorecer, si no cae en las tretas de los intrigantes y los bribones. La acogida que se hace a los incautos que van a probar fortuna acaba de arruinar al país, cuando debería repoblarse a costa de las ciudades. Todos los que huyen de las grandes urbes son útiles por el solo hecho de irse, pues todos sus vicios provienen de ser muy pobladas. También son

útiles cuando pueden llevar al desierto la vida, la cultura y el amor de su primitivo estado. Me conmuevo pensando en los beneficios que pueden aportar Emilio y Sofía desde su sencillo retiro, la vida que pueden proporcionar a las campiñas y cómo van a reanimar el apagado celo del infeliz aldeano. Ya creo ver cómo el pueblo se multiplica, cómo se fertilizan los campos, cómo se engalana la tierra con nuevos frutos y la muchedumbre y la abundancia transforman en fiestas los trabajos y se elevan bendiciones y alegres clamores en torno a la amable pareja que ha reanimado los rústicos juegos. Tratan de fantástico el siglo de oro, y lo será siempre para quien tenga estragados el gusto y el corazón. Tampoco es cierto que sientan haberlo perdido, pues ese sentimiento siempre es vano. ¿Qué se necesita para que renazca? Una sola cosa, pero imposible amarle.

»Ya me parece que está renaciendo alrededor de la morada de Sofía; no haréis más que acabar juntos lo que sus dignos padres han empezado. Pero no rechaces, querido Emilio, las obligaciones penosas si alguna vez te las imponen; acuérdate de que los romanos abandonaban el arado por la toga consular. Si el príncipe o el Estado te llama para el servicio de la patria, déjalo todo para desempeñar el puesto que se te señale, el honroso papel de ciudadano. Si esta función te resultase costosa, hay un medio decente y eficaz para librarte de ella, y es desempeñarla con tanta integridad que se te releve al poco tiempo. No deben inquietarte las dificultades de semejante carga; mientras hayan hombres de este siglo, no será a ti a quien irán a buscar para servir al Estado.»

Si pudiera pintar la vuelta de Emilio a casa de Sofía y el fin de sus amores, o mejor, el principio del amor conyugal que los une... Amor fundado en la estimación, tan duradero como la vida; en las virtudes, que no se desvanecen con la hermosura; en la armonía de los caracteres, que hacen amable el trato y prolongan en la vejez el encanto de la unión primera. Pero estos detalles pudieran distraer sin ser provechosos, y hasta aquí sólo he descrito las circunstancias agradables que me han parecido útiles. ¿Abandonaré ese sistema al final de mi tarea? No, y veo, además, que mi pluma siente ya el cansancio. Muy débil para tan extenso trabajo, lo abandonaría si

estuviera menos adelantado, dejándolo imperfecto, pero ya es hora de que lo concluya.

Al fin veo nacer el más encantador de los días de Emilio y el más feliz de los míos; veo coronados mis afanes y empiezo a saborear su fruto. Que se una la muy digna pareja con una indisoluble cadena; lo dice su boca y confirma su corazón que sus juramentos no serán vanos; son ya esposos. Al regreso del templo, se dejan conducir; no saben dónde están, ni adónde van, ni lo que harán a su alrededor. No oyen, no responden más que palabras confusas; sus temblorosos ojos no ven nada. ¡Oh, delirio y flaqueza humana! El sentimiento de la felicidad entontece al hombre, sin fuerzas para resistirlo.

Son muy pocos los que en el día de una boda sepan hablar con los novios en el tono más conveniente. El triste decoro de unos y las chocarrerías de otros, me parecen del mismo modo impertinentes. Preferiría que dejaran que estos jóvenes corazones se recogieran dentro de sí mismos y se abandonaran a una agitación que tiene cierta delicia, en vez de distraerlos con tanta crueldad, entristeciéndolos con una inoportuna seriedad, o incomodándolos con humoradas que si los hubieran divertido en otra ocasión, son más que importunas en ese día.

Veo que mis dos jóvenes, en la dulce emoción que los turba, no escuchan nada de todo lo que se les dice. Yo, que deseo que el hombre goce de todos los días de la vida, ¿he de permitir que pierdan uno tan precioso? No; quiero que lo gusten, que lo paladeen, que disfruten de sus delicias. Les arranco de la indiscreta muchedumbre que les cansa, y llevándomelos a pasear en un sitio apartado, les llamo a la realidad hablándoles de ellos. No sólo quiero llegar a su oído, sino también a su corazón, y no ignoro cuál es el único asunto con que han de llenar este día.

«Hijos míos -les digo, cogiéndolos de la mano-, hace tres años que vi nacer esta viva y pura llama que hoy es vuestra felicidad. Ha ido en aumento, y en vuestros ojos leo que ha llegado a su mayor grado de vehemencia, y no se puede debilitar.» Lectores, ¿no veis los arrebatos, la emoción, los juramentos de Emilio, el aire desdeñoso con que Sofía desprende su mano de la mía y las tiernas

protestas que sus ojos se hacen mutuamente de adorarse hasta el último aliento? Les dejo que sigan y vuelvo a mi tema.

«He pensado muchas veces que si se pudiera prolongar la dicha del amor en el matrimonio, habría el paraíso en la tierra. Hasta hoy nunca se ha visto. Pero si no es totalmente imposible, uno y otro sois dignos de dar un ejemplo que de nadie habéis recibido y que pocos esposos sabrán imitar. ¿Queréis, hijos míos, que os diga los medios que imagino para ello y que creo los únicos posibles?»

Se miran sonriendo y burlándose de mi simplicidad. Emilio me agradece mis palabras y me dice que cree que Sofía tiene una receta mejor que la mía y que a él con eso le basta. Sofía aprueba, y parece muy confiada; no obstante, en medio de su risueña expresión, creo percibir cierta curiosidad. Observo a Emilio; sus ardientes ojos devoran los encantos de su esposa; es lo único que le interesa, y mis razonamientos no le dicen nada. Yo me sonrío diciéndome que pronto conseguiré que me haga caso.

La diferencia casi imperceptible de estos movimientos secretos señalan una muy característica en los dos sexos y muy contraria a las preocupaciones admitidas, y es que, por regla general, los hombres son más inconstantes que las mujeres y se fatigan más pronto del amor satisfecho. Desde muy atrás, la mujer presiente la inconstancia del hombre y se alarma[154]. Esto la vuelve celosa. Cuando él empieza a entibiarse, ella aumenta los cuidados que le dedicó en otros tiempos para serle grata, y llora, se humilla y pocas veces con buen resultado. El cariño y los obsequios se ganan los corazones, pero no tienen el poder de recobrarlos. Vuelvo a mi receta contra el enfriamiento del amor en el matrimonio.

»Es fácil y sencillo: el secreto está en que sigan siendo amantes cuando son esposos.» «Efectivamente -dice Emilio, riéndose del secreto-. Esta receta no nos será pesada seguirla.» «Pesada será para vos que habláis de lo que no sabéis. Dejad que me explique.

»Los nudos que se quieren apretar demasiado se rompen. Esto es lo que sucede con el matrimonio cuando se le quiere dar más fuerza de la que debe tener. La fidelidad que impone a los esposos es el más santo de todos los derechos, pero el poder que da a cada uno sobre el otro es demasiado. La violencia y el amor son de mal unir, y el deleite no se dirige. No os sonrojéis, Sofía, ni os vayáis.

Dios no permita que yo quiera ofender vuestra modestia, pero aquí se trata de vuestro destino. Ante tan importante causa, debéis sufrir de un padre y un esposo razones que de otros no soportar dais.

»La posesión no causa el hastío que produce la sujeción, y el hombre que tiene una querida le conserva el cariño mucho más tiempo que a su propia mujer. ¿Cómo ha sido posible transformar en obligación los más tiernos cariños y en derecho las más dulces prendas de amor? El deseo mutuo hace el derecho, y la naturaleza no conoce otro. La ley puede restringir este derecho, pero no extenderlo. El deleite es dulce por sí mismo. ¿Ha de recibir de la sujeción la fuerza que no haya podido lograr con sus atractivos? No, hijos míos; en el matrimonio están ligados los corazones, pero no están esclavizados los cuerpos. Os debéis fidelidad, pero no condescendencia. Cada uno de los dos sólo puede ser del otro, pero ninguno debe ser del otro más que cuando a éste le plazca.

»Por lo tanto, querido Emilio, si es verdad que queréis ser amante de vuestra mujer, ella debe ser siempre dueña de vos y de sí misma; sed un amante feliz, pero respetuoso; debéis alcanzarlo todo del amor sin exigir nada de la obligación, y los más pequeños favores no deben ser nunca derechos, sino gracias para vos. Ya sé que el pudor aparta los consentimientos malos y pide que sea vencido, pero con verdadero amor y delicadeza, ¿se engaña el amante acerca de la voluntad secreta? ¿No sabe cuándo los ojos y el corazón otorgan lo que la boca niega? Que cada uno tenga derecho a ser dueño de su persona y de su cariño, sin debérselo conceder contra su propia voluntad. Recordad que ni siquiera en el matrimonio el deleite es legítimo cuando no es compartido. No temáis de que esta ley os desvíe al uno del otro; por el contrario, hará que los dos os esforcéis en agradaros, y evitaréis el hastío. Limitados el uno al otro, os acercarán la naturaleza y el amor.» Al oír estas y otras semejantes razones, Emilio se enoja y gruñe; Sofía, avergonzada, se tapa los ojos con su abanico y no dice nada. El más descontento de los dos no es, tal vez, el que más se queja. Sin ablandarme, insisto; avergüenzo a Emilio por su poca delicadeza, salgo fiador de Sofía, quien admite el pacto, la invito a que hable y veo que no se atreve a desmentirme. Emilio, inquieto, consulta con los ojos a su esposa y observa, en medio de su cortedad, que hay

en los de ella una deliciosa turbación que le tranquiliza contra los riesgos de la confianza. Se arroja a sus pies, besa la mano que ella le ofrece y jura que, excepto la prometida fidelidad, renuncia a cualquier otro derecho sobre ella. «Sé tú, amada mía -le dice-, árbitro de mis placeres como lo eres de mi vida y de mi destino. Aunque tu crueldad tuviese que costarme la vida, te hago entrega de mis queridos derechos. No quiero deber nada a tu complacencia; lo que quiero es tu corazón.»

Buen Emilio, tranquilízate. Sofía es demasiado generosa para dejarte morir víctima de tu generosidad. Por la noche, al despedirme, les digo en el tono más grave que puedo: Acordaos el uno y el otro de que sois libres, que no haya diferencias falsas, que no se trata de obligaciones conyugales». ¿Quieres venir, Emilio? Sofía te lo permite. Enfurecido. Emilio querrá pegarme. ¿Y vos, Sofía, qué decís? ¿Queréis que me lo lleve? La embusterilla, sonrojada, dirá que sí. ¡Bella y dulce mentira que vale más que la verdad!

Al día siguiente... La imagen de la felicidad complace a los hombres; la corrupción del vicio ha depravado su gusto no menos que sus corazones. Ya no saben sentir lo tierno ni ver lo amable. Vosotros, que para pintar el deleite nunca imagináis más que dichosos amantes embriagados en el seno de las delicias, qué imperfectas son todavía vuestras pinturas; sólo ofrecéis la más grosera mitad, los atractivos más dulces del deleite no los recogéis. ¿Quién de vosotros no vio jamás dos esposos jóvenes salir del tálamo nupcial, y en su lánguido y casto mirar, el reflejo de los dulces deleites que acaban de disfrutar, la amable serenidad de la inocencia y la certidumbre de vivir juntos toda su vida?

Este es el objeto más encantador que puede presentarse al corazón del hombre y la verdadera pintura del deleite; la habéis visto cien veces sin reconocerla; vuestros endurecidos corazones no están hechos para amar. Dichosa y serena, Sofía pasa el día en brazos de su madre, blando descanso para la que ha pasado la noche en los de su esposo.

Al otro día observo ya un cambio. Emilio quiere dar muestras de descontento, pero a través de esa afectación noto un ardor tan tierno y tanto rendimiento, que no auguro nada que sea triste. Sofía

está más alegre que el día anterior, en sus ojos brilla una visible satisfacción, es muy cariñosa con Emilio, casi le provoca, .y parece que él se enfada más con sus halagos.

Estos cambios son poco notables, pero no se me escapan. Inquieto, consulto a Emilio a solas, y me entero de su mucho sentimiento porque, a pesar de sus instancias, ha tenido que dormir en otra cama la noche pasada. La imperiosa se ha dado prisa en hacer uso de su derecho. Se explican, Emilio se queja con amargura, Sofía bromea y, por último, viendo que se pueda enfadar de verdad, fija una mirada de dulzura en él, y apretándome la mano, pronuncia esta palabra, pero con un acento que llega al alma: «¡Ingrato!». Emilio es tan tonto que no entiende nada de eso. Yo sí lo entiendo, y apartando a Emilio, hablo con Sofía.

«Ya veo, le digo, la razón de ese capricho. No es posible tener más miramiento, ni emplearlo más inoportunamente. Tranquilizaos, querida Sofía; es un hombre el que os he dado, y debéis tener miedo de tratarle como a un hombre; estáis en las primicias de la juventud, y con ninguno la ha gastado él y la conservará para vos.

»Es necesario, querida niña, que os explique con más una mujer se parece a Sofía, merece que el marido sepa. Tal vez sólo visteis como un modo de hacer uso con economía de vuestros deleites para que fuesen duraderos. No, Sofía; era otro objeto más digno de mis cuidados. Convertido en vuestro esposo, Emilio pasa a ser vuestro dueño; la naturaleza lo quiere así. Mas cuando una mujer se parece a Sofía, merece que el marido sea llevado por ella, también es una ley de la naturaleza y para que tengáis tanta autoridad en su corazón como su sexo os la da a vuestra persona, yo os he hecho árbitro de sus gustos. Lo conseguiréis a costa de privaciones, pero reinaréis en él si sabéis reinar en vos, y lo que ha sucedido me demuestra que ese difícil arte no es superior a vuestras fuerzas. Reinaréis por el amor mucho tiempo sí hacéis que sean preciosos y escasos vuestros favores, si sabéis hacerlos valer. ¿Queréis ver siempre a Emilio a vuestros pies? Mantenedle siempre a cierta distancia de vuestra persona, pero sed modesta en vuestra severidad, y no caprichosa; que os vea reservada y no maniática; evitad que por no hastiar su amor dude del vuestro. Lograd que os ame por vuestros favores y os respete por vuestras repulsas, y que

adore la castidad de su mujer sin tener que sentir agravios por su tibieza.

»De esta forma os entregará su confianza, escuchará vuestros consejos, os consultará en sus negocios y no resolverá nada sin antes meditarlo con vos. De este modo lo podéis llevar a la razón cuando se extravíe, reducirle mediante una dulce persuasión, haceros amable para ser útil, emplear el arte de agradar en servicio de la virtud y el amor en servicio de la razón.

»Sin embargo, no vayáis a creer que siempre puede daros resultado este arte. Por más precauciones que se tomen, el gozo gasta los deleites, y el amor antes que todos los demás. Pero cuando el amor ha durado mucho tiempo, un dulce hábito llena su vacío, y a los raptos de la pasión suceden los atractivos de la confianza. Los hijos forman un vínculo no menos suave y a veces más fuerte que el mismo amor entre los padres. Cuando dejéis de ser la amante de Emilio, seréis su mujer y su amiga, seréis la madre de sus hijos. Entonces, en lugar de vuestra primera reserva, estableced la mayor intimidad entre vosotros; no más lecho aparte, no más repulsas, no más caprichos. Sed su otra mitad, que no pueda vivir sin vos y tan pronto como se separe de vuestro lado, que se sienta lejos de sí mismo. Vos que conseguisteis que reinaran en casa de vuestros padres los encantos de la vida doméstica, procurad que también reinen en la vuestra. Todo hombre que se encuentra a gusto con su familia ama a su mujer. No olvidéis que si vuestro esposo vive feliz en casa, seréis una mujer feliz.

»Por lo que hace al presente, no seáis tan severa con vuestro amante, pues es merecedor de la mayor condescendencia, y vuestros temores le ofenderían; no miréis tanto por su salud a costa de su dicha, y gozad de la vuestra. No se debe esperar que venga el hastío, ni repeler el deseo, ni se ha de negar por el simple capricho de negar, sino para aumentar el valor a lo que se concede.»

Acto seguido los reúno y delante de ella, digo al joven esposo:

«Hay que soportar el yugo que uno mismo se ha impuesto, y entonces proceded de suerte que seáis merecedor de que os lo hagan más suave. Ante todo, debéis mostraros agradecido por las gracias recibidas, y no debéis pensar que se gana nada demostrando descontento. No es difícil lograr la paz, y cualquiera

acierta las condiciones.» El tratado se firma con un beso. Después le añado -a mi discípulo: «Querido Emilio, tienes que saber que el hombre necesita durante el transcurso de su vida consejo y guía. Yo he hecho todo lo que me ha sido posible para cumplir esta obligación contigo, pero aquí termina mi larga tarea y comienza la de otro. Hoy renuncio a la autoridad que me confiasteis, y de ahora en adelante aquí tenéis a vuestro guía.»

Poco a poco se va calmando el primer delirio, y les deja que gocen en paz el momento de su nuevo estado. ¡Dichosos amantes, dignos esposos para honrar sus virtudes y trazar el cuadro de su felicidad, habría que escribir la historia de su vida. ¡Cuántas veces, contemplando en ellos mi obra, siento cómo me palpita, estremecido, el corazón! ¡Cuántas veces estrecho con las mías sus manos y bendigo a la Providencia entre mis más hondos suspiros! ¡Cuántos besos imprimo sobre esas manos que aprietan las mías! ¡Y cuántas lágrimas mías de gozo sobre sus manos! También a ellos les conmueven mis transportes. Sus respetables padres gozan por segunda vez de la juventud viendo la felicidad de sus hijos; vuelven, por decirlo así, a comenzar su vida en ellos, o comprenden por primera vez el valor que tiene la vida, y maldicen sus antiguas riquezas, las que cuando tenían la misma edad impidieron que disfrutasen tan deliciosa suerte. Si existe la felicidad en la tierra, hay que venir al albergue donde vivimos para encontrarla.

Al cabo de algunos meses, Emilio entra en mi habitación y dándome un abrazo me dice: «Maestro mío, felicidad a vuestro hijo, pues espera para muy pronto tener el honor de ser padre. ¡Oh, cuántos desvelos nos esperan y cuánto vamos a necesitar de vos! Que Dios no permita que yo os deje educar a mi hijo después de haber educado a su padre, ni que otro que sea yo desempeñe un deber tan dulce y santo, aunque pudiese escoger con tanto acierto para él como escogieron para mí. Pero queremos que seáis el maestro de los maestros jóvenes. Aconsejadnos, dirigidnos, pues nosotros seremos dóciles, y mientras yo viva, tendré siempre necesidad de vos. Os necesito más que nunca, porque ahora comienzan mis funciones de hombre. Vos habéis cumplido las vuestras; guiadme para imitaros. Ha llegado el tiempo de que descanséis».

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019

NOTAS:

[1]Madama de Chenonceaux.

[2]Pensées sur l'éducation des enfants, 1721. in-12.

[3]La educación primera es la que más importa, y ésta sin disputa compete a las mujeres; si el autor de la naturaleza hubiera querido fiársela a los hombres, les hubiera dado leche para criar a los niños. Así, en los tratados de educación se ha de hablar especialmente con las mujeres, porque además de que pueden vigilar más de cerca que los hombres, y de que tienen más influjo en ella, el logro las interesa mucho más, puesto que la mayor parte de las viudas se quedan a merced de sus hijos, que entonces les hacen experimentar los buenos o malos frutos de la educación que les han dado. Las leyes, que siempre se ocupan en las cosas, y casi nunca en las personas, porque su objeto es la paz, no la virtud, no otorgan la suficiente autoridad a las madres, aunque sea su estado más cierto que el de los padres, más penosas sus obligaciones, más importantes sus afanes para el buen orden de las familias, y, en general, mayor el cariño que a sus hijos tienen. Casos hay en que un hijo que falta el respeto a su padre, puede merecer alguna disculpa; pero, si en una ocasión, sea cual fuese, se hallare un hijo de tan mal natural que falte el respeto a su madre, a la que le trajo en su vientre, le crió a sus pechos y por espacio de muchos años se olvidó de sí propia para no pensar más que en él, bueno fuera sofocar a este desventurado como un monstruo que no merece ver la luz del día. Dicen que las madres miman a sus hijos; en eso hacen mal; pero no tanto como vosotros, que los depraváis. Una madre quiere que su hijo sea feliz y que lo sea desde el momento actual. En eso tiene razón; cuando se equivoca en los medios, conviene desengañarla. Mil veces más perjudiciales son para los hijos la ambición, la avaricia, la tiranía y la falsa previsión de los padres, que el cariño ciego de las madres. Por lo demás, es preciso explicar el sentido que doy yo al nombre de madre, cosa que haré más adelante.

[4]Parecido a ellos en lo exterior, y careciendo del habla y de las ideas que con ella se expresan, no se hallaría en estado de darles a entender la necesidad que tendría de su auxilio, y en nada echarían de ver esta necesidad.

[5]Mr. Formey nos asegura que no es esto exactamente lo que se dice. Sin embargo, me parece que no es otra cosa lo dicho en este verso al que me propongo contestar :
La nature, crois-moi, n'est rien que l'habitude.

Mr. Formey, que no quiere enorgullecer a sus semejantes, nos da modestamente la medida de su cerebro por la del entendimiento humano.

[6]Por eso las guerras de las repúblicas son más crueles que las de las monarquías. Pero si es moderada la guerra de los reyes, su paz es terrible; más vale ser sus enemigos que sus vasallos.

[7]En muchas escuelas, y con especialidad en la Universidad de París, hay profesores que yo quiero y aprecio mucho y que tengo por muy aptos para dar buena enseñanza a la juventud, si no los precisaran a seguir el método establecido. Exhorto a uno de ellos a que publique la reforma que ha proyectado. Puede que entonces, viendo que la enfermedad aún tiene cura se piense en su remedio.

En la edición original se lee: *Hay en la Academia de Ginebra y en la Universidad de París algunos profesores, etc.*

[8]Te tengo, y te aprendí, oh fortuna! y he vallado todos tus portillos, para que no puedas llegar hasta mí. (CICERÓN, Tuscul., V, cap. IX.)

[9]Saca a luz la partera, educa la nodriza, instituye el ayo, enseña el maestro. *Non. Marcell.*

[10]BUFFON, *Hist. Nat.*, t. IV, p. 190.

[11]La simpatía entre mujeres y médicos me ha parecido, siempre una de las más curiosas singularidades de París. Los médicos adquieren su reputación gracias a las mujeres y

éstas hacen su voluntad gracias a los médicos. Fácilmente se deja entender por esto qué clase de habilidad necesita un médico para hacerse célebre en París.

[12]Al mismo tiempo que el Emilio se publicó una *Disertación acerca de la educación física de los niños*, por un *ciudadano de Ginebra*, en la cual se enuncian los mismos principios de Rousseau. Éste se quejó del plagio en el XI libro de las *Confesiones*.

[13]Cuando leemos en Plutarco* que Catón el Censor, que con tanta gloria gobernó a Roma, educó por sí mismo a su hijo desde la cuna, y con tanto esmero que todo lo abandonaba para estar presente cuando la nodriza, esto es, la madre, le arrullaba y le lavaba; cuando vemos en Suetonio** que Augusto, señor del mundo que había conquistado y que regía él propio, enseñaba él mismo a sus nietos a escribir, a nadar y los elementos de las ciencias, y que los tenía siempre a su lado, no puede uno menos de reírse de las buenas gentes de aquellos tiempos, que se divertían en semejantes boberías, sin duda porque eran de muy corto ingenio para saberse ocupar en los graves asuntos de los grandes hombres de nuestro tiempo.

*Vida de Marco Catón, 41.

**Vida de Augusto, cap. LXIV.

[14]Presentaremos un ejemplo sacado de los periódicos ingleses, que refiero porque presenta muchas reflexiones relativas a mi asunto.

«Un individuo llamado Patricio Oncil, que nació en 1647, se acaba de casar en séptimas nupcias en 1760. Sirvió en dragones el decimoséptimo año del reinado de Carlos II, y en otros varios cuerpos hasta el año de 1740, que alcanzó su licencia. Se halló en todas las campañas del rey Guillermo y del duque de Malborough. Nunca ha bebido este hombre más que cerveza común; siempre se ha alimentado con vegetales y no ha comido nunca carne, como no fuese en algunos banquetes que daba a su familia. Siempre acostumbraba a levantarse y a acostarse con el sol, a menos que se lo hayan estorbado sus obligaciones. Actualmente tiene ciento trece años, oye bien, disfruta salud y anda sin báculo. No obstante su avanzada edad no está un instante desocupado y va todos los domingos a su parroquia en compañía de sus hijos, nietos y biznietos.»

[15]Las mujeres comen pan, legumbres y lactinios, las perras y las gatas comen lo mismo y hasta las lobas pastan. Buscan jugos vegetales para su leche. Falta examinar la leche de las especies que no pueden alimentarse más que con carne, si hay alguna de éstas, cosa que dudo mucho.

[16]Aunque los jugos que nos nutren sean líquidos, se deben exprimir de manjares sólidos. Un trabajador que se alimentase sólo con caldo, muy en breve fallecería; mejor se sustentarla con leche, porque ésta se cuaja.

[17]Los que quieren informarse más al pormenor de las ventajas y los inconvenientes del régimen pitagórico, podrán consultar los tratados que acerca de tan importante materia han escrito los doctores Cocchi y su antagonista Bianchi.

[18]En los pueblos grandes ahogan a los niños a fuerza de tenerlos encerrados y abrigados. Aún no saben los que les cuidan, que lejos de hacerles mal los fortifica el aire frío, y que el -caliente los debilita, les da calentura y los mata.

[19]Digo una cuna, por emplear una voz usada, a falta de otra; mas estoy convencido de que nunca es necesario mecer a los niños, y de que esta costumbre les es perjudicial muchas veces.

[20]Por esta razón los antiguos habitantes del Perú dejaban libres los brazos a sus hijos en una envoltura muy ancha, y cuando se la quitaban, los dejaban libres en un hoyo hecho en tierra, y guarnecido o entapizado de lienzo, en el cual los metían hasta medio cuerpo; de este modo tenían libertad de mover los brazos y la cabeza y de doblar el cuerpo a su antojo sin caer ni lastimarse; y cuando podían dar algún paso, les presentaban los pechos a cierta

distancia, como estímulo para obligarlos a caminar. Los negrillos suelen mamar en una situación mucho más incómoda, pues aprietan con sus pies y rodillas una de las caderas de la madre, se asen con sus manos al pecho y maman constantemente sin descomponerse ni caer, no obstante los diferentes movimientos de la madre, que entretanto no deja su trabajo ordinario. Estas criaturas, al segundo mes empiezan a caminar, o por mejor decir, a andar a gatas, y este ejercicio les facilita después el correr en la misma postura casi con la misma velocidad que si corriesen en dos pies. » (*Hist. nat.*, tomo IV, in-12, p. 192.)

A estos ejemplos hubiera podido añadir el señor conde de Buffon el de Inglaterra, donde van suprimiendo de día en día la extravagante y bárbara costumbre de los pañales y la faja. -Véase también a La Loubère, *Viaje de Siam*; al señor Le Beau, *Viaje del Canadá*, etc. - Si tuviera que confirmar esto con hechos llenaría veinte páginas de citas.

[21]El olfato es el sentido que más tarda en desarrollarse en los niños; hasta que tienen dos o tres años, parece que no les mueven los olores buenos ni malos; y en esta parte tienen la diferencia o más bien la insensibilidad que se nota en muchos animales.

[22]El ejemplo empleado por el autor es este: *Mon père, iraije t-y* Porque diciéndose *va-s-y*, ¿qué razón hay para omitir el adverbio determinante y en la primera frase? V. página49, de la edición francesa de Garnier frères.

[23]Claro es, que hay excepciones; con mucha frecuencia los niños que menos se habían hecho entender, así que alzan la voz, aturden. Pero si fuera yo a detallar todas estas menudencias, sería nunca acabar; todo lector sensato verá que derivándose el exceso y el defecto del mismo abuso, ambos los corrige igualmente mi método. Estas dos máximas las tengo yo por inseparables: *siempre lo bastante, nunca demasiado*. Establecida la primera, la segunda es su necesaria consecuencia.

[24]Vive, y no sabe él mismo si está en vida.

OVID. *Trist.*, lib. I.

[25]Lib. I, cap. IV.

[26]No hay modo de andar más ridículo ni menos firme que el de las personas a quienes de niños han llevado mucho tiempo de los andadores; esta es una de aquellas observaciones que de puro ciertas son triviales y que se comprueban con frecuencia.

[27]Noct. atic. lib. IX, cap. VIII.

[28]Ya se comprende que hablo de los hombres que reflexionan y no de todos en general.

[29]«Cuidado extremo toma el hombre en la prolongación de su ser y a ello provee por toda suerte de medios... todo lo llevamos con nosotros; nadie piensa lo bastante que solamente es uno... Cuanto más amplificamos nuestra posesión, tanto más nos sometemos a los azares de la fortuna. El curso de nuestros deseos debe circunscribirse y limitarse al corto espacio de las comodidades más próximas. Los actos que no se ajustan a esta reflexión, necesariamente son erróneos. » (MONTAIGNE, lib. III, cap. X.)

[30]«Major pars mortalium de naturae malignitate conqueritur, quod in exiguum cevi gignimur... non exiguum temporis habemus, sed multum perdimus. Satis longa vita est, si tota bene collocaretur... Proecipitat quisque vitam suam, et futuri desiderio laborat pcesentium tcedio. » (SÉNEGA, *De Brev. vitt.*, cap. I et VIII).

«Nuestros afectos van mucho más allá que nosotros ... Nunca permanecemos en nuestro límite, siempre pasamos de él; los temores, las esperanzas y los deseos nos impulsan hacia el porvenir y nos sustraen al sentimiento y a la consideración de lo que existe para distraernos con aquello que existirá cuando ya no vivamos nosotros. » (MONTAIGNE, liv. I, cap. III.)

[31]«Ese chicuelo que ahí veis es el árbitro de la Grecia, decía Temistocles a sus amigos, porque él gobierna a su madre, su madre me gobierna a mí, yo gobierno a los atenienses y los atenienses gobiernan a los griegos.» ¡Oh, qué de mezquinos conductores se hallarían a

veces en los mayores imperios, sí se bajase por grados desde el príncipe hasta la primera mano que da el impulso secreto! (PLUTARCO, Dict. notables de reyes y capitanes, 49.)

[32] En mis *Principios de derecho político* se demuestra que en el sistema social ninguna voluntad particular puede ser ordenada.

[33] Debe conocerse que así como la pena es muchas veces precisa, el deleite a veces es necesidad. Un solo deseo hay en los niños con el cual nunca se debe condescender, que es el de hacer que los obedezcan; de donde se sigue que, en todo cuanto piden, es menester buscar con atención el motivo que les mueve a pedirlo. Otorgadles en lo posible todo lo que les puede causar gusto real negadles siempre lo que solamente solicitan por antojo o por ejercer un acto de autoridad.

[34] Debemos estar ciertos de que mirará el niño como capricho toda voluntad contraria a la suya y cuya causa no conozca. Un niño no alcanza el motivo de aquello que se opone a sus caprichos.

[35] Nunca se ha de consentir que un niño trate a los mayores como a inferiores ni aún como a iguales suyos. Si se atreviese a pegar de veras a alguno, aunque fuera su lacayo, aunque fuera él verdugo, haced que le restituya éste con usura sus golpes y de manera que le quite la gana de secundarlos. He visto a niñeras imprudentes que atizan la cólera de las criaturas las excitan a que peguen, se dejan pegar y se ríen de sus débiles golpes sin hacerse cargo de que en la intención del niño furioso eran otras tantas heridas de muerte, y que el que quiere pegar cuando chico, querrá matar cuando sea mayor.

[36] Por eso la mayor parte de los niños quieren volver a tomar lo que han dado y lloran cuando no se lo devuelven, lo cual no hacen cuando han entendido bien lo que es una dádiva, sólo que entonces son más circunspectos en dar.

[37] Por lo demás, aun cuando esta obligación de cumplir su palabra no la cimentara en el ánimo del niño el peso de su utilidad, en breve el sentimiento interno, que empieza a rayar, se la impondría como ley de la conciencia, como principio innato, que para desenvolverse sólo aguarda los conocimientos a que se aplica. Este rasgo primero no le señala la mano de los hombres, que le graba en nuestros pechos el autor de toda justicia. Quítese la primitiva ley de las convenciones y la obligación que ésta impone, y todo en la sociedad humana es ilusorio y vano. Quien sólo por su utilidad cumple con su promesa, poco más ligado está que, si nada hubiera prometido o, cuando más, se servirá de la facultad de violarlas, como hacen los jugadores de pelota con las faltas, que, si se las pasan a sus contrarios, es cuando pueden hacerlo sin correr riesgo de perder el juego: Este principio es importantísimo y merece profundizarse, porque aquí empieza el hombre a estar en contradicción consigo mismo.

[38] Como cuando acusado de un delito se defiende el reo diciendo que es hombre de bien; entonces dice mentira de hecho y de derecho.

[39] No hay cosa más imprudente que semejante pregunta, sobre todo si el niño tiene la culpa; si entonces cree que sabemos lo que ha hecho, verá que le tendemos un lazo, y no puede menos de indisponerle esta opinión con nosotros. Si no lo cree dirá: ¿a qué he de descubrir mi culpa? Así su tentación primera de mentir es efecto de nuestra imprudente pregunta.

[40] Se ha de entender que respondo yo a estas preguntas, no cuando él quiere, sino cuando yo quiero; de otro modo me sujetaría a sus voluntades, y me constituiría en la más peligrosa dependencia en que pueda vivir un ayo respecto de su alumno.

[41] El precepto de no hacer nunca daño a otro trae consigo el de estrecharse lo menos que posible fuere con la sociedad humana, porque en el estado social el bien de uno constituye cosa y nunca puede mudar. Averígüese por este principio cuál es mejor, si el hombre social o el solitario. Un ilustre autor, Diderot, prefacio del Hijo natural, dice que únicamente el malo se halla solo; y yo digo que quién está solo es el bueno. Si es menos sentenciosa

esta proposición, es más cierta y más consecuente que la otra. ¿Qué daño haría el malvado, estando solo? En la sociedad es donde procura dañar a los demás. Si retuercen este argumento en favor del hombre de bien, respondo por el contexto del artículo a que se refiere esta nota.

[42] L'abbé de Condillac.

[43] *Nihil liberos suos doceban, quod discendum esse jacenibus*. Epist. 88. - Esto mismo dice Montaigne en el lib. II, cap. XXI.

«Maravilla ver - añade (lib. I, cap. xxv) - lo cuidadoso que Platón se muestra en sus leyes, de la alegría y pasatiempos de la juventud de su ciudad y lo bien que arregla sus carreras, juegos, canciones, saltos y bailes... Extiéndese a mil preceptos sobre los gimnasios; poco se entretiene hablando de las letras.».

[44] Al escribir, me he hecho cien veces la reflexión de que no es posible en una obra larga dar siempre la misma significación a las mismas palabras. No hay lengua tan rica que ofrezca tantos términos, locuciones y frases cuantas modificaciones pueden tener nuestras ideas. El método de definir todos los términos, y sin cesar sustituir la definición a lo definido, es perfecto, pero no es practicable; porque, ¿cómo se ha de evitar el círculo? Las definiciones pudieran ser buenas, si para hacerlas no se emplearan palabras. No obstante, estoy persuadido que es posible ser claro, aun en nuestra pobre lengua, no dando siempre la misma acepción a las mismas voces, sino haciendo de manera que cada vez que se use una voz, la acepción que se le diere la determinen lo bastante las ideas que a ella se refieran, y que le sirva, por decirlo así, de definición cada período donde la voz se hallare. Unas veces digo que los niños no son capaces de raciocinar, y otras los hago raciocinar con bastante sutileza; en esto no creo que se contradigan mis ideas, pero no puedo menos de confesar que se hallará muchas veces contradicción en mis expresiones.

[45] De París a Saint-Denis, dice el original (N. del T.).

[46] Véase Quinto Curcio, lib. III, cap. VI. - El mismo rasgo se refiere por Montaigne en estos términos « Habiendo sabido Alejandro, por una carta de Parmenio, que su más querido médico Filipo estaba vendido a su enemigo Dario y trataba de envenenarle, llamó a Filipo y después de beberse la medicina que éste le presentó, dióle a leer la carta. »

[47] La mayor parte de los sabios lo son a la manera de los niños. Menos resulta la vasta erudición de la muchedumbre de ideas que de la de imágenes. Las fechas, los nombres propios, los lugares, todos los objetos aislados o privados, únicamente se retienen por la memoria de los signos, y rara vez nos acordamos de una de estas cosas, sin ver al mismo tiempo el revés o el derecho de la página donde la leímos o la figura en que por la vez primera la vimos. Esta era la ciencia de moda en los siglos pasados. La del nuestro es distinta: ni se estudia, ni se observa; se sueña, y con mucha gravedad nos venden por filosofía los sueños de algunas malas noches. Diránme que también yo sueño; convengo en ello; pero contra lo que hacen los demás, mis sueños los vendo por sueños y dejo al lector que averigüe si pueden servir para algo a las personas despiertas.

[48] De La Fontaine dice el original en este y en los pasajes siguientes. (N. del T.)

[49] *Le corbeau et le renard*, de La Fontaine. La fábula de Samaniego es una perfecta imitación de la francesa y por esto le es aplicable lo que el autor dice de ella. (N. del T.)

[50] Especialísimamente conviene evitar que coja odio a los estudios a que aún no puede aficionarse y que le arredre la amargura que en su paladar deje aun más allá de su puerilidad. - *Quintil.*, lib. I, cap. I.

[51] En casos tales podemos exigir del niño la verdad, porque entonces bien sabe que no puede negar, y que si se atreviera a decir una mentira, al instante se conocería.

[52] Carta de J.-J. Rousseau al señor d'Alembert sobre los espectáculos.

[53] Como si los niños de los pueblos escogieran la tierra muy seca para sentarse o acostarse, o se hubiera oído decir nunca que la humedad de la tierra ha hecho daño a uno

de ellos siquiera. Si escucháramos a los médicos sobre este asunto, creeríamos que todos los salvajes están tullidos de reumatismo.

[54] Lib. II, cap. xxi.

[55] Este miedo se manifiesta muy a las claras en los eclipses totales de sol.

[56] Otra causa explica del siguiente modo un filósofo, cuyo libro cito a menudo, y cuyas vastas ideas me instruyen todavía con más frecuencia.

«Cuando por circunstancias particulares no podemos formarnos cabal idea de la distancia, ni podemos juzgar de los objetos de otro modo que por el tamaño del ángulo, o más bien de la imagen que forman en nuestros ojos, entonces necesariamente nos equivocamos acerca del tamaño de estos mismos objetos. Todos los que han caminado de noche han experimentado que una zarza que estaba inmediata les parecía un árbol corpulento distante, o bien que un árbol corpulento distante les parecía una zarza inmediata. Del mismo modo, si no conocemos los objetos por su configuración, y no podemos tener idea ninguna de la distancia, necesariamente nos equivocaremos también en tal caso, una mosca que pase con velocidad a algunas pulgadas de nuestros ojos, nos parecerá un pájaro que vuela a distancia muy remota; un caballo quieto en mitad de un campo, y en una postura semejante, por ejemplo, a la de un carnero, no nos parece mayor que un carnero, mientras no conozcamos que es un caballo; pero así que lo conozcamos, nos parecerá del tamaño de un caballo y al punto rectificaremos nuestro primer juicio.

«Siempre que uno se halle de noche en parajes desconocidos, donde no pueda juzgar de la distancia, ni pueda reconocer la forma de las cosas a causa de la oscuridad, correrá peligro de equivocarse en los juicios que formare sobre los objetos que se presenten. De aquí proviene el pavor y la especie de miedo interno que a casi todos los hombres infunde la noche; este fundamento tiene la apariencia de espectros y figuras agigantadas y horrorosas que antas personas dicen haber visto. Por lo común les responden que estas figuras existían en sus ojos y muy posible es que efectivamente hayan visto lo que dicen; porque necesariamente debe suceder, siempre que sólo pueda juzgarse de un objeto por el ángulo que forma en el ojo, que el objeto desconocido abulte y se agrande más a medida que más cerca esté y si al espectador, que no puede conocer lo que ve, ni juzgar a qué distancia está, le pareció primero de algunos pies de alto, cuando se hallaba a veinte o treinta pasos, le parezca de una altura de muchas toesas, cuando sólo esté a distancia de algunos pies; lo cual debe efectivamente pasmarle y atemorizarle hasta que llegue a tocar o conocer el objeto; porque en cuanto conozca lo que es, este objeto que tan agigantado se figuraba disminuirá instantáneamente y no le parecerá mayor que su tamaño real; pero si huye o no se atreve a acercarse, es cierto que no tendrá otra idea de este objeto que la de la imagen que en el ojo formaba, y realmente habrá visto una figura agigantada o espantosa por su tamaño y forma. Así la preocupación de los espectros se funda en la naturaleza; y estas apariencias no penden, como los filósofos creen, meramente de la imaginación. - *Historia natural del hombre, del conde de Buffon.*

En el texto he procurado hacer ver cómo penden siempre en parte de ella; y en cuanto a la causa que aquí se explica, bien se ve que la costumbre de andar de noche nos debe enseñar a distinguir las apariencias que la semejanza de formas y la diversidad de distancias hacen que nuestros ojos tornen los objetos en la oscuridad, porque cuando todavía está el aire bastante claro para hacernos distinguir los contornos de los objetos, como a mayores distancias hay más aire interpuesto, cuando está el objeto más desviado de nosotros debemos ver menos señalados estos contornos; lo cual, a fuerza de hábito, basta para preservarnos del error que aquí explica Buffon. Así, sea cual fuere la explicación que se prefiera, siempre se encontrará eficaz mi método, y esto lo confirma completamente la experiencia.

[57] Para enseñarlos a que estén atentos, nunca les diráis cosas que no tengan un interés sensible y actual en entender bien; especialmente nunca circunloquios, nunca palabras superfluas; pero tampoco dejéis punto oscuro ni equívoco en vuestras razones.

[58] Clavicordio, en el original. (N, del T.)

[59] Célebre maestro de baile de París, que conociendo con quién las había, se hacía el extravagante. Por astucia y atribuía a su arte una importancia que la gente fingía tener por ridícula, pero que en realidad lo acarrea el más profundo respeto. En otro arte también de juglar vemos hoy a un artista comediante que hace el hombre de importancia y el loco, y no se sale menos con lo que quiere. Este método siempre es seguro en Francia. Más cándido y menos embelesador, el talento verdadero no hace fortuna. Aquí la modestia es la virtud de los tontos.

[60] Paseo por el campo, como veremos poco más adelante. Los paseos públicos de las ciudades son perniciosos para los niños de uno y otro sexo. Ahí es donde empiezan a tener vanidad y a querer que los miren; al Luxemburgo, a las Tullerías, y sobre todo al Palacio Real, va la brillante juventud de París a adquirir el ademán impertinente y presumido que la hace tan ridícula y que es causa de que la critiquen y detesten en toda Europa.

[61] Un niño de siete años ha ejecutado después cosas más portentosas todavía

[62] Clavicordio, en el autor: en este y en los lugares siguientes. (N. del T.)

[63] Véase *La Arcadia* de Pausanias y el trozo de Plutarco, que más adelante se cita.

[64] HOR., Ep. I, II

[65] Siglos hace que han perdido este uso los mallorquines, pero hubo un tiempo en que eran famosos sus tiradores de honda.

[66] Bien sé que alaban mucho los ingleses su humanidad, y la buena índole de su nación, que llaman *good natural people*; pero, por más que lo repiten sin cesar, nadie lo dice más que ellos.

[67] Los banianos que se abstienen de toda carne con más severidad que los gauros, son casi tan pacíficos como ellos; pero como es menos pura su moral y no tan discreto su culto, no son tan hombres de bien.

[68] Uno de los traductores ingleses de este libro ha notado mi equivocación, y ambos la han enmendado. Los carniceros y los cirujanos son admitidos a dar testimonio; pero los primeros no lo son a ser jurados o pares para sentenciar los delitos y los cirujanos sí.

[69] Los párrafos comprendidos entre comillas son de una traducción clásica de Plutarco. (N. de] T.)

[70] Lib. I, cap. Xciv.

[71] Llenos están los historiadores antiguos de ideas de que pudiera hacer uso, aun cuando sean falsos los hechos en que las presentan. Pero no sabemos sacar utilidad ninguna de la historia; todo lo absorbe la crítica de erudición : como si importara mucho que fuese cierto un suceso, con tal que e él pudiera sacarse una instrucción provechosa. Los hombres de juicio deben mirar la historia como un tejido de fábulas, cuya moral es muy adaptable el corazón humano.

[72] Nace el atractivo del hábito de la pereza natural al hombre, y se aumenta esta pereza dejándose llevar de ella con más facilidad se hace lo que ya se ha hecho; y trillado el camino, más fácil es andar por él. Por eso podemos notar que es muy poderoso el imperio del hábito con los ancianos y las personas indolentes y muy impotente con los jóvenes y las personas vivas. Este régimen sólo es bueno para las almas débiles, y las debilita más de día en día. El único hábito que aprovecha a los niños es resignarse a la necesidad de las cosas, y el único conveniente a los hombres sujetarse sin trabajo a la razón. Cualquiera otra costumbre es vicio.

[73] Por una carta de Rousseau a Mme. de Franqueville, fechaba el 26 de septiembre de 1762 sabemos que este joven, era el conde de Gisors, hijo único del mariscal de Belle-Isle.

[74]No he podido menos de reírme al leer una crítica ingeniosa de M. de Formey acerca de este cuentecillo «cubiletero -dice - que se pica de hábil con un niño y sermonea gravemente a un institutor pertenece a la clase de los Emilios ». M. de Formey no ha sido capaz de comprender que se trata de una escena de antemano arreglada y que el cubiletero representaba un papel convenido. Es cosa que, efectivamente, yo no he dicho; pero cuántas veces he declarado ya que de ningún modo escribo para gentes a quienes hay que decírselo todo!

[75]El lector habrá comprendido que este discurso es obra del preceptor, dictado al cubiletero palabra por palabra. De otro modo jamás se me hubiera ocurrido suponerlo en boca de semejante personaje : creo haber dado pruebas de capacidad suficiente para no hacer que las personas hablen sin poderlo hacer. Véase lo que contesto la M, Formey en mi nota anterior.

[76]Esta humillación y tales desgracias lo son a mi modo de ver y no en el concepto del jugador de manos. Puesto que M. Formey quiso apropiarse mi libro e imprimirlo con sólo cambiar mi nombre por el suyo, al menos debió tomarse el trabajo de leerlo.

[77]Muchas veces he notado que en las doctas explicaciones que dan a los niños, no tanto se atiende a que escuchen ellos como las personas que se hallan presentes. Estoy muy cierto de lo que aquí digo, porque esta observación la he hecho en mí propio.

[78]Contribuye mucho a que el niño esté atento un aparato, fácil que preceda a la explicación que le van a dar.

[79]Los vinos al que venden por menor los taberneros de París, aunque no todos estén adulterados, rara vez dejan de tener plomo, porque los mostradores de las tabernas están guarnecidos de este metal, y el vino que se vierte de las medidas, pasando por el plomo y permaneciendo en él, disuelve siempre una parte. Extraño es que la policía consienta tan manifiesto y peligroso abuso. Pero es verdad que como los ricos no beben estos vinos, no están expuestos a morir envenenados.

[80]El ácido vegetal es muy dulce. Si fuera ácido mineral, y estuviera disuelto en menos liquido, se haría la combinación con efervescencia.

[81]No quiero poseer bienes que no tenga que envidiármelos el pueblo. - PETRON.

[82]La medida del tiempo se pierde, cuando nuestras pasiones quieren arreglar el curso de éste a su antojo. El reloj del sabio es la serenidad de carácter y poseer siempre la paz del ánimo.

[83]La afición al campo que le supongo a mi alumno es fruto natural de su educación. Como por otra parte no tiene nada de ese aspecto melindroso que tanto agrada a las mujeres, le obsequian menos que a otros niños; por consiguiente, él gusta menos de ellas, y no se echa tanto a perder en su compañía, cuyo encanto aún no está en estado de sentir. Me he guardado de enseñarle a que las bese la mano, a que las eche flores y a que ni siquiera las trate con las atenciones que se les deben con preferencia a los hombres; habiendo llevado por ley inviolable el no exigir de él nada de que no pudiese alcanzar la razón: y no hay razón valedera que dar a un niño para que trate a un sexo de distinto modo que a otro.

[84]*Discurso sobre la desigualdad de condiciones.*

[85]Creo imposible que duren todavía mucho tiempo las vastas monarquías de Europa; todas han brillado y todo Estado que brilla, raya en su ruina. Otras razones tengo más perentorias que esta máxima; pero no conviene decirlas, cualquiera las ve de sobra.

[86] Se me dirá que yo lo soy. Verdad es, por mi desgracia, lo confieso; pero mis yerros, que tanto me cuestan, no son motivo para que otro los cometa. No escribo para disculparme de ellos, sino para estorbar que mis lectores los imiten.

[87]El Abate de Saint-Pierre

[88] En los pueblos antiguos no había sastres: los vestidos de las hombres los hacían en cada casa las mujeres.

[89] Lidian pocas, de atletas los manjares
Pocas comen; vosotros hiláis lana
Y en canastas lleváis vuestros hilados.

JUVENAL, Sat. II, vers. 53....

[90] Después he hallado lo contrario con una experiencia más exacta. La refracción obra circularmente y parece más grueso el palo por el cabo metido en el agua que por el otro; pero esto no disminuye la fuerza del raciocinio, ni es menos justa la consecuencia que sacamos.

[91] «En las ciudades, dice Buffon, y entre la gente rica acostumbrada a alimentos abundantes y suculentos, llegan los niños antes a este estado; en el campo y entre la gente pobre son más tardíos; porque se alimentan poco y mal; necesitan dos o tres años más.» (*Hist. Nat.*, IV, p. 238 in-12.) Admito la observación, mas no la aplicación, puesto que en los países donde los aldeanos comen mucho y viven muy bien, como en Valois y ciertos lugares montuosos de Italia, por ejemplo el Friuli, es también más tardía que en los pueblos grandes la edad de la pubertad, aunque en estos, por contentar la vanidad, muchas veces comen escasamente y por comprarse una gala no comen lo suficiente. Asombra en estas montañas el ver muchachos grandes, fuertes como hombres, que todavía tienen aguda la voz y sin bozo la cara, y muchachas altas, muy bien formadas, que no dan señal periódica alguna de su sexo, diferencia que a mi ver, únicamente proviene de que con la sencillez de sus costumbres quedándose más tiempo serena y tranquila su imaginación, pone más tarde su sangre en fermentación y hace menos precoz su temperamento.

[92] No bisoña en desdichas, a los tristes

Aprendí a socorrer.

VIRG: *Eneid.*, lib. I.

[93] Parece que ya se va cambiando esto: las condiciones comienza a ser más estables, y más duros también los hombres.

[94] El cariño puede existir sin correspondencia, no así la amistad, que es una permuta, un contrato como los demás; pero el más sagrado de todos. La palabra amigo no tiene otro correlativo que ella misma. Es un infame todo hombre que no es amigo de su amigo; porque no se puede granjear la amistad como no sea pagándola o fingiendo que se paga...

[95] Ni aun el precepto de obrar con otro como quisiéramos que obraran con nosotros, tiene otro fundamento verdadero que el sentimiento y la conciencia; porque ¿qué razón exacta milita para obrar, siendo yo, como si fuera otro, con especialidad estando moralmente cierto de no hallarme nunca en caso idéntico? ¿Y quién me dice que con seguir puntualmente esta máxima, haya de lograr que también la sigan conmigo? El malo se aprovecha de la probidad del justo y de su propia injusticia; y tiene mucha satisfacción en que sea justo todo el mundo menos él. Digan lo que quieran, este convenio no es muy ventajoso para los hombres de bien. Pero cuando me identifica con mi semejante la fuerza de un alma expansiva, cuando me siento, por decirlo así, en él, por no padecer yo, no quiero que él padezca; me interesa él por mi amor y se halla la razón del precepto en la misma naturaleza que me inspira el deseo de mi bienestar, do quiera que sienta mi existencia. De donde infiero que no es cierto estriben los preceptos de la ley natural en sola la razón y que tienen más sólido y seguro cimiento. El principio de la justicia humana es el amor de los hombres derivado del amor de sí mismo. El Evangelio cifra el compendio de toda la moral en el sumario de la ley.

[96] El espíritu universal de las leyes de todo país es siempre auxiliar al fuerte contra el débil, y al que tiene contra el que no tiene, inconveniente que es inevitable y no admite excepción.

[97]Romans de la Calprenède.

[98]Véanse Dávila, Guichardino, Estrada, Solís, Maquiavelo, y a veces el mismo De Thou. Vertot es casi el único que sabía pintar sin hacer retratos.

[99]Libro II, cap. x.

[100]Uno solo de nuestros historiadores, Duclos*, que imitó a Tácito en las grandes pinceladas, se ha atrevido a imitar a Suetonio, a veces a copiar a Commines en las pequeñas; y esto mismo, que da valor a su libro, ha sido motivo de crítica en nuestro país.

* Duclos autor de la Vida de Luis XI, 3 vol. in 8º, publicada en 1745, con un suplemento en un volumen que apareció al año siguiente.

[101]Creo que puedo contar atrevidamente su salud y constitución robusta entre las ventajas que por su educación ha logrado, o más bien entre los dones de la naturaleza que esta educación le ha conservado.

[102]Por lo demás, con dificultad caerá nuestro alumno en este lazo, teniendo tanto en qué entretenerse, no aburriéndose en su vida y sabiendo apenas para qué sirve el dinero. Como los dos móviles con que a los niños conducen son el interés y la vanidad, sirven estos mismos dos móviles a las rameras y a los buscones para que se apoderen de ellos al llegar a mozos. Cuando veis que despiertan su codicia con premios y recompensas, que de diez años los aplauden en un acto público del colegio, también veis cómo a los veinte les harán soltar el bolsillo en un garito o en una mancebía. Siempre se puede apostar a que el más adelantado del aula será con el tiempo el más jugador y el más disoluto. Los medios que no se usaron en la niñez, no están sujetos a los mismos abusos en la mocedad. Pero no pierda el lector de vista que es máxima constante mía suponer siempre que sucederá lo peor. Primero procuro precaver el vicio y luego le supongo, a fin de poner remedio.

[103]Pero si le provocan a riña, ¿cómo se habrá de conducir? Respondo que nunca tendrá disputas, ni dará margen para que con él las tengan. Pero finalmente, proseguirán, ¿quién está libre de un mentís o de una bofetada de un mal criado, de un borracho, o de un tunante, que por tener la satisfacción de quitar a uno la vida, le quita primero la honra? Eso es otra cosa: el honor de los ciudadanos no ha de estar a merced de un mal criado, de un borracho, ni de un bribón, y es tan imposible preservarse de semejante desmán, como de que le caiga encima una teja. Una bofetada, un mentís recibido y aguantado, producen efectos civiles que la prudencia no puede precaver, y de que no puede resarcir al agraviado tribunal ninguno; entonces la insuficiencia de las leyes le restituye su independenciam; es el único magistrado, el único juez entre el ofensor y él, el único intérprete y ministro de la ley natural; se debe justicia, y él solo puede hacérsela; y no hay en la tierra gobierno ninguno tan desatinado que, por hacérsela él, le castigue en este caso. No digo que deba desafiarse, que es una extravagancia; digo, sí que se debe justicia, y que es el único dispensador de ella. Sin tanta inútil pragmática contra los duelos, si fuera soberano, yo respondo que no se daría nunca una bofetada ni un mentís en mis Estados, y eso por medio muy sencillo en que no se meterían los tribunales. Sea como fuere, Emilio sabe la justicia que se debe a sí propio en este caso y el ejemplo que debe a la seguridad de las personas de honor. No pende del hombre de más entereza estorbar que le insulten; pero si pende de él que no se vayan alabando mucho tiempo de haberle insultado.

[104]Plutarco. *Tratado del Amor*. Así empezaba la tragedia de Menalipo; pero los clamores del Pueblo de Atenas forzaron a Eurípides a que mudase este principio.

[105]Acerca del estado natural del espíritu humano y de la lentitud de sus progresos, véase la primera parte del *Discurso sobre la desigualdad*.

[106]Por ascuas encendidas voy andando,
Cubiertas bajo pérfidas cenizas.

[107] Las relaciones de M. de la Condamine nos hablan de un pueblo que no sabía contar más que hasta tres; no obstante, los hombres que formaban ese pueblo tenían manos, y habían mirado muchas veces sus dedos sin saber contar hasta cinco.

[108] Este reposo será, si se quiere, sólo relativo, pero una vez observemos más o menos movimiento, concebimos con mucha claridad uno de los últimos términos, que es quietud, y lo concebimos tan bien que estamos propensos a reputar de absoluto el reposo que sólo es relativo. Por lo tanto no es verdad que el movimiento sea esencial a la materia, si puede concebirse ese reposo.

[109] Los químicos consideran el flogisto, ó el elemento del fuego, como esparcido, inmóvil y estancado en los mixtos de que forma parte, hasta que por la acción de causas extrañas se desprende, se reúne, se pone en movimiento y es convertido en fuego

[110] He hecho los mayores esfuerzos para concebir una molécula viviente, sin poderlo conseguir. Me parece ininteligible y contradictoria la idea de la materia que siente sin tener sentido. Para adaptar o rechazar esta idea sería preciso comprenderla primero, y yo confieso que no tengo esta suerte.

[111] ¿Quién pudiera creer, si no tuviéramos la prueba de ello, que hasta este punto llega la extravagancia humana? Amato Lusitano afirmaba que había visto metido en un vaso a un hombrecillo de una pulgada de alto, que, cual otro Prometeo, había hecho Julio Camilo por la ciencia alquímica. Paracelso, de natura rerum, enseña el modo de producir estos hombrecillos, y sostiene que los pigmeos, los faunos, los tiros y las ninfas fueron engendrados por la química. Efectivamente, para sentar las posibilidades de estos hechos, no veo que quede otra cosa más sino afirmar que la materia orgánica resiste al ardor del fuego, y que sus moléculas se pueden conservar con vida dentro de un horno de reverbero.

[112] Me parece que lejos de decir que las rocas piensan, la filosofía moderna ha descubierto, por el contrario, que no piensan los hombres. No reconocen en la naturaleza más que a seres sensitivos, y la única diferencia que encuentran entre un hombre y una piedra es que el hombre es un ser sensitivo que tiene sensaciones y la piedra es un ser sensitivo que no las tiene. Pero sí es cierto que toda materia siente, donde he de concebir la unidad sensitiva o el yo individual? ¿Ha de ser en cada molécula de materia o en los cuerpos agregados? He de colocar esta unidad tanto en los fluidos como en los sólidos, en los mixtos como en los elementos? Solo hay individuos, dicen, en la naturaleza. ¿Cuáles son estos individuos. ¿Es un solo ser sensitivo, o contiene tantos como granos de arena? Si cada átomo elemental es un ser sensitivo, ¿cómo he de concebir aquella íntima comunicación en que uno se siente en otro, de manera que uno y otro «yo» se confunden en uno solo? La atracción puede ser una ley de la naturaleza cuyo misterio no conocemos, pero concebimos que actuando esta atracción en razón de las masas, no presenta ninguna incompatibilidad con la extensión y la divisibilidad. ¿Eso mismo lo concebís en el sentimiento? Las partes sensibles son extensas, pero en el ser sensitivo es indivisible y único, no se parte, sino que es entero o nulo; por lo tanto este ser sensitivo no es cuerpo. No sé de qué modo entienden esto nuestros materialistas; a mí me parece que las mismas dificultades que les han hecho desechar el pensamiento les deberían obligar también a que desechasen el sentimiento, y no veo la causa de que habiendo dado el primer paso no hayan de dar el segundo. ¿Qué les costaría? Y una vez que tan seguros están de que no piensan, ¿cómo se atreven a afirmar que sienten?

[113] Cuando los antiguos llamaban ophnus maximus al Dios supremo, decían verdad, pero diciendo maximus optimus se hubieran expresado más exactamente, porque su bondad procede de su poder, y es bueno porque es grande.

[114] No por nosotros, Dios; no por nosotros;
Porque sea tu gloria esclarecida, Tórnanos a la vida.
(salmo 115)

[115] La filosofía moderna, que sólo admite lo que explica, se guarda de admitir esta oscura facultad llamada «instinto», que encamina, al parecer sin conocimiento alguno adquirido, a los animales hacia un fin. Según uno de nuestros más juiciosos filósofos, el instinto no es más que un hábito privado de reflexión, pero que se ha adquirido reflexivamente, y del modo como explica estas reglas se debe deducir que los niños reflexionan más que los hombres; tan extraña paradoja no merece la pena examinarla. Sin meterme aquí en esta discusión, pregunto cuál es el nombre que habré de poner al ardor con que mi perro hace la guerra a los topos que no come, a la paciencia con que los está acechando, a veces oras enteras, y a la habilidad con que los agarra, los saca de la madriguera así que se asoman, y los mata, dejándolos luego, sin que nadie le haya enseñado esta caza, ni le haya dicho que allí había topos. También pregunto, y esto aún importa más, ¿qué la primera vez que amenacé a este mismo perro se echó muelo con las patas dobladas, en la postura del que suplica y la más capaz de ablandarme; postura en que se hubiera guardado de permanecer si, en vez de perdonarlo, le hubiera pegado. ¿Con qué mi perro, todavía pequeño y casi recién nacido, ya había adquirido ideas morales? ¿Ya sabía qué cosa eran la clemencia y la generosidad? ¿En virtud de qué luces adquiridas esperaba apaciguarme, abandonándose así a mi discreción? Todos los perros del mundo en igual caso casi hacen lo mismo, y aquí no digo una cosa que cualquiera no pueda oír. Los filósofos, que con tanto desdén desechan el instinto, que tengan la bondad de explicarme este hecho por la simple acción de las sensaciones y de los conocimientos que se adquieren por ella; que lo expliquen de modo que a todo hombre de razón le deje satisfecho. Entonces nada tendré que replicar, y no hablaré ya nunca del instinto.

[116] Bajo ciertos aspectos, las ideas son afectos y los afectos ideas.

Los dos nombres convienen a toda percepción que nos ocupa en su objeto. y en nosotros mismos que con este nos movemos. Sólo el orden de esta afección es el que determina el nombre que conviene a la percepción. Cuando, ocupados primero en el objeto, por reflexión pensamos en nosotros, es una idea, y cuando, por el contrario, nuestra primera atención se la lleva la impresión recibida, y única. mente por reflexión pensamos en el objeto que la causa, entonces es un afecto.

[117] Esto, creo yo, es lo que actualmente podría decir al público buen sacerdote.

[118] «Todos, dice un sacerdote bueno y sensato, afirman que la tienen y la creen (y todos usan esta jerga), no de los hombres ni de criatura alguna, sino de Dios. Pero para decir la verdad, sin adular ni mentir en nada, todas vienen de manos y medios humanos; prueba de ello, el modo como se recibieron las religiones en el mundo y todavía las reciben cada día los particulares, la nación, el país, en lugar de la religión; cada uno es de aquella que se profesa donde nació y se crió; somos circuncisos, bautizados, judíos, mahometanos, cristianos, antes que sepamos que somos hombres. La religión no es de nuestro arbitrio y elección; la vida también prueba cómo las costumbres se avienen tal mal con la religión, y prueba que por ocasiones humanas y muy leves obramos contra el espíritu de nuestra religión., Charron, De la Sabiduría, lib, II, cap. V, pág. 257, edic. Bordeaux, 1601. Es muy presumible que la sincera profesión de fe del virtuoso teólogo de Condom no hubiera sido muy diferente de la del presbítero saboyano.

[119] Esto se contiene de modo formal en mil pasajes de la Escritura, entre otros en el capítulo XIII del Deuteronomio, donde se dice que si un profeta que anuncia dioses extraños confirma su misión con portentos, y si se verifican sus predicciones, lejos de hacer aprecio de ello, se le debe dar muerte al profeta. Así, cuando los paganos daban muerte a los apóstoles que les anunciaban un dios extraño, y probaban con predicciones y milagros su misión, no sé ver qué objeción sólida les podían oponer que ellos no pudiesen revolver inmediatamente contra nosotros. ¿Pues qué se debe hacer en tal caso? Una sola cosa:

volver al raciocinio dejar aparte los milagros. Hubiera sido mejor no hacer uso de e los. Esto lo dicta la sana razón más sencilla, que sólo a fuerza de distinciones, por lo menos muy sutiles, se oscurece. ¡Sutilezas en el Cristianismo! ¿En qué no tuvo razón Jesucristo al prometer a los sencillos el reino de los Cielos? ¿No tuvo razón al empezar el más hermoso de sus razonamientos dando el parabién a los pobres de espíritu, si tanta riqueza de espíritu es necesaria para entender su doctrina y aprender a creer en él? Cuando me hayáis probado que me debo someter, todo estará bien, pero para probármelo, debéis poneros al mismo nivel conmigo; adaptad vuestros argumentos a la capacidad de un pobre de espíritu, pues de otra manera no veo en vos el verdadero discípulo de vuestro maestro, y no es su doctrina esa que anunciáis.

[120]Refiere Plutarco que los estoicos, entre otras paradojas extravagantes, sostenían que en un juicio contradictorio era inútil oír a las dos partes, porque -decían- el primero ha probado su derecho o no lo ha probado; si lo ha probado, todo concluyó y debe ser condenada la parte contraria; si no lo ha probado, no tiene razón, y su demanda debe ser rechazada.» Pienso que el método de todos los que admiten una revelación exclusiva es muy parecido al de los estoicos. Puesto que cada uno pretende que sólo él tiene razón para elegir entre tantos partidos, es necesario escucharlos a todos, o no es justo el que hace la elección.

[121]De mil hechos conocidos solamente citaré uno que no necesita comentario. En el siglo XVI, habiendo condenado los teólogos católicos a ser quemados sin distinción todos los libros de los judíos, consultado acerca del asunto el ilustre sabio Reuchin, se vio en un terrible apuro, y decidieron perderle sólo por haber opinado que se podían conservar entre sus libros los que no atacaban al cristianismo y trataban de materias indiferentes a la religión.

[122]En el Sermón de la Montaña, véase el paralelo que traza él mismo de la moral de Moisés con la suya (Mat. Cap. 5, vers. 21 y siguientes.)

[123]El deber de seguir y amar la religión de su país no se extiende hasta los dogmas contrarios a la sana moral como el de la intolerancia. Este horrible dogma es el que arma los hombres unos contra otros, haciéndolos a todos enemigos del género humano. La distinción entre la tolerancia civil y teológica es pueril y vana; estas dos tolerancias son inseparables, \$ no es posible admitir una sin la otra. Ni siquiera los ángeles vivirían en paz con hombres que ellos viesan como enemigos de Dios.

[124]Los dos partidos se atacan recíprocamente con tantos sofismas, que sería una empresa tan inmensa como temeraria querer rebatirlos todos; basta con notar algunos a medida que se van presentando. Uno de los más corrientes del partido filosofista es oponer un supuesto pueblo de buenos filósofos a uno de malos cristianos, ¡como si fuera más fácil hacer un pueblo de verdaderos filósofos que uno de verdaderos cristianos! No sé si entre los individuos es más fácil hallar uno que otro, pero sé que, tratándose de pueblos, se ha de suponer que abusarán de la filosofía sin religión, como abusan los nuestros de la religión sin filosofía, y creo que esto hace cambiar mucho el estado de la cuestión. Bayle probó muy bien que el fanatismo era más pernicioso que el ateísmo, y eso es indiscutible, pero lo que se guardó de decir, aunque no sea menos cierto, es que el fanatismo, si bien sanguinario y cruel, es una pasión grande y fuerte, que exalta el corazón humano, le hace despreciar la muerte, le comunica una elasticidad prodigiosa, y sabiendo dirigirlo, se obtienen de él las virtudes más sublimes, mientras que la irreligión, y en general el espíritu silogístico y filosófico, ata a la vida, afemina y envilece los ánimos, reconcentra todas las pasiones en la bajeza del interés particular y en el envilecimiento del «yo» humano, y sordamente desmorona los verdaderos fundamentos de toda sociedad, porque los intereses particulares concuerdan en tan pocas cosas que jamás podrán contrapesar aquéllas que se oponen.

Si el ateísmo no hace verter la sangre de los hombres, menos es por amor a la paz que por indiferencia hacia lo bueno; de cualquier modo que vayan las cosas, le importa poco al pretendido sabio, con tal que le dejen tranquilo en su gabinete. Sus principios no hacen que se maten los hombres, pero estorban que nazcan, estragando las costumbres que los multiplican, desprendiéndolos de su especie, reduciendo sus afecciones a un secreto egoísmo, no menos funesto para la población que para la virtud. La indiferencia filosófica se asemeja a la tranquilidad del Estado bajo el despotismo, que es la tranquilidad de la muerte, más destructora que la misma guerra.

De manera que el fanatismo, aunque más fatal en sus inmediatos efectos que lo que hoy llaman espíritu filosófico, en sus consecuencias lo es mucho menos. Por otra parte, es fácil hacer alarde de hermosas máximas en los libros, pero la cuestión es saber si están acordes con la doctrina, si necesariamente derivan de ella, y esto hasta aquí nos parece claro. Resta saber también si imperando la filosofía, reprimiría la vanagloria, el interés, la ambición, las mezquinas pasiones humanas, y si ejercería esa tan suave humanidad que nos ofrece por escrito.

Por sus principios no puede la filosofía hacer ningún bien que no lo haga mejor la religión, y ésta hace mucho que filosofía no puede hacer.

Por la práctica, es otra cosa, pero también aquí es preciso examinar. Ningún hombre sigue puntualmente su religión cuando la tiene, pero los más no la tienen, y no siguen en nada la que tienen; también eso es cierto, pero, en fin, algunos la tienen y la siguen, al menos en parte, y es indudable que por motivos de religión se retraen con frecuencia de hacer mal, ejercitan virtudes y realizan acciones loables que sin estos motivos no hubieran realizado. Si un fraile niega un depósito, ¿qué se deduce, sino que se lo confió un tonto? Si lo hubiera negado Pascal, probaría que Pascal era un hipócrita, y nada más. Pero un fraile... ¿Son acaso las personas que trafican con la religión las que la tienen? Todos los delitos que comete el clero, como los que cometen otros, no prueban que la religión sea inútil, sino que son muy escasas las personas que tienen religión.

Nuestros gobiernos modernos deben sin ninguna duda al cristianismo que su autoridad sea más sólida y menos frecuentes las revoluciones, y ellos son también por aquélla menos sanguinarios, lo cual se prueba comparándolos con los gobiernos antiguos. La religión mejor conocida ha descartado el fanatismo suavizando más las costumbres cristianas. Este cambio no es obra de las letras, porque en todas partes donde éstas han brillado ha sido más respetada la humanidad. Lo atestiguan las crueldades de los atenienses, los egipcios, los emperadores de Roma y los chinos. ¡Cuántas obras de misericordia se deben al Evangelio! ¡Cuántas restituciones y reparaciones produce la confesión en los países católicos! ¡Cuántas reconciliaciones y limosnas se hacen cuando se aproxima el tiempo de comulgar! ¡Cuán menos codiciosos hacia a los usurpadores el jubileo de los hebreos! ¡Cuántas miserias precavía! La fraternidad legal unía a toda la nación, y no se veía entre ellos un mendigo. Tampoco se ve ninguno entre los turcos, donde hay innumerables fundaciones piadosas, siendo por principio de religión hospitalarios hasta con los enemigos de su culto.

Los mahometanos, según Chardin, dicen .que después del examen que ha de seguirse a la resurrección. universal, todos los cuerpos pasarán por un puente denominado Pul-Serrho, que atraviesa el fuego eterno, puente que miran como el tercero y último examen y el verdadero juicio final, porque allí es donde se ha de hacer la separación de los buenos y los malos..., etc.»

«Los persas -continúa Chardin-, tienen la fantasía tan ocupada con ese puente, que cuando alguno sufre alguna injuria de la que en manera alguna puede alcanzar justicia, su último consuelo es decir: «Te juro por Dios vivo que me lo pagarás doble el último día, y que no pasarás el Pul-Serrho sin darme antes satisfacción; me agarraré del faldón de tu

vestido y me enredaré entre tus piernas». He visto a muchas personas eminentes y de toda suerte de profesiones que con el miedo de que les impidiesen el paso por ese terrible puente, suplicaban a los que se quejaban de ellos que les perdonasen, y a mí mismo me ha sucedido cien veces lo mismo. Personas de calidad, que a fuerza de importunidades me habían obligado a que hiciera cosas contra mi voluntad, me buscaban cuando creían que ya se me había pasado el enojo, y me decían: «Yo te ruego, *halal becon hantchrlisma*», que quiere decir «hazme este negocio lícito o justo». Algunos me han enviado presentes y hecho servicios para que los perdonase, declarando que lo hacían de buen corazón, y no es otra la causa que la creencia en que están de que no han de pasar el puente del infierno sin satisfacer hasta el último maravedí a los que hayan oprimido». (Tomo VII, in, 12, pág. 511.)

¿He de creer ye la idea de este puente que tantos males repara no evita alguno si quitasen a los persas esta idea, convenciéndoles de que no hay ni Pul-Serrho ni nada parecido, donde después de la muerte se vengan los oprimidos de sus tiranos, ¿no es claro que esto los tranquilizaría y los libraría del afán de apaciguar a estos desgraciados? Por tanto, esa negación sería perjudicial y por consiguiente, contraria a la verdad.

Filósofo, tus leas morales son muy bellas, pero muéstrame la sanción de ellas deja por un momento de divagar y dime sin rodeos con qué quieres sustituir al Pul-Serrho.

[125] No hay nadie que mire a la infancia con tanto desprecio como los que de ella salen, lo mismo que en los países en que es poca la desigualdad y teme cada uno que le confundan con sus inferiores, es donde se observan las distinciones con mayor afectación.

[126] Aventuras de Lee Beau, abogado del Parlamento; tomo II, página 70.

[127] El clero romano los ha conservado muy hábilmente, y a ejemplo suyo algunas repúblicas, entre otras la de Venecia. Por eso el gobierno veneciano, a pesar de la ruina del Estado, todavía posee el aparato de su antigua majestad, el afecto y la adoración del pueblo, y después del Papa, ornado con su tiara, no hay seguramente rey, ni potentado, ni ningún hombre del mundo tan respetado como el Dux de Venecia, sin poder ni autoridad, pero consagrado por su pompa y adornado su fieltro ducal con una escofieta de mujer. La ceremonia del Bucentauro, que causa tanta risa a los necios, harta verter al pueblo de Venecia hasta la última gota de sangre por mantener su tiránico gobierno.

Se daba el nombre de Bucentauro a un grande y magnífico barco sin mástiles ni velamen, bastante parecido a un galeón, en el cual se embarcaba el Dux de Venecia para la ceremonia de sus esponsales con el mar. Esta ceremonia tenía lugar todos los años, el día de la Ascensión: se suprimió en 1797, cuando Venecia pasó al poder de Austria por el tratado de Campo-Formio.

[128] Como si hubiera ciudadanos que no fuesen miembros de la ciudad, y en calidad de tales, partícipes de la autoridad soberana. Pero en Francia, habiéndoseles ocurrido usurpar el respetable nombre de ciudadanos que se daba antiguamente a los miembros de las ciudades de las Galias, han cambado de tal forma la idea de este vocablo, que ya no se entiende lo que con él quieren decir. Un hombre que acaba de escribir muchas majaderías contra la Nueva Eloisa, ha adornado su firma con el título de ciudadano de P1mbeuf, y ha creído que me brindaba una ingeniosa burla.

[129] Esto está probado en el Ensayo sobre el origen de las lenguas, que se encuentra en la colección de mis escritos.

[130] Dos mujeres de mundo, por fingir que se divertían mucho, se habían impuesto la ley de no acostarse hasta las cinco de la mañana. En el rigor del invierno, sus cocheros pasaban la noche esperándolas en la calle y arropándose mucho para no helarse. Una noche, o mejor dicho, una mañana, tuvieron que entrar unas personas en el aposento donde pasaban las horas esas dos mujeres tan divertidas, las encontraron durmiendo cada una en butaca y sin que nadie las acompañase.

[131]¿Mulierem fortem quis invenie? Procul, el de ultimis finibus pretium ejus. (Prov. XXXI 10.)

[132]Yo he notado que las repulsas por melindres y provocativas son comunes en casi todas las hembras, incluso en los animales, y hasta cuando están más dispuestas a rendirse; es preciso no haber observado nunca sus procedimientos para discrepar de esta opinión.

[133]Puede haber tanta desproporción en la edad y en la fuerza que haya una violencia real, pero como aquí trato del estado relativo de los sexos según el orden de la naturaleza, los considero ambos en la relación común que constituye este estado.

[134]Sin eso la especie humana forzosamente iría a menos; para que ésta se conserve, es indispensable que, compensándolo todo, cada mujer tenga cuatro hijos sin demasiado tiempo entre uno y otro, ya que muriendo cerca de la mitad de los niños que nacen, es necesario que queden dos para representar al padre y la madre. Obsérvese si las ciudades dan esa población.

[135]La timidez; de las mujeres también es un instinto de la naturaleza contra el doble peligro que corren durante su embarazo.

[136]Un niño es inoportuno cuando se da cuenta de que le conviene serlo, pero nunca pedirá dos veces la misma cosa si la primera negativa ha sido irrevocable.

[137]Las mujeres que tienen la piel tan blanca que no necesitan encajes, darían mucho que sentir a las otras si no los usasen. Casi siempre son las feas las que introducen las modas, a las que las bonitas se someten tontamente.

[138]Si donde he puesto no la sé, la chica responde de otro modo, conviene no fiarse de su respuesta y hacérsela explicar con claridad.

[139]La chica dirá esto porque lo ha oído decir, pero hay que asegurarse de si tiene una verdadera idea de la muerte, porque esta idea no es tan sencilla, ni está tan al alcance de los niños como se cree. En el poemita Abel puede verse un ejemplo del modo cómo se le debe dar. Esta deliciosa obra respira una sencillez que encanta y de la que nunca se saturará demasiado quien haya de conversar con las criaturas.

[140]La idea de la eternidad no se puede aplicar a las generaciones humanas más que con el consentimiento del espíritu. Toda sucesión numérica reducida en acto es incompatible con esta idea.

[141]«La mujer recurre a todas las astucias para coger en sus redes a un nuevo amante. Con nadie ni nunca aparece con el mismo rostro. Según el momento, cambia de actitud y de aspecto»

[142]Sé muy bien que las mujeres que han tomado su resolución en cierto aspecto, pretenden hacerse estimar por su franqueza, y juran que, excluida ésta, poseen todas las otras dotes estimables, pero también sé que nunca han persuadido a nadie más que a necios. Quitado el freno más poderoso de su sexo, ¿qué les queda que las contenga? ¿Qué honor han apreciado las que han renunciado al suyo? Habiendo dado rienda suelta a sus pasiones, ya no tienen ningún interés en resistirlas. **Nec femina, amissa pudicitia, alia abnuerit**, «Que la mujer, perdido el pudor, a nada se niega». ¿Conoció algún autor el corazón humano, mejor que quien dijo esto?

[143]Una de las cuatro cosas que no podía comprender el sabio era la vida del hombre en su juventud; la quinta era el descaro de la mujer adúltera. **Qua comedit, et tergens os suum dicit: Non sum operata malum**. «Que come, y limpiándose la boca, dice: No he obrado mal». Prov. XXX, vers. 20.

[144]Dice Brantome que, en tiempos de Francisco I, una joven que tenía un amante muy locuaz le impuso un ilimitado y absoluto silencio, y con tanta exactitud obedeció durante dos años que creyeron que por alguna enfermedad se había vuelto mudo. Un día, en medio de una gran concurrencia, su dama, que en aquellos tiempos en que guardaban

secreto los enamorados no era conocida por tal, alardeó de que le curaría inmediatamente, y lo hizo con esta sola palabra: «Hablad». ¿No hay algo heroico y grande en este amor? ¿Qué más hubiera hecho con todo su empaque la filosofía de Pitágoras? ¿Imaginamos a una divinidad que con una sola palabra da el órgano de la voz a un mortal? No es posible que yo crea que la belleza sin virtud consiguiese semejante Milagro. Todas las mujeres de hoy, a pesar de sus artificios, se verían muy apuradas para conseguirlo.

[145] «Al salir del palacio se encuentra un gran jardín de cuatro aranzadas, acotado y vallado, con grandes árboles floridos, y dan peras, manzanas, granadas y otras frutas de las más bellas especies, higueras de dulce fruto y verdes olivos. Durante el año, nunca están sin fruto estos hermosos árboles; invierno y verano, el dulce soplo del viento del Oeste hace al mismo tiempo prender unos y madurar otros. Se ven la pera y la manzana que se pasan y se secan en el árbol, el higo en la higuera y el racimo en el sarmiento, la inagotable vid no cesa de dar uvas nuevas; unas las cuecen y pasan al sol en un arca, mientras otras las vendimian, dejando en la planta las que aún están en flor, en agraz o comienzan a tomar color. En uno de los extremos, dos cuadros bien cultivados y cubiertos de flores por todo el alto, adornados con dos fuentes, una de las cuales se reparte por el jardín y la otra atraviesa el palacio y llega a un edificio de la ciudad para surtir de agua a sus habitantes..

Esta es la descripción del jardín real de Alcinoos, en el séptimo libro de la odisea; jardín en el que, para mengua de Hornero, el soñador caduco, y de los príncipes de su época, no se ven ni verjas, ni estatuas, ni cascadas, ni cenadores.

[146] Confieso que le agradezco a la madre de Sofía que no haya dejado que unas manos tan suaves, como las de su hila, que tantas veces ha de besar Emilio, se endurecieran lavando ropa.

[147] Esta clase de disimulo de que hablo, es opuesto al que les conviene y deben a la naturaleza, el cual consiste en encubrir los afectos que sienten y el otro es fingir lo que no sienten.

Todas las mujeres se pasan la vida haciendo gala de su pretendida sensibilidad, y en realidad sólo se aman a si mismas.

[148] Cuidar a un campesino que está enfermo no consiste en purgarle ni darle medicinas, ni mandar el médico. Esas pobres gentes no necesitan nada de eso en sus dolencias, sino alimento de mayor sustancia y más abundante. Estad vosotros a dieta cuando tengáis calentura, pero cuando los jornaleros del campo la tengan, dadles carne y vino; casi todas sus enfermedades proceden de inanición y miseria; tenéis en vuestra bodega la más eficaz tisana para ellos y su único boticario debe ser vuestro carnicero.

[149] Si uno tuviese este superior común, no sería otro que el soberano, y el derecho de esclavitud, fundándose entonces en el de soberanía, no sería su principio.

[150] La mayor parte de estas cuestiones y proposiciones están extractadas del Tratado del contrato Social, el cual es el extracto de una obra de más envergadura, pero emprendida sin antes haber consultado mis fuerzas y abandonado hace ya mucho tiempo. Será publicado aparte el breve tratado que he sacado de ella y cuyo resumen ofrezco aquí.

[151] Se debe tener presente que aquí sólo hablo de los magistrados supremos o jefes de la nación, no siendo los otros más que sustitutos suyos en tal o cual parte.

[152] Después de haber escrito esto, se han deducido las razones en favor del extracto de este proyecto; las razones contrarias, o las que me han parecido sólidas, se hallarán en la colección de mis obras, a continuación de este mismo extracto.

[153] No conozco más que una excepción de esta regla, la China.

[154] En Francia, se apartan primero las mujeres: será porque teniendo poco temperamento, y no pretendiendo más que homenajes, cuando el marido ya no responde, dejan de preocuparse por él. Por el contrario, en los demás países, es el marido quien se

aparta primero, lo que quizá es así porque las mujeres, fieles pero indiscretas, los abonen con sus caprichos y se cansan de ellas. Estas verdades generales pueden tener muchas excepciones, pero ahora creo que son verdades generales.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
22-04-2019